|

NACIDOS EN SANGRE

LOS SECRETOS PERDIDOS DE LA FRANCMASONERIA

JOHN J. ROBINSON

CONTENIDO

Reconocimientos		3
Introducción		4
Parte 1	Los Caballeros Templarios	11
Capítulo 1	El impulso de matar	12
Capítulo 2	Ha llegado el momento de combatir	22
Capítulo 3	Sea por justa razón o por odio	36
Capítulo 4	Primero, y sobre todo, la destrucción de los Hospitalarios	42
Capítulo 5	Los caballeros del templo	54
Capítulo 6	El último gran maestre	66
Capítulo 7	El martillo de los escoceses	80
Capítulo 8	Cuatro vicarios de Jesucristo	92
Capítulo 9	No escatiméis ningún medio conocido de tortura	100
Capítulo 10	Que no haya derramamientos violentos de sangre	112
Capítulo 11	Hombres en fuga	123

Parte 2	Los Francmasones	
Prólogo		
Capítulo 12	El nacimiento de la Gran Logia	
Capítulo 13	En busca de los gremios medievales	
Capítulo 14	Que me corten la garganta	
Capítulo 15	Que me abran el pecho, que me saquen el corazón	
Capítulo 16	El Maestro Masón	
Capítulo 17	Misterio en el lenguaje	
Capítulo 18	Misterio en la alegoría y en los símbolos	
Capítulo 19	Misterio en los juramentos sangrientos	
Capítulo 20	Misterio en las convicciones religiosas	
Capítulo 21	Evidencia en la leyenda de Hiram Abiff	
Capítulo 22	De monjes a masones	
Capítulo 23	El péndulo protestante	
Capítulo 24	Los misterios fabricados	
Capítulo 25	El templo de Salomón inconcluso	
Apéndice		
Bibliografía		

RECONOCIMIENTOS

Debo agradecer especialmente al reverendo Martin Chadwick, Maestro en Artes, deán rural de Chipping Norton, en Oxfordshire, quien obtuvo autorización para que yo usara la biblioteca Bodleian y su Cámara Radcliffe de la Universidad de Oxford, Inglaterra. Quiero agradecer, en particular, al doctor Maurice Keen, del Colegio Balliol, en ese mismo sitio, quien dedicó parte de su tiempo tan cargado de actividades para una sesión de asesoría con un historiador aficionado estadounidense. Su perspicacia sobre algunos aspectos de la Revuelta Campesina y de las enseñanzas de John Wycliffe y de los Caballeros Lollardos, me proporcionaron un novedoso punto de partida para realizar mi investigación. Con demasiada frecuencia se pasa por alto la ayuda voluntaria de los bibliotecarios, por lo que deseo expresar mi reconocimiento a la actitud de colaboración del personal de las bibliotecas de Oxford y Lincoln, Inglaterra; así como al de la biblioteca de la Calle Cuarenta y Dos de Nueva York y al de la biblioteca pública de Cincinnati. Debo mencionar también que recibí en mejor de los tratos en los archivos condales de Oxfordshire y en el Museo del Condado de Lincolnshire.

De igual modo quiero expresar mi reconocimiento a aquellos masones de diversos grados que compartieron conmigo no los “secretos” de la orden, sino más bien lo que ellos sabían de los orígenes y propósitos de la fraternidad, según les fue referido por escritores y conferencistas masones.

Debo señalar que, si bien recibí mucha ayuda generosa, las opiniones que expreso en este libro y las conclusiones a las que llego son responsabilidad mía.

En cuanto a la ayuda recibida por parte de mi esposa, resulta difícil describirla. No sólo mecanografió el manuscrito sino que lo revisó para que tuviera claridad y precisión en las fechas y en los datos geográficos. Me ayudó durante los cuatro años de investigación y discutió con entusiasmo el boceto y el contenido de cada capítulo. Su conocimiento del francés me facilitó ese aspecto de la investigación y llegué a la mayor parte de mis fuentes en Inglaterra mediante las amistades y contactos que hizo ella a lo largo de varios años durante los cuales trabajó como educadora en Oxfordshire.

Por último, una breve explicación sobre la dedicatoria de este libro. J.R.Wallín no es un “Maestre Artesano” en el sentido simbólico masón, sino, literalmente, un maestro artesano en hierro y acero. Durante la jornada de trabajo, su forja produce puertas de hierro forjado, ménsulas y muebles, pero en sus ratos de ocio por su fascinación con el período medieval, la utiliza para crear objetos como una maza, una daga o un casco de los que se usaban en los torneos. Las horas que pasé con él hablando de las Cruzadas y de los Templarios me sirvieron para mantener mi entusiasmo en el proyecto. Decidí dedicarle este libro porque me parece que todos deberíamos alentar a las generaciones excepcionales, pues no ha de quedar mucha gente en la Tierra que se pase las veladas invernales uniendo miles de anillos hechos a mano para hacer una cota de malle eslabonada.

John J. Robinson
Twin Brook Farm
Carrol County, Kentucky

INTRODUCCIÓN

En busca de la Gran Sociedad

La Investigación en que se basa este libro, originalmente no tenía la intención de revelar nada sobre la francmasonería ni sobre los Caballeros Templarios. Su objetivo había sido satisfacer mi propia curiosidad sobre determinados aspectos no explicados de la Revuelta Campesina de Inglaterra, acaecida en 1381, un levantamiento salvaje que vio a mas de cien mil ingleses en marcha hacia Londres. Avanzaban con una ira descontrolada, incendiaban casas solariegas, abrían por la fuerza las prisiones y abatían a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Un misterio no resuelto acerca de esta revuelta, era la organización que había detrás de ella. Durante varios años, un grupo descontento de clérigos de los niveles más bajos, había recorrido los pueblos predicando contra las riquezas y la corrupción de la Iglesia. Durante los meses que precedieron al levantamiento, por todo el centro de Inglaterra se habían realizado reuniones secretas de hombres que tejían una red de comunicación. Después de sofocada la revuelta, los dirigentes rebeldes confesaron ser agentes de una Gran Sociedad con sede en Londres. Es tan poco lo que se conoce de esa supuesta organización, que diversos investigadores han resuelto el misterio decidiendo simplemente que nunca existió tal sociedad secreta.

Otro misterio era el de los ataques concentrados y especialmente malignos contra la orden religiosa de los Caballeros Hospitalarios de San Juan, conocidos ahora como los Caballeros de Malta. Los rebeldes no sólo buscaban sus propiedades para someterlas al vandalismo e incendiarlas, sino que arrastrar al prior de la orden por toda la Torre de Londres, le cortaron la cabeza de un tajo y la colocaron sobre el Puente de Londres, para deleite del populacho exaltado.

No cabe duda de que la ferocidad desatada contra los cruzados hospitalarios tenía un propósito oculto. Un dirigente rebelde capturado, al ser interrogado sobre las razones de la revuelta, dijo: “Primero y sobre todo ... la destrucción de los Hospitalarios”. Qué tipo de sociedad secreta podría haber tenido ese odio especial como uno de sus propósitos primordiales?

El deseo de venganza contra los Hospitalarios era fácil de identificar en la orden rival de cruzados, los Caballeros del Templo de Salomón en Jerusalén. El problema era que esos caballeros templarios habían sido completamente suprimidos casi setenta años antes de la Revuelta Campesina, después de varios años durante los cuales los templarios habían sido encarcelados, torturados y quemados en la hoguera. Después de promulgar el edicto que puso fin a la Orden de los Templarios, el Papa Clemente V había dado instrucciones para que las grandes propiedades de los templarios se entregaran a los hospitalarios. Realmente pudo haber sobrevivido en la clandestinidad el deseo de venganza de los templarios durante tres generaciones?

No había ninguna prueba incontrovertible, aunque la única evidencia sugería la existencia de una sola Sociedad Secreta en la Inglaterra del siglo XIV, la que era –o llegaría a ser- la orden de los Masones Libres y Admitidos. Sin embargo, en apariencia no había ninguna relación entre la revuelta y la francmasonería, a

excepción del nombre o título de su dirigente. Ocupó el centro del escenario de la historia inglesa sólo durante ocho días y no se sabe nada de él, excepto que fue el comandante supremo de la rebelión. Se le llamó Walter el Tejero o el Tejador ("Tyler"); al principio parecía una mera coincidencia que portara el título del encargado de hacer cumplir las leyes en la Logia Masónica. En la Masonería, el portero (tyler), que debe ser un maestre masón, es el centinela, el oficial de orden que revisa las credenciales de los visitantes que solicitan ser admitidos en la Logia. En recuerdo de un tiempo anterior, más peligroso, su puesto queda precisamente afuera de la puerta del salón de la logia, donde permanece de pie, con una espada desenvainada en la mano.

Me daba perfecta cuenta de que, en el pasado, había habido muchos intentos de vincular a los francmasones con los caballeros templarios, pero ninguno había tenido éxito. La endeble evidencia presentada por los que proponían esa conexión nunca se sostuvo, a veces porque se fundaba en una especulación desenfrenada y, por lo menos una vez, porque se había basado en una falsificación deliberada. Sin embargo, a pesar de los fracasos por establecer ese vínculo, simplemente no se borró, y la antigua creencia de que existe una relación entre las dos órdenes sigue siendo una de las leyendas más persistentes de la francmasonería. Eso es del todo adecuado, ya que las diversas teorías sobre los orígenes de la francmasonería son legendarias. Ninguna se apoya en una evidencia universalmente aceptada. No estaba dispuesto a recorrer ese sendero trillado, así que decidí concentrar mis esfuerzos profundizando en la historia de los caballeros templarios para ver si había algún vínculo entre los templarios suprimidos y la sociedad secreta que estaba detrás de la Revuelta Campesina. Al hacerlo, pense que me estaría alejando mucho del tema de la francmasonería. No pude haber estado más equivocado.

Como cualquiera que sienta curiosidad por la historia medieval, comencé a interesarme en las Cruzadas y tal vez más que eso. Esas guerras santas tienen un atractivo que, con frecuencia, es tan romántico como histórico. En mis viajes había tratado de empaparme de la atmósfera de los estrechos desfiladeros de las montañas de Líbano, por los cuales habían pasado los ejércitos de los cruzados, y me había sentado a contemplar las ruinas de los castillos que están alrededor de Tiro y Sidón, tratando de escuchar el fragor del ataque y la defensa. Me había maravillado ante las murallas de Constantinopla y había caminado por el Arsenal de Venecia donde se reunían las flotas de los cruzados. Me había sentado en la iglesia circular de los caballeros templarios en Londres, tratando de imaginar la ceremonia de su consagración por el patriarca de Jerusalén en 1185, más de trescientos años antes de que Colón se embarcara rumbo a Occidente, hacia las Indias.

La orden de los Templarios se fundó en Jerusalén en 1118, como secuela de la primera cruzada. Tomó su nombre del sitio donde estuvo su primera sede, las ruinas del Templo de Salomón.

Con el deseo de contribuir a satisfacer la necesidad desesperada de un ejército permanente en Tierra Santa, los Caballeros del Templo pronto crecieron en número, en riqueza y en poder político. También aumento su arrogancia y su gran maestre de Ridfort fue un personaje clave en los errores que provocaron la caída de Jerusalén en 1187. Los cristianos latinos lograron mantener una estrecha franja de territorio a lo largo de la costa, donde los templarios estaban entre los mayores propietarios de tierras y fortificaciones.

Por último, decayó el entusiasmo entre los reinos europeos por enviar hombres y dinero a Tierra Santa, pues les preocupaban más las guerras que libraban entre sí. Hacia 1296, el sultán egipcio pudo rechazar hacia el mar a los cruzados residentes junto con las órdenes militares. Tierra Santa se perdió y los caballeros templarios, derrotados, trasladaron su base al reino insular de Chipre, siempre con el sueño de que una cruzada más les devolviera su gloria pasada.

Mientras los templarios planeaban una nueva cruzada contra los infieles, el Rey Felipe IV de Francia proponía su propia cruzada particular contra los templarios. Ansiaba librarse de sus deudas masivas con la orden de los templarios, la cual había utilizado su riqueza para establecer una importante operación bancaria. Felipe deseaba el tesoro de los templarios para financiar sus guerras continentales contra Eduardo I de Inglaterra.

Después de dos décadas de combatir a Inglaterra por un lado y a la Santa Iglesia Romana por el otro, dos acontecimientos sin relación entre sí dieron a Felipe de Francia la oportunidad que necesitaba. Eduardo I murió y su hijo, deplorablemente débil, asumió el trono de Inglaterra como Eduardo II. En el otro frente, Felipe pudo lograr que un hombre de su confianza ocupara el trono de San Pedro como el Papa Clemente V.

Cuando se supo en Chipre que el nuevo Papa emprendería una cruzada, los caballeros templarios creyeron que se acercaba el momento de recuperar su gloria. Llamado a Francia en envejecido Gran Maestre Jacques de Molay, fue allá provisto de elaborados planes para el rescate de Jerusalén. En París, lo trataron magníficamente y le rindieron honores hasta el fatídico día. Al amanecer del viernes 13 de octubre de 1307, todos los templarios de Francia fueron arrestados y encadenados por orden de Felipe. Inmediatamente comenzó la horrible tortura para que confesaran herejía.

Cuando las órdenes papales de arrestar a los templarios llegaron a la corte inglesa, el joven Eduardo II no hizo nada. Argumentó ante el Pontífice que los templarios eran inocentes. Sólo después de que el Papa promulgó una bula formal, el monarca inglés se vio obligado a actuar. En enero de 1308, Eduardo dictó órdenes para el arresto de los caballeros templarios en Inglaterra, pero los tres meses de advertencia habían sido bien utilizados. Muchos de los templarios vivían en la clandestinidad, mientras que algunos de los arrestados lograron escapar. Sus tesoros, sus relicarios enjoyados e incluso la mayor parte de sus archivos, habían desaparecido. En Escocia, ni siquiera se publicó la orden papal. En estas condiciones, Inglaterra y Escocia particularmente, se volvieron asilos hacia donde se dirigían los templarios fugitivos de la Europa continental y la eficacia de su ocultación habla de la ayuda recibida del exterior o de la que se prestaron unos a otros.

El trono inglés pasó de Eduardo II a Eduardo III, quien heredó la corona a su nieto de 10 años, quien al igual que Ricardo II vio desde la torre como la Revuelta Campesina explotaba por toda la ciudad de Londres.

Muchas cosas habían ocurrido al pueblo inglés durante ese lapso. Las guerras incesantes acabaron con la mayor parte del tesoro real y la corrupción se llevó el resto. Un tercio de la población murió debido a la peste negra y el hambre también cobró su tributo en vidas humanas. La fuerza de trabajo reducida de agricultores y artesanos descubrió que podía ganar más, pero ese mayor ingreso fue a expensas de los barones y obispos terratenientes, quienes no estaban dispuestos a tolerar una situación así. Se promulgaron leyes que

reducían los salarios y los precios a los niveles anteriores a la plaga y se investigaron las genealogías para volver a imponer la servidumbre y el villanaje a los hombres que se consideraban a sí mismos libres. La necesidad que tenía el rey de dinero para proseguir sus guerras contra Francia, le inspiraba impuestos nuevos e ingeniosos. La opresión provenía de todas partes y el caldero de la rebelión llegó a su punto de ebullición.

Tampoco la religión ayudó. La iglesia terrateniente era un amo tan despiadado como la nobleza. La religión habría sido también una fuente de confusión para los templarios fugitivos. Estos constituían una corporación religiosa de monjes guerreros que no le debían obediencia a ningún hombre sobre la Tierra, excepto al Santo Padre. Cuando éste se puso en su contra, encadenándolos y golpeándolos, rompió el vínculo de ellos con Dios. En la Europa del siglo XIV no había ningún camino para llegar a Dios más que mediante el vicario de Jesucristo en la Tierra. Si el Papa rechazaba a los templarios y éstos lo rechazaban a él, debían encontrar una nueva forma de adorar a Dios en una época en que cualquier variación a las enseñanzas de la iglesia establecida se condenaba como herejía.

Ese dilema trae a la mente el principio central de la francmasonería, que sólo exige que el hombre crea en un Ser Supremo, sin ningún requisito sobre cómo adorar a la deidad de su elección. En la Inglaterra católica, una creencia como esa habría sido un crimen, pero habría permitido la existencia de los templarios fugitivos separados de la iglesia universal. Si se toma en cuenta lo terrible que era el castigo por herejía, esa creencia independiente también da sentido a una de las más misteriosas de las antiguas reglas de la francmasonería que siguen gobernando el comportamiento de la fraternidad. La regla dice que ningún masón debe revelar los secretos de un hermano que puedan provocar que éste pierda su vida y sus propiedades.

Esa relación me hizo considerar desde un punto de vista diferente a las antiguas reglas masónicas. Tomaban un rumbo distinto y un nuevo significado cuando se las consideraba como un conjunto de instrucciones para una sociedad secreta, creada para ayudar y proteger a hermanos que andaban huyendo y ocultándose de la iglesia. Esa caracterización no tenía sentido en el contexto de un gremio medieval de los albañiles y a ella se atribuye, generalmente, el origen de la francmasonería. Sin embargo, sí tenía mucho sentido para hombres, como los templarios fugitivos, cuyas propias vidas dependían de su ocultamiento. Tampoco habría ningún problema para encontrar nueva gente a reclutar en los años subsecuentes: habría muchos disidentes y protestantes contra la iglesia en las generaciones futuras. Los rebeldes de la revuelta campesina lo demostraron cuando atacaron abadías y monasterios y cuando le cortaron la cabeza al arzobispo de Canterbury, el principal prelado católico de Inglaterra.

Los templarios fugitivos debieron de haber necesitado un código como el de las antiguas reglas de la masonería, pero es obvio que los albañiles no. Era evidente que yo necesitaba saber más sobre la Antigua Orden de los Masones Libres y Admitidos. La cantidad de material masónico disponible en las grandes bibliotecas públicas me sorprendió, así como el hecho de que se guardaba en la sección de educación y religión. No contento nada más con lo que estaba a disposición del público, solicite acceso a los servicios de la biblioteca del templo masón de Cincinnati, Ohio. Le dije al encargado que yo no era masón, pero que deseaba utilizar la biblioteca en apoyo de mi investigación para un

libro que probablemente incluiría un nuevo examen de la Orden Masónica. La única pregunta que me hizo fue: “Será justo?”. Le aseguré que no tenía el menor deseo o intención de que el libro fuera algo menos que justo, a lo cual repuso: “Muy bien”. Me dejaron solo con el catálogo y los cientos de libros masónicos que cubrían las paredes. También aproveché las publicaciones de la Asociación Masónica de Servicios de Silver Spring, Maryland.

Más adelante, a medida que mi creciente conocimiento sobre la masonería me permitía entablar alguna conversación sobre el tema, comencé a conversar con masones. Al principio me preguntaba cómo lograría conocer a quince o veinte masones y, en caso de lograrlo, si estarían dispuestos a conversar conmigo. El primer problema se resolvió tan pronto como empecé a preguntar a amigos y asociados si eran masones. Había cuatro en un grupo al cual conocía desde hacía unos cinco años y muchos más entre personas a quienes conocía desde hacía mas de veinte años, sin que nunca me hubiera dado cuenta que tenían alguna conexión con la francmasonería. En cuanto a la segunda parte de lo que me preocupaba, los encontré bastante dispuestos a conversar, no sobre las contraseñas y el apretón de manos “secretos” (que para entonces ya conocía), sino sobre lo que se les había enseñado acerca de los orígenes de la francmasonería y sus antiguas reglas.

Se mostraron tan intrigados como yo sobre las posibilidades de descubrir los significados perdidos de las palabras, símbolos y rituales para los cuales no se tenía una explicación lógica, por ejemplo, por qué en los ritos de iniciación de un Maestre Masón se le dice lo siguiente: “este grado te hermanará con los piratas y los corsarios”. Estuvimos de acuerdo en que el descubrimiento de los secretos de esos misterios masónicos, contribuiría sobre todo a desenterrar el pasado, ya que la pérdida de su verdadero significado había hecho que los antiguos términos y símbolos se mantuvieran intactos, al estar menos sujetos al cambio a lo largo de los siglos o a adaptaciones a nuevas condiciones.

Entre estos secretos perdidos estaban los significados de las palabras usadas en los rituales masónicos, por ejemplo: “tyler”, “cowan”, “due-guard” y “juwes”. Los escritores masónicos han luchado infructuosamente durante siglos por hacer que esas palabras se ajusten a su idea preconcebida de que la masonería surgió de los gremios de albañiles medievales de lengua inglesa.

A continuación me puse a probar la posibilidad de que, de veras, hubiera una conexión entre la francmasonería y la orden templaria de habla francesa, mediante la búsqueda de los significados perdidos de esos términos no es inglés, sino en francés medieval. Las respuestas comenzaron a fluir y en poco tiempo encontré un significado razonable para cada uno de los misteriosos términos masónicos en el idioma francés. Incluso me proporcionó el primer significado creíble para el nombre de Hiram Abiff, el arquitecto asesinado en el Templo de Salomón y el personaje central del ritual masónico. Ese examen estableció también otra cosa. Se sabe muy bien que, en 1362, los tribunales ingleses cambiaron oficialmente el idioma usado para los trámites legales del francés al inglés, por lo cual las raíces francesas de los misteriosos términos de la francmasonería confirmaron la existencia de esa sociedad secreta en el siglo XIV, el siglo de la supresión de los templarios y de la revuelta campesina.

Alentado por eso, me puse a revisar otros secretos perdidos de la masonería: el círculo y el piso de mosaico del salón de la logia, los guantes y los mandiles de piel de cordero, el símbolo del compás y la escuadra e incluso la misteriosa leyenda del asesinato de Hiram Abiff. La Regla, las costumbres y las

tradiciones de los templarios proporcionaron respuestas a todos estos misterios. Luego hice un análisis más profundo de las antiguas reglas de la antigua masonería, las cuales definen a una sociedad secreta de protección mutua. Lo que la "logia" hacía era ayudar a que los hermanos se ocultaran de la ira de la Iglesia y del Estado, proveyéndoles con dinero, respondiendo por ellos antes las autoridades e, incluso, proporcionándoles el "alojamiento" (logia), mismo que dio a la masonería el término singular con que nombra a sus organizaciones locales y sus salas de reunión. No me quedó ninguna duda de que el concepto original de la sociedad secreta que llegó a llamarse francmasonería había surgido como una sociedad de protección mutua entre templarios fugitivos y sus asociados en Gran Bretaña, hombres que habían vivido en la clandestinidad para escapar del encarcelamiento y la tortura que el Papa Clemente V había ordenado en su contra. Su antagonismo con la Iglesia se volvió más poderoso debido al secreto total. La supresión de la Orden de los Templarios parecía ser uno de los mayores errores cometidos por la Santa Sede.

En retribución, la francmasonería más que cualquier otra organización secular en la historia de la cristiandad, ha sido objeto del mayor número de bulas y encíclicas papales airadas. Esas condenas empezaron a aparecer apenas unos cuantos años después de que la Masonería se reveló ante el público en 1717 y fue creciendo en intensidad hasta culminar en la bula *Humanum Genus* promulgada en 1884 por el Papa León XIII. En esa bula, se acusa a los masones de defender la libertad religiosa, la separación entre Iglesia y Estado, la educación laica de los niños y del crimen extraordinario de creer que la gente tiene el derecho de dictar sus propias leyes y elegir a sus propios gobernantes, "de acuerdo con los nuevos principios libertarios". Se identifica a esos conceptos, junto con los masones, como parte del reino de Satanás. El documento no sólo define las preocupaciones de la Iglesia Católica respecto de la francmasonería en esa época, sino que, negativamente, define con tal claridad lo que los masones creen, que he incluido el texto completo de la bula papal como apéndice de este libro.

Por último, debo añadir que los acontecimientos aquí descritos fueron parte de una gran vertiente de la historia occidental. La época feudal estaba llegando a su fin. La propiedad de la tierra y la mano de obra campesina habían dejado de ser la única fuente de la riqueza. Las familias de mercaderes se agremiaron y se apoderaron de pueblos completos constituidas como corporaciones municipales. El comercio dio origen a los bancos y las inversiones y los pueblos se convirtieron en centros de poder que rivalizaban con la nobleza en riqueza e influencia.

La Iglesia Universal, que había luchado por una posición de supremacía en el contexto feudal, fue lenta para aceptar los cambios que podían afectar dicha supremacía. Cualquier desacuerdo con la Iglesia se tachaba de herejía, el crimen más nefasto bajo el cielo. El hereje no sólo merecía la muerte, sino la más dolorosa imaginable.

Algunos disidentes se ocultaron en los bosques, en tanto que otros se organizaron. En el caso de los caballeros templarios fugitivos, la organización ya existía. Poseían una rica tradición de operaciones secretas que habían alcanzado el nivel más alto por su asociación con las intrincadas políticas de Bizancio, el ritual secreto de los Hassassin y las intrigas de las cortes musulmanas con las cuales alternativamente se encontraban en el campo de

batalla o en la mesa de negociación. La Iglesia, en su sangriento rechazo a la propuesta y al cambio, les proporcionó un río de reclutas que fluyó durante siglos.
Más de seiscientos años han pasado desde la supresión de los caballeros templarios, pero su herencia vive en la mayor organización fraterna que se haya conocido. De esta manera, la historia de esos cruzados torturados, del salvajismo de la revuelta campesina y de los secretos perdidos de la francmasonería, se convierte en la historia de la sociedad secreta más exitosa en la historia del mundo.

PARTE 1

LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

CAPÍTULO 1
EL IMPULSO DE MATAR

En 1347, a más de mil seiscientos kilómetros de Europa, los mongoles Kipchak sitiaban un centro mercantil amurallado que los genoveses tenían en la costa de Crimea. Numerosos sitiadores Kipchak empezaban a morir de una extraña enfermedad que parecía ser muy infecciosa. En lo que podría ser el primer caso registrado de guerra biológica, los Kipchak comenzaron a lanzar los cadáveres por encima de las murallas.

Unos meses después, las galeras genovesas procedentes de la ciudad sitiada atracaron en Mesina, Sicilia, con remeros que morían en sus puestos y relatos de muertos arrojados por la borda durante la travesía. Los marineros no hicieron caso de los esfuerzos de las autoridades por impedir que desembarcaran y la muerte negra pisó tierra en Europa. Llevada por las ratas de los barcos, sus portadoras, la peste se desplazó al continente desde los puertos de Nápoles y Marsella. De Italia pasó a Suiza y a Europa Oriental y se propagó a través de Francia y de allí a Alemania. La plaga llegó a Inglaterra en los barcos que atracaban en Dorset y desde allí se expandió. En menos de dos años, se calcula que mató entre el 35 y 40 por ciento de la población europea y de Gran Bretaña.

Como en todos los tiempos y los lugares, el hambre, la mala nutrición y la consecuente reducción de las defensas inmunológicas, pusieron el tapete de bienvenida a la epidemia. Un cambio de clima había producido inviernos más largos y veranos más frescos y húmedos, lo que había acortado y trastocado los períodos de siembra. De 1315 a 1318, las torrenciales lluvias veraniegas arruinaron las cosechas y eso ocasionó el hambre generalizada. Las cosechas logradas fueron esporádicas, pero al menos la gente pudo sobrevivir. Luego, en 1340, casi en todas partes se malograron las cosechas y murieron miles en la peor hambruna del siglo.

Incluso en las condiciones que en esa época podrían haberse considerado ideales, la población en general estaba subalimentada. Su dieta consistía principalmente en trigo y centeno, con poca verdura y un mínimo de carne y leche, lo que, en parte, se debía a que, aunque tuvieran para adquirir esos productos, no había refrigeración ni otros medios de conservación. Las deficiencias en vitaminas y minerales durante el invierno eran parte de la vida. La caza podía proporcionar carne fresca, pero los derechos de caza correspondían sólo a los señores feudales. Una paliza era un castigo ligero y la muerte no poco común para quien cazara un venado o incluso un conejo de los bosques del señor feudal. El hecho de que tantos corrieran el riesgo, pone de manifiesto la intensa apetencia biológica de carne fresca.

En general, la enfermedad encuentra sus víctimas más fáciles entre los menores, ya que no cuentan con un sistema inmunológico maduro sino hasta los diez u once años y entre los ancianos, cuyos sistemas inmunológicos decaen a medida que pasa el tiempo y así ocurrió con la muerte negra. Aunque murieron miles de personas de todas las edades y condiciones, los segmentos más jóvenes y más viejos predominaban en las estadísticas. Fue todo lo contrario de un “auge de los nacimientos”; por lo cual hubo muy poca gente joven para reemplazar a la fuerza laboral en la siguiente generación.

La peste negra no fue una sola enfermedad, sino tres, y el origen de las tres era una pulga. Un bacilo en la sangre bloquea el estómago de la pulga. Cuando ésta muerde la piel de su huésped, de preferencia la rata negra, el bacilo sale del estómago de la pulga y se introduce en el huésped, inoculando la infección. Cuando las ratas mueren, las pulgas se pasan a otros animales y a los seres humanos.

En una de las formas de la enfermedad, los bacilos se depositan en los ganglios linfáticos. En las ingles y en las axilas aparecen grandes forúnculos y protuberancias, llamados *bubones*, por lo que esta forma de la enfermedad se denomina “peste bubónica”. El nombre de “peste negra” proviene del hecho que el cuerpo de la víctima se cubre de manchas negras y la lengua se le pone negra. Casi siempre la muerte sobreviene en un lapso no mayor de tres días.

En otra de las formas, la “septicémica”, la sangre se infecta y la muerte ocurre en una semana o más. La muerte más rápida es provocada por la forma más infecciosa, la neumónica, que causa la inflamación de la garganta y los pulmones, esputos y vómitos de sangre, un hedor fétido y un dolor intenso.

En esa época no se identificaron científicamente ninguna de las formas de la peste, ni se conoció nada sobre la forma en que se transmite. Eso permitió que se promulgaran todo tipo de teorías infundadas, de las cuales la más común era que la peste negra era un castigo divino. Algunos incluso maldijeron a Dios por la gran calamidad y Felipe VI de Francia tomó medidas para evitar que Dios se enojara más de lo que ya estaba, aparentemente. Se promulgaron leyes especiales contra la blasfemia, con castigos muy específicos. Por la primera ofensa, al blasfemo se le cortaba el labio inferior; por la segunda, el labio superior y por la tercera, la lengua.

Surgieron grupos de creyentes que, en público, hacían penitencia por pecados que no podían identificar de modo específico, pero que por lo visto eran lo bastante graves como para hacer que Dios se irritara hasta el grado de destruir a la raza humana. Sólo la penitencia más severa podía expiar un pecado tan horrible. La autoflagelación se volvió flagelación grupal cuando los penitentes iban por las calles, a menudo conducidos por un sacerdote, y se azotaban unos a otros con cuerdas anudadas y látigos con puntas de metal que laceraban la piel. Algunos cargaban cruces pesadas o llevaban puestas coronas de espinas.

Otros encontraban sus propias respuestas en ritos desinhibidos y orgías sexuales. Algunos actuaban según la teoría de que, como el mundo se iba a acabar pronto, había que entregarse a todos los placeres posibles; otros creían que invocar a Satanás era la única alternativa ahora que habían sido abandonados por Dios.

Como ocurrió siempre en la Edad Media, algunas comunidades culparon a los únicos no cristianos del entorno: los judíos. Aunque los mismos judíos estaban muriendo debido a la peste negra, se les acusó de envenenar los pozos y de provocar la plaga con ritos secretos y hechizos que pretendían acabar con la cristiandad. Se organizaron matanzas de judíos en Francia, Austria y principalmente –como había ocurrido durante las cruzadas- en Alemania. En Estrasburgo se quemaron vivos a más de doscientos. En un pueblo del Rin se despedazó a los judíos y luego se pusieron los restos en barricas de vino selladas que se lanzaron río abajo. En Esslingen, los judíos sobrevivientes a la primera ola de persecución pensaron que su mundo estaba llegando a su fin y se reunieron en una sinagoga. Ellos mismos la incendiaron y murieron quemados. A los que no asesinaron, con frecuencia los expulsaron y dejaron

sus hogares para propagar su cultura –y a menudo la peste- en otras regiones. En Polonia, las persecuciones ocurrieran en zonas dispersas, pero en general ese país fue más seguro que Alemania y los judíos alemanes emigraron a territorio polaco. Este fue el origen de las comunidades judías azkenazis en Polonia. Mantuvieron el idioma alemán que evolucionó poco a poco hasta llegar a la forma vernácula llamada yiddish.

Debido al hacinamiento y a la casi absoluta carencia de instalaciones sanitarias, los pueblos y las ciudades fueron, al principio, las más golpeadas; pero a medida que los habitantes urbanos se dispersaron para evitar la peste, la llevaron consigo a las zonas rurales. A medida que morían los campesinos, los campos se volvieron eriales y los animales empezaron a vagar sueltos por los campos hasta que muchos murieron de la misma forma en que habían muerto sus dueños. Henry Knighten, un canónigo de la abadía de Santa María en Leicester, informó de cinco mil ovejas muertas que se pudrían en una sola dehesa. Se ha calculado que la población de Inglaterra era de cuatro millones cuando la peste bubónica cruzó por primera vez el Canal de la Mancha. Cuando terminó la epidemia, quedaban menos de dos y medio millones de personas.

Las noticias sobre los estragos de la peste en Inglaterra llegaron a oídos de los escoceses, quienes concluyeron que la plaga que diezmaba a su antiguo enemigo no podía tener otro origen que la venganza divina. Decidieron ayudar al Todopoderoso en su plan y atacar a los ingleses debilitados. Se convocó a los clanes para que se reunieran el Selkirk Forest, pero antes de que pudieran iniciar la marcha al sur, la plaga azotó el campamento y mató a unos cinco mil escoceses en unos cuantos días. No les quedaba otra cosa que hacer que abandonar el plan de invasión, así que los que seguían sanos dejaron el sitio para regresar a sus hogares con los enfermos y los moribundos. Cuando los ingleses supieron de la reunión, se trasladaron al norte para interceptare la invasión. Llegaron a tiempo para hacerlo y acabar con el disperso ejército escocés.

Lo increíble es que, mientras continuaba la mayor mortandad que el mundo haya conocido, la guerra entre Francia e Inglaterra seguía adelante, cada lado debilitado con la esperanza de que el otro estuviera más débil. Los ejércitos necesitaban los pertrechos producidos por artesanos y agricultores, de los cuales la tercera parte había muerto. Necesitaban dinero y la población y los productos que generalmente pagaban impuestos con ese propósito estaban declinando. Cuando la peste se acabó, después de un par de años, el mundo era diferente a como antes había sido. Ya nunca sería el mismo pues las clases inferiores de la sociedad experimentaron de pronto un nuevo poder.

Lo que ocurrió fue que una ley que nunca puede violarse sin que haya consecuencias, la ley de la oferta y la demanda, irrumpió con toda su fuerza y toda su vigencia esta vez en beneficio del jornalero, del campesino y del artesano. Hasta donde podía recordar la clase terrateniente, nunca había ocurrido que la mano de obra agrícola o la oferta de arrendamientos campesinos no excediera la demanda. En ese momento, las bases de una forma de vida que había funcionado durante siglos comenzaban a resquebrajarse. En la era oscura de la anarquía, es individuo había estado desvalido. La conservación de la vida misma era la preocupación principal y los hombres voluntariamente se comprometían a servir a un hombre más fuerte que les brindara protección. Estos hombres fuertes se comprometían, a su vez,

como vasallos de otros hombres todavía más fuertes y el resultado fue el sistema feudal. Los hombres de todos los estamentos se comprometían con el servicio militar, a menudo para una campaña específica o por un período determinado, por ejemplo de cuarenta días al año. La clase guerrera se convirtió en la nobleza y sus miembros requirieron de riqueza para conseguir los caballos de combate, las armas y la armadura. Y necesitaron más riqueza aún, en la forma de mano de obra, para construir las fortalezas donde sus seguidores podían venir a protegerse. Estos sitios pasaron gradualmente a ser empalizadas con un foso alrededor y casa fortificadas, a soberbias estructuras de piedra que requerían de un ejército de canteros, albañiles, carpinteros y herreros. Todo eso debía pagarse y aunque algo de ingresos se podía generar a partir del botín de la guerra o del rescate de los cautivos ricos, la fuente principal de esa riqueza era la tierra y el trabajo de la gente que la cultivaba.

Cuando el hombre con armadura llegó a dominar el campo de batalla, sobrevino la “carrera armamentista” de los caballeros. El compromiso de un barón local con su conde podría incluir hasta la obligación de responder a un llamado a las armas, llevando consigo desde un solo caballero con su caballo hasta docenas, de acuerdo con el tamaño de sus posesiones. Era caro equipar y mantener a un caballero. Necesitaban por lo menos un pesado caballo de combate entrenado, un caballo de menor peso para viajar y otros caballos para su escudero, sus sirvientes y su equipaje. Necesitaba una armadura, que era muy cara, y también una coraza para su caballo. Para apoyar todos estos gastos, a cambio de sus servicios, se le proporcionaban tierra y la gente que allí moraba.

La condición de los siervos había cambiado a lo largo de los siglos. Poco a poco, algunos pudieron convertirse en agricultores arrendatarios que cultivaban las parcelas que les asignaban, mientras seguían pagándole al señor feudal mediante períodos establecidos de trabajo en sus tierras. Las costumbres variaban de un feudo a otro, pero, por lo general, el arrendatario pagaba la tenencia de distintas maneras. Al morir, la mejor bestia de su granja se entregaba como gratificación (“tributo”) al señor y la mejor bestia de las que quedaban se entregaba al cura de la parroquia. Ni el arrendatario ni ningún miembro de su familia podían casarse sin autorización, lo cual generalmente requería de un pago. Además de los días estipulados de trabajo para el señor (a menudo dos o tres días a la semana), se le podía pedir trabajo adicional sin paga, una petición que llevaba el nombre poco adecuado de “merced de amor”. El arrendatario tenía restricciones en cuanto a la recolección de leña, a tomar madera para reparar su casa e incluso recoger el valioso estiércol que caía en los caminos y senderos.

Si el señor feudal poseía un molino, el arrendatario tenía que usarlo y pagar por ese privilegio. LO mismo se aplicaba en el caso de los hornos feudales, con lo que frecuentemente se creaba un monopolio en la elaboración de pan. Tomando en consideración sus derechos y obligaciones, el arrendatario no era un siervo “en las condiciones de casi un esclavo” pero tampoco era del todo libre. El mayor obstáculo para su libertad era la ley antigua que había quitado el derecho a desplazarse. Esos agricultores arrendatarios estaban obligados a permanecer en el feudo donde habían nacido y en el cual vivían en un caserío ("Vill” en inglés) el cual derivaría más adelante en villa ("Village” en inglés). Por esta razón, al arrendatario se le llamó “villano”, connotación peyorativa que a veces le aplicaba el señor feudal.

Lo que modificó drásticamente la condición de muchos villanos, fue la necesidad del señor feudal de tener dinero en efectivo en vez de una parte de la cosecha, que no era fácil de transportar al mercado para su venta. Casi no había caminos para carretas y no resultaba económico transportar las cosechas de granos a lomo de bestia, como se hacía con la lana. El rey necesitaba dinero en efectivo para proseguir su guerra con Francia y los nobles necesitaban efectivo para pagar mercenarios y adquirir medios de transporte y suministros en el continente. Los villanos comenzaron a hacer tratos en los que podía darse medio penique o uno en lugar de un día de trabajo y un pago fijo en efectivo en lugar de una parte de la cosecha. Cambiaron sus actitudes al descubrir que estaban "alquilando" la tierra en lugar de canjear el usufructo por su tiempo y su esfuerzo. Se *sintieron* libres debido a la ausencia o reducción de las viejas costumbres de la humillante servidumbre.

Hacia la época de la peste negra, muchos de los feudos ingleses eran propiedad del la Iglesia. Habían comprado algunos y les habían donado muchos. Los caballeros templarios habían cedido sus extensas posesiones feudales a los Caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén (los Hospitalarios) después de que el Papa Clemente V suprimió a los templarios en 1312. Todas las órdenes religiosas tenían propiedades feudales con miles de siervos y villanos a ellas adscritos. La sustitución de efectivo por los servicios que debía prestar el villano, a menudo no cubría la necesidad de dinero en efectivo del señor feudal o del obispo, por lo que al arrendatario próspero se le permitía comprar su libertad con una gran cantidad. Desafortunadamente, por lo general estos hombres no previeron la necesidad de contar con un documento que pudiera ser válido en un tribunal y, en consecuencia, registraron inadecuadamente la manumisión o no la registraron. La actitud de la Iglesia fue muy simple: ninguna manumisión era válida a menos que formara parte de una transacción comercial por escrito. Cualquier otro acto de liberación de un villano se trataba como apropiación ilícita de bienes eclesiásticos de valor.

Ahora la peste negra había acabado con una tercera parte o más de la fuerza laboral. Con la escasez de la mano de obra, los precios subieron, principalmente los de productos elaborados por una fuerza laboral muy reducida de artesanos. Los que más escaseaban eran los zapateros, los tejedores, los carpinteros, los albañiles y los herreros. Se generaba menos dinero y se compraba menos, en vista del alza de precios.

Esa fue una época dorada para los villanos previamente oprimidos. Las tierras feudales estaban sin cultivar y los propietarios necesitaban el ingreso. Por primera vez en su vida, escaseó la oferta de servicios del agricultor arrendatario, por lo que pudo negociar y obtener una mejor parte de la cosecha y, en general, mejores condiciones de vida y de trabajo. Por el trabajo realizado en tiempo adicional, podía obtener el doble o el triple del salario que solía recibir. Los arrendatarios comenzaron a abandonar sus caseríos en busca de mejores oportunidades, lo que provocó la ira de sus antiguos señores.

Para poner fin a todo eso y hacer que las cosas volvieran a la normalidad, el Parlamento inglés promulgó un Estatuto de los Trabajadores en 1351. En principio, el estatuto intentaba fijar los precios de la mano de obra en los niveles anteriores a la plaga, pero contenía varias cláusulas extraordinarias. No sólo se estipulaban las tarifas para los campesinos (dos y medio peniques por trillar una arroba de centeno, cinco peniques por acre segado, etcétera) sino

que, para hacer cumplir la regla, los agricultores debían presentarse en los mercados con sus aperos en las manos para que los contratos de trabajo se hicieran en público y no en secreto. El estatuto prohibía que se tratara sobre cualquier incentivo adicional, por ejemplo los alimentos. Los contratos agrícolas serían anuales y no por jornada. Los agricultores debían prestar juramento dos veces al año ante el mayordomo o condestable de su villa, comprometiéndose a respetar los reglamentos. Se les prohibía dejar las villas de origen si en ellas había trabajo disponible a los precios estipulados. Cualquiera que se rehusara a prestar juramento o que violara el estatuto, sería puesto en el cepo durante tres días o hasta que aceptara someterse a la nueva ley. Para ello, el estatuto ordenaba que se construyeran cepos en todas las villas de Inglaterra. No se pasó por alto a los artesanos. El estatuto estipuló salarios de tres peniques para un maestro albañil, tres peniques para los techadores, fuera con tejas o con paja. Todos los productores de bienes –talabarteros, orfebres, curtidores, sastres, zapateros, etcétera- cobrarían no más del promedio de lo que cobraban durante los cuatro años anteriores a la plaga y todos tendrían que jurar obediencia a la ley. Faltar al juramento y a la ley traía como consecuencia un castigo inusitado. Por la primera falta, el que cobrara de más sería encarcelado durante cuarenta días y la condena se duplicaría con cada falta subsecuente. Así, la tercera falta significaría una condena de 160 días de prisión (40, 80, 160). Según esa cláusula, si un zapatero fuera acusado por novena vez de vender zapatos a un precio excesivo, esta novena falta lo haría pasar 10.240 días en la cárcel.

Se intentó hacer cumplir el Estatuto de los Trabajadores, pero, en esencia, no funcionó. Trataba de acabar con un popular mercado negro lleno de compradores ansiosos y vendedores impacientes. De hecho, la situación empeoró. Cuando los agricultores y los artesanos salieron del mercado por defunción o edad avanzada, los suplió un número muy reducido de trabajadores jóvenes, debido a la desproporcionada tasa de mortalidad de menores durante la peste negra. La inflación siguió aumentando. Los villanos y los siervos sin derecho a la libertad o a quienes se vigilaba tan estrechamente que no podían trasladarse a otra parte, sólo cumplían con sus tareas cotidianas en circunstancias cada vez peores debido a los precios cada vez más altos que tenían que pagar por cualquier cosa que compraban. Y, puesto que no tenían poder adquisitivo, también las órdenes inferiores del clero sufrieron las consecuencias de la inflación. Con el fin de mantener un nivel adecuado de lujo y para satisfacer las exigencias de una corte papal cuyo ingreso se había quebrantado con la aparición de un pretendiente rival al Trono de San Pedro, los obispos se negaron a incrementar los estipendios de su clero regular. Esto dejó a los sacerdotes de las villas casi al borde de la inanición en un período de inflación incesante y les dio una base común con sus feligreses en contra de los grandes señores, fueran temporales o espirituales.

A la demanda de bienes y servicios se sumó la Guerra de los Cien Años que había comenzado en 1337. En esta guerra se dio el cambio, de grandes muchedumbres que combatían cuerpo a cuerpo con espadas y puñales empujándose unos a otros, a la utilización de mejores proyectiles, con los cuales los hombres podían matarse a distancia. Los arcos y las flechas siempre habían estado allí pero eran comparativamente débiles y no constituían ninguna amenaza para el guerrero con armadura ni para su posición como el “tanque” invencible de los campos de batalla medievales. Antes de que

existieran los proyectiles mejorados, el arma más eficaz en el campo de batalla no había sido el caballero sino su caballo de combate. Lo que hoy se considera únicamente como una pesada bestia de carga, en aquel tiempo se criaba para que cargara a un hombre con sus pesadas armas y armadura y que soportara también el peso de su propia coraza y sus herraduras, que eran por sí mismas armas terribles. Ningún grupo de infantería podía resistir el choque de esa pesada mole. Para la refriega después de la carga, el caballo de batalla estaba entrenado para morder y patear.

Luego apareció la ballesta, la cual representaba la primera amenaza concreta de la superioridad del caballero con armadura en el campo de batalla. Su arco corto, hecho de capas de madera, hueso y cuerno, arrojaba una cuadrilla (flecha de punta cuadrada) corta y gruesa, a tal velocidad que podía penetrar armaduras ligeras. Así, el guerrero con armadura, el aristócrata en la guerra y la paz, podía morir debido a un oponente a quien no podía echar mano, peor todavía, a un oponente de las clases inferiores. No era justo y si no lo era en relación con los señores, probablemente o iba de acuerdo con la voluntad de Dios. Un Papa llegó a prohibirle a los cristianos el uso de la ballesta, pero la prohibición no tuvo ningún efecto aparente. Las condenas de las armas nunca funcionan porque van acompañadas de la siguiente advertencia implícita: “No las usaremos a menos que sea absolutamente necesario para ganar”.

La ballesta no era el arma ideal porque tenía dos defectos. Primero, su alcance era corto y, lo más importante, la ballesta era muy difícil de manejar. Algunas tenían un estribo para que el ballestero con su pie lo sujetara al suelo, en tanto que la cuerda estaba unida a un gancho sujeto a una correa que ceñía los hombros o la cintura del combatiente. El arquero se agachaba, enganchaba la cuerda y luego empleaba toda la fuerza de sus piernas y de la espalda para tensar el arco y dejarlo listo para disparar. Este procedimiento no sólo era lento sino que requería de fuerza. Se necesitaba entrenamiento para tensarlo y para apuntar. Además, la ballesta era de fabricación relativamente cara; un campesino sujeto a servicio militar feudal no tenía una en su casa.

Se necesitaba dinero en efectivo para contratar los servicios de un ballestero y no la obligación feudal. En la batalla de Crecy de 1346, los ballesteros del ejército francés eran una banda de mercenarios genoveses. Por el otro lado, los ingleses estaban a punto de sacar un arma que de inmediato eclipsó a la ballesta, el llamado arco largo inglés (“llamado” porque en realidad fue producto del ingenio galés). Ese día, la demostración de la superioridad del arco largo sacudió a toda Europa. Olvidemos el total de bajas; lo importante fue que más de mil quinientos franceses protegidos con armaduras completas –duques, condes y caballeros- murieron en una batalla. Este solo hecho cambió el curso de la sociedad europea. Hasta entonces los caballeros habían confiado en morir, en última instancia, a manos de otro caballero. Esa clase tenía el monopolio de la guerra y, por consiguiente, del poder. Y en esa ocasión, cientos de aristócratas invencibles habían caído abatidos por un puñado de gente del más bajo nivel con armas hechas de madera y cuerda en sus manos. Cambió para siempre la manera como esas dos clases se consideraban una a la otra. Ya no se trataba de la leva feudal que convocaba a una muchedumbre de campesinos novatos a combatir por cualquier razón. Los arqueros se volvieron soldados profesionales, bien entrenados, bien pagados y bien tratados. Se convirtieron en los héroes del momento, y eran héroes campesinos. Sería imposible para nosotros evaluar las diferencias de clases

existentes antes de ese tiempo. Para el campesino, los caballeros con armadura eran invencibles y los consideraban en un plano tan elevado que constituían seres superiores semejantes a dioses de otro planeta. Ni siquiera se consideraba la posibilidad de hacerles frente y ahora los dioses habían caído de su pedestal. Había razón para que el caballero se sentara en el salón principal de su casa y contemplara el fuego con el ceño fruncido, mientras el campesino adquiría un sentimiento nuevo por completo de su valor y orgullo. Es probable que comentara es susurros esa nueva valía con sus camaradas, pero el pensamiento, una vez plantado, siguió creciendo.

Con los cambios en la conducción de la guerra, el monarca necesitaba más que nunca que las obligaciones feudales se cumplieran con dinero y no con servicios. El nuevo soldado profesional trabajaba por la paga y se necesitaba proveerlo de comida, equipo y bestias para el equipaje, así como los medios de transporte al continente. A pesar de la escasez de mano de obra, de la inflación y de las enfermedades, la monarquía no cejaba en la prosecución de la Guerra de los Cien Años, comenzada en 1337. La única salida era –literalmente- impuestos, impuestos y más impuestos.

A consecuencia de todo eso, se desarrolló una situación que tenía que acarrear problemas: los terratenientes invocaron antiguos derechos legales, propuestos por abogados que sólo ellos podían contratar, para despojar de su libertad a un hombre y a sus descendientes. A hombres que se consideraban libres se les ordenó que lo comprobaran. Se investigaron genealogías y registros parroquiales para demostrar que la madre o la abuela de un hombre había sido villana o sierva y que éste había heredado esa condición de modo irrevocable. Era una forma de utilizar la ley para obtener mano de obra barata y legalmente comprometida, que no podía irse en busca de mejores condiciones a ninguna otra parte. Los únicos beneficiados eran los terratenientes. Entre mayor era la posesión del terrateniente, mayor beneficio obtenía de la imposición sobre los villanos y la Iglesia era la que tenía mayor número de propiedades. Contaba con el mayor número de siervos y villanos bajo su férula o los obligaba a esa condición después de haber disfrutado por un tiempo de su libertad en otra parte. El resentimiento contra la Iglesia creció entre el pueblo y con frecuencia el descontento entre las órdenes inferiores del clero avivó ese resentimiento.

Un cura y académico de Oxford, de nombre John Wycliffe, puso en marcha quizás más de lo que pretendía, cuando comenzó a predicar la reforma de la Iglesia. Lo irritaba especialmente la corrupción que había en ella y la constante lucha por obtener más poder y riquezas materiales, en detrimento de la misión tradicional de la Iglesia. Según él, había un contacto directo entre el hombre y Dios, para lo cual no se requerían los servicios de un cura. Sostenía que sólo Dios tenía control de las almas de los hombres. Decía que el monarca era el responsable directo ante Dios y que no necesitaba de la intercesión papal. Unas de sus afirmaciones más impactantes, para su tiempo, era que los sacramentos impartidos por curas pecadores y que no estaban en un estado de gracia, no tenían la menor validez, y esto incluía al Papa. Llegó incluso a traducir la Vulgata al inglés, pues sostenía que todos los cristianos, hombres y mujeres, debían tener acceso directo a las Sagradas Escrituras, ya que encontraba perfección en La Biblia y no ponía en duda nada de lo que allí estaba escrito. Sin embargo, señalaba, no hay ninguna mención bíblica de un Papa.

Esos ataques contra la Iglesia no podían quedar sin respuesta y Wycliffe fue citado a comparecer a San Pablo bajo la acusación de herejía. El hecho de que no le sentenciaran a muerte podría atribuirse a la furiosa protesta de una muchedumbre de londinenses. Simplemente se le destituyó y se le envió a vivir a su parroquia de Lutterworth. Él no sólo no cejó en sus críticas a la Iglesia, sino que en lugar de dirigirse a sus colegas eclesiásticos se dirigía al pueblo, el cual estaba en disposición de escucharlo. Sus seguidores se convirtieron en predicadores ambulantes y llevaron el mensaje de Wycliffe a villas y pueblos.

La eficacia en el frente interno de John Ball, a quien el historiador francés Jean Froissart llamó “el cura loco de Kent”, fue mucho más inmediata. Ball predicaba contra la clase privilegiada, incluyendo a la Iglesia. También exigía que se hiciera una reforma agraria e insistía en que se le quitaran las tierras a los grandes barones y a la Iglesia y se distribuyeran entre los del pueblo. Desde 1360, Ball y su séquito de curas habían recorrido el centro y el sureste de Inglaterra, predicando doctrinas sobre la igualdad de derechos y la redistribución o propiedad comunal de la propiedad. Ball fue arrestado varias veces por las autoridades eclesiásticas y al final se le excomulgó. En 1381, cuando estalló la Rebelión de los Campesinos, estaba en la prisión arzobispal de Maidstone, en Kent.

Hubo esperanzas de que la influencia francesa en el papado concluyera cuando el Papa Gregorio XI regresara a la Santa Sede en Roma, en 1377. Desafortunadamente, un gran segmento de la Jerarquía eclesiástica no estuvo de acuerdo con la mudanza. En ese momento, muchos de los cardenales eran franceses y preferían que la sede papal siguiera en Aviñón. Al año siguiente, cuando murió Gregorio XI, el pueblo de Roma se amotinó para demandar que se cumpliera su exigencia de que el nuevo Papa fuera italiano, lo cual ocurrió y adoptó el nombre de Urbano VI. Los cardenales franceses declararon inválida la elección. Eligieron su propio Papa francés, el cual regiría como Clemente VII y regresaron a Aviñón. Esto fue el gran cisma de la Iglesia, que no se reconcilió durante muchos años. Se volvió también un cisma político: el anti-romano Clemente VII, con sede en Aviñón, tenía el apoyo de Francia, Escocia, Portugal, España y varios principados alemanes, en tanto que el Papa romano Urbano VI era apoyado por los enemigos de Francia: Inglaterra, Hungría, Polonia y el Sacro Imperio Romano Germánico. Cada Papa excomulgaba a los partidarios de su rival, dejándolos sin sacramentos, de tal manera que en toda Europa los cristianos de la época fueron condenados y excluidos de la protección divina por uno u otro Papa. Se trataba de una circunstancia que no habría que tomar a la ligera. Por un lado, las fuerzas pro-inglesas, seguidoras del Papa romano, capturaron un convento francés cuyas monjas reconocían al Papa de Aviñón. Los soldados y sus clérigos no tuvieron problema para estar de acuerdo en que a esas pobres hermanas mal orientadas no las protegía ni la ley civil ni la eclesiástica. En consecuencia, consideraron que no había ningún impedimento para saquear las propiedades del convento y violar a las religiosas. Según las reglas de entonces, ni siquiera tuvieron que mencionar el suceso en sus confesiones.

Entre tanto, la guerra entre Inglaterra y Francia seguía, mientras ambos lados padecían hambre debido a los impuestos que había que pagar para financiar el conflicto.

En 1377, se decretó un impuesto de cuatro peniques por persona para toda la gente de Inglaterra. En 1379, el Parlamento propuso un impuesto graduado con

base en la condición social. Ambos impuestos fracasaron y hubo que vender algunas de las joyas de la Corona para mantener la guerra con Francia. En noviembre de 1380, se fijó el impuesto de un chelín por persona, con la cláusula extraordinaria de que los ricos debían ayudar a los pobres a pagar el impuesto. Claro que no fue así y el impuesto fracasó.

Al Parlamento inglés de 1376 se le conoció como el Buen Parlamento, sobre todo porque condenó la corrupción en el gobierno del monarca. En relación con el soborno, el Parlamento dijo que los consejeros del Rey no debían aceptar nada de ninguna de las partes que les presentaran sus asuntos, excepto regalos de escaso valor, tales como pequeñas cantidades de alimentos y bebidas. Sobre el tema de los impuestos, los miembros del Parlamento afirmaron que si el Rey tuviera funcionarios leales y buenos consejeros, tendría un tesoro sin necesidad de cargar al pueblo con impuestos, principalmente si se tomaban en cuenta los “rescates reales” exigidos para la liberación del Rey David II de Escocia luego de su captura en la batalla de Neville´s Cross, en 1346, y del Rey Juan II de Francia, capturado en la batalla de Poitiers en 1356. Sugirieron que debería de acusarse y castigarse a los hombres que habían derrochado esas fortunas.

El Buen Parlamento denunció también a un mercader londinense de nombre Richard Lyons, al encontrarlo culpable de varios delitos de extorsión y corrupción. Se le acusó de que, en su calidad de recaudador real de impuestos, se había apropiado indebidamente de fondos destinados al tesoro de la Corona. Se decretó que la Corona confiscara todas sus tierras, bienes y vasallos y que se le encarcelara de por vida. En lugar de eso, la riqueza y las amistades de Lyons le aseguraron el perdón.

Es posible que el nombre de Buen Parlamento haya sido descriptivo, pero igualmente descriptivo hubiera sido el título de “el Parlamento Desairado”.

Por lo tanto, Inglaterra estaba en un estado de guerra incesante, con una inflación por las nubes, intentos de hacer que los hombres libres retornaran a la condición de esclavos, un gran cisma en la Iglesia que hizo que todos los ingleses estuvieran excomulgados por el Papa de Aviñón, un segmento creciente de curas que expresaban verbalmente su ira y la pesada carga del mayor impuesto que se haya querido cobrar al pueblo. El barril de pólvora estaba lleno hasta el borde. En la primavera de 1381, el gobierno incrementó sus esfuerzos para recaudar el impuesto y eso fue lo que prendió la mecha. Sólo faltaban unos cuantos días para que explotara la rebeldía.

CAPÍTULO 2
HA LLEGADO EL MOMENTO DE COMBATIR

La *Enciclopedia Británica* la llama una rebelión “curiosamente espontánea”.
Barbara Tuchman, en su historia del siglo XIV, *Espejo Lejano*, dice que la rebelión se propagó “con alguna evidencia de planeación”.
Winston Churchill llega más lejos. En *The Birth of Britain* escribe: “Durante el verano de 1381 hubo una agitación generalizada, bajo la cual había organización. Los agentes se desplazaban por los poblados del centro de Inglaterra y se mantenían en contacto con una ´Gran Sociedad´ que, se dijo, se reunía en Londres”.
La chispa de la rebelión se avivaba de manera vigorosa y, por último, se dio la señal. Aunque había sido arrestado, excomulgado y a la sazón se hallaba encarcelado en la prisión eclesiástica de Maidstone, en Kent, el sacerdote John Ball y otros curas que eran sus seguidores enviaron cartas. En aquel tiempo, los clérigos eran los únicos que sabían leer y escribir, por lo que los curas locales debieron de haber recibido las cartas. Evidentemente, la intención era que se comentaran a otros o se las leyeran en voz alta. Todas contenían una señal para actuar ya, lo cual puede acabar con la idea de que la rebelión fue sólo una convulsión espontánea de frustración que afectó de modo accidental a cien mil ingleses al mismo tiempo. Lo siguiente está tomado de una carta de John Ball: “John Ball saluda a todos vosotros y os pide que comprendáis que ha sonado vuestra campana. Precisamente ahora, con toda su fuerza, voluntad y entendimiento. Dios haga prosperar todos los ideales. *Ha llegado el momento*”. Del cura Jakke Carter: “Tenéis gran necesidad de que Dios os acompañe en todos vuestros actos. *Porque ha llegado el momento de combatir*”. Del sacerdote Jakke Trewman: “Jakke Trewman os pide que comprendáis que la falsedad y el dolor han reinado demasiado tiempo y la verdad ha sido puesta bajo llave y la falsedad reina en todos los rebaños... Por el bien de Dios, *ha llegado el momento* ”.
Conviene citar por completo una carta de John Ball, cura de Santa María. La lujuria y la glotonería eran acusaciones frecuentes contra los altos dignatarios de la Iglesia: “John Ball, cura de Santa María, saluda a los hombres de todas las clases y los bendice en nombre de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Él os desea que permanezcáis virilmente juntos en la verdad y ayudéis a la verdad. La verdad os ayudará Ahora reina el orgullo del botín y la codicia se juzga sensata; la lujuria se considera sin vergüenza y la glotonería sin culpa. La envidia reina junto con la traición y la degradación se considera muy oportuna. Por el bien de Dios, *ha llegado el momento*, amén”.
En todas las cartas citadas se ha subrayado la frase “ha llegado el momento” para identificarla como la señal común. Ya aparecerá más evidencia de planeación y organización.
La violencia estalló en Essex, provocada por nuevos intentos, más severos, de recaudar el tercer impuesto de capitación. La idea de tener comisionados especiales para fortalecer la recaudación de impuestos provenía del oficial de orden del Rey, un fraile franciscano llamado John Legge. Esa idea le costó la cabeza unas cuantas semanas después.
En algunos casos, los comisionados desempeñaron sus deberes con exceso de celo. Se informó que algunos habían examinado a las muchachas jóvenes para ver si ya habían copulado, como un recurso para determinar si tenían o no

quince años y, por lo tanto, estaban obligadas a pagar el impuesto. A un hombre, John de Deptford, lo arrestaron por haber golpeado al recaudador de impuestos que le levantó el vestido a su hija para ver si tenía vello púbico, evidencia de que estaba en edad de pagar el impuesto.
En algunas regiones, los recaudadores de impuestos fueron simplemente ignorados o golpeados por los aldeanos. Un gran señor feudal, John de Bamptoun, se estableció en el pueblo de Brentwood, Essex, y exigió que los hombres de los poblados vecinos acudieran a él con listas completas de nombres y el dinero de sus impuestos. Más de cien respondieron a sus órdenes, no para pagar sino para informarle que no tenían la menor intención de hacerlo. Optimista, John de Bamptoun mandó a sus dos oficiales de orden que arrestaran a los aldeanos y los encarcelaran. La multitud atacó furiosa a los oficiales y Bamptoun pudo considerarse afortunado de que le permitieran regresar a toda prisa a Londres.
En respuesta, el gobierno envió a Sir Robert Bealknap, juez mayor de causas civiles. Llegó provisto de autos de acusación específicos y declaraciones firmadas por jurados (en esos tiempos, los jurados no eran independientes; rendían testimonio –en inglés, literalmente eran personas con *wit-ness*, es decir en "posesión de conocimientos" sobre el asunto en cuestión y con frecuencia eran también los acusadores). A pesar de la considerable autoridad que investía Bealknap, no le recibieron mejor que a Bamptoun. Los aldeanos se apoderaron del destacamento real y obligaron a Bealknap a revelar los nombres de los jurados que habían afirmado bajo juramento contra los agresores de Bamptoun. Con esa información, las facciones se dispusieron a darles caza. Se decapitó a los jurados que caían en sus manos y las cabezas se pusieron en postes como ejemplo para los demás; en tanto que se quemaron o destruyeron las casas de los que no fueron encontrados. Al juez mayor se le tachó de traidor al Rey y al reino, aunque al final se le permitió regresar a Londres, pero sin sus tres escribanos, a quienes se reconoció como los mismos que habían estado con Bamptoun y se les cortó la cabeza.
Entre tanto en Kent, el condado que quedaba al sur de Essex al otro lado del Támesis, un caballero de la casa real, Sir Simon Burley, llegó a Gravesend y presentó un cargo contra un hombre libre de nombre Robert Belling, en el sentido que éste era siervo suyo e impuso una multa de trescientas libras de plata por su libertad. Los hombres de Gravesend se enfurecieron tanto por la acusación como por la multa que, según declararon, arruinaría por completo a Belling. En cambio, el oficial real lo mandó atar y arrojar al calabozo del cercano astillo de Rochester. Al mismo tiempo, una comisión de recaudadores de impuestos llegó a Kent con una misión similar a la de Sir Robert Bealknap en Essex. El oficial de orden, el franciscano John Legge, venía provisto de autos de acusación específicos en contra de varias personas del condado. Habían pensado establecer la sede de la investigación para el condado de Kent en Canterbury, pero fueron expulsados por los habitantes de la localidad.
A medida que se corría la voz acerca de esos acontecimientos, los hombres de Kent comenzaron a reunirse en la aldea de Dartford. Otro grupo de Essex cruzó el Támesis en bote para reunírseles. Como muestra no sólo de organización sino de disciplina, también los dirigentes decretaron que ningún hombre que viviera a menos de doce leguas (unos sesenta kilómetros) del mar estaría autorizado para unirse a su marcha, porque podrían necesitarlos en el

condado para que ayudaran a combatir cualquier ataque sorpresivo de los franceses en la costa inglesa.
El populacho de Kent se movió no hacia Londres, sino en la dirección contraria, hacia el este, para sitiar el castillo de Rochester, donde exigieron la liberación de Robert Belling. Después de sólo medio día y sin haberlo defendido, el condestable del castillo le abrió la puerta a los rebeldes, quienes liberaron a Belling y a los demás prisioneros, luego se fueron hacia el sur, a Maidstone, a donde llegaron el 7 de junio. Allí se les unieron más hombres, entre los cuales estaba uno conocido como Walter el Tejador. Cabe destacar que de inmediato lo aceptaron miles de hombres como su comandante supremo y le pusieron su nombre al levantamiento: La revuelta de Walt Tyler. No se sabe nada de la vida de Walt Tyler antes de esto, ni la forma en que una muchedumbre supuestamente desorganizada lo aclamó como su líder el mismo día de su llegada.
Uno de los primeros actos de Tyler fue liberar a John Ball, el cura de Santa María de York, de la prisión eclesiástica de Maidstone y Ball se convirtió en el capellán de la expedición de allí en adelante.
Tyler condujo a su fuerza más hacia el este, a Canterbury, la sede del principal dignatario de la Iglesia en Inglaterra. Tenía bien planeado que su ejército improvisado marchara sobre Londres pues lo primero que hicieron los rebeldes al llegar a Canterbury el 10 de junio fue abarrotar la iglesia durante la misa mayor. Después de arrodillarse, pidieron a los monjes que eligieran a uno entre ellos para que fuera el nuevo arzobispo de ese lugar, porque el actual (que estaba en Londres con el Rey quien recientemente lo había nombrado Canciller del Reino) “es un traidor –dijeron- y será decapitado por su iniquidad”. Y así ocurrió antes de terminar esa semana. Enseguida los dirigentes rebeldes pidieron los nombres de los “traidores” que hubiera en el pueblo. Se les proporcionaron los de tres hombres y se les decapitó. Luego los rebeldes se fueron de allí y sólo permitieron que quinientos hombres de Canterbury se les unieran, ya que ese poblado quedaba cerca de la costa y se necesitarían hombres en caso de un ataque francés.
El mismo día (10 de junio) que Tyler tomó Canterbury en el condado de Kent, la muchedumbre reunida en Essex saqueó y quemó Cressing Temple, una de las principales propiedades de los Caballeros Hospitalarios. Matilda, esposa del Rey Esteban, había donado este rico feudo a los Caballeros Templarios en 1138. Cuando el Papa Clemente V suprimió a los Templarios, todas sus propiedades en Gran Bretaña, incluido este feudo de Cressing, fueron cedidos a los Hospitalarios. La Iglesia poseía una tercera parte de las tierras de Inglaterra en esa época y sufrió mucho a manos de los rebeldes, pero ningún grupo sufrió pérdidas comparables a las que se infligieron durante los pocos días siguientes contra los Caballeros Hospitalarios, quienes parecían estar en una lista de ataques especialmente agresiva.
Al día siguiente, el 11 de junio, los rebeldes tanto de Essex como de Kent se dirigieron hacia Londres. Eran tales el propósito y la disciplina de ambos grupos, integrados por algo más de cien mil hombres, que a pesar de los incendios, las decapitaciones y la destrucción de registros durante la marcha, hicieron en dos días el trayecto de más de cien kilómetros y llegaron casi al mismo tiempo a la ciudad.
Advertido de que los rebeldes se acercaban, el Rey Ricardo II, que entonces tenía catorce años, se mudo de Windsor a la Torre de Londres, la fortaleza más

resistente del reino. Allí se le reunió un séquito que incluía a Sir Simon Sudbury, a la vez arzobispo de Canterbury y canciller, Sir Robert Hales, al mismo tiempo tesorero del Rey y prior de la orden de los Caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén (los Hospitalarios), Henry Bolingbroke, quien más adelante destronaría a Ricardo y asumiría él mismo el trono con el nombre de Enrique IV, los Condes de Oxford, Kent, Arundel, Warwick, Suffolk y Salisbury y otros pares y oficiales de menor rango, entre ellos el juez mayor Sir Robert Bealknap, el infructuoso recaudador de impuestos John de Bamptoun y el odiado oficial de orden, el franciscano John Legge. Todos tenían razones para temer por sus vidas a manos de la horda de rebeldes que avanzaba hacia la ciudad.

El 12 de junio, los hombres de Essex comenzaron a llegar a Mile End, cerca de Aldgate. Al otro lado del río, los rebeldes de Kent se reunieron en Southwark, en el extremo sur del puente de Londres. Los confederados y los simpatizantes salieron de Londres para unírseles. Un grupo de los de Kent llegó por la cercana Lambeth, al lado sur del Támesis, y saqueó el palacio arzobispal que estaba allí, quemó el mobiliario y todos los registros que pudo encontrar. Ese mismo día, al otro lado del río, en la Torre, desde donde podía ver el humo que salía de su palacio, el arzobispo devolvió el Gran Sello al Rey y le pidió que lo relevara de sus deberes públicos como canciller. Otros rebeldes abrieron por la fuerza las prisiones del lado sur del río, entre ellas la cárcel eclesiástica de los obispos de Winchester en la calle Clink (sitio por el cual en la actualidad, en inglés, las cárceles reciben el nombre genérico de “Clink”). Al romper la puerta de la prisión Marshalsea de Southwark, la multitud buscó al comandante de la cárcel, Richard Imworth, famoso por su crueldad. Como no logró localizarlo se contentaron, en principio, con la destrucción de la casa de éste.

El monarca envió mensajeros a los rebeldes para preguntar la razón de este disturbio. La respuesta fue que el levantamiento tenía como propósito salvar al Rey y al país. Éste pidió a los rebeldes que cesaran en sus depredaciones y esperaran hasta que pudiera verlos para resolver las injusticias que se hubieran cometido en su contra. Los rebeldes estuvieron de acuerdo y solicitaron al Rey que se reuniera con ellos a primeras horas de la mañana del 13 de junio en Blackheat on the Thames, a unos cuantos kilómetros de Londres. Los hombres de Kent se reunieron en ese sitio de la ribera sur del Támesis y los hombres de Essex en la ribera norte. El Rey y su comitiva salieron de la Torre en cuatro embarcaciones, pero sólo llegaron hasta la propiedad real de Rotherhithe, cerca de Greenwich, donde el arzobispo Sudbury y Sir Robert Hales persuadieron a la comitiva de que no se acercara más a los rebeldes. Al enterarse de que el Rey no vendría como había prometido, los dirigentes de Kent le enviaron una misiva en la que pedían la cabeza de quince hombres. Su lista incluía al arzobispo de Canterbury, al prior de los Hospitalarios, al juez mayor Bealknap y a los recaudadores de impuestos John Legge y John de Bamptoun. No es de sorprender que en Consejo Real no aceptara esas exigencias y las embarcaciones regresaron a la Torre. Cada grupo por su lado del río, los hombres de Essex se movieron hacia Aldgate y la facción de Kent marchó de regreso a Southwark y al Puente de Londres. Por razones que probablemente nunca conoceremos, Aldgate estaba sin defensa y los rebeldes de Essex sólo entraron caminando a la ciudad. Un misterio similar se relaciona con el acercamiento del populacho de Kent al

Puente de Londres. No se hizo ningún intento de guarnecer esa entrada y se bajó el puente levadizo para que los rebeldes cruzaran.
Al desplazarse por la ciudad, los rebeldes no tocaron nada hasta que llegaron a la calle Fleet. Allí atacaron las prisión Fleet y liberaron a todos los prisioneros. Destruyeron dos herrerías que los Hospitalarios habían tomado de los Templarios. Algunos se unieron a una muchedumbre londinense y fueron al palacio Savoy del odiado tío del Rey, Juan de Gaunt, y sólo se detuvieron en el camino a destruir las casas que pudieron identificar como propiedades de los Hospitalarios. El mismo Palacio Savoy fue destruido en un arranque de ira. Acabaron con el mobiliario y los objetos de arte, quemaron lencería y tapices. A golpes de martillo de hizo polvo la joyería. Por último, se incendió el edificio, con el refuerzo de varios barriles de pólvora que se agregaron al fuego.
Desde el Savoy, los rebeldes regresaron a la propiedad de los Hospitalarios ubicada entre la calle Fleet y el Támesis; se trataba de unos edificios que la orden alquilaba a abogados que ejercían en los tribunales reales de la adjunta ciudad real de Westminster. Los saquearon e incendiaron, quemaron sus registros y mataron a cualquiera que les planteara una objeción. Destruyeron otros inmuebles de los Hospitalarios que había en la propiedad. Sólo hicieron una excepción: en lugar de quemar los rollos y registros de la iglesia en el sitio donde los habían encontrado, se tomaron la molestia de quemarlos en la calle, con lo que evitaron hacerle el menor daño. Un historiador llega a decir que algunos entre la muchedumbre “protegieron” de daño a la iglesia. Esa actitud era anómala en medio de la orgía de destrucción de propiedades y dignatarios eclesiásticos. También le habían quitado esa propiedad a los Templarios para entregarla a los Hospitalarios, e incluso hoy esa parte de la ciudad de Londres se conoce como “El Templo”. La iglesia que no fue dañada por los rebeldes había sido la sede principal de los Caballeros Templarios en Inglaterra. Esa actitud ante la antigua iglesia templaria contrastó mucho con lo que la muchedumbre expresó respecto del gran priorato de los Hospitalarios en Clerkenwell, a dónde se dirigió a continuación. Los rebeldes seguían buscando propiedades de los Hospitalarios por el camino para destruirlas, llegaron a Clerkenwell y emprendieron un esfuerzo de devastación total, Mientras la iglesia templaria sigue en pie, lo que queda de la principal iglesia hospitalaria de Clerkenwell es la cripta subterránea.
Algunos de los rebeldes salieron de Londres hacia la ciudad de Westminster donde liberaron a todos los prisioneros de la cárcel del lugar. De regreso a Londres hicieron lo mismo en la famosa prisión de Newgate y luego colocaron las cadenas y los grilletes sobre el altar de una iglesia cercana.
Un grupo fue a la Torre para intentar tener una audiencia con el Rey. Ésta se les negó y sitiaron el lugar. Por otra parte, los dirigentes rebeldes dieron aviso a las bandas que seguían vagando por la ciudad de que todos los miembros de la Cancillería y de la Real Hacienda, todos lo abogados y todos los que supieran elaborar un escrito o una carta debían ser decapitados. Los dedos manchados de tinta bastaban para condenar a un hombre a morir en donde fuera encontrado. En ese tiempo, la Iglesia tenía un virtual monopolio de la alfabetización, por lo cual lo más probable era que las víctimas fueran clérigos administrativos, quienes también tenían casi un monopolio de lo que ahora consideraríamos el “servicio civil” del gobierno del monarca.
Hasta ese momento, el Consejo del Rey parecía aturdido e inactivo, pero algo tenía que hacerse y por último se acordó un plan. No podía basarse en la

fuerza, porque no tenía fuerza. Las armas con las que sí contaban eran el engaño y la falsedad. En todos los barrios de la ciudad, los heraldos proclamaron que a la siguiente mañana, la del viernes 14 de junio, el Rey y su consejo se reunirían con los rebeldes y que todas sus exigencias serían satisfechas. La promesa se hizo con facilidad ya que no había la menor intención de cumplir. El lugar elegido fueron los campos abiertos de Mile End, en las afueras de Londres, más allá de Aldgate. Se esperaba que esa medida lograra el objetivo inicial de sacar a los rebeldes de la ciudad. De hecho, la mayoría sí fue, pero Walt Tyler y su lugarteniente principal, Jack Strawe, se quedaron en la ciudad con varios cientos de hombres. Su capellán, el cura John Ball, permaneció con ellos. Los líderes rebeldes tenían algo más importante que hacer que reunirse con el Rey a discutir la manumisión del villanaje y la servidumbre.

En esos días, el Támesis llegaba hasta el interior del muro sur de la Torre, así que había un acceso directo por medio de una entrada acuática. Mientras la comitiva del Rey se disponía a ir a Mile End, el viernes siguiente por la mañana, el arzobispo de Canterbury intentó escapar en un bote. Lo reconocieron y el consecuente alboroto hizo que su tripulación tuviera que retroceder y entrar por el acceso acuático para volver a la seguridad de la Torre.

Como se había prometido, la comitiva real salió de la Torre para reunirse con los rebeldes en Mile End. Los historiadores de la época relatan que el Rey iba acompañado de dignatarios, como los condes de Kent, Warwick y Oxford, del alcalde de Londres y de “muchos caballeros y escuderos”. Lo que no nos dicen es por qué no lo acompañaban dos de sus funcionarios de mayor rango, Sir Simon Sudbury, arzobispo de Canterbury y canciller del reino y Sir Robert Hales, prior de la orden de los Caballeros Hospitalarios y tesorero real. Nunca sabremos por qué decidieron quedarse en la Torre o si se les ordenó que lo hicieran. Tampoco se menciona quién habló por los rebeldes en Mile End mientras Tyler, Strawe y Ball permanecían en Londres para cumplir una misión, para ellos más importante.

En el sitio de reunión todo parecía marchar bien. Los rebeldes pidieron dos cosas: primero, el derecho de cazar y ejecutar a todos los traidores al Rey y al pueblo y segundo el derecho de todo hombre a no ser sometido por otro a la condición de siervo o villano. Todos los ingleses debían ser hombres libres. Respecto de la primera petición, el Rey aceptó que todos los “traidores” fueran condenados a muerte, siempre y cuando se demostrara su culpabilidad de acuerdo con la ley. Pidió que le presentaran a todos los acusados para someterlos a juicio. En cuanto a la petición de libertad universal, había traído a unos treinta amanuenses con él. Los cuales se pusieron a redactar a toda prisa escritos de manumisión.

Tan pronto como el Rey salió de la ciudad, Tyler, Strawe y Ball hicieron su jugada. Lo increíble es que su plan consistía en tomar la Torre de Londres con unos cuantos cientos de hombres mal armados. Ésta se había construido pensando en que fuera la fortaleza más segura de Inglaterra, tan segura que albergaba la casa de moneda del rey. Estaba equipada con una puerta pesada, una reja de hierro y un puente levadizo. En esa ocasión, la Torre contaba con una guarnición de soldados profesionales y cientos de arqueros experimentados. Había mando y autoridad en el arzobispo Sudbury y sobre todo en la persona de Sir Robert Hales, comandante de una orden militar.

De nuevo aquí se ve que debió haber colusión y amigos en el interior de la Torre. Tyler y su pequeña banda encontraron abierto el puente levadizo, levantada la reja y la puerta de entrada abierta. Simplemente entraron en la Torre caminando. Ninguno de los cronistas de la época menciona la menor lucha.
Adentro, el arzobispo había oficiado una misa cantada y confesado al prior de los Hospitalarios y a otros. Los rebeldes lo encontraron orado en la capilla de las Torre, Un sacerdote intentó impedir su avance sosteniendo una hostia consagrada ante ellos (práctica que, se creía, alejaba a todo tipo de demonios y malos espíritus) pero los rebeldes nada más lo hicieron a un lado. Lo golpearon y arrojaron al suelo y arrastrándolo de los brazos y del capuchón lo sacaron de la capilla y de la Torre. Otros arrastraron al prior de los Hospitalarios mientras otros más revisaban las habitaciones en búsqueda de sus víctimas proscritas., Entre éstas, el oficial del orden, el franciscano recaudador de impuestos John Legge y otro fraile franciscano, William Appleton, médico y consejero de Juan de Gaunt. Los hombres capturados fueron llevados a Tower Hill donde se había reunido una gran multitud. Con gritos de aprobación de la turba, los rebeldes cortaron la cabeza de sus prisioneros especiales y las pusieron en postes que se clocaron sobre el Puente de Londres. Como una ayuda para identificar al arzobispo de Canterbury le clavaron su mitra en la cabeza.
Después de la ejecución, los rebeldes y el populacho londinense se dispersaron por la ciudad en busca de víctimas adicionales. Se decapitó a un hombre por el simple hecho de expresarse bien del fraile William Appleton, a quien los rebeldes habían ejecutado el Tower Hill. Para cuando se abatió su furia, los rebeldes habían decapitado a unos 160 de sus enemigos. Un blanco especial fue Richard Lyons, el rico burgués londinense enjuiciado y encontrado culpable de muchos actos de corrupción por el Parlamento en 1376, fecha en que lo sentenciaron a prisión de por vida, pero tal era su influencia que las apelaciones de sus amigos ante el Rey habían logrado que recuperara su libertad. En este caso no hubo posibilidad de apelar al juicio de los rebeldes que lo sacaron de la casa y le cortaron la cabeza.
Mientras los rebeldes recorrían la ciudad con su lista de objetivos, sus líderes emprendían otro proyecto propio que sigue sin explicación. Se organizó un grupo a quien Wat Tyler envió fuera de Londres a las órdenes de su lugarteniente Jack Strawe, aparentemente guiados por el londinense Thomas Farndon. Se alejaron unos nueve kilómetros con el propósito muy específico de destruir la propiedad de los Hospitalarios de Highbury de la cual un cronista de la época dijo que había sido “reconstruida recientemente y con habilidad como otro paraíso”.
En Mile End se supo de la violencia de los rebeldes en la Torre y en la ciudad y la comitiva real regresó a Londres. No volvieron a la fortaleza de la Torre sino que se dirigieron al vestidor real cerca del castillo Baynard, donde los amanuenses prosiguieron redactando escritos de manumisión. Muchos de los rebeldes tomaron esos decretos para sí mismos o para sus aldeas y se regresaron a casa.
La historia no nos explica cómo o por qué se arregló pero se convino de alguna manera en que el Rey se volvería a reunir con los rebeldes en Smithfield al día siguiente, el sábado 15 de junio. A primeras horas de la mañana de ese día, el Rey y su comitiva se entrevistaron con el prior y los canónigos de la abadía de

Westminster; todos los religiosos iban descalzos y los llevaron a oír misa a la catedral, acompañados por varios rebeldes curiosos. El Rey oyó misa ante el altar mayor y dejó un donativo para la abadía. Los rebeldes reconocieron tras el altar a Richard Imworth, el odiado atormentador y alguacil de la prisión de Marshalsea, el cual se ocultaba en el sepulcro de San Eduardo el Confesor. Cuando Imworth se dio cuenta de que lo habían visto, se aferró a una de las columnas de mármol del sepulcro y pidió misericordia. Los rebeldes, sin conmoverse, lo soltaron de la columna y se lo llevaron a Cheapside, donde lo decapitaron en público.

Y poco a poco se reunieron en espera del Rey en Smithfield. Se alinearon en uno de los lados del gran campo abierto, en tanto que el Rey y su escolta se alinearon en el lado opuesto, frente al Hospital de San Bartolomé.

Lo que sucedió a continuación se cita en general como consecuencia del comportamiento insultante de Wat Tyler, pero lo más probable es que haya sido el resultado de un plan. Es muy posible que cualquier fuerza que esté en mucha desventaja numérica piense en obtener la victoria mediante la muerte del dirigente opositor. En todo caso, se envió al alcalde William Walworth al lado rebelde para que invitara a Wat Tyler a dialogar con el Rey. Tyler se daba cuenta del peligro pues estaría alejado de sus hombres. Como medida de seguridad, acordó hacer una señal con la mano, a la vista de la cual los rebeldes debían lanzarse al ataque y matar a todos excepto al Rey. Acompañado sólo por un hombre que portaba un estandarte, Tyler atravesó a caballo el extenso campo.

Los relatos sobre lo que ocurrió durante los siguientes minutos se escribieron con el punto de vista del gobierno, no con el de los rebeldes, y redactó la mayor parte gente que no estuvo allí. Parece ser que Tyler le presentó al Rey una lista de peticiones que incluían la revocación de las leyes de servidumbre y de las leyes de caza, que dejara de declararse fuera de la ley (fuera de la protección de la ley) a los hombres, la confiscación de las propiedades eclesiásticas y su reparto entre quienes las trabajaran y la designación de un solo obispo de la Iglesia para toda Inglaterra.

Haciendo a un lado las versiones de la causa, lo que ocurrió fue que, en un momento dado, el alcalde Walworth sacó su daga, atacó a Tyler y le cortó el cuello. También Ralph Standish, uno de los escuderos del Rey, desenvainó su espada y se la encajó dos veces. Éste trató de girar su caballo hacia donde estaban sus hombres, pero cayó a tierra herido de muerte.

En el otro lado del campo, la muchedumbre confundida no pudo ver con claridad lo que había ocurrido. Se comentó que el joven Rey se dirigió a medio galope hacia el lado de los rebeldes, no sabemos si solo o con escolta, y levantó la mano. Dijo a los rebeldes que él, personalmente, sería su “jefe y capitán” y que podían acudir a él para la consecución de sus objetivos. Les convocó a reunirse con él en los campos de Clerkenwell, donde seguía ardiendo el priorato de los Hospitalarios. Dicho esto, el Rey regresó con su propio grupo y rápido se desplazaron hacia Clerkenwell. Atrás quedaron los confundidos rebeldes discutiendo qué debían hacer a continuación. Algunos fueron a recoger a su dirigente moribundo y lo llevaron al Hospital de San Bartolomé.

Tardaron casi una hora en tomar una decisión común y emprender la marcha hacia Clerkenwell. Durante ese tiempo y probablemente desde antes, Sir Robert Knolles con unos doscientos servidores propios estuvo reuniendo

fuerzas en Londres para enfrentar a los rebeldes; sin duda, su valor se había reforzado con la noticia de que Wat Tyler había caído. Por su cuenta, el alcalde Walworth envió el mensaje de que todos los hombres en condiciones de luchar tomaran las armas que pudieran y se trasladaran a toda velocidad a Clerkenwell para que apoyaran al Rey.
En Clerkenwell, los rebeldes exigieron la cabeza de los que habían abatido a Wat Tyler y mientras argumentaban los londinenses armados los rodearon. En un momento dado, Sir Robert Knolles informó al Rey que se habían reunido seis mil hombres para protegerlo. Sobrepasaban a los rebeldes de Clerkenwell. En ese momento, el Rey les exigió que se dispersaran si querían evitar el castigo por sus acciones. Al verse en tal predicamento, éstos comenzaron a dispersarse. Al único grupo organizado, que integraban hombres de Kent, conducidos por Jack Strawe y John Ball, lo sacaron de la ciudad y éstos volvieron a pasar por el Puente de Londres que apenas tres días antes habían atravesado triunfantes.
Cuando se dispersaron los rebeldes, William Walworth se puso a buscar a Wat Tyler. Lo encontró en el Hospital de San Bartolomé, donde lo atendían de sus graves heridas; ordenó que lo sacaran arrastrando y le cortaran la cabeza. Montada en un poste, la cabeza se envió a reemplazar las del arzobispo Sudbury y de Sir Robert Hales en el Puente de Londres.
En el campo, el Rey Ricardo confirió el título de Caballero a William Walworth, a Robert Standish y a otros burgueses de la ciudad. En Londres la rebelión había terminado, pero no ocurría lo mismo fuera de la ciudad, donde ésta continuaba expresándose en docenas de pueblos, feudos y prioratos y en sitios distantes entre sí cientos de kilómetros.
Aunque la historia se ha ocupado sobre todo de la revuelta en Londres, nuestra búsqueda de evidencias sobre una posible organización requiere que echemos un vistazo a los acontecimientos en otras partes de Inglaterra, donde la rebelión prosiguió incluso después de la muerte de Tyler.
El miércoles 12 de junio, cuando los rebeldes se reunieron fuera de las murallas de Londres, saquearon el Palacio Lambeth y abrieron por la fuerza la prisión de Marshalsea, un cura llamado John Wrawe apareció en Liston, condado de Suffolk, con una partida de rebeldes y envió mensajes de reclutamiento a los poblados vecinos. Lo primero que hizo fue destruir la casa feudal de Liston, que pertenecía al mismo Richard Lyons, acusado de fraude y corrupción por el Buen Parlamento de 1376 y luego perdonado por la corona. En Londres los rebeldes sacaron al mismo Lyons de su casa y le cortaron la cabeza. El ataque contra su hacienda evidentemente no fue una mera casualidad.
El siguiente objetivo que atacó Wrawe fue Bury Saint Edmunds, el poblado de mayor tamaño de Suffolk, que se hallaba bajo el control absoluto del monasterio de la localidad, el cual se había rehusado a conceder derechos municipales a los artesanos y mercaderes locales. Se permitió la entrada de los rebeldes después que éstos amenazaron con matar a cualquiera que se les interpusiera. Los pobladores guiaron a la turba al saqueo inmediato de las casas de los prelados de la orden, incluyendo la del prior, quien al ver que se acercaban salió a toda prisa hacia el monasterio ubicado en Mildenhall, a unos veinte kilómetros de allí. Al día siguiente quiso alejarse más y salió en bote, pero en la ribera se topó con rebeldes que le impidieron escapar. Luego logró eludir a sus perseguidores y se dirigió a los bosques, acompañado por un guía

de la localidad. Éste regresó a donde se encontraban los rebeldes y les informó que el prior estaba en los bosques, por lo que éstos rodearon la zona y fueron cerrando el cerco poco a poco hasta encontrarlo. Al amanecer llevaron a su prisionero a Mildenhall, le cortaron la cabeza y la montaron en un palo. Después la usaron como bandera cuando marcharon de regreso a Bury Saint Edmunds donde la colocaron en la picota pública.

Luego llegaron noticias sobre la ruta de escape de Sir John Cavendish, juez supremo del reino y canciller de la Universidad de Cambridge. Se le frustró la fuga en el embarcadero de Brandon, cerca de Mildenhall, cuando una mujer cortó las amarras del único bote disponible y lo empujó para que se lo llevara la corriente antes de que Cavendish pudiera tomarlo. Lo aprehendieron y lo decapitaron allí mismo y enviaron la cabeza a Bury Saint Edmunds para que acompañara a la del prior que ya estaba en la picota. La turba obtuvo una repulsiva diversión al colocar los labios de Cavendish junto a la oreja del prior como si se confesara y luego juntarles las bocas para que se besaran.

Wrawe permaneció una semana en Bury Saint Edmunds, obligó a los monjes a entregar los documentos y les quitó los objetos de plata y las joyas que poseían, como garantía de que se redactaría una cédula de libertad para el pueblo. Durante esa semana también despachó mensajeros a otra parte para promover la rebelión; en algunos casos éstos exigieron oro y plata como rescate para evitar la destrucción de propiedades particulares y eclesiásticas. Además envió una fuerza de unos quinientos hombres a tomar el cercano castillo de Nottingham que, a pesar de estar bien fortificado con murallas altas y una serie de fosos con puentes levadizos, aparentemente no opuso resistencia, los rebeldes lo saquearon y se llevaron todos los objetos de valor con que pudieron cargar.

Al norte de Suffolk, en el condado de Norfolk, el dirigente principal fue Geoffrey Litster, quien no era un campesino sino un tintorero próspero. El segundo en mando fue Sir Roger Bacon de Baconthorpe.

Su primer objetivo fue la captura de Norwich; Litster hizo del castillo su cuartel general. Se saquearon varias casas de ciudadanos prominentes y a un juez de paz, Reginald Eccles, se le llevó arrastrando a la picota pública donde le dieron una puñalada en el estómago y luego lo decapitaron. Sir Roger Bacon congregó en Norwich un contingente y se dirigió a la ciudad portuaria de Great Yarmouth, cuyas autoridades habían enfurecido a los vecinos con una cédula que exigía que todos los que vivieran a menos de doce kilómetros de ese lugar hicieran allí todo su comercio, independientemente de las oportunidades de comprar a un precio menor o vender a un precio mayor en cualquier otra parte. Debe de haber sido un objetivo muy específico, porque Bacon no quemó la cédula sino que la rompió en dos y envió una mitad a Litster y la otra a Wrawe.

En el oeste, una partida de rebeldes atacó la propiedad de los Hospitalarios en el pueblo comercial de Watton. Obligaron al preceptor a condonar por escrito todo lo que se debía a la orden y además la promesa de pagar luego, en dinero, una compensación por las violaciones cometidas por la orden en el pasado.

Mientras ocurría eso, llegaron a Cambridgeshire mensajeros provenientes de Londres y de parte de John Wrawe en Suffolk, los cuales informaron que la rebelión tenía hasta el momento bastante éxito e instaron al levantamiento a los habitantes de la localidad. El 14 de junio, el primer ataque rebelde escogió una heredad de los Caballeros Hospitalarios en Chippenham. Al día siguiente, la

revuelta explotó en doce lugares diferentes en el condado. Varios jinetes lo recorrieron anunciando que la servidumbre había terminado. Adam Clymme ordenó que ningún hombre, siervo o libre, obedeciera a ningún señor feudal ni desempeñara para él ningún servicio, so pena de decapitación, a menos que la Gran Sociedad (Magna Societas) le ordenara lo contrario. La cólera extrema se dirigió contra los recaudadores de impuestos, los jueces de paz y los religiosos que tenían propiedades. Hubo ataques contra las órdenes religiosas en Icklington, Ely y Thorney y contra el feudo de los Hospitalarios en Duxford.

El sábado 15 de junio, día en que abatieron a Wat Tyler en Londres, algunos hombres prominentes de la ciudad de Cambridge, entre ellos burgueses y alguaciles, salieron a caballo con la total aprobación del alcalde para reunirse con los rebeldes a organizar un plan conjunto de ataque contra la universidad. Encontraron a los rebeldes organizados en dos grupos: el primero a unos veinticinco kilómetros de la ciudad atacando el feudo de los Caballeros Hospitalarios en Shingay y el otro unos cinco kilómetros más adelante destruyendo la casa de Thomas Haseldon, mayordomo del duque de Lancaster.

Las fuerzas combinadas regresaron a la ciudad, donde se dio la señal para el levantamiento con el repique de las campanas de la gran iglesia de Santa María. El primer objetivo religioso fue la universidad; la turba se introdujo en la casa del canciller, Sir John Cavendish. Aún no se sabía que lo habían ejecutado los rebeldes en Bury Saint Edmunds, así que al ver que no estaba en casa la muchedumbre destruyó los muebles y todo lo que pudo.

El siguiente de la lista fue el rico Colegio de Corpus Christi, al cual uno de cada seis habitantes pagaba tributo. Todo el mundo había abandonado el Colegio por miedo a los rebeldes, quienes se entregaron durante toda la tarde a la actividad frenética de la destrucción, el incendio y la rapiña.

El día siguiente fue domingo y algunas iglesias trataron de seguir con las actividades acostumbradas. Una muchedumbre irrumpió en la Gran Iglesia de Santa María durante la misa y se llevó los registros y todos los objetos de plata o joyas que encontró. Entraron por la fuerza en la casa de las carmelitas (ubicada en el sitio que ocuparía después el Colegio de la Reina) y se llevaron registros y libros para quemarlos en la plaza del mercado.

Un grupo de unos mil rebeldes salió de la ciudad para atacar el priorato de la cercana Barnwell. Allí tiraron las murallas y saquearon los edificios. En venganza de agravios específicos, talaron los árboles que se les había prohibido utilizar para hacer leña o cortar madera y vaciaron estanques en los cuales no se les permitió pescar.

El levantamiento en Yorkshire exige una consideración especial no sólo porque ocurrió muy lejos de Londres sino porque allí participaron sobre todo artesanos y otros pobladores. La ausencia de participación directa de la población rural ha llevado a algunos historiadores a concluir que el levantamiento en Yorkshire no fue parte de la Rebelión Campesina aunque ocurriera al mismo tiempo. Si no hubo campesinos, cómo podría haber sido parte de una rebelión campesina? Lo cierto es que los efectos principales de la revuelta se derivaron de la cooperación sustancial entre los habitantes rurales y los urbanos, como hemos visto en Cambridge, Bury Saint Edmunds, Saint y nada menos que en Londres. Dado que así fue, parece una tontería decir que los acontecimientos en los que sólo participaban los campesinos fueron parte de la revuelta y no aquellos en que participaron también otros habitantes de los pueblos. Es

evidente que hubo comunicación con los otros rebeldes y, más evidente aún, que hubo un alto grado de organización en los levantamientos de York, Scarborough y Beverly.
Estos tres pueblos de Yorkshire forman una especie de triángulo equilátero: distan uno de otro entre sesenta y cinco y noventa kilómetros, una distancia muy grande para recorrer en esos tiempos. Scarborough está en la costa y se le consideraba el único puerto de abrigo entre el Humber y el Tyne. Beverly, situado al sur de Scarborough, presumía de una próspera industria de hilados y tejidos de lana. York, al este, aproximadamente a medio camino entre los dos primeros, era el pueblo más grande del norte y la segunda ciudad de Inglaterra.
El 22 de junio de 1381, una semana después de la muerte de Wat Tyler, se enviaron cédulas reales a cinco ciudades del norte. Se solicitaba que se guardara luto público por las muertes del arzobispo Sudbury, de Sir Robert Hales y del juez supremo Sir John Cavendish. Algo todavía más importante es que las cédulas ordenaban que las autoridades locales impidieran cualquier tipo de asambleas ilegales. Tres de las cinco cédulas llegaron a York, Scarborough y Beverly. Los temores de la corte real estaban justificados por completo, pero las cédulas llegaron demasiado tarde para tomar alguna medida preventiva: los disturbios habían comenzado cinco días antes de que se redactaran dichas cédulas. Ya el lunes 17 de junio los rebeldes de York tuvieron noticia de la revuelta en Londres que había comenzado apenas cuatro días antes, el 13 de junio. En ese sólo día, el 17 de junio de 1381, en York, la muchedumbre atacó la sede de los domínicos, el convento de los franciscanos, el Hospital de San Leonardo y la Capilla de San Jorge.
Unos días después, un ex-alcalde de York, John de Gisburne, apareció en Bootham Bar, una de las entradas de York, con un grupo de hombres armados a caballo. Entraron por la fuerza y se unieron a otros rebeldes de la ciudad. Lo más interesante es que los de Gisburne llevaban un “uniforme” (adorno o prenda común para un grupo). En este caso parece que era una capucha blanca de lana. Un uniforme similar apareció en Beverly y Scarborough, donde las crónicas han dejado una mejor descripción. Allí el uniforme consistía en un capuchón blanco con un remate rojo. El primero era una prenda común de la indumentaria medieval, que además de cubrir la cabeza tenía suficiente tela para cubrir los hombros, como si fuera un chal. La punta de la capucha a menudo se prolongaba en forma de pico largo y exagerado, muy parecido al que remataba la punta del calzado. Esa larga punta era el remate, el cual podía también llevar una borla de adorno. Así, el uniforme fue un capuchón blanco con un remate o borla roja.
Se necesitarían unos dos metros de lana para hacer un capuchón de esos. Se dice que en las tres ciudades los rebeldes usaron unos mil quinientos uniformes, para ello se requerirían unos tres mil metros de lana blanca, más los remates rojos de adorno. Ese material significaba un gran desembolso económico y mucho trabajo, más del que hubiera podido realizarse en unos cuantos días y en secreto total. John de Gisburne había traído consigo uniformes de algún lugar fuera de York para distribuirlos entre los rebeldes de la ciudad; lo más probable es que los hubiera traído de Beverly, cuya principal industria era la manufactura de tejidos de lana. No tenemos la menor idea de cómo aparecieron en Scarborough, donde se informó que más de quinientos hombres los llevaban puestos. La presencia de esta prenda común no sólo

evidencia la preparación sino la participación de los tres pueblos en una especie de esfuerzo conjunto.
También fue común a los tres el siguiente juramento: “Uno para todos y todos para uno”, utilizado para sellar un vínculo fraternal.
Otro rasgo distintivo de los levantamientos de Yorkshire fue su objetivo principal: la violencia. Aunque se atacó propiedad eclesiástica, las actividades anti-religiosas fueron secundarias a los ataques contra las familias dominantes y los mercaderes ricos (que integraban oligarquías en cada pueblo). Excluyeron a los mercaderes y artesanos de menores recursos. En procesos posteriores los dirigentes de Scarborough incluyeron a personas como William de la Marche, pañero, John Cant, zapatero, y Thomas Symson, cestero. En Beverly encontramos a los dirigentes rebeldes Thomas Whyte, tejador, y Thomas Preston, peletero. En York, Robert de Harom, mercero, fue acusado de haber repartido “prendas de color a varios miembros de su confederación”.
En su obra muy autorizada, *Oriental Despotism*, Karl A. Wittfogel escribió: “El surgimiento de la propiedad privada y la empresa artesanal y comercial creó condiciones que dieron como resultado conflictos sociales de muchos tipos entre los plebeyos urbanos. En la Europa medieval se combatieron esos conflictos con gran vigor. Con frecuencia los movimientos sociales asumieron las proporciones de una lucha de masas (y de clases) lo cual en algunos pueblos obligó a que los mercaderes compartieran el liderazgo político con los artesanos”.
Aunque no se refirió a ellos, Wittfogel habría comprendido perfectamente qué se traían entre manos los rebeldes de York, Beverly y Scarborough. Además, si el concepto de la oligarquía dominante resulta confuso, uno puede aclararlo estudiando la estructura de poder de los gobiernos condales en gran parte del sureste estadounidense.
Aunque hubo docenas de distintos incidentes en Inglaterra, sólo consideraremos uno más, la revuelta contra los benedictinos de Saint Albans, los mayores terratenientes de Hertfordshire.
El 14 de junio, día en que los rebeldes irrumpieron en la Torre de Londres, llegaron unos hombres a Saint Albans diciendo que se les había ordenado reunir a todos los hombres sanos y fuertes de ese lugar y de Barnet. Debían armarse con lo que encontraran disponible y seguir a los mensajeros hacia Londres. La asamblea se hizo rápido porque el abad dio su aprobación para alejar de sus dominios a la turba. En su camino a Londres, la gente de Saint Albans se topó con Jack Strawe y su grupo que estaban destruyendo la casa de los Hospitalarios de Highbury. Se unieron entusiasmados a la diversión y luego siguieron a Strawe de regreso a Londres. Ya en la ciudad, sus dirigentes se reunieron con Wat Tyler para plantearle su deseo de llevar la rebelión a Saint Albans. Tyler los instruyó sobre la manera cómo deberían buscar su liberación en la abadía. Juraron obedecer sus órdenes al pie de la letra y por su parte Tyler les dijo que si tenían algún problema con el abad, el prior o los monjes, acudiría a Saint Albans con veinte mil hombres a “afeitarles las barbas” (cortar cabezas).
Los benedictinos de Saint Albans habían dominado de modo autocrático el pueblo y los campos durante más de doscientos años. Se les conocía bien por mantener en forma escrupulosa las prerrogativas de la abadía y por el celo con que cobraban cualquier derecho, en dinero o servicios que se les debían, según los antiguos contratos señoriales. No era de esperar que cedieran

voluntariamente ni un ápice en lo relacionado con las obligaciones feudales del pueblo o de los habitantes, en especial con el abad de ese momento, Thomas de la Mare.
La turba de Saint Albans regresó de Londres y provocó un gran regocijo al difundir la noticia de que el Rey había liberado a todos los siervos y villanos. Salieron mensajeros en todas direcciones con el propósito de hacer llegar las órdenes del dirigente rebelde William Grindcobbe de que todos los hombres debían armarse y reunirse al día siguiente, sábado 15 de junio. Quienes se negaran serían castigados con la muerte y destrucción de sus casas.
El sábado, una muchedumbre de varios miles de hombres se reunió y juró fidelidad a sus camaradas rebeldes. Luego marcharon hacia la abadía donde exigieron entrar y lo consiguieron. Después exigieron la liberación de todos los hombres encerrados en la prisión eclesiástica, y, al lograrlo, convinieron en que uno de los presos era culpable y no merecía la libertad, así que lo llevaron donde se hallaba el resto de la muchedumbre, frente a las puertas de la abadía y allí lo decapitaron.
Hacia las nueve de la mañana, un jinete llegó galopando a dónde se encontraban los rebeldes. Era Richard of Wallingford, un granjero que arrendaba una extensión considerable de tierras de la abadía. Se había quedado en Londres para obtener una cédula real que resolviera antiguas demandas campesinas referentes a los derechos de pastoreo, caza, pesca y otros.
Armados con la cédula real, redactada esa misma mañana, los dirigentes exigieron hablar con el abad. Después de leer la cédula, éste replicó que lo derechos que allí se mencionaban eran muy antiguos y habían sido revocados hacía mucho tiempo. Maniobró con astucia para hacer que los dirigentes adoptaran una postura de negociación, mientras afuera los impacientes rebeldes rompían cercas y puertas de entrada, derribaban murallas y en general, destruían la propiedad monástica. Vaciaron los estanques de peces y colgaron un conejo muerto de una pértiga, a manera de bandera, para proclamar el fin de las estrictas leyes de cacería. El debate duró horas hasta que llegó la noticia de la muerte de Wat Tyler. La actitud de los rebeldes cambió de inmediato, al igual que la del abad. Éste aprovechó su ventaja y con la seguridad que no vendría la columna de apoyo de Tyler y sí las tropas del Rey, los rebeldes se rindieron e incluso aceptaron pagar doscientas libras como compensación por los daños a la propiedad.
Los rebeldes tenían razón. Las tropas del Rey estaban en camino, acompañadas por un nuevo juez supremo, Robert Tresilian. Éste estaba sediento de sangre. Se proclamó que todas las cédulas que el Rey había entregado a los rebeldes eran nulas. El 18 de junio se expidieron cédulas reales con la orden de que los alguaciles se encargaran de apaciguar a los rebeldes en su jurisdicción y que los caballeros y los nobles los ayudaran en esta tarea. Dado que ahora, en apariencia, habían pasado el aturdimiento y la conmoción del gobierno, las fuerzas contrarias a los rebeldes (mucho mejor pertrechadas para la batalla que sus adversarios) se pusieron a la tarea de dispersarlos y arrestar a sus dirigentes. Había llegado el momento de la venganza judicial.

CAPITULO 3
SEA POR JUSTA RAZON O POR ODIO

"Llegó el momento de que el Rey castigara la los delincuentes," escribió el monje Henry Knighton, "por lo tanto, por orden del Rey, se envió a Lord Robert Tresilian, juez (a quien se había nombrado en sustitución de Sir John Cavendish, el juez supremo asesinado), a investigar y castigar a quienes se habían levantado en contra de la paz. En todas partes fue enérgico y no perdonó a nadie, con lo que provocó una gran matanza. Y como los malhechores habían atacado y asesinado a todos los jueces que pudieron encontrar, incluyendo a John de Cavendish, y no habían perdonado la vida de ninguno de los abogados del reino aprehendidos, Tresilian no perdonó a nadie, sino que pagó con la misma moneda. Y en efecto, a cualquiera que acusaran ante él de rebelión, por justa razón o por odio, sufría de inmediato la sentencia de muerte. Según sus crímenes, condenó a algunos a ser decapitados, a otros a la horca, a otros más a ser arrastrados por las ciudades y luego colgados en alguno de los cuatro puntos cardinales de las mismas y a otros más a que se les sacaran las entrañas y las quemaran mientras seguían con vida y luego a ser ejecutados y divididos sus cuerpos en cuatro partes que se colgarían en los mismos cuatro puntos de las localidades."

Se capturó al cura John Ball en Coventry y le llevaron a Saint Albans el 12 de julio para que el juez supremo Tresilian le juzgara. El juicio se llevó a cabo el día siguiente. Ball no hizo ningún intento de retractarse ni expresó el menor remordimiento y aceptó la autoría de las cartas difundidas con su nombre. Tresilian recurrió al catálogo completo de técnicas de ejecución y sentenció a Ball a que lo colgaran, lo arrastraran, le sacaran las entrañas, lo decapitaran y lo dividieran en cuatro.

Se liberó bajo fianza a William Grindcobbe, el principal dirigente rebelde de Saint Albans, con la condición que utilizara su influencia para calmar a la gente, pero él hizo lo contrario. Se le atribuye el siguiente discurso: "Amigos que después de una era tan larga de represión por fin os habéis ganado un breve respiro de libertad, mantenéos firmes mientras podáis y no penséis en mi ni en lo que pueda sufrir, ya que si muero por la causa de la libertad que hemos ganado me consideraré feliz de terminar mi vida como mártir". Y eso fue exactamente lo que pasó, ya que se le volvió a capturar y se le ejecutó.

Los amigos de la gente de Saint Albans que había muerto (incluyendo Grindcobbe), descolgaron y sepultaron los cadáveres (que sus verdugos habían dejado íntegros). Un par de semanas más tarde, procedente de la corte real llegó una orden que exigía que se desenterraran los cadáveres y se colgaran a la vista del público, hasta que el tiempo los desbaratara.

En Norwich, el dirigente rebelde Geoffrey Litster supo de la muerte de Wat Tyler y del fracaso de la revuelta en Londres. En respuesta envió al Rey una delegación que solicitaba que se redactara una cédula de manumisión y perdón para todo Norfolk. La misión iba encabezada por dos rehenes, Sir William de Morley y Sir John de Brewe, pero con ellos iban tres de los más cercanos colaboradores de Litster para asegurarse de que ambos cumplieran las órdenes de aquél. Como incentivo adicional para que el Rey se mostrara favorable a sus peticiones, los dirigentes llevaban consigo como regalo para el Rey todo el dinero que habían recaudado de las multas de los ciudadanos de Norwich. En el camino, cerca del pueblo de Newmarket, la delegación tuvo la

mala suerte de cruzarse con el belicoso Lord Henry le Despenser, obispo de Norwich. Estaba en su propiedad de Burleigh, cerca de Stanford, cuando se enteró de los levantamientos en Norfolk y decidió regresar a su diócesis de Norwich, llevando consigo ocho caballeros y un pequeño piquete de arqueros. Como evidencia de una cierta formación militar, portaba un yelmo, una cota de malla y una espada de combate. Reclutó gente de la burguesía local y fue acrecentando su fuerza a medida que avanzaba. En Peterborough, los rebeldes habían exigido cédulas y decretos de manumisión y apenas estaban iniciando el saqueo del monasterio cuando le Despenser los atacó por sorpresa. Ordenó que allí mismo se matara a un buen número de rebeldes y se tomara prisionero al resto. En Ramsey in Huntingdonshire, las fuerzas del obispo derrotaron con facilidad a un pequeño grupo de rebeldes que se hallaban en el monasterio. Los hizo prisioneros y se los entregó al abad, mientras continuaban a marchas forzadas hacia Cambridge. Ya para entonces, su grupo había crecido hasta integrar un pequeño ejército que incluía a muchos militares experimentados, por lo que rápido se controló a los rebeldes. A diferencia de las represalias de la justicia secular, el obispo fungió, como fiscal, juez y jurado. Designaba qué rebeldes se iban a ejecutar y cuáles se tomarían prisioneros.

Al salir de Cambridge, le Despenser prosiguió hacia su propia diócesis de Norwich. En esa parte de su viaje se topó con la misión que había enviado al Rey el dirigente rebelde Geoffrey Litster. Los dos rehenes le contaron de su misión forzada que controlaban los tres dirigentes rebeldes, dos de los cuales estaban en el campamento mientras el tercero había salido en busca de provisiones para la cena. El obispo ordenó la decapitación inmediata de los dos dirigentes rebeldes que se encontraban allí y envió un destacamento a buscar al tercero. Una vez colocadas las tres cabezas en la picota de la cercana Newmarket, le Despenser continuó su marcha. Su ejército seguía creciendo con los reclutas que ahora se le unían de buena gana.

En Norwich, el obispo se enteró de que Litster había huido a toda prisa al saber que le Despenser venía en camino. Salió tras él. El grupo de Litster se había detenido cerca de North Walsham y el ejército del obispo aplastó fácilmente a los rebeldes, entre los que se encontraba el propio Geoffrey Litster. El obispo ordenó de inmediato que se le colgara, arrastrara y decapitara; antes, él mismo escuchó la confesión de Litster y le dio la absolución. A continuación, el obispo se ganó el reconocimiento de sus colegas eclesiásticos por su misericordia y piedad cuando caminó al lado del prisionero a quien arrastraban de los pies para llevarlo a la horca y sostenía la cabeza del dirigente rebelde para que no chocara con las piedras del camino. (En vista de lo que le esperaba, el mismo Litster habría considerado más misericordioso que se le hubiera dejado chocar con las piedras hasta quedar inconsciente).

La rebelión de Norfolk fue sometida rápida y totalmente, aunque de manera despiadada, gracias a los esfuerzos de un hombre iracundo, un servicio que al parecer merecería la gratitud de la corte real, aunque durante unos días se haya ignorado la ley del país. Sin embargo alguien (porque el Rey todavía no alcanzaba la mayoría de edad) dispuso que dos años después, en 1383, se acusara al obispo le Despenser por la forma como, contraviniendo a la ley, sometió la rebelión de Norfolk.

El 16 de julio se emitió una convocatoria para la instalación del Parlamento el 16 de septiembre, pero la fecha se pospuso para el 4 de noviembre de 1381. Si

el Parlamento de 1376 mereció recordarse como el “Buen Parlamento”, la sesión de 1381 muy bien podría rememorarse como el “Parlamento del Se Los Dije”.
El Parlamento de 1376 había mencionado la corrupción en la corte del Rey, el soborno, los malos manejos con el dinero de las recaudaciones y la ineptitud administrativa. Los miembros del Parlamento admitieron al Consejo Real que se debían corregir esas cosas. Habían acusado al mercader y financiero londinense Richard Lyons de diversos cargos de corrupción y lo único que se consiguió fue que se revocara la sentencia de prisión de por vida. Se ignoraron todos sus temores, consejos y acciones y en ese momento la revuelta comprobó que tuvieron razón.
Debió de haber sido con un fuerte sentimiento de satisfacción como los miembros del Parlamento de noviembre de 1381 escucharon la exhortación que les hacía el Rey y su Consejo y que les leyó su portavoz, Sir Hugh Seagrave: “Nuestro señor el Rey aquí presente y a quien Dios conserve, me ha ordenado haceros la siguiente declaración: Primero, nuestro señor el Rey desea ante todo que la libertad de la Santa Iglesia se preserve completamente inmaculada y que el territorio, la paz y el buen gobierno de su reino se mantengan igual de bien que en los tiempos de cualquiera de sus nobles predecesores, los reyes de Inglaterra; quiere que, si se encuentra alguna falla en cualquier parte, se enmiende vía los consejos de los prelados y señores de este Parlamento”. (Podemos imaginar a uno de las últimas filas, el cual dice en un susurro: “si hubieras estado dispuesto a oír hace cinco años ya sabrías las respuestas”)
La transcripción parlamentaria no deja duda de a quien se atribuyó la culpa de la revuelta (el término “comunes” se refiere al vulgo, a la gente común, y no a la cámara del Parlamento que todavía no existía).
“Si el gobierno del reino no fuera a enmendarse en poco tiempo, el reino mismo se perdería y destruiría por completo, para siempre y, en consecuencia, al Rey nuestro señor y todos los señores y comunes a quienes Dios, en su misericordia, guarde. Pues en verdad hay muchas fallas en dicho gobierno en torno de la figura del Rey y en su casa y debido al número excesivo de sirvientes en ésta, así como en las cortes del Rey, es decir en la Cancillería, en el Tribunal Real, en el Tribunal de los Comunes y en la Real Hacienda. Además hay opresiones deplorables en todo el país debido a la inmensa multitud de buscapleitos y partidarios de esta situación, los cuales actúan como reyes en el campo, de tal modo que la ley y la justicia escasamente se administran. Y a los pobres comunes, de tiempo en tiempo, los despojan y destruyen tanto los proveedores de la susodicha casa real como otros que no les pagan nada por las vituallas y el transporte que les quitan y por los subsidios y tributos con que se les grava para su gran aflicción y por otras opresiones deplorables y excesivas realizadas en su contra por diversos sirvientes del Rey nuestro señor y de otros señores del reino, principalmente por los mencionados partidarios. Por estas razones, se lleva a los mencionados comunes a una gran miseria y aflicción, mayores de las que antaño había”.
Después de expresar su opinión sobre los impuestos excesivos y la corrupción en la corte real y en el sistema legal, el Parlamento se refirió a la defensa nacional, una de las principales razones aducidas para cobrar esos impuestos: “Podría añadirse que aunque los comunes transfieren una gran riqueza o se recauda de ellos para la defensa del reino, no se les defiende ni se les socorre

mejor contra los enemigos del Rey, hasta donde se sabe. Pues año con año los susodichos enemigos incendian, asaltan y saquean por mar y tierra en sus barcazas, galeras y otras embarcaciones, para lo cual no ha habido, ni hay todavía, remedio. Los mencionados pobres comunes que antiguamente solían vivir con honra y prosperidad completas, ya no pueden soportar esos agravios de ninguna manera".

Lo anterior, según la opinión autosuficiente del Parlamento, era la causa inequívoca de la rebelión: "Además, a decir verdad, los agravios referidos y otros que se le ha hecho a los pobres comunes, de un modo más generalizado que antes, hicieron que los pobres comunes se sintieran tan duramente oprimidos que provocaron que los humildes comunes se levantaran e hicieran el daño que hicieron en la revuelta". A continuación, una advertencia para el Rey y su Consejo: "Y habría que temer mayores daños si no se da a tiempo un remedio bueno y adecuado a la opresión excesiva y a los agravios".

El Parlamento proponía una solución, por supuesto, que reflejaba el objetivo principal del mismo en los años anteriores: tener más voz en el gobierno central e influir más en la selección de los hombres que formarían parte de él.

Señaló que "puede restituirse la calma y la paz de los comunes si se destituye a los funcionarios y consejeros cuando se sabe que son malos y en su lugar se nombre a otros mejores, más virtuosos y capaces, y si también se acaba con las circunstancias malignas que provocaron el disturbio anterior y los otros daños que cayeron sobre el reino, como se dijo antes. Si no se hace así, los hombres consideran que este reino no puede sobrevivir mucho tiempo sin un daño mayor del que le haya ocurrido antes, lo cual Dios no permita".

Esta vez sí se hizo caso al Parlamento y se llevaron a cabo cambios en puntos clave. Se desistió del impuesto de capitación y ya no hubo más intentos de inventar nuevos impuestos. No hemos podido encontrar ningún documento que mencione un ataque contra la persona o la propiedad de un miembro ordinario del Parlamento. Así que, por lo menos en apariencia, para ese grupo la rebelión tuvo un final feliz. Obtuvo lo que había deseado. En efecto, es difícil no caer en la tentación de concluir que la imprecisa Gran Sociedad –que incitó y dirigió algunas facetas de la revuelta- incluía a algunos miembros del Parlamento.

Favorecidas sus propias metas con la revuelta, el Parlamento no intervino para satisfacer los deseos de otros. Cuando el Consejo del Rey le preguntó si quería la abolición del villanaje y la servidumbre, la respuesta fue un "no" vehemente. La misma negativa se dio a William Courtenay, el nuevo arzobispo de Canterbury, quien solicitó del Parlamento leyes más firmes respecto de la definición y el castigo de la herejía.

Lo que el Parlamento sí hizo por los rebeldes en general fue recomendar una amnistía para todos, excepto para quienes aparecían en una lista especial y para los habitantes de los pueblos de Canterbury, Bury Saint Edmunds, Bridgewater, Cambridge, Beverly y Scarborough. La lista de pueblos excluidos pronto se redujo sólo a Bury Saint Edmunds, cuyos habitantes se tardaron cinco años en pagar la multa de dos mil libras que se le impuso. En cuanto a los individuos, se excluyó de la amnistía a todos los que participaron de modo directo en la muerte del arzobispo de Canterbury, del prior de los Hospitalarios y del juez supremo Cavendish. Una exclusión más interesante es la de todos los que habían escapado de la cárcel, ya que no hay registro de que ninguno de ellos haya sido recapturado. La lista de los rebeldes no incluidos en el

perdón general sumaba 287, de los cuales 151 eran ciudadanos de Londres. Quienes no estaban ya en prisión desaparecieron simplemente.
La amnistía general puso fin a la venganza judicial, por lo que, incluso con los "juicios sangrientos" llevados a cabo por el juez supremo Tresilian, en realidad se ejecutó a menos de 120 rebeldes, número menor que el de los decapitados por éstos únicamente en Londres en un solo día. A excepción de unos cuantos rebeldes ejecutados por espadas vengadoras como la del obispo le Despenser, a todos se les concedió algún tipo de juicio y defensa.
Los dirigentes rebeldes aprehendidos en esa ocasión o que ya eran prisioneros, no fueron al cadalso o a la horca si tenían amigos que intercedieran por ellos. Sir Roger Bacon, el principal asistente de Litster, se hallaba en la lista de los excluidos de la amnistía, pero obtuvo el perdón algunos dicen que a petición de Ana de Bohemia, la futura esposa de Ricardo. Thomas Sampson, dirigente rebelde de Ipswich, estuvo encarcelado dieciocho meses y luego se le perdonó. Thomas Engilby, dirigente en Somerset, fue a prisión y le encadenaron sólo para que lo perdonaran unos cuantos meses después. Thomas Farndon, cuya culpabilidad no se ponía en duda ya que actuó como dirigente y guía de los rebeldes en Londres y los condujo a la casa señorial de los Hospitalarios en Highbury, aunque estaba en la lista se le perdonó en marzo de 1382.
Uno de los casos más interesantes fue el de John Awedyn, de Essex. Se le procesó y se le declaró culpable de ser "uno de los rebeldes contrarios al señor Rey en la ciudad de Londres" y "un capitán de los mencionados malhechores rebeldes". También estaba en la lista de los excluidos de la amnistía general, pero el 16 de marzo de 1383 recibió del Rey un perdón total *a petición del Conde de Oxford.* Cuánto habría servido para que comprendiéramos mejor la rebelión y la organización que había detrás de ella el que alguien hubiera anotado por lo menos unos cuantos comentarios sobre quién estaba presionando los botones de la influencia y por qué.
Mientras el Parlamento sesionaba, continuaban las pesquisas e investigaciones. Las de los alguaciles londinenses del 4 y del 20 de noviembre de 1381 hablan mucho a favor del punto de vista de que los rebeldes no se dirigieron a Londres en una especie de marcha instintiva de lémures hacia la capital, sino que los residentes de Londres los incitaron, alentaron e invitaron. La transcripción de la investigación del 4 de noviembre dice: "Item, los jurados declaran bajo juramento que un tal Adam Atte Welle, en aquel tiempo carnicero y actualmente avituallador del señor Duque de Lancaster, viajó a Essex catorce días antes de que los rebeldes de ese condado llegaran a la ciudad de Londres; allí incitó y alentó a los rebeldes de Essex a que vinieran a Londres y les prometió muchas cosas si así lo hacían".
Las mismas investigaciones presentan cargos contra un concejal de Londres, el pescadero John Horn. Este fue uno de los tres delegados enviados por el alcalde de Londres a reunirse con los rebeldes de Kent, tanto para cerciorarse de sus fuerzas como para disuadirlos de acercarse a la ciudad. Horn hizo lo contrario. Se reunió en privado con los dirigentes de Kent, tal vez para aconsejarles que siguieran adelante. Después de esa reunión los rebeldes de Kent fueron a Southwark, en el extremo sur del puente de Londres y abrieron por la fuerza la prisión de Marshalsea. De igual modo, Horn dio a los rebeldes un estandarte real que había tomado de la sala de cabildos. Anticipándose a la muchedumbre, logró introducir en Londres a tres de los dirigentes rebeldes y

los recibió en su casa durante la noche supuestamente para analizar planes y objetivos para los siguientes días.
Otro concejal y pesquero londinense, Walter Sybyle, fue procesado como cómplice de Horn. La jurisdicción de Sybyle incluía el puente de Londres. Se le acusó de contradecir las órdenes del alcalde de que se cerraran las entradas y se levantara el puente levadizo así como de dispersar a una multitud que se había reunido en el extremo norte de dicho puente con la intención de impedir que los rebeldes cruzaran y entraran en la ciudad.
Un tercer concejal, William Tonge, fue acusado de abrir la puerta de Aldgate para permitir la entrada de los rebeldes de Essex. En el juicio, los jurados admiten que “hasta el momento no saben si William Tonge abrió Aldgate debido a su propia mala intención, porque era cómplice de John Horn y Walter Sybyle, o porque se sentía atemorizado con las amenazas de los malhechores de Kent que ya estaban dentro de la ciudad”.
Los historiadores nos advirtieron que viéramos con escepticismo las investigaciones de Londres porque pueden haber estado políticamente motivadas. Se trata de una precaución razonable, ya que todas las crónicas de la rebelión tuvieron causas políticas, por lo menos en la medida en que buscaban congraciarse con el Rey o con la Iglesia. Los rebeldes no contaron con ningún cronista o historiador que registrara su versión de los hechos.
Por otra parte, otros aspectos de las investigaciones –que no se refieren a personas tan destacadas como los concejales y por tanto quizá menos propensas a la distorsión política- resultan igual de reveladores. Algunos procesos mencionan a artesanos radicados en Londres que regresan a sus pueblos de origen para incitar a la rebelión a sus amigos y parientes. A otros hombres se les acusó –y confesaron- de ser agentes o mensajeros de una Gran Sociedad y de dar órdenes a nombre de la misma. Por desgracia no hay ningún indicio documental de que los inquisidores, alguaciles o jueces, expresaran deseos de contar con más información sobre esta Gran Sociedad, lo cual ha provocado que algunos historiadores concluyan que nunca existió esa Sociedad. Son muchísimos más los que afirman que es evidente que hubo organización detrás de la revuelta de 1381, pero concluyen que es probable que nunca sepamos qué características tuvo esa organización. Simplemente hay demasiados misterios no resueltos. Sin embargo, una mirada más atenta a algunos de éstos hace concluir que la organización que estaba detrás de la rebelión no necesita seguir siendo un misterio absoluto para siempre.

CAPITULO 4
PRIMERO, Y SOBRE TODO... LA DESTRUCCION DE LOS HOSPITALARIOS

La primera distorsión que debe tomarse en cuenta es el papel que los cronistas atribuyeron al Rey Ricardo II. Cuando murió su padre, el legendario Príncipe Negro, su abuelo, Eduardo III, declaró a Ricardo heredero del trono. Eduardo murió al año siguiente y así Inglaterra tuvo un Rey de diez años. Se nombró un Consejo formado por dos obispos, dos condes, dos barones, dos abanderados, dos caballeros, un bachiller y un abogado para que gobernara y país y rigiera al rey-niño. Mientras éste fuera menos de edad, año con año se elegiría un nuevo Consejo. Ninguna de las crónicas de la rebelión de 1381 menciona esta Consejo todopoderoso. En cambio se hace aparecer al joven Rey como la fuerza principal y unilateral que representa al gobierno real. Nada de esto suena cierto, no sólo porque Ricardo no tenía autoridad regia, sino también porque simplemente no era el héroe al estilo de los cuentos infantiles de la época victoriana que se nos pide que creamos.

Un cronista contemporáneo a quien se recuerda sólo como el monje de Evesham, dejó una descripción de Ricardo en la cual incluye lo siguiente: "...arrogante... voraz... tímido y sin éxito en la guerra extranjera... a veces permanece hasta el amanecer bebiendo y en otros excesos que no hay que nombrar –y algo que quizá sea más importante para nuestra evaluación- es brusco y tartamudo en su manera de hablar". Ricardo temía tanto al Consejo de regentes que sólo cuando tuvo veintitrés años logró reunir el ánimo necesario para hacer la simple afirmación de que, como ya hacía tiempo había alcanzado la mayoría de edad, debía ejercer como Rey. De este mismo hombre se nos pide creer que a los catorce años actuó con valor y carisma sorprendentes. Se nos dice que a medio galope llegó a donde estaban los rebeldes, quienes acababan de ver que abatían a su dirigente, y que con una voz firme tomó el control de la situación ofreciéndoles que sería su jefe y paladín. Que dio órdenes de disponer la reunión en Mile End para sacar de Londres a los rebeldes. Que personalmente comandó el ejército punitivo en Essex. Que decidió perdonar a los rebeldes. En apariencia el Consejo de regencia no desempeñó ningún papel, no ejerció ninguna autoridad, no tomó ninguna decisión.

No es probable. Lo que se conservó para nosotros como "historia" es la crónica de los acontecimientos hecha por quienes se oponían a los rebeldes, escritores cuyas carreras podrían beneficiarse (o asegurarse por lo menos) si se congraciaban con la monarquía. De hecho cualquiera que hubiera actuado tras bambalinas se habría sentido complacido de dejar que el niño tuviera el crédito. Tras bambalinas? Consideremos la reunión en Mile End, de veras se planeó para sacar de Londres a los rebeldes? Si así fue no tuvo éxito, porque una gran banda organizada permaneció en la ciudad, así como los principales dirigentes: Tyler, Ball y Strawe. Tenían que hacer algo que evidentemente era más importante para ellos que asistir a una reunión con el Rey para plantear los motivos de queja. No participaron en ella porque habían planeado tomar la Torre. Es del todo razonable especular que se dispuso la reunión en Mile End no para sacar a los rebeldes de la ciudad, sino para sacar al Rey de la Torre. Un asunto clave fue lograr que el arzobispo de Canterbury y el prior de los

Hospitalarios no acompañaran al Rey sino que se quedaran allí, en lo que debieron considerar un lugar del todo seguro. De alguna manera se ha de haber influido en ellos para que no quisieran ir o se les ordenó quedarse. Tal vez al arzobispo se le habría dispensado de sus deberes de canciller, pues esa mañana se le había permitido intentar escapar, pero en el caso de Robert Hales qué pasó? No sólo era el administrador en jefe de una orden monástica militar, sino un afamado capitán en el combate y un guerrero- En 1365, como administrador de Egle, dirigió a una fuerza Hospitalaria en una gran batalla cruzada, por la cual se le conoció como el "Héroe de Alejandría" debido a sus hazañas de valor en una gran victoria que dejó a veinte mil musulmanes muertos. Sir Robert era el combatiente más experimentado entre quienes rodeaban al Rey. No sólo debió participar en el séquito de guardaespaldas del mismo sino que debió haberlo comandado. Entonces, por qué dejó que su joven Rey cabalgara para reunirse con miles de rebeldes sedientos de sangre y prefirió permanecer a salvo tras las sólidas murallas de la Torre? Todo esto huele a teatralidad y en los niveles más altos.

Si esa conclusión parece demasiado especulativa, consideremos la entrada de Tyler en la Torre. Varios centenares de hombres podrían haber resistido en la Torre semanas, meses incluso, a una multitud sin catapultas ni equipos de asalto, sobre todo si estuviera bajo el mando de un militar experimentado como Hales. Tyler sabía que no tenía tiempo de construir una torre de asalto o un carro que portara un ariete. Había una forma más fácil: hacer planes que garantizaran que el puente levadizo estaría bajo y la reja levantada. Tener el control de las puertas de entrada de tal manera que los rebeldes pudieran cruzar a pie. Ningún cronista cuenta que se haya combatido en esas puertas, ni se menciona resistencia alguna. Nadie ha intentado siquiera especular sobre lo extraordinario de esta hazaña.

También está el misterio de por qué Tyler quiso tomar la Torre, en primer lugar. En cualquier revuelta ordinaria, la toma de la fortaleza más poderosa de la zona habría sido el mayor logro militar. El dirigente habría hecho de ese sitio inmediatamente su cuartel general, su base de operaciones desde la cual amenazaría a toda la zona circundante. Es obvio que ése no fue el objetivo de Tyler. Una vez realizadas las ejecuciones ya no pensó en usar el sitio para nada. Al salir dijo a la guarnición que podían cerrar las puertas y levantar el puente. El objetivo no era la Torre, sino matar a unos cuantos hombres que estaban allí.

Cuando concluyó la reunión en Mile End, el Rey no regresó a la Torre sino al edificio que albergaba a sus ayudas de cámara. Era un inmueble sólido, pero no una fortaleza. Con habilidad habían quitado a Ricardo de la línea de fuego para garantizar su seguridad personal. En efecto, dado que sus consejeros lo gobernaban y no lo contrario, el itinerario y la escolta de Ricardo se le deben haber impuesto. Si se toma en consideración el número de veces que estuvo expuesto a los rebeldes –en Mile End, en la Abadía de Westminster, en Smithfield, al desfilar por las calles- es posible que algunos miembros de la corta hayan sabido con toda claridad que la persona del Rey no sólo estaría protegida por su escolta personal sino también por la dirigencia rebelde.

Parece que se manejó adecuadamente al Rey. Las citas atribuidas a él sin duda provenían de otros que hablaban en su nombre. Los cronistas olvidaron por completo el hecho de que, en 1381, el Rey todavía no era el monarca regente. Se le guió, se le mandó y manipuló a lo largo de los años, aún

después de la edad que la ley estipulaba que debía alcanzar para poder reinar. Los relatos de su liderazgo heroico durante la rebelión sólo pueden ser una ficción adulatoria, aunque sí indican que había colaboración entre la dirigencia rebelde y uno o más miembros de la corte.

En apariencia esa cooperación no cesó con la supresión de la revuelta. Cuando el Parlamento de noviembre y diciembre de 1381 se convenció de la necesidad de una amnistía general, recomendó excluir de ese perdón a todos los ciudadanos de Cambridge, Canterbury, Bridgewater, Beverly, Scarborough y Bury Saint Edmunds. La Iglesia ha de haber estado especialmente deseosa de desquitarse de los ataques contra su sede principal en Canterbury y contra sus propiedades eclesiásticas y escolásticas en Cambridge. A pesar de ello, llegó una orden “del Rey” que pasó por encima del Parlamento y concedió el perdón real a todas las ciudades, a excepción de Bury Saint Edmunds.

En lo referente a los individuos excluidos de la amnistía general, ya hemos visto que un buen número de dirigentes rebeldes obtuvo el perdón de todas maneras mediante la ayuda de personas que ocupaban altos cargos, inclusive el Conde de Oxford.

Los 287 hombres cuyo nombre figuraba en potra lista de los excluidos de la amnistía, constituyen un misterio aparte. Excepto los que ya estaban en prisión, los demás simplemente desaparecieron. Casos típicos fueron los de Richard Midelton, Thomas White y Henry de Newark, de Beverly. El 10 de diciembre de 1381 en Westminster se emitió un decreto real que exigía el arresto e interrogatorio de esos tres hombres por su participación en los disturbios de Beverly. La respuesta de los funcionarios de esa ciudad a la Corte Real decía así: “Además declaran que no se encontró a Richard de Midelton, exconcejal, ni a Thomas White, tejedor, ni a Henry de Newark, exchambelán, dentro de la jurisdicción de Beverly después de recibido este decreto, debido a lo cual no podemos llevar a cabo las disposiciones de este decreto en los mencionados asuntos”. Se fueron, pero a dónde? Cada uno de esos fugitivos iba solo o disponía de alguna ayuda? Un aspecto curioso de esa desaparición masiva es que no se diferenciaba mucho de la de los Caballeros Templarios setenta años antes. Ambos grupos ya condenados y requeridos por las autoridades tanto eclesiásticas como seculares, tenían la necesidad inmediata de tener fuentes clandestinas de alimento, hospedaje, nuevas identidades y casas de seguridad. En verdad sería sorprendente que, sin ayuda, hubieran encontrado docenas de refugios separados y sin relación entre sí, entre personas dispuestas a arriesgar la vida y las extremidades (literalmente) por auxiliarles. Por otra parte, si había una Gran Sociedad de hombres juramentados para apoyarse unos a otros, una de las funciones habría sido proporcionar toda la ayuda requerida por cofrades de fuga u ocultos. El hecho es que no hay ningún documento que registre que alguno de los hombres ya condenados haya sido capturado, por lo que es razonable suponer que dispusieron de protección de parte de alguien, en algún lado y de alguna manera.

Mientras ocurría todo esto, la Iglesia desestimó toda la idea de la rebelión como si fingiera que no había sucedido. El nuevo arzobispo de Canterbury, William Courtenay, no persiguió a los rebeldes sino a John Wycliffe, rector y cura de Oxford, y a sus seguidores. Courtenay no solicitó del Parlamento que se realizara un mayor esfuerzo para encontrar y castigar a los dirigentes rebeldes que habían destruido propiedad eclesiástica y asesinado a su predecesor. Lo que sí exigió fueron leyes más estrictas para localizar y castigar la *Herejía*.

Algunos historiadores recientes han postulado que John Wycliffe y sus críticas a la Iglesia tuvieron poco que ver con el surgimiento de la revuelta. El arzobispo Courtenay no hubiera estado de acuerdo con ellos. Acosado hasta el final por la Iglesia que deseaba purificar mediante la eliminación de los sacramentos y doctrinas sin fundamento en las Escrituras, John Wycliffe murió en 1382. Sin embargo sus ideas siguieron vivas, por lo que, en el Concilio de Constanza – treinta y cinco años después de su muerte- se ordenó que se desenterraran los restos de Wycliffe y se quemaran por herejía.
Ya hemos visto los efectos de la agitación y el liderazgo que proporcionaron a los rebeldes las órdenes inferiores del clero, especialmente los párrocos como John Ball, John Wrawe y sus seguidores, cuando aquéllos iban en contra de los monasterios opulentos y de la servidumbre que era aprobada por la Iglesia. Lo que el arzobispo Courtenay ha de haber visto o percibido, es que algo mucho mayor que un disturbio de campesinos y mercaderes había ocurrido en Inglaterra. No era el trono de ésta lo que le preocupaba, sino el trono de Pedro. Había sentido la primera conmoción de una actitud antieclesiástica que seguiría latente en Inglaterra hasta que hiciera erupción como la Reforma Protestante.
El misterio dominante de la Revuelta Campesina de 1381 es, por supuesto, la organización que había detrás de ella. Hoy casi todos los historiadores aceptan que hubo organización y planeación en una amplia zona de Inglaterra, pero ninguno se ha preocupado por especular precisamente sobre cuál pudo haber sido esa organización. Se echó a andar sólo para la rebelión o llevaba algún tiempo de existencia antes de 1381? Concluyó al finalizar la revuelta o quedó alguna asociación que pudiera haber tenido influencia en los conflictos religiosos y políticos de Gran Bretaña a lo largo de los años siguientes? Se trató de una organización o sólo de una comunicación informal y única entre grupos apresuradamente reunidos?
Consideremos este ejemplo de un documento real del 23 de julio de 1381 dirigido a los alguaciles y corchetes de una circunscripción administrativa del condado de Cheshire denominada “el ciento de Wirral” a unos 250 kilómetros e Londres: “con base en evidencia proporcionada por personas confiables, hemos sabido que varios de los villanos de nuestro hermano en Cristo, el abad de Chester, han realizado algunas asambleas dentro de la zona de vuestra jurisdicción y se han congregado en confederaciones secretas en los bosques y otros lugares ocultos de dicho ciento. Han organizado allí consejos secretos contrarios a nuestra reciente proclamación sobre el tema.” Incluso en una localidad relativamente remota como esa, las “confederaciones secretas” requerirían planeación. Alguien tiene que elegir el lugar de reunión. Y manteniendo un secreto total, ha de darse aviso a quienes van a asistir, del lugar y fecha de la misma. Hay que elegir a alguien en quien pueda confiarse, ya que cualquiera de los asistentes podría informar sobre el grupo; cada cual confía su vida y su propiedad a los demás. Hay que tener la precaución de que los participantes lleguen a la reunión por diversas rutas para evitar sospechas. Hay que inventar justificaciones que la familia y los vecinos puedan utilizar en caso de peligro debido a la cantidad de ausencias al mismo tiempo. Hay que colocar centinelas o guardias que alerten al grupo de la aproximación no sólo de las autoridades, sino de cualquiera que más adelante pueda ceder a la tentación inocente de contar a otros la rara circunstancia de haberse topado con una asamblea reunida en las profundidades del bosque. Alguien debe decidir los temas que se tratarán en la reunión y ya sea solo o con uno o dos

de los demás dirigentes, si el asunto que se va a tratar es lo bastante importante como para correr el riesgo de convocar a reunión.
Es evidente que la organización y el funcionamiento de una sociedad secreta en una sola sección de una zona rural remota requeriría organización, planeación y disciplina. Ahora bien, si ampliamos esos requisitos a una escala nacional o regional es posible comenzar a imaginar la gran cantidad de planeación e ingenio que se siguieron para poner en marcha incluso un sistema de comunicación eficaz. Quién inició la comunicación?. Quién la difundió?. Si la difusión se hubiera hecho a pire habría tardado una eternidad. Por otra parte, si se hubiera hecho a caballo ya no estaríamos en presencia de una sociedad "campesina".
Otro problema con los mensajeros es su reconocimiento. Cómo saber que uno de ellos no es espía?. El método acostumbrado consiste en emplear señales corporales, prendas de vestir o de adorno y un catecismo. "Ha sido largo su trayecto?". "No tanto como debería pero lo suficiente para un día". "Un largo viaje despierta un hambre feroz". "Sí y no sólo de un tipo. Mi estómago siente hambre de comida y mis cansados huesos de un lecho blando". En las antiguas sociedades secretas chinas, era posible que un catecismo de identificación de este tipo contuviera hasta cincuenta preguntas y respuestas diferentes en determinadas circunstancias de peligro. Las señas pueden consistir en la forma de usar las manos para tomar una taza o la forma de colocar los dedos al utilizar un pañuelo para secarse el sudor de la frente. Como veremos más adelante, se identificó y arrestó al heroico escocés Sir William Wallace cuando un delator volteó una hogaza de pan sobre la mesa de una taberna. Lo importante de estos medios de comunicación e identificación es que ambas partes lo comprendan. Para que se conozcan en diversos puntos geográficos se requiere de algo más complejo: uniformidad, lo cual a su vez supone un liderazgo autocrático que dicte las normas o bien, en el caso de una situación más democrática, una reunión de las cabezas pensantes de un grupo de dirigentes, una dirigencia con poder para estipular las normas que se aplicarán en cuanto a contraseñas, señas, reconocimientos, etcétera. Esto es válido en especial cuando se espera que un miembro conozca y ayude o conozca y obedezca a un perfecto desconocido. El sentido práctico señala la probabilidad de que haya existido un consejo o comité dirigente que, en el caso de la Gran Sociedad, parece seguro que haya tenido su base en Londres.
Significa esto que la sociedad tenía una amplia membresía individual y sólo un capitulo o base en Londres?. Es muy poco probable si se toma en cuenta que eran tiempos en que viajar era muy difícil. Es más posible que sus contactos en las ciudades hayan sido células o capítulos formados por residentes de las mismas. Lo que es todavía más importante es que esos contactos o miembros hayan tenido que incluir a personas con alguna influencia en sus respectivas zonas. Organizar una rebelión masiva y poder ordenare a todos los que viven a menos de 60 kilómetros de la costa que permanezcan en sus casas significó algo más que una mera organización: eran órdenes impartidas por gente que esperaba que se le obedeciera. En una época en que las comunicaciones eran pésimas, la marcha contra Londres requirió planeación anticipada, dirección y un magnífico sistema clandestino de generación de mensajes, tanto para fijar el día en que se iniciaría el movimiento como para motivar a cien mil hombres a que se levantaran contraviniendo la ley. Ese tipo de acción habría requerido lo que los antropólogos culturales llaman una fase de "danza guerrera". Es decir

el tiempo y la energía necesarios para coordinar y difundir la información (o desinformación) y propaganda que se requieren para enardecer a un grupo numeroso, hacer que se anime a actuar, incluso a matar. En nuestros tiempos, la “danza guerrera” que guía a un pueblo a iniciar una revolución o a apoyar una guerra nacional, es un proceso que involucra a múltiples medios de comunicación inmediata. Se recurre a la prensa, la televisión, la radio y a los asesores en relaciones públicas. En el siglo XIV no existía nada de eso, casi toda la comunicación se daba en el ámbito local y, como se trataba de una sociedad analfabeta, era verbal. El púlpito era una fuente de comunicación masiva y con toda seguridad las descontentas órdenes menores del clero, inclusive John Ball y sus seguidores, cumplieron su papel al atizar la inquietud en los tres sitios medievales de reunión: la iglesia, la taberna y el mercado.

Todo esto no quiere decir que la Gran Sociedad “creara” la Revuelta Campesina. La Gran Sociedad, haya sido lo que haya sido, no provocó la peste bubónica. No pudo ser responsable de la actitud de la Iglesia respecto de la libertad de la gente que vivía en sus tierras, ni de la guerra que hizo necesaria la creación de impuestos adicionales. Raras veces los dirigentes revolucionarios originan los males que causan una revolución; más bien los utilizan de modo oportunista, articulan los hechos (y no siempre con precisión) frente a la gente afligida, concentran la culpa describen el cuadro de la mejor vida posible y llevan el hecho hasta el punto de ebullición. Su esperanza es hacer que la aflicción y la frustración se vuelvan ira y que ésta se vuelva acción. Luego proveer los planes y el liderazgo para desviar y dirigir la violencia con la mira de asumir el control final. En la historia reciente hemos visto el desarrollo eficaz y frecuente de esta secuencia. Desafortunadamente se abatió a Wat Tyler antes de que se pusieran en claro sus exigencias, por lo cual tal vez nunca podamos determinar con precisión las metas de la Gran Sociedad o su verdadero liderazgo.

Antes de proseguir hay que dejar algo en claro. Nada indica que haya habido una organización denominada Gran Sociedad. Se la mencionó sólo como *una* gran sociedad y nadie le puso nombre jamás. Sin embargo, es muy difícil analizar o incluso pensar en un grupo sin nombre. En nuestra época vimos eso cuando la prensa se dio cuenta de que la rama italianizada del crimen organizado en Estados Unidos, que incluye un buen número de calabreses y napolitanos, no podía con estricta veracidad llamarse “Mafia” porque ésta constituye un fenómeno netamente siciliano. Durante un tiempo intentaron denominarla “el Sindicato” e incluso “la Combinación”, pero esos términos no funcionaron. Luego, una interceptación telefónica captó una conversación en italiano donde se hacía referencia a la sociedad criminal como “nuestra cosa” (la *cosa nostra* en ese idioma). La prensa se lanzó sobre esa expresión que llenaría por fin el vacío del nombre y hasta la fecha no la suelta. Por supuesto que se mantiene la expresión en italiano, ya que sonaría un poco tonto informar que “el FBI acaba de arrestar a Angelo Pigliacelli de Jersey City, conocido jefe de Nuestra Cosa”. De manera similar, tanto por conveniencia como por necesidad, nos vemos obligados a utilizar el término “Gran Sociedad” a sabiendas de que no tenía ese nombre, hasta que alguien nos diga cuál era el verdadero.

Al indagar sobre la auténtica naturaleza de la Gran Sociedad, no hubo mucho de dónde sacar. No existe ningún documento oficial que mencione una sociedad secreta en Inglaterra medieval, a excepción de los lolardos,

seguidores de las enseñanzas del cura hereje John Wycliffe, quien expuso sus críticas a la Iglesia tanto antes como después, pero sus prédicas antecedieron a la actividad de los lolardos. Sin embargo, en una confesión escrita de John Ball se menciona que había una “hermandad secreta” de los seguidores de Wycliffe que recorría toda Inglaterra difundiendo sus creencias. Los historiadores están de acuerdo en que esta “confesión” es una elaboración posterior y no la que rindió Ball en el cadalso. Por otra parte resulta interesante notar que, en efecto, el movimiento de los lolardos se volvió clandestino y existió durante un par de siglos en células secretas diseminadas por toda Inglaterra, las cuales nunca se han identificado ni descrito con claridad.

Hubo otra sociedad secreta bien conocida en Gran Bretaña, la Antigua Orden de Masones Libres y Aceptados. Sin embargo, no hay documentación que sugiera que la francmasonería estuviera activa en la época de la rebelión (como tampoco hay ninguna que indique lo contrario). Los escritores masónicos que comenzaron a ensalzar las virtudes de su fraternidad luego de que ésta dejara el mundo del secreto y saliera a la luz pública en 1717, frecuentemente recurrieron a las alas de la fantasía. En sus diversos textos sostuvieron que entre los miembros y grandes maestros masones había habido personajes tan destacados como Adán, Noé, Pitágoras, Aquiles y Julio César y afirmaron que la francmasonería existía desde “tiempo inmemorial”. Algunas mentes más sobrias desistieron de la Creación y el Diluvio y afirmaron que el Rey Salomón había sido el primer Gran Maestro masón y que su templo había sido el primer edificio masón. Con el paso del tiempo, los historiadores masónicos tendieron a recorrer mucho más adelante la fecha de su fundación, citando sus orígenes en los gremios medievales de albañiles. En la actualidad ésa es la teoría más ampliamente aceptada de los orígenes de la fraternidad.

El primer indicio de que la francmasonería tal vez haya estado relacionada con la revuelta es el nombre del dirigente, Walter el Tejador (Tyler en inglés) quien aparece de repente en la historia inglesa con un nombramiento misterioso y sin oposición como comandante supremo de la Revuelta Campesina, el viernes 7 de junio de 1381 y sale de ella de manera tan abrupta como llegó el sábado 15 de junio cuando le cortaron la cabeza. No se sabe absolutamente nada de él antes de esos ocho días. Eso mismo hace suponer que no estaba usando su propio nombre. Algunos historiadores sugieren que tal vez su nombre hace referencia a su ocupación, tejador, lo cual con base a su evidente experiencia militar y sus aptitudes de mando no es muy probable. Sin embargo, si de veras hubiera adoptado un seudónimo, por qué el de Tyler? Los francmasones lo comprenderían con facilidad. Tyler es el nombre que se da al centinela, oficial de orden y defensor de una logia masónica. Es quien examina a los visitantes para que presenten sus credenciales, el que garantiza la seguridad del lugar de reunión y luego se queda de guardia afuera de la puerta con una espada desenvainada. Si la Gran Sociedad estuvo de alguna manera relacionada con la Masonería, “Tyler” habría sido el único título masón adecuado para el dirigente militar que esgrimía una espada y se encargaría de mantener la disciplina. Hay que admitir que se trata de una relación débil.

Otra posible relación masónica aunque igual de débil, fue la de los levantamientos muy organizados y con prendas uniformas de Yorkshire, sobre todo el de la ciudad de York. En 1717, cuando cuatro logias masónicas londinenses decidieron darse a conocer en público, se reunieron el 24 de junio, el día dedicado a su santo maestro Juan el Bautista y eligieron un Gran

Maestro para su nueva Gran Logia. Los masones de York se encolerizaron ante esa decisión unilateral de los masones londinenses de despojarse del antiguo velo de secreto y ante la presunción de los londinenses de que podían clocarse por encima de todas las logias masónicas de Inglaterra. Se consideraba la logia de York la más antigua del país, pues su origen se remontaba al siglo VII y a la construcción de la Catedral de York. En 1725, la logia de York decidió imponerse y formó su propia "Gran Logia de toda Inglaterra". Mucho después, en 1767, el Gran Secretario yorkino escribió lo siguiente: "esta Logia no reconoce ningún superior, no rinde homenaje a ninguno, existe por su propio Derecho, concede constituciones y Certificados de la misma manera que hace la Gran Logia de Londres, como ha tenido el Derecho y la costumbre de hacer desde tiempo inmemorial".
York ocupa un sitio muy especial en la francmasonería, principalmente en Estados Unidos, donde muchos masones consideran que la masonería del rito yorkino en la forma más pura y más antigua de ésta.
Otra borrosa relación masónica encontrada en la rebelión fue la cólera por alcanzar la libertad, por acabar con toda la servidumbre y el villanaje. Uno de los puntos sobresalientes de la antigua francmasonería es que el masón debe ser un "hombre libre, hijo de madre libre". Si un abogado probaba que un masón ya no era libre, éste tendría que renunciar a ser masón. Se señaló destacadamente que hacia fines del silo XV casi todos los ingleses eran libres. El hecho de que existiera la condición de libre como requisito para ser miembro de la masonería indica que ésta ya era una organización antigua cuando se hizo pública en 1717. Sin embargo, por interesante que esto sea, no constituye una evidencia inobjetable de que la Gran Sociedad fuera la francmasonería o una precursora de ésta. Hay una evidencia más directa y espectacular que apunta hacia otra dirección, hacia una organización que ha sido bien documentada y cuya existencia es previa a la Revuelta Campesina, pero que se creía que había desaparecido por completo.
La primera vislumbre de esa evidencia fue la especial fiereza de los ataques rebeldes contra los Caballeros Hospitalarios, inclusive el asesinato de su prior, Sir Robert Hales. Veamos el caso de George de Donesby (Dunsby) de Lincolnshire. Se le arrestó a más de trescientos kilómetros de su lugar de origen y confesó que era un mensajero de la Gran Sociedad. Es una simple coincidencia que en su pueblo natal, Dunsby, allá en Lincolnshire, los arrendatarios estuvieran en huelga y se negaran a pagar los diezmos a los feudos Hospitalarios de la región? O bien consideremos el caso de la destrucción del edificio señorial, hacía poco reconstruido, de los Hospitalarios de Highbury. Justo a la mitad de los acontecimientos dramáticos acaecidos en Londres, en medio de toda la propiedad eclesiástica de la que pudieran desear vengarse, Wat Tyler decidió mandar a su lugarteniente principal y a una banda de rebeldes a una misión fuera de la ciudad. El grupo tuvo que caminar casi diez kilómetros sólo para destruir esa propiedad de los Hospitalarios de Highbury y luego marchar de regreso para reunirse con Tyler. En Cambridge, algunos funcionarios de la ciudad con la aprobación del alcalde, salieron a caballo a reunirse con una banda de rebeldes en Shingay, una propiedad de los Hospitalarios que los rebeldes estaban incendiando y luego todos juntos regresaron a Cambridge para atacar la universidad. Por qué tuvieron que cabalgar los funcionarios de la ciudad más de quince kilómetros por el campo para ver que los rebeldes incendiaban una propiedad de los Hospitalario? Por

qué simplemente no se quedaron en la ciudad aguardando a los rebeldes? O se reunieron por acuerdos previos para planear un ataque conjunto en circunstancias en las cuales una reunión coincidente con la destrucción de una propiedad de los Hospitalarios habría tenido algún significado para ellos?
Todas las órdenes religiosas tenían propiedades en Londres, pero sólo se buscó deliberadamente para su destrucción las de los Hospitalarios y no sólo los establecimientos principales de Saint John Clerkenwell y de la zona del "Temple" entre Fleet Street y el Támesis. Los cronistas relatan que los rebeldes buscaron todas las casas y propiedades alquiladas de los Hospitalarios para destruirlas o quemarlas. Para tal propósito fue necesaria la participación de algunos vecinos de Londres, no sólo para identificar las propiedades sino para conducir hasta allí a los rebeldes (en esa época las calles de Londres no tenían señalización y sólo cientos de años después Londres tendría un sistema de numeración para los edificios). Éstos destruyeron incluso dos herrerías de Fleet Street que los Hospitalarios habían tomado luego de la supresión de los Templarios. Tal vez un indicador de la intensidad del vínculo existente entre los dirigentes rebeldes y algunos ciudadanos importantes de Londres es el conjunto de documentos que señalan que veinte años después la orden de los Hospitalarios seguía tratando sin éxito de reconstruir esas dos herrerías pues enfrentaba la oposición de algunos londinenses.
En la destrucción que se llevó a cabo en Londres, por qué los rebeldes no quemaron los registros que se guardaban en la iglesia de los Hospitalarios, a un lado de Fleet Street, precisamente donde los habían encontrado? Qué caso tenía tomarse toda la molestia de cargar cajas y bultos desde la iglesia hasta media calle, lejos del edificio, a menos que se hiciera con el propósito de evitar dañar la estructura? Qué tenía esa iglesia que la hacía diferente de cualquier otra propiedad? Sólo que había sido la iglesia principal de los Caballeros Templarios en Gran Bretaña, consagrada hacía casi trescientos años, en 1185, por Heraclio, patriarca de Jerusalén. Sin embargo no sólo eso la singularizaba ya que el mismo patriarca había consagrado también la iglesia de los Hospitalarios en Clerkenwell en 1185, durante el mismo mes en que se había ocupado la de los templarios; sin embargo, los rebeldes no tomaron para nada en cuenta la protección de la iglesia de Clerkenwell.
Los rebeldes tan bien organizados de York, Scarborough y Beverly, los habitantes de las ciudades, no los campesinos, habían portado una prenda uniforme. Se trataba de un capuchón blanco con un adorno rojo que, según se informó, llevaban puesto unos quinientos hombres sólo en Beverly. Con toda seguridad esas prendas no se confeccionaron la noche anterior en la máquina de coser del vecindario. El hecho de su existencia habla de un liderazgo y una toma de decisiones formales y organizadas por no mencionar la disponibilidad de fondos. Tal vez sea simple coincidencia que el rojo y el blanco fueran también los colores templarios: una cruz roja sobre una capa blanca.
Lo más inquietante de todo fue una sola frase de la confesión previa a su muerte de Jack Strawe, el principal lugarteniente de Wat Tyler. Según el relato de Thomas Walsingham, un monje de Saint Albans, Strawe fue capturado y trasladado a Londres donde el alcalde le condenó a muerte. Antes de que se ejecutara la sentencia, el alcalde prometió a Strawe cristiana sepultura y tres años de misas a favor de su alma si confesaba el verdadero propósito de la rebelión. En esa confesión se informa que Strawe dijo en parte "cuando hubiéramos reunido a una enorme multitud de comunes en todo el país, de

inmediato habríamos asesinado a todos los señores que se nos hubieran opuesto y enfrentado. ***Primero y sobre todo habríamos procedido a la destrucción de los Hospitalarios***" (énfasis del autor) Strawe no explicó la razón de ese odio especial hacia los Hospitalarios y no hay registro de que alguien hubiera preguntado la razón. Si hubo una organización que preparara la rebelión por lo menos un propósito quedó claro: la destrucción de los Hospitalarios. Qué organización o incluso qué segmento de la sociedad podría haber buscado esa total aniquilación de esa orden de monjes militares tan respetada? Sólo había una.

El papa Clemente V, en 1312, abolió la orden de los Caballeros Templarios, oficialmente. Después de haberlos hecho padecer casi cinco años de encarcelamiento, tortura y muerte en la hoguera, se entregó casi todas sus propiedades en Gran Bretaña a sus grandes rivales, los Caballeros Hospitalarios. Es evidente que los Templarios tenían razón para odiar tanto a la Santa Sede como a la orden de los Hospitalarios. Habrían aprobado sin reparos la destrucción de las propiedades de aquéllos, la ejecución de Sir Robert Hales, gran prior de los Hospitalarios de Inglaterra, y que se hiciera una excepción con la que fue su iglesia principal. Respecto de la Santa Sede que había azotado, torturado y quemado a sus hermanos templarios, probablemente habrían estado de acuerdo con los rebeldes cuando éstos no tomaron en cuenta el derecho de asilo sagrado, apartaron el Santo Sacramento y le cortaron la cabeza al arzobispo de Canterbury.

Una notable excepción a la aparente concentración en las propiedades de los Hospitalarios fue el ataque especialmente feroz contra el monasterio benedictino de Bury Saint Edmunds, encabezado por el cura rebelde John Wrawe. Allí se tomó la cabeza del juez supremo Cavendish para usarla de juguete con la cabeza del prior John de Cambridge. A esas dos cabezas se unió la de otro monje, John de Lakenheath, encargado de las propiedades del monasterio. Los rebeldes buscaron también a otro monje, Walter Todington, con la esperanza de unir su cabeza a la de los anteriores, pero no pudieron descubrir en dónde se escondía.

Cuando se definió en última instancia la amnistía general, sólo se excluyó a los ciudadanos de Bury Saint Edmunds, debido a los acontecimientos tan sangrientos ocurridos allí. Al principio parece que no hay relación entre esos sucesos y una posible sociedad secreta. Tampoco parece que haya una posible relación con los templarios hasta que se consultan las crónicas de la abadía. En ellas existen documentos que constituyen una firme razón para la violenta ira de los Templarios, muy independiente de cualquier referencia a los Hospitalarios.

Antonia Gransden, que editó *The Chronicle of Bury Saint Edmunds 1212-1301*, proporciona una traducción de la crónica original con sus acusaciones contra los Templarios. Las palabras hablan por sí mismas: "en la víspera y en el Domingo de Ramos los cristianos y los infieles sostuvieron una batalla entre Acre y Safed. Primero se mató a ocho emires y a dieciocho columnas de infieles, luego finalmente los infieles tuvieron la victoria, aunque no sin gran pérdida de hombres. *El ejército cristiano fue casi exterminado por la sedición de los Templarios* " (énfasis del autor)

Este informe, escrito en 1270, se basaba en el ataque del ejército egipcio contra el castillo Templario de Safed ocurrido cuatro años antes. El nuevo Sultán era un guerrero Kipchak brutal y traicionero llamado Baibars Rukd ad-

Din, que asumió el trono después de asesinar al sultán anterior. Cuando fallaron sus ataques contra el castillo, el sultán ofreció salida franca y perdón a todos los turcopolos –las tropas nativas de la región que integraban la mayor parte de la guarnición- y muchos de éstos comenzaron a desertar. Privados de su apoyo, los Templarios enviaron a uno de sus sargentos, de origen sirio, el Hermano Leo, a negociar con Baibars. Leo regresó con la buena noticia de que todos los Templarios tenían la libertad de irse y atravesar las líneas egipcias con la garantía de un salvoconducto. Éstos aún no conocían el carácter de su enemigo y aceptaron.

Cuando Baibars tuvo el control del castillo y de los Templarios, les concedió esa noche para decidir si se convertían a la religión islámica o preferían morir. A la mañana siguiente se alineó a los Templarios fuera del castillo para que anunciaran su decisión. Antes de que pudieran hablar, el comandante templario del castillo les gritó que escogieran la muerte en vez de renegar de su fe cristiana. Inmediatamente lo atraparon, lo desnudaron y lo desollaron vivo frente a sus hermanos templarios. Firmes ante los gritos y la sangre de su dirigente, como un solo hombre, los templarios escogieron la muerte en lugar de renegar de la cruz. Se cumplió su deseo, ya que Baibars ordenó que los decapitaran de inmediato.

Esa es la historia de la pérdida del castillo de Safed y del martirio de los templarios, según ocurrió en verdad y según se le ha de haber contado a cada nuevo miembro de la orden, como ejemplo de la piedad y el sacrificio de sus predecesores. Por algo inexplicable se tergiversó la historia y así la conocieron y anotaron los benedictinos de Bury Saint Edmunds. El hecho de que acusaran de traición a los hermanos mártires de Safed ha de haber hecho que le hirviera la sangre a cualquier templario al enterarse. Tampoco era la única acusación contra ellos en las crónicas de Bury Saint Edmunds.

La otra acusación de las crónicas contra los templarios parece ser más bien un juicio definitivo: Hugh de Lusignan, rey de Chipre, su hijo y otros miembros de la familia fueron envenenados por los “Caballeros del Temple”.

No hay duda de que en la mayor parte de su reinado, Hugh III de Chipre estuvo reñido con los templarios, se apoderó de propiedades de éstos y en una ocasión incluso los acusó de haber organizado una redada de musulmanes en contra de sus tropas. Hugh quería obtener la supremacía en el territorio mediante su controvertido reclamo de derecho al reino de Jerusalén y era del conocimiento público que los templarios se oponían a sus ambiciones. Sin embargo, no hay ninguna base histórica en que se apoye la acusación de que éstos hubieran envenenado al rey Hugh y a sus hijos. Hugh murió el 4 de marzo de 1284 y su hijo mayor, Bohemond, en noviembre del año anterior. Su segundo hijo, John, de salud frágil, heredó la corona y después de su muerte la corona pasó al tercer hijo, Henry. Sin embargo, allá en Inglaterra, en la abadía benedictina de Bury Saint Edmunds, los escribanos anotaron que los templarios eran culpables del asesinato en masa del rey, de su heredero y de otros miembros de su familia.

De hecho, había una vinculación con los templarios y si se hubiera desatado una venganza templaria secreta en la Revuelta Campesina, Bury Saint Edmunds hubiera sido uno de los objetivos principales.

Si el mando y “encauzamiento” de la muchedumbre furiosa hacia determinados objetivos se inspiró en un deseo de venganza de los templarios, tal vez la rebelión no habría sido el fracaso que la historia registró. Es cierto que si el

objetivo fue vengarse de los tres grandes enemigos de los templarios –los hospitalarios, la Iglesia y la monarquía- es evidente que hubo un cierto grado de éxito. Sin embargo, por muy orientados hacia lo Templario que parezcan los objetivos rebeldes, simplemente no parece práctico que la Gran Sociedad que guió parte de la rebelión pudiera apoyarse en una orden suprimida sesenta y nueve años antes. Un caballero Templario de veintinueve años en el momento de la supresión, tendría noventa y ocho en la época de la rebelión. La vinculación con los Templarios habría tenido que extenderse hasta la segunda y tercera generaciones. Un vínculo con los Templarios habría significado que la Gran Sociedad no era sólo un grupo clandestino organizado para fomentar o aprovechar la rebelión de 1381, sino una sociedad secreta que llevaba casi setenta años de existencia. Era posible algo así?

Resultó evidente que algún tipo de organización dispersa o grupo de simpatizantes ha de haber estado trabajando para los Templarios en el momento de su arresto en Inglaterra por orden de Eduardo II, ya que hubo muchos que se escaparon y desaparecieron con gran eficiencia. Un dispositivo real con la ayuda de las órdenes religiosas sólo había atrapado a dos Templarios fugitivos en Inglaterra y a uno es Escocia. Además varios escaparon de su encarcelamiento lo que indudablemente ha de haber requerido de ayuda interna o externa o de ambos tipos. Además los arrestos en Inglaterra se realizaron tres meses después de los arrestos en Francia, lo que proporcionó tiempo más que suficiente para prepararse. Algún tipo de organización no muy concreta de ayuda mutua se ha de haber puesto en marcha deprisa en ese momento, pero para que se hubiera mantenido viva y en operación durante setenta años se habría requerido que la utilidad o necesidad de esa sociedad clandestina de protección mutua se extendiera más allá del tiempo que pudieran vivir los fugitivos originales. Tendría que haber habido una meta común, un temor común o un enemigo en común que motivara tal permanencia. Si de veras tuvo orígenes Templarios la Gran Sociedad, tal vez pudieran encontrarse claves de ese vínculo común en las actividades organizadas que se asocian con la Revuelta Campesina. Para indagar con seriedad la posibilidad de una relación con los Templarios, sería necesario considerar desde una nueva perspectiva la historia y las operaciones de esa orden militante de monjes que surgió en la primera Cruzada.

Eso significaba alejarse de cualquier especulación adicional sobre la participación de la francmasonería, aunque no por mucho tiempo, según resultó.

CAPÍTULO 5
LOS CABALLEROS DEL TEMPLO

Después de un año de avanzar combatiendo hacia el sur a través de Nicea y Antioquía, el 7 de junio de 1099 los guerreros cristianos de la Primera Cruzada se encontraron ante las grandes murallas de Jerusalén.

Al acercarse los cruzados, el gobernador egipcio de esa ciudad destruyó o envenenó los pozos circundantes y alejó los rebaños cuyos productos excedían sus propias necesidades. Se dijo a los cristianos que se fueran, no sólo como un acto de misericordia, sino para que la carga adicional de comida y agua recayera en los invasores. Uno de los cristianos expulsados era Gerard, dueño de la hostería Amalfi de ese lugar. De inmediato se acercó a los dirigentes cristianos para informarles todo lo que sabía sobre el plano y las defensas de Jerusalén. Recibieron con agrado su información secreta.

Nadie había advertido a los cruzados del calor, especialmente insoportable para quienes tenían que usare ropa bajo las armaduras, sin ninguna sombra para protegerse del sol que caía a plomo sobre ésta durante todo el día. Nadie había dicho a estos hombres acostumbrados a las zonas muy arboladas de Europa, que alrededor de Jerusalén no había árboles para obtener madera con la cual construir los artefactos para sitiar la ciudad. Debía traerse el material desde la costa o desde los bosques de Samaria y se requerían hasta sesenta prisioneros musulmanes para transportar un solo tronco. No se habían esperado un viaje de veinte kilómetros de ida y vuelta para obtener agua para sí mismos y para sus animales. Después de seis semanas de intensas incomodidades físicas, aumentadas por las deficiencias en alimento y agua, llegó información de El Cairo acerca de que los egipcios estaban organizando un gran ejército para liberar la ciudad. La desesperación y el pánico se difundieron entre los soldados cristianos.

Como si hubiera sido una respuesta a sus oraciones, un cura del campamento informó que había tenido una visión que le había revelado las condiciones con las cuales se concedería la victoria a los cruzados. En primer lugar, debían hacer a un lado sus pecados, desistir de sus ambiciones egoístas y de sus pleitos entre sí. Luego tendrían que ayunar y orar durante tres días. Al tercer día debían desfilar descalzos y con humildad alrededor de las murallas de la ciudad santa de Dios. Si se cumplían todas esas condiciones, Dios les concedería la victoria en menos de nueve días. La visión se aceptó como válida y los dirigentes ordenaron que el ejército obedeciera. Después de dos días de ayuno, el ejército se descalzó e inició su caminata de más de tres kilómetros en torno a la ciudad. Desde arriba de las murallas, los defensores egipcios veían hacia abajo a los cruzados, se mofaban y reían de ellos y se orinaban en cruces que izaban para que las vieran los penitentes en marcha.

Por fortuna, la profecía recibió la ayuda de un surgimiento de actividad para completar tres torres de asalto. Para rodarlas hacia las murallas en las posiciones elegidas, fue necesario primero rellenar porciones de la gran zanja o foso seco que se encuentra frente a la muralla. Se hizo eso, pero el precio fue muy alto debido a la constante andanada de piedras y fuego griego sulfuroso que les lanzaban los defensores desde arriba. Hacia el anochecer del 14 de julio, el ejército estaba listo y comenzó a rodar las gigantescas torres de asalto para colocarlas en posición. Raimundo de Tolosa puso primero su torre junto a la muralla, pero no pudo lograr que sus hombres cruzaran el puente que une la

torre con la muralla. A la mañana siguiente, Godofredo de Bouillon había colocado su torre contra la muralla del norte y tendió el puente sobre la parte superior de la misma. El combate cuerpo a cuerpo duró horas, pero hacia mediodía Godofredo tenía a algunos de sus hombres sobre la muralla. Otros hombres cruzaron el puente combatiendo para apoyar a los primeros y pronto Godofredo controló un trecho suficiente de muralla, lo que permitió el empleo seguro de escalas para el ascenso de más y más hombres. Cuando tuvo un grupo suficientemente numeroso, los envió a que abrieran la puerta de la Columna y por allí penetró en la ciudad el grueso del ejército cruzado. Se tomó Jerusalén al noveno día, conforme había prometido la profecía.

Poseídos de un frenesí de venganza y una sed de sangre después de semanas de sufrir al otro lado de las murallas, los cruzados victoriosos se lanzaron por las calles irrumpiendo en casas, tiendas y mezquitas para matar a todos los hombres, mujeres y niños que pudieron encontrar.

Uno de los informes al Papa decía: “Si quiere saber cómo tratamos a nuestros enemigos en Jerusalén, sepa usted que en el pórtico de Salomón y en el Templo nuestros hombres cabalgaron entre la sangre impía de los sarracenos la cual llegaba a las rodillas de sus cabalgaduras”.

Corría el rumor de que los musulmanes de la localidad a veces se tragaban su oro como la forma más segura de esconderlo, por lo que sacarles las entrañas se volvió una práctica común en la búsqueda de botín.

Con la esperanza de evitar la matanza maniática, los judíos se amontonaron en la sinagoga principal para indicar que no eran musulmanes. Los cruzados quemaron la sinagoga y los mataron a todos.

Raimundo de Aguilers, al escribir sobre los cuerpos mutilados que cubrían la zona del Templo, citó el salmo 118: “Este es el día que hizo Yavé. Alegrémonos y regocijémonos en Él!”.

De esa manera se dispuso el escenario para la extraña mezcla de piedad, abnegación, sed de sangre y avaricia que caracterizó la historia del reino cristiano de Oriente durante los dos siglos siguientes.

Una secuela interesante de la Primera Cruzada radica en el trato que se dio a la pequeña orden que administraba la hostería de Amalfi para peregrinos. En gratitud por su información y ayuda y con la exaltación de la victoria, se recompensó a los monjes con bienes en especie y en tierras. Pudieron ampliar sus operaciones con el patrocinio entusiasta de los nuevos gobernantes cristianos. Hacia 1118 su nuevo prior, un noble francés, decidió que debían hacer otras cosas y no nada más brindar alojamiento y atenciones a los peregrinos. Debían admitir caballeros en su orden y tener un brazo armado que luchara por la Tierra Santa. Cambiaron su nombre al de Hospital de San Juan de Jerusalén y solicitaron al Papa una constitución o Regla propia, que se les concedió. Con su nueva riqueza e importancia, consideraron que habían superado a su santo patrono San Juan el Compasivo. Declararon que a partir de entonces su santo patrono sería San Juan el Bautista.

Ese mismo año se fundó en Jerusalén otra orden que rivalizaría con los Hospitalarios en número, riqueza y poder.

Es posible que el apoyo brindado por Balduino I a la orden recientemente reorganizada de los Hospitalarios de San Juan haya inspirado a un tal Hugh de Payens, vasallo del conde de Champaña. En 1118, Hugh de Payens a nombre propio y de otros ocho caballeros, solicitó al rey Balduino II autorización para establecerse como una nueva orden religiosa. Habían hecho votos de pobreza,

castidad y obediencia al patriarca de Jerusalén. A diferencia de los Hospitalarios, que manejaban hosterías y hospitales en Tierra Santa, esta nueva orden se dedicaría del todo a la protección militar de los peregrinos que viajaban hacia los Santos Lugares. Solicitaron y se les concedió establecer su cuartel general en un ala del palacio real en la zona del templo. Era la antigua mezquita de al-Aqsa que según se decía se había construido en el sitio donde estuvo el Templo de Salomón. El grupo tomó su nombre de ese sitio: los Pobres Soldados Hermanos de Cristo y del Templo de Salomón. En los siglos siguientes se les conocería como la Orden del Templo, los Caballeros del Templo de Salomón en Jerusalén y numerosas variantes más. Sin embargo, se mantuvieron dos características: cualquiera que haya sido la forma de su nombre, siempre se basó en el Templo de Salomón y siempre ocupó el segundo lugar frente al nombre popular que hasta ahora reciben: los Caballeros Templarios.

En apariencia la nueva orden hizo muy poco durante los primeros nueve años de su existencia y ni siquiera se registra que haya aceptado nuevos miembros. Luego, en 1127, parece que la orden se decidió a salir. Ese año, el rey Balduino II escribió una carta a Bernardo (luego San Bernardo), abad de Clairvaux y el eclesiástico más influyente en su época, a veces se le mencionaba como “el Segundo Papa”. Balduino pedía a Bernardo que usara su considerable influencia con el Papa Honorio II para obtener el reconocimiento papal de la nueva orden de los Caballeros Templarios y le pedía que creara una regla para normar la vida y conducta de sus miembros. Bernardo respondió a su favor.

Al principio aparentemente la orden había sido un poco más que un grupito formado en torno al Conde de Champaña. Todos los Caballeros Templarios fundadores eran vasallos de Champaña. Hugh de Payens era primo del Conde, André de Montbard, quien llegaría a ser el quinto Gran Maestre era tío de Bernardo, quien también era de Champaña, en tanto que el Papa Honorio había sido monje cisterciense y seguidor de Bernardo. El Papa eligió la capital de Champaña, la ciudad de Troyes, como el sitio donde se reuniría un concilio para examinar las Peticiones de los Templarios. La primera donación de tierras otorgada a los Templarios estuvo en Troyes y fue allí donde establecieron su primer preceptorado en Europa.

De hecho, Bernardo comunicó al Papa la petición de Balduino y la respaldó con toda la aprobación y animación de que fue capaz. Cuando Hugh de Payens y otros cinco Templarios llegaron a Roma, el pontífice les dio la bienvenida. El Papa convocó un concilio que se realizaría al año siguiente en Troyes, Champaña y ordenó a los Templarios que estuvieran presentes. Bernardo no pudo asistir, pero escribió mencionando su emoción respecto de las expectativas para la nueva orden. Dio sus razones para pedir al concilio que concediera reconocimiento oficial a ésta y pidió el establecimiento de una Regla, para lo cual ofrecía su ayuda personal. La fama de Bernardo se apoyaba en su gran éxito como reformador y propagador de la vida monástica y su posición estaba tan bien establecida que cualquier proyecto que él aprobara difícilmente podían rechazarlo la Iglesia o los laicos. Bernardo ayudó a elaborar una Regla Templaria con base en su propia orden cisterciense, la cual a su vez se había basado en la Regla de San Benito, que databa de mucho tiempo atrás.

Para comprender la naturaleza de la orden Templaria es importante considerarla una orden monástica y no una orden de caballería. Los Templarios fueron religiosos en una época en que, por lo general, se consideraba que los monjes eran mejores que los curas seculares y que estaban más cerca de Dios. El mismo San Bernardo decía: “La gente no puede considerar superiores a los curas, porque la gente es mejor que los curas”. Hoy la Iglesia católica romana tiene filas bien organizadas que van desde la Santa Sede, pasan por los obispos y llegan hasta el clero secular y es posible que las órdenes monásticas contemporáneas parezcan un tanto menos que absolutamente innecesarias para la estructura, excepto cuando se dedican a determinadas tareas especializadas, como la enseñanza o la atención de enfermos. Así, nos resulta difícil comprender el papel tan importante que desempeñaban las órdenes monásticas dentro de la Iglesia en ese tiempo. Incluso aportaron algunos Papas, especialmente en los siglos XI y XII.

La vida monástica había comenzado en los primeros tiempos de la cristiandad como un esfuerzo individual. El hombre frustrado por el espíritu mundano de su entorno, consumido por el deseo de vivir el tipo de vida que, según él, Dios esperaba de él, simplemente se alejaba del mundo por su cuenta. Fue la época de los ermitaños ascetas, un movimiento que en apariencia primero cobró auge en Egipto. La preocupación principal era combatir los deseos de la carne y los impulsos hacia lo material. Mediante la biografía escrita por el obispo Atanasio conocemos todo lo que se sabe sobre un monje llamado Antonio que decidió llevar una vida de ermitaño religioso a finales del siglo III. Aunque vivió en el ardiente desierto egipcio, Antonio usó una camisa de crin casi toda su vida, bajo ropa de piel. Nunca se bañó y ayunó hasta estar a punto de morir. Sus mayores tentaciones no provinieron de su abstención de las comodidades humanas sino del deseo sexual. Antonio relató que el demonio se le presentaba de noche en la forma de mujeres sensuales que lo atormentaban hasta hacerlo gritar a voz en cuello. El ermitaño buscó formas más dolorosas de torturar su cuerpo para purgarlo de sus pensamientos pecaminosos. Ese esfuerzo desorbitado para agradar a Dios hizo de Antonio casi un santo durante su vida y montones de peregrinos acudían a él en busca de su consejo. El ermitaño más famoso de todos, por supuesto, fue el asceta sirio Simón el Estilita, quien construyó una columna de sesenta pies de altura y vivió en lo alto de la misma durante treinta años hasta que murió. Lo alimentaron sus seguidores y los peregrinos, quiénes, se supone, también lo ayudaron para que tuviera un sistema sanitario rudimentario.

Aunque la Iglesia no limitaba a estos extremistas, tampoco los alentaba. Por el contrario, la influencia de ésta recaía en la vida comunitaria, en la cual se preservaba la existencia solitaria parecida a la de los ermitaños, haciendo que los monjes ocuparan celdas privadas donde realizaban sus devociones, meditación y descanso. Sin embargo, realizaban también algunas actividades comunitarias, como la celebración de la misa, la lectura de los oficios, la oración en grupo, la comida y el trabajo. Los ciudadanos que admiraban a los monjes e incluso los envidiaban pero que no podían llegar a ese nivel de sacrificio personal, podían compartir su santidad si fundaban y sostenían un monasterio o si donaban tierras y otros bienes a las comunidades existentes. Casi todas las primeras congregaciones eran entidades independientes por completo, formadas por un abad y doce monjes, que emulaban a los doce discípulos de las escrituras.

Tal vez el hombre más influyente en esa primera época monástica fue Benedicto de Nicosia. Incapaz de tolerar el vicio y la corrupción de la vida romana, Benedicto escapó a las colinas cercanas para iniciar una vida de abyecta pobreza y feroz autoflagelación. Su fama se difundió poco a poco y algunos jóvenes acudieron a él tanto como peregrinos como voluntarios para compartir su fe y su manera de vivir. Benedicto comenzó a organizar comunidades para esos discípulos, lo cual culminó con la fundación del monasterio de Monte Cassino hacia 530 D.C. El bombardeo que sufrió durante la Segunda Guerra Mundial y su restauración posterior están muy bien documentados y el convento sigue estando en lo alto de una colina al sur de Roma.

Más importante que el monasterio mismo fue la Regla que Benedicto creó para los monjes que lo siguieron. La Regla de San Benito se volvió el modelo básico para varias órdenes monásticas que aparecieron después, por ejemplo la de los cistercienses, cuya Regla a su vez fue la base para la de los Caballeros Templarios. El tema central de la Regla de San Benito eran los tres votos de pobreza, castidad y obediencia exigidos con rigor. Para las primeras infracciones la Regla imponía una reprimenda verbal y reclusión en aislamiento, apoyada en gran medida por la oración. Si esto no hacía que el monje abandonara su conducta voluntariosa, su abad estaba autorizado a emplear el látigo. Si no podían sacársele a latigazos sus tendencias, el monje podía ser expulsado de la orden. Aunque los monjes trabajaban para ser lo más autosuficientes posibles, su obligación primera era servir a Dios mediante las devociones y la caridad. Como vivían según una Regla (***regula***, en latín), se les conoció como clero “regular”. Los curas, que tenían la libertad de andar entre la sociedad (***saeculum***, en latín), se conocieron como clero “secular”. A medida que la Iglesia se volvía cada vez más mundana e interesada en los aspectos materiales, el clero “regular” monástico le pareció más santo a la población en general, lo que contribuyó a la influencia y posición de confianza de los monjes. El cordón trenzado que usan en la actualidad los monjes y los frailes parece una simple prenda de su hábito, pero en los primeros tiempos de las órdenes monásticas todo el mundo sabía que la soga áspera que ceñía la cintura del monje era para la autoflagelación, para expulsar los pensamientos y los instintos pecaminosos.

Claro que lo mundano se introdujo también en los monasterios a medida que las donaciones de tierra y de oro les permitieron tener arrendatarios y siervos en sus propiedades y por último el mismo sistema monástico exigió una reforma. La respuesta más espectacular a esa exigencia fue la de Bernardo de Clairvaux. En 1112, a los veintiún años, Bernardo ingresó en la orden cisterciense de creación reciente. Pronto llegó a ser abad de Clairvaux y fundó no menos de sesenta y cinco abadías. Fue un orador brillante, un escritor persuasivo y se dijo que había llevado una vida intachable, apegada a la estricta regla cisterciense.

Bernardo sólo tenía veintiocho años, cuando el Concilio de Troyes le pidió ayuda para crear una Regla para los Templarios. Hizo más que eso, se volvió su paladín más destacado al propugnar por que se les apoyara con donaciones de tierras y dinero y al exhortar a los hombres de buena familia a dejar atrás su vida pecadora y tomar la espada y la cruz como Caballeros Templarios. Bernardo también logró establecer una forma de reclutamiento que posiblemente haya llenado a los Templarios de librepensadores a lo largo de

toda su existencia. Servir en la orden, lo cual significaba la fidelidad a estrictos votos monásticos aunado a la amenaza constante de mutilación o muerte en el sagrado campo de batalla, constituía suficiente penitencia para compensar por cualquier pecado. Se aceptaron asesinos, ladrones, fornicadores e incluso herejes, con tal que renunciaran a su anterior conducta y abrazaran los votos sagrados de la orden. Durante los años de la Cruzada contra los albigenses en el sur de Francia, se aceptaron en la orden varios herejes cátaros arrepentidos, según ellos mismos confesaban. Es imposible evaluar la influencia que esos hombres tuvieron en los enclaves secretos de la orden, aunque sería tonto pensar que no ejercieron ninguna.

Bernardo exhortó a los jóvenes de origen noble a unirse a los Templarios y pidió a los cristianos que apoyaran a la orden con donaciones generosas. El rey de Francia donó tierras al igual que varios de sus nobles. Al continuar su viaje hacia Normandía, Hugh de Payens se reunió con el Rey Esteban de Inglaterra, Por ser hijo de Esteban de Blois, héroe de la Primera Cruzada, en poco tiempo el Rey inglés le concedió su apoyo. Entregó a los Templarios dádivas sustanciales en dinero y dispuso que realizaran su reclutamiento en Inglaterra y Escocia. En ambos países no sólo recibieron donaciones en oro y plata sino que también se les concedieron feudos productivos, los cuales les proporcionarían un flujo continuo de ingresos. Matilda, esposa de Esteban, contribuyó con el valioso feudo de Cressing, en Essex (la misma casa solariega de Cressing Temple que se transfirió a los Hospitalarios y que luego destruyeron los rebeldes ingleses durante la Revuelta Campesina).

Hugh de Payens salió de Jerusalén como miembro de un grupo integrado por sólo nueve caballeros congregados en una orden oscura y sin reconocimiento oficial. Dos años después regresó como Gran Maestre de una orden responsable sólo responsable ante el Papa y poseedora de oro, plata y tierras, con trescientos caballeros que habían jurado resistir hasta la muerte si así les ordenaba su Maestre.

Todo el tiempo se desarrollaba el cumplimiento de su Regla. No podía ser simplemente como cualquier otra, porque la vida de los Templarios requería de viajes, entrenamiento militar y participación en combates, actividades poco conocidas para las otras comunidades monásticas. Primero se hacían los tres votos básicos de castidad, pobreza y obediencia. El primero tomaba en cuenta a ambos sexos. Ningún Templario debía besar o tocar a ninguna mujer, ni siquiera a su madre o a su hermana. Incluso se les disuadía de conversar con ellas y a menudo se les prohibía. Los Templarios usaban calzoncillos de piel de oveja que no debían quitarse nunca. La Regla ordenaba que no se bañaran nunca, por lo que la prohibición de quitarse los calzoncillos se consideraba un apoyo a la prohibición de toda actividad sexual. Ninguno debía permitir que nadie, sobre todo otro Templario, viera su cuerpo desnudo. En sus dormitorios se mantenían lámparas encendidas toda la noche para impedir la oscuridad que pudiera permitir o alentar las prácticas homosexuales, una preocupación constante en las sociedades integradas sólo por hombres incluyendo los monasterios.

En cumplimiento de su voto de pobreza, Hugh de Payens cedió todas sus propiedades a la Orden y al poco tiempo lo imitaron los otros Templarios fundadores. Cuando un nuevo recluta carecía de propiedades que pudiera donar, se esperaba que acudiera con una dote en dinero. Una vez aceptado se le prohibía conservar dinero u otros valores, ni siquiera podía tener libros entre

sus pertenencias personales. Si se obtenía botín todo era para la Orden. Esta Regla era tan importante que si al momento de su muerte se sabía que un Templario tenía dinero o propiedades, se le declaraba fuera de la Orden y se le negaba cristiana sepultura.
A todos se les exigía obediencia inmediata a sus superiores y como la Orden sólo era responsable ante el Papa, creó su propio sistema de castigos, incluso la pena de muerte, para la desobediencia. Por ejemplo, en la iglesia Templaria de Londres se construyó una celda penitenciaria de piedra de sólo un metro cuarenta centímetros de largo y en ella se confinó al Hermano Mariscal (comandante militar) de Irlanda por desobedecer las órdenes del Maestre. Sin que pudiera estar de pie ni estirarse, se le mantuvo allí hasta que murió de hambre. De ninguna manera estarían los Templarios obligados a cumplir las leyes de los países en los cuales residieran de vez en cuando. Sólo su propia Regla gobernaba su conducta y sólo sus propios superiores podían castigarlos.
No se les permitía tener privacía y si uno de ellos recibía una carta, ésta tenía que leerse en voz alta en presencia de un Maestre o un capellán.
En el campo de batalla se les prohibía retirarse a menos que los superaran tres veces en número e incluso entonces no tenían derecho a hacerlo salvo que se les ordenara. Si las condiciones de batalla les otorgaban el derecho de retirada estipulado por la Regla pero su comandante les decía que permanecieran allí y lucharan hasta que hubiera muerto el último Templario, debían obedecer. Los que ingresaban a la orden tenían ante sí la expectativa total de morir en combate y así le ocurría a la mayoría. Había escasa posibilidad de rendición individual en el campo de batalla, porque tenían prohibido utilizar los fondos de la Orden para pagar el rescate de cualquier Templario a quien hubieran tomado prisionero. En consecuencia, era frecuente que el enemigo ejecutara sumariamente a los Templarios capturados en combate.
La Orden se dividía en tres categorías. La primera era la de los hermanos titulares (los “caballeros”) quienes debían ser nobles y de cuna noble. Su vestimenta característica era la túnica blanca a la cual se le añadió luego una cruz roja de ocho puntas. La túnica significaba la nueva vida de pureza que cada caballero asumía. La segunda, integrada por los sargentos, se reclutaba entre los burgueses libres. Éstos actuaban como soldados, guardias, mozos de cuadra, senescales y otros por el estilo. Usaban la cruz roja de los Templarios sobre una túnica negra o marrón oscura. En tercer lugar estaban los clérigos, curas que actuaban como capellanes de la Orden y dado que eran los únicos de los tres grupos que sabían leer y escribir, a menudo actuaban como escribanos y cronistas y realizaban otras tareas de carácter no militar. También los clérigos usaban la cruz Templaria pero sobre una túnica verde y todo el tiempo llevaban guantes con el fin de mantener limpias las manos “cuando tocaban a Dios” al oficiar misa. Según la costumbre de la época, los clérigos se afeitaban la barba, en tanto que a los caballeros se les exigía llevar el pelo corto y dejarse crecer las barbas.
Como muestra externa de sus votos de pobreza, se les limitaba el adorno de la indumentaria o los pertrechos de los caballeros. Lo único permitido era la piel de oveja y de acuerdo con eso, el cinturón que debían llevar todo el tiempo como símbolo de castidad también lo era.
La Regla Templaria señalaba, además, que sólo debían hacerse dos comidas al día, aunque permitía la carne –alimento prohibido en otras órdenes monásticas- debido al carácter agotador de las tareas que los Templarios

debían desempeñar. No se les permitía conversar durante las comidas. Se les exigía participar en todas las devociones religiosas todos los días, al igual que en cualquier orden.
Su bandera era vertical, dividida en dos barras o bloques, una de color negro que simbolizaba el oscuro mundo del pecado que los Templarios habían dejado atrás y la otra de color blanco que reflejaba la vida de pureza de la Orden. Esta bandera se llamaba ***Beau Séant***, que también era su grito de guerra. En la actualidad, la palabra "*beau*" significa en general "bello", pero su significado es más amplio: en el francés medieval significaba una condición destacada para la cual los traductores han ofrecido términos como "noble", "glorioso" e incluso "magnífico". Como grito de guerra, *Beau Séant* era una exhortación a: "Sed nobles!", "Sed gloriosos!".
Las iniciaciones Templarias y sus reuniones de capítulo se realizaban en absoluto secreto. Cualquiera que revelara algún procedimiento, incluso a otro Templario de menor categoría, era castigado inclusive con la expulsión de la Orden. Para preservar su carácter secreto, las reuniones eran protegidas por caballeros que permanecían fuera, del otro lado de la puerta, con las espadas desenvainadas. Aunque no hay documentos sobre esto, corre la leyenda de que varias veces los espías o los curiosos encontraron la muerte en el momento en que los atraparon.
El contenido total de la Regla –que podía alterarse, añadirse o incluso ignorarse de vez en cuando según decidiera el Gran Maestre- era muy confidencial. Al iniciado se le decía apenas lo necesario de las Regla para que pidiera asumir su sitio en el nivel inferior de la Orden. A medida que ascendía en la jerarquía se le revelaban y explicaban otras secciones de la Regla. El conocimiento del contenido de toda la Regla estaba restringido a los niveles superiores de las Orden. A los demás se les daba a cuentagotas, según "necesitaran saber". Una de las faltas más graves era que un caballero de cualquier categoría revelara una parte de la Regla.
La reunión de los Caballeros Templarios en una de sus iglesias, muy bien podría recordar la leyenda del Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda, ya que la mayoría de las iglesias Templarias eran circulares, para semejar la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén. La iglesia circular del Temple de Londres, por ejemplo, tiene una banca de piedra a lo largo de todo el perímetro, de tal manera que los caballeros sentados pudieran ver hacia el centro. No hay ningún "trono" o decoración especial que indique que algún asiento es más importante que cualquiera de los demás.
Según Mateo de París, al final de su existencia los Templarios tenían más de nueve mil feudos en toda Europa, aparte de molinos y mercados. Además de estas propiedades que producían rentas, los Templarios tenían otras fuentes de ingresos. El botín que conseguía o en el que participaba algún hermano era para la Orden. Durante sus doscientos años de existencia, más de veinte mil iniciados aportaron tierras o dotes en dinero. A medida que adquirían o finalmente construían sus propios barcos para transportar hombres y suministros hacia Oriente, al igual que barcos de combate para proteger a los otros, los Templarios obtuvieron ingresos por el transporte de materiales, cruzados y peregrinos a Tierra santa. A menudo recibían donaciones conmemorativas o legados testamentarios. La Iglesia de Roma hacía contribuciones regulares e instaba a otros a hacer lo mismo. Una parte de la penitencia del rey inglés Enrique II por su participación, directa o indirecta, en el

asesinato de Tomás de Becket, arzobispo de Canterbury, fue su bien conocida flagelación en público. No tan bien conocido es que la otra parte de la penitencia exigió que Enrique hiciera un pago considerable en dinero a los Caballeros Templarios para que lo utilizaran en la siguiente cruzada. La consecuencia de todo esto fue un excedente de fondos y, como lo pusieron a trabajar, los Templarios ingresaron en un negocio relativamente nuevo, el negocio del dinero.

Se ha hablado mucho de las actividades financieras de los Templarios con el término de “banca”, lo cual no resulta muy apropiado. La revista *Fortune* utiliza un término para ello que resulta más justo: ”servicios financieros diversificados”. Para los Templarios, el más sencillo de éstos era la custodia de valores. Dado que tenían que vigilar de continuo su propio tesoro, no les costaba ningún esfuerzo adicional ni requerían de más hombres para brindar a otros ese mismo servicio. Se suponía que sus locales eran tan seguros que incluso los gobiernos los aprovecharon. En una ocasión Inglaterra guardó parte de las joyas de la corona con los Templarios. Hay documentos que informan de robos en las encomiendas Templarias pero seguían siendo un recurso preferido en una época en que la única protección para los valores era una fuerza armada o un escondite seguro. Cuando un hombre viajaba, podía llevar consigo su tesoro y arriesgarse a perderlo a manos de bandidos o de un señor feudal rival o dejarlo en su casa donde corría el riesgo de que se lo robaran los parientes o servidores o alguien que atacara la casa en su ausencia. Ahora bien, una opción conveniente era el servicio que ofrecían unos monjes militares que se habían ganado la reputación de custodiar el tesoro de otros con el mismo cuidado con que protegían el suyo.

Otro importante servicio Templario era fungir como recaudadores. Aceptaban contratos para la recaudación de impuestos y a veces actuaban como agentes para negociar el rescate y devolución de prisioneros importantes, a tal grado que participaban en los arreglos para financiar los pagos de rescate. Brindaban dichos servicios a las dos partes cuando ambas eran cristianas.

Los Templarios mantenían fideicomisos, recaudaban rentas o administraban propiedades que producían rentas. Otorgaban pagos a los herederos con base en convenios específicos y garantizaban la administración adecuada de los ingresos para los beneficiarios. Se cobraba un cargo por ese servicio.

Como prestamistas hipotecarios los Templarios prestaban dinero sobre propiedades rentables y a menudo evitaban la acusación de usura tomando las rentas de la propiedad hasta que se rescataba la hipoteca. En tal caso actuaban también como administradores, lo cual podían hacer recurriendo al personal que empleaban para administrar sus propiedades. Tal vez su servicio financiero más famoso fue la utilización de documentos como moneda. Esos documentos se aceptaban en cualquier encomienda Templaria y por ello podían considerarse los primeros antecedentes de los cheques u órdenes de pago a la vista. Era un servicio importante. Si un noble de Provenza quería enviar fondos a su hijo y sirvientes que se hallaban lejos en una cruzada, tenía que encontrar un mensajero confiable, contratar guardias que lo acompañaran y luego cubrir los gastos de un viaje de más de mil quinientos kilómetros con el peligro de los bandidos en tierra firme y los piratas o los desastres por mar. Era mucho más fácil y menos caro entregar el dinero al Maestre Templario de la región y hacer que los fondos se entregaran en Jerusalén, por ejemplo, sin que

hubiera el menor peligro de pérdida. Con gusto se pagaba un cargo por "gastos".
Es imposible decir cuál de esos sistemas financieros haya sido inventado realmente, si es que inventaron alguno, por los Templarios. Las familias italianas de banqueros estaban comenzando a ofrecer servicios similares y desde tiempo atrás los venecianos habían perfeccionado las técnicas de transferencia monetaria internacional y algunos aspectos de riesgo compartido y banca mercantil, aunque sólo fuera entre sus conciudadanos. Los judíos de Europa, que tenían prohibido por ley en la mayor parte de los países ser propietarios de tierras agrícolas u otros medios de producción, se habían visto obligados a dedicarse al comercio y otras transacciones financieras relacionadas con éste, aunque –de nuevo- sobre todo entre ellos mismos. De hecho prestaban dinero a los gobernantes, aunque en general como actividad comunal no como "banca". Los servicios financieros de los Templarios se llevaban a cabo a mayor escala y tenían un carácter más público, lo cual es posible que haya dado como resultado un reconocimiento muy entusiasta por parte de los historiadores, de la inventiva financiera de los Templarios.
Algo que los monjes militares han de haber tenido que inventar, sin embargo, fue su propia forma de identificación para llevar a término las transacciones financieras. Hoy tenemos cédulas de identificación con fotografías, el registro del Seguro Social, las licencias de conducir, los números de las cuentas bancarias, los hologramas, las tintas invisibles fluorescentes, las huellas digitales y toda la industria dedicada a la seguridad y la identificación. Y aún con toda esta tecnología disponible, el dinero y los valores siguen pasando en ocasiones a la gente equivocada y se siguen haciendo efectivos los cheques robados. Sólo podemos especular respecto de los problemas de un hombre en Jerusalén a quien se le pedía que entregara una gran suma de dinero a un desconocido que había entrado por la puerta nada más con un trozo de papel redactado tres meses antes en París. No había télex, teléfono, radiofonía, ni ninguna manera de determinar que el documento no era falsificado o que el hombre que lo portaba era de veras aquel cuyo nombre aparecía en el documento.
A los novelistas les encanta la moneda o el talismán partido que años después se utilizarán para demostrar que el niño expósito es realmente el príncipe perdido hace años. Por desgracia, el uso de las "piezas que encastran" como medio de identificación requiere que una de las mitades se envíe de antemano a la otra parte, una solución no muy práctica más que nada si esa orden de pago debe ser válida en cualquier encomienda Templaria. Lo absolutamente necesario fueron algunas técnicas de identificación estandarizadas. Un método consistió en exigir dos o más "testigos", personas que pudieran reconocer la identidad. A veces se llegaba más lejos, hasta el grado de exigir un compromiso. La persona que reconocía la identidad firmaba un papel donde en efecto decía: "Si debido a mi testimonio se entrega el dinero a la persona equivocada me comprometo a pagarlo". Otro método consistía en poner una o más preguntas personales que, se tenía la esperanza, sólo podría responder la persona autorizada para recibir el dinero. *Pregunta*: Cuando niño te caíste de un árbol y te lastimaste, qué edad tenías entonces? *Respuesta*: Nueve años. *Pregunta*: Qué árbol era? *Respuesta*: Un roble. *Pregunta*: Quién te levantó y te llevó a la casa? *Respuesta*: Mi tío Tomás. Este antiguo sistema sigue usándose según descubrí hace poco al enviar dinero por cable de Estados Unidos a un

amigo en Inglaterra. Se me pidió que elaborara una pregunta que sólo el indicado podría responder bien. La pregunta fue: “Cuál era el apellido de soltera de tu madre?” Una vez que reveló la palabra secreta, Jameson, se le entregó el dinero.

Las cartas también requerían de verificación, ya que en su mayor parte las hacían los escribanos o copistas. Las cartas falsas podían incluir instrucciones peligrosamente tergiversadas respecto de desplazamientos militares o movimientos de barcos. Sin embargo, podían utilizarse códigos incorporados para garantizar la autenticidad. En un código de letra oculta, la segunda letra de la tercera palabra de cada oración bien podría integrar un mensaje. Este tipo de códigos se usaba para ocultar información en el texto de una correspondencia en apariencia inocua. El mensaje oculto podía ser cualquier cosa, desde “Enviar dos barcos a Messina” hasta “Maten al portador de esta carta”.

Se sabía que los Templarios mantenían agentes de espionaje en las principales ciudades del cercano Oriente y de las costas del Mediterráneo y es obvio que debieron haber empleado medios de comunicación encubiertos. Los manejos financieros internacionales exigían un secreto total, las operaciones navales exigían mantener oculta la información sobre barcos respecto de las fuerzas musulmanas o piratas y con toda seguridad la administración militar en dos continentes así lo exigía. Un hecho cierto es que los Templarios se ganaron la reputación (y no buena) de dedicarse a lo secreto incluso en las reuniones y concilios de la Orden.

Si se reúne todo eso, la red de espionaje integrada por códigos, señales, técnicas de identificación y reuniones subrepticias asociadas con las continuas operaciones militares y financieras, junto con la intensa dedicación al secreto en las iniciaciones y reuniones, se tiene una base ideal a partir de la cual construir una sociedad secreta. Tal vez ninguna otra organización en la Europa del siglo XIV tuvo la necesidad y el gusto por las actividades encubiertas que caracterizaron a los Caballeros del Temple. Es seguro que si los Templarios residentes en Gran Bretaña hubieran sentido la necesidad de construir a toda prisa una organización clandestina después de enterarse del arresto de sus hermanos franceses el 13 de octubre y antes de su propio arresto tres meses después, el 10 de enero, hubieran contado con los antecedentes perfectos para hacerlo.

A pesar de toda esta actividad administrativa, no hay que imaginarse que estos guerreros armados, en su mayoría analfabetos, se pasaban sus horas libres decodificando mensajes o en un despacho anotando datos en un libro mayor y cotejando el inventario o en el granero supervisando los esquileos anuales. Aunque no se llamaban a sí mismos (ni unos a otros) “caballeros” ni empleaban el “Sir” honorífico y observaban más bien su condición eclesiástica con el simple título de “hermano” (frater o frere), se exigía de los templarios que tuvieran la condición y el linaje de caballeros. Eran guerreros, no escribanos. En la Orden del Temple constituían la clase de los oficiales y tenían como entrenamiento y ocupación principales la participación directa en el campo de batalla. El ejército de administradores, tropas nativas y empleados que había tras ellos los superaba en una proporción de cincuenta a uno. La Orden no podía estar del todo integrada por “caballeros”, al igual que una fuerza aérea moderna no puede estar integrada sólo por pilotos. Los sargentos podían ser soldados de a pie o de a caballo en las batallas, servidores personales de los

caballeros o mayordomos de uno o más feudos agrícolas. Los clérigos Templarios constituían el grupo letrado y es más probable que a ellos se les asignaran las tareas de carácter administrativo o contable, incluyendo la elaboración de cartas en clave. Otros administradores, supervisores y escribas eran sólo empleados y en los últimos años hubo varios que hablaban árabe. Como Tierra Santa se llegó a poblar con una mezcla de sangre europea y local a lo largo de las generaciones, se reclutaban jóvenes nativos del lugar a quienes los Templarios entrenaban para que fueran “Turcopoles”, miembros de una unidad de caballería ligera en Tierra Santa comandada por un oficial Templario llamado el hermano Turcopoler (frere Turcopolier).

El Gran Maestre, que también era un abad, era el gobernante autócrata de la Orden, aunque recibía indicaciones y consejos de sus principales oficiales. Los maestres de las preceptorías o encomiendas ejercían un mando igualmente autocrátrico, a menos que estuviera presente el Gran Maestre. La sede de la Orden y residencia del Gran Maestre estaban en el Templo de Jerusalén. El Gran Maestre además de administrador era la autoridad militar en el frente de batalla, lo cual se evidencia por el hecho de que de veintiún grandes maestros, diez murieron o en la batalla o por las heridas sufridas en combate.

A medida que la Orden maduraba, creciendo en riqueza y en número de integrantes, desapareció la cogulla de humildad. Aunque constituían una cofradía monástica, fue inevitable que los Templarios participaran en cuestiones políticas sobre todo en el reino de Jerusalén. El papel que desempeñaron en las maquinaciones políticas hizo inevitable que surgiera una intensa rivalidad con la Orden del Hospital de San Juan en ese lugar. La rivalidad en ocasiones llegó a caldearse tanto que llegó a haber combates callejeros entre Templarios y Hospitalarios.

El antecedente que permite comprender de qué manera los Templarios, de ser monjes píos y humildes, dedicados al servicio de los peregrinos, llegaron a ser un altivo centro de poder y se afirmaron como señores seculares y capaces de poner y quitar reyes, es el examen de las actividades de la Orden del Temple en los últimos años, antes de la pérdida de Tierra Santa y de la brutal supresión de la Orden.

CAPÍTULO 6
EL ULTIMO GRAN MAESTRE

Tedaldo Visconti, arzobispo de Lieja, se hallaba en Tierra Santa en 1271 cuando le llegó la noticia de que había sido electo Papa. Corno Gregorio X tuvo por fin influencia para impulsar una nueva Cruzada que, en su opinión, se necesitaba desesperadamente. Jerusalén había caído años atrás y los territorios cristianos ocupaban ahora apenas una estrecha franja en puertos fortificados que se extendían como una especie de rosario a lo largo de la costa de la que ahora es Líbano e Israel: cada ciudad era el centro de un feudo independiente.

Los cristianos ricos, que vivían (e incluso vestían) como potentados orientales, querían preservar su riqueza y sus ingresos, que ahora dependían del comercio con sus vecinos musulmanes y de las habilidades comerciales, las flotas y el financiamiento de las ciudades archirrivales de Génova y Venecia. No compartían el entusiasmo del Papa por una nueva Cruzada para recapturar los santos lugares de la cristiandad con una guerra que podría acabar con sus fortunas.

Según lo acostumbrado para poner en marcha una Cruzada, Gregorio X convocó al Concilio de Lyon, que se inició en mayo de 1274. Los únicos príncipes gobernantes que podían enviar un nuevo ejército de cruzados declinaron la invitación. El anciano rey Jaime I de Aragón fue el único monarca que se presentó, pero al ver que no había beneficio personal, pronto regresó a su reino. A María de Antioquía se le permitió dirigir la palabra al Concilio para quejarse ante los participantes de que, aunque ella era una generación más cercana en la línea de sucesión, su primo, el rey Hugo de Chipre, había usurpado el trono de Jerusalén. Más espectacular resultó la presencia de delegados de Miguel de Bizancio para reiterar la promesa del emperador de que, después de ochocientos años de disputa, haría que la Iglesia Ortodoxa Oriental reconociera la supremacía de la Iglesia Romana. La teología no tenía nada que ver con la concesión; el emperador esperaba que su reconocimiento del dominio absoluto de Roma lograría que la Santa Sede disuadiera al aliado más cercano del papa, Carlos de Anjou, de su intención manifiesta de conquistar Bizancio. Los bizantinos no estaban solos en sus temores, ya que el Concilio se hallaba bajo la sombra de ese hombre.

Carlos, hermano de Luis IX de Francia y tío del rey, era conde de Anjou y de Provenza. La Santa Sede, con el fin de sacar a la casa antipapal de Hohenstaufen de sus posesiones italianas, había actuado con rapidez a la muerte del dirigente de esa casa, el emperador alemán Federico II. La Iglesia hizo un trato con Carlos de Anjou, le prestó dinero para que organizara una campaña militar contra el heredero de Federico. Carlos salió victorioso y el Papa lo declaró rey de Sicilia y de Nápoles. Se convirtió en el hombre fuerte del Mediterráneo, con respaldo papal para todo lo que hiciera. También tuvo el apoyo constante de su primo Guillermo de Beaujeu, quien acababa de ser electo gran Maestre de los Caballeros Templarios.

En cuanto a la petición de María de Antioquía, el papa Gregorio X la alentó a que vendiera su derecho al trono de Jerusalén a Carlos, y ayudó

a negociar eso. Carlos aceptó pagar a María diez mil libras de oro, con la promesa de entregarle a ella cuatro mil libras anuales de por vida, por el derecho de afirmarse como rey de Jerusalén. Su primo el Gran Maestre, que asistía al Concilio, le garantizó el apoyo Templario para el derecho real que acababa de adquirir.

Respecto de la nueva Cruzada, no habría tal. Los obispos informaron al Concilio que no pudieron encontrar ningún fervor propicio a la Cruzada en sus territorios de origen. Los caballeros y los barones ya no creían **en** los beneficios espirituales que prometía la Iglesia. Sabían que el concepto de Cruzada había surgido de la reverencia por la Tierra Santa de Jesucristo, pero ahora consideraban que las recompensas espirituales de las cruzadas se habían denigrado, trocadas por los Papas a cambio de obtener respaldo militar en Prusia, en Lituania y contra los albigenses en Francia. Consideraban que la idea de Cruzada había degenerado en un medio de obtener respaldo militar para los requerimientos de la Iglesia a un costo muy alto que se traducía como pesada carga Impositiva que recaía en el pueblo y sabían que gran parte de ese dinero, producto de los impuestos, no se había gastado jamás para el propósito por el cual se había recaudado; una cantidad excesiva se destinaba a mantener el lujoso tren de vida de la alta jerarquía eclesiástica. De igual modo, el pueblo se encontraba desilusionado. Cada vez más se consideraba que si Dios guiaba las armas de cada combatiente en el juicio por combate, podía hacer lo mismo con los ejércitos completos. Ya perdidos Jerusalén, Nazaret y la mayor parte de Tierra Santa, se creía que quizá así era como Dios quería que fuera. No habría Cruzada.

Tal vez el único que sacó algún provecho del concilio de Lyon fue Carlos de Anjou. Sus planes no se vinieron abajo por la sumisión del emperador Miguel pues, cuando la gente de Bizancio supo que el monarca planeaba someter su iglesia a la autoridad de la iglesia Romana, el resultado fue casi una revuelta y Miguel tuvo que dar marcha atrás.

Cuando el obispo de Trípoli regresó con su delegación de Tierra Santa para informar que el Concilio no había logrado emprender una nueva Cruzada, se aceleraron las maniobras políticas. Los cruzados residentes, que no querían combatir contra los infieles, pelearon entre sí incesantemente. El rey Hugo de Chipre, ya dueño del trono **de** Jerusalén por encima del derecho superior que beneficiaba a su prima, María de Antioquía, trató de imponer su soberanía en Beirut. El esposo de la heredera de Beirut, un inglés llamado Hamo L´Estrange (Hamo el Extranjero) intuyó las Intenciones de Hugo, así que antes de morir firmó un convenio según el cual ponía a su esposa y las tierras de ésta bajo la protección del sultán egipcio, Baibars. Después de la muerte de Hamo, el rey Hugo raptó a la viuda con la intensión de obligarla a casarse con un hombre sometido al control del rey. Fiel a su convenio, Baibars, con apoyo local, obligó a Hugo a regresar a la mujer a Beirut y, para asegurarse de que no se harían Intentos similares, proporcionó una escolta permanente a la viuda. Un grupo armado de infieles protegía a una noble cristiana de los designios del rey de Chipre y Jerusalén.

La siguiente medida del rey Hugo fue tratar de obtener el control directo del condado de Trípoli. Al morir, en 1275, el príncipe Bohemundo VI de Antioquía, el título y Trípoli pasaron a su hijo de catorce años. Hugo declaró que actuaría como regente hasta que el muchacho alcanzara la mayoría de edad, pero a su llegada a Trípoli descubrió que la madre del muchacho se había

declarado regente y había puesto al muchacho bajo la custodia de su hermano, el rey León III de Armenia, lejos del alcance de Hugo. Éste no encontró respaldo local y se retiró de regreso a Chipre. La regente puso a Trípoli bajo la administración del obispo de Tortosa, el cual se valió de su posición para atacar a su enemigo personal, el obispo de Trípoli. Trató de destituirlo y exilió e incluso ejecutó a algunos de sus partidarios en el proceso. Por suerte, el obispo de Trípoli había hecho amistad con el gran Maestre Templarlo durante los meses que pasaron juntos en el Concilio de Lyon, por lo que contó con un protector armado. Dos años después, cuando Bohemundo VII alcanzó la mayoría de edad y regresó a Trípoli, se encontró con que tenía que vérselas con dos fue enemigos: el rey Hugo de Chipre y la Orden del Temple.

Hugo no tuvo mucho éxito en su pretensión de Rey de Jerusalén, pero tenía esperanzas de que ocurrieran cosas mejores al avanzar hacia el puerto de Acre, una ciudad amurallada, mayor que Londres, con una población de casi cuarenta mil habitantes. Localizada más o menos a mitad de camino entre Tiro y Haifa, era el principal puerto para el comercio con Damasco, la capital de Siria. Desde la pérdida de Jerusalén, Acre había llegado a ser también la sede principal de los Templarios, quienes se oponían a las pretensiones del rey Hugo y cuyo gran Maestre Beaujeu estaba por completo dedicado a apoyar las pretensiones de su muy ambicioso primo, Carlos de Anjou. Los Hospitalarios, que hablan perdido su gran ciudadela del interior del territorio, Krak des Chevaliers, estaban reducidos apenas a unos trescientos caballeros en Tierra Santa, muy por debajo de su nivel máximo de varios miles, y en consecuencia no constituían un factor político fuerte. Por su parte, los venecianos, con sus tropas, barcos y casas comerciales, eran un factor político muy fuerte y se pusieron del lado de los templarios en contra del rey Hugo. Sabedor de la alianza entre el Papa y Carlos de Anjou, el patriarca de Acre se mantuvo neutral, al igual que los Caballeros Teutónicos, una orden militar religiosa que habían organizado con anterioridad algunos cruzados alemanes.

Sin ningún respaldo fuerte en ninguna parte, Hugo se retiró a su reino en la isla de Chipre en 1276, aunque dejó como *bailli*, o delegado, en Acre a su leal vasallo, Balian de Ibelin. Al año siguiente Carlos de Anjou completó su convenio de adquisición del derecho al trono de Jerusalén de María de Antioquía, y tomó una medida. Envió un ejército a Acre con su propio *bailli*, Roger de San Severino. Notificados de antemano, los Templarios y los venecianos dispusieron las cosas para que Roger desembarcara y entrara en la ciudad. Ante los documentos firmados por María de Antioquía y por el Papa, respaldados por las tropas de Venecia y los Caballeros Templarios, Balian no tuvo más opción que hacerse a un lado, y Carlos de Anjou fue declarado rey de Jerusalén.

Ese mismo año, el joven príncipe Bohemundo VII; faltó a su palabra con su primo y vasallo Guy de Jebail. Se le había asegurado a Guy que su hermano John tendría la mano de una rica heredera, pero el obispo de Tortosa interfirió. Éste quería esa riqueza para su propia familia e hizo que Bohemundo desconociera el convenio con Guy de Jebail a favor del matrimonio de la heredera con el sobrino del propio obispo. En respuesta, Guy raptó a la joven heredera y la casó con John, su hermano. Como sabía que Bohemundo vendría tras él, Guy buscó refugio con los enemigos de aquél. Los Caballeros del Temple. Para castigarlos, Bohemundo destruyó los edificios Templarios de

Trípoli y en respuesta al Gran Maestre Beaujeu llevó a los Templarios de Acre en una incursión de venganza contra Trípoli y quemó el castillo de Bohemundo en Botrún. Después de dejar una pequeña fuerza Templaria como apoyo a Guy de Jebail, Beaujeu se retiró a su sede en Acre, pero tan pronto como el Gran Maestre regresó a su base Bohemundo se dirigió a Jebail. Guy y sus tropas junto con los Templarios que le habían dejado salieron a interceptar a Bohemundo y lo derrotaron.

En enero de 1282, Guy decidió intentar la captura de Trípoli. Junto con su hermano y un pequeño grupo de seguidores cercanos entró subrepticiamente en la ciudad y fue primero a la comandancia Templaria restablecida. Luego el grupo fue a esconderse en el cuartel de los Hospitalarios, pero alguien dio aviso de su presencia a Bohemundo. El príncipe los atrapó en una torre, pero los Hospitalarios negociaron con él en qué términos se respetarían las vidas de Guy, de sus hermanos y amigos si se rendían sin combatir. Una vez que tuvo al grupo en sus manos, Bohemundo rompió su promesa. Ordenó que les sacaran los ojos a todos los seguidores de Guy. En cuanto a Guy y sus hermanos, los enterraron dejando sólo sus cabezas fuera, para que vivieran una prolongada muerte pública por sed y hambre.

En 1279, el rey Hugo que seguía enardecido por el trato hecho entre su prima María y Carlos de Anjou, decidió hacer otro intento de afirmar su autoridad sobre Acre como verdadero rey de Jerusalén. Acompañado por sus vasallos armados, desembarcó en Acre y pidió a la nobleza local que se le uniera. Nadie lo hizo. La fuerza principal que actuaba contra Hugo eran los Caballeros Templarios cuyo Gran Maestre seguía dedicado a respaldar al rey Carlos y los aliados venecianos de éste dispuestos a dar apoyo político y militar. El contrato feudal entre el rey Hugo y sus vasallos chipriotas exigía que éstos no pasaran más de cuatro meses de servicio militar fuera de la isla y como el tiempo se agotó regresaron a Chipre. El rey Hugo consideró que no tenía otra opción aparte de irse con ellos, pero se vengó de los Templarios confiscando todas las propiedades de valor que éstos tenían en Chipre. Ni siquiera la intervención del Papa lo haría regresárselas.

Por entonces, las hordas mongoles dirigidas por descendientes de Gengis Kan habían penetrado en el Medio Oriente y ahora gobernaban Persia (Irán) y las tierras entre el Tigris y el Eufrates (Irak). Su principal enemigo era el sucesor de Baibars, el sultán mameluco Kala'un, quien ahora gobernaba Egipto, Siria y Palestina. En 1280, el kan mongol envió un embajador a Acre para que informara que iba a lanzar un ejército de cien mil hombres contra Siria la próxima primavera y pidiera una alianza que llevaría a los cristianos a hacer frente a su enemigo común. Éstos no respondieron, pero el sultán egipcio sí. Ansioso por limitar sus campañas militares sólo a un enemigo a la vez, el sultán Kala'un propuso un tratado de paz de diez años con los cristianos, el cual se acordó e incluía las firmas de los grandes maestres de los Hospitalarios y de los Caballeros Templarios. Como virrey de Carlos de Anjou, Roger de San Severino firmó por Acre en cumplimiento a las órdenes de aquél de mantener el favor y la alianza con los egipcios, quienes lo respaldarían cuando iniciara su campaña contra Bizancio.

A pesar de la indiferencia de los cruzados, el Kan se lanzó a campaña con sus jinetes mongoles en septiembre de 1281 y el sultán egipcio Kala'un, que había reunido sus ejércitos alrededor de Damasco, salió a hacerles frente. Hubo varios combates violentos, con decenas de miles de hombres muertos y

mutilados en el campo de batalla, pero no una victoria decisiva para ninguna de las partes. Luego, en una gran batalla, el hermano del Kan, Mangu Timur, fue herido de gravedad y ordenó la retirada de sus mongoles. Kala'un había sufrido demasiadas pérdidas en hombres y pertrechos como para emprender su persecución y los dejó ir. La guerra resultó un empate.

Antes de seis meses, ocurrió un acontecimiento que cambió el poder y la política en toda la cuenca del Mediterráneo, desde España hasta Tierra Santa. Algunos historiadores italianos han dicho que la sociedad criminal hoy conocida como la Mafia, tuvo su origen en una sociedad secreta formada por la nobleza de menor jerarquía y los dirigentes campesinos de Sicilia, para funcionar como resistencia clandestina contra sus conquistadores franceses. Si eso es lo correcto, la Mafia o sus predecesores tal vez hayan tenido un papel muy importante en la pérdida final de Tierra Santa. La noche del 30 de marzo de 1282, en una operación que de seguro requirió muchas semanas de la más secreta preparación, los sicilianos se levantaron y mataron a todos los odiados franceses que había en la isla, un impactante baño de sangre que la historia recuerda como las "Vísperas Sicilianas". Esa noche estremeció al imperio de Carlos de Anjou y al Papado que lo respaldaba.

El rey Carlos había estado reuniendo un ejército en el sur de Italia para su conquista de Constantinopla. Ahora tenía que usarlo para conquistar su reino siciliano completamente perdido. El rey Pedro III de Aragón tuvo la misma idea y comenzó a mandar tropas a Sicilia, de tal manera que cuando Carlos llegó se encontró con que tenía una guerra ante él. A continuación las fuerzas navales de Aragón vencieron a la flota de Carlos en el estrecho de Messina y unos cuantos meses después derrotaron de modo abrumador a la flota napolitana de Carlos en la Bahía de Nápoles. El Papado acudió a su ayuda con hombres y dinero y casi se agota el tesoro de la Iglesia pues el conflicto se expandió. Génova, ocupada en una guerra con la poderosa aliada de Carlos, la República de Venecia, apareció con renovado vigor. Felipe III de Francia apoyó a su tío Carlos con una invasión directa de Aragón. Pero Pedro III, excomulgado por el Papa, abatió sus tropas. Carlos de Anjou ya no era el hombre fuerte del Mediterráneo ni de ninguna otra parte para el caso.

En Oriente, el emperador Miguel podía descansar. No habría invasión de Constantinopla ni sería necesaria la sumisión de la Iglesia Ortodoxa Oriental a la supremacía de Roma. El sultán egipcio vio que su aliado cristiano perdía poder y prestigio y supo que Carlos no podría defender su derecho al trono de Jerusalén, mucho menos librar a los mamelucos de sus enemigos bizantinos. Tampoco había ahora ningún poder que protegiera las bases de los Cruzados en Tierra Santa ni ninguna posibilidad de una nueva Cruzada mientras casi todos los príncipes de Europa se atacaban entre sí.

Al rey Hugo de Chipre le complació en especial saber que Carlos necesitaba a su vasallo Roger de San Severino y le había ordenado regresar a Italia, con lo que dejó a Odo Poilechien, el confundido senescal de Roger, como *bailli* de Acre. En julio de 1283, Hugo se hizo a la mar desde Chipre, determinado esta vez a obtener el reconocimiento como rey de Jerusalén. Su flota navegó con rumbo a Tiro pero los vientos derivaron los barcos hacia Beirut. Hugo decidió ir hacia el sur, a Tiro, en barco, en tanto sus tropas harían el viaje por tierra. Durante la marcha, los musulmanes atacaron por sorpresa y hubo una gran matanza. Hugo tenía la convicción de que el ataque había sido instigado por los Caballeros Templarios. Sin embargo le dieron un buen recibimiento en Tiro

y luego aguardó en vano que le llegara la noticia de que sería bien recibido en Acre. Allí los Templarios al igual que la nobleza local y los comerciantes venecianos preferían el gobierno complaciente de Odo Poilechien, el cual por estar confundido respecto de su autoridad y la de su señor el Rey Carlos. Los estaba dejando hacer lo que quisieran sin que hubiera interferencia gubernamental. Una vez más se estaba agitando el contrato feudal de cuatro meses entre Hugo y sus vasallos. Al igual que antes, éstos regresaron a Chipre cuando concluyó el período, pero esta vez el rey decidió permanecer en el continente para defender su derecho. El 4 de marzo de 1284 murió y la corona de Chipre y la pretensión al trono de Jerusalén pasó a su frágil hijo Juan, un adolescente de diecisiete años, a quien no le quedaba más de un año de vida.

Mientras los cristianos maniobraban entre sí para obtener posiciones, el sultán Kala'un estaba preparando su campaña final. Comenzó por esquivar todos los puertos Cruzados para sitiar el gran castillo costero de Marqab, una base de los Hospitalarios situada a unos cuarenta kilómetros al norte de Trípoli. Llegó al lugar con un gran ejército de soldados, ingenieros y zapadores, el 17 de abril de 1285.

Como no pudieron derribar las murallas con las catapultas que arrojaban piedras, los ingenieros del sultán minaron una torre ubicada en el lado norte del castillo, la cual se vino abajo cuando se quemaron sus apuntalamientos de madera. Los Hospitalarios se rindieron y pactaron condiciones que permitieron que la guarnición saliera del castillo sin que les hicieran daño.

Cinco días antes de la caída de Marqab, el rey Juan murió y la corona de Chipre y la pretensión al trono de Jerusalén pasaron a su hermano Enrique, de catorce años.

Durante el sito de Marqab, murió también Carlos de Anjou, un acontecimiento mucho más importante para el joven rey Enrique que la pérdida del castillo de los Hospitalarios. El 4 de junio de 1286, Enrique desembarcó en Acre y nadie se le opuso, a excepción del *bailli* Odo Poilechien. Los grandes maestres de los Templarios, de los Hospitalarios y de los Caballeros Teutónicos se reunieron y entre ellos convencieron a Odo de que ahora que había muerto Carlos de Anjou y que su hijo Carlos II estaba completamente ocupado en la guerra siciliana, no tenía caso creer que alguien defendería ninguna pretensión angevina en Tierra Santa. Sin oposición, se declaró rey de Jerusalén al rey Enrique.

Todavía había una posibilidad de que de eras hubiera un reino en Jerusalén que Enrique pudiera gobernar y ésta radicaba en una alianza con los mongoles en contra del sultán egipcio. Los cristianos no la tenían que buscar sino simplemente aceptar. El Kan mongol Ahmed había asumido el trono persa en 1282 pero fue asesinado en una conspiración palaciega en 1284, por lo que su hijo Argun estaba en el trono. Durante el primer año de su reinado, Argun le escribió al Papa Honorio IV instándolo a realizar un esfuerzo conjunto de cristianos y mongoles en contra del sultán mameluco, carta que el Papa ni siquiera se molestó en contestare. En 1287, Argun envió a su embajador personal, un cristiano nestoriano de nombre Raban Sauma, pero cuando éste llegó a Roma, el Papa había muerto. Raban Sauma viajó por Europa en busca de una alianza. Se presentó con el Dogo de Génova, con Felipe IV en París y con Eduardo I de Inglaterra en Burdeos. Luego, en febrero de 1288, Raban Sauma supo que se había elegido un nuevo Papa, Nicolás IV y se dirigió a Roma a toda prisa. En todas partes proclamaba que en ese momento los

mamelucos estaban realizando preparativos para la destrucción final de las ciudades cristianas de Tierra Santa, pero no encontró a nadie a quien le importara, ni siquiera al Papa. El Papado, en liga con Francia y con el rey Carlos II, estaba participando en la guerra siciliana contra Aragón y Génova, ésta última también en guerra con Venecia. Felipe IV de Francia quería sacar del continente al rey Eduardo I de Inglaterra, en tanto que éste defendía sus posesiones francesas con una mano mientras se apoderaba de Escocia con la otra. Raban Sauma regresó a Persia en la primavera de 1288 para informar a Argun que ya no debía tener esperanzas de lograr la cooperación cristiana con los mongoles.

Argun lo intentó una vez más enviando cartas en 1289 a Felipe IV, a Eduardo I y al Papa. Proponía iniciar una campaña contra los mamelucos en enero de 1291 y les aseguraba que, a cambio del apoyo en hombres y materiales, los cristianos dispondrían de Jerusalén y Tierra Santa. Por desgracia para Argun, las ambiciones de Felipe y Eduardo se centraban en lugares más cercanos y ya no podía motivarse a las masas para que lucharan en el extranjero aludiendo a su celo religioso y prometiendo grandes beneficios espirituales que les concedería el vicario de Jesucristo en la tierra. Hasta el Papa tenía otros problemas: participaba en las guerras europeas. Los nobles cristianos de Tierra Santa estaban solos.

En cuanto a ellos, ya no soñaban con la propiedad cristiana de los caminos y pueblos por los que había pasado y enseñado Jesucristo. Habían aprendido lo que con el tiempo llegan a saber los ocupantes de esa tierra, desde los fenicios mucho antes de los cruzados, hasta los israelíes mucho después: la tierra era pobre en recursos naturales o materias primas para la producción, pero tenía ventajas para el comercio. Los descendientes de los cruzados originales se habían vuelto mercaderes y ahora tenían puesta su atención en los impuestos y en los derechos de paso y portuarios. No querían combatir a los infieles sino comerciar con ellos y los mercaderes musulmanes actuaban con entera libertad en todos los puertos cristianos de la región. Los cristianos consideraban que los musulmanes los necesitaban y también sus puertos en gran medida y no parecían más conscientes del peligro inminente que los cristianos de Europa.

Los Caballeros Templarios tenían una extensa red de espionaje que llegaba incluso a la corte en El Cairo, donde uno de los funcionarios musulmanes, el emir al-Fajri recibía dinero por servir de espía. Pasó información al Gran Maestre de que el sultán Kala'un estaba formando un enorme ejército en Siria para atacar Trípoli. El Gran Maestre pidió de inmediato a la ciudad que juntara provisiones y hombres y reforzara sus defensas, pero ninguna autoridad en Trípoli le creyó; después de todo, el enemigo acérrimo del señor feudal de los tripolitanos era el rey Enrique. Sin embargo, el Gran Maestre envió un contingente de Templarios para que ayudara a la ciudad.

Los dirigentes de Trípoli comenzaron a creer cuando apareció Kala'un del otro lado de las murallas, en marzo de 1289 y comenzó a colocar sus enormes catapultas. Al derrumbarse dos torres y una sección de la muralla debido al incesante bombardeo diario, los residentes supieron que su ciudad estaba perdida. Los venecianos tenían barcos en el puerto, los cargaron con las pertenencias que pudieron trasladar y se hicieron a la mar. Los genoveses hicieron igual durante la noche y salieron muy temprano al día siguiente. Cuando iban saliendo los barcos del puerto, Kala'un ordenó un asalto general y sus tropas penetraron a la ciudad por la amplia abertura de la muralla. La única

vía de escape era el puerto, pero quedaban muy pocos barcos. Los mariscales de los Templarios y de los Hospitalarios escaparon con el príncipe Almarico de Chipre y la condesa Lucía de Trípoli, en tanto que el comandante Templario que quedó atrás murió mientras trataba de contener a los mamelucos, quienes pronto tuvieron bajo su poder a la población local. Mataron a todos los hombres adultos en el lugar en que los encontraron y amarraron a mujeres y niños para enviarlos a los mercaderes de esclavos. Después de vaciar Trípoli de gente y de saquearla, Kala'un hizo que se arrasara la ciudad piedra por piedra.

Los cristianos de Acre estaban aterrorizados. Habían creído que sus actividades comerciales eran un beneficio que los musulmanes no querrían perder. Cierto que estaban las órdenes militares que, evidentemente, no eran de mercaderes, pero no era cierto que los Templarios brindaban sus servicios bancarios tanto a los musulmanes como a los cristianos? Creyeron encontrar el antídoto a su terror cuando Kala'un ofreció a los reinos de Chipre y de Jerusalén una falsa tregua de diez años, diez meses y diez días.

Hay que reconocer que el rey Enrique dudó de la tregua y envió a su propio embajador al Papa y a las cortes europeas en busca de ayuda con la esperanza de que podría comunicar lo desesperado de su situación ahora que ya habían caído Marqab y Trípoli.

El embajador de Enrique recibió la serie acostumbrada de cálidas acogidas y excusas, aunque sí tuvo un logro sin el cual el rey habría estado mejor. En el verano de 1290 una muchedumbre integrada en su mayor parte por gente de baja estofa llegó a Acre procedente del norte de Italia. Se decía dispuesta a combatir a los infieles. Era una muchedumbre ruidosa, dada a la bebida y ofensiva para la población local. Un día, una reunión de bebedores se convirtió en tumulto que se lanzó por las calles, donde los italianos comenzaron a matar a los mercaderes musulmanes de la ciudad. Por último, los barones locales y las órdenes militares pudieron controlar a la muchedumbre y arrestar a varios de sus dirigentes, pero los musulmanes muertos en las calles proporcionaron a Kala'un un pretexto que no iba a dejar pasar.

Cuando llegaron enviados del sultán con la exigencia de que se les entregara a los prisioneros culpables para castigarlos, se convocó a consejo a los dirigentes de Acre. Beaujeu, de los Templarios, advirtió al consejo que por su propia protección debían entregar a Kala'un los criminales cristianos. Nadie respaldó su propuesta y el consenso general fue que, culpables o no, no se enviaría a ningún cristiano a una muerte segura a manos de los mamelucos. Esa decisión no pudo agradarle más a Kala'un pues ahora tenía la justificación que necesitaba para romper la tregua. Pidió la movilización del ejército egipcio y ordenó al sirio que avanzara hacia la costa de Palestina. Anunció públicamente que se preparaba una campaña hacia Africa, pero el emir al-Fajri volvió a ganarse su paga informando al Gran Maestre Templario que el verdadero objetivo de Kala'un era Acre. De nuevo el Gran Maestre comunicó una advertencia proveniente de su propio sistema de espionaje y tampoco pudo encontrar a nadie que le creyera.

Frustrado en su intento de incitar a los dirigentes de Acre ante el peligro que corrían, el Gran Maestre Beaujeu envió un delegado propio a la corte de Kala'un. El sultán señaló que quería el lugar, no a la gente, y aceptó que los habitantes dejaran indemne la ciudad a cambio de una suma de ducados de oro venecianos equivalente al total de la población. Cuando el Gran Maestre

anunció esa oferta a la gran corte de Acre, le gritaron insultos y acusaciones de traición que no cesaron cuando Beaujeu salió a toda prisa de la sala.
En apariencia el Gran Maestre Templario se había equivocado y los dirigentes de Acre tuvieron razón cuando llegó a la ciudad la noticia de la muerte de Kala'un. Éste había salido de El Cairo al frente de su ejército el 4 de noviembre de 1290 y había muerto esa misma semana. Sin embargo su hijo al-Ashraf había jurado ante su padre moribundo que empuñaría la espada y llevaría a cabo los planes de éste en contra de los cristianos. La gente de Acre no tuvo que esperar mucho para saber que el hijo era tan implacable como el padre. Con la esperanza de detener la invasión, los cristianos enviaron al nuevo sultán una embajada, encabezada por un noble, un Templario y un Hospitalario. Apenas llegaron, el joven sultán hizo que los encerraran en una mazmorra y les impidió siquiera comunicar el propósito de su misión. La gente de Acre no supo cómo murieron sus enviados, sólo que habían muerto.
Fiel a su promesa filial, al-Ashraf llegó ante las murallas de Acre en abril de 1291. La ciudad contaba con una fuerza defensiva de quince mil hombres, en tanto que la fuerza del sultán era diez veces mayor y además contaba con máquinas para el asedio, catapultas e ingenieros.
La defensa de Acre consistía en una muralla doble al norte y al este, con el mar como protección natural al sur y al oeste. Tanto la muralla interior como la exterior eran altas y gruesas y estaban reforzadas con torres, pero quienes se hallaban dentro no se sentían del todo seguros pues se decía que al-Ashraf había traído suficientes ingenieros como para disponer de mil zapadores por torre.
El asalto comenzó con catapultas que lanzaban grandes piedras y proyectiles incendiarios sobre las murallas, en tanto que los arqueros oscurecían el cielo con nubes de flechas. Después de diez días de asedio, los Caballeros Templarios hicieron una incursión nocturna contra el campo musulmán que tomó completamente por sorpresa al enemigo. Por desgracia, muchos de los Templarios provistos de armaduras tropezaron en la oscuridad con las cuerdas de las tiendas y fueron capturados. Se repelió al resto de regreso a la ciudad. Los musulmanes se prepararon para recibir otras incursiones y cuando los Hospitalarios se lanzaron contra ellos aprovechando la oscuridad unas noches después, los centinelas rápidamente encendieron fogatas y antorchas y los derrotaron con facilidad, causándoles grandes pérdidas.
Ya había comenzado la labor de zapa cuando el 4 de mayo llegó el rey Enrique en compañía de unos dos mil hombres más a asumir el mando. Para el 15 de mayo se habían derrumbado cinco torres y la defensa tuvo que retroceder a la muralla interior. El 18 de mayo el sultán ordenó un asalto general a lo largo de toda la muralla con una gran concentración en la Torre Maldita, una esquina fortificada donde se juntaban la muralla interior del norte y la del oriente. Se expulsó a la guarnición de caballeros que la defendía y un contraataque emprendido por Templarios y Hospitalarios comandados por sus respectivos grandes maestres resultó ineficaz ante las hordas de mamelucos que entraban en tropel por las brechas practicadas en las murallas. Guillaume de Beaujeu sufrió heridas mortales durante el contraataque y sus Caballeros Templarios se lo llevaron a morir a la sede de éstos, ubicada en el otro lado de la ciudad. Cuando cayó la Torre Maldita, el rey Enrique se embarcó y regresó a Chipre.
Una vez asegurada la Torre Maldita, los musulmanes avanzaron combatiendo hacia el sur a lo largo de la muralla exterior del este y abrieron la puerta de San

Nicolás. Entraron en tropel en la ciudad y comenzó un sangriento combate callejero aunque no había duda de cuál sería el resultado. Al igual que en Trípoli, la única vía de escape era el mar. Soldados y civiles se unieron a una multitud que se apiñaba en el puerto ansiosa de escapar en cualquier cosa que flotara. Un sirviente del herido patriarca Nicolás encontró un pequeño bote, pero el buen hombre invitó a tantos a subir con él que el bote se hundió y todos se ahogaron. En Templario llamado Roger Flor utilizó una velera para hacerse de una inmensa fortuna, pues pedía a los nobles que escogieran entre sus vidas y los cofres de joyas que tenían en sus manos.

Al avanzar por las calles, los mamelucos no tomaron ningún prisionero. Se mató a todos los cristianos sin distinción de edad ni sexo. A quienes se escondieron en sus casas se les reunió después para enviarlos a los mercados de esclavos. Se dice que hubo tanto esclavos provenientes de Acre que una joven llegó a costar un solo dracma.

Al atardecer, los musulmanes tenían toda la ciudad excepto el edificio fortificado de los Templarios situado en el extremo sudoeste de la ciudad. El edificio tenía dos muros que daban hacia el mar, de tal forma que podía recibir suministros adicionales. Los Templarios habían decidido defender su temple en vez de huir en sus galeras y habían recibido a todas las mujeres y niños que acudieron a ellos en busca de refugio. Después de cinco días, el sultán al-Ashraf se cansó de asediar este edificio que se oponía a su ejército y ofreció condiciones de rendición a Peter de Severy, el gran mariscal de la orden: si los Templarios entregaban esa fortaleza, los que estaban en el interior podrían irse a Chipre con sus armas y lo que pudieran cargar. El gran mariscal aceptó y se admitió que ingresaran al temple cien mamelucos dirigidos por un emir para que supervisaran la retirada. Tal vez con el pretexto de que llevaban demasiado tiempo en el campo de batalla, los mamelucos comenzaron de inmediato a propasarse sexualmente con las mujeres y los niños. Eso fue más de lo que los Templarios estaban dispuestos a tolerar, así que desenvainaron sus espadas y cayeron sobre los mamelucos y mataron a todos. Arriaron la bandera del sultán y anunciaron que estaban preparados a luchar hasta la muerte.

Al día siguiente el sultán envió un mensajero para expresar sus disculpas por la mala conducta de los hombres. Hizo el mismo ofrecimiento que antes y pidió que el mariscal de los Templarios y sus oficiales acudieran como invitados para presentarles sus disculpas en persona y analizar las condiciones de la rendición. Peter de Severy escogió unos cuantos hombres para que lo acompañaran y cuando se acercaron a la tienda del sultán la guardia personal de éste los atrapó y decapitó a la vista de los cristianos que observaban desde las murallas.

Mientras eso sucedía, los ingenieros del sultán excavaban un túnel que conducía a los cimientos del temple. Minaron los dos lados del edificio que daban hacia tierra firme e incendiaron los pilotes de apoyo. El 28 de mayo los muros comenzaron a asentarse y se vinieron abajo. El sultán ordenó que dos mil hombres penetraran al edificio por la brecha y el peso añadido completó la devastación, pues la estructura de piedra se derrumbó matando a todos los que estaban adentro. No quedó ningún cristiano en Acre.

La siguiente en la lista del sultán era Tiro, considerada la fortificación más poderosa de la costa, tal vez porque en dos ocasiones había rechazado con éxito los ataques del legendario Saladino. Esta vez no se registró ninguna

lucha, porque ante la noticia de que los mamelucos se aproximaban, el comandante de Tiro se hizo a toda prisa a la mar en dirección a Chipre. Los hombres de al-Ashraf entraron caminando y se apoderaron de la ciudad.
Tibel Gaudin, tesorero de la orden Templaria, estaba en Sidón donde se enteró de que los caballeros sobrevivientes lo habían nombrado Gran Maestre. Inevitablemente un ejército de mamelucos apareció ante Sidón pocas semanas después de la caída de Acre y los caballeros se retiraron al Castillo del Mar, construido sobre un promontorio rocoso a unos cien metros de la costa. El nuevo Gran Maestre se embarcó deprisa para Chipre con el tesoro de la orden, con el propósito, se suponía, de regresar con ayuda. Ésta nunca llegó. Como en esta ocasión los ingenieros mamelucos no podían recurrir a su técnica preferida, minar, porque tendrían el mar sobre ellos, hicieron lo contrario. Comenzaron a construir un amplio terraplén que llevaba al castillo. La situación era desesperada, así que la guarnición Templaria se fue en barco a su castillo más hacia el norte por la costa, en Tortosa. Los mamelucos comandados por el emir Shujai entraron en el castillo el 14 de julio y procedieron a derruirlo.
Con Sidón fuera de combate, Shujai dirigió su ejército hacia Beirut. Tal vez emulando las tácticas de su sultán, Shujai invitó a los dirigentes cristianos a que vinieran a verlo para analizar la situación. Como aparentemente no estaban enterados de lo sucedido en Acre, aceptaron la invitación y cayeron prisioneros a su llegada a la tienda del emir. Sin sus dirigentes, la guarnición fue presa del pánico y escapó a toda prisa de la ciudad en cualquier embarcación disponible. Los mamelucos entraron caminando el 31 de julio. Se arrancó toda la ornamentación cristiana de la catedral y la volvieron a consagrar como mezquita.
Unos días después otro ejército egipcio que avanzaba hacia el sur tomó Haifa sin oposición. Se incendiaron los monasterios de Monte Carmelo y se mató a todos los monjes. Los Templarios tenían un castillo a unos cuantos kilómetros al sur de Haifa, en Athlit, pero con una pequeña guarnición que no podía contener al ejército egipcio. Lo abandonaron dos semanas después, el 14 de agosto. Más hacia el norte, al otro lado de Trípoli, se llegó a la misma decisión en el castillo de Tortosa, que quedó sin gente ese mismo mes. Cuando los Templarios abandonaron por mar sus castillos de Athlit y Tortosa, los mamelucos tuvieron el control completo de Tierra Santa. La derrota fue total. Los Caballeros del Temple se habían quedado sin una base en Tierra Santa por primera vez desde el día que se fundó la orden hacía más de 170 años.
Los Templarios siguieron conservando su castillo en el islote de Ruad, a unos tres kilómetros de la costa de Tortosa, pero éste no tenía ninguna importancia estratégica y constituía un problema mayor de lo que valía –incluso había que traer por barco el agua para beber- y después de unos años lo abandonaron. Luego de la caída de Acre, los Templarios establecieron su sede principal en la isla de Chipre, con la autorización reticente del rey Enrique. Como no tenían otro lugar adonde ir, también los Hospitalarios trasladaron su base a ese mismo reino insular.
En el transcurso del año siguiente, Tibel Gaudin murió y los Templarios decidieron elegir un nuevo Gran Maestre sin sospechar que sería el último en tener ese honor. Se nombró a Jacques de Molay, un caballero de la baja nobleza del oriente de Francia y reconocido partidario de la disciplina. Había pasado toda su vida de adulto en la orden Templaria desde su iniciación en 1265 a la edad de 21 años. Ahora, a los 48, era el Gran Maestre, después de

haber servido como Maestre del Temple en Inglaterra y más recientemente como gran mariscal, el jefe militar supremo de la orden. Aunque se habían extinguido las fortunas Templarias en Tierra Santa, de Molay controlaba todavía la riqueza proveniente de las miles de propiedades feudales dedicadas a la agricultura en Europa, además de molinos, mercados y monopolios comerciales. Controlaba una flota de barcos de guerra y seguía realizando operaciones bancarias internacionales. Todavía podía convocar, de sus decenas de comandancias en Europa, al ejército mejor entrenado y mejor equipado de la cristiandad y su fiero orgullo reflejaba ese poder.

Como militar, una de las primeras medidas de Jacques de Molay fue intentar restaurar el espíritu de grupo mediante la imposición de una disciplina estricta y el retorno a la conducta más ortodoxa dentro de la orden. Se prohibió a los caballeros, sin excepción, poseer libros u otros escritos. Como monje, soldado y analfabeto, de Molay no veía el objeto de que los Templarios supieran leer, se les diría lo que necesitaran saber y no resultaría nada bueno de que supieran más de lo necesario. Ordenó que se intensificara la disciplina en general en toda la orden y exigió el cumplimiento estricto de la Regla Templaria en lo referente a alimentación, indumentaria, pertenencias y devociones religiosas.

Un problema diario para de Molay era que el rey Enrique de Chipre afirmaba que tenía derecho real de reinar a todas las fuerzas militares que hubiera en su reino insular, incluidos los Templarios. De Molay rechazó total y repetidamente esa idea, al no reconocer otra autoridad mayor que la suya propia sobre la faz de la Tierra, con la sola excepción del Papa. El rey y el Gran Maestre disputaron a tal extremo sobre este punto que, por último, la única forma de resolver esta cuestión consistió en presentarla ante el Papa. En agosto de 1298, Bonifacio VIII decidió a favor del Gran Maestre, al señalar que el rey Enrique debería sentirse feliz de tener en su reino la sede de los valientes Templarios, con la protección adicional que le brindaban a su corona en esos tiempos de total incertidumbre militar. La decisión papal reforzó la ya narcisista opinión que de Molay tenía de su propia importancia y poder.

Alentado por esa expresión papal de apoyo, de Molay argumentó a favor de una nueva Cruzada para recuperar Tierra Santa, pero presentó sus razones en un momento inadecuado. El papa Bonifacio VIII destacaba el éxito de su año jubilar, 1299, con una celebración por el fin de siglo. Parecía que todo el mundo quería ir a Roma para reverenciar al Sumo Pontífice como el nuevo César y a solicitar su favor mediante regalos de oro y plata. Con toda seguridad la discusión de una nueva Cruzada podía esperar hasta el año siguiente.

La demora resultó frustrante para de Molay, quien con sus antecedentes de planeación y mando militar consideraba que sabía exactamente cómo debía emprenderse la siguiente Cruzada. Sin embargo, poco a poco se hizo evidente que no habría una nueva Cruzada, por lo menos mientras Bonifacio VIII estuviera sentado en el trono de San Pedro. Luego, en 1305, Bernard de Goth, arzobispo de Burdeos, ocupó el trono como el Papa Clemente V. Las órdenes de monjes combatientes aguardaron ansiosas por ver cuál sería la actitud de éste respecto de la reconquista de Tierra Santa. No tuvieron que esperar mucho.

En 1306, durante el primer año de su papado, Clemente V giró instrucciones a los grandes maestres de los Templarios y de los Hospitalarios en que les ordenaba que se reunieran con él ese mismo año en Poitiers. El propósito de la

reunión sería planear los aspectos militares y financieros de una nueva Cruzada. Con el fin de que los infieles no supieran que los dos principales jefes militares cristianos habían abandonado su base en Oriente, se les dijo que viajaran de incógnito. Sus viajes debían mantenerse en secreto para todos.
Los Hospitalarios estaban ocupados en el intento de conquistar la isla de Rodas, por lo que el Papa no reprendió a su Gran Maestre cuando éste le informó que no podría asistir en la fecha indicada.
Jacques de Molay no tenía una excusa de ese tipo, pero se las arregló para no responder a la cita sino hasta los primeros meses del año siguiente, porque necesitaba tiempo. La nueva Cruzada era vital para la orden de los Templarios y los planes que de Molay presentaría a la Santa Sede debían estar bien pensados, ser creíbles y demostrar la superioridad en conocimientos y experiencia militar de su orden. Había que hacer todo para garantizar la realización de una nueva Cruzada, pues sin ella la orden Templaria no tendría sentido. Se había fundado para proteger las rutas de los peregrinos hacia Jerusalén y ahora éstas estaban bajo la vigilancia de los musulmanes. Se había creado la Orden para proteger a los peregrinos, pero ya no había peregrinos que necesitaran protección. Una nueva Cruzada era vital, también, para obtener respeto y apoyo renovados. Por ser una orden mendicante que hacía votos de pobreza, los Templarios dependían de las donaciones de otros cristianos, pero éstas se habían acabado. Es cierto que la Orden todavía poseía una gran riqueza, pero podía agotarse rápido por el gasto que significaba la invasión y la guerra totales que la Orden necesitaba ahora. De Molay consideraba que todo el mundo debía respetar el coraje y el valor desinteresado de sus hermanos Templarios, que habían derramado su sangre en los combates perdidos en defensa de Tierra Santa, pero también sabía que estaba en una profesión a la que, en última instancia, juzgaban no por los esfuerzos sino por las victorias.
Las otras órdenes militares se habían beneficiado de la aceptación de la realidad. Los Caballeros Teutónicos desistieron de la Cruzada contra los musulmanes y dirigieron toda su atención a una Cruzada contra los paganos del nordeste de Europa. Conquistaron un territorio que, más adelante, sería Prusia. Los mismos caballeros constituyeron el núcleo de lo que llegaría a ser los junkers prusianos, la clase oficial que preservó la cruz de ocho puntas de los Caballeros Teutónicos como su cruz de hierro militar. Los Hospitalarios no se contentaron con ser huéspedes no bien recibidos en Chipre y buscaron una base territorial de su propiedad. Mediante el incremento de la flota y la búsqueda de aliados lograron adueñarse de la isla de Rodas, la primera buena noticia proveniente de Oriente en los últimos quince años, victoria que les confirió un mayor respeto dentro de la Iglesia y entre las cortes europeas. Al completar la conquista en 1308, se sintieron contentos de que se les conociera como los Caballeros de Rodas. Muchos años después se les expulsó de allí y tuvieron que retirarse a la isla de Malta, hasta que Napoleón los sacó de ese lugar. Hoy la orden de los Hospitalarios se concentra en Roma. El Vaticano la reconoce como un estado soberano con su nombre actual, el de los Caballeros de Malta.
De los grandes maestres, sólo Jacques de Molay se negó a quitarse las orejeras que lo hacían tener como única visión del futuro una nueva Cruzada para recuperar Jerusalén. Tal vez no tenía idea de lo alejada que estaba su mente de la realidad de la política europea. Todos los príncipes de Europa

aceptaban de dientes para afuera la idea de una nueva Cruzada, pero ninguno prestaba su brazo armado ni su bolsa. La Iglesia no podía obligar a Felipe IV de Francia a hacer nada. La realidad era más bien lo contrario. Tal vez si de Molay hubiera reflexionado sobre la batalla que llevaba ya veinte años entre Felipe y la Santa Sede, habría podido ver a través de las maquinaciones de Felipe y percibir de qué manera éste había utilizado la falsa esperanza de una nueva Cruzada para llenar su propio tesoro con el oro de la Iglesia y de la Orden Templaria. En lo que respecta a Inglaterra, el rey Eduardo I no tenía un verdadero deseo de combatir a los infieles de los turbantes establecidos al otro lado del Jordán. Su preocupación eran los cristianos de falda al otro lado del Tweed. Las Cruzadas habían terminado.

También había llegado el fin de Jacques de Molay, pero éste todavía no lo sabía. Independientemente de los rumores o de los informes que le hubieran llegado, se opuso con terquedad a aceptar la realidad, hasta que al final se redimió al precio de una muerte lenta y de agonía en una hoguera.

Para lograr la comprensión de que careció de Molay, para entender mejor como pudo suprimirse de una manera tan completa a los Caballeros Templarios y cómo pudieron Inglaterra y Escocia proporcionar un refugio tan perfecto a los Templarios fugitivos, será necesario echar un vistazo breve a lo que estaba ocurriendo en Europa entre la caída de Acre y el arresto de los Templarios. Los conflictos de importancia eran entre Felipe IV de Francia y los papas y entre Eduardo I de Inglaterra y los incontrolables escoceses de la frontera norte. Durante un breve lapso dejaremos a Jacques de Molay en su camino a Marsella, de pie sobre el puente de una galera Templaria, con la mirada dirigida a las costas de Francia donde espera reunir un poderoso ejército de Dios para recuperar Tierra Santa, sin imaginar siquiera los látigos y las cadenas que le aguardaban en París.

CAPITULO 7
EL MARTILLO DE LOS ESCOCESES

En una noche tormentosa de 1286, el rey Alejandro III de Escocia entró a Burntisland para cambiar de cabalgadura. Se dirigía a Kinghorn para reunirse con su segunda esposa. La tormenta era tan fuerte que se le instó a que pasara la noche en la posta, pero éste insistió en seguir cabalgando y los resultados fueron fatales. Iba a galope tendido cuando cayó por un acantilado muy alto y se mató.

La primera esposa de Alejandro le había dado una hija que se convirtió en la esposa de Eric II de Noruega, pero murió después de dar a luz una hija llamada Margaret. A esa niña bisnieta de Enrique II de Inglaterra y nieta de Alejandro III de Escocia, se la conoció como la “Doncella de Noruega”. Seis años antes de la muerte de Alejandro, mediante el tratado de Brigham, se prometió en matrimonio a la princesa, entonces de cuatro años, al primer Príncipe de Gales, quien llegaría a ser Eduardo II de Inglaterra. El gran plan era unificar las coronas de Inglaterra y Escocia en una sola dinastía aunque los países se administrarían por separado, pero la suerte hizo que ocurriera otra cosa. Cuando la pequeña reina, ahora de diez años, navegaba hacia Escocia, una tormenta hizo que se hundiera el barco cerca de las islas Orkney y la “Doncella” murió. La sucesión escocesa se volvió una confusión.

Ningún trono vacante permanece así por mucho tiempo sin que haya quien lo reclame y en Escocia hubo no menos de trece pretendientes al mismo, aunque se consideró que sólo cuatro tenían posibilidad de éxito. Entre éstos estaban los dos Comyn de Badenock, identificados por el color de sus barbas como Comyn el Negro y Comyn el Rojo, para evitar la confusión de la familia. Comyn el Negro era el favorito de muchos, pero señaló que si era necesario resolver cualquier disputa, se haría a un lado a favor de la mejor opción, aparentemente la de John Baliol, nieto de Margarita, la hija mayor del rey David I de Escocia. El cuarto pretendiente principal era Robert Bruce, hijo de Isabel, la segunda hija de David.

Desde el punto de vista legal, Baliol tenía más derecho por ser descendiente de la hija mayor del rey Escocés, pero no era popular entre el común de la gente. Su timidez le había ganado el popular apodo de “Cota Vacía”, lo que indicaba que no tenía nada por dentro.

Bruce era, con mucho, el más popular de los trece candidatos y su posición secundaria se compensaba por el hecho que ya tenía una línea sucesoria masculina. Había un hijo entrado en los cuarenta años y un nieto de dieciséis, que un día se ocultaría en una caverna y vería una araña: llegaría ser el rey de Escocia.

Debía haber una negociación si se quería evitar una guerra civil. El rey Eduardo I de Inglaterra, a quien se reconocía como legislador y árbitro, se las arregló para que pudieran dirimir la sucesión. Convocó a los señores de la nobleza escocesa a una reunión con él en mayo de 1291 en el castillo de Norham, una fortaleza fronteriza que quedaba justo del lado inglés, al otro lado del Tweed. Causó una conmoción entre la asamblea de nobles con su anuncio inaugural de que una condición previa de su arbitrio, independiente del resultado, debía ser que primero se le reconociera como el señor supremo de Escocia. Además debían cederse varios castillos fronterizos a la corona inglesa para confirmar el arreglo. Temiendo una traición, los señores escoceses se

retiraron de inmediato al otro lado del río, a suelo escocés, para conferenciar. Una delegación volvió con Eduardo y le pidió un plazo de treinta días para consultar a los nobles y dirigentes eclesiásticos que no habían asistido.
Cuando regresaron, el número de pretendientes al trono se había reducido de trece a ocho. Como tenían ante sí la posibilidad muy real de enfrentar una guerra civil entre los partidarios de los diversos pretendientes, los portavoces aceptaron la supremacía de Eduardo y cada uno de los pretendientes restantes prestó juramento para ese efecto. Como por el momento era evidente que la decisión se haría entre Bruce y Baliol, se convino en que la tomara un grupo formado por cuarenta hombres que Baliol elegiría, otros cuarenta escogidos por Bruce y veinticuatro adicionales que Eduardo nombraría. Ese grupo discutió una y otra vez durante más de un año y por fin se reunió en la capilla domínica cerca del castillo de Berwick para anunciar su decisión. La misma debilidad que hacía que los escoceses se burlaran de John Baliol lo volvía atractivo a los ojos de Eduardo I de Inglaterra como un posible títere, por lo que se nombró a Baliol rey de Escocia. Se le coronó el 30 de noviembre de 1292 en Scone, la antigua capital de los pictos. Durante la ceremonia se sentó en la sagrada piedra de Scone que, según la leyenda, había servido de apoyo a la cabeza de santa Columba. Después, el nuevo rey escocés se presentó en Newcastle, al sur de la frontera, a rendir homenaje a Eduardo como su señor feudal. Eduardo proporcionó a su ilustre público una señal impactante de su forma de percibir la relación entre las coronas de Inglaterra y Escocia: mandó traer el Gran Sello de Escocia y lo rompió en pedazos que luego se colocaron en un saco para depositarlo en el tesoro inglés en Londres. Todos los presentes captaron la importancia de ese acto.
El problema de la sucesión escocesa se había resuelto legalmente sin derramamiento de sangre, pero la manera como se llevó a cabo preparó el escenario para que corrieran ríos de sangre de ambas partes en los años siguientes. La acción se había llevado a cabo, pero al pueblo no le gustó la forma como se realizó. Los nobles escoceses quienes generalmente no deseaban tener ningún amo, ahora tenían dos.
No les tomó mucho tiempo descubrir qué tipo de amo iba a ser Eduardo. Pocos meses después de la coronación del rey Juan, se alentó a los escoceses insatisfechos por los resultados de sus litigios en sus propios tribunales, a que presentaran sus querellas en Inglaterra. Se convocó al mismo rey Juan a que se presentara ante un tribunal inglés para responder sobre una cuenta en disputa en relación con un vino que se le había vendido a su predecesor. Más adelante, un conde inglés a cuyo hermano había asesinado Lord Abernathy, decidió que tenía una mejor posibilidad de ganarle al asesino si presentaba su caso en Westminster. El Parlamento inglés aceptó que se le presentara el caso y exigió que el rey Juan se presentara como testigo. Cuando llegó la noticia de su negativa, de inmediato se le declaró culpable de contumacia (desobediencia, en especial a una orden de un tribunal) y, como castigo, se ordenó la confiscación de tres de sus castillos. Ante eso, la determinación del rey Juan se vino por tierra y aceptó ir a Londres a la siguiente reunión del Parlamento.
En Londres, el rey Juan sufrió otra conmoción. Eduardo se estaba preparando para entrar en guerra con Francia y le dijo a Juan que, como vasallo de Eduardo, se esperaba que proporcionara tropas y dinero escoceses. Ambos discutieron airadamente y Juan, después de decidir que estaría más seguro en

su país, salió de Londres en secreto y se trasladó a toda prisa hacia el norte, a la frontera.
No se sintió más feliz con lo que encontró a su regreso. Su pueblo resintió que hubiera cedido a las exigencias del rey inglés de que se presentara en Londres y también consideró como propia la humillación del rey Juan. Estaban hartos de su debilidad y nombraron un Consejo integrado por cuatro condes, cuatro barones y cuatro obispos para que lo orientaran y pusieron bien en claro que esperaban que se guiara por ese Consejo.
Como tenía al pueblo de su parte, el nuevo Consejo comenzó a actuar a favor de su propio interés nacional. Se emplazó un Parlamento en Scone, el cual instigó una serie de medidas a sabiendas de que con ellas se corría el riesgo, si no es que la probabilidad, de que hubiera guerra. Rechazó formalmente las exigencias de Eduardo de que las tropas escocesas participaran de la causa inglesa en Francia. Se destituyó a todos los funcionarios ingleses de Escocia y se decomisaron todas las tierras en propiedad de súbditos ingleses en Escocia. Luego, el Parlamento emprendió una acción que no le dejaría a Eduardo otra posibilidad que la declaración de guerra: envió una delegación parlamentaria a la corte de Felipe IV con el fin de buscare una alianza entre Escocia y Francia. Ésta se consumó con el acuerdo de que si Inglaterra invadía a cualquiera de los dos países, el otro acudiría en su ayuda. Para sellar el convenio, se acordó que Isabel, sobrina de Felipe e hija de Carlos de Anjou, se casaría con el hijo y heredero del rey Juan de Escocia.
Al enterarse de eso, Eduardo exigió la posesión inmediata de todos los castillos fronterizos para proteger su reino de las incursiones escocesas mientras él combatía en Francia. No sólo se le negó eso, sino que los escoceses, cuya confianza había aumentado gracias a la reciente alianza con Francia, atravesaron la frontera e incursionaron en Inglaterra. Sin embargo, a los nobles escoceses como les había ocurrido antes y le volvería a ocurrir después, les afectó su propia renuencia a sacrificar algo del fiero orgullo personal y de clan para trabajar juntos u obedecer a una autoridad superior. Al no contar con disciplina ni dirección, las incursiones resultaron infructuosas y concluyeron con una seria derrota en Carlisle. Se retiraron a su país con el fin de preparar las defensas contra la venganza del rey inglés y de su ejército. Ésta no tardó en llegar y la primera batalla de esa guerra se sigue recordando por la matanza que en ella hubo.
A la cabeza de un ejército de treinta mil soldados de infantería y cinco mil de caballería, Eduardo cruzó el río Tweed. Su objetivo inicial era el rico puerto escocés de Berwick. La ciudad rechazó con facilidad el ataque naval enviado en su contra, pero no estaba bien preparada para el ataque por tierra, aunque se habían levantado a toda prisa toscas empalizadas protegidas por un foso ineficaz. Sin embargo, el temible Sir William Douglas estaba al mando de la guarnición y los habitantes confiaban en su seguridad. El propio Eduardo dirigió el atraque montado en su gran caballo de batalla Bayard. Al descubrir un sitio bajo en la empalizada, libró de un salto en foso y luego saltó por encima de la empalizada y entró en la ciudad seguido por su ejército. Hubo una contienda breve pero intensa en las calles y un grupo de treinta mercaderes flamencos defendió su Sala Roja hasta que la quemaron con ellos adentro, pero realmente no fue una gran batalla. La guarnición del castillo se rindió bajo condiciones que e permitieron salir marchando de la ciudad y dejar a los ciudadanos librados al saqueo. Después de hacer prisionera a la población,

Eduardo ordenó que se matara a todos los ciudadanos hombres de Berwick, entre ocho mil y diez mil. Tomó días la matanza. La magnitud de ésta horrorizó a ambos países, incluso en épocas tan sangrientas como ésa.
Después de reparar las fortificaciones de Berwick, Eduardo movió a su ejército hacia el norte desde el Tweed. Se topó con el ejército escocés que acababa de regresar de sus incursiones por el norte de Inglaterra y lo derrotó fácilmente en Spottswood. Según había anticipado, la matanza de Berwick fue una lección que no desaprovecharon los pueblos y castillos a su paso. El castillo de Dunbar se rindió sin que hubiera un combate digno de mención. Un pueblo tras otro fueron capitulando y en junio, Eduardo se encontraba frente a Edimburgo. La ciudad no presentó combate y su castillo se resistió sólo ocho días. Desde allí avanzó hacia Stirling, donde la guarnición huyó al tener noticias de que se aproximaba. Luego hacia Perth, donde recibió el mensaje de que el rey Juan estaba dispuesto a rendirse.
Eduardo recibió a Juan en Montrose, donde éste se arrodilló para presentarle el cetro blanco en señal de sumisión. Se condujo al depuesto rey escocés a la Torre de Londres donde languideció hasta que el Papa intercedió en su favor y se le permitió partir exiliado a Francia. Para que les quedara siempre claro a los escoceses quien era el gobernante de la nación, Eduardo sacó de Scone la piedra sagrada para las coronaciones y la trasladó a Westminster. Tal vez ningún acto en particular despertó tanto la ira nacional escocesa como el robo de su símbolo sagrado de la monarquía. Más de seiscientos años después, en 1950, un grupo de jóvenes escoceses nacionalistas extrajeron la piedra del lugar donde se hallaba en la abadía de Westminster y la devolvieron temporalmente a Escocia. Aunque al final este esfuerzo se frustró, todavía hoy sigue habiendo rumores de otros planes para recuperar la piedra.
Por último, en Berwick, Eduardo exigió y obtuvo la sumisión de casi todos los dirigentes escoceses, condes, barones, obispos, jefes de clan y caballeros principales. Pidió sus nombres por escrito y la lista requirió de treinta y cinco pergaminos de piel de oveja. De esa colección de pergaminos, cosidos unos con otros, se burlaron los escoceses y le dieron el mote de “Rollo de traperos” (“Ragman Roll”). Este término (dado a un asunto tedioso) degeneró más adelante en “rigamarole” que ha encontrado un sitio permanente en el idioma. Monserga o no, la derrota escocesa a manos de los ingleses fue completa y aparentemente irrevocable. De nuevo podía Eduardo dirigir su atención a la guerra con Francia.
Y así habría ocurrido de no haber sido por ese extraño fenómeno que se ha dado repetidas veces a lo largo de la historia y en muchos lugares: surge un hombre adecuado para la ocasión. No es un gobernante, sino un hombre del pueblo que lleva a cabo los anhelos de la gente y luego conjunta esa simpatía con un genio militar innato. Con frecuencia esos hombres tienen un final triste, sin recompensa, pero siguen viviendo como figuras legendarias. En España fue Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador. México produjo a Emiliano Zapata. Para los revolucionarios cubanos fue el Che Guevara. Marruecos tuvo a Abdel Krim que, cuando lo invitaron a que regresara de su exilio forzado para ocupar el lugar de héroe que le correspondía al independizarse su país, declinó la invitación porque se había dado reconocimiento diplomático a su enemigo enconado, Francia. Un hombre de ésos surgió en el momento de más necesidad para Escocia. Se llamaba William Wallace.

Wallace fue el segundo hijo de un oscuro caballero de Renfrew y aún no cumplía veinticinco años cuando decidió empuñar la espada contra el odiado invasor proveniente del sur. La región donde vivía Wallace al sudoeste de Escocia, no tenía las ventajas topográficas de las Tierras Altas, pues estaba formada por colinas de escasa elevación y planicies onduladas atravesadas por muchas corrientes y en ella había varias fortificaciones con guarniciones de ingleses. A pesar de esas desventajas, Wallace reunió un pequeño grupo de seguidores y organizó una serie de ataques guerrilleros. Atrajo la atención nacional cuando atacó Lanark, cuartel general del alguacil inglés William de Hessilrig, con una pequeña banda compuesta apenas por treinta miembros de clanes. Tomaron Lanark y mataron al alguacil. La hazaña llamó también la atención de Sir William Douglas, cuyas propiedades estaban en Lanarkshire y deseaba ardientemente vengar su derrota a manos de Eduardo en Berwick. Mientras Eduardo permanecía en Francia obligado por la guerra, Douglas y algunos nobles escoceses decidieron que ése era un buen momento para atacarlo, así que enviaron por William Wallace.

Wallace y Douglas rápidamente acordaron un operativo que le agradaría a toda Escocia. Atacaría a William de Ormesby, el máximo funcionario judicial inglés en Escocia, quien calculadoramente había establecido la sede de sus tribunales en Scone. Era un lugar destacado en la tradición escocesa y se le respetaba. En el remoto pasado había sido la capital de los pictos. Su abadía fue el recinto donde se guardó la piedra sagrada para las coronaciones hasta que Eduardo la robó y desde tiempo inmemorial se habían decidido cuestiones importantes para el pueblo en reuniones celebradas en Moot Hill, una colina de Scone.

Parece ser que Ormesby consideró que fijar su sede en Scone le conferiría validez a sus actuaciones e imponía fuertes multas a los escoceses que se negaban a acudir a Scone a instancias suyas. Si no pagaban la multa los declaraba “fuera de la ley” y al estar desprotegidos por ésta eran, por lo tanto, presa fácil de ladrones o asesinos. Era el equivalente temporal de la excomunión. Arrogante en la victoria, Ormesby demostró su prudencia ante el peligro, pues juntó su oro y sus documentos y salió a toda prisa de Scone cuando se enteró de que el ejército escocés se aproximaba.

Wallace era pobre, no tenía nada que perder, pero Douglas no. Cuando Eduardo se enteró de que se habían apoderado de Scone, ordenó la confiscación de las extensas propiedades que Douglas tenía en Inglaterra. Más adelante se capturó al mismo Douglas y se le envió de regreso a Berwick, donde murió en menos de un año cargado de grilletes y pesadas cadenas en una prisión abyecta.

Después de Scone, Wallace arrasó con el norte, sin que le escasearan los reclutas. Incluso se le unieron algunos miembros de la nobleza escocesa, aunque frecuentemente sin ceder en su insistencia exasperante respecto de sus prerrogativas individuales: combatían cuando, donde y como decidían, por sí solos, reticentes a reconocer del todo a un dirigente militar supremo en el campo de batalla. Como contrapeso a esto, Wallace impuso una firme disciplina a las tropas bajo su mando. Se nombraba dirigente a uno de cada cinco hombres, al igual que a uno de cada veinte, de cada cien y de cada mil. De esa manera las órdenes de Wallace podían trasmitirse rápido a cada hombre de su ejército y la desobediencia de las mismas o la desobediencia a cualquier dirigente en cualquier nivel implicaba un solo tipo de castigo: la

muerte. Los dirigentes escoceses que lucharon separados de Wallace según las tradiciones de los clanes, no fueron verdaderos rivales para los ingleses, quienes los aporrearon con facilidad. Wallace era de otra casta. Dirigía el ejército mejor organizado y más disciplinado de ambos contendientes, con la voluntad de un fanático y con una sorprendente habilidad militar, condiciones que aún no conocían los ingleses. Éstos pensaban que una vez más iban a castigar a un maratón de miembros de clanes a punto de desintegrarse.

Preparándose para su batalla más famosa, Wallace puso sitio a Dundee y envió una gran fuerza a la abadía de Cambuskenneth. Esas medidas constituían una amenaza para el Castillo de Stirling y los ingleses tuvieron que responder. Un experimentado ejército formado por cincuenta mil soldados de infantería y mil de caballería hizo frente al ejército de Wallace formado por menos de cuarenta mil soldados de infantería y apenas ciento ochenta de caballería. Wallace era un guerrillero que nunca antes había comandado una fuerza militar tan grande. El comandante inglés era John de Warenne, conde de Surrey y gobernador de Escocia, quien podía recurrir a toda una vida de experiencia práctica como comandante militar. El ejército inglés llevaba armas reglamentarias, en tanto que los hombres de Wallace, muchos de los cuales habían perdido a los jefes de sus clanes en batallas previas, llevaban lanzas largas y hachas. Como armadura, sólo traían puestas túnicas dobles rellenas de hilachas o estopa para protegerse de los cortes con espada. Casi todos iban descalzos y, en gran medida, estaban desprovistos de pertrechos, sin embargo, iban perfectamente equipados con un gran odio contra los invasores y una gran estima hacia su dirigente.

Wallace sabía que los ingleses marcharían hacia donde él estuviera desde el Castillo de Stirling al sur. Para llegar hasta donde él estaba, tendrían que cruzar el río Forth (que aumentaba su caudal con la marea) por el puente de Stirling (una estructura de madera que no permitiría el paso de más de dos jinetes con sus cabalgaduras a la vez). Colocó a sus hombres en la parte norte del puente, ocultos entre los densos setos, con órdenes estrictas de mantenerse escondidos hasta que se les indicara avanzar. Gracias a la disciplina impuesta por Wallace, miles de hombres ansiosos de combatir obedecieron esa orden al pie de la letra. Los ingleses sabían que los escoceses estaban por allí en alguna parte, aunque no sabían con exactitud dónde ni cuántos eran. Por qué no destruyeron el puente los escoceses? Debería usarse uno más amplio que estaba río arriba para flanquearlos? Por último, el obispo Cressingham, tesorero del rey y recaudador de impuestos para Escocia, impuso su opinión al exigir que no se desperdiciaran los limitados recursos prolongando el asunto. El ejército inglés comenzó a cruzar el puente estrecho.

Wallace necesitó de toda su autodisciplina para aguardar a que se dividiera al máximo el ejército inglés a ambos lados del río. Se había calculado que cruzar les tomaría un mínimo de once horas. Primero fueron unos jinetes a comprobar la resistencia del puente. Una vez que lo atravesaron se desplegaron del lado de los escoceses en forma de un piquete semicircular para proteger el cruce. Luego venían los soldados de infantería y los arqueros galeses. Hora tras hora sus contrarios permanecieron agazapados en posición incómoda detrás de los setos, donde se habían colocado desde la noche anterior. Por fin, a las once de la mañana Wallace decidió que la fuerza que se hallaba en la ribera escocesa era lo suficientemente grande para que la derrota fuera un golpe aplastante y lo

suficientemente pequeña para derrotarla de manera rápida y definitiva, porque los escoceses la superaban en número. Se dio la señal.
Desde los setos salieron en tropel decenas de miles de escoceses feroces gritando. A los ingleses les pareció que se trataba de un sinfín de enemigos. Atravesaban a saltos el campo descubierto, descalzos y con las piernas desnudas, blandían lanzas de casi dos metros de largo y largas hachas curvas y una que otra claymor, la mortífera espada escocesa de dos filos. De cada garganta salían alaridos espeluznantes y gritos de batalla. Wallace tenía a sus mejores hombres a la derecha y éstos cargaron contra el flanco izquierdo del ejército inglés. A golpe de espada muy rápido se abrieron camino y lograron controlar el extremo norte del puente, de modo que no pudieron atravesarlo refuerzos del otro lado. Los ingleses que se hallaban en el lado escocés estaban ahora atrapados en un recodo del río que ahora iba crecido con la marea que entraba. Con el peso de sus armaduras y cotas de malla, pronto se ahogaron.
Sin poder hacer nada, de Warenne veía cómo despedazaban a su caballería y a sus arqueros y los tiraban del puente o de la ribera para que se ahogaran en el caudal de la marea que aumentaba a toda prisa. Dio la orden de retirada, pero los escoceses no iban a permitir que fuera ordenada. Tan pronto como se despejó el puente, Wallace envió a sus hombres que fueran en feroz cacería tras ellos para acuchillar a los rezagados. Cuando llegó la noticia de la fuga desordenada a los nobles escoceses que no habían querido combatir a las órdenes del plebeyo Wallace, muchos decidieron participar en la persecución. Miles de soldados ingleses corrían para ponerse a salvo, sin tiempo para comer o dormir. Se les alejaba de los caminos, se les perseguía en los bosques y en las colinas. Día con día se reducía el número de los perseguidos, en tanto que la banda de cazadores aumentaba a medida que más y más se unían a la persecución. El objetivo no era lograr prisioneros. Los escoceses sólo querían matar y luego continuar la persecución para volver a matar. En el puente se desolló el cadáver del obispo Cressingham y un pedazo de su piel se le ofreció a Wallace como forro para el cinturón del cual colgaba su espada.
Wallace reunió lo que pudo de su ejército disperso y reclutó a más gente. En pocos meses había recuperado Stirling, Berwick, Dundee y Edimburgo. Después de asegurar a Escocia, ordenó una expedición punitiva para quemar los pueblos ingleses al otro lado de la frontera, e incursionó en Cumberland y Westmoreland.
De nuevo es Escocia, Wallace que hubiera encontrado poca oposición al reclamar el trono si ése hubiera sido su objetivo, fue nombrado caballero y escogió el título de “Guardián del Reino”. Había aportado algo de organización y unidad nacional a su país, pero era un combatiente no un político y los nobles escoceses seguían confabulados para conservar su preciada independencia frente a una autoridad superior.
Escocia estaba libre aunque había recuperado su libertad de una Inglaterra que funcionaba sin el temible rey Eduardo I el cual estaba casi siempre alejado del país ocupado en su guerra con Francia. Cómo reaccionaría ante la pérdida de Escocia?
Su reacción consistió en iniciar prolongadas negociaciones con Francia para estar en libertad de ocuparse de la amenaza que pendía en el dintel de su propia casa. En 1294 se pactó que el rey Eduardo se casaría con la princesa Margarita, hermana del rey Felipe, en tanto que el hijo y heredero de Eduardo,

el príncipe Eduardo, se casaría con Isabel, hija del rey Felipe. Esta doble alianza matrimonial hizo que una negociación adicional se volviera una simple cuestión de procedimiento y así, en 1297, Eduardo pudo dirigir su atención y la mayor parte de su poderío militar al problema con Escocia.
De regreso en Inglaterra, el primer acto oficial de Eduardo fue convocar un Parlamento en York y ordenar a los nobles escoceses que se presentaran también, con la advertencia de que a cualquiera que no se presentara automáticamente se le juzgaría traidor. No acudió ninguno y no porque fueran seguidores de Wallace sino porque no reconocían una autoridad superior a sí mismos. Hubo más que no acudieron por temor a una traición.
Eduardo condujo a su ejército al norte por una tierra yerma. Se habían quemado todas las siembras y se había alejado el ganado de la zona de guerra. Los barcos ingleses esperaban con provisiones en el Firth of Forth, pero Wallace bloqueaba el acceso. Los ingleses habían confiado en que podrían aprovisionarse por el camino y luego recibir suministros frescos en el Firth, pero ahora no sucedería ninguna de las dos cosas. Wallace basó su estrategia en el hecho de que, tarde o temprano, el hambriento ejército inglés tendría que retirarse en busca de comida y entonces él lo atracaría y perseguiría. Desdichadamente, dos condes escoceses decidieron usar a los ingleses para librarse de Wallace, el plebeyo, y mandaron informantes a Eduardo. Le dijeron que el ejército de Wallace estaba escondido cerca de Falkirk, a unos kilómetros de allí, en espera de la retirada de los ingleses. Eso fue todo lo que Eduardo quería saber. “No necesitan seguirme –dijo- iré a su encuentro hoy mismo!”.
Para el anochecer de ese mismo día, el ejército inglés se había desplazado a muy corta distancia de Falkirk. Después de un descanso, Eduardo lo condujo durante las horas de oscuridad y cuando salió el sol los ingleses pudieron ver al ejército escocés acampado en la parte media de una colina, frente a ellos. Wallace contaba apenas con unos cientos de soldados de caballería comandados por John Comyn el Rojo y unos cuantos arqueros armados con el tosco arco corto de las Tierras Altas, que no rivalizaba en alcance o poder con el arco largo de los galeses de Eduardo. La mayoría de los escoceses llevaban la lanza de casi dos metros de largo y estaban formados en tres esquiltrones (círculos huecos de lanceros que formaban una valla erizada de puntas de lanza, con reservas en el centro para los que caían). Estas eran eficaces contra la caballería pero casi inútiles en el combate cuerpo a cuerpo y no servían de defensa contra los arqueros ingleses cuyo alcance era considerable. Wallace colocó a sus propios arqueros entre los esquiltrones con una pequeña unidad de caballería en reserva para utilizarla según el curso de la batalla dictara, primordialmente para romper las formaciones de arqueros, contra los cuales no había defensa.
Tanto Comyn el Rojo como Sir John Stewart, que comandaba a los arqueros escoceses, argumentaron antes de la batalla que debido a que su linaje y títulos eran superiores a los de Wallace, ellos debían tener el comando supremo. La opinión de Wallace prevaleció, aunque le costaría muy caro. Al primer ataque de los ingleses, Comyn el Rojo y sus arqueros abandonaron el campo de batalla y dejaron a Wallace sin protección ni reservas. Sir John Stewart cayó con sus tropas en los primeros momentos del combate.
Durante un rato los esquiltrones resistieron los ataques ingleses y pareció que los escoceses volverían a ganar. Sin embargo Eduardo decidió intentar una

táctica diferente y los escoceses con su coraza de trapos de lana enfrentaron un arma del todo nueva para ellos en el campo de batalla, un arma contra la cual no tenían ahora ninguna defensa. Eduardo hizo que se retiraran sus tropas y alineó a sus arqueros. Las flechas disparadas con suficiente fuerza para traspasar armaduras metálicas ligeras y cotas de malla no tuvieron problema con las toscas corazas de trapo de los escoceses. Nube tras nube de flechas cayeron sobre los esquiltrones de lanceros, quienes caían en sus sitios sin oportunidad de responder con un golpe. La medida adecuada para contrarrestar eso habría sido lanzar a la caballería contra los arqueros como bien sabía Wallace, pero ésta se había ido. Como no podían hacer otra cosa aparte de permanecer en su sitio y morir, los esquiltrones comenzaron a desintegrarse. Al ver eso, Eduardo envió a su propia caballería en un amplio movimiento envolvente por la retaguardia y los escoceses emprendieron una fuga desordenada. Por fortuna, Wallace había colocado a sus tropas cerca de los bosques y quienes corrieron a esconderse allí fueron una presa más difícil para la caballería pesada que los perseguía. Sir Brian de Jay, Maestre de los Templarios ingleses, persiguió a Wallace hasta un seto y allí éste lo mató.

Cuando la batalla y la fuga concluyeron, yacían en el campo de batalla los cadáveres de diez mil escoceses. Los nobles de Escocia no desaprovecharon la oportunidad para denigrar a Wallace y se negaron a seguirlo. Basado en la alianza con Francia, Wallace fue con el rey Felipe en busca de ayuda para su país. A manera de respuesta, Felipe encadenó a Wallace y escribió a Eduardo ofreciéndole la entrega del prisionero. Eduardo expresó su gratitud y pidió que por el momento se mantuviera a Wallace en Francia. A continuación, Felipe cambió de opinión y liberó a Wallace. En vez de la ayuda militar por la que Wallace había venido, Felipe le dio una carta para el Papa en la que solicitaba la ayuda del pontífice. No hay constancia de que Wallace la haya usado jamás.

Hacia 1304, John Stewart de Menteith, que había sido amigo de Wallace y lo había apoyado, se pasó al lado de los ingleses, quienes lo recompensaron con el cargo de alguacil de Dumbarton. A mediados de ese año se le acercó un hombre llamado Jack Short, un sirviente de Wallace. Deseaba cobrar una recompensa ahora que su amo era un fugitivo sin futuro, e informó que Wallace estaba en Robroyston, cerca de Glasgow. Menteith convino en que él mismo iría a la posada en busca de Wallace y, si lo encontraba allí, indicaría a los soldados (que se presentarían allí) que ése era el hombre que buscaban, volteando una hogaza de pan en la mesa. En efecto, Menteith encontró a su viejo amigo Wallace y se sentó a la mesa con él. Cuando entraron los soldados, Menteith hizo lo convenido y en ese momento se tomó preso a Wallace.

De inmediato cargaron de cadenas a Wallace y lo trasladaron a Londres. El 22 de agosto de 1305, un día después de su llegada, se le sometió a juicio en la Gran Sala de Westminster. Se había construido una plataforma para exhibirlo y se le puso una corona de laurel en la cabeza, una burla, dirían algunos escoceses, no muy diferente a la burla de los soldados romanos cuando le colocaron a Jesucristo una corona de espinas en la cabeza. Se le acusó de una larga lista de crímenes contra la corona, incluyendo traición, sedición, asesinato e incendio premeditado. Como se le había declarado fuera de la ley, no se le permitió decir ni una sola palabra en su propia defensa. Lo encontró culpable un jurado de cinco jueces que lo sentenció a morir colgado, arrastrado y descuartizado.

Antes de una hora de pronunciada la sentencia, se puso en práctica. Se llevó a Wallace de Westminster a la Torre. Allí un cortejo que lo aguardaba se ocupó de llevarlo al sitio de ejecución en Tyburn, para lo cual lo arrastraron con caballos a lo largo de las calles donde había una multitud de espectadores. Anticipándose a la sentencia, se había levantado más el patíbulo de Tyburn para ofrecerle una buena vista a toda la gente. Se le colocó un lazo en el cuello y se le izó lentamente mientras se retorcía por la asfixia y luego lo bajaron antes de que estuviera muerto. Después de "revivirlo", lo castraron, luego le hicieron un pequeño corte en el vientre, a través del cual le extrajeron poco a poco las vísceras, con lo que por fin le dieron muerte. Se le cortó la cabeza y la colocaron en una pica, encima del puente de Londres. El cuerpo se descuartizó en cuatro partes y se saló. Se enviaron al norte los pedazos para que se exhibieran en Newcastle, Perth, Berwick y Stirling como prueba de su muerte y como ejemplo para otros que trataran de emular a su dirigente. El mayor patriota de Escocia había tenido la muerte más atroz que hubieran podido soñar para él las mentes más sangrientas. Su herencia fue un profundo odio latente.

El 10 de febrero de 1306, después del asesinato de Wallace, Robert Bruce se reunió con John Comyn el Rojo en el monasterio franciscano de Dumfries. Como ya habían muerto su abuelo y su padre, Bruce era un pretendiente directo al trono de Escocia. Comyn el Rojo, el mismo que se había ido con la caballería de Wallace en la Batalla de Falkirk, asumió el derecho de los Baliol al trono con base en un parentesco lejano. Bruce y Comyn discutieron frente al altar mayor y la discusión se volvió tan acalorada que el primero sacó su daga y se la encajó a su rival en un costado hasta la empuñadura. Salió de la iglesia y dijo a sus seguidores: "No sé si maté a Comyn el Rojo". Uno de sus seguidores desenfundó su largo puñal de las Tierras Altas y en respuesta dijo en voz alta: "Me aseguraré!" y luego entró en la iglesia a dar el golpe mortal.

Moviéndose rápido para no dar tiempo a que ningún enemigo reaccionara, Bruce se fue directo a Scone. En respuesta a su llamado, el obispo Wishart de Glasgow acudió allí con las túnicas para la coronación. Se le unió un grupo de obispos y nobles que sabían perfectamente que su sola presencia en la ceremonia les ganaría la enemistad perenne de Eduardo I quien se hallaba en Inglaterra sin sospechar siquiera que la paz escocesa estaba a punto de romperse.

La heroína de la ocasión fue Isabella, condesa de Buchan. Era esposa de un Comyn, ahora enemigo encarnizadamente sangriento de Bruce. Para ella era más importante ser también la hija del conde de Fife, un decidido defensor del derecho de Bruce al trono. Al saber de la inminente coronación exigió que le ensillaran el caballo más veloz de sus establos y sin conocimiento de su marido se fue a Scone tan rápido como pudo. Al llegar justo antes de la ceremonia, afirmó que como su hermano, el actual conde de Fife, se encontraba demasiado lejos para estar presente, ella ejercería el derecho hereditario de colocar la corona de Escocia en la cabeza del rey legítimo. Tan impresionados estaban los paisanos por el ánimo de Isabella como por cualquier derecho legítimo, así que le concedieron el honor y Bruce se convirtió en el rey Roberto de Escocia.

Cuando se informó a Eduardo de la coronación del nuevo rey escocés, explotó. Envió órdenes a su lugarteniente en Escocia, Aymer de Valence, de matar a todos los seguidores de Bruce. El ejército que se reunía en Inglaterra para la

nueva invasión de Escocia no tomaría prisioneros. En gran parte debido a su mala salud pero también como un intento de hacer que su afeminado hijo, el príncipe Eduardo, asumiera alguna responsabilidad propia de hombres, nominalmente Eduardo puso el ejército al comando del joven, quien fue el primer heredero al trono inglés que llevó el título de Príncipe de Gales.
Para dar un carácter ceremonial a la nueva condición del príncipe Eduardo, lo armaron caballero en Westminster junto con doscientos setenta jóvenes que lo acompañarían a la guerra, lo cual constituyó un gran acontecimiento caballeresco. En ese tiempo, la ceremonia formal exigía que el joven a quien se armaría caballero se preparara para la ceremonia desde la noche anterior. Se le afeitaba y se la daba un baño perfumado (en marcado contraste con los caballeros Templarios quienes hacían votos de no bañarse y no afeitarse). Después de eso, el candidato se pasaba la noche en una capilla orando y meditando mientras velaba su armadura y sus armas. En esta ocasión, ninguno de los sitios disponibles fue suficientemente grande para dar cabida a todos los candidatos y a muchos se les alojó en el recinto Templario de Londres. Hubo que talar algunos de los árboles del huerto para que cupieran las tiendas de los candidatos con sus sirvientes y ayudantes. La mayoría pasó la vela de armas en la Abadía de Westminster y muchos lo hicieron en la iglesia Templaria. Es interesante señalar la muy buena reputación que tenían los Templarios con la familia real inglesa en esos momentos, apenas unos cuantos meses antes de su arresto en Francia.
La ceremonia misma llenó la Abadía de Westminster con más gente que en ninguna ocasión anterior. Con el apretujamiento de la multitud reunida para contemplar el histórico espectáculo, murieron asfixiados dos hombres ante el altar mayor. Después de que el príncipe y sus nuevos compañeros fueron armados caballeros con la acolada, todos los presentes se fueron a un gran festejo. Allí el rey hizo el juramento de vengar el asesinato de Comyn el Rojo y de no descansar hasta haber matado a Robert Bruce. Lo siguió el joven príncipe con el juramento de no volver a dormir más de una noche en el mismo lugar en tanto no conquistara Escocia. En los festejos participaban dos jóvenes recién armados caballeros que iban a desempeñar papeles destructivos en el futuro del príncipe inglés: Roger de Mortimer, quien se convertiría en amante de Isabel de Francia después de que ésta hubiera desposado al futuro rey y Hugh le Despenser el joven, quien años después se convirtió en el amante del futuro rey con quien acababan de armarlo caballero.
Entretanto, en Escocia, Aymer de Valence acataba concienzudamente las órdenes de Eduardo I. Cuando avanzaba hacia Perth se topó con Bruce y el ejército recién formado de éste dispuesto a entrar en combate con los ingleses. Los escoceses se sintieron complacidos cuando los ingleses rehusaron enfrentárseles y al final se retiraron del campo de batalla a descansar y festejar de modo triunfal la renuncia de su enemigo que había actuado con cobardía. Desprevenidos por completo los sorprendió el ejército inglés y en su confusión los derrotaron con facilidad.
Bruce se retiró a las colinas y luego buscó refugio en las Islas Occidentales con lo que quedaba de su ejército. Los dispersos escoceses apenas reunidos días antes y ahora sin dirigente, no pudieron hacer otra cosa que intentar regresar a sus hogares y en el camino fueron presa fácil de los ingleses todavía organizados. Al seguidor de Bruce que cayó en sus manos se le ejecutó de acuerdo con las órdenes del rey inglés. Nigel, el hermano de Bruce, cayó

prisionero y se le llevó al castillo de Berwick, donde se le colgó en público. A sus hermanos Thomas y Alexander se les apresó juntos y se les arrastró por las calles atados a las colas de los caballos hasta llegar al patíbulo que les aguardaba.
Aymer de Valence conocía a su rey. Cuando se capturó a la condesa de Buchan, no la ejecutó sino que mandó pedir instrucciones a Eduardo. No tardaron en llegar. Como seguía furioso de que la condesa hubiera dejado a su esposo (leal a Eduardo) para colocar en persona la corona escocesa en la cabeza de Robert Bruce, decidió concederle una corona. Ordenó que una jaula construida en forma de corona se colocara en una de las torretas del castillo de Berwick. Allí se colocó a la condesa impenitente y cuando hacía buen clima se colgaba la jaula de una viga en el exterior para que todo el mundo viera cuál era el precio por ofender a Eduardo de Inglaterra. Se nombró a dos damas inglesas, a quienes se interrogó para asegurarse de que no simpatizaban con la condesa, para que atendieran las necesidades de alimentación e higiene de ésta, para mantenerla viva el mayor tiempo posible. El esposo de Isabella, Comyn el Negro, estuvo completamente de acuerdo con el castigo y ni siquiera hizo el intento de hacerle más cómoda su reclusión. Al final, después de cuatro años en su jaula en forma de corona, se transfirió a la condesa a encierro en un monasterio. Sólo después de la muerte de su esposo, muchos años después, algunas amistades pudieron intervenir y obtener su libertad.
El rey Roberto había sido culpable de obligar a su pueblo a participar en la batalla antes de estar preparado. Se supone que ese invierno, mientras reflexionaba sobre sus errores y planeaba cómo hacer para volver a empuñar la espada contra Inglaterra, vio que una araña trataba una y otra vez de sostener su tela hasta lograrlo. Independientemente de cuál haya sido la fuente de su inspiración, el rey escocés regresó a territorio escocés la primavera del año siguiente listo para la guerra. Una vez más, Eduardo I reunió un ejército inglés y en esta ocasión decidió conducirlo él mismo. Como ahora estaba demasiado débil para cabalgar, acompañaba al ejército en una litera. No concluyó el viaje, pues murió en el camino en julio de 1307, sólo tres meses antes de los arrestos masivos de los Templarios en Francia.
Si Eduardo hubiera vivido, es dudoso que Felipe de Francia hubiera podido realizar su medida contra los Templarios. De acuerdo con la Orden del Temple, Eduardo habría constituido un oponente demasiado temible, porque fue uno de los reyes más poderosos de Inglaterra. Por fortuna para Felipe, el joven Príncipe de Gales que ahora se convirtió en Eduardo II fue quizá el peor monarca y el más débil que haya ocupado el trono inglés.
A lo largo de su reinado, Eduardo I había intentado sin cesar obtener el control de Escocia y al hacerlo había puesto en movimiento una enemistad enconada de los escoceses contra los ingleses, la cual duraría generaciones; sus huellas todavía persisten. En su tumba en la Abadía de Westminster se lee la siguiente inscripción: “Aquí yace Eduardo, el martillo de los escoceses”. Aunque a su hijo le heredó una Escocia enardecida con un renovado fervor patriótico y al mando de un rey con la determinación de “martillar” por su cuenta al enemigo inglés, también dejó una Escocia lista para acoger y dar refugio a cualquier combatiente que estuviera escapando de la autoridad inglesa. Los Caballeros Templarios escaparían de esa autoridad debido a la brutal supresión de los de su Orden, a consecuencia del conflicto que había estado creciendo entre Felipe IV de Francia y los Papas de la Santa Iglesia Romana.

CAPITULO 8
CUATRO VICARIOS DE JESUCRISTO

A la muerte del Papa Nicolás IV en 1292, los cardenales se dividieron en dos facciones encabezadas, como sucedió en varias ocasiones de este tipo, por las dos familias principales de Roma, los Colonna y los Orsini. Como ninguna facción pudo lograr la elección, los cardenales hicieron lo que con frecuencia han hecho. Eligieron a un anciano a quien no le quedaba mucho tiempo de vida y sin compromisos con ningunas de ellas. En este caso eligieron a Pietro Morrone, un cura campesino que nunca había ocupado un cargo importante dentro de la jerarquía eclesiástica. Sus seguidores, llamados celestinos, llevaban una existencia austera de ayuno y autoflagelación. No se les permitía reír porque aunque las escrituras decían que "Jesús lloró", en ninguna parte decían que Jesús hubiera reído. Esa vida le convenía a Morrone quien no deseaba ser Papa. Sin embargo se pasaron por alto sus objeciones y de su cueva en las montañas se le llevó a Nápoles donde se convirtió en el Papa Celestino V. Carlos II, el rey francés de Nápoles, hijo de Carlos de Anjou, dominó con facilidad al nuevo Papa, quien ya padecía los problemas de la senilidad. Era confuso y vago, aunque lo suficientemente dócil para nombrar trece nuevos cardenales, de los cuales tres eran napolitanos y siete eran franceses.

Pronto vieron los cardenales que habían cometido un error. Lo que habían considerado que sería un Papado neutral resultó estar bajo la influencia de una tercera facción en crecimiento, las monarquías francesas de Francia y Nápoles. La respuesta de los cardenales fue proponer la abdicación de Celestino V. El más ambicioso de ellos, Benedetto Gaetani, fue más allá de la simple sugerencia y recurrió a la presión y la persecución. Corre la leyenda de que Gaetani hizo que se practicara un agujero oculto tras un tapiz en la pared de la habitación del Papa y que le habló a través de él durante la noche. Le dijo que era la voz de un mensajero de Dios que le transmitía la orden del Todopoderoso de que renunciara al trono de Pedro. El Papa anunció que debía irse porque su edad y su salud decaída lo habían vuelto incapaz de gobernar bien la Iglesia. Se aceptó su renuncia.

De nuevo los cardenales enfrentaban el problema de decidir entre el candidato de los Colonna y el de los Orsini. Cuando el mismo Gaetani se propuso como candidato independiente de ambas facciones, no parecía tener mucha probabilidad de que lo eligieran. Sin embargo se había congraciado con Carlos de Nápoles y los intereses franceses, lo cual, a consecuencia de los recientes nombramientos de nuevos cardenales que hizo Celestino, constituía el voto decisivo. El grupo francés que respaldaba a Gaetani buscó una alianza con los Orsini. Como éstos por su parte estaban determinados a bloquear a cualquier candidato de los Colonna, dieron a Benedetto Gaetani su apoyo y éste se convirtió en el Papa Bonifacio VIII.

Un problema para el Papado de Bonifacio VIII fue que mucha gente no aceptaba que un Papa elegido con intervención divina, pudiera renunciar al plan divino y en consecuencia sostenía que Celestino seguía siendo el verdadero Papa y Bonifacio no era sino un impostor. Algunos peregrinos comenzaron a visitar al antiguo Papa, le reverenciaban y recibían sus bendiciones. Esto era más de lo que Bonifacio VIII estaba dispuesto a tolerar,

por lo que hizo atrapar y encerrar a Celestino en una celdita en la cual el perplejo anciano apenas podía estirarse. Murió en la primavera de 1296.
Desde el punto de vista que se considere, Bonifacio VIII fue el mayor paladín del Papado o el más egomaníaco de los Papas. Sostenía que tenía autoridad sobre todos los reinos y principados de la cristiandad y sobre todos los seres humanos que había sobre la faz de la Tierra. También se dio tiempo para ocuparse de sus enemigos. La familia de los Colonna no sólo se había opuesto a que lo eligieran Papa sino que seguía afirmando que como eso había sucedido cuando todavía vivía Celestino, su elección no era válida. Exigían que dejara el trono de Pedro. Bonifacio decidió acabar con esa familia de una vez y para siempre.
A los dos cardenales Colonna se les despojó de los privilegios como príncipes de la Iglesia. Luego condenó a todos los miembros de esa familia pasados y presentes y propuso que se confiscaran sus tierras y se entregaran a la Iglesia. Además hizo una advertencia pública en el sentido de que con la caída de los dos cardenales, todo el mundo reconocería que la Santa Sede sabía como enfrentar a sus enemigos. Los Colonna replicaron con la acusación de que no se había elegido de manera válida a Bonifacio y que, por lo tanto, no era el verdadero Papa. Recitaron una lista de crímenes e irregularidades cometidos por él. La respuesta de Bonifacio a eso fue declarar la confiscación de las propiedades de los Colonna para que se entregaran al Papado y declarar que ningún miembro de los Colonna podría recibir las órdenes sacerdotales durante las cuatro generaciones siguientes. Caracterizó su combate contra la familia Colonna como una guerra santa y prometió a todos los participantes que simpatizaran con su causa las mismas indulgencias y privilegios que se habían otorgado a los cruzados. Los Orsini aprovecharon la oportunidad para eliminar por fin a los enconados rivales y a ellos se unieron otros miles que iban en pos de los beneficios prometidos por el Papa. Uno tras otro, los castillos pueblos y fortalezas de los Colonna fueron cayendo en manos del ejército papal hasta que sólo les quedó Palestrina, su fortaleza más poderosa. En ese sitio casi inexpugnable se habían refugiado los dos cardenales Colonna. Después de algún tiempo, Bonifacio cesó el sitio y prometió el perdón absoluto, la seguridad personal de los ocupantes y no hacer daño a su propiedad. No tuvo problema para no cumplir las tres promesas y la familia Colonna perdió su poder, aparentemente por lo menos.
Bonifacio VIII siguió imponiendo su autoridad a todos los Estados de Europa con diversos grados de éxito. Encontró resistencia de parte de Eduardo I de Inglaterra, lo cual en muchas ocasiones obligó a llegar a un acuerdo. Sin embargo, el mayor obstáculo para las ambiciones papales fue Felipe IV de Francia. En 1296, Felipe había decretado un impuesto sobre las propiedades e ingresos de la Iglesia en Francia con el objeto de financiar su guerra incesante con Inglaterra. El Papa denunció ese impuesto como un mal uso del poder secular y afirmó que ni las propiedades ni los ingresos de la Iglesia podían estar sujetos a impuestos sin la autorización expresa de Roma, así que exigió la revocación del mismo. Felipe respondió con una nueva ley que prohibía la exportación de oro y plata desde Francia sin su permiso expreso, lo que, de hecho, impedía que los sustanciales ingresos de la Iglesia francesa se enviaran a Roma. Este bloqueo sí le hizo daño al Papado y en 1297 se llegó a un acuerdo provechoso para Felipe.

Sin embargo en menos de dos años Bonifacio encontró la forma de incrementar su fortuna y poder sin requerir de la cooperación de los príncipes seculares. Desde tiempo atrás, el fin de un siglo había sido ocasión de una celebración religiosa, pero Bonifacio transformó 1299 en un gran jubileo. Prometió la absolución a todos los peregrinos que acudieran a Roma y permanecieran allí quince días de ese año y acudieron en tal cantidad que algunos historiadores afirman que llegó a un máximo de dos millones de visitantes. El pueblo de Roma nunca había tenido la experiencia de un negocio tan considerable con los peregrinos ni tampoco había visto tal derrame de dinero en la ciudad. Se esperaban donativos para la Iglesia como parte del peregrinaje y se recibieron tantos que en la Iglesia de San Pablo los sacerdotes se mantenían detrás del altar con rastrillos de madera para quitar el oro y la plata tan pronto como lo depositaban lo peregrinos, cargados de regalos, que se habían abierto paso hasta el altar. Bonifacio estaba exultante. Se dice que se puso la insignia del antiguo Imperio Romano y que se daba el título de César. Cuando salía hacía que levantaran dos espadas ante él como símbolo de su autoridad dual sobre los mundos espiritual y secular y que lo precedieran heraldos que proclamaban: ”Contemplad, soy César!”. Embriagado y alentado por su nueva riqueza, Bonifacio reanudó su combate con Felipe de Francia.

Felipe había hecho muchas cosas que desafiaban y enfurecían a Bonifacio. Entre otras, él mismo se había apropiado de tierras eclesiásticas y había brindado santuarios a los enconados enemigos personales de Bonifacio, los Colonna. Bonifacio convocó al clero a un concilio en Roma, el cual se realizaría a finales de año, con el objeto de examinar los problemas entre la Iglesia y Francia. Advirtió a Felipe que no interviniera, pero éste sí lo hizo, pues convocó por su parte a una gran asamblea. Fue la primera vez que se convocó a un tercer Estado: el pueblo de Francia. Los primeros dos Estados, el clero y la nobleza, siempre habían bastado, pero ahora había que reunir al pueblo en caso de que el rey tuviera un enfrentamiento directo con el Papa. Los nobles y los plebeyos hicieron rápidamente causa común con el rey y respaldaron la opinión de que Felipe accedía al trono por derecho divino, no a través del Papa. Solicitaron a los cardenales que lo reprendieran y disciplinaran. El clero francés confirmó su lealtad a Felipe aunque argumentó que también debía fidelidad a Roma y por lo tanto debía responder al llamado papal al concilio de noviembre. El rey se negó de modo rotundo a permitir que algún miembro del clero de Francia asistiera a un concilio convocado para criticarlo.

Ante esta última provocación y en contra de lo que aconsejaban varios cardenales, Bonifacio promulgó su histórica bula *Unam Sanctam* en la cual afirmaba la superioridad del Papado por encima de todos los gobernantes seculares y declaraba además que “una condición de la salvación es que todos los seres humanos se sometan al pontífice de Roma”. Esa bula fue y es la declaración más firme de la supremacía papal que haya hecho alguien.

Bonifacio advirtió al clero francés que si no asistía al concilio de Roma mercería su ira y su castigo. Felipa advirtió a los clérigos que cualquiera que asistiera se vería privado de todas sus propiedades en Francia. Unos cuantos clérigos franceses corrieron el riesgo, pero el concilio fracasó por falta de asistentes.

Igual que hizo repetidas veces en el futuro, el rey Felipe recurrió al talento especial de Guillaume de Nogaret, a quien los historiadores describen como “abogado”, “ministro” y “agente” de Felipe. En abril de 1303, de Nogaret propuso ante un concilio celebrado en Francia que se proclamara que Bonifacio

estaba incapacitado para ocupar el trono de Pedro. Su argumentación fue que la Iglesia se había casado con el Papa Celestino V y que había cometido adulterio al robarse a la esposa del antiguo Papa cuando éste todavía vivía. Tres meses después, de Nogaret volvió a aparecer, en esa ocasión con una lista de veintinueve acusaciones contra el pontífice. Acusaba a Bonifacio de herejía, sodomía, de robarle a la Iglesia para enriquecer a la familia, de revelar secretos de confesión, de asesinato y de otras cosas por el estilo, incluyendo la extraordinaria acusación de que el Papa mantenía relaciones sexuales en secreto con su demonio favorito que vivía en el anillo papal. Por toda Francia se difundió ese documento con el fin de obtener respaldo popular para el rey. Mientras tanto, Felipe hizo un llamado a todos los príncipes de la cristiandad para que impugnaran a Bonifacio, aunque con escasos resultados. Sin embargo en Francia obtuvo un respaldo total. Casi toda la nobleza apoyó su llamado a la impugnación, así como más de veinte obispos, un montón de clérigos menores y los representantes franceses de los Caballeros Templarios y de los Hospitalarios.

Bonifacio tenía una última carta que podía jugar. Ya había proclamado en abril de 1303, un anatema, la más extrema forma de excomunión, en contra de Felipe. Para sorpresa suya, la proclamación tuvo el efecto indeseado de despertar la simpatía y la ira del pueblo francés. Luego anunció que el 8 de septiembre de 1303 pondría a todo el reino de Francia en interdicto. Esto no equivalía a una excomunión sino a una censura eclesiástica. Con ello el Papa podría excluir a todos los cristianos de Francia de recibir el bautismo, la sagrada comunión, la absolución e incluso la sepultura eclesiástica. Esa era la amenaza final contra Felipe porque podría provocar estallidos de rebeldía e incluso una revolución total. Felipe tomó la resolución de impedir la proclamación del edicto como fuera y se encomendó la tarea a Guillaume de Nogaret, su fiel agente. Se le unió con entusiasmo Sciarra Colonna, ansioso por atacar al enemigo más odiado de su familia.

Bonifacio había programado proclamar el interdicto desde el palacio de Anagni, propiedad suya ancestral en Italia. La víspera de la fecha en que se haría el anuncio, de Nogaret y Colonna que habían reclutado una pequeña fuerza local invadieron Anagni. Muchos de los habitantes salieron huyendo al saber que se acercaban. Encontraron el palacio casi desierto y fácilmente tomaron prisionero al anciano Papa de ochenta y seis años. Durante tres días lo sometieron a tortura verbal e incluso física. Colonna quería matar allí mismo a Bonifacio, pero de Nogaret lo contuvo. Por fin, al cuarto día, el pueblo de Anagni volvió a rescatar al Papa y expulsar a los invasores. El Papa regresó a Roma en muy malas condiciones físicas y mentales y murió allí pocas semanas después. Corre la leyenda de que él mismo se provocó la muerte golpeándose la cabeza contra la pared de piedra de su habitación. Hay otra leyenda que refiere que fueron otras manos las que se encargaron de hacerlo.

No hubo repercusiones ni condena por parte de los demás príncipes al rudo trato que Felipe dio al Sumo Pontífice. Tal vez vieron en Felipe a un paladín de las luchas que esos mismos príncipes sostenían para mantenerse libres del control papal. Sin protestas ni discusiones, en menos de diez días se nombró al sucesor de Bonifacio VIII y el nuevo Papa eligió el nombre de Benedicto XI. Inició su papado con una actitud conciliadora hacia Felipe IV de Francia. Hizo concesiones. Felipe las aceptó pero exigió más, por lo que su relación se deterioró. Felipe, que seguía rabioso contra el difunto Papa, exigió que

Benedicto XI convocara un concilio para proseguir con las acusaciones que se habían hecho contra su predecesor. Éste se enfureció y en julio de 1304 proclamó una severa reprimenda contra todos los que habían participado en el ataque a Bonifacio en Anagni y ordenó la excomunión de los participantes. Felipe se preparó para otra batalla, pero pocas semanas después de la condena del "crimen de Anagni" murió Benedicto XI. Hubo quienes sostuvieron que había sido víctima de envenenamiento por instrucciones de Felipe.

A continuación, Felipe dirigió su atención al hombre que llegaría ser el actor más importante del drama de la supresión brutal de los Caballeros del Temple: Bernard de Goth, arzobispo de Burdeos. La relación entre Bernard y Felipe no se basaba en una cooperación previa, pues se desagradaban intensamente uno a otro. No tenía su origen en el deseo de resolver las diferencias entre la Iglesia y el Estado: de Goth había estado siempre de parte de Bonifacio y en contra de Felipe. Éste quería tener un Papa a quien poder controlar y Bernard de Goth más que cualquier otra cosa quería ser Papa. Hicieron un trato.

Con una ambición que lo consumía, el arzobispo quería a cualquier precio los honores, la riqueza y el poder que tendría en sus manos como Vicario de Cristo. Felipe tenía en sus manos la posibilidad de nombrar Papa a de Goth ya que después de casi un año de negociaciones, discusiones y presiones políticas los cardenales seguían sin ponerse de acuerdo sobre quién sucedería a Benedicto XI. Ahora había tres facciones bien definidas. A las antiguas familias romanas de los Orsini y los Colonna (que habían recuperado su influencia) se habían añadido los cardenales franceses. Para poner fin a tal estancamiento, se llegó a la decisión de buscar un candidato que no fuera cardenal y la facción francesa convenció al cónclave de una idea singular: en un plazo no mayor de cuarenta días, los cardenales franceses elegirían a uno de tres candidatos propuestos por las otras facciones.

Se esperaba sin lugar a dudas que el arzobispo de Burdeos fuera uno de los tres propuestos en razón de su historia de oposición a Felipe y de apoyo a Bonifacio. Además no le debía fidelidad a Felipe porque en ese tiempo Burdeos estaba en territorio inglés. Al revisar la lista, el rey consideró que tenía al hombre que buscaba, que Bernard de Goth pasaría por alto cualquier enemistad y negaría cualquier postura previa con tal de que lo nombraran Papa. Con el control absoluto de los cardenales franceses, Felipe podía designar personalmente al candidato que sería el Sumo Pontífice.

Sólo quedaba la cuestión de hacer un trato con de Goth. Felipe cumplió su palabra con los Colonna a cambio de su apoyo y exigió la reinstalación de los dos cardenales. Todos los que habían luchado contra Bonifacio y a quienes se había castigado con la excomunión o la censura debían ser absueltos por completo. Debían suprimirse las bulas de Bonifacio y había que condenar de modo oficial al difunto Papa. Felipa iba a tener el derecho de imponer al clero francés un impuesto que representaría el diez por ciento de su ingreso bruto durante cinco años. Se dice que hubo otro pacto, mantenido en secreto, según el cual de Goth cooperaría en la supresión de los Caballeros Templarios. El arzobispo aceptó e hizo un juramento muy solemne por la hostia de cumplir su parte del trato. Un indicador de los verdaderos sentimientos entre ambos, fue que a Felipe no le alcanzó sólo con el sagrado juramento y exigió que el arzobispo entregara a sus hermanos y a dos de sus sobrinos como rehenes para garantizar el acuerdo. El 14 de noviembre de 1305 el rey cumplió su parte

del trato pues se eligió por unanimidad a Bernard de Goth al Trono de Pedro. Así dio inicio el papado de Clemente V.
Durante su papado, Clemente V dispuso el escenario para el "Cautiverio en Babilonia" de la sede papal, al alejarla de Roma, pues nombró a veinticuatro cardenales, de los cuales veintitrés eran franceses. Varios eran parientes suyos. Felipe se las arregló para intervenir con mano dura en el nombramiento de los cardenales, pues aunque la ambición consumía a Clemente V, era un cobarde. Cuando avanzaba con su séquito desde su sede hacia Italia, nunca se alejó demasiado sin tener alguna evidencia de la intención de Felipe de mantenerlo vigilado y controlado. El Papa recorrió el sur de Francia viajando en dirección a Italia, pero nunca llegó a su destino. En vez de eso, en 1309 fijó su residencia en Aviñón. En aquel tiempo, esa ciudad no formaba parte de Francia sino de Provenza, propiedad de Juana de Nápoles. Como ella necesitaba fondos, vendió Aviñón al Papado por ochenta mil florines de oro. Los Papas de Aviñón construyeron un palacio y una fortaleza y la corte papal se aposentó allí por setenta y cinco años durante los cuales sólo un Papa hizo una visita a Roma.
Clemente cumplió con la mayor parte de su trato con Felipe, pero siempre eludió la condena formal al antiguo papa Bonifacio VIII, razón por la cual Felipe lo reprendía y amenazaba sin cesar.
La familia Colonna resurgió con más fuerza que nunca. Se le devolvieron sus tierras y los tribunales de Roma exigieron que los Orsini y otros partidarios de Bonifacio le pagaran cien mil florines de oro.
No debe pensarse que las luchas por el poder entre las autoridades seculares y espirituales se limitaba a la batalla entre la Santa Sede y el reino francés. Los reyes medievales eran autócratas. Consideraban que las personas y propiedades que habían en sus dominios estaban sometidas a ellos y que el complejo sistema ascendente de fidelidades feudales acababa en el trono, el cual en última instancia tenía poder sobre todos los demás. Por su parte, la Iglesia se consideraba por encima e independiente de la autoridad secular. La Santa Sede se otorgaba a sí misma el derecho de criticar, juzgar y castigar a cualquier autoridad secular y en ninguna circunstancia admitía que las cosas pudieran ser al revés. En *Unam Sanctam*, Bonifacio VIII lo había resumido así: todos los humanos que había sobre la faz de la Tierra estaban sujetos a la autoridad del pontífice de Roma. Como el poder espiritual se recibía directo de Dios, en todos los aspectos era superior al poder secular, el cual había surgido signado por el pecado original.
Los príncipes seculares no estaban de acuerdo con eso. Ningún monarca absoluto podría sentirse cómodo si tuviera en su reino un ejército de clérigos con extensas propiedades y cuyas simpatías y lealtades los vincularan con un poder extranjero. Parecía (y a menudo así ocurría) que eran anfitriones de un ejército enemigo de espías. Se llegaba a concesiones que se modificaban sin cesar. Los príncipes necesitaban dinero y con frecuencia veían con envidia e ira el río incesante de riqueza que fluía de sus tierras hacia la Santa Sede. Según ciertos convenios, a veces se les permitía fijar impuestos a estos ingresos, aunque sólo en condiciones muy especiales y con autorización papal. En lo secular, la Iglesia no sólo era dueña de más del treinta por ciento de la superficie de Europa, sino que mantenía sus propios tribunales y prisiones eclesiásticas independientes.

A menudo se llegaba a un acuerdo que otorgaba a un príncipe el derecho de aprobar o incluso designar a quienes ocuparían cargos eclesiásticos importantes dentro de sus dominios. Era un derecho defendido celosamente. Un ejemplo de ello es el que cita Edward Gibbon en *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Al relatar un incidente en la vida de Godofredo, hijo del rey de Jerusalén y padre de Enrique II de Inglaterra, Gibbon escribe: "Cuando era señor de Normandía, el Capítulo de Seez, sin su consentimiento, nombró un obispo; al saberlo, ordenó que todos incluido el obispo nombrado fueran castrados e hizo que les llevaran todos los testículos en una bandeja". El comentario de Gibbon sobre este acto de crueldad resulta por sí mismo increíble. Dice: "Del dolor y del peligro podían quejarse con justicia; sin embargo, dado que habían hecho votos de castidad, los privó de un tesoro superfluo".

Con el Papa arraigado en Aviñón bajo la poderosa influencia –por no decir dominio- del monarca francés, se redujo un poco el problema del poder temporal y las energías de la Iglesia se dirigieron a la adquisición de riquezas, lujos y al engrandecimiento personal. El oro se empleó en mobiliario, ropajes suntuosos, cientos de lacayos y en un ceremonial elaborado. Lo único que importaba era el dinero y todo estaba en venta. Las ganancias eran casi del cien por cien pues lo que se vendía eran derechos, no bienes materiales. Indulgencias, dispensas, honores, todo se vendía. Clemente V inventó las "anatas", cuotas basadas en porcentajes (hasta del cien por cien) del ingreso obtenido en el primer año de ocupar un cargo. Ante esa obligación, quienes recibían nombramiento de obispo o de otros cargos transferían el problema a sus inferiores extrayendo de cada propiedad cualquier centavo que pudiera o no producir, lo que con frecuencia dejaba a un clero indigente en la parte inferior de la jerarquía.

El prestigio y la importancia personal se volvieron lo más significativo en las filas superiores del clero. Se realizaban reuniones interminables para definir la relación exacta de la jerarquía de la Iglesia con la nobleza secular. Se estableció el protocolo en lo concerniente a qué posiciones se ocuparían en las procesiones y en la misa. El ego definía el honor y la Iglesia exigía para sí todos los derechos, privilegios y gestos de respeto imaginables. Ni siquiera se exceptuaban los juegos de esparcimiento. Los cruzados habían traído de Persia el ajedrez, un juego de tablero que consistía en un combate entre dos reinos y concluía con la captura o muerte de uno de los reyes. La moderna expresión de "Jaque Mate" es una derivación del persa "Shakh Mat", cuya traducción es "El rey ha muerto". En el ajedrez cada pieza se mueve según su capacidad. Los ocho peones protegen toda la formación. Como lanceros de infantería avanzan un cuadro a la vez, excepto en la movida inicial donde pueden avanzar dos, de acuerdo con una táctica militar común entre los persas en la cual los lanceros corrían para formar un piquete frente al enemigo. El roque o torre fue originalmente un elefante con una cámara fortificada o "torre" en el lomo. El elefante se movía inexorablemente pero sólo en línea recta. Luego venía el jinete a quien los cruzados equipararon con el caballero (el caballo en el juego actual). Éste galopaba, avanzaba dos cuadros en una dirección y uno más en diagonal. Luego venía la armada representada por un barco que sólo avanzaba virando por lo que sólo se movía en diagonal. En el centro estaba el rey, agobiado con su casa, su personal administrativo y la mayor parte de su tesoro que debía llevar consigo al campo de batalla como

único medio de protección. Por ir tan cargado, el rey se movía pesadamente, sólo un cuadro a la vez. La reina, por su parte, estaba protegida por una veloz caballería ligera y podía desplazarse en cualquier dirección tan lejos y tan rápido como fuera necesario. Y qué tenía que ver todo esto con la Santa Iglesia Romana? Simplemente que era intolerable que hubiera un juego popular que pusiera a pelear una nación contra otra sin que hubiera un papel para la Iglesia. Además, sólo la posición enseguida de la familia real sería la adecuada, así que los barcos se convirtieron en alfiles (obispos) e incluso hoy cada jugador de ajedrez mueve su alfil en diagonal por el tablero como si fuera un barco que virara para adecuarse a la dirección en que sopla el viento. En resumen, la Iglesia medieval se consideraba a sí misma como el máximo centro de poder. Los reinos, ducados y condados seculares eran centros de poder. Las órdenes religiosas como los Caballeros Templarios eran centros de poder. La vida real era un juego de ajedrez, pero el verdadero nombre del juego era “El Poder”.

Felipe IV de Francia había jugado muy bien ese juego del poder, aunque éste estaba muy lejos de haber concluido. Sin el estorbo de Bonifacio y con Clemente V sometido a su control, el rey podía continuar con la cuestión principal que había provocado en gran parte su desavenencia con la Iglesia: su necesidad de tener más dinero para proseguir su guerra territorial con Inglaterra. El monarca estaba muy endeudado, sobre todo con los Caballeros Templarios, los principales banqueros de Europa. Eran increíblemente ricos; poseían feudos, molinos y monopolios por los cuales no pagaban impuestos o sólo un poco. Esa era la oportunidad para que Felipe lograra dos beneficios: la cancelación de sus deudas y la apropiación del tesoro de los Templarios. Incluso con el nuevo Papa bajo su influencia y la muerte oportuna en julio de 1307 del rey inglés Eduardo I –el único monarca europeo que hubiera podido detener su ambición-, la supresión de los Templarios necesitaba de una planeación cuidadosa, de una propaganda hábil y de una acción valiente. Constituía un gran riesgo y Felipe era probablemente el único hombre de la cristiandad con la ambición y el ánimo para intentarlo. Comenzó a hacer sus planes.

CAPITULO 9
NO ESCATIMÉIS NINGÚN MEDIO CONOCIDO DE TORTURA

Al llegar a Marsella, Jacques de Molay decidió no continuar hacia Poitiers, como el Papa le había ordenado, sino ir directo a su fortaleza-templo de París. Tampoco tomó en cuenta las órdenes del Papa de que viajara de incógnito, había decidido recordarle al mundo su riqueza y su poder, así que se trasladó a París con un despliegue propio de un pachá oriental. Su escolta estaba formada por sesenta Caballeros Templarios con sus sirvientes y asistentes, más doce caballos de carga que soportaban el peso de un tesoro constituido por ciento cincuenta mil florines de oro.

De Molay estaba convencido de que sería muy bien recibido en París por el rey Felipe, que le debía muchos favores a los Templarios. Éstos habían apoyado al rey en sus enfrentamientos con el Papa Bonifacio VIII. Le habían prestado el dinero que el rey necesitó para la dote de su hija, la princesa Isabel, a quien había prometido en matrimonio con el futuro rey Eduardo II de Inglaterra. Le habían permitido utilizar el Temple de París para el tesoro de Francia. Durante los disturbios parisinos del año anterior, los Templarios habían escondido a Felipe en el Temple de París durante tres días para protegerlo del populacho enfurecido. Incluso él le había pedido al Gran Maestre de Molay que apadrinara a su hijo Roberto. Con seguridad no había nadie que mereciera más la gratitud y el respeto del rey Felipe el Hermoso que la Orden del Temple y su venerable dirigente y sin duda de Molay podía contar con el apoyo de Felipe en el único asunto que preocupaba al Gran Maestre.

Como parte de la planeación de una nueva Cruzada, el Papa había indicado que quería examinar la propuesta de que los Templarios y los Hospitalarios se fusionaran en una sola orden, idea que había estado apareciendo con más frecuencia en los años recientes. Apenas dos años antes, Ramón Lull, un fraile domínico, había descrito un plan de fusión que despertó mucho interés. Sugirió que los Caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén y los Caballeros del Templo de Salomón se juntaran en una sola Orden que se denominaría los Caballeros de Jerusalén y que todos los gobernantes de Europa unieran sus fuerzas de cruzados bajo un solo comandante al que se conocería como el *Rex Bellator,* el “Rey Guerrero”. Unos años antes, el cura francés Pierre de Bois había presentado por escrito un plan para la recuperación de los Santos Lugares, intitulado *De Recuperatione Sanctae*, en el cual mencionaba los beneficios que se lograrían al unificar las órdenes militares.

El Papa respondió favorablemente a la idea de la fusión. Los Hospitalarios aportaron una nueva esperanza de una Cruzada y un nuevo respeto para su orden con su reciente invasión de la isla de Rodas y el Papa se inclinaba a nombrar a Foulques de Villaret, Gran Maestre de los Hospitalarios, como Gran Maestre de la unificación propuesta.

También Felipe veía con buenos ojos esas propuestas de fusión, aunque desde una perspectiva de plano diferente. Propuso al Papa que se nombrara a los reyes de Francia grandes maestres hereditarios de las órdenes unificadas y que a él se le diera el título de *Rex Bellator*, con acceso absoluto a la gran riqueza de las órdenes unificadas. La única persona que parecía favorecerse de ese plan era el mismo Felipe, por lo cual elaboró un plan para acabar con la

Orden Templaria. Como las posesiones más valiosas y el mayor tesoro de la Orden estaban en Francia, el rey tenía la intención de expropiarlos en su provecho. Además obtendría un beneficio adicional: de esa manera se libraría de sus sustanciales deudas con los Templarios, lo cual era importante para él porque su cruzada personal para conquistar las posesiones continentales de los reyes ingleses había agotado el tesoro real. Eduardo I había sido un enemigo formidable, pero su débil hijo era muy distinto. Felipe estaba seguro de que le había llegado el momento y sencillamente no podía dejar pasar esa oportunidad.

Como Jacques de Molay no estaba enterado de las ambiciones personales de Felipe, ha de haber esperado el apoyo del rey para el documento que el Gran Maestre había preparado para el Papa, en el cual planteaba todas las razones por las cuales los Templarios se oponían a cualquier idea de fusión con los Hospitalarios. Su terca oposición a considerar siquiera esa medida sin duda tuvo mucho que ver con los acontecimientos de las semanas siguientes y le hicieron el juego a Felipe.

A todas luces, del desastre inminente de Molay no obtuvo ninguna clave de parte de Felipe que, en un verdadero estilo mafioso, festejó y ensalzó al hombre a quien planeaba destruir. El plan había sido urdido por Guillaume de Nogaret, el mismo que había maquinado el secuestro del Papa Bonifacio VIII. Como los padres de de Nogaret habían muerto en la hoguera como herejes albigenses, éste no desperdiciaba la oportunidad de devolverle el golpe a la Iglesia Romana. En preparación de su ataque contra los Templarios, de Nogaret había plantado a doce de sus hombres como espías en diversas encomiendas de la Orden.

Sin darse cuenta de las maquinaciones en su contra, de Molay hizo una visita al palacio papal para presentar ante los consejeros papales las propuestas Templarias para la realización de una nueva cruzada. Recomendaba que los planes definitivos para la invasión de Palestina se mantuvieran en completo secreto y que ni siquiera se pusieran por escrito. Señalaba que sus propuestas secretas eran tan pertinentes al éxito del plan guerrero que sólo se las revelaría al Papa en persona. Cuando surgió el esperado tema de la fusión de Templarios y Hospitalarios, de Molay estaba listo. Presentó un documento formal titulado *De Unione Templii el Hospitalis Ordinum ad Clementum Papam Jacobi de Molayo relatio*, un escrito que sólo podía defender en términos generales porque era por completo analfabeto. Ni siquiera podía leer el texto de sus propios argumentos.

De Molay utilizó también esa reunión para ocuparse de los rumores que había escuchado desde su regreso a París, que se referían a faltas graves dentro de la Orden del Temple. Propuso que el Papas pusiera en marcha una inquisición formal la cual con toda seguridad acabaría con cualquier crítica en contra de su santa fraternidad.

Mientras el Gran Maestre afirmaba su confianza en sí mismo y en la Orden Templaria, se ponía en marcha un plan para acabar con ellos. Como parte de éste, un ex-Caballero Templario que había ascendido al puesto de prior en una encomienda templaria en Francia, antes de que lo expulsaran de la Orden fue reclutado para que desempeñara un ingenioso papel. Se le encarceló en Tolosa junto con un hombre sentenciado a muerte. De acuerdo con la cláusula eclesiástica de que los laicos católicos podían confesarse unos a otros en ausencia de un sacerdote, cada prisionero oyó la confesión del otro. El ex-

Templario confesó haber presenciado prácticas blasfemas y repugnantes dentro de la Orden Templaria. Se utilizó esa confesión terrible para preparar la lista de acusaciones sobre la que más adelante se "interrogaría" a los prisioneros Templarios por los torturadores de la Inquisición. Según dijo, como parte del ritual de Iniciación se exigía a los nuevos miembros que escupieran o pisotearan la cruz. Se exigía de los Templarios que pusieran su Orden y la riqueza de ésta por encima de cualquier otro principio, temporal o religioso. A cualquier miembro que fuera sospechoso de haber revelado los secretos de la Orden se le asesinaba en secreto. Los Templarios se mofaban de los sacramentos de la Iglesia y absolvían sus pecados entre sí. Mantenían contacto clandestino con los musulmanes, permitían y fomentaban la actividad homosexual entre los miembros. Por su avaricia insaciable habían hecho que se perdiera Tierra Santa para la cristiandad. Adoraban ídolos que en general tenían la forma de una cabeza humana o de un gato.

El otro prisionero (también falso) exigió a sus carceleros que se le permitiera comunicar esa información vital. A su debido tiempo se le informó al rey quien se la comunicó al Papa con la sugerencia de que se echara a andar una investigación formal. Luego se recompensó a ambos prisioneros y se les dejó en libertad.

De Nogaret tuvo que hacer muchas cosas. La logística de conseguir cadenas para quince mil hombres y disponer su encarcelamiento sería muy difícil a la luz pública, pero los problemas se multiplicaban por la necesidad de mantener un secreto absoluto. Esto era importante porque el plan consistía en arrestar a todos los Templarios de Francia al mismo tiempo.

Como operación encubierta, el concepto de aprehensión simultánea no le era del todo nuevo a de Nogaret. En un plan similar, el año anterior había efectuado el arresto y encarcelamiento de todos los judíos de Francia en un solo día, el 22 de julio de 1307. Unas semanas después, de acuerdo con el plan maestro, se exilió de ese país a todos los judíos, pero sin sus posesiones. Su dinero se llevó directo al tesoro de Felipe y se hicieron arreglos para subastar sus bienes muebles. Luego se anunció que la corona de Francia también se había apropiado de las cuentas por cobrar de los judíos y el Estado se volvió una oficina recaudadora muy eficiente al exigir que todas las sumas que se les debían se pagaran al poseedor legal de esas cuentas, el Erario de Francia. Por supuesto que, como medida correspondiente, se cancelaron todos los empréstitos que el Estado debía a los judíos, de la misma manera como Felipe esperaba que se cancelaran los empréstitos que el Estado debía a los Templarios. El arresto simultáneo de éstos constituiría una operación similar aunque un poco más compleja porque en el grupo que se arrestaría había muchos hombres experimentados en el combate. Se decidió proceder mientras dormían. Se enviaron órdenes a los senescales de Francia con instrucciones de que no las abrieran antes del 12 de octubre.

Hay amplia evidencia de que de Molay y sus oficiales principales se percataron de que algo se estaba preparando. El tesorero del Temple de París alabó la decisión de un caballero que solicitó dejar la Orden y le dijo que actuara con diligencia porque era inminente una catástrofe. El Maestre Templario de ese mismo lugar envió una orden a todas las comandancias Templarias de Francia para que reforzaran las medidas de seguridad y bajo ninguna circunstancia revelaran a nadie respecto de los rituales y reuniones secretas de la Orden. El Estado arrestó para protegerlos a varios ex–Templarios por temor de que los

mataran si se sospechaba que podían revelar secretos. Por desgracia para la Orden, de Molay no emprendió ninguna acción y permaneció ciegamente sereno apoyado en la confianza engendrada por su riqueza y su poder. Después de todo sólo era responsable ante un hombre sobre la faz de la Tierra y sólo ese hombre podía hacer daño a la Orden. En apariencia de eso no había ningún peligro. Los Templarios no estaban sometidos a las leyes de ningún país, ningún gobernante secular podía castigarlos por ninguna falta y, por ser una orden religiosa, estaban exentos de la tortura. Si a esto se añade su enorme riqueza y su ejército establecido, qué peligro podría haber?

Cuando de Molay regresó a París después de su visita al Papa, se le hizo caer todavía más en la complacencia con el gran honor que le concedió el rey. El 12 de octubre de 1307 el Gran Maestre cargó entre los principales nobles de Europa el féretro en los funerales de la princesa Catalina, la difunta esposa de Carlos de Valois, hermano del rey Felipe. Mientras de Molay desempeñaba este servicio fúnebre en compañía de los poderosos, los senescales de toda Francia abrían sus órdenes selladas.

Esa noche, cuando de Molay se retiró a descansar, no hubo manera de que supiera que, justo antes del amanecer del día siguiente, ocurriría un acontecimiento de efectos tan desastrosos que esa fecha, el viernes 13, viviría durante siglos en la mente de millones como el día más nefasto del año. Y de hecho eso fue para la Orden del Temple cuando las tropas del rey cayeron sobre todas las comandancias Templarias de Francia para encadenar a quince mil hombres.

Al día siguiente, de Nogaret puso en marcha la segunda parte de su plan. Se leyó a los ciudadanos de toda Francia avisos que planteaban acusaciones tremendas contra los Templarios; la principal era la herejía y el rechazo de Jesucristo al escupir y pisotear la cruz. Se les acusó de sodomía, esa fiel acompañante de casi todas las acusaciones medievales de herejía, junto con los “besos obscenos” que se exigían a cada nuevo Templario en su iniciación. Al día siguiente, desde los púlpitos de ese país, se ampliaron las acusaciones, todo lo cual estaba calculado para conmocionar primero y luego ganarse el apoyo de la población en general para los siguientes arrestos.

Cuando le llegó la noticia de los arrestos, el papa Clemente V se enfureció, no por simpatía con los Templarios, sino por la usurpación de la autoridad papal, el único poder que podía por ley hacer eso. Felipe justificó sus acciones afirmando que había recibido autorización del Papa para investigar las acusaciones en contra de los Templarios. Aparentemente Clemente V había aprobado esa investigación pero se había referido a una investigación mediante un concilio y no mediante arrestos masivos y tortura. Felipe también pasó por alto una indicación papal que ordenaba que los príncipes cristianos dieran toda la ayuda posible al Santo Tribunal de la Inquisición, con el argumento que, como rey de Francia, sólo había otorgado la ayuda requerida al Gran Inquisidor de ese lugar, quien era también confesor de Felipe.

El Papa respondió al rey con una protesta formal. Como Papa, sólo él tenía autoridad sobre los Templarios y no se le había consultado respecto del arresto y encarcelamiento de éstos. La riqueza Templaria de la cual se había apoderado Felipe, se había destinado a ayudar en el financiamiento de una nueva cruzada (lo que probablemente significa que ya se había decidido la fusión propuesta con los Hospitalarios). Por insultar la autoridad papal, se destituyó al Gran Inquisidor de Francia, el domínico Guillaume Imbert. Por

último, el Papa exigió el cese inmediato de los procesos en contra de los Templarios.
La reacción de Felipe ante la orden papal fue emprender una campaña de propaganda contra Clemente V dirigida al pueblo de Francia, seguida de una visita al Papa con un pequeño ejército a sus espaldas. El rey acusó al Papa de indulgencia con los herejes, de querer quedarse con la riqueza Templaria para sí y su familia y de mostrar simpatía con los enemigos de la Santa Iglesia. La arenga continuaba día tras día mientras el ejército francés acampaba alrededor de la ciudad. Nunca sabremos a qué acuerdo llegaron pero antes de que pasaran un par de semanas el Papa y el rey se habían puesto de acuerdo y se volvió a colocar al Gran Inquisidor en su horrendo cargo. El 22 de noviembre, Clemente V promulgó la bula *Pastoralis Preeminenta*, en la cual alababa al rey Felipe y declaraba que las acusaciones contra los Templarios en apariencia eran ciertas. Pedía a los monarcas de la cristiandad que arrestaran y torturaran a los Templarios que hubiera en sus dominios. A partir de ese día, el Papa también los persiguió con entusiasmo.
Mientras se llevaba a cabo esta maniobra política, desde los arrestos en la madrugada del 13 de octubre hasta la promulgación de la bula papal el 22 de noviembre, se torturaba a los Templarios presos en Francia con el fin de obtener confesiones de herejía. La tortura incluía el delicado arte de infligir todo el dolor posible sin llegar a la muerte, sólo porque ésta excluía la posibilidad de la confesión, la cual constituía el objeto de la práctica. Una muestra del exceso con que los buenos frailes de la Inquisición ponían en práctica lo anterior, fue que treinta y seis Templarios murieron durante los primeros días después de iniciadas las torturas. Claro que había grandes diferencias entre los hombres a quienes se maltrataba. En el aspecto físico, algunos eran jóvenes en la plenitud de la vida y otros de edad muy avanzada. En lo cultural, algunos eran caballeros guerreros, otros curas y muchos más soldados o empleados. A todos se les había arrancado de una de las organizaciones más poderosas del mundo y se les había dejado indefensos. La única autoridad legal que estaba por encima de ellos era el Papa pero eran prisioneros del rey de Francia y del Gran Inquisidor quienes legalmente no tenían derecho de aprehenderlos sin la autorización directa del Papa. Por ser miembros de una orden religiosa estaban exentos de tortura pero allí estaban los curas de la Inquisición con sus potros de tormento y sus hierros candentes. Si a todo eso agregamos el carácter tenebroso de las cárceles medievales, podía esperarse que confesaran cualquier cosa ya que las condiciones de éstas bien podían considerarse parte del proceso de tortura en el cual el sufrimiento abyecto e insoportable actuaba tanto sobre la mente como sobre el cuerpo.
A diferencia de las prisiones modernas con sus celdas separadas, la mazmorra medieval consistía por lo general en una habitación grande con muy pocas ventanas pequeñas o ninguna como garantía de máxima seguridad. Por lo común se encadenaba a los prisioneros con unas argollas pegadas en la pared o al piso de piedra. Si el castigo impuesto era indulgente, las cadenas podían ser ligeras y éstas lo suficientemente flojas como para permitir que el hombre moviera las extremidades y se recostara. Una argolla más arriba en la pared, con una cadena ajustada a un collar de hierro, podía obligarlo a sentarse o arrodillarse. Como castigo temporal, la argolla del cuello podía ajustarse un poco más durante unas horas, de tal manera que se obligaba al prisionero a permanecer de pie o de lo contrario moriría de asfixia. Podían agregarse

cadenas más pesadas o pesos para dificultarle el mantenerse de pie o incluso moverse. Una de las variantes era que el prisionero estuviera de espaldas con los tobillos encadenados y levantados hacia arriba en la pared o que colgara de las muñecas, de los tobillos o de ambos a la vez.
Con pocas instalaciones sanitarias o ninguna y sin circulación de aire, es probable que la peste haya sido devastadora. En las mazmorras construidas a propósito, se incluía un desagüe para la orina, el excremento, el vómito y la sangre. Esto dio a los franceses la oportunidad de desarrollar un refinamiento galo llamado “oubliette”. Era un foso o cámara pequeña, colocada bajo la pesada tapa de hierro del desagüe que había en el piso. En esa cámara se ponía a cualquier prisionero que fuera ingobernable, incorregible o que estuviera destinado a una degradación especial. En una celda demasiado chica (y muy profunda), para poder recostarse el desdichado tenía que sentarse o arrodillarse en el pozo del desagüe que se llenaba constantemente con la suciedad de los otros prisioneros.
El confinamiento implicaba el uso de poca ropa o estar desnudo. Si alguna vez se pensaba en la higiene y la comodidad, por lo general era en un sentido negativo, incrementar la atmósfera de abyección nauseabunda para provocar las confesiones que podían conducir a librarse de todo eso, aunque sólo fuera mediante la muerte. En verano el prisionero se “asaba” y en invierno se congelaba. El agua era inmunda y la comida a menudo repugnante, con el propósito de mantener la vida en el mínimo nivel de subsistencia durante el tiempo que el carcelero decidiera. En esa época en un castillo se ordenó que se prohibiera a los prisioneros beber el agua limpia del pozo y sólo se les diera agua del foso en el cual se vaciaban las letrinas.
Algunos instrumentos de tortura eran complicados y difíciles de desplazar, por ejemplo el potro y la rueda, pero otros podían trasladarse con facilidad a cualquier cámara, de tal manera que el público formado por los compañeros de prisión no se perdiera la tortura aplicada al desdichado a quien se interrogaba. Con frecuencia el simple hecho de presenciar el sufrimiento y los gritos de otros mientras se aguardaba el propio turno, bastaba para provocar que un hombre fuerte se rompiera y confesara cualquier cosa que decidieran proponerle sus atormentadores.
En Francia se arrestó a tantos miembros y sirvientes de la Orden Templaria que tuvieron que distribuirlos a docenas de sitios, muchos de los cuales no estaban diseñados como prisiones. Esto debió haber agotado el número disponible de instrumentos de tortura, por lo que se recurrió a algunas improvisaciones, las más sencillas de las cuales eran los braseros y los hierros candentes. Como casi siempre a los frailes y a los curas se les prohibía el derramamiento de sangre, se había creado toda una serie de artefactos que les permitían provocar una agonía refinada sin romper la piel. Uno de esos era un instrumento con dos bandas de hierro, bastante separadas entre sí, que se colocaba en la pantorrilla y que llevaba un torniquete que se giraba para aplicar presión en la parte de enfrente, entre las dos bandas, hasta romper la espinilla. Un artefacto de uso común y fácil de montar era una armazón en la que se ponía la pierna. Se colocaban tablas entre la armazón y la pierna y entre ambas se metían cuñas a golpe de mazo. Por ese medio podía aplicarse una presión deliberada en ciertas zonas con el fin de romper los huesos del pie, del tobillo, de las rodillas y de la pierna.

El hierro candente podía aplicarse en cualquier parte del cuerpo, inclusive en los genitales y a veces se utilizaba en forma de pinzas para arrancar pedazos de carne pues como las tenazas estaban al rojo vivo, sellaban y cauterizaban de modo automático las heridas. Se utilizaron tenazas en frío para arrancar las uñas y los dientes a algunos de los Templarios y se les lastimaban los alvéolos para incrementar el dolor.
Se colocó a varios en posición horizontal, con las piernas detenidas por un armazón de hierro y los pies bien lubricados con aceite. Luego se les acercó un brasero. A algunos les quemaron los pies de esa manera y algunos enloquecieron de dolor. A un Templario se le ayudó para que asistiera a una sesión de la Inquisición: llevaba consigo los huesos ennegrecidos que se le habían caído de los pies cuando se los quemaron. Sus torturadores le permitieron conservar los huesos como repugnantes recuerdos.
Por qué todos estos detalles espeluznantes? Porque para entender los complicados pasos que se dieron en Gran Bretaña para que unos hombres escaparan y se ocultaran, se formaran nuevas opiniones y creencias sobre Dios y sobre el Papado, que había desatado en su contra el odio y la persecución de la Iglesia, se requiere de una comprensión profunda del grado de terror e ira que impulsaba a los fugitivos. Incluso hoy es poco comprobable que el miedo al castigo prevenga de verdad el crimen. Lo que sí es muy cierto es que el miedo al castigo motiva a los hombres a realizar casi cualquier acción para evitar la captura. El Papa había ordenado que no se escatimara ningún medio conocido de tortura al interrogar a los Templarios. Aunque hay discusión al respecto, se puede afirmar que en ningún momento anterior o posterior se ha sometido a ningún grupo por órdenes directas a toda la gama de medios conocidos para infligir un dolor intolerable.
Las acusaciones por las que se pedía la confesión de los Templarios eran profusas e incluían varias que a menudo se manifestaron en los alegatos de herejía y brujería y seguirían apareciendo en los siglos futuros. Se exigió a los Templarios que admitieran que a los iniciados se les pedía que negaran a Dios, a Cristo y a la Virgen María; que se les exigía conceder el *Osculum Infame*, el "beso infame" al prior besándolo en la boca, el ombligo, el pene y las nalgas; que adoraban ídolos; que en sus ceremonias secretas se les exigía que orinaran y pisotearan la cruz; que no consagraban la hostia; que la Orden no sólo permitía sino que fomentaba las prácticas homosexuales entre sus miembros. La acusación que lo abarcaba todo, cuya prueba permitiría la confiscación de las propiedades y la supresión total, era la de herejía, definida como negación o duda en que incurría una persona bautizada respecto de cualquier "verdad revelada" de la fe católica romana.
La responsabilidad primordial para el "descubrimiento, castigo y prevención de la herejía" se concedió a lo que entonces se llamaba la Congregación del Santo Oficio, que todavía hoy se conoce como Inquisición. Sus funciones estuvieron en gran medida a cargo de la Orden de Predicadores, los domínicos, fundada por el sacerdote español Domingo de Guzmán (luego Santo Domingo) quien se había hecho famoso por su celo extraordinario contra los herejes albigenses en el sur de Francia. Por desgracia para el acusado, se decidió que la confesión obtenida mediante tortura era válida e irrevocable. Un hereje convicto, después de haber confesado sus dudas y negaciones y luego de admitir la verdad absoluta de las enseñanzas de la Iglesia, sufría una pena leve, una multa, encarcelamiento u otros castigos por el estilo, según determinara el tribunal de

acuerdo con la gravedad de la herejía. Por otra parte, cualquier persona que confesara, incluso después de sometérselo a un horrible tormento y más adelante se retractara de esa confesión, ya no tenía esperanza. Se le conocía como “hereje relapso” y se le entregaba a la autoridad secular que no tenía más opción que quemar vivas a todas las personas de ese tipo que se le habían entregado con ese propósito. Esa fue la trampa en que cayeron docenas de Templarios que, sometidos a la tortura, confesaron culpa en una o más de as acusaciones contra la Orden y que se retractaron cuando cesó la tortura. En un solo día, en París, cincuenta y seis Templarios murieron en la hoguera como herejes relapsos.

Entre tanto, el Papa no estaba logrando fuera de Francia los resultados que esperaba. En la península Ibérica, las fuerzas combatientes Templarias eran demasiado importantes para prescindir de ellas ya que para los monarcas cristianos de España y Portugal los musulmanes no eran enemigos que estuvieran al otro lado del mar sino enemigos al otro lado de las colinas. Los obispos de Aragón anunciaron que las pesquisas habían encontrado que los Templarios eran inocentes de lo que se les acusaba. En Castilla, el arzobispo de Compostela anunció el mismo resultado. En Portugal el rey fue más allá. No sólo se encontró que los Templarios estaban libres de culpa sino que se les convirtió junto con sus propiedades en una nueva orden llamada los Caballeros de Cristo que tenían al rey, no al Papa, como su jefe supremo. En Alemania los Templarios locales se las arreglaron por su cuenta. El primer Templario Hugo de Gumbach hizo una ruidosa entrada en el concilio del arzobispo de Metz ataviado con toda su armadura de combate y acompañado por veinte de sus hermanos caballeros. Hugo proclamó ante todos los presentes que la Orden Templaria era inocente de todo lo que le acusaban y que el Gran Maestre de Molay era un hombre religioso y honorable, el papa Clemente V por su parte era un hombre maligno, electo ilegalmente al Trono de Pedro, del cual en ese momento Hugo lo declaraba depuesto. En cuanto a los Templarios presentes, todos estaban dispuestos a arriesgar sus vidas en un “juicio de Dios” mediante un combate contra sus acusadores. De pronto ya no hubo acusadores y se suspendió el concilio.

La situación en Chipre, cuartel general de los Templarios, resultó muy frustrante para el Papa. El príncipe Amalrico ni siquiera acusó recibo de la bula papal del 22 de noviembre y en mayo del año siguiente cuando se sometió a juicio a los Templarios los encontró inocentes. Furioso, el Papa envió a Chipre a dos inquisidores para que iniciaran un nuevo juicio pero sólo después de haber cumplido sus órdenes de torturar a los Templarios para obtener sus confesiones de herejía. En caso necesario, debido al número de éstos, se concedía a los inquisidores autorización para solicitar la ayuda de los domínicos y franciscanos de la isla para aplicar la tortura. Extrañamente no existe ningún documento que nos informe del resultado del segundo juicio o de si se llevó a cabo.

En Gran Bretaña fue intensa la oposición a las órdenes papales. Esta situación es tan importante, sin embargo, que se tratará por separado y en detalle.

En lo que respecta al tesoro, Felipe se frustró de nuevo, pues gran parte de la riqueza que esperaba tomar de las comandancias Templarias había desaparecido igual que la flota Templaria de su base naval en La Rochelle y no hay ningún registro histórico de lo que ocurrió por lo menos con alguno de los dieciocho buques que se supone había allí.

Como era de esperar, las reacciones de los Templarios a las torturas que les infligieron variaron mucho. Algunos se volvieron locos a consecuencia del dolor. Algunos murieron antes que confesar nada. La mayoría confesó culpa en dos o tres de las acusaciones, probablemente con la esperanza de que sus inquisidores dijeran la verdad cuando prometían que el dolor cesaría si confesaban. Dos Templarios confesaron que adoraban a un ídolo barbado, una cabeza, al cual llamaron “Bafomet”. El tesorero de la Orden se rindió y declaró que con una tortura tal, admitiría voluntariamente haber matado a Dios. Jacques de Molay tenía casi setenta años y se dice que no pudo enfrentar la posibilidad de la tortura. Se confesó culpable de varias acusaciones contra la Orden y contra sí mismo, pero se opuso a la acusación personal de prácticas homosexuales, lo cual negó furioso.

Cuando se recabaron las confesiones y se remitieron a la Santa Sede, Clemente V pudo promulgar una lista pública y formal de las mismas contra los Templarios, el 12 de agosto de 1308, diez meses después de su arresto en París. También convocó al XV Concilio Ecuménico de la Iglesia, que se realizaría en Vienne dos años después y se ocuparía de varios asuntos incluidos los planes para realizar una nueva Cruzada y lo que ocurriría con la Orden Templaria.

Los expedientes de los juicios a los Templarios y las inquisiciones realizadas en toda la cristiandad se enviaron a la Santa Sede y el Concilio de Vienne se reunió un año después, el 16 de octubre de 1311; para entonces, los Templarios arrestados llevaban cuatro años de agonía en las abyectas prisiones. Jacques Duese, cardenal obispo de Porto que sucedió a Clemente V en el Trono de Pedro como el controvertido papa Juan XXIII, reveló de antemano su actitud respecto del poder papal al aconsejar a Clemente V que no tomara en cuenta el Concilio y condenara a los Templarios con su propia autoridad, pero el Papa quería la legitimación y el respaldo de un Concilio Ecuménico. Incluso había invitado de modo formal a cualquier miembro de la Orden Templaria a que se presentara en defensa propia, suponiendo que ninguno se atrevería a hacerlo. Cuando se presentaron nueve Templarios precisamente antes del inicio del Concilio y dijeron que habían venido a defenderse de inmediato los hizo arrestar.

Muchos participantes del Concilio expresaron su opinión de que debía permitirse a los Templarios presentar sus alegatos. Los prelados franceses sabedores de que cada palabra que dijeran se comunicaría a Felipe, adoptaron una postura contraria. Tan vacilantes se mostraban los participantes y tan renuente estaba el Papa a adoptar una posición firme que cinco meses después seguía estando en el aire todo lo referente a la suerte que correrían los Templarios. La decisión final podía inclinarse a cualquiera de los lados, situación que Felipe de Francia no toleraría. En marzo de 1312 el rey escribió al Concilio para exigir que se suprimiera la orden de los Templarios y que todos sus derechos, privilegios y riqueza se transfirieran a una nueva Orden militar. Insistió en su propuesta presentándose en Vienne unos días después, el 20 de marzo, acompañado de una fuerte escolta militar.

A diferencia de las opiniones de algunos historiadores de la Iglesia, Clemente V demostró durante las siguientes semanas que no estaba sometido al dominio de Felipe de Francia. El objetivo del Papa era fusionar a los Templarios y los Hospitalarios en una sola Orden y no deseaba tachar de hereje a una Orden religiosa responsable sólo ante él. La ambición de Felipe según expresó ante el

Concilio era la creación de una nueva Orden militar que él mismo encabezaría o uno de sus hijos, con acceso sin límites a la riqueza y propiedades de las órdenes que en ese momento había. Prevaleció la decisión del Papa a su manera. El 3 de abril de 1312 promulgó la bula papal *Vox in Excelso* que suprimía la Orden del Temple sin que la declarara culpable de las acusaciones presentadas en su contra. Simplemente se disolvía la Orden en el sentido parlamentario y no como castigo por crímenes comprobados en contra de la Iglesia.

Para lograr en cierto sentido su deseo de juntar las dos órdenes en una, el Papa promulgó una bula más, *Ad Providum*, casi un mes después el 2 de mayo. Este decreto ordenaba que todas las propiedades de los Templarios se transfirieran a los Hospitalarios, con excepción de la península Ibérica donde los monarcas español y portugués habían ejercido una presión en contra con base en su continua lucha contra los infieles en sus propios territorios. Tal vez como concesión a Felipe, se acordó que los monarcas cristianos recuperaran de las propiedades templarias sus gastos por el arresto, encarcelamiento y alimentación de los prisioneros de esa Orden, así como por la custodia y administración de dichas propiedades desde el día de los arrestos. De pronto, para aflicción de los Hospitalarios, esos gastos se volvieron muy elevados.

Otro problema fue que bastantes de las propiedades templarias se habían donado a la Orden con diversas obligaciones y convenios, según el sistema feudal imperante. Muchos de los dueños originales tomaron de vuelta las propiedades basados en que las donaciones no eran transferibles. Estro trajo como consecuencia muchas batallas legales para los Hospitalarios aunque lograron durante la década siguiente cumplir el deseo del Papa al adquirir la mayor parte de las posesiones Templarias. Los Templarios a quienes liberó pudieron buscar su membresía entre los Hospitalarios y unos cuantos así lo hicieron. Sin embargo, nada de eso tuvo sentido. Desde el punto de vista de la Iglesia el propósito era crear una orden combinada que pudiera apoyar con más eficacia la siguiente cruzada pero aunque el Concilio de Vienne las autorizó y alentó nunca se puso en marcha. Las Cruzadas habían concluido. También había concluido la idea de una orden combinada. Aunque los Hospitalarios obtuvieron una riqueza nueva, lograron muy pocos integrantes nuevos a partir de la supresión de los Templarios.

Quedaba la cuestión de los que seguían prisioneros, la cual se resolvió días después con el decreto papal *Consideranes Dudum*. En él se estipulaba que a los Templarios de rango elevado los juzgaría la Santa Sede en tanto que determinarían la suerte de los miembros ordinarios concilios provinciales de dirigentes eclesiásticos. Esto último significó que, en general, a los que no se habían confesado culpables o que intentaban modificar lo que habían declarado sometidos a tortura, se les sentenciara a prisión perpetua. A quienes confesaron y no intentaron modificar sus confesiones ni retractarse, se les excarceló aunque no se les liberó de sus votos y se les recluyó en pensiones muy pequeñas. No se tomaron medidas en el caso de aquéllos a los que no se había capturado. Si se les encontraba seguían sometidos a encarcelamiento, una precaución necesaria porque había llegado al Concilio la noticia de que unos mil quinientos Templarios y simpatizantes se escondían en la región circundante de Lyon y planeaban una especie de venganza. La cacería emprendida para atraparlos no tuvo ningún éxito.

En cuanto a los de alto rango, pasaron casi dos años después del Concilio de Vienne para que se les presentara ante un comité formado por tres cardenales. Como todos se confesaron culpables de varias de las acusaciones mientras se les torturaba o, como en el caso del Maestre de Molay, con la sola amenaza de la tortura, la revisión fue sumaria y concluyó con sentencias de prisión perpetua. Para acabar con todas las ideas o rumores de que en verdad no eran culpables sino que más bien habían sido víctimas de una persecución por motivos de avaricia, se decidió que el Gran Maestre de la Orden hiciera su confesión ante todo el mundo. Se invitó a la nobleza, a los prelados de la Iglesia y a algunos plebeyos influyentes para que presenciaran el acontecimiento histórico, el 14 de marzo de 1314. Frente a la gran catedral de Notre Dame se levantó un alto templete desde el cual de Molay debía confesar su vergüenza para el fin de que todo el mundo se enterara de que los Templarios eran, en efecto, culpables de obscenidades y herejías flagrantes.
Una escolta subió al Gran Maestre por los escalones hasta la plataforma. Iba acompañado por el prior Templario de Normandía, Geoffroi de Charney y otros dos oficiales. De seguro de Molay reflexionó y oró largo tiempo sobre ese momento, que sería la última oportunidad para reivindicar a su Orden. El hacerlo, el retractarse de sus confesiones de culpabilidad para defender el honor de la Orden del Temple equivalía a una especie de suicidio. Sin embargo, todos esos hombres que lo habían seguido, que en vano habían apelado a su liderazgo en sus horas más angustiosas, que habían padecido humillación, sufrimientos inconcebibles y las muertes más dolorosas que conocía la imaginación medieval, habrían sufrido y muerto en balde si su Gran Maestre, por su propia boca, declaraba culpables a todos. Fue el momento más importante de la historia de los Templarios y el anciano Gran Maestre tuvo el valor necesario para aprovecharlo. Al dar un paso hacia delante en el templete para dirigirse a la multitud –a la mayoría se le había dicho lo que de Molay supuestamente iba a decir- se condenó al martirio.
“En un momento tan solemne, cuando me queda tan poco tiempo de vida, me parece del todo correcto que revele en engaño que se ha cometido y defienda la verdad. Ante el cielo y la tierra y poniendo a todos vosotros que estáis aquí por testigos, admito mi culpa en el más grave de mis pecados. Pero mi pecado es haber mentido al admitir las repugnantes acusaciones lanzadas contra la Orden. Declaro y tengo que hacerlo, que la Orden es inocente. Su pureza y santidad están fuera de duda. Es cierto que confesé que la Orden era culpable, pero lo hice sólo para librarme de terribles torturas al decir lo que mis enemigos deseaban que dijera. A otros caballeros que se retractaron de sus confesiones se les condujo a la hoguera. Sin embargo, la idea de morir no es tan horrible como para que confiese sucios crímenes que nunca se cometieron. Se me ofrece la vida, pero al precio de la infamia. A ese precio no vale la pena vivir. No me lamento de tener que morir si sólo puede comprarse la vida apilando una mentira sobre otra”.
En el tumulto que vino a continuación, el hermano de Charney gritó que también él se retractaba y afirmó la inocencia de la Orden mientras a él y a de Molay los bajaban a toda prisa del templete. La vergüenza monumental en que habían dejado tanto al rey como a la Iglesia determinó que no se diera marcha atrás respecto a la decisión de quemar vivos a los herejes relapsos y la posibilidad de que provocaran más vergüenza hizo que no se postergaran sus

muertes una hora más de lo necesario. Se anunció para esa misma noche la ejecución en la hoguera.
Había variantes en la práctica de ejecuciones en la hoguera e incluso la posibilidad de pequeños favores. Podía darse a la víctima una pócima que la aturdiera y mitigara su dolor. Por una remuneración, el verdugo podía añadir leña verde e incluso ramas de plantas siempre verdes que produjeran un humo denso que la víctima aspiraría frenética con el fin de quedar inconsciente o morir asfixiada antes de que el dolor se volviera muy intenso. Una hoguera de vivas llamas podía garantizar una muerte más rápida. De ninguna de estas ayudas iban a disponer los dirigentes Templarios que se habían retractado.
Aunque las ejecuciones se realizaron en una islita del río Sena, una multitud se las ingenió para llegar allí en bote con el fin de presenciar el final del drama que había estallado esa mañana. Se prepararon cuidadosamente las hogueras con leña seca y carbón para hacer una pira a fuego lento y sin humo pero muy caliente, calculada para ampollar primero las piernas y demorar el alivio final de la muerte, quemando poco a poco de abajo a arriba a las víctimas. En tanto pudieron, de Molay y de Charney siguieron gritando la inocencia de su Orden. Cuenta la leyenda que mientras se quemaba Jacques de Molay, éste maldijo a Felipe de Francia y a toda su familia por trece generaciones. Conjuró tanto al rey como al Papa a que antes de un año se reunieran con él para ser juzgados ante el trono de Dios. Clemente V murió el mes siguiente, en abril; la muerte inexplicable de Felipe ocurrió en noviembre de ese mismo año. Como veremos, la muerte de Clemente fue una venganza casi insignificante en comparación con la repercusión continua que tuvo la supresión de los Templarios en la Iglesia Romana a lo largo de los siguientes siglos.
Después de la ejecución de Jacques de Molay, Felipe recibió una demanda formal por parte de los monjes agustinos, dueños de la isla donde se había realizado la ejecución. No expresaron ninguna objeción ni afrenta por ello. Su demanda se refería a que se había entrado allí sin su autorización.
Los seis años y medio a la sombra de un rey y un Papa como antecedentes de la supresión de los Templarios en Francia, nos ayudarán a entender mejor las circunstancias tan diferentes que rodearon la supresión de los Templarios en Inglaterra y Escocia, donde las condiciones –incluyendo una advertencia previa considerablemente valiosa- fueron más propicias a la formación de una sociedad secreta de protección mutua.

CAPITULO 10
QUE NO HAYA DERRAMAMIENTOS VIOLENTOS DE SANGRE

En julio de 1307, tres meses antes del arresto de los Templarios en Francia, el primer Príncipe de Gales, de veinticuatro años, se convirtió en el rey Eduardo II de Inglaterra. Así la corona pasó de uno de los monarcas más poderosos de Inglaterra al más débil y deplorable.

Por una parte, Eduardo II se sintió feliz ahora que su severo padre ya no intervenía en su vida, porque el joven rey estaba enamorado, pero no de la princesa Isabel de Francia con quien su padre lo había comprometido, sino de un guapo joven de nombre Piers Gaveston, un caballero pobre de Gascuña. Habían sido amigos desde la infancia y el padre de Eduardo favoreció esa amistad en la creencia de que el cortesano gascón, muy hábil con las armas y aparentemente en posesión de todas las virtudes caballerescas, sería un modelo positivo de conducta para su débil hijo.

El viejo rey, preocupado con sus guerras contra Escocia y Francia, no se dio cuenta del desarrollo de la relación entre los dos jóvenes. Luego, en el último año de su reinado, ordenó al príncipe que se uniera en su campaña contra los escoceses. Por supuesto que Gaveston acompañó al Príncipe de Gales y al observarlos el rey pudo ver que se trataba de una relación homosexual. El verdadero estallido de ira ocurrió cuando el príncipe pidió a su padre que concediera a Gaveston la provincia francesa de Ponthieu. Ese territorio se localizaba a orillas del canal y era vital para la defensa de las posesiones francesas del rey. Se dice que éste se enfureció tanto con la extraordinaria petición que golpeó en la cara al príncipe y lo arrastró de los cabellos por la habitación mientras le gritaba acusándolo de estúpido. Piers Gaveston no obtuvo Ponthieu. En vez de eso se le expulsó de Inglaterra.

Ahora, ya rey, Eduardo II podía hacer lo que deseara. Su primer acto oficial como monarca fue llamar a su amado de regreso a la corte inglesa, donde le compensó por la molestia de su breve exilio nombrándolo conde de Cornualles.

Mientras Eduardo II empleaba los primeros meses de su reinado en ejercer el poder en beneficio de su favorito, sus barones aprovecharon el tiempo en reducir ese poder. Lograron tener el control de la Curia Regia, el Consejo del Rey y crearon en su interior un comité de gobierno integrado por lo que denominaron los “lores ordenadores”. En apariencia Gaveston repartía su tiempo entre exigir incesantemente riqueza y poder y utilizar su ingenio y facilidad de palabra para mofarse de los nobles de la corte; incluso les inventaba apodos insultantes. Ese clima de antagonismo fue la tónica de la corte inglesa durante los cinco años siguientes. En tanto que la supresión de los Templarios constituyó una ocupación desagradable en la corte francesa, para la inglesa fue más bien una distracción. Hubo que tomar en cuenta otros acontecimientos más importantes: Robert Bruce dejó su santuario en las Islas Occidentales, había regresado al territorio escocés y estaba reuniendo a su gente. La boda del rey con Isabel de Francia se celebraría en Boulogne en enero del siguiente año y los preparativos tomarían meses.

Felipe envió a un mensajero, Bernard Pellitin, a su futuro yerno para instarlo a que arrestara a los Templarios en su territorio y el Papa comunicó por escrito sus instrucciones para que eso se llevara a cabo. Eduardo II reaccionó con

incredulidad ante las acusaciones. Había crecido cerca de ellos. El Temple de Londres fue el recinto anfitrión de muchos de los jóvenes a los que junto con él se armó caballeros e incluso había talado de buena gana gran parte del huerto templario para dar cabida a las tiendas de los recién armados caballeros que combatirían por su rey contra Escocia. Un maestre inglés del Temple, Brian de Jay, murió luchando por Inglaterra en contra de William Wallace. Al joven rey no le parecía que la Orden fuera culpable de nada y así lo hizo saber cuando envió cartas a otros monarcas cristianos para pedirles que lo apoyaran en la defensa de los Templarios. El 4 de diciembre, Eduardo escribió al Papas para informarle que no los arrestaría, en razón de su inocencia. Mientras su carta iba en camino, se cruzó con la bula *Pastoralis Preeminentae*, la condena oficial del Papa a los Templarios, expedida el 22 de noviembre de 1307. Eduardo II la recibió el 15 de diciembre. Ya no importaron sus sentimientos, no tuvo más remedio que ordenar los arrestos, aunque no lo hizo de inmediato.

No sabemos si la demora se debió a los sentimientos del rey, a su propensión a postergar las cosas o a la influencia de los Templarios y de los amigos de éstos en la corte, pero en Inglaterra los arrestos sólo comenzaron a partir del 7 de enero en Londres y pasó buen tiempo desde esa fecha hasta que se hubieron difundido las órdenes por todo el reino y por las provincias inglesas en el continente. Los arreglos que se hubieran hecho para el escape de los Templarios durante los dos meses transcurridos entre la noticia de los arrestos en Francia y la llegada a Inglaterra de la bula papal el 15 de diciembre, se han de haber acelerado mucho más ante la noticia alarmante de que eran inminentes. Sólo podemos imaginar la conmoción cuando el maestre inglés William de la More regresó de la corte al Temple de Londres para informar de la bula papal. A no dudar salieron jinetes a todo galope desde Londres en todas las direcciones para advertir a los hermanos de los condados.

No cabe duda que hubo una planeación eficaz en los veintitrés días transcurridos entre la llegada de la bula el 15 de diciembre y el inicio de los arrestos el 7 de enero de 1308. Cuando las tropas del rey fueron a aprehenderlos sólo encontraron a unos cuantos pero no se localizó a la mayoría de los caballeros, sargentos y clérigos Templarios. Los archivos se habían perdido o destruido. En el Temple de Londres los soldados del rey que esperaban capturar el mayor tesoro que jamás se hubiera visto, encontraron menos de doscientas libras. El oro y la plata, los relicarios enjoyados, todo había desaparecido.

El rey se hallaba ausente. En compañía de muchos de los nobles de su familia se embarcó hacia Francia para celebrar los esponsales con la princesa Isabel de Francia, entonces de doce años (su inocencia infantil no indicaba para nada que algún día los ingleses la conocerían como la “Loba de Francia”). Para furia de los nobles, Eduardo nombró regente a Piers Gaveston para que gobernara durante la ausencia del rey. Gaveston no ha de haber visto ningún provecho personal en el asunto de los Templarios y los nobles que se quedaron en Inglaterra no tenían ánimo para arrestar a sus compañeros de armas, entre los cuales muchos eran sus amigos. Un operativo de redada integrado por hombres del rey y órdenes religiosas sólo logró atrapar a dos Templarios fugitivos en toda Inglaterra. A algunos priores se les concedió arresto domiciliario y permanecieron en sus cuarteles. El maestre inglés de la More –quien probablemente tuvo que quedarse atrás porque su evasión hubiera revelado los cuidadosos preparativos- fue encarcelado en Canterbury aunque

se le alojó en una celda cómoda y con autorización real para comprar comodidades adicionales de sus carceleros. Varios de los Templarios cautivos escaparon de sus prisiones, por lo que debió haber habido ayuda interna o externa o de ambos tipos. Tal vez la ayuda que recibieron estaba organizada con eficiencia o tal vez sus seguidores tenían algo menos que un intenso deseo de capturarlos. Sin embargo, sea cual sea la razón, no se encontró jamás a ninguno de los Templarios evadidos.

En cuanto a los pocos que permanecieron en prisión, se beneficiaron con el hecho de que el canal no sólo era una barrera de agua entre Gran Bretaña y el continente, sino que también era, en muchos sentidos, una barrera filosófica. Desde tiempos de la antigua Iglesia Celta, que nunca estuvo sometida a la autoridad de Roma, los dirigentes de la Iglesia y del gobierno secular en Inglaterra habían luchado contra la autoridad papal en ese reino insular y una de las instituciones a las que se opusieron fue a la Inquisición, inexistente en Gran Bretaña. Se permitió el ingreso de los domínicos pero éstos tuvieron que dejar las hogueras y tenazas al rojo vivo en su lugar de origen. Se encarceló a los Templarios pero no se les torturó, situación que el papa Clemente V consideró como una afrenta personal a su autoridad. Exigió que se les torturara para lograr sus confesiones de herejía, según originalmente había ordenado. De igual modo decretó que cualquier persona que auxiliara a un Templario fugitivo, que siquiera lo aconsejara, sería castigada y excomulgada. Lo sorprendente es que dichas amenazas no dieron como resultado que se entregara ni siquiera a un Templario fugitivo. Mientras el Papa se esforzaba por someter a su voluntad a Eduardo II, el amigo gascón de éste, Piers Gaveston, tenía un gran éxito en ese mismo empeño. Al regreso de su boda, Eduardo dio a Gaveston algunos de los más valiosos regalos enjoyados. Al mes siguiente, en la coronación del rey, le ofreció un lugar de preferencia, por encima de todos los pares del reino.

Pasaron dos años y los Templarios a quienes se interrogaba sin tortura no confesaban nada y afirmaban sin cesar su inocencia, tal vez alentados por la evasión ocasional de alguno de sus hermanos. A la exigencia papal de que se aplicaran torturas, Eduardo repuso que ni en la jurisprudencia eclesiástica ni en la secular de Inglaterra se habían empleado jamás, al grado de que ni siquiera había en el reino alguien que supiera aplicarlas. Exasperado, Clemente V escribió al rey para advertirle que debía pensar en el destino de su alma ya que insultaba así las órdenes directas del Vicario de Jesucristo en la Tierra y añadía que lo intentaría sólo una vez más concediéndole el beneficio de la duda. En ese momento el Papa estaba enviando a Inglaterra a diez torturadores expertos bajo el mando de dos domínicos experimentados; Eduardo no tendría pretextos. Además Clemente esperaba que, cuando los torturadores llegaran a su destino, se les pondría a trabajar de inmediato. Dice mucho de la determinación del Papa el hecho de que le haya robado tiempo a sus importantes deberes religiosos de su sagrado cargo la víspera de Navidad, el 24 de diciembre de 1310, para asegurarse de que se infligiera tortura a los Templarios cautivos. Su regalo navideño al pueblo de Inglaterra consistió en introducir en su sistema legal el interrogatorio mediante tortura.

Eduardo recibió al equipo papal de torturadores pero ordenó que sus servicios excluyeran la mutilación y las heridas permanentes; tampoco permitió que hubiera “derrames violentos de sangre”. Es muy poco lo que la historia puede aportar a favor de Eduardo II, sin embargo es posible que esas restricciones

impuestas a la tortura de los Templarios ingleses constituyan el primer esfuerzo del cual se tiene noticia con el objeto de imponer una especie de control en la locura desatada que alcanzó su máximo en el siglo XIV e hozo de la tortura a otro ser humano una parte esencial de la confesión y del interrogatorio. Igual que ocurre con el dolor infligido por padres o maestros enfurecidos, probablemente tenía su origen en la frustración, pero fue aumentando la frecuencia de su aplicación y la magnitud de su ingenio hasta que sobrepasó el límite de la cordura cuando alguien decidió que sería una herramienta eficaz para proteger y promover las enseñanzas de Jesucristo. En última instancia, la Iglesia puso freno al uso de la violencia por la Inquisición aunque no sin que se registrara una fuerte objeción por parte de los principales frailes domínicos, quienes consideraron que se estaba coartando su eficiencia. A la autoridad secular le correspondió proporcionar las limitaciones más espectaculares a la tortura legal mediante lo que quizá sea la expresión peor comprendida en su larga historia, el “tercer grado”. En cierta forma hay quienes consideran que esas palabras tienen alguna relación con la francmasonería, tal vez eso se deba al sangriento juramento del Maestro Masón en el “tercer grado” de la masonería.

De hecho esa expresión tuvo su origen en los que en su tiempo se consideró un decreto muy humanitario. Hasta la época de la emperatriz austríaca María Teresa, las autoridades decidían en gran medida por su cuenta los límites que imponían al tipo e intensidad de la tortura utilizada para interrogar a los “testigos” o para obtener confesiones. A menudo moría gente inocente a consecuencia de los interrogatorios y muchos quedaban inválidos de por vida. En el siglo XVIII, durante el reinado de María Teresa, se fijó una norma para las torturas que se utilizarían en los interrogatorios en todo el territorio austríaco. Para el primer grado del interrogatorio se utilizaban las empulgueras. Este aparato consistía en dos torniquetes que se iban apretando hasta que una barra o punta roma presionaba la base de la uña del pulgar. A continuación se iniciaba el interrogatorio con subsecuentes vueltas de los torniquetes hasta que se aplastaba la coyuntura.

En el segundo grado se desnudaba a la víctima hasta la cintura y se le ataba con los brazos extendidos hacia arriba a una escalera tosca recargada diagonalmente sobre una mesa o una pared. El torturador sostenía una vela con la llama en posición de quemar la sensible piel del costado en distintos puntos desde la cintura hasta la axila. Con una zona tan extensa en la cual intervenir a ambos lados del cuerpo y con una gran libertad de tiempo para mantener la llama contra la piel, el torturador disponía de un arbitrio considerable respecto de la cantidad de dolor infligido, según su criterio acerca de la importancia del testigo o su propia disposición anímica.

El tercer grado consistía en la estrapada. Primero se ataban a la espalda las manos de la víctima, luego se le ataba a las muñecas una cuerda que pasaba por una polea sostenida del techo. Al tirar de ésta, el torturador y sus asistentes estiraban hacia arriba los brazos de la víctima por detrás, con lo que provocaban un intenso dolor en los hombros hasta que despegaba los pies del suelo. Ahora bien, podían introducirse dos variantes. Con los pies de la víctima a varios centímetros del suelo, el torturador podía soltar la cuerda y volverla a sujetar, lo que hacía que cayera y se detuviera de un tirón, un procedimiento que con frecuencia producía la dislocación de uno o ambos hombros. En la otra variante, una vez que la víctima estaba suspendida en el aire el ayudante la

tomaba de las piernas y tiraba con todo su peso hacia el suelo, con lo que intensificaba el dolor y quizá hacía que los brazos se le salieran de las articulaciones.
A cualquiera que pasara por el tercer grado sin confesar se le consideraba inocente y se le liberaba. Conviene entender que lo anterior, por más brutal que parezca, fue aclamado tanto por los dirigentes seculares como por los religiosos como un ejemplo de misericordia cristiana, como señal de las cualidades humanitarias de la emperatriz.
Las órdenes de Eduardo no fueron tan restrictivas como los tres grados del interrogatorio de María Teresa, aunque tal vez la simpatía que expresó aquél por las víctimas tuvo algo que ver con el hecho de que incluso con la tortura, no se obtuvo ninguna confesión de los Templarios ingleses. Es posible también que se hayan beneficiado al llevar ya tres años prisioneros antes de que comenzara la tortura, tiempo durante el cual pudieron hablar entre sí para reafirmar su resolución a diferencia de los cofrades franceses a quienes se había tomado por sorpresa y sometido a las agonías de la Inquisición inmediatamente después de sus arrestos.
Lo más seguro es que una consecuencia del inicio de la tortura de los Templarios en Inglaterra haya sido afianzar la determinación de los fugitivos de no dejarse atrapar. Durante tres años, las captura sólo había significado el encarcelamiento con sus compañeros templarios pero ahora se trataba de compartir su sufrimiento a manos de los diez especialistas papales en agonía humana.
Mientras sucedía todo eso en Inglaterra, los esfuerzos del Papa por lograr que se arrestara e interrogara a los Templarios en Escocia no prosperaron. Hubo varios arrestos en enero de 1308, pero Robert Bruce estaba ocupado con sus propios problemas y es más probable que haya reclutado a los caballeros preparados para la guerra en su reino a que los haya arrestado y torturado. Bruce sabía que la muerte de Eduardo I le concedió tiempo adicional, pero intuía que tarde o temprano un ejército invasor inglés cruzaría el Tweed para destronarlo. No tenía ningún interés en las Órdenes militares, en una Cruzada a Tierra Santa, en las ambiciones de Felipe de Francia o del Papa Clemente V. Su interés estaba dedicado por completo a la seguridad de una nación escocesa independiente. Como monarca cristiano, había recibido una copia de la bula papal condenatoria con instrucciones de llevar a cabo lo decretado, pero nada más la hizo a un lado. Nunca se publicó la bula papal ni se anunció ni se reconoció en Escocia, lo cual hizo creer a la gente que ese era un refugio legal para los Templarios fugitivos de Inglaterra o del continente. No sólo era el caso de que un Caballero Templario fugitivo de sintiera a salvo sino que, si no tenía escrúpulos de combatir contra el rey inglés, habría sido un elemento bien recibido en la fuerza lastimosamente reducida de caballería armada con que contaba Bruce. La importancia que ésta representaba para Bruce se demostraría muy bien cuando los ingleses emprendieran por último su invasión de Escocia apenas unos cuantos años después.
Cuando la persecución de los Templarios en Inglaterra se convirtió en procesos formales, en noviembre de 1309, los tribunales dispusieron de pocas confesiones que les sirvieran y de pocos testigos. Casi todos los que se presentaron a atestiguar contra los Templarios eran miembros de otras órdenes religiosas y poco podían ofrecer, excepto rumores y decires. Por su parte los gobernantes del país no estaban del todo interesados, enfocaban su atención

hacia otros lados. Los diez torturadores profesionales proporcionados por el Papa conocían su oficio –había una gran diversidad de formas en que podían infligir un dolor muy agudo y al mismo tiempo seguir dentro de los límites impuestos por el rey- y a pesar de esa experiencia repugnante no lograron obtener ninguna confesión. Lo único que lograron fue la aceptación de que para preservar sus secretos se decía a los Templarios que se confesaran sólo con los curas de su Orden, que había la posibilidad de que en ocasiones se absolvieran unos a otros del pecado en situaciones especiales y que usaban una cuerda ceñida a la piel aunque no sabían por qué. Se aceptó que ésta bien podía constituir la línea divisoria que definía las "zonas de castidad", algo ideado por San Bernardo de Clairvaux para las órdenes religiosas. No hubo confesiones de herejía, blasfemia, besos infames ni prácticas homosexuales.

En 1311, el año en que comenzó en Inglaterra la tortura de los Templarios, los lores ordenadores estaban hartos del favoritismo homosexual del rey, no tanto por las inclinaciones sexuales de ambos sino porque Piers Gaveston había usado su influencia para asegurarse un control casi absoluto de la monarquía. Para gran ira del rey, los barones ayudados por el hecho que el arzobispo de Canterbury había excomulgado a Gaveston, lo enviaron exiliado a Flandes. Sin embargo, antes de que pasara un año estaba de regreso y mientras el concilio de Vienne se ponía a discutir sobre una nueva cruzada y la suerte de la Orden de los Templarios, los lores ordenadores se ocuparon de perseguir a Gaveston por el norte de Inglaterra. Lo atraparon finalmente en el castillo de Scarborough donde, como era de esperar, los convenció de que no lo mataran. Cuando lo escoltaban a Londres escoltado por un guardia los rodearon las tropas del conde de Warwick y aunque éste era también un lord ordenador sostuvo que como no había estado en Scarborough no había participado en el acuerdo sobre Gaveston y en consecuencia nada lo obligaba a cumplirlo. Se lo llevó al castillo de Warwick pero como sabía que el rey ejercería cualquier presión para salvar a su favorito hizo que sus hombres sacaran del castillo al prisionero y lo llevaran a Blacklow Hill, donde lo decapitaron el primero de julio de 1312.

Es evidente que Eduardo no aprendió nada de ese incidente aparte de acumular más ira y poco después estuvo bajo la influencia de otro amante. Por el momento, sin embargo, sus riquezas parecieron alcanzar el nivel más bajo y la monarquía misma pareció estar en gran peligro. Mientras los lores ordenadores reflexionaban en la victoria lograda sobre su indefenso rey, Eduardo decidió poner en práctica la recomendación que se hacía a los gobernantes en problemas desde siglos antes y que se aplicaría siglos después: que la forma de volver a integrar una nación y de recuperar la propia autoridad consistía en conducir a su gente a una guerra. En 1313, a instancias de su suegro Felipe de Francia, Eduardo tomó la cruz y juró conducir a su pueblo a la Gran Cruzada declarada por el mismo concilio de Vienne que abolió la Orden de los Templarios el año anterior. Sin embargo, ni Eduardo ni su pueblo tenían el menor deseo de viajar a Tierra Santa. En lo político y en lo militar sería desastroso que los combatientes ingleses se ausentaran en el preciso momento en que el enérgico rey Roberto de Escocia desalojaba inexorablemente a los ingleses una tras otra de las plazas fuertes escocesas hasta que en toda Escocia sólo quedaron en manos de los ingleses los castillos de Dunbar, Berwick y Stirling. No, no sería una costosa Cruzada dominada por el rey francés lo que establecería la supremacía de Eduardo sobre sus barones guerreros; más bien lo lograría con una gran victoria sobre el enemigo que

amenazaba en la puerta trasera de Inglaterra. Se mantendrían las promesas hechas a su padre. Eduardo II sería el rey que finalmente sometería a la nación escocesa y la convertiría en una parte del reino inglés.
En 1314, mientras las brasas quemaban la carne y dejaban los huesos ennegrecidos de Jacques de Molay, Eduardo II integraba una gran fuerza para la invasión y conquista final de Escocia. Bruce reunió diez mil hombres para la defensa de su patria, en tanto que Inglaterra echó mano de todos sus recursos para formar un ejército de veinticinco mil hombres incluyendo una caballería de cinco mil jinetes con armaduras pesadas y unos diez mil arqueros.
Los lores ordenadores, los principales barones del reino, no tenían el menor deseo de arriesgar sus vidas para convertir en héroe nacional a su despreciado rey y varios simplemente no aceptaron ir. Eso en apariencia le pareció bien a Eduardo quien no tomó medidas para obligarlos tal vez porque no tenía deseos de compartir la gloria con esos hombres que pugnaban por dominar.
A medida que el ejército avanzaba por el norte de Inglaterra a muchos kilómetros a ambos lados de su ruta, se advirtió a Robert Bruce de su acercamiento. Los ingleses iban en busca de Bruce, lo que le daba a éste la ventaja de escoger su terreno, un campo donde sus hombres pudieran descansar y recuperar fuerzas en tanto que las cansadas tropas inglesas recorrían kilómetro tras kilómetro para hacerle frente. Bruce escogió un terreno que puso a sus hombres entre los ingleses que se acercaban y el castillo de Stirling con su pequeña guarnición de ingleses a unos cuantos kilómetros hacia el norte.
Como bien había aprendido de las campañas de Wallace, Bruce dispuso sus esquiltrones, esos círculos de hombres con lanzas de tres metros y medio a lo largo de la cima de una colina, entre zonas muy boscosas. Anticipándose a la carga de la caballería inglesa, muy superior, hizo excavar cientos de hoyos al azar frente a los lanceros y que se cubrieran con pasto y ramas como se hacía con las trampas para cazar animales. Ordenó a la horda de los que siguen a un ejército (cocineros, carreteros y familiares) que se protegieran tras una colina cercana. Por último, recordando que la caballería de Wallace su única defensa contra los arqueros ingleses lo había abandonado en el campo de batalla de Falkirk porque quienes la dirigían estaban descontentos, Bruce asumió el mando de sus escasas centenas de caballeros. Cuenta la leyenda que Bruce recibió para integrarse a esta fuerza crucial a un grupo de Caballeros del Temple fugitivos.
En la parte baja de la colina se hallaba el valle de tierras cenagosas (donde sólo había un camino poco transitable) y lo atravesaba un arroyo (*burn* en el dialecto escocés) llamado Bannock Burn. Estaba a punto de ocupar el lugar más destacado en la historia militar escocesa.
Al enterarse de la posición de Bruce el ejército inglés se dirigió hacia allá y al fin llegó la vanguardia al otro lado del arroyo. Se encontraban tan agotados que tomó tres días la llegada de la sección final. Mientras se reunían se envió una pequeña fuerza a socorrer el castillo de Stirling, el cual proporcionaría a los ingleses una posición fortificada a espaldas de Bruce. Los exploradores informaron de ese movimiento y Bruce actuó rápido para interceptarlos. Sir Henry de Bohum que iba al mando de esa fuerza, se adelantó a caballo desde donde estaban sus hombres para retar a Bruce a un combate individual. Éste aceptó y salió a galope a tomar su posición frente a sus hombres. Sir Henry inclinó su lanza en posición de ataque y espoleó su pesado caballo de combate

hacia donde le aguardaba el rey escocés. Ese día, Bruce había escogido su cabalgadura ligera para facilitarse la persecución e iba armado con un hacha de combate que no tenía el alcance de la lanza de Sir Henry. Cuando tuvo a su alcance la punta de la lanza, Bruce la desvió de un golpe con el revés de su hacha y luego la devolvió rápido en sentido contrario y con la amplia cuchilla mató de un solo golpe al caballero inglés. La incursión para auxiliar a Stirling había concluido y cuando se difundió la noticia los escoceses se hincharon de orgullo renovado por su rey guerrero.

En el lado inglés el rey, que era cualquier cosa menos un guerrero, ordenó el ataque y le soltó la rienda a su pesada cabalgadura. Los caballos avanzaron con dificultad por el terreno lodoso a ambos lados del arroyo; luego los caballeros los espolearon para ascender por el talud en dirección a los lanceros que aguardaban. Los caballos tropezaron en los hoyos y entre sí pero al final llegaron a donde estaba el piquete erizado de lanzas. Ingleses y escoceses se enfrascaron en una lucha en la cual ningún lado quería retirarse. Acudieron refuerzos ingleses pero no podían llegar hasta el enemigo debido al limitado frente de menos de dos kilómetros de extensión. Los arqueros resultaban ineficaces porque era más posible que su lluvia masiva de flechas hiriera a sus camaradas a que acertara a los escoceses, cuyo número era más reducido. En consecuencia se movió a los arqueros hacia el flanco escocés donde podían seleccionar los blancos.

Cuando los arqueros ingleses atravesaban el campo, Bruce preparó a sus caballeros y los mantuvo bajo un control estricto. Para conseguir el máximo impacto de la carga de los pesados caballos de combate necesitaba que los arqueros se juntaran para iniciar su lluvia de flechas y no que estuvieran separados y en movimiento. Cuando los arqueros estuvieron en posición, preparados para diezmar a los lanceros escoceses, Bruce dio la orden esperada con tanta ansiedad. Los caballos de combate provistos de armaduras y entrenados para patear, morder y pisotear, arrollaron a los arqueros ingleses. Los jinetes con armadura golpeaban a los arqueros desprotegidos con hachas y mazos. Éstos rompieron su formación y escaparon en desorden colina abajo. Tal vez los seguidores del campamento de Bruce que observaban a distancia, pensaron que los arqueros en retirada significaban la victoria escocesa o tal vez un patriota entusiasta los haya impulsado a la acción; haya sido la que haya sido la razón, los escoceses no combatientes decidieron participar. Ondeando banderas de fabricación casera con gritos y toques de trompas de caza, hombres, mujeres y niños sin armas se lanzaron en tropel desde su colina hacia los bosques a la izquierda de los ingleses. Estos se sintieron amenazados por lo que consideraron eran refuerzos frescos para los escoceses. Su flanco izquierdo comenzó a flaquear y Eduardo II decidió abandonar el campo de batalla. Su séquito y su guardia lo siguieron y pronto se les unieron otras unidades confundidas y mal comandadas, hasta que el ejército invasor se dio a la desbandada. Los jubilosos escoceses se lanzaron desbocados colina abajo tras ellos, encajando sus lanzas en una espalda tras otra. Fue el peor desastre militar en la historia inglesa; se calcula que hubo unas mil quinientas bajas a diferencia de las cuatrocientas escocesas aproximadamente. La batalla de Bannock Burn puso fin a las esperanzas de la dominación inglesa de Escocia, la cual mantuvo su condición de nación independiente hasta la unión de ambos países bajo un solo soberano cuatro siglos después, en 1707.

Cuando los sobrevivientes de Bannock Burn incluido el rey Eduardo marchaban de regreso a sus hogares, atravesaron un territorio que se encontraba en una situación cercana a la anarquía. La debilidad del rey había permitido la erosión del poder central a manos de un grupo de barones ambiciosos que sólo luchaban por su provecho personal, pero sin el menor interés en aumentar la participación del pueblo en el gobierno. El dirigente de los barones, Thomas de Lancaster, se las había ingeniado para usurpar en su provecho las grandes posesiones de los condados de Lancaster, Lincoln, Leicester, Derby y Salisbury.

El gobierno central, casi microscópico en comparación con el personal de gobierno que consideramos hoy, dependía de los nobles y los caballeros para mantener la ley y el orden en el reino, pero éstos aparte de proteger sus propios intereses se mostraban indiferentes y no cumplían con lo que esa tarea exigía. Proliferaban las bandas de forajidos. En algunas zonas, éstas constituían la única ley y el único orden disponibles y en varias ocasiones tanto el clero como los seglares contrataron a sus miembros para que defendieran sus propiedades. A tal grado llegaba el dominio de los facinerosos en algunos territorios que se ordenó a los señores locales que cortaran los árboles y arbustos a ambos lados de caminos concurridos con el fin de prevenir las emboscadas y los ataques sorpresivos. Fue la época que convirtió a éstos en héroes populares y fomentó leyendas como las de Robin Hood. Nadie los condenaba por abalanzarse sobre abades y obispos ricos para quitarles las libras y los peniques de que habían despojado a los feligreses. En eso no había pecado porque los ladrones legendarios no entraban en las iglesias a robar crucifijos de oro y candelabros de plata, sino que sólo tomaban lo que consideraban riqueza personal de los prelados avaros. Los ladrones valientes infringían también todas las leyes de caza para consumir carne fresca cada vez que querían, lo cual constituía el sueño de los campesinos. No importa que los forajidos no fueran realmente como el legendario Robin Hood, lo que sí es significativo es que en la memoria popular se les recuerda de esa manera. El campesino podía realizar su fantasía de manera indirecta, azotar al arrogante barón, despojar de su oro a un obispo avaro, convidar a su familia y a sus amigos a una gran comilona con carne de venado obtenida de modo ilegal. La popularidad de Robin Hood y sus semejantes revela mucho de la forma en que el común de la gente se sentía respecto de su vida y de aquellos que Dios y el hombre le habían puesto por encima.

Integraban las bandas de forajidos hombres “sin ley”, sin la protección de las leyes del país, lo cual autorizaba a cualquiera a golpearlos, robarlos e incluso matarlos sin temor a un castigo legal. Para ellos la única esperanza de protección consistía en juntarse en bandas con otros de su calaña. Los Caballeros Templarios, guerreros que no sabían hacer otra cosa que luchar y ya condenados por el rey y por la Iglesia, han de haber sido candidatos ideales a forajidos. No sabemos de ningún Templario fugitivo que se haya unido a esas bandas o que haya formado la suya, pero sí se sabe que operaron alrededor de las zonas donde estuvieron los feudos y las comandancias de los Templarios.

Eduardo busco aliados y encontró dos. El conde de Winchester, Hugh el Despenser, un señor de las Marcas Galesas (tierras de la frontera) y su guapo hijo, también llamado Hugh. De nueva cuenta, a Eduardo lo cautivó por completo un amante homosexual, el Despenser joven, y permitió que el mayor se encargara de gran parte de los asuntos del reino. Los Despenser usaron ese

poder para invadir las posesiones de los otros señores de las Marcas Galesas. Al grado que éstos se aliaron con Thomas, duque de Lancaster, y con los otros lores ordenadores que lo seguían. Despenser derrotó a los señores de las Marcas y tomó prisionero a Roger de Mortimer, uno de sus dirigentes. En 1322, Despenser organizó una campaña contra Lancaster y lo derrotó en la batalla de Boroughbridge, en Yorkshire. Después se lo llevó de regreso a su castillo de Pontefract y allí lo mandó decapitar. Roger de Mortimer eludió un final similar que se le tenía preparado al escapar de su prisión y huir a Francia donde al poco tiempo se uniría a otro conspirador de linaje real.

Carlos IV, rey de Francia y hermano de la reina Isabel de Inglaterra aprovechó los problemas internos de ésta para apoderarse del ducado de Gascuña. Esto constituyó un duro golpe al bolsillo de Eduardo, porque el comercio de vinos que operaba a través de Burdeos le rendía más ingresos que todas sus posesiones inglesas. Isabel se ofreció para ir a París a negociar con su hermano la devolución de esa rica provincia y Eduardo aceptó.

En Francia, Isabel conoció a Roger de Mortimer y se enamoró de él. Él quería vengarse y recuperar sus tierras, ella estaba asqueada de la relación de su marido con el joven Despenser y detestaba tanto a uno como al otro. Juntos, Isabel y Mortimer urdieron un plan para apoderarse del trono inglés a favor del Príncipe de Gales, menor de edad. Según el plan, ambos serían regentes y gobernarían Inglaterra. Isabel mandó traer al Príncipe con el pretexto de que debía rendir homenaje a su tío, el rey de Francia, por la provincia de Gascuña. Tan pronto como tuvieron con ellos al niño, Isabel y Mortimer reunieron a un ejército de mercenarios e invadieron Inglaterra en septiembre de 1326. Fueron bien recibidos por un pueblo enojado por la arrogancia de los Despenser y el descuido del rey de casi todos sus deberes como monarca, consumido de preocupación por su amante. Rápido los atraparon y padre e hijo murieron ahorcados en el patíbulo. Al rey mismo se le encarceló y se le obligó a abdicar a favor de su hijo de catorce años. Después de pasar un año en varias prisiones se asesinó a Eduardo II en el Castillo de Berkeley, en Gloucester, el 22 de septiembre de 1327. Los rudos caballeros que se encargaron de hacerlo decidieron que si el rey había escogido la forma en que quería vivir muy bien podía morir de la misma manera, así que lo pusieron boca abajo y le introdujeron una varilla de hierro al rojo vivo por el recto.

El reinado de Eduardo II fue quizá el período más funesto y deplorable de la historia inglesa, más por eso mismo fue una bendición para los hombres que estaban en fuga y en buscas de refugio. Hemos visto que los Templarios fugitivos a quienes muy probablemente han de habérseles unido sus hermanos del continente, tuvieron una amplia motivación para huir y evadir las cadenas y las torturas que les aguardaban. También hemos visto que la confusión del gobierno de Eduardo II fue ideal para unos fugitivos que sólo podían aprovechar la desaparición de la ley y el orden. Es posible que Escocia los haya recibido bien, aunque sólo de manera clandestina, en el sentido de que su presencia debía mantenerse en secreto respecto de las órdenes religiosas, las cuales con toda certeza habrían acatado las órdenes del Papa y los hubieran entregado. Sin embargo, qué pasaba con los fugitivos mismos?, Cuáles eran sus necesidades y sus temores cuando buscaban refugio, nuevas identidades, y nuevos hogares? Ante las circunstancias, una sociedad secreta habría atendido esas necesidades mejor que distintos individuos? En la búsqueda de

la Gran Sociedad hubo necesidad de considerar los problemas del hombre que está a la fuga desde el punto de vista del que está huyendo.

CAPITULO 11
HOMBRES EN FUGA

Una característica común de los fugitivos es su condición psíquica, un estado de tensión incesante sin saber cuándo esperar la mano en el hombro o la puerta que se abre con estrépito. La manifestación externa de esa tensión es el pánico que impide pensar y actuar de una manera racional y constructiva. Los antídotos más eficaces para éste son un plan y alguna ayuda del prójimo. El fugitivo sin plan y sin objetivo, totalmente solo, está en constante peligro de traicionarse a sí mismo. Los convictos o prisioneros de guerra evadidos con más éxito han sido quienes dedicaron el mismo tiempo en planear lo que harían después de la evasión que el que dedicaron a planear la evasión misma. Quienes se evadieron aprovechando una oportunidad repentina, cuando estuvieron fuera sin la menor idea de qué hacer ni a dónde ir, casi siempre fueron recapturados al poco tiempo.

Los Templarios tuvieron la fortuna de ser advertidos de la inminencia de su arresto con casi tres meses de anticipación, lo que les dio tiempo de planear tanto individualmente como de acuerdo con sus camaradas. También dispusieron de fondos y de medios de transporte. Tenían amigos y conexiones por toda Gran Bretaña, la cual, como hemos visto, de ninguna manera constituía una unidad política. El mayor problema de los Templarios ha de haber sido el que los descubrieran las otras órdenes religiosas, cuyas posesiones representaban en conjunto una tercera parte de la superficie de Gran Bretaña. No era el caso que todas las demás órdenes tuvieran una animosidad especial contra ellos, sin que más bien los Templarios constituían una prueba viviente de que si se quería el Papa podía castigar a una Orden religiosa con encarcelamiento, tortura, muerte y pérdida de sus propiedades. No era el momento para que cualquier Orden pasara por alto la menos oportunidad de demostrar su lealtad y obediencia a la Santa Sede. Ningún Templario fugitivo podía esperar que otro religioso se hiciera el desentendido.

Otro problema que ha de haber surgido tenía que ver con la diversidad de los hombres involucrados. La orden de arresto contra los Templarios y sus asociados incluía a representantes de casi todos los estratos de hombres libres de la sociedad medieval. Entre los miembros de la Orden se incluía como hermanos con plenitud de derechos a los caballeros que debían comprobar que descendían de la clase caballeresca, los sargentos reclutados entre la burguesía y los clérigos que podían provenir de muchas clases siempre que fueran libres por nacimiento. Además de éstos, las órdenes de arrestos incluían a otros asociados de los Templarios que podían proporcionar información sobre sus actividades, por ejemplo los sirvientes, los senescales y los arrendatarios de los feudos templarios, los artesanos que operaban las forjas, las talabarterías, los molinos y otras posesiones de aquéllos y a los empleados mercantiles que supervisaban las compras, ventas y embarques y que se encargaban de las franquicias de los Templarios.

Sólo los oficiales Templarios podían disponer del tesoro central del Temple, aunque los priores y senescales locales podían disponer de algunos fondos. Muchos de los demás tal vez no tuvieran nada y había que ayudarlos de alguna manera. En cuanto a su transportación, cada caballero Templario tenía por lo menos tres caballos. Tenía el de batalla bien entrenado, su jaca u otro tipo de caballo ligero y veloz para viajar y uno de carga para su armadura, armas y

otros pertrechos. El caballero en fuga disponía más que bien de medios de transporte. Esto no era válido para los demás Templarios fugitivos quienes han de haber tenido que desplazarse a pie o en barco.
A pesar de las ventajas evidentes, el caballero tenía también sus problemas especiales. Llevaba el pelo cortado al rape en una época en que la moda era llevarlo largo, aunque podía usar algún tipo de capucha en tanto le crecía el cabello. La barba era una cuestión diferente. La moda era andar afeitado, por lo que la barba cerrada y sin afeites de un Templario lo hacía notorio entre una multitud. Podía afeitársela pero si había llegado hacía poco a Gran Bretaña después de pasar años en Oriente, se habría visto igual de raro sin barba, con una cara de color nogal arriba y con un mentón y mejillas blancas como la nieve abajo. Aplicarse tizne o tinte o permanecer oculto hasta que su piel bronceada perdiera color ha de haber sido absolutamente necesario, pues no había forma de que las mejillas y el mentón se broncearan para adecuarse al resto de la cara con el sol invernal de Gran Bretaña.
También la indumentaria era una preocupación. El traje normal de las tres jerarquías de la Orden Templaria era un hábito con capucha como correspondía a una orden monástica. Claro que tenía su traje de batalla pero sólo usaban esa armadura pesada y calurosa cuando era necesario. Un vistazo a un refectorio templario habría revelado una reunión de monjes silenciosos con hábitos, no una reunión vociferante y degustadora de caballeros con armaduras como los de la Gran Sala en la corte del rey Arturo. Para escaparse de los arrestos papales, los cofrades fugitivos necesitarían un vestuario nuevo por completo y adecuado a los papeles que iban a asumir.
Un aspecto todavía más preocupante habría sido el idioma. Los Templarios en esencia eran una orden francoparlante y el francés era el idioma de la nobleza y la monarquía británicas. Faltaban otros cincuenta años para que los tribunales de Inglaterra realizaran los juicios en inglés en vez de en francés. Algunos de los caballeros y clérigos Templarios han de haber poseído un conocimiento funcional del inglés con el fin de supervisar sus propiedades y a sus empleados, pero cualquiera de ellos habría revelado su estrato social a la primera frase o par de frases pronunciadas en su inglés con acento francés. Sin duda el caballero Templario que no conocía otra ocupación que el combate, encontraría su hogar más seguro entre sus similares. Con nombre cambiado podía comprometerse en un pacto feudal con alguno de los barones del reino, el cual recibiría con agrado a un combatiente experimentado y probablemente no le preocuparía que el nuevo recluta fuera buscado por la Iglesia y la corona inglesa. En Inglaterra había muchos que podían recibirlos y también había barones franconormandos en Gales y Escocia e incluso en Irlanda, donde por ejemplo los Burghe, una gran familia de terratenientes normandos, todavía no había transformado su apellido en lo que en la actualidad parecería el apellido irlandés puro de Burke.
Para el hombre en fuga, la geografía con frecuencia significa seguridad. Debe salir del territorio enemigo o llegar más allá del alcance de la ley. Sin embargo, para alguien que huía de la Iglesia no había un refugio completamente seguro en toda la cristiandad. Su seguridad debía provenir del secreto de un nuevo nombre, un nuevo hogar, un nuevo medio de vida. Esto ha de haber sido muy difícil en un mundo de comunidades pequeñas (Londres mismo, la mayor ciudad de Inglaterra, tenía apenas una población de unos veinticinco mil habitantes). El fugitivo del siglo XIV ha de haber necesitado auxilio, incluso la

ayuda de amigos que lo respaldaran y afirmaran bajo juramento su nueva identidad. De ese tipo de problema en particular se ocupa uno de los Antiguos Cargos de la Francmasonería que dice que un hermano visitante no debe ir “al pueblo” a menos que lo acompañe un hermano de la localidad que pueda “testimoniar” por él, es decir dar testimonio en su favor ante las autoridades locales quienes tenían el derecho de arrestar a los desconocidos de quienes no se sabía qué negocios tenían en el pueblo.
En su huida, el fugitivo tenía una preocupación dominante: que no lo atraparan. Eso significaba viajar alejado de los caminos principales, de preferencia con un guía o con instrucciones proporcionadas por un amigo. En un villorrio o pueblo más pequeño era más vulnerable, porque podía identificarse con facilidad a un desconocido. Sus siguientes preocupaciones consistían en conseguir algo de comer y un lugar seguro donde pernoctar; esto último era lo más urgente. Se puede comer de tiempo en tiempo mientras se avanza e incluso puede posponerse la comida durante períodos largos. El sueño no puede suprimirse más allá del punto en que el cuerpo humano lo resiste, entonces el fugitivo corre un grave riesgo. El guerrero más rudo, fuerte y experimentado que pueda haber resulta tan indefenso como un niño cuando está profundamente dormido. El alojamiento seguro debió de haber sido un imperativo.
En los cientos de propiedades templarias a lo largo y ancho de Gran Bretaña, los empleados nativos debieron de haber recibido ayuda de sus familiares y amigos, los cuales tal vez también fueron vitales para los fugitivos que pasaban por esas zonas; han de haber sido contactos que podían proporcionar pan, carne y alojamiento por una noche en un granero, en una pequeña granja, en la cabaña de un guardabosque. Ese alojamiento seguro brindaba lo que un fugitivo ansía: comida, noticias, una oportunidad de descansar, instrucciones para llegar al siguiente lugar donde pernoctar, un poco de comida o dinero para llevar consigo en la siguiente etapa del viaje, alguien que lo escuche con simpatía.
Para el siguiente lugar, necesitaría una estratagema o señal con la cual pudiera localizar al hombre que iba a ayudarlo allí y con la cual podría revelar su identidad sin peligro. Más adelante en ese siglo, los lolardos que se ocultaban de la Iglesia utilizaron la frase “Bebamos todos de la mismas taza” como un medio para establecer su identidad. Los francmasones desarrollarían un sistema más elaborado: el masón dispone de una señal con la cual identificarse (su “due–guard”), de una señal para pedir ayuda a cualquier hermano que esté presente (el gran llamado de aflicción), palabras que pueden utilizarse en la oscuridad o decirse a otros que no están a la vista o que están viendo en otra dirección (Oh Señor, mi Dios, no hay ayuda para un hijo de la viuda?) e incluso de un catecismo confirmatorio:

- Eres un viajero?
- Sí
- Adónde viajas?
- Del oeste al este

Precisamente un sistema tal de identificación y reconocimiento encubiertos han de haber necesitado –o por lo menos les ha de haber sido muy provechoso- hombres que se desplazaban, que iban con la esperanza de encontrar un alojamiento seguro al día siguiente, que en última instancia no iban en pos de una morada segura sino de un puerto seguro, de un lugar donde pudieran dejar de huir y asentarse para proseguir sus vidas. Dentro del sistemas debía de

haber amigos y simpatizantes del todo confiables que no pertenecieran a la Orden y que estuvieran dispuestos a correr el riesgo de participar en una red clandestina de ayuda.
Es evidente que los Templarios tenían los antecedentes necesarios para crear signos y señas y sabían que un sistema así no puede funcionar si no se ha generalizado. Todos debían conocer y aceptar las señas, lo que significaba que era necesario que las ideara y promulgara un pequeño grupo de dirigentes y luego se revelaran a los demás. Cualquier proceso democrático de votación respecto de las opciones posibles habría sido logísticamente imposible en esos días de comunicación deficiente y malas condiciones para viajar. De igual modo, con un populacho analfabeto, el sistema tenía que crearse y transmitirse de modo oral para que se aprendiera de memoria y por repetición.
Una vez establecidos los signos y las señas, la preocupación principal debe de haber sido que se transmitieran sólo a quienes se considerara absolutamente confiables. Según la costumbre de entonces, la garantía de esa confianza ha de haber requerido de un juramento sagrado junto con un castigo terrenal como complemento del desagrado divino por la traición de un juramento hecho en su nombre. Hemos visto eso en el pacto secreto habido entre Felipe IV de Francia y el arzobispo de Burdeos, mediante el cual se nombraría al siguiente jefe de la Santa Iglesia Romana. Un arzobispo de esa Iglesia prestó el juramento más sagrado por la hostia misma, pero eso no fue suficiente garantía para Felipe quien exigió a los hermanos y sobrinos del arzobispo como rehenes. Se convino que el castigo del arzobispo en caso de traicionar su juramento, sería el asesinato de sus familiares. El juramento con castigo tampoco se limitaba a los señores de mayor jerarquía con autoridad monárquica y espiritual. Podemos ver que en la memoria popular se transmitió a los niños de todos los países angloparlantes en la forma de la promesa infantil de guardar un secreto cuando hacen la señal de la cruz sobre la parte izquierda del pecho y dicen: “Hago la cruz sobre el corazón y (si no cumplo) espero morir”. La señal de la cruz se transforma en un juramento religioso. El castigo por traicionar eso es la muerte. La palabra clave es “espero”, lo cual significa que el castigo se asume de forma libre y voluntaria. “Si traiciono este juramento *quiero* morir como castigo adecuado a mi pecado”. El juramento tiene como objeto infundir una confianza absoluta. Como en el caso de los Templarios fugitivos la traición significaría un tratamiento más horrendo que una muerte segura, el castigo por traicionar el juramento de seguro necesitaba ser algo terrible. Esto nos hizo recordar el juramento tan criticado que se emplea en la iniciación del Maestro Masón en el tercer grado cuando pide que se le corte en dos el cuerpo y se le quemen las entrañas hasta reducirlas a cenizas si traicionara su juramento de mantener el secreto. Un castigo así parecería completamente inadecuado para la traición en el caso de un miembro del gremio de los albañiles, pero no le parecería excesivo a un hombre cuya traición habría significado días y semanas de tormento con látigos, cadenas y hierros candentes y el riesgo final: que lo quemaran vivo en la hoguera.
Los años transcurridos entre los primeros arrestos de Templarios en 1307 y la disolución final de la Orden en 1312 con seguridad proporcionaron tiempo y oportunidad amplios para que el sistema evolucionara hasta ser una organización clandestina que podía admitir a otros simpatizantes y otros fugitivos, en especial los que habían escapado de sus prisiones durante esos años. Es muy posible que la organización haya ayudado en esas fugas y haya

podido acelerar el viaje de los fugitivos hacia la clandestinidad. Algunos caballeros Templarios habían entrado en la Orden de los Hospitalarios según el Papa había propuesto y muchos clérigos Templarios ingresaron en otras órdenes religiosas, pero eso no significa que no se habrían integrado voluntariamente a una sociedad secreta de reciente formación y que se ocupaba de ayudar a sus cofrades, sobre todo por la situación mental que se apodera de la gente después que se calma el pánico.

El hombre que experimenta un gran temor, que debe huir y ocultarse, que ha perdido su libertad, el sitio que ocupaba en la comunidad, incluso el propio nombre, que en ocasiones se ha visto reducido a huir como si fuera una bestia acosada, está en una situación mental de concentración absoluta pues sólo piensa en evitar que lo capturen y lo encarcelen. Sin embargo, cuando se siente libre y cesa el pánico, su pensamiento se concentra en quienes lo pusieron en esa condición. Su mente pasa del miedo al odio y del pánico a las ideas de venganza. Esta condición mental es lo que puede mantener vivo a un grupo clandestino incluso durante generaciones. Es posible que algunos estén deseando olvidar, pero muchos no; algunos armenios, kurdos, irlandeses, sioux, sijs, judíos, palestinos, vascos y ucranianos se aseguran que sus hijos y nietos tampoco se olviden. El odio y la pasión de la venganza no necesariamente mueren con las víctimas originales.

Los Templarios fugitivos que se habían hecho a la mar en los barcos de la Orden han de haber estado en una situación especial. No sabemos qué ocurrió con los navíos Templarios que transportaron a Jacques de Molay y a sus acompañantes a Marsella. No hay registro de la captura de los dieciocho barcos Templarios que había en la base naval de La Rochelle en la costa francesa ni de ninguno de sus barcos anclados en el Támesis o en otros puertos marítimos ingleses. Los Templarios que huyeron con esos barcos tuvieron un doble beneficio: allí tenían un sitio para vivir y un medio para ganarse la vida. Para los piratas y corsarios del Mediterráneo estaba abierta la posibilidad de atracar cualquier cosa: cientos de países independientes, provincias, ciudades Estado y comunidades isleñas. Como muchos de los barcos piratas eran galeras, resultaban ideales para la piratería porque los de vela en calma chicha eran siempre una presa fácil para los barcos de remos que no dependían del viento. En el caso de que un corsario tuviera una orientación religiosa, había muchos blancos de ataque de religión musulmana, cristiana romana y cristiana ortodoxa entre los cuales elegir, aunque incluso dentro de la misma fe religiosa del agresor las diferencias políticas proporcionaban por lo general suficientes blancos de ataque. Había que evitar como objetivo los barcos de guerra porque la meta era lograr un botín fácil. Los pesqueros y los cargueros de cabotaje eran una buena presa pero había que buscarlos. El blanco de ataque más confiable era una población costera; su tamaño se escogía de acuerdo con el de la fuerza pirata. Cuando se recogían las cosechas se iniciaba la temporada de piratería. Siempre había un mercado dispuesto a adquirir alimentos y animales y si por casualidad una iglesia cedía un relicario enjoyado o un copón de plata, era ganancia. La gente era el objetivo primordial pues por los ricos se pedía rescate y al resto se les vendía en el mercado de esclavos. Florecieron grandes puertos donde los piratas podían conseguir su carga y luego reclutar gente y volverse a aprovisionar para su siguiente viaje. Los esclavos cristianos se vendían con facilidad en los puertos del norte de Africa, por ejemplo Túnez y Mahdia.

La especulación sobre la desaparición de los barcos Templarios y los hombres que los navegaban hace recordar uno de los dogmas más misteriosos de la francmasonería. En el discurso que resume la iniciación de un nuevo Maestro Masón se le dice al candidato recién admitido que este grado “te hermanará con los piratas y los corsarios”. Esa frase no tiene ningún sentido en el contexto de una sociedad que desciende de los albañiles medievales. En realidad no puede explicarse y nunca he hablado con un masón que pueda ofrecer un fundamento a esa expresión extraña. Sin embargo hay una leyenda de la francmasonería a la que se alude con frecuencia. La historia relata que en 1813 un francmasón era capitán del barco mercante Oak capturado por un pirata. Desesperado, el capitán hizo el gran llamado de aflicción de un Maestro Masón. El jefe de los piratas reconoció la señal, devolvió al capitán sus bienes y lo dejó proseguir viaje. Además el pirata ató una galleta marinera a un listón que colocó en el pescuezo del perro del masón. El listón y la galleta, se supone, están todavía en posesión de la Logia de la Amistad (la número 137) de Poole, Inglaterra. En la historia masónica se recuerda al pirata como “Jacques le Bon”.

Independientemente de lo interesante que sea, la anécdota no ofrece ninguna explicación de por qué un Maestro Masón puede considerarse “hermanado con los piratas y los corsarios”. Por otra parte, si se había establecido alguna relación entre los Templarios fugitivos y los francmasones, la expresión misteriosa cobraría sentido pues el Templario fugitivo que estaba en tierra era en efecto un hermano de cualquier Templario que se hubiera hecho a la mar como pirata en los barcos de la Orden.

La posible relación entre Templarios y Francmasones aparecía cada vez más. Cualquier Templario fugitivo que fuera capturado estaría sujeto a encarcelamiento y tortura para hacerlo confesar herejías y cualquier persona que lo ayudara, incluso con recomendaciones y consejos, podía recibir castigos y la excomunión con el riesgo de perder cualquier propiedad que tuviera. Ante esas circunstancias, la cuestión de saber en quién confiar era literalmente un asunto de vida o muerte. Si el hecho de permitir que alguien conozca el nombre de uno pone en riesgo la vida y las propiedades de uno, qué tipo de juramento o de amenaza sería suficiente para brindar una sensación de seguridad?. El Templario fugitivo ha de haber necesitado una regla similar al Antiguo Cargo de la Francmasonería que exige que un masón no revele ningún secreto de un hermano, secreto que pudiera hacer que ese hermano perdiera su vida y sus propiedades. Para el Templario fugitivo ese Cargo habría sido del todo necesario en tanto que para el albañil medieval eso no tendría ningún sentido. Qué secreto podía tener el albañil medieval que hubiera puesto en peligro su vida y sus propiedades? Una nueva e ingeniosa forma de tomar el cincel? Una fórmula para calcular la resistencia de un cimiento? Qué secreto podía temer que un hermano masón le susurrara a las autoridades para que éstas le quitaran vida y propiedades? Acaso los Templarios fugitivos se fusionaron con los francmasones y transmitieron a sus rituales esos aspectos que se les aplicaban a ellos pero no a un albañil? Eso significaría que los Templarios no sólo encontraron un refugio en la masonería sino que, de algún modo, llegaron a dominarla.

Había otra vinculación masónica difícil de soltar. Los Templarios tenían tres enemigos: la monarquía, los hospitalarios y la Iglesia. Para un Templario, la idea de considerar a la Iglesia como enemiga debe de haberlo deprimido y

confundido a la vez. Llegar a formar parte de la Orden del Temple no convertía en caballero a un hombre; éste debía ser de esa clase para que lo consideraran elegible antes de ingresar. El cambio radical en su vida era que, por voluntad propia, su iniciación Templaria convertía al caballero en un monje cuya vida se dedicaría de lleno de allí en adelante al servicio de la Iglesia y del Papa. Esa dedicación lo hacía abandonar cualquier pensamiento de tener esposa e hijos, debido al voto de castidad; lo hacía abandonar todas sus posesiones mundanas debido a su voto de pobreza y lo hacía someter su voluntad a sus superiores religiosos debido a su voto de obediencia. Era miembro de una comunidad religiosa de hombres que en muchas ocasiones habían escogido la muerte en vez de salvar la vida al negar o comprometer su religión católica romana. El monje Templario vivía según una estricta Regla monástica y se apegaba rígidamente a un programa diario de adoración y oración, conforme a lo que su Iglesia había decretado que debía hacer. Cómo podía de pronto adaptarse al hecho de que esa misma Iglesia lo denigrara, lo acusara de blasfemias y obscenidades, lo arrestara, lo encadenara y lo quemara en la hoguera?

Es posible que los diversos Templarios hayan tenido reacciones diferentes al hecho de que los representantes de Dios sobre la Tierra los rechazaran. Algunos han de haber rechazado a su vez a toda la jerarquía eclesiástica. Es probable que otros hayan diferido en aspectos relacionados con los sacramentos, el Cristo que a través de Pedro había dejado que los Papas gobernaran a su Iglesia en la Tierra o la Virgen María que esa Iglesia reverenciaba. Sin embargo es evidente que han de haber necesitado un punto de enfoque común, que sí había un Dios, pues de lo contrario, de qué otra manera se podían tener juramentos eficaces? Hagamos a un lado a todos aquellos que por la conmoción o la ira dejaron de creer por completo en Dios, nadie habría querido que su seguridad dependiera para nada del juramento de un ateo, ya que sin fe no podía haber un juramento confiable. En lo referente a las diferencias de opinión dentro de la hermandad del Temple sobre qué partes de la Iglesia y de sus doctrinas retendrían o rechazarían, hubo distintos criterios. Esta iba a ser una hermandad secreta de ayuda mutua. Las vidas corrían riesgo, así que las diferencias religiosas no importaban. Discutir las creencias personales sólo podría separarlos, así que no discutían.

Dado este conjunto de pensamientos y conclusiones, el monje militar rechazado se encontraba en una situación extraña, completamente nueva. El Papa lo había rechazado así que no tenía más remedio que rechazar al Papa. Hasta el momento, durante toda su vida dentro de la Orden Templaria, su vínculo con Dios había sido por medio de su Gran Maestre, el cual sólo era responsable ante el Papa, quien se proclamaba el único Vicario de Dios en la Tierra. Ahora habían disuelto su Orden religiosa, habían quemado en la hoguera a su Gran Maestre y lo había hecho a un lado el representante de Jesucristo sobre la Tierra. Seguía creyendo en Dios, pero su nexo de intercesión con Dios se había roto. Ahora por primera vez en su vida no había nadie entre él y Dios. Sus oraciones de petición y de agradecimiento, sus actos de adoración, sus esperanzas de salvación ya no podían realizarse por medio del Papa, por lo que ahora se apoyaban en una actitud personal. Con esos pensamientos y esas conclusiones es muy posible que las semillas de la reforma e incluso del protestantismo hayan estado germinando unos sesenta años e incluso más antes de John Wycliffe y los lolardos. Estas tuvieron la

libertad de germinar y propagarse porque se nutrieron en un secreto absoluto tal vez alimentadas por creencias de otros decepcionados o perseguidos religiosos a quienes se ha de haber recibido bien en la hermandad.
Todo esto es especulación, no importa cuánto sentido pueda tener, porque no hay ninguna evidencia histórica de una sociedad secreta específicamente basada en los Templarios fugitivos. Sería razonable abandonar la investigación si no fuera por un aspecto que se introduce en la mente y no quiere salirse. Todo lo anterior podría ser la primera explicación lógica de la esencia misma de la francmasonería. El aspecto que más caracteriza a esa fraternidad y que se ha mantenido sin explicación durante siglos es el dogma central de la Francmasonería, el cual dice que cada miembro debe afirmar su creencia en un ser supremo pero no se cuestionará la forma en que lo adore. No se le permite discutir sus creencias religiosas en la Logia ni tratar de convencer a ningún otro masón de su punto de vista o credo.
Hoy la mayoría de los masones cree que la fraternidad tuvo su origen en los gremios medievales de los albañiles. Así resulta muy difícil comprender la actitud masónica hacia la religión. Los gremios eran muy religiosos, tenían santos patronos, poseían reliquias, representaban obras religiosas, participaban en peregrinaciones. Por lo general veneraban a la Virgen María. Hacían obsequios a la Santa Sede. Cómo es posible que los gremios de albañiles hayan adoptado hacia la religión y la Iglesia una actitud que dijera: “si te importan estamos perfectamente de acuerdo, pero para nuestra hermandad secular de protección los sacramentos no importan, Jesucristo no importa, su Santa Madre no importa y el Papa romano tampoco importa. Lo único que importa es que aceptes que hay un Ser Supremo por encima de todos nosotros”. Esto no significa que los francmasones no puedan ser cristianos, la mayoría es cristiana. Sin embargo, sí significa que la fraternidad básica de la francmasonería no está construida sobre la moral cristiana *per se*, sino que recibe de buen grado a cualquiera que crea en cualquier forma monoteísta de un Ser Supremo. Da la bienvenida a cualquier creyente y sólo rechaza al ateo. El iniciado cristiano presta su juramento por la Santa Biblia, el judío usa la Torah y el sij puede poner la mano sobre la Khalsa del Gurú Gobind Singh. Es demasiado pedirnos que creamos que un aspecto tan medular haya evolucionado a partir de un gremio medieval. Por otra parte, como hemos visto, con toda facilidad podía haber surgido en las circunstancias de una hermandad condenada por la Iglesia y a quien la amenaza papal de encarcelamiento y tortura hizo ocultarse.
Por una parte tenemos un grupo de hombres que se ocultan con toda la motivación y capacidad necesarias para formar una sociedad secreta y una buena razón para adoptar una actitud radical hacia la religión dominante, aunque no haya evidencia específica de una organización de ex–Templarios. Por otra, existe la evidencia insoslayable de una sociedad secreta que existió de veras y floreció a finales de la Edad Media, con la creencia generalizada que como en algún momento se llegó a llamar “masones” a sus miembros ha de haber surgido del gremio de los artesanos pero sin que haya ninguna evidencia documental que respalde esa teoría. Además los fugitivos podían haberse beneficiado con la protección que ofrecían los Antiguos Cargos de la Francmasonería, en tanto que un gremio de albañiles prácticamente no habría tenido necesidad de casi ninguno de ellos.

Por último, acaso fue mera coincidencia que los Caballeros Templarios y los francmasones fueran las únicas organizaciones en la historia que encontraron su identificación principal en el Templo de Salomón o esa historia estaba tratando de decirnos algo?
Uno podría cansarse y volverse cauteloso sin intentar hacer caso de tantas similitudes masónicas y templarias como si fueran coincidencias. Se necesitaría profundizar más antes de llegar a una conclusión cualquiera que fuera. Sin embargo ya han aparecido por su cuenta bastantes claves que obligan a hacer una consideración más atenta de los rituales, las leyendas y la historia de la francmasonería, para rechazar o reforzar lo que ahora pareciera una relación muy definida. En los últimos 270 años varias veces se ha afirmado que existe una conexión entre los Templarios y la fraternidad masónica aunque se han descartado por falta de datos sobre hechos reales y en última instancia se han considerado espúreas. Sin embargo casi todas las investigaciones sobre los orígenes de la francmasonería han ido de adentro hacia fuera, tratando de construir una tesis a partir de leyendas y símbolos; algo así como si un investigador usara la svástica para demostrar que el partido nazi se originó en la India y Grecia Antiguas y tuviera vínculos con los indios Hopi. Esta vez la investigación será de afuera hacia adentro, tratando de encontrar las razones de que la sociedad secreta de los masones existiera sólo en Gran Bretaña junto con los factores que pudieron mantenerla viva y en secreto durante siglos. Las respuestas aguardaban allí

.

PARTE 2

LOS FRANCMASONES

PROLOGO

El malecón victoriano construido a lo largo del Támesis, en Londres, es uno de los paseos más impresionantes del mundo. Su característica más destacada es un antiguo obelisco egipcio llamado Aguja de Cleopatra, que data del reinado de Tutmés III hacia el 1500 a.C. Se le ofreció al pueblo inglés en varias ocasiones –la primera en tiempos de Jorge IV- aunque no fue sino hasta 1877 cuando por fin lo adquirió. Durante la travesía una tormenta hizo naufragar el barco en el Golfo de Vizcaya, aunque en aguas poco profundas, por lo que se rescató el obelisco y se le trasladó a Londres.

La develación de la Aguja de Cleopatra en el malecón en 1878 fue un gran acontecimiento y alguien tuvo la interesante idea de hacer todavía más memorable la ocasión. Como los jeroglíficos contenían claves de una cultura de tres mil años atrás. Se retribuiría el favor proporcionando claves de la sociedad británica de la época a los arqueólogos del futuro. Con ese fin se sellaron dos recipientes de barro y se enterraron al pie del obelisco; en ellos se colocaron objetos considerados como los máximos logros del Imperio Británico, por ejemplo un juego completo de monedas recién acuñadas pues el sistema monetario inglés era uno de los más destacados del mundo.

La lista completa de los objetos colocados en los recipientes se publicó en el Times de Londres el día de la develación. Aparentemente nadie notó ni comentó el hecho de que se colocara en uno de los recipientes sellados un objeto muy común. Era una regla metálica de veinticuatro pulgadas. Qué logro simbolizaba esta regla? La invención de la pulgada? Los francmasones que lean esto ya lo han de haber adivinado. La regla de veinticuatro pulgadas es un símbolo muy importante en la leyenda y el ceremonial de la Masonería. Es lo primero que se le entrega a un nuevo masón en su iniciación para el grado de Aprendiz admitido. La enseñanza moral que simboliza es el uso adecuado que hace el masón de las 24 horas del día, que divide en períodos de trabajo, descanso y práctica de la caridad. La regla aparece también en el ritual masónico como uno de los objetos que se emplean para atacar al Maestro Masón cuando está construyendo el Templo de Salomón, en los ritos iniciáticos para el grado de Maestro.

Al parecer en Consejo Metropolitano de Obras o sus superiores o todos juntos decidieron colocar sin decir nada la regla de 24 pulgadas en la base del obelisco para que mil años después los arqueólogos supieran que entre los logros máximos del Imperio Británico puede contarse esa organización semisecreta conocida como la Antigua Orden de Masones Libres y Aceptados.

CAPITULO 12
EL NACIMIENTO DE LA GRAN LOGIA

La tarea de describir la francmasonería es formidable. Es la mayor fraternidad del mundo con casi tres millones de miembros en Estados Unidos, más de setecientos mil en Gran Bretaña y un millón en el resto del mundo. De ella se han ocupado más de cincuenta mil libros, panfletos y artículos desde que se hizo pública en 1707.

Aunque se basa en el requisito primordial para lograr la membresía (tener una firme creencia en un Ser Supremo) admite a hombres de todas las religiones y promueve un tema central de conducta moral: la autosuperación constante y la dedicación a las obras de caridad. Es probable que la francmasonería haya despertado más enemistad que cualquier otra organización secular en la historia del mundo. La Iglesia Católica Romana la ha atacado sin cesar. Los creyentes de la denominación mormona tienen prohibido volverse miembros masones e incluso el Ejército de Salvación y la Iglesia Metodista de Inglaterra han aconsejado a sus miembros que no ingresen a la francmasonería. En varios países se la ha declarado ilegal. En la actualidad sigue ocurriendo, aunque es evidente que a los masones no les preocupa lo que hagan dictadores como Adolfo Hitler, Benito Mussolini y Francisco Franco. Lo que sí importa es que se la haya tachado de ser una religión espúrea, el Anticristo y la fuerza organizadora de los complots subversivos para derrocar gobiernos. Hace muy poco tuvieron que vérselas con la participación de una logia masónica clandestina y sin reconocimiento en los escándalos bancarios del Vaticano y con las acusaciones de preferencia injustificada y encubrimientos en la policía y el servicio civil británicos.

Muchas acusaciones antimasónicas son difíciles de contestar debido a la tradición de la Francmasonería de negarse a responder a los ataques, los críticos se apoyan en el refrán de “el que calla, otorga”. Por lo general no se responde a las acusaciones pues se considera –incluso en nuestra sociedad en donde tanto peso tienen los medios masivos de comunicación- que los hechos terminarán por imponerse a lo que diga la prensa. Debido a esa costumbre es posible que los francmasones estén destinados a seguir siendo objeto de controversia aunque las legiones de sus críticos fácilmente se emparejan con las de los personajes distinguidos que decidieron ser miembros de la logia.

La francmasonería estuvo presente en la independencia de Estados Unidos, con miembros como Jorge Washington, Benjamin Franklin, James Monroe, Alexander Hamilton, Paul Revere, John Paul Jones e incluso el marqués de Lafayette y Benedict Arnold. Otras revoluciones contra la Iglesia y/o el Estado tuvieron como jefes a los siguientes masones: Benito Juárez, Simón Bolívar, Giuseppe Garibaldi y Sam Houston (apoyados en algunos casos en las ideas de otro masón, Samuel Colt).

Entre los reyes y emperadores que hicieron los juramentos masónicos se encuentran Eduardo VII, Eduardo VIII y Jorge VI de Inglaterra, Federico el Grande de Prusia, Jorge I de Grecia, Haakon VII de Noruega, Estanislao II de Polonia y el Rey Kamehameha V de Hawaii. Además de Washington y Monroe la lista de presidentes masones estadounidenses incluye a Andrew Jackson, James K. Polk, James Buchanan, Andrew Johnson, James A. Garfield, Teodoro Roosevelt, William Howard Taft, Warren G. Harding, Franklin D,

Roosevelt, Harry S. Truman, Lyndon B. Johnson, Gerald Ford y Ronald Reagan.
En la Segunda Guerra Mundial combatieron los dirigentes británicos masones Sir Winston S. Churchill, el mariscal de campo conde Alexander de Túnez, el mariscal de campo Sir Claude Auchinlech, el mariscal Lord Newhall de la Fuerza Aérea y el General Sir Francis Wingate. La masonería estadounidense estaba bien representada por los generales Mark Clark, Omar Bradley, George Marshall, Joseph Stillwell y Douglas MacArthur.
No siempre los masones estuvieron del mismo lado. Napoleón lanzó a sus mariscales masones Messena, Murat, Soult, MacDonald y Ney contra los francmasones Kutuzov de Rusia, Blucher de Prusia y su némesis principal, el duque de Wellington.
Sería difícil saber dónde detenerse al describir la influencia masónica en todos los aspectos de la vida occidental en los últimos 270 años ya sea en el plano político, militar o cultural. En la música los francmasones recorren toda la escala desde William C. Handy compositor de *The Saint Louis Blues*, a John Philip Sousa y desde Gilbert O´Sullivan pasando por Sibelius y Haydn hasta Wolfgang Amadeus Mozart, de quien se dice que lo asesinaron por revelar secretos masónicos en su ópera *La Flauta Mágica*.
Entre los masones del mundo literario tenemos a Sir Walter Scott, Robert Burns, Rudyard Kipling, Jonathan Swift, Oscar Wilde, Oliver Goldsmith, Mark Twain y Sir Arthur Conan Doyle, quien jamás habría permitido que *Jack the Ripper: the Final Solution*, el libro antimasón de Stephen Knight se volviera a escribir para realizar una versión fílmica donde se hace pelear a Sherlock Holmes, personaje creado por Sir Arthur, contra los hermanos masones de Doyle en Londres.
Por impresionantes y legendarios que parezcan algunos de estos francmasones, palidecen ante las revelaciones de los primeros historiadores masónicos, quienes afirman que Adán, Abraham, Noé, Moisés, Salomón, Ptolomeo, Julio César y Pitágoras (a quien la tradición oral masónica recuerda con el nombre anglosajón de Peter Gower) fueron masones. Un escritor masón se enfureció de que algunos de sus contemporáneos dudaron de la afirmación de que Aquiles fuera masón. Tampoco se detuvo aquí la fantasía. Se pretendió establecer los orígenes de la masonería en el Antiguo Egipto y algunos señalaron como fuentes masónicas a los esenios, a los seguidores de Zoroastro, a los caldeos y de modo específico a los fenicios, ya que habían sido lo bastante considerados como para navegar hacia Gran Bretaña con el fin de compartir sus misterios con los druidas de quienes también se afirmaba que habían sido predecesores de la francmasonería.
Poco a poco cesó la competencia entre los historiadores masónicos por superarse unos a otros en tales fantasías y se dio oportunidad de escuchar a voces más serias. El primer gran punto de partida fue el establecimiento de la francmasonería en el momento de la construcción del Templo de Salomón con base en una interpretación literal de una alegoría que, según veremos, es central en el ritual de iniciación de un Maestro Masón. Esa teoría se embelleció para coincidir en tres grandes Maestros originales: el rey Salomón, Hiram rey de Tiro y un personaje mítico llamado “Hiram Abiff”. Los escritores masónicos han tratado de identificarlo como el Hiram bíblico, “hijo de una viuda de Neftalí”, un maestro que trabajaba el bronce, habilidad que utilizó para forjar las grandes columnas –Jachin y Boaz- que flanqueaban el pórtico exterior del Templo. El

problema es que en el ritual masónico, el maestro constructor Hiram Abiff muere asesinado y el Templo de Salomón nunca se termina, en tanto que el relato bíblico dice que el templo sí se concluyó y hasta donde podemos saber Hiram el metalista regresó sano y salvo a su casa. De hecho el relato bíblico no proporciona clave alguna de los orígenes reales de la francmasonería. Si se quería una revelación válida de los orígenes masónicos en la construcción del Templo del rey Salomón, habría que extraerla del drama alegórico que el ritual masónico encierra.

La siguiente generación de historiadores masónicos que ahora se esfuerza por lograr la verdad y no lo novelesco, admitió que no había ninguna evidencia de orígenes masónicos en la construcción del Templo de Salomón, aunque consideró que habían encontrado esos orígenes en los gremios medievales ingleses de canteros. Esa teoría hizo que se sacaran a relucir todas las herramientas de trabajo de los canteros y se las convirtiera en símbolos de las enseñanzas morales que el masón debe poner en práctica mientras se empeña en la superación personal. No hay nada de malo en las lecciones de moralidad y caridad en cualquier forma que se enseñen al igual que no puede haber ninguna objeción respecto de su esfuerzo incesante por superarse. El problema es que ésa sea la historia creíble, una base confiable para pensar que una organización de canteros empolvados, con las manos y las rodillas raspadas, con la espalda adolorida por cargar pesados bloques de piedra en distintas condiciones climáticas se haya convertido de alguna manera en una compañía noble dirigida por reyes y príncipes, duques y condes, por no mencionar que todo ese proceso se llevó a cabo en un secreto absoluto.

El problema básico, por supuesto, es que antes de 1717 la orden masónica era una verdadera sociedad secreta; no sólo una organización con señas y saludos secretos sino una sociedad extendida cuya existencia misma era un secreto. Ningún historiador masónico ha afirmado comprender del todo por qué existía ese secreto o por qué existía el grupo. Cuando por fin se reveló la masonería, poco a poco se llegó a saber que esa sociedad secreta estaba constituida por células o “logias” como ellos las llamaban, en toda Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales, pero en ninguna otra parte. Qué fue lo que las mantuvo integradas y comprometidas a preservar su tradición de secreto absoluto de generación en generación con juramentos tan sagrados que si se traicionaban podían merecer castigos extraordinariamente crueles? Cualquiera que haya sido el mortero de la motivación que mantuvo unidas las piedras de las logias masónicas a la vez que confería un objetivo a las vidas de los miembros y exigía un secreto absoluto, había desaparecido cuando el primer rey de la casa Hanover, Jorge I, ascendió al trono de Inglaterra, un trono que, por entonces, estaba prohibido por ley a cualquier católico romano o cónyuge de un católico romano.

Fue un acontecimiento de escasa importancia de ese tiempo: cuatro logias de francmasones se reunieron en la taberna Apple Tree de Covent Garden, en Londres en 1717 y declararon que estaban congregándose para formar una asociación oficial que se llamaría “Gran Logia”. No hay evidencia de que en ese momento tuvieran en mente una confederación que se extendiera más allá de Londres y Westminster. La noticia misma no emocionó a la gente de Londres, cuya primera impresión, si es que la tuvo, ha de haber sido que cuatro clubes de comedores y bebedores se reunían una vez al año a comer y beber juntos. Esa impresión se hubiera justificado por el hecho de que esos “masones” realizaban sus reuniones de “logia” con comida, bebida y tabaco en la taberna

Apple Tree, en la Crown Ale House cerca de Drury Lane, en The Goose and Gridiron en Saint Paul´s Churchyard y en la taberna Rummer and Grapes de Westminster. Según eso, el grupo afirmaba que Juan el Bautista era uno de sus santos patronos por lo que el 24 de junio de 1717, día de su fiesta, se instituyó oficialmente la Gran Logia con la elección de un Gran Maestro y otros oficiales.

La verdadera conmoción ha de haber ocurrido de modo clandestino y la han de haber sentido todos los demás masones de Gran Bretaña. Por el simple hecho de manifestarse y revelar la existencia de su Orden, las cuatro logias de Londres violaron sus sagrados juramentos de secreto. De manera unilateral habían decidido que el secreto absoluto ya no era necesario y ni siquiera deseable. Todos los demás masones de Gran Bretaña deben de haber estado en un aprieto y no queda sino imaginarse las discusiones preocupadas y acaloradas que hubo en las reuniones secretas de las logias durante los meses siguientes a la revelación ocurrida en Londres.

Poco a poco otras logias masónicas, la mayor parte de los alrededores de Londres, se manifestaron públicamente y pidieron unirse a la nueva Gran Logia. Sin embargo otras estaban muy molestas con los “traidores al juramento” y no quisieron tener nada que ver con ellos. Es posible que su ira haya surgido del hecho de que los miembros de la Gran Logia recién creada no hicieron ningún intento de justificar sus acciones, ni siquiera de explicar por qué habían decidido que había llegado el momento de revelar lo que aparentemente consideraban un secreto innecesario e incluso inconveniente. Que hubo oposición de parte de las logias que seguían fieles a sus cargos originales se demuestra con su reacción a la petición formal que hizo el Maestro de la Gran Logia en su segundo Gran Festival de 1718. Pidió a todas las logias masónicas de Inglaterra que entregaran a la Gran Logia los expedientes u otro tipo de documentos concernientes a la francmasonería, con el fin de tomarlos en cuenta al elaborar una constitución para la Gran Logia. Muchas logias reaccionaron quemando todas las referencias escritas de sus reglas o de su historia para impedir que se usaran con objeto de traicionar el juramento de secreto. Los historiadores pueden lamentar esa destrucción de documentos valiosos, aunque, de alguna manera, hace justicia a quienes no estaban preparados para desprenderse de sus tradiciones o traicionar sus votos.

La primera objeción formal al concepto de la Gran Logia surgió ocho años después, en 1725, de parte de la logia masónica de York. Esta no fundamentó su objeción en la violación del antiguo secreto de la Orden sino en la superioridad y antigüedad que asumían los londinenses. La masonería de York, afirmó, eras tan antigua como el inicio de la fundación de la Catedral de York en el siglo VII. Edwin, rey de Nortumbria, había sido su primer Gran Maestre. En espíritu de hermandad, dijeron, no discutirían con el grupo de Londres porque se autodenominara la Gran Logia de Inglaterra, pero todo el mundo debía saber que la masonería de York tenía el “derecho incontestado” de nombrarse la “Gran Logia de Toda Inglaterra”

Ese mismo año (1725) la francmasonería irlandesa salió de su brumoso pantano de silencio y declaró una Gran Logia de Irlanda con base en Dublin. El primer Gran Maestre irlandés fue el conde de Rosse, de veintinueve años, probablemente representaba una buena opción ya que había heredado una fortuna de un millón de libras de su querida abuela la duquesa de Tyrconnel.

Escocia fue la última en hacer pública su masonería. Se ha dicho que si la francmasonería se clasificara como el judaísmo, la de Estados Unidos sería reformadora, la de Inglaterra conservadora y ortodoxa la de Escocia. Sin embargo diecinueve años después de la creación de la Gran Logia de Inglaterra, las logias escocesas comenzaron a reunirse para analizar su situación. En el año 1737 se llevó a cabo la primera reunión formal de la nueva Gran Logia de Escocia.

Ese mismo año se inició la explosión de la francmasonería en Francia. Se crearon centenares y centenares de nuevas órdenes y grados masónicos y hubo nuevas leyendas y nuevas fantasías que hoy entorpecen cualquier intento serio por comprender la masonería moderna, incluso en Estados Unidos. Todo eso fue provocado por un hombre, un escocés bien ubicado, cuyas motivaciones son tan misteriosas actualmente como entonces.

Andrew Michael Ramsay nació en Ayr, Escocia, hacia 1681 y se educó en la Universidad de Edimburgo. En 1709 Ramsay fue nombrado tutor de los hijos del conde de Wemyss pero al poco tiempo se vio envuelto en los disturbios religiosos por los que atravesaba Escocia en ese momento y se fue a Francia. Allí con el patrocinio del arzobispo Fenelon, Ramsay se convirtió al catolicismo. Tiempo después se le nombró preceptor del duque de Chateau-Thierry y más adelante del príncipe de Turena. Por sus servicios se le recompensó con un título de caballero francés, Caballero de la Orden de San Lázaro, por lo cual en la historia masónica se le recuerda como el Caballero Ramsay.

Tal vez el servicio más importante que realizó Ramsay fue para un rey, pero un rey sin país. Le invitó a Roma el hombre que habría sido el rey Jacobo III de Inglaterra si no hubieran depuesto a su padre, Jacobo II. Este se hallaba dedicado a recuperar las coronas escocesa e inglesa para su familia y a hacer que el pueblo inglés regresaras a la férula de la Iglesia Católica Romana. Si no podía obtener para sí esas coronas, podía esforzarse por garantizárselas a su hijo Carlos Eduardo Estuardo, biznieto de Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra y por lo tanto a los ojos de la Europa católica, heredero de los tronos de Inglaterra y Escocia. Al buscar un tutor para el heredero en el exilio, Jacobo mandó traer al caballero escocés Andrew Ramsay quien se ocupó de la educación del joven de trágico destino, a quien la historia recordaría como Bonnie Prince Charlie (el buen príncipe Carlitos).

Después de pasar un tiempo en Roma, Ramsay regresó a Francia donde asumió un activo papel en la francmasonería. Se trataba de la masonería británica básica de tres grados que habían traído a través del canal los masones británicos instalados en París y en otras de las principales ciudades francesas. Establecieron logias y admitieron a varios de sus amigos franceses. En apariencia éstos mostraron un ligero interés pero no se impresionaron mucho con una sociedad secreta que había crecido a partir de una asociación de canteros mugrientos. Ramsay cambió todo eso. Habló de un origen completamente nuevo para la francmasonería. Esta no había nacido entre los canteros medievales sino entre los reyes, príncipes, barones y caballeros de las cruzadas. No tenía ni pizca de documentación, si siquiera una base razonable que apoyara su pretensión pero se le creyó. Después de todo era tutor de alguien con sangre real, era miembro de la Real Sociedad, Caballero de San Lázaro y gran canciller de la Gran Logia parisina de la francmasonería. El Discurso de Ramsay, según se lo denominó, se pronunció por primera vez en la logia masónica de Santo Tomás, en París, el 21 de marzo de 1737.

"Nuestros ancestros, los cruzados, provenientes de todas las partes de la cristiandad, se reunieron en Tierra Santa y desearon entonces congregar en una sola fraternidad a individuos de todas las naciones", dijo Ramsay. Explicó que algunos de los términos secretos se empleaban como protección. "Eran vocablos guerreros que los cruzados usaban entre sí para protegerse de las sorpresas de los sarracenos quienes con frecuencia se infiltraban entre ellos para matarlos". Sostuvo que los antiguos misterios de Ceres, Isis, Minerva y Diana se vincularon con la Orden. En cuanto a que fueran "masones" (canteros), Ramsay explicó que los cruzados–masones originales no lo eran, se trataba de hombres que habían jurado restaurar el templo de los cristianos en Tierra Santa. Sostuvo que la fraternidad se había formado en "íntima unión con los Caballeros de San Juan de Jerusalén".

Si se piensa en las motivaciones principales de los nobles cruzados, rápido se llega a la conclusión de que éstas no incluían la dedicación a la hermandad humana. Tal vez puede reconocérsele a Ramsay el que ayudara a iniciar la ola de fantasía caballeresca que se difundió por Europa en los siglos XVIII y XIX y que planteaba como ideal de todos al caballero bueno, compasivo, generoso y honesto con el prójimo y excesivamente respetuoso de todas las mujeres; un personaje así resulta casi imposible de encontrar en las páginas de la historia.

Ramsay declaró además que los cruzados a su regreso establecieron logias de francmasones en Alemania, Italia, España, Francia y especialmente en Escocia, donde el Lord Mayordomo de Escocia fue el Gran Maestro de una Logia en Kilwinning en 1286. Tal vez suponía que su público ya sabía que los lores Mayordomos de Escocia eran de cargo hereditario y cuyo título (Steward) había evolucionado hasta el apellido Stewart o Estuardo y se habían convertido en la familia real de Escocia e Inglaterra, cuyo vástago –ex pupilo de Ramsay- estaba en Roma tramando cómo recuperar el trono perdido. Las logias, añadió, se abandonaron en todos los países excepto Escocia y aunque el príncipe Eduardo había vuelto a instaurar la francmasonería en Inglaterra, era evidente que Escocia tenía la masonería más antigua de Gran Bretaña y constituía la fuente del espíritu masón. Pidió que Francia se uniera de inmediato a la causa y "se convirtiera en el centro de la Orden".

Francia respondió. Una cosa eran los canteros pero otra muy diferente eran los reyes, duques y barones. Hubo una explosión de nuevos grados y ritos masónicos cual si fuera el gran final de unos fuegos de artificio. Se exportaron esos ritos a otros países que a su vez añadieron sus propios adornos, al grado de que llegó el día en que un historiador masónico afirmó que podía documentar mil cuatrocientos grados distintos. Sus ceremonias y rituales e incluso sus nombres agotaron la nomenclatura disponible del Antiguo Testamento y de todas las órdenes de Caballería.

Un sistema francés que evolucionó a partir del Discurso de Ramsay –la masonería escocesa- llegó a tener treinta y tres grados y se exportó a Estados Unidos donde todavía se ejerce con modificaciones como el Rito Escocés Antiguo y Aceptado de la Francmasonería e incluye una relación con la Antigua Orden Arábiga de los Nobles del Relicario Místico. Entonces las afirmaciones de Ramsay de que tuvo sus orígenes en Tierra Santa, proporcionaron una base para el ritual y la indumentaria según un tema pluricultural árabe–turco–egipcio. De hecho de toda la masonería supuestamente "escocesa" que existe, sólo la Orden Real de Escocia tiene un vínculo directo con ese país.

Tal vez no haya una relación directa pero en 1738, un año después del Discurso de Ramsay, el papa Clemente XII promulgó la bula *In Eminenti Apostolatus Specula*, la primera de una larga serie de bulas y encíclicas papales contra la francmasonería que proporcionó un nuevo campo de interés y celo a la Santa Inquisición Romana. Allí donde la Inquisición tuvo poder para ello, se encarceló, deportó e incluso torturó a los francmasones de países católicos. En Portugal se torturó a un hombre y luego se le sentenció a cuatro años encadenado al banco de una galera por el crimen de ser masón.
Es muy posible que Ramsay haya participado también en otro acontecimiento de la historia masónica en el continente. Un noble alemán con el largo nombre de Karl Gotthelf, Barón von Hund und Alten–Grotkau, consideró que lo habían comisionado para promulgar la verdadera francmasonería según un sistema conocido como "Observancia Estricta" porque el juramento del aprendiz de masón incluía un voto de obediencia absoluta a "superiores desconocidos". El diario de von Hund señala que en 1743 cuando estaba en París, fue recibido en una Orden Masónica del Temple por un oficial desconocido a quien lo llamaban el Caballero de la Pluma Roja. Estaban también Lord Kilmarnock (un jacobista a quien decapitaron por alta traición el 18 de agosto de 1746) y Lord Clifford. Luego von Hund sostuvo que le habían presentado al príncipe Carlos Eduardo Estuardo como miembro distinguido. La "verdadera historia" de la francmasonería que se le contó a von Hund fue que en la época de la supresión de los Templarios un grupo de ellos había huido a Escocia y había mantenido viva su Orden condenada uniéndose a un gremio de canteros. Habían elegido a un Gran Maestre como sucesor de Jacques de Molay y desde entonces había habido una serie ininterrumpida de maestres templarios. Por seguridad se mantenías en secreto la identidad del Gran Maestre durante su vida y sólo conocían su papel los pocos que lo habían elegido. Eso hizo necesario que se jurara obedecer a un "superior desconocido". Von Hund debía fundar las logias de Observancia Estricta en Alemania y esperar más instrucciones. Hizo lo que le ordenaron pero vivió frustrado pues nunca volvieron a contactarse con él.
La idea de una Orden de Caballería de la obediencia estricta y de un Gran Maestre secreto, aparentemente tuvo un gran atractivo para los compatriotas de von Hund porque la nueva Orden se expandió como incendio de pastizales en Alemania durante un período de veinte años y de allí pasó a casi todos los países del continente europeo. Luego comenzó a languidecer y desapareció casi del todo en la siguiente década porque en apariencia el Gran Maestre no sólo era desconocido sino inexistente. Von Hund se fue a la tumba convencido de que el "superior desconocido" era el mismo buen príncipe Carlitos. Quienes consideran que toda esa idea de difundir la masonería de Observancia Estricta tenía como finalidad reclutar hombres y reunir dinero para la causa jacobista se inclinan a pensar igual que von Hund. Si éste estaba en lo cierto acerca de que Carlos Eduardo Estuardo era el "superior desconocido" resultarían muy evidentes las razones que tuvo para no volver a comunicarse con von Hund. La causa jacobista se invalidó de manera definitiva con la matanza de la Batalla de Culloden Moor y la cacería igualmente sangrienta del comandante inglés William duque de Cumberland –"el carnicero"- que asesinó a los católicos escoceses después de haberlos perseguido por todos los valles de las Tierras Altas de Escocia. Como héroe inglés se honró al Duque dando su nombre a

una fragante flor de las rocas, “Dulce William”, que en Escocia se conoce como “Apestosa Billie”.
Mientras la masonería continental se ocupaba de crear formas cada vez más complejas de rito y ritual, la masonería británica de tres grados enfrentaba sus propios problemas. Como ya no se tenía el menor conocimiento de propósito previo, la francmasonería se estaba convirtiendo en una sociedad para comer y beber, tal vez con un énfasis excesivo en lo segundo. Los masones ingleses seguramente lamentan el hecho que su cofrade moralista William Hogarth fijara para la posteridad las condiciones de la masonería londinense del siglo XVIII en su cuadro llamado *Night*, donde presenta a un maestro masón tambaleante de ebrio a quien lleva a casa el guarda externo (Tyler) de la logia, ambos con el atavío masón. La frivolidad de esos primeros tiempos probablemente se debía a que la fraternidad no tenía otro propósito que la camaradería de la taberna, al grado de que a las logias por lo común se les llamaba por el nombre de la taberna donde se reunían. Como los objetivos originales de la masonería se habían perdido una o más generaciones antes, los dirigentes se dieron cuenta que debían encontrar nuevos. El primero de éstos fue la caridad masónica, que comenzó a practicarse con los hermanos necesitados y luego poco a poco se hizo extensiva a las viudas e hijos de cofrades masones hasta llegar a la inclusión actual de beneficiarios no masones también.
El otro objetivo añadido a la masonería (para transformar su identificación como sociedad para comer y beber en tabernas) fue el concepto de la superación personal constante por medio de una conducta moral que se enseñaba en la logia. Para ello se utilizaba el simbolismo de las herramientas del oficio de cantero y algunas expresiones masónicas como “a escuadra” (con honestidad) se volvieron parte del lenguaje común. Esos símbolos masónicos de la moralidad no formaban parte de la masonería antes de que se hiciera pública en 1717 pero pronto ocuparon un papel preponderante. El total se alcanzó en el símbolo del “sillar”, la piedra de construcción. El masón recientemente admitido representaba el “sillar en bruto” apenas sacado de la cantera, el cual debía utilizar las herramientas simbólicas de la moralidad para tallarse, darse forma y pulirse hasta quedar convertido en el “sillar perfecto” listo para ocupar el lugar que le correspondía en la construcción del templo de Dios, ya que el principio más importante de la masonería ha sido y sigue siendo la creencia manifiesta en un Ser Supremo.
Estos dos nuevos elementos masónicos, la caridad y la moralidad, afirmados y vigilados sin cesar, sacaron a la masonería británica de esas tabernas y la pasaron a salas y edificios construidos a propósito, lo cual a su vez llevó a la masonería a una posición casi religiosa. En vez de que tuvieran su cena, su vino y sus largas pipas de “sacristán” durante las reuniones de logia, se prohibieron esos placeres y se sustituyeron con oraciones e himnos masónicos y música de órgano en el templo masón, todo eso para reforzar más el ritual y la atmósfera formales.
Con base en poco más que el hecho de que sabían que se les llamaba masones (canteros) y que el ritual central tenía que ver con la construcción del Templo de Salomón, todo lo relacionado con la fraternidad de enfocó en el oficio de los canteros y no sólo mediante el uso de las herramientas como símbolos moralistas. Se supuso que todo lo que pudiera aprenderse de los canteros medievales o de la construcción de los edificios antiguos era significativo para la historia de la francmasonería. Las elevadas catedrales

góticas en especial atrajeron la atención de los románticos masones que se ocupaban en crear un pasado para la francmasonería fundado en los gremios medievales. Las descripciones de las catedrales más conocidas llenaron los libros masónicos y se incluyeron en las conferencias pronunciadas dentro de las logias; se completaban con detalles de los arcos, los contrafuertes, las agujas y las variaciones en el diseño de columnas y capiteles. Hoy se reconoce que no hay ni pizca de evidencia que vincule a la francmasonería con un edificio singular y destacado y la mayoría de los escritores masónicos serios han abandonado en la actualidad la afirmación antes proclamada de que Sir Christopher Wren fue un Gran Maestro Masón.

Debido a la incapacidad de encontrar por lo menos una pieza de evidencia confiable, la preocupación de la masonería británica respecto de los oficios relacionados con la construcción al igual que la de los masones franceses por las Cruzadas y Tierra Santa, no llevó a nada concreto en la búsqueda de los inicios masónicos. Lo principal era determinar si podía establecerse cualquier nexo con la Orden suprimida de los Caballeros Templarios y que nada podía esperarse de términos y símbolos que se inventaron después de que la francmasonería se hizo pública en 1717. Las señas, símbolos, términos y rituales que con más probabilidad aportarían claves referentes a los orígenes masónicos serían los que se preservaron mediante una transmisión exclusivamente oral, de memoria, pero *sin entender*, lo cual los hizo menos propensos a recibir adiciones y a sufrir elaboraciones.

El mejor camino sería entonces concentrarse en los aspectos de la masonería que se conocieron en el momento en que las cuatro logias de Londres se manifestaron en 1717 cuando todos los conocimientos provenían del pasado. Esto se clasificará como masonería “secreta” frente a la francmasonería después de 1717 la cual se considerará como masonería “pública”. Esto significaba también que podían ignorarse las interpretaciones de los hechos masónicos secretos que hicieron los primeros historiadores que volvían la vista atrás no para indagar la verdad sino para hacer que cada elemento de la masonería secreta encajara en la idea preconcebida de los orígenes masónicos en los gremios medievales de artesanos.

Por ejemplo cuando hablaban de la indumentaria masónica se referían a los guantes y el mandil de piel de cordero que, según los escritores masónicos, constituía la ropa de trabajo de los canteros medievales. Después de examinar cientos de dibujos, pinturas y tallas donde aparecen éstos en su trabajo, no hubo evidencia de que usaran guantes de trabajo o un mandil de piel de cordero. Otro ejemplo es el guardián que permanece fuera de la puerta del sitio de reunión con una espada en la mano, el *Tyler*. Los escritores masónicos decidieron que éste tal vez pertenecía al gremio de los tejadores (*tylers*) o que la sala secreta de reunión, en un tiempo, tuvo una puerta cubierta de tejas. Los escritores masónicos están llenos de ideas forzadas como éstas porque se apegan tenazmente a la teoría del origen en los gremios medievales. A estas alturas consideramos que existe suficiente evidencia cono para abandonar esa teoría aunque su aceptación ha sido tan difundida que tal vez se nos haya escapado algo. Para conceder a la teoría el beneficio de la duda fue necesario echar un buen vistazo a los gremios de canteros de la Inglaterra medieval. La conclusión de esa investigación suscitó una especie de conmoción en mí y tal vez todavía más en los francmasones.

CAPITULO 13
EN BUSCA DE LOS GREMIOS MEDIEVALES

El único aspecto de la francmasonería que se supone que no es un misterio resulta ser el mayor misterio de todos y se refiere a cómo y por qué surgió. Se supone que su origen y propósito no son un misterio porque los masones, los antimasones y la prensa en general aceptan casi universalmente que la francmasonería surgió en los gremios medievales de canteros de Inglaterra. La investigación en que se apoya este libro nos hizo concluir que esa teoría está equivocada sin importar su amplia aceptación. Estar en desacuerdo con las autoridades tanto masónicas como antimasónicas que han expuesto su creencia en los orígenes gremiales me generó una gran cantidad de dudas, lo cual me sirvió como incentivo a muchos meses de investigación que implicaron miles de kilómetros de viajes. Al final de la búsqueda la convicción de que la teoría de los gremios era errónea era más firme que nunca y la duda había desaparecido.

Debe admitirse que los escritores masónicos modernos están más abiertos a nuevas especulaciones y a una nueva investigación a diferencia de lo que hacen sus colegas no masónicos. Los francmasones F.L. Pick y G.N. Knight en su bien documentado manual *The Pocket History of Freemasonry* declaran: " Hasta el momento no se ha presentado ninguna teoría plausible sobre el origen de los francmasones. Probablemente la razón de esto sea que el Arte (la masonería) como lo conocemos se originó entre los canteros que laboraban en Gran Bretaña". El difunto Stephen Knight, el crítico más destacado de la francmasonería en los últimos años, no expresó la menor duda en cuanto a los orígenes masónicos en su libro *The Brotherhood* en el cual intituló la primera parte: "De gremio de trabajadores a Sociedad secreta". Dice que la historia de la francmasonería "es la historia de cómo un gremio católico romano que reunía a miles de obreros de la construcción en Gran Bretaña estuvo dominado por la aristocracia, la alta burguesía y profesionistas predominantemente no productivos y de qué manera se convirtió en una sociedad secreta no cristiana". Esa caracterización no nos desanimó por varias razones. Primero porque todos los gremios artesanales de la Europa Medieval muy bien podrían llamarse "católicos romanos" ya que esa religión era la única que había (a menos que se quisiera correr el riesgo de perder las propiedades, de la tortura física y de un final prematuro en medio de una pila de hinojos en llamas). Segundo porque los gremios medievales de artesanos tenían un carácter estrictamente local y no hubo nunca uno que operara a todo lo ancho y largo de Gran Bretaña. Tercero, el hecho de que la francmasonería no exige que sus miembros sean cristianos sino sólo que crean en Dios y en la inmortalidad del alma, sugiere que un grupo así no pudo haberse originado en un gremio de artesanos sobre todo en uno cuyo cliente principal habría tenido que ser la Iglesia, el mayor cliente de estructuras de piedra.

Por otra parte habría que considerar con detenimiento la definición práctica que da la Enciclopedia Británica: "La francmasonería evolucionó a partir de los gremios de canteros y constructores de catedrales de la Edad Media".

Se necesitaría revisar con cuidado la relación entre los gremios aunque la investigación previa señalaba que había una gran probabilidad de que el papel de los masones como miembros reconocidos de un gremio de canteros fuera una historia inventada para protegerse, característica no poco frecuente en las

sociedades secretas. Durante la Segunda Guerra Mundial los japoneses crearon una sociedad secreta conocida como *Shindo Rommei* que operaba en la cuenca del Amazonas. Su objetivo era prepararse para la explotación de los recursos naturales de la zona después de la victoria japonesa esperada. Supuestamente eran pescadores y su vocabulario secreto estaba integrado por términos de pesca. Cuando se desenmascaró a la sociedad y se arrestó a sus miembros resultó que el comandante supremo era un coronel japonés disfrazado de la cocinera de uno de los barcos pesqueros. En la India, los miembros de una sociedad secreta conocidos como los *Thugee* (de donde derivó la palabra inglesa *Thug*, malhechor, matón) viajaban por los caminos disfrazados de mercaderes itinerantes y utilizaban la terminología comercial con un significado secreto. Fácilmente se mezclaban con otros comerciantes viajeros a quienes escogían como víctimas, los estrangulaban y ofrecían las víctimas a la sangrienta diosa Kali. En la Inglaterra de la era isabelina los jesuitas prohibidos y sus partidarios utilizaban el lenguaje comercial como tapadera. Cuando un católico le decía a otro “dos nuevos mercaderes provenientes de Italia desembarcaron en Plymouth y están buscando conexiones en Sussex” le estaba pasando información de que dos nuevos sacerdotes jesuitas habían llegado y buscaban una casa segura en Sussex. No habría sido del todo inusitado que una sociedad secreta cuyo rito central se refería a la construcción alegórica del Templo de Salomón asumiera gradualmente, como protección, la historia de que eran verdaderos constructores. Por otra parte una idea aceptada como histórica durante más de dos siglos no podía descartarse con un ligero encogimiento de hombros pues requería que se aprendiera más sobre los gremios medievales de artesanos, en especial los que se basaban en el trabajo de los canteros.

Un gremio no era una asociación de obreros sino de propietarios empresarios. Funcionaba de acuerdo con una cédula que concedía una franquicia a la asociación: el monopolio de un oficio o servicio en una zona específica, por lo general una ciudad. El gremio se beneficiaba al obtener el derecho de impedir cualquier forma de competencia al fijar los precios que le garantizarían la obtención de ganancias al ajustar la producción a la demanda existente y al controlar el número de nuevos miembros que podían ingresar en ese oficio o servicio. Para el señor feudal que concedía la cédula el beneficio era un medio ordenado de recaudar cuotas e impuestos por las materias primas que ingresaban y por las ventas del producto terminado. También podía significar la ausencia de problemas o inquietud al garantizar el nivel de calidad de los productos. Por ejemplo, si no hubiera un gremio de panaderos que impusiera las normas y las hiciera cumplir, algunos podrían disminuir el peso de sus hogazas, no cocerlas bien o incluso agregar un poco de aserrín a la receta. Cuando evolucionó el sistema de gremios éstos no sólo fijaban los niveles de calidad de los productos terminados sino que también decretaban el tipo y la fuente de las materias primas, las herramientas que se utilizarían e incluso los métodos para usarlas.

La motivación del gremio era la ganancia y la forma reconocida de obtener el máximo era mediante un monopolio que pudiera adaptar la oferta a la demanda. Ningún miembro de un gremio habría querido adaptar la oferta produciendo menos de lo que podría producir por lo que el método aceptado de mantener baja la oferta se puso en funcionamiento mediante regulaciones concernientes a cuántos podían ingresar en el oficio y sobre todo a cuántos

podían convertirse en maestros artesanos lo que significaba que llegarían a tener sus propias herramientas y ofrecer en venta sus productos terminados. Los maestros dirigían el gremio por lo que se mostraban renuentes a permitir que hubiera nuevos maestros si no había un mercado listo para recibir la producción propuesta.

El maestro era el único miembro con pleno derecho del gremio de comerciantes o artesanos y era un operario propietario. Por lo general su taller y su hogar se combinaban y era dueño de las herramientas. Adquiría las materias primas que necesitaba, supervisaba el trabajo y se encargaba de la comercialización del producto. Con frecuencia tenía una fuente adicional de ingresos y de mano de obra gratuita al admitir a uno o más aprendices. Estos eran niños casi siempre de siete años que serían jóvenes cuando concluyeran su período de aprendizaje. Trabajaban y aprendían bajo un contrato legal que les concedía una condición semejante a la de un sirviente. Si trataban de escapar podían arrestarlos, llevarlos de regreso y castigarlos. En el contrato de aprendiz el maestro convenía en proporcionar entrenamiento en todas las facetas del oficio hasta que alcanzara un grado de habilidad que el gremio acreditaría mediante un examen, el cual a menudo incluía la presentación de un producto terminado hecho por el candidato: su “pieza maestra”.

El maestro también representaba en cierta forma el papel de padre adoptivo. Se comprometía a proporcionar al aprendiz alojamiento y comida y a educarlo en el camino del bien. Establecía las reglas de conducta y tenía por ley el derecho de castigar al aprendiz infractor, incluso de golpearlo. Por todos estos servicios el maestro se hacía acreedor de un pago aparte de todo el trabajo que pudiera extraer del aprendiz.

Por desgracia después de concluido el período de aprendizaje y aunque un elogio entusiasta acompañara la aprobación de su pieza maestra, eso no significaba que el artesano recién aceptado pudiera automáticamente establecerse como maestro. Sólo el gremio podía autorizar esa condición y eso podía tardarse años si es que llegaba. Entre tanto el artesano flotaba en el limbo entre la categoría de aprendiz que había quedado tras él y la condición de maestro que tenía ante sí y que tal vez nunca alcanzaría. Lo más que podía hacer era ofrecerse como empleado a un maestro quien le pagaría por jornada según los días trabajados. Por ello se le conoció como jornalero (derivado de la palabra *journée*, día, del inglés medio y del francés normando). Un jornalero que fuera especialmente bueno podía ahorrar sus peniques para adquirir herramientas y buscar un sitio fuera de la franquicia del gremio, quizá a no más de dos o tres kilómetros de la ciudad y arriesgarse a provocar la ira de los padres del gremio al competir con el monopolio de éstos. Por esa razón los gremios luchaban sin cesar por extender sus territorios de franquicia (como vimos durante la Revuelta Campesina cuando los rebeldes atacaron con entusiasmo Great Yarmouth porque el monopolio de los gremios de allí se había extendido a unos diez kilómetros alrededor de la ciudad).

A medida que la fuerza laboral comenzó a dividirse por especialidades, los gremios descubrieron que sus ganancias estaban condicionadas a las de otros gremios y surgieron los conflictos. Los talabarteros necesitaban comprar pieles a los curtidores y avíos de hierro y bronce a los metalistas y luego tenían que hacer que los pintores y tintoreros decoraran las sillas de montar. Las interrelaciones eran más complejas en la industria de la lana que en la Edad Media constituía la exportación más importante de Gran Bretaña. La

rentabilidad dependía de los precios que cobraban los hilanderos, los teñidores, los tejedores y los cardadores. Las mayores influencias en la rentabilidad provenían de los grandes gremios de mercaderes que controlaban las fuentes de materias primas, los embarques y los mercados de exportación para los productos terminados. La ganancia de ellos era la más segura y llegaron a ser tan ricos que se ganaron la envidia de la aristocracia terrateniente. Algunos gremios de mercaderes consiguieron permiso para establecer oficinas comerciales y bodegas en otros países y algunos gremios extranjeros –integrados en su mayor parte por flamencos y lombardos- obtuvieron los mismos privilegios en Gran Bretaña. En Londres los rebeldes furiosos contra los mercaderes en general sacaron por la fuerza de su iglesia a los de origen extranjero para asesinarlos en la calle. En Berwick, Eduardo I de Inglaterra reveló su parecer respecto de una cédula de autorización expedida por esa ciudad escocesa cuando atacó a los comerciantes extranjeros y les quemó la casa gremial con ellos adentro.

Entre otras cosas los grandes mercaderes utilizaban su riqueza para modificar el curso del gobierno municipal. Al formar asociaciones que legalmente podían considerarse personas (corpus: corporación) alquilaban pueblos completos a los señores feudales y en el caso de Londres a la Corona misma. Ceder lo que cobraban por entrar, por el uso del mercado y otras fuentes de ingreso resultaba aceptable para el señor feudal a cambio de una anualidad confiable que sólo los gremios más ricos podían cubrir. Eso se hizo evidente en la Revuelta Campesina cuando los artesanos de York, Beverly y Scarborough se levantaron en armas para obligar a las grandes familias de mercaderes a compartir con ellos el gobierno de la ciudad.

Más adelante los gremios de artesanos llegaron a tener voz en sus propias ciudades y hasta el día de hoy los antiguos gremios de Londres –actualmente llamados Compañías Uniformadas por sus trajes ceremoniales comunes- eligen entre sus miembros al Alcalde. Sir William Walworth, el alcalde de Londres que derribó de un golpe a Wat Tyler era miembro de la Honorable Compañía de los pescaderos.

Dentro del marco de sus cédulas constitutivas, los gremios disponían en gran medida de la capacidad de auto gobernarse y generalmente eran ellos, no los tribunales, quienes recibían las quejas por los productos y servicios pues tenían poder para disciplinar a quienes hubieran violado las reglas del gremio. Esto no es tan raro como parece y podría lograrse una mejor comprensión del sistema gremial si se examina la práctica del Derecho en Estados Unidos. Los abogados poseen cédulas que les conceden el monopolio de la práctica legal otorgados por los estados y las dependencias del gobierno federal. Después de un período de entrenamiento se le hace un examen al estudiante para que demuestre que ha obtenido conocimientos suficientes y que es digno de admisión. Aunque en la actualidad el entrenamiento se recibe en las escuelas de Derecho, todavía hay abogados que no asistieron a una escuela de Derecho pero se formaron como aprendices de otros abogados, una práctica conocida como “abrevar en la ley”. Las asociaciones de abogados tienen una fuerte influencia en las escuelas de Derecho e incluso colaboran en la integración del plan de estudios.

Internamente los abogados tienen normas de conducta y servicio denominadas cánones de ética. Puede imponerse la censura o la disciplina a los miembros que transgreden esas reglas. Los abogados han creado también comités de

honor y justicia donde se reciben las quejas contra los miembros y esos comités pueden decidir sobre diversos asuntos, como los honorarios que se cobran por los servicios. En todas estas cosas, las asociaciones monopólicas de abogados se parecen mucho a los gremios. Al igual que en ellos también aquí la membresía puede otorgar privilegios. Los abogados de todos los países de habla inglesa siguen atesorando en la memoria uno de estos privilegios otorgado hace siglos.

Ha de recordarse que durante la Revuelta Campesina los rebeldes atacaron las habitaciones de los abogados en la zona del Temple en Londres, entre Fleet Street y el río Támesis. Le habían quitado a los Templarios esa propiedad para dársela a los hospitalarios quienes a su vez alquilaron una parte para hosterías y habitaciones de los abogados que venían a Londres a presentarse ante el Tribunal Real en la colindante ciudad real de Westminster. La ubicación era perfecta porque estaba al lado de una puerta de acceso llamada la *Barriere du Temple.* La *barriere* (de la cual derivó la palabra inglesa *barrier*, barrera) era el punto de control donde se pagaba el portazgo para poder pasar. No era de esperarse que los abogados que pasaban de uno a otro lado varias veces al día pagaran portazgo cada vez así que se les concedió el valioso privilegio de pasar por la Barriere du Temple –más adelante transformada en la expresión inglesa Temple Bar- sin pagar el portazgo. El joven que calificaba para actuar en los tribunales se ganaba el derecho de “pasar la barra”. A quienes tenían este derecho se les llegó a conocer como barristers (abogados) y hasta la fecha se preserva el recuerdo de ese privilegio cuando los jóvenes presentan exámenes de la barra (de Derecho) para entrar a formar parte de los “gremios” de abogados, ahora denominados “barras”.

Los gremios medievales representaban también un gran apoyo para la religión establecida. Daban a la Iglesia donativos en dinero y en especie: objetos religiosos de valor. Muchos gremios poseían reliquias de santos cuyos días de fiesta celebraban en público. La mayoría tenía iglesias especialmente diseñadas en las cuales realizaban sus propios ritos y devociones particulares. La práctica se mantiene y hoy la encantadora iglesias de Saint James Garlickhythe (*hythe* significa muelle) de Wren es el edificio oficial de ocho compañías uniformadas (gremios) de Londres: los vinateros, los tintoreros, los pintores teñidores, los ebanistas y revestidores, los fabricantes de linternas, los fabricantes de agujas, los vendedores de cristal y los diseñadores de vajilla de oro y plata.

En sus actividades religiosas los gremios de artesanos proporcionaban una experiencia mundana que el pueblo podía apreciar porque los miembros de éstos eran gente común y no aristócratas. Ponían en escena autos sacramentales, muchos de los cuales se llevaban meses en la preparación de los trajes y la escenografía y los parlamentos no eran en latín sino en el idioma vernáculo. Ayudaron en la sincretización de las celebraciones muy antiguas relacionadas con el clima y las distintas fases de la agricultura, con los rituales y festividades cristianas. La fiesta del solsticio de invierno, que celebraba la victoria del sol sobre las fuerzas de la oscuridad (pues los días se vuelven más largos) se convirtió en la Navidad; el equinoccio de primavera en la Pascua; el solsticio de verano pasó a ser la fiesta de Corpus Christi y la fiesta de las cosechas de otoño se celebró como el día de Todos los Santos. Ya en el siglo VII la Iglesia había comenzado la transformación y trataba de liberar a la gente de su antigua religión pagana. El venerable Beda le dijo a sus sacerdotes

misioneros que no negaran a la diosa británica conocida bajo las diversas denominaciones de “Madre Tierra”, “Mujer de los Cereales” o simplemente “la Señora”, sino que dijeran a la gente que *La* Señora era lo mismo que *Nuestra* Señora y que los sacerdotes habían venido a poner en claro el papel divino de ésta. Ya nadie se preocupaba de que algunos símbolos paganos hayan demostrado ser irradicables y ahora a muy poca gente le importa el uso del término pagano *Yule* (Navidad) o el uso de los símbolos de los espíritus fuertes que mantenían la vida a través de la muerte de casi todo lo demás en invierno, ya que colgamos heno y muérdago y decoramos árboles de Navidad. Tampoco se ofende nadie por la inagotable popularidad del conejo, símbolo de fertilidad y de los huevos de Pascua. Sin embargo hubo un tiempo en que se condenó y prohibió en Inglaterra el Palo de Mayo por ser un símbolo fálico adornado.

Lo que los gremios hacían era escenificar autos sacramentales –algunos de varios días de duración- que llevaban las enseñanzas cristianas al pueblo en un lenguaje que éste podía entender y que proporcionaban una presentación visual de La Biblia, cuya lectura tenía prohibida la gente. En ocasiones y de manera inadvertida, algunos matices de las antiguas costumbres religiosas precristianas se mezclaban con los relatos bíblicos, lo que contribuía a unir al público con la Iglesia más que cualquiera de los servicios en latín, que la gente no comprendía y con los cuales no podía simpatizar. Los gremios se sentían muy orgullosos de sus escenificaciones de autos sacramentales y se esforzaban por superarlas por lo que se convirtieron en una parte muy importante de la experiencia cristiana medieval. Esta pues era la gente que, se supone, dio origen a la francmasonería caracterizada por la tolerancia religiosa, gente que integraba el gremio de los canteros.

El primer gran problema con la idea de un gremio de canteros como antecedente de los masones es la franquicia. Los gremios de artesanos casi siempre eran locales pero la francmasonería se encontraba en células en toda Gran Bretaña. Aunque uno pudiera contemplar la posibilidad de algún tipo de asociación dispersa de gremios en Inglaterra, sería difícil sostener que esa misma organización existía en Escocia. Después de todo los gremios requerían de un permiso local. Ya hemos visto cómo estaban las cosas entre Inglaterra y Escocia en la Edad Media y es muy poco probable que un grupo autorizado por un país hubiera sido bien recibido por el otro; más bien hubiera sido lo contrario. Sencillamente no hay forma de que ningún gremio hubiera resultado aceptable para los gobiernos de Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales. En lo referente a sus cédulas de autorización, en territorios tan extensos éstas tendrían que provenir de los gobiernos centrales y no hay ningún registro y ni siquiera un indicio de algo así. Sin embargo hay numerosos registros que citan a los maestros constructores de edificaciones notables y con mucha frecuencia eran miembros de las órdenes religiosas para las cuales se erigían, monjes que con toda seguridad no eran miembros de ningún gremio.

Masones y no masones por igual han explicado la necesidad que había de tener saludos y señales secretas diciendo que los canteros medievales eran obreros itinerantes que después de un empleo en un castillo viajaban al sitio donde se erigía una catedral, según la oferta de trabajo que hubiera. Dado que no tenían una sede permanente como los otros miembros, necesitaban señales secretas para identificarse entre sí para mantener su condición monopólica de “taller agremiado”. Como no contaban con un hogar fijo se reunían en logias a discutir sus asuntos. Esta teoría nos querría convencer de que la construcción

de una abadía, un castillo o una catedral no era algo muy diferente a levantar una vivienda prefabricada con obreros temporales. De hecho la construcción de un castillo podía tomar de cinco a veinte años y las grandes catedrales góticas estuvieron en construcción durante generaciones; la terminación de algunas tardó un siglo. En esos empleos no era probable que un hombre viviera en alojamientos provisionales mientras la esposa y los hijos se quedaban lejos en su casa. Esta teoría requeriría también que la edificación se construyera fuera de la jurisdicción donde tenía vigencia la cédula del gremio. La evidencia de membresía no tenía que haberse mantenido en secreto así como tampoco la evidencia de membresía ha de haberse limitado a una comunicación oral. Por el contrario la prueba de ser miembros de una asociación legalmente constituida y la de que había un trabajo esperando han de haberse presentado cuando se solicitaban, en especial en la Edad Media en Inglaterra, pues durante la mayor parte de ese período se requería un pase para que un hombre viajara desde su propio pueblo a otro lugar. Para obtener ese pase había que exponer la razón del viaje y que ésta fuera creíble.

En lo referente a las reuniones de gremios en “logias”, evidentemente se construyeron barracas para las hordas de obreros que con frecuencia se reclutaban en esos tiempos cuando no se les necesitaba de manera desesperada para arar, sembrar y cosechar. Trabajaban en las canteras, transportaban las piedras y proporcionaban un ejército de músculo a los canteros. Su ocupación era muy esporádica y se les dotaba de un lugar para dormir y de alimentos. De seguro que los maestros constructores no comían ni dormían en las barracas de los obreros, las cuales con igual seguridad no eran “logias”.

Los francmasones poseen unos viejos documentos a los que llaman los “Antiguos Cargos de la Masonería”; el más antiguo parece datar del siglo XIV. Estos cargos establecen las reglas de conducta y responsabilidad que se ha supuesto se relacionan con la conducta del gremio de canteros medievales. Uno de estos cargos dice que ningún miembro debe revelar ningún secreto de cualquier hermano, revelación que pudiera costarle a éste las propiedades y la vida. El único secreto de ese tipo sería el de traición o herejía o –como sucede a menudo cuando hay una religión de Estado- de ambas cosas. Otro cargo dice que ningún hermano que esté de visita debe ir al pueblo sin un hermano de la localidad que “dé testimonio” por él. Si el cantero tenía un empleo legítimo con el señor feudal u obispo de la localidad no habría habido necesidad de que alguien diera testimonio por él (que demostrara conocerlo). Por otra parte si no tenía alguna prueba de que estaba contratado ni pase para viajar ni manera de explicar qué hacía en el pueblo, podían aprehenderlo y eso habrían hecho, lo habrían refundido en la cárcel de inmediato y lo habrían mantenido allí hasta que se ventilara el asunto. Un testigo conocido en la localidad podía proporcionar una excusa creíble y la comprobación de una identidad real o asumida. Lo más importante es que el hermano de la localidad podía alejar al visitante de la gente y de los lugares donde pudieran surgir preguntas.

Otro más de los Antiguos Cargos estipulaba que se diera “empleo” durante dos semanas al hermano visitante; luego algo de dinero y se le pusiera den camino hacia la siguiente logia. No se nos tendría que pedir que creyéramos que los gremios medievales de maestros artesanos acostumbraban contratar a hombres que no necesitaban y dar dinero a los canteros itinerantes que pasaban por allí. Es más probable que ese tipo de ayuda se prestara a un

fugitivo, a quien se daría alojamiento, no “empleo”, durante un máximo de dos semanas. Otro Antiguo Cargo interesante dice que ningún masón debe tener relaciones sexuales con la esposa, hija, madre u hermana de un hermano masón. Los antimasones han utilizado este cargo para argumentar que los masones tienen una moralidad selectiva porque su código moral se limitaba a sus propios miembros lo que permitía que los hermanos tuvieran relaciones sexuales con la esposa, hija, madre o hermana de cualquiera que no fuera masón. El error de esas críticas radica en considerar esta Cargo como parte de un código moral, algo que no es. Esta hermandad era una organización secreta que, de alguna manera, incluía a herejes y traidores o que los ayudaba y encubría. Era vital que se mantuvieran unidos. Si un hombre regresaba a su casa y encontraba a su hermano masón en intimidad sexual con su esposa o su hija, podía olvidar su sagrado juramento allí mismo, por lo que la prohibición de eso no era cosa de moralidad sino de sentido común.

Una diferencia muy importante entre los gremios medievales y la masonería es la que cita Stephen Knight. Los gremios eran muy religiosos y cualquier gremio que contara con la Iglesia Católica Romana como su cliente principal habría sido especial y manifiestamente devoto. Sin embargo la francmasonería acepta a cualquiera que sea monoteísta. El ritual no menciona para nada a Jesucristo ni a su Madre en tanto que muchos de los gremios estaban a la vanguardia de la creciente veneración por María. Cómo pudo ocurrir una transformación tal? No ocurrió.

Todo lo que se había aprendido sobre la francmasonería indicaba que en esencia era una sociedad de protección mutua formada por hombres reñidos con la Iglesia o el Estado o con ambos y no una sociedad de constructores. Esa opinión se alejaba tanto de la visión que sostenían casi todos los demás que la mejor solución parecía ir a las fuentes, las cédulas originales de los gremios medievales de canteros, a revisar sus limitaciones territoriales y los aspectos monopólicos de sus franquicias.

Londres fue la primera parada pero la mayor parte de los expedientes que nos hubiera gustado ver se destruyó en el gran incendio de 1666. Hay una Compañía de Canteros entre las Compañías Uniformadas (gremios) de Londres pero se formó mucho después de lo que consideramos fueron los orígenes masónicos. Ocupa el vigésimo noveno lugar en orden de precedencia entre los gremios, muchos de los cuales tienen recintos permanentes de logias masónicas en sus propias casas gremiales. Si la Compañía de Canteros londinense hubiera jugado algún papel en la masonería secreta, actualmente recibiría un trato reverente de parte de los francmasones, pero nada lo indica.

Decidí acudir a Oxford, la ciudad inglesa más monumental, la cual además de su castillo en ruinas y sus distinguidas iglesias posee una serie de colegios, todos de piedra y cada uno con su capilla y salas propias. Generación tras generación hubo allí construcción y si una ciudad británica podía haber tenido un gremio permanente de canteros con toda seguridad era Oxford. Semanas antes de mi llegada hice gestiones para que me permitieran trabajar en el salón de investigación de los archivos del condado de Oxfordshire donde los documentos se remontan al siglo XII. Le había dicho de antemano a quien me atendió que quería ver las cédulas o cualquier otra documentación relativa a cualquier gremio de canteros. Al llegar el encargado pareció avergonzado de tener que decirme que había revisado sus archivos y no pudo encontrar ni siquiera una referencia a un gremio de canteros en Oxfordshire. Todavía hizo

un esfuerzo más, se puso en contacto con un empleado del Consejo Municipal del cercano Burford, donde se sigue extrayendo parte de las hermosas piedras Cotsworld. Este caballero intentó también pero no pudo encontrar ninguna referencia a ningún gremio de canteros. Me dijo que si deseaba encontrar algo al respecto fuera a Francia.

El siguiente intento fue Lincoln, ciudad conocida por sus edificios medievales de piedra entre los cuales se cuenta una espléndida catedral, un castillo imponente y la mejor colección de viviendas y casas gremiales de Inglaterra. El personal de la biblioteca de ese lugar fue de mucha ayuda pero no pudo encontrar ninguna evidencia de un gremio de canteros en ese lugar. El mismo espíritu de colaboración y el mismo resultado negativo se encontró en el Museo del Condado de Lincolnshire.

Por último investigué en la Biblioteca Boldeiana de Oxford, una de las mejores del mundo y al no encontrar nada me sentí absolutamente seguro para afirmar que la francmasonería no evolucionó a partir de los gremios medievales de canteros en Gran Bretaña porque no había rastros de ellos en Gran Bretaña. Los francmasones, los antimasones y los historiadores interesados en el tema, al parecer, tendrán que aceptar el simple hecho de que la repetición constante no crea la verdad.

Si me sentí solitario en ese descubrimiento, esa sensación no duró mucho. Antes de dejar Inglaterra, un día en que curioseaba por las librerías de Charing Cross Road, descubrí que en 1986 se había publicado un libro serio sobre la Masonería. Se trataba de *The Craft*, escrito por John Hamill, bibliotecario y curador de la biblioteca y museo de la Gran Logia Unificada de Francia. El señor Hamill inicia el primer capítulo de su libro con estas palabras: “Cuándo, por qué y dónde se originó la francmasonería? No hay respuesta para estas interrogantes, no lo sabemos a pesar de todo el papel y tinta que se ha empleado para contestarlas”. Al final de ese capítulo dice: “Seguimos preguntándonos si alguna vez llegaremos a descubrir los verdaderos orígenes de la francmasonería”. Si bien es posible que el señor Hamill no estuviera para nada de acuerdo con las conclusiones a que llego en este libro, por lo menos su razonable liberalidad y sus credenciales impecables planteaban un común denominador entre nosotros: descartar todas las ideas previas por no estar demostradas. Al fin era posible comenzar a examinar a partir de cero los ritos y rituales de la francmasonería sin las trabas de la promoción de esa causa o de las ideas preconcebidas.

Para llegar al meollo de la Masonería Secreta se necesitaba echar un vistazo a las ceremonias y discursos de iniciación de los tres grados básicos de la misma: el aprendiz admitido, el compañero artesano y el Maestro Masón.

Lo que se buscaba era encontrar cualquier clave para descifrar los grandes misterios masónicos:

1.- Cuándo surgió la francmasonería? Evolucionó o surgió de improviso por un acontecimiento o un conjunto de circunstancias?

2.- Cuál fue el propósito de la francmasonería que la mantuvo viva en la clandestinidad durante siglos y que la proveyó constantemente de nuevos reclutas?

3.- Por qué se había perdido por completo ese propósito en 1717?

4.- Qué significan los símbolos masónicos: el compás y la escuadra, el mandil y los guantes, la letra G, el círculo en el piso, el mosaico blanco y negro?

5.- Cómo fue que la Masonería llegó a atraer y finalmente a tener como dirigentes a miembros de los niveles superiores de la aristocracia y de la familia real?

6.- Cómo y por qué adoptó la francmasonería una política de tolerancia religiosa absoluta en un ámbito donde el catolicismo romano era la única religión legítima, arriesgándose así a la tortura y la muerte?

7.- Qué estuvo haciendo la francmasonería durante todos esos años que requirió de un secreto increíble y de castigos espantosos por revelar sus secretos?

8.- Hubo una relación directa entre la francmasonería y la Orden suprimida de los Caballeros del Temple?

Se necesitó bastante investigación, pero todas las respuestas estaban allí.

CAPITULO 14
QUE ME CORTEN LA GARGANTA

En los Antiguos Cargos de la Masonería se establecen las regulaciones referentes a los requisitos de la membresía. Entre éstos el principal es la afirmación monoteísta de que se cree en un Ser Supremo ya que ningún "ateo estúpido" puede convertirse en masón. El candidato debe ser un "hombre libre, nacido de madre libre", una expresión interesante ya que según la antigua ley británica, las condiciones de villano y siervo se heredaban a través de la madre, lo cual fijaría los orígenes de la francmasonería en una época en que esas condiciones existían. La edad era también un requisito ya que los Antiguos Cargos prohiben la incorporación de un hombre en "su minoría de edad o en su senectud", lo que eliminaba al inmaduro indigno de confianza y al hombre que se esfuerza bajo la amenaza inminente de la embestida de la senilidad; de hecho este requerimiento ha variado con el tiempo y de una Gran Logia a otra. En una época en Inglaterra la edad mínima fue de veinticinco años aunque actualmente la edad de veintiún años es la más común para ser admitido en la francmasonería. A menudo se ha permitido que tenga menos edad el hijo de un francmasón, un candidato especial a quien los francmasones llaman con el título inexplicable de "Lewis" (castañuela de cantera). El general Douglas Mac Arthur se convirtió en masón mediante una forma corta, especial de iniciación que consistió en que lo nombraran "masón a primera vista", lo que en gran medida se debió a que era hijo de masón.

Los Antiguos Cargos prohiben la membresía masónica a los deficientes mentales, lo cual es comprensible. No tan evidente resulta prohibir la membresía a cualquier hombre que no tenga todos sus miembros. Desde tiempos remotos ése ha sido un requisito de las organizaciones militares y era una cláusula común en las reglas de las órdenes religiosas pero parece impropia para una orden fraternal. Por supuesto que en la práctica la francmasonería ya no se apega a esa antigua regla. Sin embargo sí lo hace a la que dice que el candidato debe tener buen carácter y una buena reputación dentro de su comunidad.

Hoy los masones anuncian con orgullo que nunca se invita a nadie para que se convierta en masón sino que hay que hacer la solicitud de admisión por escrito a una logia. Un procedimiento así habría sido imposible en la Masonería Secreta ya que difícilmente podía esperarse que un hombre manifestara su ardiente deseo de ser miembro de una organización cuya existencia le era por completo desconocida. En los tiempos de la Masonería Secreta se le habría observado, evaluado, analizado, tal vez entrevistado de modo subrepticio y luego con mucho cuidado se le ha de haber revelado la existencia de la fraternidad secreta poco a poco hasta que se considerara absolutamente seguro invitarlo a ingresar. Un remanente de la práctica de admisión sólo por invitación sigue vigente en algunas Grandes Logias, por ejemplo las de Australia.

La solicitud del candidato debe estipular que ha llegado a respetar y admirar la Orden Masónica y que quiere ser miembro por otras razones que no tienen que ver con el provecho material propio. Se examina su solicitud al igual que su carácter y reputación y se decide por votación en la logia. Aunque las prácticas varían, por tradición un voto negativo (un frijol negro o una bolilla negra) es suficiente para rechazar la solicitud.

Por fin llega el día programado para que el candidato se inicie como aprendiz de masón admitido. En la actualidad esa iniciación se lleva a cabo por lo general en una “sala de logia” permanente, equipada con un altar, velas y sillas para los diversos funcionarios. Los símbolos masónicos propios del grado se pintan previamente en paneles encerados. Todas estas cosas son adiciones posteriores por conveniencia y para intensificar la solemnidad de la ceremonia ya que habrían sido imposibles en las reuniones clandestinas de la Masonería Secreta. En esas reuniones que según la leyenda masónica se celebraban en ”colinas elevadas” y “valles profundos” no se pudo haber contado con el llamado “mobiliario de la logia” ni habría sido recomendable. Tomando en cuenta el clima británico debemos suponer que incluso en los tiempos del secreto algunas de esas reuniones se debieron de realizar bajo techo, así fuera en un granero o en una cabaña, en especial en ciudades grandes como Londres donde no se contaba con muchas colinas elevadas o demasiados valles profundos.

El símbolo de la logia que siempre ha de haber estado disponible para esas reuniones secretas era el círculo en el piso, el centro simbólico de la sala de la logia masónica. Podía dibujarse con facilidad en el suelo, en un claro del bosque o en el piso de tierra de un granero. En los primeros tiempos de la Masonería Pública, cuando casi todas las reuniones de las logias se llevaban a cabo en los reservados de las tabernas, se trazaban con tiza los símbolos en el piso. Se hizo la costumbre de que al hermano recién admitido sin tomar en cuenta su categoría o linaje, se le daban un trapeador y una cubeta al final de la reunión para que borrara los símbolos masónicos del piso. Aunque en el período “tabernario” las reuniones de las logias se hacían en un piso superior para evitar a los curiosos, los masones se referían a la logia del aprendiz admitido como “el piso del Templo de Salomón”.

Otra característica importante de la iniciación actual que tal vez no lo fue en el ritual antiguo es la colocación de La Biblia u otro libro sagrado sobre el altar, el cual se usa siempre en combinación con el compás y la escuadra simbólicos al pronunciar los controvertidos juramentos. Es muy poco probable que hubiera una Biblia disponible para cualquier grupito de Gran Bretaña en los siglos XIV y XV por lo que tal vez se haya prestado juramento sólo con un símbolo.

El candidato a aprendiz admitido se somete a un interrogatorio final antes de que lo preparen para su iniciación. Se le pide que confirme que lo que le hizo pedir su admisión fue que ya tenía una opinión favorable de la masonería, que no tiene ningún motivo personal mercenario, que ansía el conocimiento y la autosuperación y que tiene el deseo sincero de servir al prójimo.

Después de responder satisfactoriamente las preguntas se le pide que se quite la ropa hasta quedar semidesnudo. En los orígenes esto significaba quedarse sólo en pantalones y camisa y luego enrollar la pierna izquierda del pantalón por encima de la rodilla y desabotonar la camisa para poder sacar el brazo izquierdo y dejar hombro y pecho al descubierto. También se quitaba el zapato y el calcetín izquierdos. Hoy esto se facilita con un traje especial y una pantufla para el pie derecho. Se despoja al candidato de todos los objetos de metal de cualquier tipo.

Después de que se quita la ropa se le vendan los ojos (los masones dicen “se le encapucha”), se le laza el cuello con una soga y se le deja tirado en el piso. La soga utilizada de una manera ligeramente distinta en cada una de las tres

ceremonias de iniciación en la masonería básica de tres grados se denomina "sirga".
Como preparación para dicha ceremonia se ha emplazado la logia como Logia de Aprendices Masones Admitidos. Afuera, del otro lado de la puerta, está el oficial conocido como *Tyler*, una combinación de centinela y oficial del orden encargado de la seguridad de la reunión, lo que incluye la revisión de los masones asistentes. Su título, cuyo significado se perdió hace mucho, se ha utilizado para crear el verbo masónico *to tyle* (vigilar) como vemos cuando el Maestro Venerable de la Logia pregunta al segundo diácono cuál es la primera ocupación de un masón. Éste le responde:
- Ver que la logia esté vigilada (tyled), Venerable.

A lo cual el Maestro añade:
- Cumple esa parte de tu deber e informa al guarda externo (Tyler) que vamos a abrir una logia de aprendices masones admitidos y dale instrucciones para que vigile como se debe.

Después de seguir estas indicaciones el segundo diácono regresa a informar:
- La Logia (o puerta) está vigilada.
- Por quién?
- Por un Maestro Masón que está fuera de la puerta armado con el implemento adecuado de su función (una espada).
- Cuál es su función allí?
- Alejar a todos los profanos (cowans) y escuchas furtivos y ver que nadie pase o vuelva a pasar sin autorización del presidente (o Maestro Venerable).

Sigue una rutina que consiste en identificar a cada funcionario, su sitio en la logia y sus deberes. Luego el Maestro da las señales del grado de aprendiz admitido que se revelarán al candidato en la ceremonia de iniciación, lo cual repiten los masones presentes como indicación de que todos los que están allí están calificados para ello y se abre la logia.
Un funcionario de la logia, el segundo diácono, toma del brazo al candidato con los ojos vendados y lo conduce al salón para la ceremonia. No es necesario describir en detalle la ceremonia ya que el interés primordial es identificar los elementos más significativos que puedan proporcionar claves de los orígenes masónicos. Además las ceremonias allí tienden a ser excesivamente repetitivas lo cual puede ser muy tedioso para el lector, aunque fue algo del todo necesario para preservar un ritual que nunca se puso por escrito sino que tuvo que memorizarse. La repetición tenía un propósito importante para los masones pero de poco nos servirá a nosotros. Por otra parte debido a la tradición sólo oral, hay variantes en los términos exactos entre una logia (o jurisdicción) y otra. Lo sorprendente es que a falta de manuales oficiales por escrito la forma de realizar el ritual sea tan similar en todo el mundo.
Cuando el Segundo Diácono escolta al candidato con los ojos vendados a la sala de la logia, el Primer Diácono aguarda con un compás en la mano. Cuando se detiene frente a él el candidato, el Primer Diácono le presiona el pecho con una de las puntas del compás y le dice: "señor (fulano de tal) al entrar por primera vez a esta logia lo recibo presionándoles el pecho izquierdo desnudo con la punta de un instrumento filoso con el fin de enseñarle que así como esto es una tortura para su carne, así debe ser siempre el recuerdo de ello para su mente y su conciencia si alguna vez intenta revelar de modo ilegal los secretos de la Masonería".

En ese momento el Segundo Diácono se hace cargo del candidato y se dispone a darle una vuelta por la habitación. En cuanto comienzan el Maestro los detiene con un golpe de mazo y les advierte que un viaje tan importante no debe emprenderse sin invocar las bendiciones de Dios. Todos inclinan la cabeza para hacer una breve oración que ofrece el candidato en servicio de Dios y de la hermandad, después de lo cual el Maestro pregunta al iniciado:
- En quién deposita usted su confianza?
Para lo cual la única respuesta aceptable es: " En Dios"
Cuando el Segundo Diácono y el candidato van recorriendo la sala se detienen en el sitio del Segundo Vigilante quien pregunta:
- Quién viene aquí?
- El señor (fulano de tal) que ha estado mucho tiempo en la oscuridad y busca ahora que lo lleven a la Luz y a recibir los derechos y beneficios de esta Logia Venerable, erigida en honor de Dios y dedicada a los dos San Juan, al igual que hicieron antes todos los hermanos.

Después de interrogarlo sobre sus capacidades e intenciones se conduce al candidato con los ojos vendados al Primer Vigilante donde se intercambian en esencia las mismas preguntas y respuestas. Conducido donde está el Venerable Maestro, se establece el mismo diálogo, sólo que ahora el Maestro pregunta:
- De dónde viene usted y hacia dónde está viajando?

Esta vez el Primer Diácono responde por el iniciado:
- Del oeste y viajo hacia el este.
- Por qué deja usted el oeste y viaja hacia el este?
- Porque voy en busca de la Luz

Entonces el Venerable Maestro ordena que se lleve al candidato al sitio del Primer Vigilante en el oeste para que le indiquen la forma correcta de llegar al este. El Primer Vigilante conduce al candidato en dirección al este, hacia el ara, y le coloca el talón derecho en el hueco del pie izquierdo, formando un ángulo recto.
El Venerable Maestro deja su sitio en el este y se acerca al ara para informar al candidato que antes de que pueda avanzar debe pronunciar un "juramento y obligación solemnes", lo cual, garantiza el Maestro, no interferirá con ninguno de sus deberes con Dios, el país, la familia o los amigos. Después de expresar que está dispuesto a prestar juramento, se guía al candidato, que sigue con los ojos vendados, para que ocupe la posición de un aprendiz admitido. Se arrodilla con la pierna izquierda que lleva descubierta y mantiene la pierna izquierda doblada frente a sí en ángulo recto. Frente a él, en el ara, está abierto el libro sagrado de su religión con el compás y la escuadra encima. En la ceremonia del aprendiz admitido la escuadra está encima de las puntas del compás.
El candidato coloca la mano izquierda con la palma hacia arriba por debajo del libro mientras que pone la mano derecha con la palma hacia abajo sobre el compás y la escuadra. En esta posición pronuncia el primero de los juramentos que tantas críticas le han acarreado a la institución masónica:
"Yo, (fulano de tal), por mi voluntad y decisión libres, ante Dios Todopoderoso y esta Logia Venerable erigida en su honor y dedicada a los dos San Juan, aquí y ahora prometo y juro con la mayor sinceridad que siempre ensalzaré, siempre ocultaré y nunca revelaré ninguna de las artes, partes o aspectos de los misterios secretos de la antigua francmasonería que se me hayan comunicado

como tales o que se me comuniquen de ahora en adelante, en este momento o en el futuro, a ninguna persona o personas, sean las que fueren, excepto a un verdadero y legítimo hermano masón o a una logia de masones constituida según las reglas, y tampoco a el o a ellos en tanto que –por una deliberación escrita, examen debido o información legítima- no haya encontrado que el o ellos tienen el legítimo derecho a lo mismo que yo. Además prometo y juro que no los imprimiré, pintaré, estamparé, teñiré, tallaré, marcaré ni grabaré ni haré que se haga esto mismo en nada que sea movible o inamovible, capaz de recibir la mínima impresión de una palabra, sílaba, letra o carácter, con lo cual las mismas se puedan volver legibles o inteligibles para cualquier persona bajo la bóveda del cielo y que por lo tanto los secretos de la masonería se obtengan ilegalmente a través de mi indignidad.

Todo esto prometo y juro con la mayor solemnidad y sinceridad con la firme y decidida resolución de llevarlo a cabo sin ninguna reserva mental ni evasión secreta de la mente y me impongo como castigo nada menos que me corten la garganta, me arranquen la lengua de raíz y entierren mi cadáver en las arenas ásperas del mar cuando haya marea baja donde la marea sube y baja dos veces en veinticuatro horas, si alguna vez, a sabiendas, violara lo que es mi obligación de aprendiz admitido. Que Dios me ayude y me mantenga firme en el debido cumplimiento de esto".

Una vez concluido el juramento se indica al candidato que bese el libro sagrado en prueba de su sinceridad. Luego se le pregunta qué es lo que más desea, para lo cual la respuesta adecuada es "Luz". Cuando dice eso se le quita la venda de los ojos y se le revelan los secretos del aprendiz admitido, entre éstos el saludo y las señas con la mano. Una es la seña que recuerda el castigo de "que me corten la garganta", en el cual la mano con el pulgar doblado hacia adentro se pasa rápido por la garganta y luego se deja caer a un lado. La otra seña repite la posición en que se colocaron las manos debajo y encima del libro sagrado cuando se prestó juramento: la izquierda con la palma hacia arriba y la derecha con la palma hacia abajo dejando entre ellas una separación de unos cinco centímetros. De las dos esta última es la seña más interesante porque tiene un nombre con un significado perdido. La seña se llama "*due–guard*". Se ha intentado explicar el término pero lo que resulta son invenciones torpes, por ejemplo la idea de que "con esta seña te *guardas realmente* (do guard) como aprendiz masón admitido".

Luego viene una parte especialmente curiosa de la ceremonia, la presentación del "mandil" masónico. Ahora es frecuente que esta prenda sea de tela blanca de algodón o fieltro, pero la usanza antigua exigía que fuera de piel blanca de cordero. La tradición señala que en el principio no era una piel cortada y acondicionada como prenda sino una simple piel de cordero atada a la cintura. Hoy los mandiles masónicos son de tela de algodón, forrados, a color y están adornados con insignias y símbolos masónicos diversos, sin embargo, como clave del pasado, lo que importa es esa piel de cordero original.

Al masón recién admitido se le dice que el mandil blanco es un emblema de la inocencia "más antigua que el Vellocino de Oro o el Aguila Romana", una insignia más honorable que cualquier otra que pudiera otorgar cualquier príncipe o potentado. Se le dice cómo ponerse el mandil para que vaya de acuerdo con la forma en que usaban un mandil similar los aprendices admitidos en la construcción del Templo de Salomón.

El Maestro pide al nuevo masón que aporta a la Logia un objeto metálico cualquiera, aunque sólo sea un alfiler o un botón. Como antes de su iniciación se le quitaron todos los objetos metálicos. El nuevo masón se siente confundido y frustrado ante la petición repetida. Entonces el Maestro pone fin a ello al señalar que en ese momento el nuevo masón está en una situación de indigencia, sin un céntimo en el bolsillo. Se le dice que esa parte de la ceremonia es un recordatorio de que si alguna vez se encuentra a un amigo, sobre todo a un hermano masón, en una situación similar, debe ayudarlo con toda la liberalidad que pueda según sea la necesidad, pero sólo en la medida en que esa generosidad no ocasione daño físico ni a él ni a su familia. Ésta es la primera lección de caridad masónica.

En la parte final de la iniciación se le presentan las “herramientas de trabajo de un aprendiz masón”. Primero la regla de 24 pulgadas que se utilizará como símbolo para dividir su día en periodos de trabajo, de refrigerio, de sueño y de servicios a Dios y a los hermanos en apuros. A continuación el mazo común empleado para labrar las piedras pero que ahora se usará simbólicamente para despojarse de los vicios y aspectos superfluos de la conducta con el fin de que el masón pueda transformarse en una piedra adecuada para el templo de Dios. De cualquier manera el uso de las herramientas de trabajo de un cantero para dar lecciones de moralidad en definitiva no formaba parte de la Masonería Secreta, así que no puede ayudar en la búsqueda de sus comienzos.

Más importantes como claves de los orígenes son los términos masónicos que se revelan en este grado y que siguen siendo un misterio. El *Tyler* es el funcionario que protege a la logia de los *cowans* (profanos) y escuchas furtivos. El aprendiz admitido identifica su condición haciendo el *due–guard* de ese grado. A lo largo de la ceremonia se le conduce mediante una *sirga*. Si su padre fue masón, él es un *Lewis*.

Los símbolos que hay que considerar con todo cuidado son el círculo y el piso de mosaico blanco y negro, además del compás y la escuadra sobre La Biblia. Otros aspectos de la ceremonia que hay que examinar son la condición de semidesnudez del candidato, el hecho que desde el inicio se le quiten todos los objetos metálicos, la idea del masón como alguien que viaja del oeste al este y el mandil de piel blanca de cordero.

La próxima fuente de misterios masónicos será el ritual de iniciación del segundo grado, el del compañero artesano.

CAPITULO 15
QUE ME ABRAN EL PECHO, QUE ME SAQUEN EL CORAZON

El término Fellow Craft es un título tan raro para un nivel de membresía que con toda seguridad surgió a partir de una forma más convencional, sólo para que se le deformara con el fin de obligarlo a entrar en un nuevo molde. Un significado de ese extraño término podría ser "otro arte", lo cual no tendría mucho sentido como título de un grado de membresía, por lo que puede suponerse que en algún momento el término fue "miembro del gremio", lo cual podría resultar revelador. El término Fellow significa un par, un igual, por ejemplo miembro (fellow) de la Sociedad Real. Utilizado en el concepto masónico de "gremio", parece ser un intento por crear un nivel entre el Aprendiz y el Maestro, con lo cual "Colega del gremio" designaría al equivalente del oficial. Sin embargo hemos visto que el oficial no era "miembro" del gremio, sólo los maestros tenían esa categoría. Esto respalda el señalamiento de los primeros escritores masónicos de que en la Masonería Secreta sólo había dos grados: el de aprendiz admitido (los escoceses dicen Intrant) y el de colega. El título de Maestro no era representativo de un grado, sino que más bien indicaba al Maestro de la Logia. El Maestro Masón original, entonces, era maestro de hombres, no maestro de un gremio. El colega del gremio era en todos los sentidos el miembro con pleno derecho.

Esta idea se apoya en el diario de Elías Ashmole, el anticuario inglés cuyas colecciones proporcionaron la base del Ashmolean Museum de Oxford. Una anotación en su diario indica que se hizo francmasón el 16 de octubre de 1646, unos setenta años antes de que la francmasonería fuera pública en 1717. Respecto de esa idea, una nota del 11 de marzo de 1682 relata su asistencia a una reunión de logia en Londres. Dice: "yo era el colega decano entre ellos pues ya habían transcurrido 35 años desde mi admisión". Parece válido suponer que alguien de la importancia de Ashmole no habría pasado 35 años en el segundo grado si en ese tiempo hubiera existido el tercer grado.

La ceremonia de iniciación del colega artesano consiste primordialmente e una serie de variaciones del grado de aprendiz admitido, sin nada de lo que caracteriza el cambio dramático del ritual del Maestro, aunque el discurso que le sigue es de lo más revelador. Esta vez se descubre el pecho, la pierna y el pie del lado derecho en vez del izquierdo. La sirga se enlaza dos veces en el cuello del iniciado, no una sola vez (el algunas jurisdicciones se pasa la soga por el hombro), de nuevo le vendan los ojos al candidato o se le "encapucha". Esta expresión tal vez sea otra indicación de época y quizá en sus orígenes (si recordamos el uniforme que usaron los rebeldes en Beverly, Scarborough y York) haya significado que se les bajaba el capuchón hasta cubrir la cara así como se "encapucha" al halcón en la cetrería. Es evidente que este significado estaba en uso antes de que el término en inglés (hoodwink) llegara a significar embuste y engaño. Algunos han sugerido que la venda de los ojos se usa en la ceremonia para añadir teatralidad e infundir cierto miedo excitante. La verdadera razón es mucho más sencilla: en las sociedades secretas y más que nada en las ilícitas, la venda en los ojos es una precaución necesaria que se usa para asegurarse que el candidato no vea el rostro de los demás miembros

sino hasta después de haber pasado la iniciación, haber asumido las obligaciones de su juramento y habérsele admitido.
Después de que lo guían a lo largo de la ceremonia y de que pasa de un punto a otro de la logia, una vez más el candidato se encuentra ante el ara todavía con los ojos vendados donde presta el juramento del segundo grado. Se le coloca en una posición donde mantiene arrodillada la pierna derecha desnuda. La mano derecha está sobre el compás y la escuadra encima de La Biblia, en tanto que levanta la mano izquierda con el brazo horizontal y el antebrazo vertical, de tal manera que forma una escuadra. De nueva cuenta, el Maestro de la logia le garantiza que el juramento no interferirá en su deber con Dios o con su país. A continuación el candidato repite con el Maestro:
"Yo, (fulano de tal), por mi voluntad y decisión libres, ante Dios Todopoderoso y esta Logia Venerable de Compañeros Masones erigida en honor a Dios y dedicada a los dos San Juan, aquí y ahora prometo y juro solemnemente, además de mi compromiso anterior, que no revelaré los secretos del grado de compañero masón a nadie en un grado inferior ni a ningún otro ser del mundo conocido, excepto a un verdadero y legítimo hermano o hermanos compañeros masones o dentro de la comunidad de una logia de los mismos constituida justa y legítimamente; y tampoco a aquél o aquéllos de quienes sólo se oiga decir que son tales, sino sólo a aquél o a aquéllos de quienes descubra que son tales después de una deliberación estricta y un examen debido o por información legítima. Además prometo y juro que no haré daño a sabiendas a esta logia ni a un hermano de mi mismo grado ni toleraré que otros lo hagan si está en mí poder impedirlo.
Además prometo y juro que obedeceré todas las señas y órdenes regulares que se me den, pasen envíen o arrojen la mano de un hermano compañero masón o de parte de la comunidad de una logia de los mismos constituida justa y legítimamente; que se cumpla hasta donde alcance mi sirga o hasta la escuadra y el ángulo de mi trabajo. Además prometo y juro que auxiliaré y ayudaré a todos los hermanos compañeros masones pobres e indigentes, a sus viudas y huérfanos, no importa en qué parte del mundo se encuentren, si me lo solicitan en calidad de tales, hasta donde esté en mi poder sin perjudicarme ni perjudicar a mi familia. Todo esto prometo y juro con la mayor solemnidad y sinceridad, sin el menor titubeo, reserva mental ni autoelevación mental alguna y me impongo un castigo no menor al de que me abran el lado izquierdo del pecho y me saquen de allí el corazón y los órganos vitales y me los arrojen por el hombro izquierdo y se los lleven al valle de Josafat para que allí se conviertan en botín para las bestias salvajes del campo y los buitres salvajes del aire si alguna vez me muestro deliberadamente culpable de violar cualquier parte de este, mi solemne juramento u obligación de compañero masón; que Dios me ayude y me mantenga firme en la ejecución de lo anterior".
Una variante del texto relativo al castigo dice: "...como castigo nada menos que el de que me abran el pecho, me arranquen el corazón y lo coloquen en el pináculo más elevado del templo". Independientemente de que no hay indicación alguna de que el Templo de Salomón tuviera algún pináculo, la versión que usa esas palabras –con órganos vitales que se arrojan por el hombro izquierdo- fue citada por un antimasón como evidencia de que las mutilaciones brutales que infligió a varias mujeres en Londres el asesino conocido como Jack el Destripador no eran una matanza estúpida sino una

mutilación ejecutada en conformidad con este castigo del juramento del compañero masón.
Después de que presta juramento, se le quita la venda de los ojos y se le enseña al nuevo compañero masón el saludo y la contraseña de este grado. También la seña penal que recuerda el castigo de que le arranquen del pecho el corazón. Se le muestra cómo mover la mano derecha en posición horizontal, cruzarse el pecho izquierdo y luego dejarla caer a un lado. Al igual que en el primer grado, el *due–guard* del compañero masón repite las posiciones en las que tenía las manos al prestar juramento: la mano derecha enfrente, a la altura de la cintura, con la palma hacia abajo (como la tenía sobre La Biblia y el compás y la escuadra) y el brazo izquierdo levantado, formando una escuadra.
En la segunda parte de la iniciación se conduce al recién hecho compañero masón a una escalera de caracol simbólica (o real si la logia es lo suficientemente rica) que lleva a la Cámara Intermedia del Templo de Salomón a la cual se llega pasando entre dos columnas. Se le dice que éstas representan a Jachin y Boaz, las grandes columnas de bronce que flanqueaban el pórtico exterior del Templo de Salomón. Encima de cada una hay una esfera, una es un globo terráqueo y la otra una esfera celeste (aunque no se disponía de ninguna de esas cosas en la corte de Salomón). Se supone que la contemplación de estas dos esferas motiva a los masones a estudiar astronomía, geografía y navegación. Se le dice al iniciado que las columnas originales estaban huecas y se utilizaban para proteger de la inundación o el fuego los documentos secretos de la masonería.
A continuación el iniciado aprende que la francmasonería incluye tanto la masonería operativa (de trabajo) como la especulativa (alegórica) y se le dice que los francmasones construyeron el Templo de Salomón que menciona La Biblia, además de muchas otras destacadas construcciones de piedra.
Los primeros tres escalones hacia la Cámara Intermedia representan la juventud, la madurez y la vejez y se comparan con la iniciación como aprendiz admitido en su juventud, la maduración en el conocimiento y las buenas obras como compañero masón y la terminación de sus días como Maestro Masón confiado en la inmortalidad, mientras reflexiona sobre su vida honorable como francmasón. Se dice también que los tres escalones representan la sabiduría, la fuerza y la belleza.
Los siguientes cinco escalones tienen dos significados simbólicos. Primero representan los cinco órdenes arquitectónicos: toscano, dórico, jónico, corintio y compuesto. Segundo, los cinco sentidos: oído, vista, tacto, olfato y gusto.
Las siguientes siete escalones tienen una relación simbólica con toda una serie de sietes: los siete años de vacas flacas, los siete años que duró la construcción del Templo, las siete maravillas de la antigüedad y los siete planetas. No obstante, más que nada simbolizan las siete artes y ciencias liberales: la gramática, la retórica, la lógica, la aritmética, la música, la astronomía y de manera más destacada, la geometría. En el discurso de este grado se alienta al iniciado a que se dedique al estudio de las artes liberales, con lo cual ese grado parece más bien una fraternidad universitaria que una sociedad secreta de protección mutua.
El Maestro Venerable llama la atención del nuevo compañero masón a la gran letra G dorada que, en general, pende del techo o se coloca en la pared por encima del asiento del Maestro. Es La G que se encuentra en la actual insignia con el compás y la escuadra de la francmasonería y representa la geometría.

Se le explica que el grado de compañero masón se funda en la ciencia de la geometría que constituye el tema central de toda la Orden Masónica. Mediante esta ciencia el hombre capta el universo, los movimientos de los planetas y el ciclo de las estaciones. La geometría es de especial utilidad al hombre en la ciencia masónica de la arquitectura y constituye la base para la designación masónica del Ser Supremo como el Gran Arquitecto del Universo. Se dice al iniciado que la geometría es tan importante para la masonería que ambos términos fueron alguna vez sinónimos.
Sin embargo, en nuestra búsqueda de los orígenes debe tenerse en cuenta que toda esta atmósfera de aprendizaje y el énfasis en la geometría no son parte del ritual básico. Se presentan y elogian en el discurso que le sigue, señal casi segura de que se añadieron en una fecha muy posterior. Otras de las claves que se buscan se encontrarán en la ceremonia de iniciación del Maestro Masón, el ritual más místico de toda la masonería y que se centra en la leyenda de la paliza y el asesinato del maestro constructor del Templo de Salomón.

CAPITULO 16
EL MAESTRO MASON

Los ritos de iniciación para el Maestro Masón son más complejos y dramáticos que los del aprendiz admitido y del compañero masón y revelan el misterio más perdurable e importante de todo el ritual masónico: la leyenda del maestro asesinado. Se prepara al candidato de manera similar a la de los primeros dos grados; al candidato semivestido, con ambos brazos fuera de las mangas y el pecho descubierto se le quita todo lo de metal, se le amarra una soga (la sirga) alrededor del cuerpo y se le coloca una venda en los ojos o se le encapucha.
Después de breves ceremonias similares a las de los primeros dos grados, el candidato está listo para hacer el juramento del Maestro Masón. De nuevo el Maestro de la logia le asegura que eso no interferirá con ningún deber para con Dios, su país o su familia. El candidato está arrodillado frente al ara con ambas manos sobre la santa Biblia, sobre la cual están el compás y la escuadra. Es posible que varíen bastante los términos precisos del juramento de un lugar a otro debido a que éste sólo se conservaba mediante la transmisión oral, aunque en todas partes los puntos esenciales son los mismos:
"Yo, (fulano de tal), por mi voluntad y decisión libres, ante Dios Todopoderoso y esta logia venerable de Maestros Masones, dedicada a Dios y a los dos San Juan, aquí y ahora prometo y juro con la mayor solemnidad y sinceridad que, además de mis compromisos anteriores, no revelaré los secretos del grado de Maestro Masón a nadie de grado inferior ni a ningún otro ser del mundo conocido excepto a un verdadero y legítimo hermano o hermanos Maestros Masones, dentro de una comunidad de una logia de los mismos, constituida justa y legítimamente y tampoco a aquél o aquéllos de quienes sólo se oiga decir que son tales sino sólo a aquél o aquéllos de quienes descubra que son tales después de una deliberación estricta y un examen debido o de una información legítima. Además prometo y juro que no pronunciaré la palabra de Maestro que de aquí en adelante reciba ni dentro de la logia ni fuera de ella excepto en los cinco puntos de la camaradería y entonces lo haré en un susurro. Prometo y juro que no haré el Gran Llamado de Aflicción a menos que esté en una verdadera aflicción o en beneficio de la Masonería cuando ésta esté en juego y si alguna vez veo que se hace esta seña o se dice la palabra que la acompaña y la persona que la hace parece estar en aflicción, acudiré rápidamente en su ayuda arriesgando mi vida si hay más probabilidad de salvar su vida que de perder la mía.
Prometo y juro que no estaré presente en la iniciación, paso o promoción de un candidato en una logia clandestina a sabiendas de que es así. Prometo y juro que no estaré en la iniciación de un anciano en su senectud ni de un joven en su minoría de edad, de un ateo, de un libertino impío, de un idiota, un loco o una mujer. Prometo y juro que no hablaré mal de un hermano Maestro Masón ni a sus espaldas ni en su cara, sino que le informaré de cualquier peligro que se aproxime si está en mi poder. Prometo y juro que no tendré cópula carnal ilegal con la esposa, hermana o hija de un Maestro Masón a sabiendas de que son tales, ni toleraré que otros lo hagan si está en mí poder impedirlo.
Prometo y juro que realizaré la encomienda de un Maestro Masón cuando se me pida aunque tenga que huir descalzo y con la cabeza descubierta si está al alcance de mi sirga. Prometo y juro que recordaré siempre a un hermano

Maestro Masón cuando esté arrodillado ofreciendo mis devociones a Dios Todopoderoso.
Prometo y juro que auxiliaré y ayudaré a todos los Maestros Masones pobres e indigentes, a sus viudas y huérfanos, aunque estén en cualquier parte del mundo, hasta donde me sea posible sin perjudicar físicamente ni a mí ni a mi familia.
Prometo y juro que si alguna parte de mi juramento solemne de obligación se omitiera en este momento me mostraría dispuesto a cumplirlo si se me informara. Todo esto prometo y juro de la manera más sincera con el firme propósito de cumplirlo y llevarlo a cabo y me impongo un castigo no menor al de que me partan en dos el cuerpo y lo dividan hacia el norte y hacia el sur, que en el centro me quemen las entrañas hasta volverlas cenizas y que se dispersen las cenizas a los cuatro vientos del cielo, que no quede ni la menor huella ni pizca de recuerdo entre los hombres o los masones de un miserable tan vil y perjuro como sería yo si alguna vez me demuestro deliberadamente culpable de violar cualquier parte de este mi solemne juramento y obligación de Maestro Masón. Que Dios me ayude y me mantenga firme en la debida ejecución de esto".
Después de breves ceremonias se le quita la venda de los ojos y se enseña al Maestro recién juramentado varios secretos de este grado. Aprende la seña penal, la seña manual basada en el castigo del juramento de Maestro Masón, que consiste en pasar la mano con la palma hacia abajo y el pulgar hacia el cuerpo en un movimiento de corte de un lado a otro del vientre. El due–guard del Maestro Masón repite la posición de las manos sobre la santa Biblia y el compás y la escuadra cuando prestó juramento: la parte superior de los brazos a los costados. Los antebrazos extendidos horizontales y las palmas hacia abajo. Hasta aquí la ceremonia es muy similar a las de los primeros dos grados, pero ahora se agrega una tercera seña, el Gran Llamado de Aflicción de un Maestro Masón, la cual se expresa con la parte superior de los brazos paralela al piso, los antebrazos levantados con las manos arriba de la cabeza y las palmas hacia enfrente. Para los momentos en que el Maestro Masón está fuera de la vista de quienes pueden ayudarlo o en la oscuridad, se le enseña a pedir auxilio con las palabras: "Oh Señor, Dios mío, no hay ayuda para un hijo de la viuda?" una referencia a Hiram, el legendario maestro artesano de la construcción del Templo de Salomón sobre el cual hasta este momento no se ha dicho nada al iniciado y a quienes los masones identifican con el metalista que las escrituras mencionan como "un hijo de una viuda de Neftalí".
Hasta aquí el ritual de iniciación le resulta familiar al Maestro Masón recién ascendido porque es muy similar a las ceremonias que vivió en sus iniciaciones para los grados de aprendiz admitido y de compañero masón. No se sorprende cuando el Maestro Venerable pide una pausa en la reunión para tomar un refrigerio y lo vuelven a llevar a la antecámara para que se vista y vuelva a la reunión como todo un Maestro Masón. Se sorprenderá mucho unos minutos después cuando sepa que la parte importante de su iniciación aún no ha comenzado y ni siquiera se le ha insinuado.
Cuando regresa a la sala de la logia llevando su mandil de maestro con el listón y la joya del Primer Diácono al cuello, los miembros de la logia lo rodean, le estrechan la mano y lo felicitan por haberse convertido en Maestro Masón. Se explayan en la camaradería hasta que el Maestro Venerable usa su mallete para llamar de nuevo al orden. Dirigiéndose al iniciado, el Maestro le pregunta

si se considera un Maestro Masón. Cuando éste responde de modo afirmativo, el Maestro lo corrige y le dice que no será tal sino después de que haya recorrido un camino lleno de peligros y se haya topado con ladrones, asaltantes y asesinos. Sólo después de sobrevivir esa prueba inminente podrá considerarse un Maestro Masón. Le vuelven a vendar los ojos, el Primer Diácono como "conductor" lo guía en círculo alrededor de la sala de la logia mientras el Maestro Venerable comienza a contarle la historia del asesinato de Hiram Abiff, el maestro constructor del Templo de Salomón quien, junto con el mismo rey Salomón e Hiram rey de Tiro, fueron los tres Grandes Maestros de la Orden Masónica.

Le explica que durante la construcción del Templo de Salomón, Hiram Abiff tenía la costumbre de entrar en el Sanctum Sanctorum inconcluso del templo todos los días en punto de las doce (mediodía) con el propósito de dibujar planos en el "restirador" para el siguiente día de trabajo de los operarios después de lo cual ofrecía sus oraciones a Dios y luego salía por la puerta del sur del patio del Templo. El iniciado no sabe que el resto de la historia de Hiram Abiff se le ofrecerá en forma de representación o drama donde a él se la ha dado el papel del Gran Maestro. Se entera de esto de golpe cuando la persona que lo escolta llega a la mítica puerta del sur. Allí un asaltante a quien no puede ver lo prende y lo sacude. Dice que Abiff había prometido a los colegas artesanos, cuando se completara el templo, decirles a todos los secretos de un Maestro Masón (algunas logias dicen "la palabra del Maestro") para que pudieran viajar a otras tierras y encontraran trabajo y recibieran las recompensas de un Maestro Masón. Como el atacante no está conforme con aguardar a la terminación del Templo, exige ahora esos secretos.

El conductor responde por el iniciado sorprendido y con los ojos vendados. Dice al asaltante que debe esperar hasta que se termine el Templo y entonces, si se le encuentra digno, se le dirán los secretos de un Maestro Masón. No satisfecho, el atacante –cuyo nombre es Jubelas- amenaza con quitarle la vida a Hiram Abiff si éste no revela sus secretos y cuando se le niegan pasa la regla de 24 pulgadas por la garganta del candidato. Después de esto el conductor lo lleva hasta "la puerta occidental del Templo". En esta puerta lo agarra un segundo asaltante cuyo nombre es Jubelos. De nuevo se le exigen los secretos del Maestro Masón y cuando no los dice Jubelos amenaza al candidato y lo golpea en el pecho con una escuadra. Conducido hacia "la puerta oriental" aborda al candidato el tercer asaltante Jubelum. Después de que el candidato aún en el papel de Hiram Abiff se niega a revelar los secretos del Maestro Masón incluso ante la amenaza de muerte, recibe un golpe en la cabeza con el nivel de Jubelum y cae "muerto" (lo derriban su conductor y otros).

En el suelo con los ojos vendados, el iniciado oye que los tres asesinos deciden cubrirlo con una pila de escombros hasta las doce en punto (medianoche), hora en que sacarán el cadáver del Templo. Para simbolizar el enterramiento de Hiram Abiff se envuelve al candidato en una sábana y se le traslada a un lado de la sala. Al rato oye doce campanadas y se le lleva desde la tumba de "escombros" a una tumba excavada en la cresta de una colina "al oeste del Monte Moriah" (el monte del templo). Oye que los asesinos se ponen de acuerdo para identificar su tumba con una ramita de acacia y luego se disponen a escapar a Etiopía atravesando el Mar Rojo.

Momentos después, según sigue el drama, el rey Salomón (representado por el Venerable Maestro de la logia) llega para averiguar por qué hay tanta confusión

y se le dice que el Gran Maestro ha desaparecido y como no hay planos en el restirador los operarios no saben qué hacer. Salomón ordena que todos los trabajadores busquen al Gran Maestro extraviado y el candidato en su “tumba” (la sábana) oye ruidos de forcejeos y arrastre de pies por toda la habitación. Por último se informa al rey Salomón que Hiram Abiff no está en ninguna parte; él ordena que se pase lista, lo cual revela la ausencia de Jubelas, Jubelos y Jubelum, a quienes los masones conocen con el nombre colectivo de Juwe. Salomón ordena que se envíe a doce compañeros artesanos, tres hacia cada punto cardinal (este, oeste, norte y sur) para que busquen a los fugitivos. Los enviados al este y al sur regresan para informar que no vieron nada y que no tienen noticias. Los tres del oeste informan que tienen noticias que los Juwe trataron de embarcarse desde el puerto de Joppa (el antiguo nombre de Jaffa) pero que se lo impidió el embargo impuesto por Salomón a todos los barcos como parte de la persecución. Según los informes los tres fugitivos regresaron tierra adentro hacia Jerusalén y el Templo.

Se ordena a todos que prosigan la búsqueda y unos quince días (simbólicos) después uno se detiene a descansar junto a la ramita de acacia, la cual arranca con facilidad. Llama a sus compañeros cuando otro grupo de los que buscan se les une para informarles que, cuando descansaban cerca de unas rocas, oyeron voces. La primera voz, la de Jubelas, dijo: “Oh, que me hubieran cortado la garganta, que me hubieran arrancado la lengua de raíz y hubieran enterrado mi cadáver en las arenas ásperas del mar en la marca de la marea baja, donde la marea sube y baja dos veces cada veinticuatro horas antes que haber participado en la muerte de un hombre tan bueno como nuestro Gran Maestro Hiram Abiff”. La segunda voz –prosigue el informe- era la de Jubelos, quien exclamó: “Oh, que me hubieran abierto el pecho, que me hubieran sacado el corazón y los órganos vitales y me los hubieran arrojado por encima del hombro izquierdo, que me hubieran llevado al Valle de Josafat para ser presa de las bestias salvajes del campo y de los buitres del aire (algunas logias dicen: “me hubieran sacado el corazón y lo hubieran colocado en el pináculo más alto del Templo para que allí lo devoraran los buitres del aire”) antes que haber conspirado en la muerte de un hombre tan bueno como nuestro Gran Maestro Hiram Abiff”. La tercera había sido la voz de Jubelum más fuerte y más plañidera que las de los otros: “Ah, Jubelas y Jubelos, fui yo quien lo golpeó más duro que ustedes dos! Fui yo quien le dio el golpe mortal! Fui yo quien lo mató! Oh, que me hubieran cortado el cuerpo en dos, que me hubieran sacado las entrañas y las hubieran quemado hasta las cenizas, que las hubieran dispersado a los cuatro vientos del cielo y que no hubiera la menor huella o pista de recuerdo entre los hombres o los masones de un miserable tan vil y perjuro como yo”.

El grupo de perseguidores regresa a las rocas, captura a los tres fugitivos y los lleva con el rey Salomón. De rodillas ante el rey los tres se declaran culpables y se les sentencia a los castigos pronunciados por sus propias bocas. Con mucho ruido y arrastre de pies se saca a los tres de la sala de la logia y el candidato –aún envuelto en la sábana- escucha los lamentos y gritos provenientes de afuera de la habitación. Luego oye una voz que anuncia al rey que se han ejecutado las sentencias.

A continuación Salomón ordena a los doce compañeros artesanos que busquen la tumba de Hiram Abiff y les dice que cuando encuentren el cadáver revisen con cuidado por si hay alguna revelación de la palabra del Maestro o

alguna clave. Al encontrar el sitio de donde se sacó la acacia, los buscadores "descubren" al iniciado, quien sigue todavía en su "tumba" de sábana en su papel de Hiram Abiff. Cuando abren la tumba, el hedor del cuerpo putrefacto los agobia y extienden las manos frente a sí con las palmas hacia abajo (emulando al due-guard de este grado) para protegerse de la peste. Al revisar el cuerpo sólo descubren el listón y la joya que lleva al cuello. Se los llevan al rey Salomón y le informan que no pudieron encontrar ninguna clave de la palabra del Maestro, la cual aparentemente se perdió para siempre (algunas logias dicen que se vio una borrosa letra G en el pecho del cadáver descompuesto).

Dirigiéndose a Hiram rey de Tiro (el tesorero de la logia), Salomón decreta que la primera seña y la primera palabra que se emitan en la tumba deberán volverse parte de la regla del grado de Maestro Masón hasta que "Lo que se perdió" sea descubierto por las generaciones futuras. Luego todos van hasta la "tumba" y la rodean. El rey Salomón, al ver el cadáver levanta las manos con las palmas hacia el frente (en el Gran Signo de Aflicción del Maestro Masón) y exclama: "Oh Señor, Dios mío, no hay ayuda para el hijo de la viuda?". Luego el rey pide que se saque el cadáver de la tumba a la manera de tomarse la mano en el saludo del aprendiz admitido, pero se le dice que la carne se desprende del hueso cuando se intenta esa forma. A continuación pide que se levante el cadáver a la manera de tomarse la mano del compañero artesano, pero ésta tampoco logra sacar el cadáver. Finalmente Salomón dice que él mismo va a intentar levantar el cadáver de la tumba mediante la "garra del león", a la manera del saludo del Maestro Masón. Al aplicar esta forma (y con la ayuda de varios miembros de la logia), levanta el cuerpo del candidato hasta tenerlo en posición vertical y hace que su pie derecho quede junto al pie derecho de Salomón, ambas rodillas derechas pegadas, ambas manos izquierdas en las respectivas espaldas y las bocas cerca de los oídos de ambos. En algunas jurisdicciones, el Venerable Maestro en su papel de rey Salomón, susurra al candidato la palabra del Maestro, *Mahabone* (o sus variantes), y hace que éste a su vez se la repita en un susurro, advierte al nuevo Maestro que esta palabra sólo debe trasmitirse en esta posición denominada los "cinco puntos de la camaradería". Cuando el recién levantado Maestro Masón aprende la palabra del Maestro se le quita la venda de los ojos.

Después de separarse, el Maestro Venerable explica que los cinco puntos de la camaradería son *Pie con pie*, para indicar que un Maestro Masón se saldrá de su camino a pie si es necesario con el fin de ayudar a un hermano digno, *Rodilla con rodilla* como un recordatorio de que en sus oraciones al Todopoderoso el Maestro Masón se acuerda del bienestar de su hermano así como del suyo propio, *Pecho con pecho* como garantía de que cada Maestro Masón mantendrá en su pecho cualquier secreto de un hermano cuando le haga partícipe del mismo excepto del asesinato y la traición, *Mano con espalda* porque un Maestro Masón estará siempre dispuesto a extender la mano en apoyo a un hermano y a defender el carácter y la reputación de éste a sus espaldas y también en su cara y *Boca con oído*, porque un Maestro Masón tratará siempre de advertir y dar buenos consejos de la manera más amistosa a un hermano descarriado, le señalará sus faltas y le dará un consejo oportuno para que pueda evitar el acercarse al peligro.

En parte debido a que difícilmente podría esperarse que el Maestro Masón recién levantado hubiera captado en su totalidad la historia de Hiram Abiff pues

estaba con los ojos vendados y envuelto en una sábana, se le repite con detalles todo el “relato histórico” del asesinato del Gran Maestro. Se le dice que después que el rey Salomón sacó de la tumba a Hiram, enterraron a éste bajo (a veces “cerca de”) el Sanctum Sanctorum del Templo, lugar que se estaba construyendo para albergar y honrar el Arca de la Alianza. Se dice que, según la tradición masónica, se construyó un bello monumento (ya desaparecido) para honrar la memoria de Hiram Abiff. Era una virgen hermosa que lloraba encima de una columna rota con un libro abierto ante sí. En la mano derecha tenía una ramita de acacia, en la izquierda una urna. Tras ella estaba el Tiempo que le contaba los rizos de la cabellera. Se dice que la columna rota representa el Templo inconcluso, así como la vida y la tarea inconclusas de Hiram Abiff. El libro constituye el registro eterno de las virtudes y logros del Gran Maestro. La ramita de acacia simboliza la inmortalidad de éste y la urna guarda sus cenizas, en tanto que la figura del Tiempo nos recuerda que el tiempo, la paciencia y la perseverancia logran todo. Se le dice al iniciado que todo esto es lo que explica por qué la logia del Maestro Masón se conoce como Sanctum Sanctorum de la francmasonería.

Se le muestran al nuevo Maestro muchos de los símbolos masónicos con sus explicaciones; no se sabe que ninguno de éstos haya existido en la masonería secreta. Los estadounidenses estarían más interesados en el Ojo que Todo lo Ve, el símbolo del Ser Supremo, el Gran Arquitecto del Universo, porque aparece en todos los billetes de un dólar sobre una pirámide truncada, un símbolo masónico del Templo inconcluso de Salomón.

De esta manera concluye la iniciación del Maestro Masón, para nosotros el más interesante de los tres grados porque contiene la alegoría no explicada que dio a la francmasonería su identificación central con la construcción del Templo de Salomón. Debido a que se aleja bastante del relato bíblico, lo más seguro es que oculte claves sobre los orígenes de la orden masónica. Ahora era el momento de ocuparse de las palabras, términos, símbolos y Antiguos Cargos misteriosos de la Masonería Secreta, empezando con el vocabulario masónico especial que a lo largo de los siglos contribuyó a diferenciar a la francmasonería de todas las demás organizaciones y con cuyo uso los masones de todo el mundo se reconocen inmediatamente entre sí.

CAPITULO 17
MISTERIO EN EL LENGUAJE

A partir de los rituales de iniciación de los tres grados básicos de la masonería se han puesto de manifiesto un buen número de palabras cuyos significados se perdieron con el paso de los siglos. Son términos originales para la masonería tales como tyler, cowan, cable-tow, due-guard y lewis, además de Mahabone (o Mohabone o Moabón) la "palabra del masón" escocesa, a la cual podríamos añadir una montaña mítica escocesa, el Monte Heredom. Estaba Abiff, el apellido del alegórico maestro constructor del Templo de Salomón y los Juwes, los asesinos de Hiram Abiff llamados Jubelas, Jubelos y Jubelum. Ha habido numerosos intentos de parte de escritores masónicos por establecer a la fuerza una relación entre este vocabulario y los trabajos de los canteros medievales, pero los intentos se excedieron y hoy los investigadores masónicos serios rechazan esas explicaciones por lo que cada uno de esos términos sigue siendo un misterio sin resolver.

Nos parecía que si había alguna validez en la hipótesis de que los caballeros templarios fugitivos constituyeron el factor dominante en la organización de la masonería del siglo XIV, podía ponerse a prueba partiendo del hecho de que los templarios eran una orden que hablaba francés. Las respuestas que no pudieran encontrarse en inglés tal vez estuvieran en el francés medieval. De inmediato nos topamos con el problema básico de remontarnos a las antiguas palabras y frases inglesas a partir de su uso actual en inglés; con el transcurso del tiempo la pronunciación afecta la ortografía y la forma en que se escriben afecta la pronunciación. Hemos visto que el apellido tan normando de Burghe se convirtió en el Burke tan irlandés, al igual que el nombre tan francés de Saint Clair se convirtió en el nombre tan escocés de Sinclair.

En la actualidad los turistas que visitan Londres a veces se confunden cuando su conserje les dice que las tiendas de porcelanas que buscan están en "Beecham" Place, por donde pasan sin advertirlo porque el letrero dice Beauchamp. También los templarios proporcionaron un ejemplo en su extensa propiedad de Lincolnshire conocida como Temple Bruer. En francés medieval, "bruer" significaba "páramo". Gradualmente algunos habitantes de la localidad comenzaron a pronunciar el nombre a partir de su forma escrita y luego ésta se cambió para concordar con la nueva pronunciación, de tal manera que hoy algunos mapas de la zona identifican el lugar con Temple Brewer y a menudo se llega a la conclusión de que éste era un lugar donde los templarios fabricaban cerveza.

En cuanto a cambiar palabras francesas por palabras inglesas conocidas, tal vez no haya una conversión más común que el término que usan los tenistas para un puntaje en cero o huevo de ganso. Pocos de los que dicen "cuarenta-love" se dan cuenta que el término tenístico "love" comenzó siendo "l´oeuf" la palabra francesa para "huevo".

Todas estas posibilidades se tomaron en cuenta al comenzar la búsqueda de respuestas masónicas en el francés medieval. La primera palabra que se investigó fue "tyler", pero ninguna de las pocas palabras francesas que comienzan con "ty" tenía sentido en el contexto masónico. Decidimos intentar un enfoque fonético ya que el sonido "ty" ("tai" en pronunciación figurada) en francés se escribiría "tai" y la respuesta apareció en la palabra "tailleur", cuyo

significado es “cortador”. La raíz de la palabra aportó la palabra “taille” del inglés medieval que significaba un impuesto o el “corte” que tomaba el gobierno. En una variante anglizada, proporcionó a palabra “tithe” (diezmo) el “corte” que corresponde a la Iglesia. De “tailleur de vetement” (cortador de ropa) se derivó la palabra inglesa “tailor” (sastre). Al ver las diversas distorsiones de otras palabras inglesas podemos aceptar que “tailleur” pudo evolucionar a “tyler” (que es casi exactamente la forma en que un londinense pronunciaba “tailor”). En la práctica, “cortador” nos parecería una designación del todo aceptable para el hombre que está afuera de la puerta (o en el bosque) con una espada desenvainada en la mano.

El Tyler tenía como deber primario proteger a la logia de los cowans y escuchas furtivos. La explicación masónica usual es que la palabra “cowan” era un antiguo término escocés con que se designaba a un cantero que todavía no estaba suficientemente capacitado para ser admitido en el gremio. Después de investigar no encontramos “cowan” en ningún compendio de antiguos términos escoceses y sabíamos que la lengua que hablaban los habitantes de las zonas bajas de Escocia durante la Edad Media tenía más proximidad lingüística con el inglés que la de los habitantes de las zonas altas (el gaélico). La gente común hablaba el inglés y los nobles normandos que constituían la mayoría de la aristocracia de las tierras bajas de Escocia, el francés. De nuevo el francés proporcionó una solución razonable mediante la palabra “couenne”. Su significado se refiere a un “ignoramus” o neófito, por lo que es posible que, de hecho, se haya aplicado este término en Escocia a un trabajador no capacitado, aunque su uso de ningún modo se limitaba a esa aplicación ni tampoco a Escocia. Además esta derivación se apoyaba en el francés “couarde” que en inglés dio “coward” (cobarde). El Tyler, entonces, protegía la reunión de la logia de los neófitos (cowans) y los curiosos (escuchas furtivos).

El término due-guard, la seña que hace el masón para identificarse en cualquiera de los grados, estaba también en el francés, en un vocablo roto a lo largo de los años. La palabra francesa para designar un gesto de protección es “geste du garde”, el cual poco a poco se redujo a du garde y al escribirse el anglicismo quedó en due-guard. Si esto parece demasiado especulativo hay que considerar que la misma transición con reducción ocurrió varias veces a medida que los términos franceses se absorbían de manera gradual en la lengua inglesa. Existe un estrecho paralelismo con el nombre de una tela de tejido cerrado desarrollada por los tejedores de Nimes, Francia. Se conocía primero como “serge de Nimes” (sarga o dril), luego como serge de Nime e incluso después perdió la primera palabra de tal modo que el término sobrevive en inglés simplemente como “denim” (dril).

El término masónico de Lewis para designar al hijo de un masón fue un poco más difícil de investigar. En ningún diccionario de francés hay términos que comiencen con las letras “lew”. Luego recordamos que varios dialectos franceses incluyendo el habla característica de Londres, con frecuencia intercambiaban los sonidos de la “v” y la “w”. Ese intercambio proporcionó la respuesta en el plural “levées” del francés, usado en un contexto agrícola, que podrían haber pronunciado “lewis” muchos ingleses. El significado de la palabra es casi sinónimo de “vástago”. Significa “retoños”, una designación razonable para hijos y herederos.

El reto más complicado consistió en tratar de encontrar una raíz francesa para Hiram Abiff. La palabra Abiff, el supuesto apellido del Maestro Masón

encargado de la construcción del Templo de Salomón y a quien se asesinó luego, no proviene del hebreo ni del inglés. Tampoco se encontraba en el francés al revisar los vocablos que comenzaban con la letra a. Entonces me di cuenta de una anomalía en las iniciales usadas con frecuencia en los escritos masónicos para indicar un nivel de secreto. La mayoría de esos documentos usan las iniciales HA en vez de Hiram Abiff, pero algunas de las obras antiguas se refieren a él con las iniciales HAB. Significaba eso que en algún momento su nombre había sido Hiram A. Biff? Al repasar una vez más los diccionarios en francés, encontramos la respuesta en el verbo biffer, que significa golpear o eliminar. El término masónico no era un nombre sino una designación: Hiram a Biffe significa simplemente “Hiram fue eliminado”.

No pudimos encontrar evidencias de que alguna vez alguien hubiera intentado encontrar un verdadero significado en los nombres de los Juwes, los tres hombres que golpearon y asesinaron a Hiram Abiff, lo cual no resulta sorprendente ya que los nombres Jubelas, Jubelos y Jubelum al principio parecen relacionarse con los nombres que crean los niños a partir de sílabas sin sentido, como Tweedledee y Tweedledum. Sin embargo la búsqueda en el francés antiguo demostró que nuestra primera impresión era equivocada. El término francés “jubé” significa “mampara de cruz” y se refiere a la mampara que había en las iglesias medievales y que solían colocar a la entrada del presbiterio, área ubicada al oriente de la nave, lo cual incluía el coro. En esos días en la mampara estaba montado un gran crucifijo; a la mampara en inglés se le llama “rood screen”, porque “rood” es la forma de llamar a la cruz en sajón antiguo.

Era frente a este “jubé” (esta mampara y crucifijo) donde a menudo se llevaba a cabo la penitencia pública impuesta por el cura. En vez de la típica penitencia actual de rezar una docena de avemarías, la penitencia medieval podía significar horas de oración o incluso una flagelación con las rodillas desnudas sobre la dura piedra. Además, en las órdenes religiosas como la de los Caballeros Templarios, allí era donde se efectuaban los castigos físicos o penitencias de los monjes y frailes, incluyendo los latigazos prescritos por sus reglas. El jubé era el sitio donde se realizaba el castigo público del pecado. Este significado aún pervive en la expresión coloquial francesa “venir a jubé”, literalmente se define como someterse, “probar de su propio chocolate”. Es en este sentido de castigo y retribución como pervive la palabra jubé en el ritual masónico. Para recordar la suerte que corrieron los tres atacantes de Hiram Abiff, a quienes el juicio del rey Salomón mandó castigar debidamente por su crimen, los autores de la alegoría podrían haberlos llamado Jubé Uno, Dos y Tres, pero decidieron diferenciarlos mediante sufijos masculino, femenino y neutro y llamarlos Jubelos, Jubelas y Jubelum. El término colectivo Juwes sin duda comenzó como Jubes. Sin equivalente en inglés, los nombres de Quienes Fueron Castigados apuntan directo a una orden de habla francesa y al marco de la época medieval.

El término escocés “intrant” para el aprendiz admitido es obviamente una forma dialectal de “entrant”, en sus orígenes palabra francesa que mantuvo el mismo significado al convertirse en un término aceptado en inglés. Parece razonable que la antigua designación para un nuevo miembro fuera “entrant” (uno de sus significados es “postulante”) y que dado el imperativo de identificar a la fraternidad con los gremios medievales, cuyos nuevos elementos se llamaban aprendices, el término masónico se haya vuelto aprendiz entrante, cuya

pronunciación se ha de haber cambiado poco a poco al sonido más suavizado de “entered apprentice” (aprendiz admitido). Sin una explicación semejante no es fácil entender el término de aprendiz admitido (en contraposición por ejemplo con un aprendiz no admitido, una condición improbable). De hecho el uso mismo de la palabra “aprendiz” es evidencia de su adición en una fecha posterior, quizá tan posterior como el paso de la Masonería Secreta a la Masonería Pública ya que viola un principio básico de las sociedades secretas. Los nuevos miembros de las sociedades secretas no son más que un grupo reducido de personas de bajo nivel hasta que su confiabilidad queda fuera de toda duda, de tal modo que sólo pueden traicionar a un número mínimo de otros miembros de su mismo nivel, ya sea por mala voluntad o por accidente. Para reforzar esa seguridad se hace creer a los recién iniciados que son miembros definitivos y que conocen perfectamente a los dirigentes de la sociedad. Lo ideal es que ni siquiera sospechen de la existencia de niveles más altos y de miembros superiores más importantes que les son del todo desconocidos. El título de “aprendiz” destruye la seguridad del liderazgo porque evidencia que hay niveles superiores, por lo que es muy improbable que se haya utilizado ese término en los días en que era vital mantener el secreto en todos los niveles de la orden.

La “palabra de Masón” escocesa es “mahabone”, la cual resistió todos nuestros intentos por encontrar su origen en el idioma francés, aunque el francés “bon” con frecuencia se encuentra en el inglés como “bone” como sucede en Londres donde el nombre francés original de Marie le Bon pervive en el nombre de Marylebone. Llegamos a una explicación posible pero es muy especulativa. En el ritual de iniciación de un Maestro Masón se dice al candidato que este grado lo volverá “hermano de piratas y corsarios”. Ya hemos visto que esa hermandad especial probablemente surge de los templarios que tomaron los barcos de combate de la orden y optaron por la vida y la forma de subsistencia arriesgadas del pirata. En ese período el principal puerto pirata de la costa norte de Africa era la ciudad de Mahdia. Al igual que Madrid durante la dominación mora se llamaba Mahadrid, anteriormente Mahdia se llamaba Mahadia. Si ese gran puerto corsario acogió y brindó refugio a los templarios fugitivos y a sus barcos, es muy probable que se le haya conocido como “Mahadia el Bueno” o “Mahadia le Bon”, lo cual a lo largo de siglos de comunicación sólo oral con facilidad pudo cambiarse a “mahabone”. Hay que admitir que se trata de mera especulación, no de una evidencia, aunque es razonablemente seguro que si alguna vez se llega a demostrar el significado original se confirmará que la sílaba escocesa “bone” tuvo su origen en el francés “bon”.

El término cable-tow (sirga) en apariencia no tenía ninguna relación con el francés ya que está formado por dos palabras inglesas, pero estaba el hecho incómodo de que su significado en inglés no tiene sentido al aplicarse al ritual masónico. En inglés “cable” es una pesada cuerda cuyo diámetro es de 25 cm por lo menos. Como unidad de medida inglesa un cable representa una distancia de cien brazas o seiscientos pies. Por otra parte si nos dirigimos al francés medieval encontramos un significado distinto por completo. La palabra francesa “cable” proviene directo del latín “capulum”. El significado tanto en francés como en latín es “dogal” que es precisamente el uso que tiene en el ritual masónico cuando se conduce al candidato a lo largo de las ceremonias atado a una soga en una parte de su cuerpo como si fuera un dogal y que

alcanza una cierta longitud, lo cual en conjunto integra la sirga (cable-tow) masónica. En apariencia lo que ocurrió es que el término se usaba para designar las enormes cuerdas que se necesitaban para amarrar o "poner el dogal" a un barco y el significado original referido a los animales se perdió con el tiempo a favor de la connotación náutica.

Un término singular de la masonería escocesa es Mount Heredom, una montaña mítica cercana se supone al pueblo de Kilwinning, lugar de origen de la logia matriz de la francmasonería en Escocia. No se ha presentado ninguna explicación plausible de Heredom, así que tratamos de encontrar una en francés.

Para empezar el sufijo "dom" podía ser francés o inglés, ya que ambos derivan del latín "domus", de donde proviene la palabra inglesa domicile (domicilio). En sus orígenes significaba un emplazamiento geográfico, de tal manera que kingdom (reino) era el área regida por un rey (king). Luego llegó a significar una condición en vez de un lugar, de tal manera que freedom (libertad) significaba la condición de ser libre. El sufijo parecía claro, pero qué significaba "Here"? No hay forma de ser conclusivo aunque sí encontramos una respuesta que tenía sentido. El antiguo término francés "héraudie" significa "heráldica". "Heraudom", que fácilmente pudo adoptar la forma inglesa de "heredom" indicaría el lugar o la condición de nobleza. Los ex templarios, quienes tenían que ser de clase caballeresca como se ilustra por su derecho a portar escudos de armas heráldicas pero que ahora vivían con identidades asumidas, muy bien podían haber deseado preservar un recuerdo simbólico en su condición social.

Establecer el origen de las palabras perdidas de la masonería en el idioma francés resuelve un buen número de pequeños misterios masónicos pero por supuesto no establece en definitiva ninguna asociación directa con los Caballeros Templarios. Por otra parte lo que sí hace es reforzar la hipótesis de la conexión templaria, pero no la antigua afirmación que se refiera a los orígenes masónicos en la construcción del Templo de Salomón ni las afirmaciones actuales de ver su origen en los gremios medievales de los canteros; en ninguno de estos dos contextos los participantes habrían sido de lengua francesa. Lo que sí establece es un estrato social vinculado con las clases superiores normandas y un marco temporal. En el 1362 se promulgó en Inglaterra una ley según la cual a partir de entonces todos los juicios se realizarían en inglés con el fin de que todos los participantes pudieran entender lo que estaba pasando. Las raíces francesas de las palabras perdidas de la masonería indican la fuerte probabilidad de que la sociedad ya existiera en la primera mitad del siglo XIV, otro punto que contribuye a la posibilidad de un origen asociado a los templarios quienes en ese mismo período escaparon del arresto a manos de la Iglesia y del Estado.

Una conexión más directa entre los masones y los templarios podría encontrarse en la palabra francesa con la cual se llamaban entre sí los caballeros. Los templarios de todas las clases se llamaban "frere" unos a otros, es decir "hermano", no "chevalier" (caballero) como hacen los modernos templarios masónicos que se dirigen a un funcionario por ejemplo como "Señor Caballero Generalísimo". Los templarios llamaban a su propio comandante militar (no tenían un generalísimo) "Frere Marechal" o "Hermano Mariscal". La palabra francesa para francmasón es "Franc-macon", la cual probablemente adoptó la forma inglesa de Frank Mason (recordemos que en las comunicaciones orales masónicas en nombre de Pitágoras degeneró en Peter

Gower). Por otra parte el término francés para “hermano masón” es “frere macon”. Anticipando el ejemplo de C.S. Forester quien hacía que en uno de sus relatos sobre Horatio Hornblower los oficiales y civiles ingleses por igual pronunciaran “frére” como “freer”, es posible que el anglicismo de “frere macon” haya dado “freer mason” y luego para simplificar la pronunciación emplearon la forma suavizada de Free mason” (francmason). De hecho gran parte de la literatura masónica emplea el término de “hermano masón” y no es posible encontrar ningún precedente en el siglo XIV de ninguna organización que llamara a los miembros con el término de “hermanos” a excepción de las diversas órdenes religiosas, las cuales por supuesto incluían a los Caballeros del Templo.

El término “lodge” (logia) en apariencia no contiene ningún misterio porque el mundo ha adoptado la definición masónica. Si uno recurre a las definiciones originales de “lodge” en inglés, de “logge” en inglés medieval o “loge” en francés, el significado es el mismo. “Lodge” con el significado de “posada” es un lugar para pasar la noche y a veces también para comer. Fuera de la masonería en ninguna parte fue una célula o un capítulo o un grupo de hombres unidos por lazos de fraternidad. Sin embargo este significado que se reveló por primera vez cuando la masonería se hizo pública en 1717, se ha vuelto ahora una parte aceptada del idioma. The Random House Dictionary of the English Language da varias definiciones de “lodge” incluyendo el “lugar de reunión de la rama de una sociedad secreta” y “los miembros que integran la rama”. Así se oye hablar de una logia de Odd Fellows y de una logia Moose y con facilidad se pierde de vista el hecho de que este uso puramente masónico del término proporciona una clave importante de lo que justo estaban haciendo los Masones Secretos. Por lo general se acepta que en la masonería antigua las únicas reuniones formales eran las que se convocaban para realizar una iniciación. Incluso entonces no ha de haber habido ninguna sala de logia formal sino más bien unos cuantos hombres reunidos en secreto con centinelas o Tylers apostados para su protección. La reunión ha de haber sido tan breve como era posible en consideración del asunto de que se trataba. Eso no es una logia (posada) en un sentido original.

Los historiadores masónicos nos han contado que los miembros itinerantes del gremio de los canteros que viajaban de empleo en empleo, permanecían y se reunían en logias para revisar su trabajo y discutir asuntos de su gremio, pero ahora sabemos que el concepto de gremio era en gran medida fantasía. Entonces qué era una logia para un antiguo masón secreto? Exactamente lo que el término “lodge” significa y siempre ha significado: un lugar para comer y dormir para hermanos masones que se desplazaban o escapaban. Eran hombres que tenían secretos que podían causarles la pérdida de la vida y de la propiedad y habían hecho juramentos sangrientos de no traicionarse entre sí y ayudarse mutuamente. Un Antiguo Cargo de la Masonería dice que si un hermano acude a uno hay que darle trabajo durante dos semanas, luego darle un poco de dinero y dirigirlo hacia la siguiente logia. Por qué la suposición de que necesitará dinero? Porque está huyendo y escondiéndose. Lo que obtenía no era el trabajo alegórico sino un verdadero alojamiento (lodging, en inglés). Después de haber tenido la oportunidad de descansar, de intercambiar noticias y determinar que éste no era el puerto seguro donde podía establecerse, se le daba algo de dinero y se le ponía en camino hacia el siguiente alojamiento masónico. Se le decía en cual taberna, granja, herrería e incluso iglesia podía

presentarse en la siguiente parada, dándose a conocer mediante las señas secretas, incluso tal vez mediante el catecismo de:

- Eres un viajero?
- Sí
- Hacia dónde viajas?
- Del oeste hacia el este.

Otro Antiguo Cargo apropiado para esta situación advertía que cuando un hermano "visitante" llegara "al pueblo", debía ser acompañado por dos hermanos de la localidad que "dieran testimonio" de él. Estos testigos y el dinero para su bolsillo eran en extremo importantes para el viajero. En la Inglaterra medieval el vagabundo no sólo era encarcelado sino que estaba expuesto a que lo azotaran dolorosamente antes de expulsarlo del pueblo. Bajo el régimen de los Tudor se llegó a castigar con la muerte a la persona arrestada por tercera vez con el cargo de vagancia.

Por medio de los juramentos y los Antiguos Cargos vemos el surgimiento de una sociedad de ayuda y protección mutuas para proteger a hombres que podían morir si los atrapaban. La palabra "lodge" proporciona un fuerte respaldo a este argumento, porque no hay nada más importante para el fugitivo que un alojamiento seguro, en especial cuando está respaldado con dinero e instrucciones para el siguiente tramo de su viaje y una ayuda elemental para encontrar un sitio donde poner fin a la fuga. Como los hermanos mismos estaban dispersos ha de haber sido natural identificar a la sociedad con su ubicación geográfica como el "alojamiento" de Maidstone o el "alojamiento" de York. Quienes proporcionaban la posada y las donaciones de dinero se han de haber concentrado en esos lugares. Normalmente el alojamiento ha de haber sido el único lugar donde los masones que viajaban de incógnito se han de haber reunido con los hermanos de la localidad, no en una sala de visitas sino en el sótano, en el desván, en una cabaña del bosque o en cualquier sitio donde se proporcionara un alojamiento secreto y seguro.

La transición del antiguo significado al nuevo se comprende con facilidad. El lugar escogido para dar alojamiento al hermano fugitivo ha de haber sido el sitio más seguro y secreto que los miembros de la localidad podían brindar, tal vez un desván o un sótano al cual se llegaba mediante una puerta oculta. La función primordial de ese espacio ha de haber sido la de ser "posada" (lodge) para el hermano que iba huyendo o escondiéndose. Ha de haber tenido también una función secundaria, porque cuando los masones de la localidad tenían que reunirse, el lugar más secreto y seguro que conocían para sus reuniones ha de haber sido la sala de la logia de la localidad. Conforme pasó el tiempo y ya no hubo hermanos a quienes ocultar y alimentar en la logia, desapareció su propósito original y sólo permaneció su función como sitio secreto de reunión e incluso se perdió el recuerdo de su uso original y se llegó a adoptar un significado nuevo para el término: se definió como el lugar de reunión de la célula o el conjunto de miembros de la misma.

Tal vez sea útil para lograr una mejor comprensión de las verdaderas reuniones de la Masonería Secreta considerar las reuniones secretas que realizaron en sus campos los masones que fueron prisioneros de guerra en la Segunda Guerra Mundial. Los gobiernos fascistas no sólo habían declarado ilegal a la Masonería sino que ningún comandante de un campo de prisioneros habría tolerado el funcionamiento de una sociedad secreta en su prisión con el propósito que fuera. El castigo para todos los participantes habría llegado

rápido. No había altares ni velas ni columnas ni restirador; de hecho ni una sala de logia. Nada de eso fue necesario. El círculo en el piso podía dibujarse en la tierra o marcarse en el piso con gis o agua. No había ninguna de las tediosas repeticiones que se encuentran en las reuniones de las logias modernas y los asuntos se trataban en susurros. El tyler en su papel tradicional de vigilante no era un funcionario de adorno sino de verdad necesario, rápido para advertir el acercamiento de un neófito o escucha furtivo, especialmente si portaba un uniforme alemán o japonés. Allí durante un breve período, estuvo una verdadera sociedad secreta cuya existencia misma debía mantenerse en secreto. Probablemente esas reuniones reflejaron de cerca la realidad de las antiguas reuniones de logia más que cualquier otra de las funciones masónicas de los últimos dos siglos, en especial porque se reunían sólo para un propósito muy específico, con la mayor brevedad posible y estaban motivados por la protección y ayuda mutuas.

Había otra palabra misteriosa en la masonería, el término mismo de “masón”, que decidimos considerar sólo después de un cuidadoso estudio del aspecto central del ritual masónico, la leyenda de Hiram Abiff.

Entretanto sería necesario considerar los símbolos y la “indumentaria” de la masonería junto con otros aspectos de los rituales de iniciación para ver si se apegaban a la hipótesis de una conexión templaria con la francmasonería. Según resultó, no sólo se apegaban a la hipótesis sino que virtualmente la comprobaban.

CAPITULO 18
MISTERIO EN LA ALEGORIA Y LOS SIMBOLOS

Hemos visto que se prepara al candidato para la ceremonia de la iniciación masónica desvistiéndolo en parte, quitándole todos los objetos metálicos y atándolos con una cuerda, la sirga. La venda de los ojos es común a casi todas las sociedades secretas, ya que no puede permitirse que ningún iniciado vea los rostros de los demás miembros sino hasta después de haber hecho el juramento y de habérsele admitido. En algunas sociedades no se le vendan los ojos al iniciado pero todos los miembros que hay en la habitación están enmascarados o llevan una capucha. Sin embargo los otros aspectos de la preparación tienen un significado masónico específico.

En la actualidad el candidato, a quien se le quita lo de metal, entrega algunas monedas, sus llaves, tal vez un sujetador de billetes, un encendedor, mancuernillas o un bolígrafo. En el siglo XIV y posteriormente, los objetos de metal que el candidato llevaba consigo se limitaban quizá a alguna moneda, armas blancas y tal vez una pieza de armadura o cota de malla (el trabajador de un gremio llevaría sólo unas cuantas monedas). La carencia de ropa dinero y armas y la soga como dogal hacen referencia a una condición común, la cual muy bien podría habérsele resumido y descrito en estas palabras: “Has llegado a nosotros atado, semidesnudo e indefenso. No tienes dinero para alimentarte y alojarte, ninguna armadura para protegerte de los golpes de tus enemigos, ningún arma con la cual defenderte. Consuélate con el hecho de que todos tus hermanos han jurado ayudarte. Si estás desnudo te vestiremos, si tienes hambre te alimentaremos, te daremos abrigo y te protegeremos de tus enemigos, guardaremos tus secretos y tu petición de ayuda nunca será desatendida. También tú has jurado, si un hermano necesitado acude a ti lo protegerás y le darás abrigo. Guardarás sus secretos precisamente como has jurado guardar los de nuestra hermandad que se te han revelado y se te revelarán”.

Todo esto tiene sentido cuando se trata de una sociedad secreta pero no parece razonable en el caso de los gremios de la construcción. Se refiere a hombres que tienen enemigos y que muy bien podían creer que necesitarían ayuda y esto lo demuestra el hecho de que se le enseñan al iniciado las formas secretas para solicitar esa ayuda. Incluso en la oscuridad o fuera del alcance de la vista de quienes podrían acudir en su ayuda tiene un llamado de aflicción: “Oh Señor, Dios mío, no hay ayuda para un hijo de la viuda?”. Para los momentos en que es perfectamente visible entre los otros, se le enseña el Gran Llamado de Aflicción que debe usar al buscar ayuda. Este signo que se hace con ambas manos levantadas en el aire, evidencia si antigüedad porque se ponen las manos exactamente como se haría en respuesta al “manos arriba!” de un pistolero. Si éste ordenaba eso a diez personas en un banco o a seis que descendían de una diligencia, todas parecían estar haciendo el Gran Llamado de Aflicción de un Maestro Masón. Una señal así sólo pudo crearse y utilizarse antes de los tiempos de los salteadores de caminos con pistola, lo cual da razón de su antigüedad.

Por supuesto que nada de esto se refiere de un modo directo a ningún grupo relacionado con los Caballeros Templarios sino sólo a una sociedad secreta de fugitivos o de gente que corría el riesgo de volverse fugitivos o de quienes simpatizaban tanto con los transgresores que estaban dispuestos a poner en

riesgo sus vidas y su propiedad para ayudarlos. La motivación para unirse y participar en los riesgos ha de haber requerido unos sentimientos muy fuertes y un compromiso total y en los años subsecuentes a las órdenes papales de arresto y tortura evidentemente los templarios fugitivos constituían un grupo así.

Sin embargo si consideramos determinados símbolos de la francmasonería hay más relaciones directas con los templarios. Fue importante tratar acerca de la "indumentaria" de la masonería y de determinados aspectos de los rituales en vez del "arreglo" de la moderna sala de logia porque es evidente que las reuniones secretas "en las colinas elevadas y en los valles profundos" o en graneros y sótanos, no incluían un altar, candelabros, columnas ni sillas. Tampoco han de haber incluido la santa Biblia (lo cual sigue provocando críticas a la francmasonería por referirse a ésta como parte del arreglo de una sala de logia). En el período que estamos examinando, los individuos no poseían Biblias, por lo menos no legalmente. Los elementos que pudieron haber tenido eran el círculo, el pavimento de mosaico, el compás y la escuadra. El círculo del centro de la logia masónica está representado en cuatro partes: en la primera está el círculo mismo, luego el punto en el centro del círculo y por último dos líneas paralelas una a cada lado del círculo. Según la tradición masónica, el círculo simboliza el universo ilimitado, el punto del centro al masón individual y las líneas a ambos lados del círculo los báculos de San Juan el Bautista y de San Juan el Evangelista.

Ahora hagamos que un masón medieval prepare el lugar de reunión. Apartará las hojas y las ramitas caídas para que quede un área despejada. Cortará dos palos de un metro veinte centímetro de largo, digamos. Los unirá o atará por un extremo y los abrirá en el otro extremo para formar un compás rústico. Mantendrá la punta de un palo firmemente encajada en el suelo y rotará el otro para esbozar un círculo en la tierra. La punta que se mantuvo sin mover dejará un punto en el centro del círculo. Al colocar los dos palos en cualquier lado del mismo habrá creado el símbolo total. Las mentes activas y el paso del tiempo deducirán de esto un importante significado simbólico propio y harán igual en el caso de los dos palos. En un momento del ritual los masones asistentes caminarían alrededor del círculo, un acto reverencial que hoy se conoce como "deambulación de la logia".

Pueden los Caballeros Templarios proporcionar alguna solución al misterio del círculo y la deambulación? Sí, con facilidad. Las ceremonias de iniciación de los Caballeros del Temple se llevaban a cabo en sus propias iglesias, que por lo general eran de planta circular para emular a la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Si bien es cierto que no todas las iglesias templarias se construyeron con planta circular es evidente que sí tenían esa planta la mayor parte de las erigidas en Inglaterra. Es de destacar que la más importante de la isla, la que fue consagrada en 1185 por Heraclio, patriarca de Jerusalén y que todavía puede verse en la zona del Temple en Londres, se construyó con una planta circular perfecta.

En cuanto a la deambulación, una característica de la iglesia medieval era la procesión del cura y los feligreses alrededor de la iglesia. Hace unos años asistí a un servicio navideño en la Catedral de Lincoln donde el cura anglicano recordó a la congregación esa antigua costumbre y la gente pidió que ahora se repitiera como parte de la celebración, ante lo cual los sacerdotes, los acólitos, el coro y toda la congregación se pusieron de pie y participaron en una gran

procesión por toda la catedral y cantaron villancicos durante su recorrido. Cuando los templarios recorrían en procesión sus iglesias circulares sólo podían avanzar en un sentido, en círculo, precisamente igual a los masones de hoy cuando realizan su deambulación de la logia.
Resulta interesante también señalar que como se requiere de un compás para dibujar el círculo, es probable que el compás fuera algo característico de la sociedad antes de que sus miembros comenzaran a llamarse “masones” e incluso que haya contribuido en la evolución de esa particular historia que servía de pantalla.
En cuanto al pavimento masónico de mosaico pudo haberse indicado en el suelo dibujando un tablero o utilizando cualquier material blanco y negro. Lo extraño es que no hay regla respecto del tamaño de los cuadros o del número de éstos. Lo más probable es que el simbolismo comenzara con un cuadro blanco y otro negro porque llevar un mosaico o los materiales para hacer uno habría sido difícil de explicar si se descubría, lo cual lo volvía un riesgo innecesario. La base templaria de este simbolismo es sencilla y directa. El estandarte de combate de los Caballeros Templarios, el Beau Séant, tenía un diseño vertical que consistía en un cuadro negro arriba y un cuadro blanco abajo. El de arriba significaba el negro mundo del pecado que el Templario había dejado atrás y el segundo la vida de pureza que había adoptado como soldado de Jesucristo. Los historiadores masónicos ni siquiera intentan especular sobre el origen de su pavimento de mosaico, en general sólo dicen que “provenía de Oriente”. Tienen razón. Era así, provenía de la bandera de combate de los Templarios la cual, si se repite una y otra vez, forma un mosaico blanco y negro muy eficaz.
Otro misterio que encontró su solución en la Orden del Temple fue la indumentaria de la masonería. La prenda primordial por supuesto es el mandil masónico, la primera que recibe el aprendiz admitido en su iniciación y el primer símbolo masónico que se le explica. En la actualidad está forrado, adornado, lleva flecos e insignias y símbolos, pero en la masonería antigua no era para nada un mandil fabricado. Era una piel blanca de oveja que se ataba alrededor de la cintura. Según la masonería simbolizaba la inocencia y la pureza y tenía su modelo en los mandiles de trabajo que usaban los miembros del oficio de canteros en la Edad Media. Independientemente del hecho de que es difícil considerar que la pureza y la inocencia fueran requisitos vitales de los canteros medievales, parece ser que no hay evidencia ninguna de que esos obreros usaran alguna vez mandiles de piel de oveja y para el investigador no hay escasez de dibujos y pinturas contemporáneas de hombres que trabajaran en la construcción de castillos y catedrales de cantera.
Sin embargo pudimos ver un nexo muy directo con los Caballeros Templarios. Puede recordarse que su Regla prohibía cualquier forma de adorno personal a excepción de una faja de piel de oveja en la cintura que debían usar todo el tiempo como recordatorio de su voto de castidad, contexto en el cual la pureza y la inocencia son vitales. La piel de oveja ha de haber sido una prenda muy eficaz y segura de ceremonial y rememoración secretos porque en la economía textil de la Inglaterra medieval la posesión de una piel de oveja no se habría visto con sospecha. Como prenda de uniforme fraternal habría sido muy inocua pero habría tenido una significación muy directa ya que cada hombre se ponía a la cintura este recordatorio de la Regla Templaria para participar en las ceremonias de la Masonería Secreta.

La situación era diferente con la otra prenda de la indumentaria masónica: los guantes. No eran un artículo común de la indumentaria medieval y su posesión bien podía provocar sospecha o por lo menos atraer la atención sobre quienes lo usaban, por lo cual todas las sociedades secretas sentían una fuerte aversión hacia ellos. Los guantes no eran fáciles de hacer y eran caros, en general lo usaba sólo la clase caballeresca y los estratos superiores del clero. Incluso hoy los guantes se llevan como parte de la ceremonia religiosa en que se hace obispo a un sacerdote y los estratos superiores del clero tienen anillos de un tamaño mayor que el normal para poder usarlos sin quitarse los guantes; éstos se conservan como símbolos de poder. En cuanto a los canteros medievales no pudimos encontrar ninguna documentación ni ilustración relacionada con el uso de guantes.

Por otra parte hay una fuerte relación con la Regla de los Templarios que exigía que sus curas usaran guantes todo el tiempo con el fin de mantenerles limpias las manos “para cuando tocaran a Dios” al dar la santa Comunión. Los sacerdotes que participaban en la sociedad secreta probablemente usaban sus guantes en las ceremonias en memoria de su propia parte de la Regla Templaria o bien es posible que en un tiempo el capellán de la logia haya usado guantes pero es muy dudoso que en la Masonería Secreta todos los hermanos trajeran sus guantes a la reunión de la logia, por lo menos no lo hicieron hasta los últimos años cuando los guantes se volvieron una prenda común de la indumentaria.

La bata blanca que se usa en las iniciaciones masónicas es quizá una prenda demasiado común como para intentar usarla con el fin de averiguar los orígenes. Sólo cabe mencionar que la Regla Templaria especificaba que un manto blanco debía ser la prenda principal de vestir del caballero.

En cuanto a las frases misteriosas provenientes de la Masonería Secreta, ya hemos planteado la más enigmática para los mismos masones, la declaración de que el grado de Maestro Masón hace a un hombre “hermano de los piratas y corsarios”. No hemos podido encontrar otro posible origen de esa afirmación aparte de la fraternidad con los Templarios que se hicieron a la mar con los barcos de combate de la orden como piratas y corsarios.

Otra frase enigmática identifica al masón como un viajero que va del oeste al este. Todos los Templarios comenzaron en el oeste y para cumplir su misión y sus votos tenían que viajar al este, a Tierra Santa. Los francmasones como canteros simbólicos cuya tarea es concluir o reconstruir el alegórico Templo de Salomón, igualmente deben viajar simbólicamente hacia el este, hacia ese templo. Se destaca la importancia de ese viaje alegórico al incluirlo en un catecismo secreto de identificación.

Hay otra reacción marcadamente gráfica entre los Caballeros del Templo y la francmasonería que resulta difícil negar. Los juramentos masónicos se hacen sobre el compás y la escuadra que están sobre la santa Biblia. En la Edad Media los individuos no disponían de Biblias, lo cual nos lleva a concluir que en los primeros tiempos los juramentos se hacían sobre algún símbolo, tal vez el compás y la escuadra. Si los primeros masones fueron de veras Templarios fugitivos o sus descendientes es muy probable que ese símbolo haya sido el sello de Salomón que se parece mucho al sello o Estrella de David, excepto que es ésta uno de los triángulos equiláteros aparece ahuecado y el otro está lleno. Sin embargo los propios escritores masónicos han definido a la masonería como “una ciencia de la moral, encubierta por la alegoría e ilustrada

mediante símbolos. En cuanto tal y como sociedad secreta dispuesta a seguir siéndolo, no sería probable que utilizara un símbolo conocido. El símbolo necesitaría estar “encubierto por la alegoría” de tal modo que parecería ser una cosa muy diferente para el iniciado. No es difícil correr el velo de la alegoría sobre el sello de Salomón, cuya representación similar a la Estrella de David cambia por completo la apariencia y el significado de ese sello únicamente suprimiendo las barras horizontales y queda con la representación clásica del Compás y la Escuadra. Sólo se requieren modificaciones menores para dar al nuevo símbolo la apariencia de esas herramientas. De esta manera el sello de Salomón fácilmente identificable, un símbolo bien conocido por los Caballeros del Templo del rey Salomón y que tenía un significado especial para ellos, se vuelve la representación inocua de dos sencillas herramientas del cantero. Con el transcurso de los siglos, el significado secreto se perdió del todo y el simbólico sobrevivió para fomentar la elaboración gradual de orígenes fantásticos de la orden masónica en los inexistentes gremios de albañiles.

Si alguien apela a la coincidencia, habría que reconocer la improbabilidad de una coincidencia dentro de otra coincidencia. Véase la posición de las patas del compás derivado del sello de Salomón, una pata sobre la “escuadra” y la otra debajo, exactamente la yuxtaposición del compás y la escuadra como se presentan para el juramento en el grado de compañero masón, que alguna vez fue el grado máximo de la fraternidad masónica.

Sin embargo algunos podrían preguntar qué pasa con el compás y la escuadra modernos con la letra G en el medio. Qué relación tiene con los Templarios? La respuesta es sencilla. No se relaciona. Hay que recordar que antes de que la masonería se volviera pública en 1717 no había ninguna representación gráfica del compás y la escuadra, ninguna joya, ninguna marca, ninguna señal, ninguna calcomanía. Y ninguna letra G.

De cualquier manera hay que plantear esta cuestión en cualquier investigación seria de los orígenes masónicos debido a la actitud casi reverente de la masonería moderna ante la letra G. Se les dice que representa la Geometría. El masón aprende la importancia que tiene en la Francmasonería la geometría primero en el discurso que se dice después de la ceremonia de iniciación del grado de compañero masón. Aprende que la geometría es la ciencia más importante para la arquitectura y la única ciencia con la cual uno puede medir y valorar el universo. Aprende que a veces la palabra geometría se usa incluso como sinónimo de francmasonería como ocurrió en la primera constitución masónica de 1723. Es incuestionable su importancia para la masonería moderna, pero qué papel desempeñaba en la antigua Masonería Secreta?

La primera clave proviene del modo como se le presenta al nuevo compañero masón. La geometría no tiene ningún papel en el ritual de iniciación y sólo es una parte aunque muy importante del discurso posterior. Esto casi garantiza su inclusión en algún momento, pero por qué?

La respuesta radica en lo que ha aparecido como el verdadero propósito de la Masonería Secreta: la protección mutua de hombres que tenían dificultades con la Iglesia y el Estado, en especial cuando la religión del Estado era el catolicismo. Como se verá más adelante al investigar la religión de la francmasonería, el desacuerdo con las enseñanzas de la Iglesia y el temor al castigo a manos de ésta, fueron los factores que mantuvieron viva y desesperadamente secreta a la francmasonería durante varios siglos. Luego vino un tiempo hacia principios del siglo XVII en que la ciencia y las

matemáticas comenzaron a apoderarse de las mentes de los hombres, a motivar su imaginación y hacer aparecer nuevas teorías, nuevos experimentos. Esto tomó por sorpresa a la Iglesia. Se proclamaban ideas que los altos funcionarios eclesiásticos no tenían el tiempo, los conocimientos ni la inclinación para absorber y evaluar. Los hallazgos científicos parecían estar en conflicto con las interpretaciones literales de las escrituras y por lo tanto eran inaceptables. La Iglesia se sintió llamada a defender su propia presentación de la Palabra de Dios y a disciplinar a esta nueva clase de disidentes.

Ahora podemos mirar hacia atrás con toda tranquilidad y preguntarnos cómo pudo haber ocurrido una cosa así. Sin embargo si no consideramos para nada el pasado nos basta con mirar a nuestro alrededor para encontrar situaciones similares todavía hoy, pero ahora no se trata de católicos romanos. Los fundamentalistas protestantes dirigen colegios que otorgan grados avanzados, incluso el doctorado en ciencia de la creación para el estudio de una interpretación literal del Génesis, libro bíblico que demuestra que el mundo no tiene más de cuatro mil años de antigüedad. En consecuencia la ciencia de la creación rechaza las enseñanzas modernas de la geología, la antropología, la paleontología, la arqueología y la lingüística y se burla del uso del carbono 14 para fechar.

En 1987 en un pueblo cercano a mi hogar en Kentucky, el diario de la localidad informó que los miembros del consejo escolar del condado habían visitado en su casa a una maestra de primaria. Se le dijo que si alguna vez volvía a repetir el pecado que había cometido esa semana eso significaría su expulsión de la escuela. Su pecado? Había presentado a los niños una película del National Geographic sobre los dinosaurios, en la que hablaba de la Tierra con millones de años de antigüedad, en violación directa con la Palabra revelada de Dios.

En la actualidad la lucha es social y cuando irrumpe en a comunidad, como cuando condenaron libros de texto en Louisiana, el asunto se ventila en los tribunales. En el siglo XVII la Iglesia era el tribunal en asuntos de religión y moral. Los recién aparecidos científicos se encontraban en grave peligro de castigo eclesiástico. El caso más famoso de todos, por supuesto, fue el del italiano Galileo Galilei, el astrónomo y constructor de telescopios que descubrió que el sol no se movía alrededor de la Tierra sino que por el contrario, la Tierra se movía alrededor del Sol. Para la Iglesia ésa era una blasfemia evidente pues las escrituras decían en algún punto que el Sol se había detenido en su órbita alrededor de la Tierra. Para evitar un castigo más severo y obtener su liberación de la prisión papal, Galileo se retractó y juró que se había equivocado y de esa manera nada más lo confinaron en su pueblo por el resto de su vida, obligándolo a pasar sus días con el temor de decir la verdad.

Otros hombres de ciencia se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo pero no abandonaron su curiosidad científica, por lo que hubo una nueva fuente de reclutas para los francmasones en Inglaterra, eran hombres que tenían una razón para reunirse a discutir sus ideas y hallazgos en secreto, lejos de los ojos y oídos de la Iglesia. Los científicos de Londres, Oxford y Cambridge se reunían en secreto en lo que se había denominado un “colegio invisible”, el cual ahora parece que existió en las logias masónicas secretas de esas zonas. La primera reunión de que se tiene noticia se llevó a cabo en 1645, precisamente tres años después de la muerte de Galileo. El hombre destinado a convertirse en su miembro más famoso, Sir Christopher Wren, tenía apenas trece años en esa fecha. Hacia 1660, el grupo se sintió bastante seguro en el reinado

aparentemente protestante de Carlos II y solicitó de la corona un permiso real para constituirse en sociedad, el cual se le concedió en 1662. El nombre que escogieron fue el de Real Sociedad de Londres para el Mejoramiento del Conocimiento Natural, pero se les conoció como la Real Sociedad (Royal Society) y hoy se les sigue llamando así.
Cuando la Francmasonería se hizo pública en 1717, cincuenta y cinco años después, parecía que la Sociedad Real era una sucursal masónica pues casi todos los miembros y fundadores de la misma eran francmasones.
Antes de la revelación pública de la masonería ocurrió un acontecimiento que distrajo de la teoría a los hombres de ciencia y los inclinó hacia una necesidad inmediata. En septiembre de 1666 un incendio devastador destruyó la mayor parte de la City (el corazón de Londres). La necesidad de reconstruir después de las cenizas fue tan urgente que al año siguiente el Parlamento promulgó leyes con el propósito de fomentar la llegada a Londres de todo tipo de personas dedicadas a la construcción. Se les concedería la ciudadanía y podrían convertirse en hombres libres y no se requería que fueran miembros de ningún gremio.
Sir Christopher Wren, un francmasón fundador de la Real Sociedad a los veintiocho años de edad no había estudiado para arquitecto. Era un geómetra con algo de fama y había sido profesor de astronomía en la Universidad de Oxford. En ese momento de gran necesidad nacional encontró que había una demanda y apreciación abrumadoras de sus servicios en la reconstrucción de Londres. Ochenta y siete iglesias habían quedado destruidas en el gran incendio y Wren actuó como arquitecto supervisor de las cincuenta y una iglesias erigidas en sustitución de aquéllas.
Los conocimientos de geometría fueron los que dieron a Wren su mayor triunfo: la reconstrucción de la Catedral de San Pablo. Cuando el observador contempla el gran domo de San Pablo con el cielo londinense como fondo, casi nunca se da cuenta que el domo visible es sólo un cascarón de madera recubierto de plomo. Se sostiene mediante un cono oculto de ladrillo que proporciona todo el apoyo. Visto desde abajo el domo es sólo una cavidad decorativa, no un sostén, construida dentro de la parte inferior del cono de ladrillo. El apoyo del gran domo fue un triunfo de la geometría de sólidos. San Pablo se construyó en 1711, apenas seis años antes de que la masonería saliera a la luz.
Cincuenta años antes de que la masonería se revelara, esos hombres de ciencia, los ingenieros, matemáticos, arquitectos y geómetras eran los héroes del momento y ejercieron gran influencia en la orden masónica a la cual pertenecían la mayoría de ellos. Tampoco quedaron fuera los masones escoceses, porque poco después del gran incendio en Londres uno similar devastó Edimburgo, lo que dio lugar a la promulgación de una ley que decretaba que de esa fecha en adelante todos los edificios construidos en esa ciudad debían ser de piedra.
Un cuadro nos ayuda a resumir la historia. Hay un gran cuadro en el último logro arquitectónico de Wren, el Hospital Naval de Greenwich, un proyecto concebido por la reina María y construido después de su muerte por el rey protestante Guillermo. Se trata de una pintura alegórica donde aparecen Guillermo y María en sus tronos rodeados de muchas figuras. Debajo de ellos unos querubines sostienen un dibujo de la Catedral de San Pablo: un tributo al

arquitecto del hospital. Otro querubín tiene un compás en una mano y una escuadra en la otra. A poca distancia se ve la tiara papal en el suelo.
La constitución de la Gran Logia se redactó en Londres donde los hombres de ciencia y arquitectura eran los miembros más prominentes e influyentes. Dejaron para siempre su marca en la masonería al inculcar en sus miembros la importancia de su propio trabajo. Vincularon la geometría con la masonería y añadieron la letra G al compás y la escuadra. Su propio uso de la francmasonería, su reverencia por la geometría y la arquitectura, se convirtieron en una característica central de la masonería pública, aunque la propensión a dramatizar y fantasear los hizo fijar la entrada de la geometría en la masonería en el tiempo de la construcción del Templo de Salomón, olvidando que en esa época no existían todavía ni la palabra “geometría” ni la letra G. Su ciencia no tuvo nada que ver con los orígenes de la masonería pero fue y es importante al recordar los días en que tuvo necesidad de lo que la Masonería Secreta podía otorgar a sus miembros, esa protección tan importante respecto de su enemigo común.
Lo que sí tuvo que ver con los orígenes de la masonería fueron los símbolos más antiguos de la Orden: el mandil de piel de oveja y los guantes, el círculo en el suelo, el pavimento de mosaico, la deambulación de la logia y el compás y la escuadra ocultos en el sello de Salomón, todo lo cual la vinculaba directamente con los Caballeros del Temple de modo claro y directo.
Había llegado el momento de examinar el aspecto más difícil de la francmasonería, los castigos brutales de los juramentos de iniciación.

CAPITULO 19
MISTERIO EN LOS JURAMENTOS SANGRIENTOS

Los misterios más controvertidos de la francmasonería y los que más inspiran a los antimasones son los castigos que se incluyen en los juramentos que se hacen en cada grado. Se ha agotado el vocabulario condenatorio ya que repetidamente se ha calificado a los juramentos masónicos de sangrientos, brutales, horribles, repugnantes, ilegales, ateos, anticristianos, asquerosos y demás adjetivos por el estilo. De hecho el que le arranquen a uno la lengua, le saquen del pecho el corazón, le corten en dos el cuerpo y le quemen las entrañas hasta las cenizas parece excesivo y sin lugar a dudas va contra la ley de cualquier país donde funciona la francmasonería así como también va contra los principios de cualquiera de las religiones cuyos creyentes son bien recibidos en la hermandad. En una ocasión la conmoción y la aversión públicas ante la revelación de los castigos masónicos estuvo a punto de destruir por completo a la orden en Estados Unidos ya que se basaba en argumentos de asesinato.

El 13 de marzo de 1826 el capitán William Morgan de Batavia, Nueva York, firmó un contrato para la impresión de un libro que, según él, revelaría los saludos, señas y rituales secretos de la francmasonería. En medio de la consternación que irrumpió entre los miembros locales de la Orden, se incendió la imprenta y en lo que Morgan llamó un acto de hostigamiento, se le arrestó y encarceló por deudas. Un benefactor anónimo pagó la deuda, pero cuando Morgan salía de prisión fue capturado por hombres que esperaban fuera y lo metieron por la fuerza en un coche que tomó a toda prisa el camino hacia el norte. Se le condujo al abandonado fuerte Niágara y se le tuvo prisionero allí. Eso se confirmó posteriormente cuando cinco masones confesaron el rapto y el encierro. Las versiones masónicas dicen que se le liberó o que escapó y se fue de inmediato a Canadá en tanto que la versión antimasónica dice que los captores se habían llevado a Morgan en un bote por el río, allí le ataron piedras pesadas y lo lanzaron por la borda. Nunca se recuperó el cuerpo pero el público y muchos masones quedaron convencidos de que se había asesinado a Morgan en un intento por proteger los secretos masónicos.

Cuando se hicieron los arrestos y se estableció un tribunal, el público se enteró de que el alguacil, el juez y algunos de los jurados de la localidad eran masones, los alguaciles de los pueblos por los cuales habían pasado los secuestradores eran masones, también el Secretario de Estado de Estados Unidos y resultó que el Gobernador de Nueva York, DeWitt Clinton, era un antiguo Gran Maestre. En apariencia la francmasonería podría estar funcionando como un gobierno clandestino.

Se organizaron convenciones masónicas improvisadas en las cuales se condenó el asesinato de Morgan y miles de francmasones renunciaron a la Orden. Surgió un partido antimasónico como tercer partido político en Estados Unidos con acopio de fondos y sus propios periódicos, que realizó la primer convención nacional en la cual se eligió un candidato a la presidencia. El principal vocero del partido antimasónico fue el congresista John Quincy Adams quien había sido el sexto presidente de la Nación. Los masones sostenían que el supuesto asesinato de Morgan era nada más que un pretexto para que Adams atacara a la francmasonería, que estaba resentido de que se

le hubiera negado un segundo período presidencial debido a la popularidad y maquinaciones políticas del francmasón Andrew Jackson.
Por la razón que fuera, Adams no dejó pasar ninguna oportunidad para condenar la francmasonería. Afirmaba que el asesinato de Morgan tenía que ver con los juramentos asesinos de la Orden. Pidió a los francmasones que abandonaran la orden y le ayudaran a abolirla de una vez por todas ya que era totalmente incompatible con una democracia cristiana. Escribió tantas cartas en contra de la Masonería que éstas integran un libro. En una carta a Edward Ingersoll, del 22 de septiembre de 183, el expresidente resumió su actitud respecto de los juramentos masónicos y su repercusión en la hermandad:
"Los castigos crueles e inhumanos son igualmente aborrecibles para el espíritu apacible de la cristiandad y para el espíritu de la libertad equitativa. La imposición de ellos está expresamente prohibida en la Carta de Derechos de esta República y sin embargo miles de sus ciudadanos han jurado en nombre de Dios someterse a torturas que los salvajes caníbales de modo instintivo rehuirían infligir.
A partir de la revelación de los crímenes, del asesinato de Morgan y de los juramentos y castigos masónicos que los instigaron, es en consecuencia y en mi opinión el deber indispensable de la Orden Masónica de Estados Unidos o bien disolverse o descartar para siempre de su constitución y leyes todos los juramentos, todos los castigos, todos los secretos y como ridículos apéndices de ellos todos los misterios y exhibiciones".
Como vocero y celebridad principal del partido antimasónico, Adams tampoco estuvo a favor de aceptar la idea que algunos plantearon de que el asunto Morgan era el resultado de las acciones de unos cuantos masones que actuaron independientemente sin ninguna planeación o aprobación centrales. Esa actitud podía sacar del apuro a la francmasonería en su totalidad en detrimento del partido. En una carta a Richard Rush de York, Pennsylvania, Adams le daba un consejo político:
"*En consideración al objetivo último de la antimasonería, la abolición de la masonería en estos Estados Unidos, me parece que ganaríamos un punto importante si logramos sembrar en la mente del público la convicción de que esos crímenes se cometieron y de que la masonería es responsable de ellos".*
Durante un tiempo pareció que Adams lograría su deseo pues los masones que renunciaron a la Orden en el furor de las acusaciones del asesinato de Morgan no fueron sustituidos con nuevos reclutas. El libro de Morgan fue publicado por el mismo impresor quien restauró su imprenta e imprimió el libro al año siguiente, en 1827, con el extraordinario título de *Ilustraciones de la Masonería por uno de la Fraternidad que ha dedicado treinta años al tema. Dios dijo: "Hágase la luz y la luz se hizo"*. Su revelación de los juramentos sangrientos aceleró los sucesos de los siguientes años, inclusive el crecimiento del partido antimasónico. Entre los lectores en quienes no se había pensado, estaban los Maestros de las logias masónicas quienes adquirieron el libro como ayuda en las ceremonias que realizaban ya que la francmasonería seguía manteniendo la regla de la comunicación sólo oral y el libro de Morgan proporcionó la primera guía para ayudar a efectuar los complejos rituales de iniciación. El libro sigue editándose pero con un título más breve (y más sensacionalista): *La Francmasonería al descubierto.*
El partido antimasónico desapareció en el lapso de una generación y la masonería estadounidense pronto se reorganizó, pero la crítica a los

juramentos masónicos seguía vigente. En 1869 el reverendo C.G. Finney, presidente del Colegio Oberlin de Ohio, publicó un libro antimasónico. En tanto que las preocupaciones de Adams respecto de los castigos masónicos eran sobre todo políticas, las preocupaciones de Finney eran religiosas. En su prefacio donde presentaba las razones que lo llevaron a escribir el libro, Finney declaraba en parte: "Deseo de ser posible motivar a los jóvenes francmasones para que consideren las consecuencias inevitables de esa horrible ligereza con que se tratan los juramentos más solemnes, como hacen constantemente los francmasones. Ese procedimiento ha de infligir y es un hecho que así es, al Espíritu Santo a marchitar la conciencia y endurecer el corazón". En un capítulo intitulado "Horrible profanidad de los juramentos masónicos", después de una revisión de los castigos el reverendo Finney escribió:
"Por otra parte me enferma proseguir con estos detalles repugnantes y blasfemos y temo chocar a mis lectores que se aburran tanto como yo mismo. Al leer estos juramentos parecería como si una logia masónica fuera un lugar donde algunos hombres se han reunido para cometer la máxima blasfemia de la cual fueran capaces, para mofarse y burlarse de todo lo sagrado y provocar entre ellos el desprecio máximo por cualquier forma de obligación moral. Estos juramentos suenan como si los hombres que los hacen y los administran estuvieran determinados a aniquilar su sentido moral y volverse incapaces de hacer cualquier discriminación moral y seguramente si no pueden ver el pecado que constituye hacer y administrar esos juramentos han logrado, con intención o no, volverse del todo ciegos en lo que se refiere al carácter moral de su conducta. Al repetir su blasfemia se han cegado a sí mismos".
Luego el buen reverendo dentro de las mejores tradiciones del fanatismo se sobrepasó y dejó atrás la verdad:
"Ahora bien, estos juramentos tienen un sentido o no lo tienen. Los masones, cuando los hacen, tienen la intención de cumplirlos o no. Si no es así hacerlos es una blasfemia. Si de verdad tienen intenciones de cumplirlos juran realizar acciones, no sólo las más perjudiciales que puedan imaginarse para la sociedad, el gobierno y la Iglesia de Dios, sino que juran en caso de violación de cualquier punto de estas obligaciones que procurarán que se apliquen los castigos al violador. En otras palabras, en un caso así juran que cometerán un asesinato y cualquiera que se comprometa a tales obligaciones jura que procurará dar muerte violenta no sólo a cualquier hombre que traicione sus secretos sino a cualquiera que viole cualquier punto o parte de esas obligaciones".

Una presentación muy emotiva pero completamente falsa. Ningún masón jura que infligirá los castigos, sino que sólo los convoca a que caigan sobre su cabeza. Nunca se ha indicado precisamente qué persona o fuerza llevará a cabo el castigo y como el juramento se hace sobre una santa Biblia es muy probable que sea a Dios a quien se le pida que asuma esa responsabilidad. Tales peticiones eran comunes en la Edad Media y hoy no son desconocidas. Cuántas veces en la historia alguien ha dicho: "Que Dios me quite la vida si lo que digo no es cierto"? Recordemos al papa Gregorio VII en la celebración de su victoria sobre el Sacro Emperador Romano cuando tomó un trozo de la hostia consagrada y pidió a Dios que lo hiciera morir atragantado por la hostia

de haber hecho algo malo. Y recordemos el final de Judas Iscariote en el Libro de los Hechos. Compró un terreno con las treinta monedas de plata que recibió por haber traicionado a Jesucristo. Cuando llegó a esa Aceldama ("el campo de sangre") Judas cayó al suelo de cabeza, se le hinchó el estómago y le estalló desparramando las entrañas en el suelo. Al establecer el castigo para el grado de Maestro Masón es muy probable que se haya tomado en cuenta que Dios mismo había señalado el destripamiento como castigo adecuado para la traición.

Para entender perfectamente los juramentos masónicos en su contexto debemos preguntarnos por qué los hombres y los gobiernos han pedido con tanta frecuencia a otros hombres que juren en el nombre de Dios con las manos sobre la santa Biblia. Este tipo de juramentos se consideraba una garantía de verdad o bien una garantía de que el pacto se cumpliría. Por qué sentirse más seguro cuando un testigo responde de modo afirmativo a la pregunta de "Jura usted que el testimonio que está a punto de dar es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad o que Dios lo castigue?". La respuesta es producto simple y sencillamente del temor y mucho más en épocas anteriores a la actual. El hombre que violaba un juramento hecho en nombre de Dios y sobre la santa Biblia corría el riesgo de una condena eterna, una agonía perpetua de la cual se nos dice que sobrepasará con mucho cualquier castigo, sobre todo uno tan sencillo como que le arranquen la lengua o el corazón a uno. El francmasón jura por la santa Biblia, por su fe en Dios y en consecuencia en teoría está sujeto a cualquier castigo que Dios decida proporcionar a quien viola un juramento hecho en Su nombre. Además pide que caiga sobre su cabeza un castigo específico por traicionar a sus hermanos o sus secretos. Si convenimos en que el fuego infernal de la condena eterna será más doloroso y de una duración infinitamente mayor que el castigo que el candidato invoca por voluntad propia sobre sí, podríamos preguntarnos por qué el castigo menor y voluntario recibe toda la atención. Sólo puede ser porque la amenaza de condena eterna por la violación de un juramento ha perdido fuerza, además claro de la creencia errónea de que el candidato está jurando también infligir tal castigo por su propia mano en algún hermano masón transgresor, uno de los errores más comunes y constantes respecto de la masonería.

El último aspecto relacionado con los castigos por violar los juramentos masónicos es la acusación frecuente de que éstos no van con la infracción. Por qué debería haber mutilaciones sangrientas incluyendo la muerte por revelar secretos a los que tiene acceso cualquiera con una credencial de biblioteca y una pizca de curiosidad? La respuesta a esto nos remonta a los años de la Masonería Secreta en los años anteriores a 1717 cuando los secretos de ésta no estaban al alcance del público y cuando el hecho de traicionar a un hermano masón era muy posible que significara su tortura y muerte.

Es posible que el ex-presidente Adams haya estado en lo correcto cuando dijo que "los salvajes caníbales instintivamente rehuirían infligir" castigos como los de los grados masónicos básicos, pero los cristianos civilizados del siglo XIV no tenían problemas con esos mismos castigos ni con otros peores. En cuanto a arrancar la lengua puede recordarse que durante la peste negra el rey de Francia decretó la pérdida de la lengua por la tercera acusación de blasfemia, las primeras dos ya habrían hecho que se les cortaran los labios inferior y superior al infractor. La decapitación era un método establecido para

deshacerse de los prisioneros y de otros y fue un tipo de pena de muerte en Oriente. En este siglo, incluso en el museo que hay en la capital del reino musulmán de Kiva, pueden verse fotografías en las que se están llevando a cabo decapitaciones legales en la década de los veinte.
Por último, el castigo del grado de Maestro Masón que a primera vista pareciera insuperablemente sangriento, es mucho menos cruel que su equivalente legal dentro del marco temporal en que se encuentre. El castigo masónico consiste en cortar en dos el cuerpo, quemar las entrañas y repartir las cenizas. Sin embargo hemos visto en la venganza judicial después de la Revolución Campesina, que hubo ejecuciones legales parecidas pero mucho más crueles que la versión masónica. El cortar en dos el cuerpo provoca la muerte, así que la incineración subsecuente sería sólo ceremonial. De acuerdo con las instrucciones del juez mayor Tresilian, los verdugos abrieron los vientres de los rebeldes, les sacaron las entrañas y las pusieron sobre braseros para que se quemaran mientras las víctimas todavía estaban vivas, para que vieran y sufrieran. Luego le cortaron la cabeza a los rebeldes y los descuartizaron, se destasaron sus cuerpos en cinco partes, no en dos.
Esta comparación justifica el castigo masónico? Por supuesto que no porque esa brutalidad sobrepasa nuestra experiencia y comprensión. Sin embargo uno debe preguntarse qué tipo de consuelo, qué tipo de amenaza de castigo haría que un hombre sintiera que podía confiar absolutamente en otro cuando éste podía traicionarlo y hacerlo recibir el tipo de castigos ideados por la mente medieval. Arder en la hoguera se escogía como el castigo adecuado a la herejía no porque se prestara a lo ceremonial sino porque la quemadura era la experiencia más dolorosa que conocían y la muerte en la hoguera era la agonía máxima, emulaba al infierno mismo. Cuál sería el justo castigo para un hombre que traicionara a otro para que corriera esa suerte o recibiera toda una serie de torturas físicas? Cuando el papa Clemente V ordenó que en los interrogatorios a los Templarios no “escatimaran ningún medio conocido de tortura” por definición declaraba que ningún castigo conocido podía exceder al que él había ordenado.
En ese contexto se trataba de proporcionar una medida de seguridad para los Templarios ocultos. Los castigos violentos tenían bastante sentido y fue en ese marco temporal y en esas circunstancias cuando los misterios de los castigos masónicos dejaron de ser misterios. Hemos visto ya que la antigua sociedad era una hermandad de protección mutua comprometida por juramento a ayudar a otros hombres cuyos sentimientos y convicciones los enfrentaban con la Iglesia establecida. La esencia de esa protección era que se les resguardara para que no los descubrieran tanto en su ideología como en su ubicación geográfica. En esos días cuando un hombre entraba en la orden, estaba poniendo su vida y su propiedad en manos de cualquier hombre que lo mirara o supiera su nombre. En esas circunstancias los castigos no podían tomarse a la ligera y algunos que pensaron ganarse una recompensa o cobrarse un agravio personal volviéndose informantes es muy posible que hayan sido castigados, aunque no según estipulaban los castigos literalmente. Yo por lo menos dudo que alguna vez se haya llevado a cabo una misión para conducir un cadáver sin lengua, con la garganta cortada, unos cien kilómetros hasta la costa con el fin de enterrarlo donde la marea sube y baja dos veces en un período de veinticuatro horas. Si de verdad se ejecutó alguna vez a un traidor, lo más probable es que se le haya enterrado a dos metros bajo tierra en la pocilga del

pueblo. Los castigos verdaderos eran probablemente una especie de símbolos para los propósitos del juramento pero no tenían ningún valor a menos que el iniciado estuviera absolutamente convencido de que caería sobre él alguno de esos castigos si violaba ese juramento.

El misterio que sigue vigente es por qué los francmasones se apegaron a la recitación de esos castigos mucho después de que dejaran de ser necesarios y de tener sentido y mucho después de que cualquier masón creyera que eran una verdadera posibilidad. La única respuesta es la tradición. En un mundo que cambia rápido se encuentra consuelo y seguridad en ser parte de cosas que no cambian. Si una parte de esa tradición es extraña o secreta o se comprende sólo a medias, el dramatismo se incrementa al igual que el sentimiento importante de que uno forma parte de un grupo muy especial. Ningún masón cree que los castigos de su juramento recaerán sobre él y cualquier candidato saldría corriendo de la habitación si alguna vez se le dijera que debía ayudar a aplicar esos castigos a otra persona.

Por desgracia para la masonería los castigos sangrientos seguirán siendo el centro de los ataques en tanto no se reconozca que una tradición no pierde nada e incluso gana cuando se la identifica como tradición, un hecho que incluso ahora constituye el tema de conferencias masónicas ocasionales en todos los países de habla inglesa. Nada se perdería si en el momento adecuado del ritual el Maestro de la logia dijera al iniciado: “Prestaste un juramento ante tu Dios y por el libro sagrado de tu religión y ahora te pedimos que repitas otro juramento, el cual no jurarás sino que pronunciarás en voz alta en un rito de remembranza, de tal manera que nunca olvides a nuestros antiguos hermanos que arriesgaban sus vidas y sus propiedades, quienes corrían el riesgo de sufrir torturas obscenas por trabajar en secreto a favor de las libertades que ahora disfrutas en público. Repetirás el juramento que se hacía en esos tiempos, un juramento que menciona un castigo para la traición que, independientemente de lo brutal que parezca, no era tan brutal como los castigos que podía padecer el hermano traicionado. Ojalá te recuerde siempre los riesgos que los hermanos que te precedieron estaban dispuestos a correr por los que venimos después”.

Este tipo de preámbulo no se apartaría en nada de la solemnidad de la ocasión y sacaría a los castigos masónicos de la corriente de incesantes críticas antimasónicas.

Después de un análisis, los castigos de los juramentos masónicos nos revelan que tuvieron su origen en el marco temporal de la Edad Media, cuando la traición de un hermano podía revelar que era culpable de delitos que podían someterlo a la pérdida de la vida y de la propiedad. Esos castigos legales eran específicos y se imponían a la herejía y a la traición en una época en que la herejía era traición. Los castigos masónicos fueron producto de su tiempo. La protección de los herejes mediante el secreto era lo adecuado para aceptar hombres de todas las creencias religiosas, así como también va de acuerdo con los Caballeros del Temple, fugitivos que rechazaron a la Iglesia que los había rechazado y más adelante extendieron la mano de la hermandad y la ayuda a quienes tenían convicciones similares, en una sociedad secreta que se mantuvo viva gracias a un flujo creciente de disidentes de una Iglesia cada vez más ávida de riqueza y poder.

CAPITULO 20
MISTERIO EN LAS CONVICCIONES RELIGIOSAS

Los francmasones niegan con vehemencia que la masonería sea una religión y no lo es pero el requisito primario para la membresía es de carácter religioso. El candidato debe afirmar su creencia en un Ser Supremo y creer en la resurrección y la inmortalidad del alma. La forma como cada masón percibe y adora al Ser Supremo es asunto suyo así como el medio por el cual espera obtener la inmortalidad, no se permite que ningún hermano masón intente disuadirlo de sus creencias y, para reforzar esa regla, en la logia masónica está prohibido hablar de las creencias religiosas.

El énfasis que se pone en una fe monoteísta se toma en serio. Hace unos años una logia británica radicada en la India quería iniciar a un hindú prominente contra el cual se plantearon objeciones basadas en el alegato que el hinduismo es panteísta, con Visnú, Shiva, Kali y otras deidades más. El asunto tuvo que remitirse a Londres para que la Gran Logia resolviera; allí se llegó finalmente al acuerdo de que esas deidades aparentemente separadas eran sólo manifestaciones simbólicas de distintos aspectos del Ser Supremo. Se recibió al hindú en la orden.

Los francmasones glorifican también el Templo de Salomón como el primer templo construido para un solo Dios (lo cual exigiría una disculpa a Abraham). La Iglesia Católica Romana se opone, como bien puede entenderse, a la idea monoteísta masónica ya que sólo reconoce al Dios trino de la Santísima Trinidad. De hecho es posible que la concepción masónica de Dios sea la única concepción monoteísta de toda la cristiandad, pues las enseñanzas masónicas no hacen ninguna mención del diablo o de Satanás. A la mayoría de los cristianos se les enseña que hay por lo menos dos deidades: Dios, que representa todo lo bueno y Satanás que representa todo lo malo. Negar la existencia de Satanás es una herejía por supuesto e identificarlo como el Dios del mal probablemente también lo sea. Sin embargo independientemente de cuál sea su papel, la masonería no lo toma en cuenta. Con excepción de cualquier creencia propia que algún masón pudiera tener al respecto, la masonería sostiene que las deficiencias del hombre son consecuencia de sus propias fallas morales, no de un mal demoníaco que lo obliga a vivir en el pecado con el cual nació.

La tendencia masónica consiste en alentar al individuo para que avance hacia la esperanza de la resurrección y la inmortalidad mediante el propio mérito y los propios actos de caridad, un concepto que incomoda también a determinadas denominaciones cristianas que sostienen que la salvación no se alcanza mediante la moralidad personal y las buenas obras sino sólo creyendo en Jesucristo. Sin embargo al ser una orden que acepta a hombres de muchos credos religiosos, la respuesta de la francmasonería sería que no se opone a esa vía de la salvación ni a ningún otro principio religioso que defienda cualquier masón. Éste puede creer en las enseñanzas de cualquier religión organizada o incluso puede tener convicciones religiosas que sólo él defienda como hicieron Thomas Jefferson y John Locke, siempre y cuando crea en un Ser Supremo. Con base en esto, la masonería ha acogido a judíos,

musulmanes, sijs y otros, todos los cuales prestan juramento sobre sus propios libros sagrados.
Esta política de aceptar como hermanos a hombres de muchas religiones diferentes, en especial no cristianos, ha sido el foco de frecuentes ataques contra la masonería, algunos de los cuales se siguen dando sin darse cuenta del hecho que la misma crítica podría hacerse al Consejo Mundial de Iglesias. Sin embargo el hecho de que sea tolerante y acepte a hombres de todas las creencias religiosas no debe llevarnos a pensar que el requisito masónico de creer en un Ser Supremo no constituye una regla fundamental de la orden. Cuando la masonería francesa anunció en 1847 que la creencia en Dios ya no sería un requisito de membresía y que los ateos serían bienvenidos en las logias francesas, rápido fue desautorizado por la masonería inglesa y estadounidense y se eliminaron además todos los vínculos formales.
La aceptación de hombres de todas las creencias religiosas también se toma en serio como aprendió la masonería prusiana más o menos por esa misma época. En 1846 cuando la Gran Logia inglesa investigaba algunas quejas de que se les negaba a los masones judíos la entrada a las reuniones, la Gran Logia de Berlín replicó que habían determinado limitar su masonería únicamente a los cristianos, sin señalar que los judíos eran los únicos no cristianos entre ellos. Las Grandes Logias británicas desautorizaron de inmediato todas las relaciones con la prusiana lo cual hizo que ésta se disciplinara hasta que se acogió de nuevo (o por lo menos se admitió) a los masones judíos en las reuniones de logias prusianas.
Un análisis básico de la actitud masónica respecto de la religión nos revela que lejos de ser una religión en sí misma es una enseñanza que permite que hombres de diversas creencias religiosas se reúnan y se mantengan juntos en una sociedad fraternal. Los Antiguos Cargos de la Masonería Secreta se refieren a hombres que tenían diferencias de opinión religiosa en una época en que tanto la ley secular como la eclesiástica no toleraban eso. Todos debían participar sólo de una fe universal que decretaba, enseñaba y defendía la única Iglesia legalmente permitida, la de Roma. Los Antiguos Cargos masónicos revelan que los masones eran hombres que disentían de las enseñanzas de Roma y estaban dispuestos a ayudarse entre sí. La masonería proveía ayuda y protección a aquellos cuyas creencias los ponían en un grave peligro y dado que la traición de los “secretos” de un masón podía costarle la vida y la propiedad debemos suponer que el secreto y la protección mutua, de primordial importancia para la orden, brindaban refugio respecto de la autoridad superior establecida. En cuanto a la aceptación de hermanos de diversas creencias religiosas, parece que la autoridad a la que más había que temer era a la Iglesia, aunque por lo general estaba unida al Estado. Incluso en una época tan posterior como fue la del reinado de Isabel I, más de trescientos católicos fueron enviados al cadalso porque se mantuvieron fieles a la religión romana, aunque la acusación legal fue de “traición contra la Corona”.
Hoy la idea de una sociedad que acepta a hombres de cualquier creencia religiosa parece muy común, tan común que no amerita ningún intento de añadirle espectacularidad. Resulta difícil para cualquiera de nosotros, educados en una atmósfera social en la cual la libertad de culto es un hecho rutinario y defendible desde un punto de vista legal, imaginar una época en que eso era inimaginable y estaba expresamente prohibido. Los monarcas consideraban que la práctica de una religión universal que excluyera todas las

demás era vital para gobernar con eficacia al pueblo y en el mundo occidental, en el siglo XIV, esa religión no podía ser otra que la Católica Romana. Había que matar a los herejes flagrantes para que no influyeran en los demás y llegaran a destruir la trama de la sociedad ordenadamente autocrática. En el siglo anterior a la supresión de los Templarios, un ejército papal con más de treinta mil hombres había asesinado a docenas de miles de personas de todas las edades y de ambos sexos en la Cruzada Albigense contra los herejes cátaros en el sur de Francia, un conflicto que dio origen a la frase más tremenda de la historia religiosa. El comandante militar que estaba a punto de atacar la ciudad de Bézieres, preguntó cómo podrían sus tropas distinguir a los herejes de los católicos leales entre los quince mil hombres, mujeres y niños de la ciudad. En enviado papal repuso: “Mátenlos a todos, Dios reconocerá a los suyos”. La matanza, que comenzó en 1209 duró hasta 1244. Durante esa guerra santa el celo con que persiguió a los herejes cátaros el sacerdote español Domingo de Guzmán le había permitido fundar la Orden de los Domínicos. Hacia 1299 esa orden había tenido un papel clave en el establecimiento del Santo Oficio, conocido como la Santa Inquisición Romana y Universal. Su feroz defensa de la pureza de la fe enseñó a sus víctimas el peligro de expresar siquiera dudas respecto de las enseñanzas de la Iglesia Romana. En ese ámbito, la disposición masónica de aceptar al poseedor de cualquier fe o forma de adoración en vínculos de hermandad, constituía un pecado capital lo que hacía de la masonería una organización muy riesgosa a la cual pertenecer. El deseo de formar parte de un grupo así significaba una dedicación y un compromiso con la idea de que había errores en las enseñanzas y prácticas de la Iglesia establecida. A quienes se encontrara culpables de ese compromiso se les habría acusado tanto de herejía como de traición lo que confiere un verdadero sentido al Antiguo Cargo masónico de que un masón no deberá revelar ningún secreto de un hermano masón, secreto que podría costarle la vida y la propiedad.

No es raro imaginar que el Templario fugitivo aceptaba este peligroso compromiso pues, de hecho, es muy difícil pensar en cualquier otra organización que tuviera la motivación de los Templarios para dar origen a una filosofía así. Éstos, sus sacerdotes y sus sargentos eran todos miembros de una orden religiosa sujeta a las órdenes directas del Papa. Cuando fueron rechazados por éste, arrestados y durante cinco años encarcelados, torturados y quemados en la hoguera, perdieron a su intercesor ante Dios. Si el Papa los rechazó y ellos en respuesta lo rechazaron, qué tipo de cristianos podían ser?. Por supuesto que católicos romanos no. Aceptarían el principio de que ser abandonados por el Papa significaba ser abandonados por Dios? O bien cuando su pánico desapareció y en su lugar surgió el odio, habrán llegado a la conclusión de que era el Papa y no ellos quien había pecado contra Dios? Si mantenían su fe en Dios pero rechazaban la autoridad del Papa y las enseñanzas de la Iglesia respecto del papel y la autoridad de ésta, estuvieron entre los primeros que sembraron las semillas de la protesta, aunque no todos lo hicieran necesariamente de la misma manera. Es posible que algunos sólo hayan deseado rechazar a un Papa. Otros tal vez hayan rechazado la idea del Papado o la validez de su autodeclarada delegación de la suprema autoridad espiritual y temporal en la Tierra de manos de Jesucristo por medio de Pedro. Es lógico que en la confusión y el pánico de haber sido rechazados no produjeran en forma individual una respuesta universal para su dilema común.

Lo que sí tenían en común era el deseo de seguir siendo libres, buscar ayuda y brindarla mediante un pacto mutuo de protección recíproca. Con el fin de sentirse seguros, obtener juramentos confiables de secreto y hermandad, sólo confiarían en a persona que pudiera jurar en el nombre de Dios. Quienes rechazaban a Dios y no podían pronunciar un juramento así no eran de confiar, por lo cual los ateos no podían formar parte de esa hermandad secreta.
Lo que la sociedad secreta necesitaba eran hombres que afirmaran su fe en Dios con un deseo tan fuerte por la hermandad que aceptaban la convicción religiosa de cada uno como algo secundario a su objetivo principal de supervivencia. Las numerosas demostraciones que había a su alrededor de que las diferencias religiosas podían separar a los hombres e incluso volverlos enemigos acérrimos, dieron origen a la regla masónica que prohibiría el proselitismo y aboliría las disputas religiosas o incluso la discusión del tema en las reuniones de hermandad.
Todo esto significaba llevar una doble vida porque tanto la ley secular como la espiritual exigían, bajo pena de castigo, que cada hombre fuera un miembro devoto y practicante de la Iglesia. Ante el mundo exterior debía parecer observante de la ley, asistir con regularidad a misa y pagar el diezmo a la Iglesia sin discutir. Su disidencia y su ayuda a otros disidentes debían ser secretas porque constituían un grave delito contra el Estado y el mayor delito contra la Iglesia. Una sociedad así probablemente parecería condenada a morir junto con sus fundadores pero surgió en una época en que la disidencia en Gran Bretaña estaba comenzando apenas a hacerse oír y con base en la antigua regla de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” no hubo escasez de reclutas en los siglos siguientes como lo demostrará un breve examen.
A menudo se clasifica a los disidentes del siglo XIV como los precursores de la reforma protestante pero en realidad eran más reaccionarios que reformadores. No tenían ningún ritual o doctrina nuevos para proponer a la Iglesia sino que más bien deseaban que ésta retornara a los principios más antiguos. Los hombres, como el sacerdote John Wycliffe, tomaban a mal las enseñanzas de la Iglesia originadas mucho después de la muerte de Jesucristo. No podían encontrar en las Escrituras ningún fundamento para que hubiera un Papa, para creer que el pan y el vino de la misa se convertirían en el cuerpo y la sangre verdadera de Jesucristo ni para apoyar el depósito de mérito con base en las virtudes de Jesucristo y de su Santa Madre que la Iglesia podía vender a cambio de oro y plata. Su deseo más ferviente no era establecer una nueva Iglesia sino volver a la antigua. Por su parte la Iglesia había declarado que, en muchos sentidos, sus enseñanzas, los puntos examinados por los dirigentes a lo largo de los siglos, eran más importantes que las Escrituras mismas. Se decretó que cualquier duda o rechazo de las enseñanzas de la Iglesia constituía una herejía equivalente a la duda o rechazo de las escrituras y estaba sujeta al mismo castigo. Eso hizo mucho más común a la herejía y mucho más fácil de reconocer.
Una de esas enseñanzas era que la Iglesia seguía a Jesucristo en la propensión a perdona pero también se guiaba por las acciones de Dios después de la caída de Adán y Eva cuando repartió los castigos de la muerte, la enfermedad y la necesidad de trabajar para ganarse el pan. Los castigos eran aplicables no sólo a la pareja culpable, Adán y Eva, sino a toda la humanidad por siempre, una idea conocida por la Iglesia como la doctrina del pecado original. Decía que Dios ofrece a todos el perdón pero exige castigo, la

esencia del sacramento de la confesión es el castigo (penitencia) que trae consigo la absolución. Esa exigencia absoluta de que se castigara el pecado hacía más riesgosas las cosas para cualquier protestante o disidente secreto. La única garantía de máxima seguridad era el máximo secreto, de tal manera que el único refugio o auxilio seguros que un hombre podía ofrecer a otro tenía que proporcionarse bajo el mayor velo de secreto que la mente pudiera imaginar y muchas de las mentes de los Templarios habían sido entrenadas exactamente en esa dirección.

Fue un período en que la Santa Sede estaba preocupada en extender su riqueza y su poder, lo que incluía la concesión de un poder autocrático supremo a los sacerdotes. En 1986 cuando el arzobispo Hunthausen de Seattle declaró que los obispos de la Iglesia debían tener más autonomía, se le relevó por una temporada de algunos de sus deberes. En el siglo XV, un obispo que hizo la misma sugerencia fue arrestado de inmediato y refundido en una prisión eclesiástica durante siete años. De hecho los obispos habían sido autónomos durante siglos después de la muerte de Jesucristo. Luego llegó el momento en que el obispo de Roma declaró que, como su diócesis fue la del mismo San Pedro, él era el obispo más importante de la Iglesia y se volvió el “primero entre pares”. Luego los obispos de Roma ejercieron una autoridad más firme como herederos directos de la de San Pedro a quien se le habían confiado las llaves del Reino de los Cielos, así que se nombraron Vicarios de San Pedro. Como iban adoptando posiciones más firmes a medida que crecía su poder, se nombraron Vicarios de Jesucristo y se impusieron como dirigentes autocráticos de la jerarquía eclesiástica. El papa Gregorio VII (1073-1085) anunció después de mil años de iglesia cristiana que de allí en adelante sólo el obispo de Roma podía usar el título de Papa o Pope y ordenó que en lo sucesivo todos los príncipes seculares le besaran el pie al Papa en un gesto de humildad reverente que no debían tener con ningún otro obispo. Como hemos visto, posteriormente Bonifacio VIII hizo todavía más fuerte la posición papal al declarar que para que se salvaran los seres humanos debían someterse al pontífice romano.

Con el nuevo poder surgieron nuevas enseñanzas. El papa Gregorio, quien había hecho voto de castidad como monje antes de acceder al trono de San Pedro, tenía la firme convicción de que los curas no debían casarse pero cayó víctima de la venganza del Sacro Emperador Romano antes de que pudiera imponer su resolución con disciplina papal. A Urbano II, el papa que convocó a la Primera Cruzada, le tocó reforzar la condena papal al matrimonio clerical. Ordenó que todos los señores exigieran a todos los curas casados de sus dominios que hicieran a un lado a sus esposas. El castigo para los que se rehusaron fue la aprensión por la fuerza de las esposas de los curas renuentes y su venta como esclavas. Muchos curas se sintieron con derecho a objetar porque en las Escrituras decía que Jesucristo había expulsado a los demonios de la suegra de San Pedro. Era una clara evidencia de que San Pedro, el fundador de la Iglesia, era un hombre casado. Por qué entonces sus sucesores no podían también ser casados?

Y aquí encontramos una clave de por qué era tan frecuente que el clero expresara o dirigiera la disidencia. Los clérigos eran los únicos que tenían acceso directo a las Escrituras como fundamento de sus desavenencias con la Iglesia en lo concerniente a las “enseñanzas” de la Iglesia que no podían apoyarse en una referencia directa de las Escrituras sino que eran resultado

del pensamiento clerical. Una de esas enseñanzas que provocó mucha disidencia fue el razonamiento de que como Jesucristo y su madre eran perfectos en todos los sentidos y del todo virtuosos, habían acumulado una cantidad infinita de bendiciones a los ojos de Dios. Este tesoro de méritos, también llamado el Tesoro de la Iglesia, se declaró bajo el control del papa quien podía disponer de ese inventario ilimitado de virtud a discreción. Unidades de este mérito podían otorgarse como recompensa como se hizo con los Cruzados, pero también podían venderse, una práctica que provocó fuertes objeciones de parte de muchos clérigos, entre ellos Wycliffe, John Hus y Martín Lutero. La venta de "indulgencias" se permitía por otra "enseñanza" razonada por la Iglesia, el concepto de "purgatorio", una especie de posta espiritual necesaria porque ningún ser humano es perfecto para entrar al reino de los cielos. La adquisición de unidades de tiempo del Tesoro de la Iglesia podía acortar el período de purificación en el purgatorio en cientos e incluso miles de años, una fuente de ingresos que enfurecía a muchos de los miembros del clero inferior.

Otro campo más de protesta clerical (aunque no completa el catálogo de la disidencia) y que conviene mencionar porque produjo muchos focos de protesta con base en un solo tema, es el de la doctrina eclesiástica de la "transubstanciación". Esa doctrina dice que en el sacramento de la sagrada comunión el pan se vuelve el verdadero cuerpo de Jesucristo y el vino se convierte en su verdadera sangre. Como no puede ser que los diferentes pedazos de pan se conviertan en diferentes partes de su cuerpo, se acordó que cada pedazo de pan, cada migaja, se convierte en el cuerpo completo de Jesucristo en tanto que su forma sigue siendo la de un pan. Es de esperar que cualquier examen secular mediante el sentido del gusto, el microscopio o mediante un análisis cuantitativo y cualitativo demuestre que el pan es pan porque la forma se mantiene igual. Sin embargo la "substancia" del pan se convierte en el cuerpo real y total de Jesucristo lo que explica el término de "transubstanciación". La primera protesta fue que la ceremonia de la Última Cena era de conmemoración y no un verdadero consumo grupal de doce cuerpos de Jesucristo. Acaso era posible algo así cuando Jesucristo mismo estaba a la mesa con sus discípulos? La siguiente protesta al respecto era que en su ordenación se concedía al sacerdote la capacidad de realizar el milagro de la transubstanciación, es decir se delegaba en él la autoridad otorgada exclusivamente a la Iglesia por Jesucristo por medio de San Pedro. Esta significaba que nadie más aparte de un sacerdote ordenado de la Iglesia podía oficiar misa.

La tercera protesta tal vez haya sido la más fuerte de todas, iba en contra de la afirmación de que cualquier sacerdote tenía el derecho y el poder de dar órdenes a Dios el cual no podía hacer otra cosa que obedecer (parecía que la subordinación de la Iglesia a Dios se hubiera revertido por lo menos en parte) y ese derecho en ningún lado era más fuerte o más espectacular que en el papel que desempeñaba el sacerdote en la Sagrada Comunión. Como ese lenguaje podría parecer fuerte a algunos, dejemos que lo diga un sacerdote. En su libro "*Faith for millions*", el padre John A. O´Brien, de la Universidad de Notre Dame, lo expresó de la siguiente manera:

"El poder supremo del sacerdocio es el poder de consagrar. ´No hay un acto mayor´ dice Santo Tomás ´que la consagración del cuerpo de Jesucristo´. En esta fase esencial del ministerio sagrado, el poder del sacerdote no es

superado por el del obispo, del arzobispo, del cardenal o del Papa. De hecho es igual al de Jesucristo porque en ese papel el sacerdote habla con la voz y la autoridad del mismo Dios.
Cuando el sacerdote pronuncia las formidables palabras de la consagración, sube al cielo, baja a Jesucristo de su trono y lo coloca en nuestro altar para volverlo a ofrecer como víctima expiatoria de los pecados del Hombre. Es un poder mayor que el de los monarcas y emperadores, es mayor que el de los santos y los ángeles, mayor que el de los serafines y querubines. De hecho es mayor que el poder de la Virgen María ya que en tanto que la Santísima Virgen fue el vehículo humano mediante el cual Jesucristo encarnó una sola vez, el sacerdote baja a Jesucristo del cielo y lo vuelve presente en nuestro altar como la Víctima eterna de los pecados del Hombre, no una sola vez sino miles de veces! El sacerdote habla y he allí Jesucristo, el Dios eterno y omnipotente inclina la cabeza en humilde obediencia a la orden del sacerdote".
Por este poder milagroso y por otros como el derecho de perdonar los pecados con la seguridad de que Dios estará de acuerdo con el criterio del sacerdote, destaca a éste último de los demás hombres y a pesar de las desavenencias y protestas la dedicación eclesiástica a difundir el papel de la Iglesia y de sus sacerdotes no ha disminuido a lo largo de los siglos. Por ejemplo en los intentos por volver a llevar a la Iglesia de Inglaterra al redil romano se ha llegado a algunos compromisos, por ejemplo permitir que un sacerdote anglicano casado que abandona su fe para volverse sacerdote de la Iglesia Romana conserve a su esposa. Por otra parte antes de una conferencia anglicana que se realizaría en el Palacio Lambeth en 1988 y analizaría entre otras cosas la unión de las Iglesias, el Vaticano anunció de antemano que la doctrina romana de la transubstanciación debía aceptarse en su totalidad y de ninguna manera estaría sujeta a compromisos o negación.
Al considerar las actitudes religiosas de la francmasonería, el posible origen de esas actitudes entre los Templarios suprimidos y sus sucesores y el continuo suministro de reclutas masónicos que necesitaban secreto y protección debido a sus convicciones religiosas, lo que nos interesa es aceptar la oportunidad de esas protestas, no su validez. El cura John Wycliffe (en el siglo XIV durante el período anterior y posterior a la Revuelta Campesina en Inglaterra) y los seguidores del cura John Ball (quien tuvo un papel intenso y directo en ese conflicto) expresaron todas esas protestas.
El momento de la supresión de los Templarios coincidió con la introducción de las anatas o pagos que había que hacer a la Santa Sede por beneficios recientemente recibidos, una forma de impuesto creada en detrimento del cura de parroquia. Coincidió con el inicio del Cautiverio Babilónico que vio la transferencia de la Santa Sede de Roma a Aviñón. Ocurrió justo en el momento en que la corte papal de Clemente V se convirtió en un supermercado para la venta de indulgencias.
También estuvo próxima en el tiempo a la primera gran disidencia organizada contra las enseñanzas de la Iglesia, misma que surgió entre los seguidores de las enseñanzas de Wycliffe, los lolardos, quienes se vieron obligados a la clandestinidad donde sobrevivieron durante siglos en lo que los historiadores han llamado "células secretas" en toda Gran Bretaña de las que no se sabe casi nada. Su existencia por separado nos pide que creamos que había dos sociedades secretas independientes con células o logias en toda Inglaterra, ambas opuestas a la Iglesia establecida, ambas ofrecían ayuda y un refugio

seguro a sus miembros. Aparentemente a nadie se le ha ocurrido la posibilidad de que ambas redes de células secretas hayan sido sólo una.
En todo caso la supresión de los Templarios ocurrió en una época de inquietud y descontento entre el clero inferior, al inicio de la primera gran oleada de protesta inglesa contra la Iglesia durante el reinado de un monarca cuyo gobierno generó tanta disidencia y desorganización que casi cayó en la anarquía. Así y todo fue la época ideal para formar una sociedad secreta en la cual esconderse de la venganza o incluso del conocimiento de la Iglesia establecida.
La supresión de los Templarios no fue tampoco el único acontecimiento de la época que causó temor entre los oponentes de la Iglesia. Los más mansos de los hombres, los frailes Franciscanos espirituales, sintieron la ira de la Santa Sede casi en esa misma época. San Francisco había adoptado la idea de que Jesucristo y los apóstoles fueron hombres pobres que habían decidido deliberadamente seguir una vida de pobreza como parte de su vida de servicio. Los primeros franciscanos vivieron de los alimentos que los fieles ponían en sus escudillas. El alto clero estaba conforme en que los franciscanos vivieran casi en la inanición pero resentía con ira la sugerencia de los frailes de que el clero, los obispos, los cardenales e incluso el mismo Papa debían seguir el ejemplo de Jesucristo y hacer a un lado las cosas materiales, cuya adquisición en ese tiempo era una gran preocupación de la Iglesia. Se dijo a los franciscanos que abandonaran la estúpida idea de que Jesucristo era pobre y la mayoría lo hizo. Sin embargo un pequeño grupo conocido en Italia como los “fratelli” o hermanitos y por el resto del mundo como los franciscanos espirituales, se opuso a hacer a un lado las enseñanzas básicas de su santo fundador. “Si Jesucristo caminó –preguntaban- por qué los obispos van a caballo?”. Su prédica continua avergonzaba y enfurecía al Papa y a sus obispos y en 1315 se les declaró culpables de herejía y se les excomulgó. A varios los quemaron vivos en 1318, apenas cuatro años después de la muerte de Jacques de Molay en la hoguera. Eran hombres humildes, religiosos dedicados, no monjes guerreros. Si ellos podían morir por una disidencia mínima, qué vida estaba segura? Cualquier desavenencia honesta con alguna enseñanza de la Iglesia estaba destinada a vincularse con el franco temor.
No puede haber otra explicación del surgimiento de una organización secreta de Gran Bretaña que contó con nuevos reclutas generación tras generación durante cuatrocientos años de total secreto.
Y sin embargo el origen de la masonería y la preservación de la orden durante siglos de diferencias religiosas pueden considerarse que no resuelven todos los misterios masónicos relacionados con la religión, debido a ciertos acontecimientos masónicos que tuvieron lugar después de que la francmasonería se volvió pública.
El primero de ellos fue la elaboración de una constitución para la Gran Logia, la que se concluyó en 1723. En su mayor parte fue obra del doctor James Anderson, quien al referirse al tema de la religión de los masones decía: “Se considera ahora más apropiado obligarlos a participar en esa religión con la cual concuerdan todos los hombres y a dejarlos que se encarguen de sus opiniones particulares”. Los antimasones han declarado que con esa frase Anderson había “descristianizado" la masonería, como si antes de esa fecha ésta se hubiera limitado sólo a los seguidores de Jesucristo, de lo cual no hay ninguna evidencia. Por el contrario hay una indicación de que la idea de una

"religión con la cual concuerdan todos los hombres" no se originó con el doctor Anderson quien en todo caso difícilmente podría haber impuesto su creencia religiosa personal en toda la orden.
Años antes, Anthony Ashley Cooper conde de Shaftesbury, había tenido una conversación con una dama en una reunión social. El conde dijo:

- Los hombres inteligentes tienen una religión.
- Os ruego, señor mío, qué religión es esa con la cual concuerdan los hombres inteligentes?
- Señora –replicó en conde- los hombres inteligentes nunca lo dicen.

A menos que se descartara esto como una coincidencia más, debe señalarse que Lord Shaftesbury, uno de los principales deístas de su tiempo, con toda probabilidad era francmasón. Era protector de John Locke quien elaboró una propuesta de constitución para la nueva colonia de Carolina del Sur que proponía Shaftesbury. Locke sugirió que se exigiera a cada ciudadano de la nueva colonia una declaración pública de su creencia en un Ser Supremo con leyes que protegieran a cada hombre de cualquier interferencia por la manera que escogiera de reverenciar a ese Ser Supremo. Además a ningún hombre se le permitiría demandar a otro por daños monetarios. Ambos conceptos son ideas absolutamente masónicas Shaftesbury murió en 1683, cuarenta años antes de que el doctor Anderson citara en la constitución masónica de 1723 la creencia religiosa mencionada por Shaftesbury. La acusación de que se descristianizó de modo deliberado a la francmasonería en 1723 es evidentemente falsa, aunque reveladora en el sentido de que exige de la masonería que se vuelva más parecida a una religión que limite su membresía sólo a los cristianos excluyendo a los judíos, musulmanes y otros, una medida que en una sociedad fraternal secular constituiría un fuerte golpe a favor de la intolerancia.
La última confusión entre la religión y la masonería es la creación de una atmósfera y de un ceremonial religioso en la sala de la logia y en las manifestaciones públicas. La salida de la taberna para trasladarse a una sala de logia construida ex profeso dio pie a que se introdujera música de órgano y se compusieran himnos para que los hermanos los cantaran. Hubo funerales masónicos celebrados con toda la indumentaria masónica. Algunos se llevaron a cabo en iglesias protestantes en las que cuando el ministro concluía su servicio, los masones proseguían con sus propios ritos. Por una parte podría decirse que eran rituales genéricos que demostraban que hombres de muchos credos encontraban un terreno en común en el cual podían venerar juntos a un Ser Supremo. Por otra los servicios fúnebres realizados en una casa de Dios, en presencia de una congregación, complementados con himnos y oraciones, podrían justificar cualquier idea del público de que la masonería es una orden religiosa. En años recientes se ha dicho a los masones que abandonen la práctica de servicios públicos con indumentaria masónica con el fin de modificar esa imagen religiosa.
En resumen los requisitos religiosos de la francmasonería son muy sencillos: la creencia en un Ser Supremo y la libertad para que no haya interferencia con las creencias personales ni incluso persecución en contra de esas creencias. Puede afirmarse con seguridad que la francmasonería no es una religión por una razón sencilla: los seguidores de los credos religiosos en general los consideran correctos. Eso significa que creen que todos los demás credos son incorrectos por lo menos en cierta medida. La posición de la masonería es la

contraria en el sentido que reconoce que hay algo de verdad en las diferentes formas de experimentar y creer en Dios que tienen los hombres y se niega a afirmar que sólo una es perfecta.
En cuanto a las críticas a la masonería basadas en las actitudes de ésta hacia la religión en general se afirma que: a) la masonería es una religión, b) la masonería no se parece bastante a una religión y debería adoptar los principios de los credos cristianos (dependiendo de los principios cristianos que defienda el crítico) o c) los juramentos sangrientos de la masonería son repugnantes para Dios y también para la ley.
Sin embargo al poner a prueba la hipótesis Templaria frente a los aspectos religiosos de la francmasonería, fue evidente que ningún aspecto de las creencias masónicas era contrario a las actitudes que podrían esperarse de un grupo que había sido destruido y hecho a un lado por la Iglesia Romana y que los Antiguos Cargos de la masonería indicaban con claridad que se trataba de una sociedad de protección mutua que no sólo permitía que se brindara refugio a quienes estaban en conflicto con la Iglesia establecida sino que lo brindara ella misma. Más específicamente si bien hemos visto la destrucción de otros grupos por la Iglesia en territorio europeo en las cruzadas domésticas contra la herejía, ningún grupo aparte de los Caballeros del Temple había recibido un tratamiento así de la Iglesia de Gran Bretaña y no hay ninguna evidencia de francmasonería en ningún otro lado aparte de las Islas Británicas sino después de 1717.
El aislamiento geográfico de la francmasonería durante muchas generaciones fue por sí mismo un misterio masónico que respaldaba la hipótesis de los orígenes Templarios ya que sólo en Inglaterra se les dio la ventaja de tres meses de advertencia sobre sus arrestos inminentes e Inglaterra con sus actitudes singulares respecto de la Iglesia de Roma, nunca permitió el establecimiento de la Inquisición en ese lado del Canal.
Quedaba otro misterio relacionado con la importancia del período centrado en 1717. Por qué la francmasonería no se reveló cincuenta años antes o cincuenta después?. Para concluir que la masonería basada en los Templarios se había mantenido con vida gracias a hombres en conflicto con la Iglesia romana establecida, se necesitaba una prueba final de validez. Algo importante debió haber sucedido unos cuantos años antes de 1717, algo que despojó a la francmasonería de su necesidad de mantenerse en secreto y tal vez incluso de su propósito mismo.
Se examinará esa fecha importante pero sólo después de considerar más a fondo el ritual más importante de la masonería: la alegoría del Maestro asesinado.

CAPITULO 21
EVIDENCIA EN LA LEYENDA DE HIRAM ABIFF

Al buscar respuestas en la alegoría conocida como la leyenda de Hiram Abiff fue necesario tener en cuenta que en la Masonería Secreta el Maestro Masón era un maestro de hombres, no un maestro de un arte u oficio. El grueso de la orden masónica había estado integrado por “compañeros”, los miembros con derechos plenos y por “entrantes” aquellos cuya discreción y confiabilidad no eran todavía lo suficientemente aceptables como para merecer que se les invitara a la membresía plena. La mayoría de esos entrantes ha de haber conocido sólo a los hermanos masones de su misma célula o logia. Los Maestros eran los maestros del territorio o de las logias lo cual exigía que mantuvieran comunicación entre sí. Esta y la asamblea general secreta ocasional debieron haber sido absolutamente necesarias para acordar sobre la identificación de las señales con la mano y con el brazo. Las contraseñas y el catecismo mediante el cual un hermano masón podía buscar ayuda y con los cuales los miembros podían reconocerse unos a otros con cierta seguridad. Cuando en una sociedad secreta se llega a sospechar siquiera que se ha violado la seguridad, hay que cambiar esas señas, realizar reuniones para hacer el cambio y luego difundirlo. Del mismo modo para dirigir a un hermano fugitivo al siguiente refugio era necesario que alguien conociera la ubicación de las otras logias, por lo menos las de la región. De esa manera los Maestros eran al mismo tiempo los miembros más importantes y más peligrosos de la fraternidad. Los hermanos cuyos conocidos eran los miembros de sus propias células sólo podían traicionar a los miembros de la misma ya fuera por propia conveniencia o como resultado de la tortura. Por su parte un Maestro podía poner en peligro la existencia misma de la sociedad al revelar los nombres de otros Maestros, todos los cuales poseían una información muy amplia, incluyendo los nombres y la ubicación de otros Maestros. Esa debió ser la razón por la cual sólo el Maestro tenía necesidad de un Gran Llamado de Aflicción y una forma especial de pedir ayuda cuando estaba en la oscuridad o fuera de la vista de quien podía brindarle ayuda: “Oh Señor, Dios mío, no hay ayuda para un hijo de la viuda”.

Cada Maestro era el “hijo de la viuda”. Era la continuación del linaje de Maestros que en apariencia se había roto con la muerte del primer Gran Maestro Hiram Abiff. En la representación de la iniciación se le había asignado el papel de Hiram Abiff cuyo manto así asumido se convirtió en la característica principal del papel del candidato en la sociedad secreta. En ese mismo papel emularía a Abiff quien había preferido morir que revelar los secretos del Maestro Masón. En ese papel bloquearía los efectos del ataque a manos de los tres asesinos que habían deseado con tal intensidad esos secretos que habían llegado al asesinato sin preocuparse de que la muerte de Hiram Abiff significara poner fin a la construcción del templo inconcluso.

La continuación de la función del Gran Maestro y arquitecto del templo, una especie de inmortalización de un sueño mantenido con vida por quienes vinieron después de él, estaba simbolizada por la rama de acacia, un símbolo de inmortalidad mucho más antiguo que la cristiandad. Para los pueblos antiguos, el clima y las reacciones de las cosechas determinaban la vida y la muerte, venía una buena vida o casi morirse de hambre durante el año siguiente. Los cambios en las estaciones, la demasiada lluvia o sequía y las

heladas que destruían las cosechas eran mucho más entendibles y se planteaban con más facilidad en los ritos religiosos que los misterios absolutos, como la presencia del moho, los hongos y las enfermedades de los animales, lo cual en general se atribuía a la brujería o al mal de ojo. Sin la esperanza de obtener comida fresca y sin los medios para conservar la que tenían, el invierno era la estación más temida, cuando los días se acortaban a medida que el poder de la oscuridad ganaba terreno sobre el poder de la luz. Como remate de su desgracia morían todos los árboles, arbustos y plantas, excepto los de hojas perennes. Como este tipo de árboles se mantenían verdes y brillantes, debían estar ocupados por un espíritu más fuerte que el poder de la oscuridad y preservaba la vida hasta que el sol lograba su victoria inevitable aunque temporal. Ese espíritu fuerte ayudaba a llenar el vacío entre el otoño y la primavera al mantener el hilo de la vida. En algunas regiones se cortaba un abeto con el fin de llevar a casa el buen espíritu y allí se adornaban las ramas con regalos, una tradición de la antigua religión natural que seguimos conservando en la época de Navidad. Así, este tipo de plantas de ramas siempre verdes se convirtió en símbolo de la inmortalidad y una de ellas era la acacia.

Debe de haberse escogido la acacia como el símbolo de la "inmortalidad" de Hiram Abiff por razones muy específicas. Dios ordenó que se hiciera el Arca de la Alianza de madera de acacia la cual debía guardarse en el Sanctum Sanctorum del templo de Salomón donde el Gran Maestro hacía sus planos para el trabajo del siguiente día. La acacia era también huésped de un tipo especial de muérdago con flores de color rojo fuego. Éste que no sólo se mantenía verde sino que daba sus frutos en invierno, no sólo era un símbolo de inmortalidad en sí mismo sino que muchos creían que la acacia, cubierta con un manto de flameantes capullos de muérdago, era la "zarza ardiente" del Antiguo Testamento. Además la acacia egipcia da unas flores rojas y blancas, un recordatorio de los colores templarios que consisten en un manto blanco con una cruz roja.

La inmortalidad de Hiram Abiff no radica en la existencia eterna de su alma en un reino celestial sino en las mentes y en los cuerpos de los Maestros que vinieron después de él, hombres encargados de tomar su lugar y concluir lo que el Gran Maestro mítico había comenzado. Su deber era hacer los planes y dirigir a los operarios, los entrantes y compañeros masones, para lograr el objetivo de Abiff: la conclusión del Templo de Salomón.

Todo esto sólo tiene una conexión muy vaga con el relato bíblico. Según las Escrituras, Hiram no era arquitecto sino un maestro metalista en cobre y bronce. No fue asesinado sino que vivió para ver el Templo concluido y luego regresó a su lugar de origen. Las claves del origen y propósitos masónicos se encuentran en la leyenda alegórica, no en las Escrituras.

Al revisar la historia británica para encontrar un templo inconcluso como base de una sociedad secreta exclusivamente británica, sólo encontramos una respuesta en la orden religiosa que a menudo se llamaba con ese solo nombre: el Temple. Jacques de Molay y sus predecesores firmaron documentos bajo el título de *Magister Templi*, Maestro del Templo. Y ese "Templo" que tomó su nombre del Templo de Salomón, con toda seguridad quedó inconcluso a la muerte de sus maestros a quienes también habían torturado para que revelaran sus secretos tres asesinos que finalmente los mataron. No se trata de Jubelas, Jubelos y Jubelum sino de Felipe el Hermoso de Francia, el papa

Clemente V y la Orden de los Caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén. Muchos que sólo han leído las recapitulaciones de la Iglesia Católica sobre la supresión de los Templarios podrían objetar y decir que sólo el rey de Francia podría considerarse el asesino de los Caballeros Templarios por haber hecho todo el trabajo sucio y haber coaccionado a un Papa débil para que lo ayudara. Es cierto, tal es la versión usual de la Iglesia hasta hoy, pero los hechos históricos hablan en cierto modo de lo contrario si consideramos de nuevo los acontecimientos descritos en páginas anteriores.

Cuando Eduardo II de Inglaterra se negó a torturar a los Templarios el Papa pudo haber dejado el problema al suegro de Eduardo, el rey de Francia. Nadie obligó a Clemente V para que enviara a Londres a diez especialistas en torturas de la Iglesia. El Papa pudo haber vivido con la exoneración de los templarios en Chipre, nadie lo obligó a exigir un nuevo juicio ni a enviar un equipo de tortura con autorización para recurrir a los domínicos y franciscanos de la localidad si se requería de ayuda adicional. Tampoco se impuso el rey de Francia en su deseo de que uno de sus familiares fuera nombrado jefe de una orden combinada de hospitalarios y templarios con total acceso a su riqueza combinada. Y si Clemente V fue sólo un Papa timorato y títere a quien Felipe manejaba como los historiadores de la Iglesia desearían que creyéramos, los reyes de Francia habrían sido los nuevos dueños de las propiedades templarias en Francia, no los hospitalarios. El Papa fue mucho más firme o por lo menos mucho más obstinado de lo que se nos ha hecho creer y es posible que haya ideado su propio plan de acuerdo con los hospitalarios.

Esa orden se las había arreglado para evadir cualquier crítica referente al asunto de la supresión de los Templarios aunque en apariencia sólo lo logró porque se mantuvo aparte de todo eso, probablemente por la muy buena razón de que su papel y sus beneficios se habían decidido de antemano. Es bien sabido que el papado estaba a favor de la unión de los templarios y hospitalarios y ya había decidido que Foulques de Villaret, maestre de los hospitalarios, sería el Gran Maestre de las órdenes combinadas. En su cuartel de Chipre los templarios se habían enterado del serio propósito de combinar las órdenes y habían dedicado tiempo a preparar una impugnación por escrito. Los hospitalarios en su propio cuartel general en la isla han de haber recibido la misma información pero no prepararon ninguna impugnación, ni oral ni escrita. De hecho, de Villaret logró mantenerse lejos de la reunión en Francia y no se registra ninguna crítica papal debida a su ausencia. Indudablemente esto se debió a que su presencia no era necesaria y a que no tenía caso correr el riesgo de una confrontación entre las dos órdenes en especial porque el Papa ya estaba encargado de velar por los intereses de los hospitalarios. Éstos no sólo no ofrecieron ninguna objeción a la idea de la fusión sino que no hicieron el menor intento de defender a sus hermanos monjes guerreros cuando los arrestaron y torturaron. Solo se mantuvieron alejados y aguardaron hasta que Clemente V declaró, lo cual molestó mucho al rey Felipe, que todas las propiedades templarias confiscadas pasarían a los Caballeros Hospitalarios y que todos los templarios liberados podían ser recibidos en la orden Hospitalaria con lo que se lograba de facto la unión que había estado planeando desde un principio con la aprobación y cooperación total de los hospitalarios. Si se busca un motivo, la orden Hospitalaria fue la principal beneficiaria de la supresión de los Templarios como probablemente se había planeado desde un principio. El Papa y los Hospitalarios juntos frustraron los objetivos de Felipe de Francia y

no queda duda de que ellos figuran como uno de los tres asesinos de la Orden del Temple.
Un aspecto interesante de la leyenda de Hiram Abiff es que en ella los tres asesinos ya han sido castigados, “llevados al Jubé”. Sin duda hubo guerras con Francia antes y después de la supresión de los Templarios y resulta cada vez más probable que los castigos que se dieron a los Hospitalarios durante la Revuelta Campesina incluyendo el asesinato de su prior hayan sido actos de venganza realizados so pretexto de un disturbio político. En cuanto al castigo de la Santa Sede, el movimiento clandestino generado por los Templarios fue quizá el enemigo más eficaz que tuvo la Iglesia en las Islas Británicas antes, durante y después de las reformas. Más de quinientos años después de la supresión de los Templarios, los Papas seguían condenando a la francmasonería por aceptar a miembros de todos los credos religiosos y por no reconocer a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana como la única verdadera. En la Masonería Secreta los disidentes y protestantes religiosos tenían una organización que podía ayudarlos, esconderlos y ponerlos en contacto con otros de su tipo y a medida que pasaban los años los conflictos entre los papas y los reyes, entre los papas y el pueblo y entre los papas y sus propios sacerdotes proporcionaron un río de reclutas a una sociedad secreta que les permitía venerar a Dios según sus propias convicciones. Los tres asesinos de la Orden del Temple tenían razón para arrepentirse de sus acciones en contra de los Caballeros Templarios.
Un misterio importante de la leyenda de Hiram Abiff es la identidad de “lo que se perdió”. Algunos historiadores masónicos toman al pie de la letra la alegoría (lo que casi siempre es un error) y declarar que lo que se perdió fue la palabra del Gran Maestro o los secretos del Maestro. Lo que los templarios perdieron literalmente fue su riqueza, su honra y su poder. Lo que la alegoría sugiere que se perdió es el arquitecto, el planificador que se necesitaba para concluir el Templo y proporcionar el liderazgo para seguir adelante. El hombre a quien se inicia como Maestro mediante la representación del asesinato, se convierte en otro Hiram. Cada Maestro asume ese papel y se vuelve Hiram (nombre con el cual a veces se llaman los masones unos a otros). Es el “hijo de la viuda” y su tarea es restituir lo que se perdió: el liderazgo, la dirección, el trabajo requerido para “concluir” la construcción (de la Orden) del Templo, lo cual fue brutalmente impedido por las torturas y el asesinato. Ahora bien, por supuesto, ese liderazgo, esa elevación al papel de uno de los dirigentes supremos de la sociedad se ha modificado. Cada masón tiene la oportunidad de llegar a ser Maestro y es posible que al iniciado le parezca un tanto confuso el que eso que le parece sólo otro grado en su escalera de avance en la masonería deba poner tanto énfasis en los medios de buscar y proporcionar ayuda y en la necesidad de proteger los secretos de sus hermanos Maestros Masones.
En resumen la leyenda de Hiram Abiff nos dice que no es una coincidencia que dos organizaciones encontraran su identificación principal en el Templo de Salomón, porque un grupo dio origen al otro. Explica el propósito del grupo sucesor, los francmasones, mediante el relato alegórico de la suerte que corrió el grupo previo, la Orden del Temple. El templo quedó inconcluso debido al asesinato del Gran Maestre. El hombre a quien se le da a conocer esta leyenda en su iniciación hace el papel del Gran Maestre y luego asume su tarea, la conclusión del Templo. En este sentido el francmasón no es ni un albañil operativo con herramientas en las manos ni un albañil especulativo que ingresa

a un gremio de albañiles como miembro que no trabaja. Más bien es un albañil simbólico cuya tarea constructiva no está relacionada con ninguna construcción real sino que se refiere sólo a la supervivencia y crecimiento del templo simbólico, la Orden de los Humildes Soldados de Jesucristo y del Templo de Salomón: los Caballeros Templarios.

A medida que el tiempo oscureció los verdaderos orígenes de la masonería y éstos luego se perdieron por completo, los francmasones se quedaron sólo con la alegoría y crearon un mundo fantástico al aceptarla como real. Un escritor masónico se asombró de que la masonería hubiera conservado durante más de dos mil años esos detalles de la construcción del Templo de Salomón, los cuales se les habían escapado a los autores del Antiguo Testamento. La leyenda de Hiram Abiff se enseñaba no como tal sino como el relato de un hecho histórico.

Junto con la aceptación de Hiram Abiff como una persona verdadera, durante generaciones la francmasonería enseñó que la orden se había fundado entre los trabajadores que construyeron el Templo de Salomón. Ese edificio se volvió el punto focal de la reverencia y el respeto masónicos. Algunas representaciones del Templo de Salomón hechas por artistas decoraban las paredes de los templos masónicos y algunos masones hicieron peregrinaciones al sitio. Algunos se las ingeniaron para llevar a sus logias una piedra del Monte del Templo o de las canteras cercanas, reliquias que exhibían con orgullo, con toda el aura de los objetos religiosos. Aún hoy mucho después que la masonería cambió la teoría de sus orígenes de la construcción del templo a los gremios medievales de canteros, hay masones firmemente convencidos de que su orden comenzó durante la construcción de ese templo.

Al final prevalecieron las mentes más sobrias y la masonería llegó a reconocer que la historia de Hiram Abiff no era real pero sí una pieza importante en la mitología masónica. Esa aceptación ha provocado que la fraternidad se inclinara en la dirección de los gremios de la construcción y la ha llevado a identificar cualquier herramienta común de los canteros como símbolo masónico, a identificar al Ser Supremo como el Gran Arquitecto del Universo, a enseñar que los masones habían construido las grandes catedrales góticas y a incluir detalles de la arquitectura y de la construcción en los rituales masónicos.

Ahora que la historia de Hiram Abiff se ha reconocido como leyenda, no como hecho, se mantiene todo el simbolismo de la construcción generado por la aceptación literal de la historia y ese simbolismo sirve para confundir los orígenes y los propósitos porque está impregnado de una realidad y una antigüedad que no posee. En ausencia de registros por escrito, el paso de los siglos desempeñó su papel inevitable de oscurecer los orígenes y los propósitos y el apresuramiento por abrazar los gremios de la construcción creó una pantalla detrás de la cual pocos se preocuparon por mirar. El simbolismo surgido de la alegoría se aceptó como basado en hechos.

El misterio es simplemente este: si la historia de Hiram Abiff y el papel masónico en la construcción del Templo de Salomón se reconocen como mitos, cómo fue que ese Templo se volvió central para el ritual y la leyenda masónica? Sin duda los canteros medievales no proporcionan ninguna respuesta a esa pregunta y a medida que la teoría misma de los gremios medievales se debilita parece que no hay respuesta a ese misterio, excepto esta: el Templo que la francmasonería honra y reverencia tanto no es un

edificio sino la única orden que siempre se identificó con ese edificio: los Caballeros del Temple.

CAPITULO 22
DE MONJES A MASONES

Hemos visto que sólo hay dos organizaciones que han basado sus identificaciones principales en el Templo de Salomón: la Francmasonería y la Orden de los Caballeros Templarios. La gran cantidad de evidencia circunstancial ha señalado sin lugar a dudas que esa identificación común no era una mera coincidencia, sino más bien que la organización secreta surgió de las cenizas de la organización pública condenada tanto por la Iglesia como por el Estado en una era caracterizada por los castigos corporales más salvajes. La única forma como los acosados Templarios podían seguir en contacto unos con otros y ayudarse era mediante el secreto absoluto. Esa condición de guardar secreto no exigía de una gran adaptación de parte de los Templarios para quienes el secreto era parte de sus votos y de su Regla. Cada Templario estaba sujeto al castigo inmediato si revelaba cualquier parte de la Regla de la Orden o cualquier parte de las actas de sus reuniones capitulares, las cuales se mantenían secretas mediante guardias colocados fuera de la sala de reunión con las espadas desenvainadas.

Por fortuna como se bosquejó en páginas anteriores las circunstancias estuvieron a su favor. Tres meses antes de los arrestos masivos en Francia, la madrugada del viernes 13 de octubre de 1307, el trono de Inglaterra había pasado a su rey más débil y lamentable: Eduardo II. El resultado de la debilidad, confusión y dilación de ese monarca había sido proporcionar a los templarios condenados de Inglaterra un período de advertencia de tres meses durante el cual pudieron hacer planes. Cuando por último se prosiguió con sus arrestos en enero de 1308, el rey había ido a Francia a casarse y había dejado a su amante homosexual como regente. Y al mismo tiempo que el inglés Eduardo II ponía a su reino en la vía de la verdadera anarquía, en Escocia Robert Bruce estaba reuniendo a su pueblo, preparándose para hacer que el estado de guerra entre Inglaterra y Escocia pasara del estancamiento a la victoria escocesa final en Bannock Burn. Podía dar la bienvenida a cualquier combatiente que estuviera huyendo de los dominios ingleses en Gran Bretaña o en el continente. Al haber ignorado la orden papal de arrestar a los templarios en Escocia había hecho de ese país un refugio seguro para los fugitivos.

En cuanto al pueblo inglés de la época, había visto que el enemigo francés escogía a un Papa y había presenciado el traslado de la Santa Sede de Roma a Aviñón. En consecuencia la supresión de los Templarios había coincidido con el Cautiverio Babilónico del papado, una situación que hizo surgir y mantuvo las sospechas y preocupaciones del populacho inglés. Éstos no tenían ningún incentivo para ayudar al Papa quien parecía estar actuando como instrumento del enemigo nacional, Felipe de Francia, en su afán de encontrar y torturar a los monjes militares que había condenado. Si se hubiera puesto fin al asunto de los templarios rápido, tal vez los monjes fugitivos y sus camaradas se habrían ayudado unos a otros de una manera superficial, con base en las apremiantes necesidades del momento a medida que surgían. Pero la supresión se prolongó. El Gran Maestre de Molay fue llevado a la hoguera casi siete años después de los arrestos iniciales en Francia y esa demora dio tiempo a que los hilos sueltos de contacto entre los fugitivos se desarrollaran en fuertes vínculos de hermandad. La organización formal que se desarrolló proporcionó una base a partir de la cual establecer una institución permanente,

alimentada por un flujo incesante de disidentes y protestantes contrarios a la Iglesia.
Aunque se ha afirmado que la sociedad secreta masónica se originó entre los constructores del Templo de Salomón o en los gremios medievales de canteros de Inglaterra, junto con otras proposiciones todavía más irreales, ningún inicio que no sea el de los Caballeros Templarios proporciona explicaciones tan claras de los significados perdidos de los símbolos masónicos del círculo y del mosaico en el piso de la sala de la logia o del mandil de piel de oveja y los guantes que integran la indumentaria de la masonería. El compás y la escuadra aparecen alegóricamente como el Sello de Salomón inconcluso, como símbolo directo del templo inconcluso. El compás y la escuadra ocultos en el Sello de Salomón proporcionan un nexo gráfico imposible de ignorar, un nexo entre la insignia principal de la francmasonería y la interrupción de la construcción del Templo de Salomón en la leyenda de Hiram Abiff, simbolizado por el sello de Salomón inconcluso.
Esta leyenda que constituye el rasgo central de los ritos masónicos añade crédito al origen templario sobre todo porque se basa en un templo alegórico cuya construcción se detuvo debido a que se golpeó y asesinó al Gran Maestro Hiram Abiff. Sabemos que el verdadero Templo de Salomón se terminó por completo y se utilizó durante varios siglos. El Templo de Salomón que no se completó sólo puede ser la Orden de los Humildes Soldados de Jesucristo y del Templo de Salomón: los Caballeros Templarios. El Maestro muerto es sustituido por el iniciado a quien se confiere el grado de Maestro Masón. No sólo se convierte en Hiram Abiff en la representación ritual sino que también asume el objetivo interrumpido del Gran Maestro, la conclusión del Templo, al mantener viva y creciente la sociedad secreta y rescatar simbólicamente a la Orden del Templo de la supresión ordenada por el rey y por el Papa.
La leyenda también da al Gran Maestro el título de Maestro Constructor y la alegoría de la construcción del templo proporcionó la base para el surgimiento de la historia de protección de la sociedad secreta como una sociedad de canteros. Eran albañiles simbólicos que completaban en secreto un templo simbólico que el mundo creyó que se había destruido. Esa historia se usó para preservar los Antiguos Cargos y guías de la Masonería como si fueran las reglas para la conducción de un gremio medieval de albañiles. Las reglas de los gremios antiguos son bien conocidas y tienen poca relación con los Antiguos Cargos de la Masonería que están estructurados de manera muy clara para respaldar a una sociedad secreta de protección mutua. Ningún gremio requería que uno protegiera los secretos de un hermano, los que podrían costarle la vida o las propiedades si se descubrían, ni hubo jamás en ningún gremio con autorización regional ninguna disposición para proporcionar empleo, alojamiento y dinero a los hermanos del gremio de otras localidades que pasaban por allí.
El riesgo de perder la vida o la propiedad no constituía un temor vago, indefinido, sino un castigo muy específico impuesto por la Iglesia. El Concilio de Tolosa, convocado por el Papa en 1229, había decretado que cualquiera que albergara un hereje perdería su propiedad y sería castigado. Cualquier casa donde se encontrara un hereje se demolería y el terreno donde estaba sería confiscado por la Iglesia y además a los herejes y a sus protectores se les sentenciaría a muerte. Es evidente entonces que el secreto que podría causarle la pérdida de su vida y su propiedad a un ser humano era ser culpable

de herejía, acusación que nunca se presentó en contra de ningún gremio de artesanos. Los antiguos gremios fueron militantemente religiosos y todos se apegaban abiertamente a la Iglesia Católica Romana establecida. Ninguno pudo haber tenido o haber deseado un código de tolerancia religiosa que brindara una protección total a aquellos cuyas opiniones estuvieran de algún modo en conflicto con las enseñanzas de la Iglesia. Cualquier persona excomulgada habría tenido problemas en su relación personal con Dios una vez interrumpidos sus nexos con la Iglesia pero habría resuelto el problema sólo para responder a sus propias necesidades. Sin embargo los Templarios fueron destruidos como grupo por la Iglesia. Es poco probable que se haya llegado rápido a un consenso en la disidencia o la protesta, pero la necesidad de creer en Dios fue necesaria para dar solidez a los juramentos mutuos de secreto y apoyo. Su primera preocupación debió de haber sido salvar las vidas, no las almas, y una solución a la necesidad inmediata de juramentos comprometedores se encontró en la insistencia en que se manifestara abiertamente la creencia en Dios sin ningún requisito respecto de la manera personal de reverenciarlo o de las actitudes hacia la Iglesia establecida. Convencidos como estaban por la evidencia masiva de la capacidad que tenían las diferencias religiosas de provocar en los hombres una sed de sangre, los fugitivos necesitaban desesperadamente negarlas para mantener bien unido a su grupo. La respuesta radicó en prohibir los comentarios o incluso las discusiones sobre religión ya que a las creencias de cada cual se les confirió un respeto absoluto de parte de sus hermanos.

Hoy el credo masónico dice que la admisión está abierta para hombres de todas las creencias religiosas pero esa no debió haber sido la idea original en el siglo XIV poco después de que Eduardo I había expulsado de Inglaterra a todos lo judíos. Antes del surgimiento de sectas protestantes identificables con facilidad, sólo había un credo religioso, el catolicismo romano, por lo que las diferencias religiosas sólo podían haber sido las de diversas protestas contra las enseñanzas de la Iglesia, disidencia respecto de sus interpretaciones y razonamientos de las Escrituras y rechazo al estilo de vida e intereses materiales de la jerarquía eclesiástica. El rechazo de los templarios por la Iglesia, acompañado como estaba por el tipo de castigos ferozmente brutales que engendra odio y deseo de venganza, proporciona una base muy clara para la formación de una sociedad secreta con esa filosofía religiosa, lo cual no puede abordarse refiriéndose a ningún otro acontecimiento u organización de la historia británica. Para reforzar esta conclusión habrá que recordar el hecho de que los Templarios cruzados eran uno de los pocos grupos de Europa que en verdad habían experimentado y alentado la tolerancia religiosa. La Gran Mezquita de Acre se había convertido en una catedral cristiana pero se había dejado un área para el culto musulmán también. En el otro lado de la ciudad la mezquita al lado del pozo de Oxen se mantuvo para los musulmanes aunque se dejó un lugar para el culto de los visitantes cristianos. Resultaría difícil fantasear siquiera en la posibilidad de una Iglesia cristiana medieval en Europa que hubiera permitido la práctica de oficios judíos en sus instalaciones o que una sinagoga tuviera un crucifijo. En ese tiempo y en ese lugar el pensamiento mismo de la tolerancia era intolerable y además ilegal.

Finalmente el descubrimiento de los significados perdidos de los términos masónicos en el francés antiguo proporciona un apoyo vital a la hipótesis del surgimiento de la masonería entre los Caballeros Templarios que hablaban

francés y proporciona el marco temporal adecuado. No quedaba ninguna duda razonable de que la francmasonería se había originado en los apuros y la huida de los Caballeros del Temple, una organización singularmente equipada para formar rápido una sociedad secreta ya que su propia orden había funcionado en el secreto con claves, contraseñas y su propio sistema de espionaje.
Puede parecer que hay un gran salto desde la supresión de los Templarios en 1307 hasta la revelación pública de la francmasonería en 1717 sin ninguna evidencia de que haya habido masones en ese lapso de cuatrocientos años, pero no es verdad. Sí hay evidencia, pero como ningún historiador sospechó siquiera una conexión masónica, gran parte de esa evidencia se ha desestimado y no se ha hecho ninguna relación. Consideremos de nuevo la Revuelta Campesina de 1381 con sus alusiones a la masonería y sus misterios relacionados con los templarios. Por ejemplo la concentración de los ataques rencorosos en las propiedades de los hospitalarios, la toma increíblemente fácil de la Torre de Londres sin ningún propósito conocido sino el asesinato del arzobispo de Canterbury y del prior de la orden Hospitalaria, la protección especial de la principal Iglesia Templaria cuando los rebeldes quemaron todos los edificios a su alrededor. Luego está la evidencia inquietante de los dirigentes rebeldes que confesaron ser miembros de una gran sociedad que ningún historiador ha intentado siquiera definir. Una vez que se acepta el origen de la masonería en la sociedad secreta de los templarios fugitivos, es fácil concluir que la gran sociedad que envió a Walter a dirigir la rebelión y lo llamaba “Tyler” era descendiente directa de los fugitivos templarios y la predecesora de la sociedad secreta de la francmasonería.
Ese período preciso proporcionó también el puente para la siguiente evidencia de la existencia de los masones en los sacerdotes rebeldes y otras personas, influidos por las protestas en contra de la Iglesia y de su jerarquía del sacerdote inglés John Wycliffe. Los seguidores de las doctrinas de disidencia y protesta de Wycliffe formaron lo que los historiadores dicen que fue una sociedad secreta independiente conocida por quienes no formaban parte de ella como los “Lolardos” o “murmuradores” (ya que a algunos se les veía murmurar oraciones cuando iban caminando). El arzobispo Courtenay, quien se convirtió en el principal eclesiástico inglés sucesor del arzobispo a quien Wat Tyler le cortó la cabeza, identificó la existencia del grupo lolardo en la primavera de 1382, menos de un año después de la Revuelta Campesina. Los expulsó de Oxford e intentó acabar con el movimiento. Sin embargo el lolardismo sobrevivió a los esfuerzos de éste y los de otros dirigentes civiles y eclesiásticos durante los siguientes dos siglos volviéndose clandestino. Los lolardos efectuaban sus tareas en “conventículos” o reuniones secretas en una red de células por todo el país y de alguna manera lograron el apoyo de determinados miembros de la aristocracia, principalmente de la clase de los caballeros. Ningún historiador parece capaz de decirnos mucho de estas células más allá del hecho de que sí existieron, de que el movimiento se mantuvo vivo hasta bien entrada la reforma protestante (a la cual contribuyó mucho) y que los lolardos sí se lanzaron de modo abierto a la acción en varias ocasiones a lo largo de los años, más espectacularmente en la revuelta dirigida por Sir John Oldcastle en 1414. No parece razonable que dos sociedades secretas hayan existido una al lado de la otra en todos esos pueblos pequeños de Gran Bretaña sin ninguna relación entre ellas sobre todo cuando cada una tenía como tema central proveer de alojamiento para ocultar a los hermanos de

la ira de la religión del Estado. Debe considerarse muy probable que sólo haya existido una sociedad secreta con amplia difusión en Gran Bretaña y que las células lolardas de los primeros protestantes y la sociedad secreta que evolucionó hasta llegar a ser la francmasonería eran en gran medida una sola o por lo menos que estuvieron muy relacionadas. Si así fue, la Masonería Secreta desempeñó un papel de gran importancia en la Revolución Protestante en Inglaterra, por lo cual nunca se le ha dado crédito.
Si la idea de que las logias masónicas estaban basadas en las células lolardas parece demasiado especulativa, uno podría analizar determinadas actividades de los lolardos en Leicester y sus alrededores cuya crónica hizo Henry Knighton, un canónigo de la abadía de Santa María de esa ciudad. La siguiente es una serie de citas directas de esas crónicas, en forma abreviada:
"William Smith, llamado así por su oficio ("smith" significa "herrero") renunció a todos los placeres cuando enseñó el alfabeto y se dedicó a clérigo. Varios caballeros solían rodearlo para protegerlo de cualquier daño por sus enseñanzas profanas ya que tenían fervor por Dios pero no tenían instrucción, pues creían en lo que habían escuchado de boca de los falsos profetas. Asistían al sermón con espada y escudo para impedir cualquier objeción a la blasfemia.
Un tal Richard Wytestathe, cura y un tal William Smith solían realizar conjuros en la capilla de San Juan Bautista en las afueras de Leicester cerca del hospital de los leprosos. Aquí otros sectarios se reunían para efectuar sus conventículos (reuniones secretas) pues aquí había una fonda y alojamiento para ese tipo de visitante y allí tenían una escuela de doctrinas y opiniones malignas y un centro distribuidor de herejía. La capilla había sido consagrada a Dios pero ahora era un asilo para los blasfemos que odiaban a la Iglesia de Jesucristo.
Había en Leicester un sacerdote llamado William de Swynderby a quien la gente llamaba ermitaño porque alguna vez vivió como tal. Se reunió con William Smith en la capilla de San Juan Bautista cerca del hospital de leprosos y se asoció allí con otros seguidores de Wycliffe. Dirigía sus sermones contra el clero diciendo que sus integrantes eran malos y al igual que el resto de la secta decía que los fieles de una parroquia no necesitaban pagar diezmos a los impuros, a quienes no vivían allí o a quienes estaban impedidos para enseñar y predicar por ignorancia o por ser inaudibles ya que los otros seguidores de Wycliffe decían que los diezmos eran un regalo voluntario y que el pago a quienes vivían en el mal era connivencia. También predicaba que los hombres podían solicitar el pago de las deudas pero no demandar ni encarcelar por eso, que la excomunión por no pagar los diezmos era extorsión y que quien vivía de manera contraria a la ley de Dios no era sacerdote aunque estuviera ordenado.
John Buckingham, obispo de Lincoln, se enteró de esto y rápido lo suspendió de toda práctica en capilla, iglesia o cementerio, excomulgó a cualquiera que lo escuchara y envió noticia de ello a varias iglesias. El obispo lo citó para que acudiera a la Catedral de Lincoln y allí se le declaró públicamente convicto de herejía y errores y mereció ser pasto de las llamas.
Ese día el piadoso Duque de Lancaster casualmente estaba en Lincoln y a menudo protegía a los lolardos, ya que la suavidad del habla y los rostros de éstos le engañaban y engañaban a otros para que los consideraran santos de Dios. Persuadió al obispo de que diera a William una sentencia diferente".

Y así una vez más enfrentamos una serie de lo que algunos podrían llamar coincidencias pero que con la misma facilidad podrían llamar piezas de evidencia circunstancial. Un grupo de protestantes contra la Iglesia y su clero estaba basado en una capilla dedicada a San Juan Bautista, el santo patrono de la francmasonería. Realizaban reuniones secretas, predicaban en contra de las demandas legales para el pago de deudas, un precepto masónico básico, proporcionaban "alojamiento" a viajeros itinerantes que compartían su punto de vista, eran protegidos por caballeros de la localidad. Cuando se condenó a uno de ellos a ser quemado vivo por herejía, un duque estuvo a mano "por casualidad" para persuadir u obligar al obispo de Lincoln a que redujera la sentencia. Si reunimos todo esto, parecería que una "logia" masónica estaba activa en Leicester hacia fines del siglo XIV.

Si queremos más evidencia circunstancial posible podemos saltar hasta el siglo XVII a un acontecimiento que ocurrió generaciones después de que el movimiento lolardo había desaparecido por completo, aunque lo ocurrido parece relacionado de modo extraño con los acontecimientos de Leicester.

En su historia de una parte del reinado de Carlos I, *The King´s Peace 1637-1641*, la investigadora C.V.Wedgwood incluyó esta interesante anécdota: Parece ser que a William Loud, arzobispo anglicano de Canterbury, le preocupaban los informes acerca de un creciente número de reuniones secretas en "conventículos" por todo el reino durante el año anterior. Su paciencia se agotó cuando arrestaron a un hombre llamado Trendall que estaba en Londres, lejos de su lugar de origen, y predicaba en contra de la jerarquía de la Iglesia. El arzobispo determinó quemar en la hoguera a Trendall como ejemplo para los demás pero había pasado una generación desde que se había quemado a un hereje en Inglaterra. Loud escribió al anciano arzobispo de York pidiéndole detalles sobre cómo llevar a cabo dicho acto pero nunca se efectuó. De alguna manera el señor Trendall se libró de correr esa suerte. Lo único que se sabe de él es que había sido un *cantero* originario de Dover.

Hemos visto que John Locke incorporó cargos masónicos en la constitución que redactó para la colonia propuesta de Carolina del Sur más de medio siglo antes de que la francmasonería se volviera pública, incluyendo la prohibición de hacer demandas legales por daños monetarios. Tal vez ésta no sea sino otra de las docenas de coincidencias que hemos tenido que enfrentar, pero Carolina del Sur se convirtió en un bastión de la francmasonería en Estados Unidos y lo sigue siendo. La ciudad de Charleston fue el puerto de entrada para lo que llegó a ser la Masonería de Rito Escocés cuando la introdujeron proveniente de Francia.

Antes de Locke y Loud remontémonos a un siglo antes de que se revelara la francmasonería. Encontramos amplia evidencia masónica en los escritos de Sir Francis Bacon, un científico, filósofo y político de las cortes de Isabel I y Jaime I. Sus ensayos nunca se oponen a los principios masónicos ni a las actitudes masónicas respecto de la ciencia y la religión. De acuerdo con la advertencia masónica de corregir con firmeza la conducta errónea de un hermano pero hacerlo en tono amistoso y siempre hablar bien de un hermano y acrecentar su buena reputación. Bacon escribió: "Y es indudable que la Luz que un hombre recibe gracias al consejo de otro, es más brillante y más pura que la que proviene de su propia comprensión y juicio (...) lo más profiláctico para mantener la mente sana es la advertencia leal de un amigo" y "difícilmente puede un hombre afirmar sus propios méritos con modestia, mucho menos

ensalzarlos: un hombre no debe suplicar o rogar... Sin embargo todas estas cosas son gratas en boca de un amigo, las mismas que abochornan en boca de uno mismo".

Todavía más relacionado on el tema es la obra de Bacon llamada *La nueva Atlántida* que se publicó en 1627, un año después de su muerte. La obra contiene la idea de Utopía de Bacon: una isla desconocida guiada por una sociedad ilustrada, descrita desde el punto de vista de un caballero náufrago. Uno de los funcionarios le explica: "Nosotros los de esta isla de Bensalen (pues así la llaman en su idioma) tenemos esto y gracias a nuestra situación solitaria y a las leyes de secreto que rigen para nuestros viajeros y para los pocos extranjeros admitidos, conocemos bien la mayor parte del mundo habitable y a nosotros no se nos conoce".

Más adelante Bacon profetiza sobre el Colegio Invisible de los masones científicos que fundaron la Real Sociedad y cuya primera reunión "conocida" se efectuó en 1645 aunque esta narración sugiere que tal vez haya sido antes de esa fecha. Al relatar la historia de la isla secreta, el funcionario menciona a un gran rey de la antigüedad que había aportado leyes prudentes a su pueblo: "Debéis comprender (queridos amigos míos) que entre los actos excelentes de ese rey uno sobresale. Fue la creación e institución de una Orden o Sociedad a la que llamamos *Casa de Salomón*; la fundación más noble (según creemos) que haya habido sobre la Tierra y la linterna de este reino, dedicada al estudio de las obras y criaturas de Dios. Algunos consideran que el nombre del fundador está un tanto alterado ... pero los registros lo escriben como se pronuncia. Por lo tanto para mí es una forma de llamar al rey de los hebreos que para vosotros es famoso y no es un extraño para nosotros".

Se explica además que cada doce años (que nos recuerda a los doce Compañeros que envió Salomón, en grupos de tres, en busca de Hiram Abiff) salen al mundo dos barcos en busca de conocimiento: "Que cada uno de estos barcos debía cumplir una misión de tres de los miembros o hermanos de la Casa de Salomón cuya tarea consistía sólo en informar sobre los asuntos y la situación de los países adonde se les enviaba, en especial acerca de las ciencias, artes, manufacturas e invenciones de todo el mundo y además debía traer libros, instrumentos y modelos de todo tipo...".

Luego Bacon reduce todo a un resumen masónico: "Sin embargo podéis ver que mantenemos un comercio no por oro, plata o joyas, no por sedas, no por especias ni por otro bien material sino sólo por la primera cosa creada por Dios que fue la Luz".

Como aspecto secundario sobre la religión en el reino místico, Bacon menciona que algunos judíos viven en la isla, que son libres de practicar su religión sin que los obliguen a convertirse y que, a cambio, "conceden a nuestro Salvador muchos grandes atributos". Se entera de esto por medio de un mercader judío llamado Jeabin, cuyo nombre parece haber sido creado por Bacon a partir de Jachin y Boaz, los nombres de las columnas que flanqueaban la entrada del Templo de Salomón, nombres que también se han aplicado a secretos y saludos de mano masónicos. Todo esto nos lleva a la firme conclusión de que la francmasonería estaba allí mezclándose con personas como Drake, Hawkins y Raleigh en la corte de Isabel I y frustrando tanto secreta como públicamente las ambiciones católicas de los jesuitas y de Felipe II de España de regresar Inglaterra a la autoridad de la Iglesia romana.

No cabe duda de que surgirían muchas más claves de la existencia y actividades de la Masonería Secreta si por lo menos se alentara a unos cuantos estudiantes de la historia británica para que sintonizaran su mente con la longitud de onda de la conexión masónica.
Por supuesto, en contraste con la carencia casi total de una documentación histórica reconocida sobre la existencia de la Masonería Secreta, quienes están familiarizados con la historia masónica saben que hubo afirmaciones frecuentes después de que la masonería se volvió pública acerca de una conexión de los Templarios con la Masonería. Hemos visto una de ellas en la Masonería de Observancia Estricta, de corta existencia, la cual afirmaba que los Templarios fugitivos habían viajado a Escocia donde se unieron a un gremio de canteros. Otra afirmación que también surgió en Francia, refería que mientras estaba prisionero Jacques de Molay había firmado un documento en el que nombraba a un tal Johannes Marcus Larmenius su sucesor como Gran Maestre de los Templarios y que desde esa fecha había habido una sucesión secreta ininterrumpida de grandes maestros. Todo esto aparecía en un documento llamado *La cédula de transmisión de Larmenius*, una falsificación evidente según se demostró en la actualidad. Hoy se guarda en la sala Mark de los masones en Londres. Otros vieron la conexión templaria con la masonería en la Oración de Ramsay aunque éste nunca mencionó por su nombre a los Templarios. Algunos masones decían que esas afirmaciones no eran más que un complot jesuita para dañar a la francmasonería porque en ese tiempo se creía que los Templarios habían sido culpables de todas las acusaciones de arrogancia, subversión y herejía dirigida contra ellos. Esa idea de la culpa templaria se mantenía viva y adquirió un carácter dramático cuando el francmasón Sir Walter Scott convirtió a los Caballeros del Temple y en especial a su Maestro inglés en los siniestros villanos de su popular novela *Ivanhoe* y presentó al Gran Maestro Templario de Tierra Santa como un hombre maligno en *El Talismán*. A historiadores posteriores que estudiaron los juicios contra los templarios les tocó determinar que no habían sido enemigos de la Iglesia sino más bien sus víctimas.
En cierta forma la antigua relación de los templarios y los francmasones se ha mantenido viva como idea pero sin ninguna prueba documental. La respuesta de algunos de los que estaban convencidos de la idea consistió en tratar de crear pruebas y cuando se demostró que eran falsas la conexión templaria perdió toda credibilidad. Una teoría proponía, por ejemplo, que los templarios habían escogido deliberadamente la mezquita de al-Aqsa como su cuartel general porque estaba en el sitio del Templo de Salomón y que en sus reuniones secretas los templarios mantenían viva la orden de la francmasonería fundada durante la construcción del templo. Cuando se evidenció que la masonería no tuvo ninguna conexión con la construcción del verdadero Templo de Salomón, también se expuso como espúrea la conexión templaria. Con el tiempo los intentos de vincular a la masonería con los Caballeros del Temple mediante la fantasía y la falsificación parecieron acabar con cualquier posibilidad de descubrir los verdaderos orígenes masónicos y dirigió a los investigadores a alegatos cada vez más exagerados sobre el surgimiento de la masonería entre los steinmetzen (canteros) de Alemania, los caldeos, los esenios y los druidas, de lo cual no existe el menor rastro de evidencia.

A partir de la explosión de la masonería francesa que siguió a la oración de Ramsay, se desarrollaron las Órdenes Masónicas de Caballería, incluyendo una serie de grados secundarios en las órdenes masónicas de los Caballeros de Malta y los Caballeros del Temple. La orden original de los Caballeros de Malta cuyo nombre proviene del nombre más antiguo de los Hospitalarios de San Juan, aún existe reconocida por el Vaticano como un estado soberano y con sede en Roma, en un Palacio cedido a la Orden como parte de la propiedad confiscada a los templarios. Aparentemente la afirmación de Ramsay de que los cruzados masónicos habían efectuado una alianza con los Caballeros de Malta se tomó como justificación para crear una nueva Orden de Malta como parte de la francmasonería. En cuanto a los Caballeros Templarios Masónicos, aparecieron por primera vez en Alemania luego se expandieron por Francia y con variaciones estaban establecidos en Estados Unidos antes de 1770 y en Gran Bretaña hacia 1778. Ninguna de esas órdenes se basaba en el verdadero origen de la masonería: la huida de los Templarios de las garras del papa Clemente V. Aunque las órdenes templarias masónicas enseñan la historia de la supresión de los templarios y tienen grados de venganza centrados en el desquite por la muerte de Jacques de Molay, nuestra investigación ha señalado que un francmasón en realidad está más cerca de "ser" Caballero del Temple cuando lo ascienden al grado de Maestro Masón en el ritual basado en acontecimientos verdaderos aunque sólo se recuerden alegóricamente, que cuando está en una orden creada mucho después del hecho y que no contiene ningún conocimiento o reconocimiento del verdadero nexo entre los templarios y el nacimiento de la orden masónica. Un aspecto interesante es que la exigencia para ser miembro de las Ordenes Masónicas de Caballería es que se haga caballero al iniciado. De hecho, fuera que se buscara la admisión en la orden original de los Caballeros del Temple o en la de los Caballeros de Malta (hospitalarios), su requisito inflexible era que el candidato ya perteneciera a la clase caballeresca. La membresía no convertía a un hombre en un caballero, sino a un caballero en monje, transformación que no agradaría al grueso de los miembros actuales de la fraternidad. Además no nos hemos ocupado de los grados secundarios que están más allá de la Logia Azul básica de la masonería porque no se relacionan con ninguno de los misterios de la Masonería Secreta anterior a 1717 ni tampoco, como sociedades "fabricadas", tienen ningún misterio propio no resuelto ni ninguna conexión directa ya sea con la antigua Masonería Secreta o con los originales Caballeros del Temple. Esas conexiones cesan con los tres grados básicos de la masonería.

En cuanto a la masonería básica, de qué manera se vería afectada por el descubrimiento de que se desarrolló a partir de una sociedad protectora formada por los templarios fugitivos y no a partir de los gremios medievales de canteros? Debería abandonarse el trabajo actual? Por supuesto que no. La historia de protección sobre los canteros es una parte importante de la tradición masónica. En los remotos días en que la cristiandad tuvo que funcionar como una sociedad secreta, adoptó la historia de protección de que eran "pescadores". La preservación de esa historia en símbolos y en cantos e incluso en la decoración de las iglesias, enriquece el tejido de la tradición religiosa al igual que ocurre con la representación alegórica de la Iglesia como pastor de un rebaño, como dijo Jesucristo: "Alimentad a mi rebaño". Todo el simbolismo y ritual tradicionales debería permanecer intacto aunque la

aceptación de los hallazgos de este libro exigiría cambios en algunos aspectos de los discursos masónicos. Esos cambios ampliarían y enriquecerían las tradiciones de la orden e incluso podrían acrecentar la membresía al poder citar orígenes que son al mismo tiempo más razonables y más interesantes que los que se recita hoy a los nuevos miembros. Los secretos que salvan la vida de un hombre son más de respetar que los secretos de un oficio y una señal secreta de reconocimiento es más espectacular cuando se usa para identificar a un hermano de sangre que para reconocer a un compañero que tiene un cincel. También los Antiguos Cargos se desplazan desde atrás de la historia de protección para manifestarse como las reglas básicas de una hermandad basada en la preservación de la vida misma. Nada sobre los orígenes templarios se aparta de la masonería. De hecho se añade mucho, en especial en lo que se refiere a la comprensión del origen de la misma, de sus propósitos y del tejido de libertad religiosa que fue suficientemente importante en su tiempo, tanto que los hombres arriesgaron sus vidas y su libertad durante siglos al abrigo de las metas comunes que forjan la verdadera hermandad. Ponían sus vidas en manos de los otros hermanos con votos de seguridad, secreto y apoyo y tal vez no sería malo recordarle a la hermandad que el mundo todavía no está en una situación tal que podamos suponer que la libertad de cultos esté universalmente aceptada y por lo tanto no sea necesario mantenerla como propósito central de la orden, tal como era en los tiempos de la Masonería Secreta. En lo que concierne a ese principio básico, el Templo de Salomón inconcluso sigue estándolo.

CAPITULO 23
EL PENDULO PROTESTANTE

Al revisar con algunos francmasones y otras personas la conclusión de que el propósito central de la Masonería Secreta había sido la protección de sus miembros ante la posibilidad de que los descubriera y castigara la Iglesia establecida, varios preguntaron cómo podía ese objetivo haber mantenido unida a la Masonería Secreta durante dos siglos después de que Enrique VIII sacó a Inglaterra de la supremacía de la Iglesia romana, período durante el cual esa protección secreta ya no se requirió. Por qué necesitaron los masones aguardar doscientos años hasta 1717 para darse a conocer? Una intuición común, por lo menos en Estados Unidos, fue que Inglaterra había cesado de ser católica durante el reinado de Enrique VIII y se había vuelto irrevocablemente protestante como si se hubiera girado un interruptor. Un breve vistazo al clima religioso prevaleciente en Gran Bretaña desde el primer rompimiento con Roma hasta 1717 debe poner en claro la respuesta a la importante pregunta sobre la oportunidad con que la francmasonería abandonó el secreto total.

El 22 de agosto de 1485 el rey Ricardo III de Inglaterra perdió su trono y su vida en la batalla de Bosworth. El vencedor fue Enrique Tudor, en conde galés de Richmond, el cual ascendió al trono como Enrique VII. Tenía que consolidar su posición no sólo dentro del país como nuevo rey sino también entre las naciones de Europa como fundador de una nueva dinastía. Su primera medida eficaz fue casarse con Isabel de York, heredera de sus mayores rivales en Inglaterra. Volvió luego los ojos al continente en busca de alianzas, estaba deseoso de establecer un fuerte lazo con el reciente poderío español, creado con el matrimonio del rey Fernando de Aragón y la reina Isabel de Castilla quienes ganaban territorio haciendo retroceder a los moros en España. Le encantó arreglar el compromiso de su hijo mayor, el príncipe Arturo, con la princesa Catalina de Aragón, hija de Fernando e Isabel. A su hijo menor, Enrique, se le preparaba para el servicio eclesiástico, lo cual era equivalente a una alianza con Roma. Casó a su hija Margarita con el rey Jaime IV de Escocia. Prometió en matrimonio a su hija María con el rey de Francia, de mucha más edad, quien murió apenas unos meses después del matrimonio. Luego la casó con el duque de Suffolk, unión que produjo a la trágica Lady Jane Grey.

La principal alianza europea de Enrique Tudor pareció desmoronarse con la muerte por tuberculosis del príncipe Arturo en 1502. El segundo hijo, Enrique, era ahora el heredero del trono pero no podía mantener la alianza con Fernando e Isabel casándose con la viuda de su hermano porque la Iglesia sostenía que el matrimonio con un pariente político era tan incestuoso como el matrimonio con un pariente cercano. El hecho fue que Enrique VII y Fernando unieron esfuerzos para obtener una dispensa papal que desechara esa política eclesiástica y lo lograron. El trono inglés pasó en 1509 a Enrique VIII que tenía dieciocho años y antes de que pasaran seis semanas se casó con la viuda Catalina de Aragón con el beneplácito de la Santa Sede.

El firme establecimiento de la dinastía Tudor fue para él una preocupación tan importante como había sido para su padre, pero Enrique VIII y su reina no parecían capaces de engendrar un heredero sano. En dieciocho años de matrimonio, la reina tuvo una serie de abortos o daba a luz fetos muertos. Sólo

uno había sobrevivido a los dolores del nacimiento en 1511, para morir un mes y medio después. Luego, en 1516, nació una hija que sobrevivió y parecía sana: la princesa María. Por fin Enrique se convenció y trató de persuadir a otros de que Dios le estaba negando un heredero varón como castigo por el grave pecado de casarse con la viuda de su hermano. Su solución fue presentar una petición al papa Clemente VII para que anulara la anterior dispensa papal que había permitido el matrimonio fuera de las reglas de la Iglesia, un acto que nulificaría su largo matrimonio improductivo con Catalina de Aragón y volvería ilegítimo el nacimiento de la princesa María.
Enrique pudo haber logrado lo que se proponía pero lo hizo en mal momento. El emperador Carlos V había invadido Italia y se encontraba en Roma con su ejército. No estaba dispuesto a permitir que el papa cancelara el matrimonio legal de la reina de Inglaterra, su tía. La disputa subió de tono a lo largo de cinco años, tiempo durante el cual Enrique VIII decidió casarse y se casó con Ana Bolena, madre de la futura reina Isabel I.
El fracaso del cardenal Thomas Wolsey, canciller de Enrique, por no lograr la rescisión de la dispensa papal, produjo su caída para gran satisfacción de muchos en la corte inglesa. El poder de Wolsey había sido grande y su codicia era legendaria. Más de mil sirvientes se ocupaban de satisfacer sus necesidades en diversos palacios, incluyendo el magnífico Hampton Court que había construido para sí mismo con los ingresos tanto de la Iglesia como del Estado. Había enriquecido a su hijo ilegítimo con beneficios eclesiásticos que aportaban al joven afortunado la increíble suma de más de dos mil setecientas libras al año, más que suficiente para despertar la envidia y enemistad de barones y condes. Y luego estaba la cuestión de las tierras. Parecía que la Iglesia no se satisfacía al respecto y raras veces se desprendía de alguna hectárea. Ni siquiera lo hacía por venta. Se le donaban tierras, adquiría tierras y se apropiaba de tierras como pago de multas y castigos. Por esas tierras en general no se pagaban impuestos y una gran parte de los ingresos que de ellas se obtenían iban a Roma o a manos de poseedores ausentes que disfrutaban de beneficios ingleses.
El caso es que por sí solo Enrique no hubiera podido romper con Roma pero en la atmósfera que rodeaba a la Iglesia en Inglaterra tenía apoyo en todos los niveles de la sociedad. Enrique VIII tampoco tenía en mente crear una Iglesia Protestante cuando rompió con Roma. Se consideraba a sí mismo un católico muy devoto en todo, excepto en lo que respecta a la supremacía papal. Se enorgullecía de que el papa León X le hubiera otorgado el título de Defensor de la Fe como premio por su tratado escolástico *En defensa de los siete Sacramentos*, una obra que exponía y condenaba categóricamente las herejías del monje agustino Martín Lutero. Respaldaba la idea de la muerte en la hoguera como castigo adecuado para quien desconociera la doctrina de la transubstanciación. Lo que Enrique quería era que hubiera una Iglesia católica inglesa (anglicana) administrada por el soberano de Inglaterra, en vez de una Iglesia católica romana administrada por un papa extranjero. Los protestantes y disidentes de la doctrina católica en Inglaterra tenían tanto que temer de Enrique VIII como de Clemente VII. El papa declaró que los súbditos de Enrique VIII ya no disfrutarían de la protección papal para que no los esclavizaran otros cristianos y que cualquier conquistador de los ingleses tenía ahora el derecho de venderlos en los mercados de esclavos. Enrique permitió la publicación y distribución de *La Biblia* en inglés pero llegó a lamentarlo.

Posteriormente trató de limitar su uso a las clases privilegiadas pero fue demasiado tarde: otra generación había probado el fruto del árbol del Conocimiento y quería más.
Además estaba el asunto de todas esas tierras. Los cortesanos que rodeaban a Enrique VIII nunca se cansaban de recordarle cuántos caballeros, barones y condes leales podrían mantenerse mediante una redistribución de esa riqueza casi incontable: más de la tercera parte de las tierras de todo el país. También señalaban la posibilidad que cada centro monástico conspirara y se dedicara a la subversión para que el país volviera a estar bajo la supremacía de Roma. Las comunidades religiosas poco podían ofrecer en descargo ya que las generaciones dedicadas a una vida ociosa con ejércitos de siervos, villanos y sirvientes habían vuelto indolentes y a menudo abiertamente inmorales a muchos. Entre 1536 y 1539 se disolvieron los monasterios. El rey no retuvo para la corona todas las tierras sino que vendió algunos latifundios a precios bajos a sus partidarios, con lo que se afirmaban en su determinación de mantener a Inglaterra separada de Roma. La obtención de ganancias provocó una gran euforia anti-romana durante la mayor transferencia de títulos de propiedad desde Guillermo el Conquistador en 1066.
Estos terratenientes proporcionaron un sólido respaldo al hijo de Enrique, Eduardo VI, quien llegó al trono en 1547 a la edad de diez años. Sólo gobernó seis años y murió poco después de cumplir los dieciséis, pero por sus propias tendencias y las de sus consejeros abrió las puertas a la reforma protestante. Revocó las leyes contra la herejía. En el segundo año de su reinado Inglaterra vio la publicación del *Book of Common Prayer* del arzobispo Cranmer, en inglés, el cual presentaba un programa de veneración uniforme a la Iglesia inglesa el cual difería tanto de la práctica romana que provocó una rebelión armada casi inmediata en el suroeste de Inglaterra.
Cuando el joven rey estaba muriendo de tuberculosis, su principal protector el duque de Northumberland utilizó la devoción del rey por la reforma de la Iglesia para implantar un esquema propio. Con base en el hecho que María, la media hermana de Eduardo, heredera del trono, era una firme católica, Northumberland hizo que Eduardo VI designara a su prima Lady Jane Grey como heredera de la corona. Era sólo la quinta en la línea de sucesión pero la primera según los esquemas de Northumberland pues había dispuesto casar a su hijo con ella.
La muerte segó la vida de Eduardo VI en 1553. Enrique VIII había dejado una Inglaterra católica-anglicana. Eduardo VI la había desplazado en dirección del protestantismo.
El plan del duque de Northumberland de ser el verdadero poder tras la reina Juana I se vino por tierra en menos de una semana y le costó la cabeza. Lady Jane Grey se sentó en el trono de Inglaterra sólo nueve días antes de ser depuesta por el derecho sucesorio superior de María, la hija de Enrique, la cual reinó durante cinco años como María I pero casi siempre se le denomina “María Sangrienta” (Bloody Mary). La nueva reina había obtenido apoyo al prometer la tolerancia religiosa y lo que era más importante al asegurar a los grandes señores que no tendrían que devolver las tierras monásticas que habían adquirido con tan gran ventaja. Cumplió esta última promesa pero pasó por alto la primera. Derogó las leyes anti-católicas iniciadas por su padre y su hermano y restauró la supremacía de Roma en la Iglesia inglesa con un espíritu de dedicación despiadada. Veía cualquier oposición a la Iglesia romana

como traición y herejía. Quemó en la hoguera a los obispos anglicanos Latimer y Ridley en Oxford en 1555. Como gracia permitió que les pusieran sacos de pólvora que les colgaban del cuello y al año siguiente quemó al arzobispo Cranmer en el mismo lugar. Isabel I ordenó trescientas ejecuciones durante sus treinta años de reinado. En sólo tres María logró la misma marca. Buscando un monarca católico que gobernara a su lado se casó con el rey de España e insistió en que reinara como rey de Inglaterra y no como príncipe consorte, una idea que ni siquiera sus súbditos católicos podían aceptar con facilidad debido a sus temores respecto del dominio político español. María creó un reino de terror, con ejecuciones en la hoguera y decapitaciones que llevaron a los disidentes de la Iglesia romana a guardar un secreto más profundo que nunca.
Una de las cabezas que se esperaba que cayera en cualquier momento era la de la hermana menor de María, Isabel, una protestante secreta que preservó su vida adoptando una actitud de servilismo total y haciendo que se oficiaran misas todos los días en su casa de campo. Estaba decidida a que no se encontrara una católica más devota que ella en Inglaterra, lo que constituía su única esperanza para protegerse de su sangrienta hermana.
En consecuencia casi todos, incluyendo el papa, supusieron que al ascender al trono como Isabel I seguiría manteniendo la posición exclusiva de la Iglesia romana en Inglaterra. De hecho se hicieron negociaciones con el objeto de establecer su compromiso matrimonial con Felipe de España, un paladín de la Iglesia. Sin embargo paso a paso se fueron manifestando los verdaderos sentimientos de Isabel a medida que organizaba su corte alrededor. Reinstauró las leyes en contra de la Iglesia promulgadas por su padre y su hermano, las mismas que la reina María había derogado y finalmente fue excomulgada por el papa quien decretó que los ingleses católicos ya no le debían fidelidad ni obediencia a la reina. El rompimiento definitivo con la Iglesia hizo que Isabel tuviera tres enemigos católicos romanos decididos, uno en el norte, uno en el sur y uno en la clandestinidad.
La amenaza del norte era la posibilidad de asesinato, porque la heredera del trono en caso de que Isabel muriera era su prima María Estuardo, reina de los escoceses, la cual era una fiel católica y podía contar con ayuda de la Iglesia y de las monarquías católicas del continente. En 1569 estalló una rebelión dirigida por los condes católicos del norte de Inglaterra y en los siguientes años se vio una oleada de conjuras para asesinar a la reina inglesa. En 1586 María Estuardo tontamente permitió que se la asociara con un grupo dirigido por un católico iracundo llamado Anthony Babington quien logró que sus seguidores hicieran la promesa de asesinar a Isabel. Aunque ésta trató de no involucrarse personalmente, se arrestó a María Estuardo por el delito de alta traición y al año siguiente se le ejecutó.
Al sur el enemigo era el rey Felipe de España, Su Catoliquísima Majestad, que intelectualmente estaba dedicado a destruir a la reina hereje de Inglaterra y económicamente se hallaba exasperado por los triunfos marítimos de Drake, Hawkins, Grenville y Raleigh, quienes habían desafiado con éxito la supremacía de España en las Américas. No bastaba con darles una lección a los ingleses, había que invadir y conquistar el reino insular y someterlo a la supremacía de Roma. Hacia mayo de 1588, Felipe estaba preparado. Había reunido una fuerza naval de ciento treinta barcos incluyendo galeones portugueses y venecianos. Su intención era transportar veinte mil soldados, luego recoger a dieciséis mil más de los Países Bajos (pertenecientes a la

corona española) e invadir la costa sur de Inglaterra. Por fortuna para Inglaterra, la Armada Española estaba mal planeada, mal dirigida y corrió con mala suerte. Los ingleses causaron estragos con sus naves más rápidas y sus cañones de mayor alcance y los vientos favorecieron a sus naves de combate. Cuando los españoles se regresaban navegando por el norte entre Escocia e Irlanda fueron dispersados por el violento Viento Protestante que soplaba desde las costas rocosas y resintieron más los embates del clima que los del enemigo. La población anti-romana de Inglaterra se regocijó con la confianza de que Dios estaba de su lado.

No era tan fácil acabar con el tercer enemigo. Se trataba de la Orden de los Jesuitas, dedicados y bien entrenados, que preparaban a varios de sus soldados de Jesucristo específicamente para que trabajaran encubiertos en Inglaterra donde debían organizar a los católicos nativos, dirigirlos y quitar a Isabel de su trono herético asesinándola si fuera necesario. En algunos casos los jesuitas actuaban de manera abierta disfrazados de mayordomos u otro tipo de sirvientes de la nobleza católica. Muchos se mantenían ocultos, oficiaban misa en casas particulares, listos para correr a sus refugios secretos, a las "madrigueras de curas" cuando se acercaban los perseguidores. Muchos de esos refugios eran extraordinariamente ingeniosos pero no más que los que planeó y construyó en las casas de católicos leales el maestro de las madrigueras de curas, Nicholas Owen. Fue capturado, torturado y ejecutado en 1606 pero sus servicios poco usuales no se olvidaron y le canonizaron como santo de la Iglesia católica romana más de trescientos sesenta años después en 1970.

Durante el reinado de Isabel I, Inglaterra se inclinó más hacia el protestantismo aunque mucho más de lo que la reina tenía en mente. Si bien ella llegó lejos, tuvo súbditos que quisieron ir más allá. Algunos rechazaban no sólo el predominio de la Iglesia de Roma sino también el gobierno de la Iglesia inglesa mediante el trono. En consecuencia el reinado de Isabel vio el nacimiento del puritanismo y de la idea del presbiterio, la conducción de la congregación mediante sus propios ministros y ancianos. La reacción violenta de los puritanos en contra de la riqueza de las ceremonias, indumentaria y ornamentos de las iglesias introdujo en el protestantismo una nota de rigurosa austeridad. Su influencia se difundió en el Parlamento y también por todos los pueblos y aldeas. Para ellos la Iglesia anglicana y su jerarquía no sólo eran demasiado parecidas al catolicismo romano sino contrarias a las Escrituras. Sin embargo se parecían mucho a los papas medievales en una cosa: afirmaban el derecho a determinar la moralidad y el derecho a castigar a quienes se apartaban de esa determinación.

La situación religiosa que dejó Isabel a su muerte en 1603 era la siguiente: los católicos romanos sometidos, los católicos anglicanos con el control de la corte y los nuevos protestantes en ascenso, una agitación que llevó a más agitación y finalmente a la guerra civil. Entre tanto la casa de los Tudor dio paso a la casa de los Estuardo y a la unión de las coronas inglesa y escocesa en la persona de un monarca de quien Thomas McCaulay dijo: "estaba formado por dos hombres, un hombre de letras ingenioso y culto que escribía, discutía y peroraba y un idiota nervioso y babeante que actuaba".

Jaime I de Escocia era hijo de María Estuardo y bisnieto de Enrique VII. Las dinastías Estuardo de Inglaterra y Escocia se reunieron en él cuando asumió la corona inglesa como Jaime I a la muerte de la reina Isabel en 1603. Se sintió

feliz de abandonar a los irritantes presbiterianos que se estaban expandiendo rápido en Escocia pero no muy contento con la creciente secta puritana que encontró en Inglaterra. En cuanto a él, le encantó fungir de dirigente de la Iglesia anglicana aunque glorificaba esa función más que quienes lo rodeaban cuando escribió: “Los reyes son las imágenes vivientes de Dios en la Tierra”.
La posición católica secreta del reinado de Isabel prosiguió con todo y conjuras de asesinato y culminó con el esquema de un grupo de católicos que alquiló un sótano para carbón debajo de la Cámara Parlamentaria. Llenaron el sótano de barriles de pólvora pues planeaban volar al rey y a todo el Parlamento puritano-anglicano en su primer día de funciones el 5 de noviembre de 1605. Se descubrió la conjura, se sacó la pólvora y se arrestó y ejecutó a un conspirador: Guy Fawkes. La única explosión provocada por la conjura de la pólvora fue una ira intensificada en contra de los católicos. Hasta hoy cada 5 de noviembre Inglaterra recuerda a Guy Fawkes con fuegos artificiales y con hogueras donde se quema un monigote relleno. Actualmente todo el mundo supone que el monigote representa a Guy Fawkes pues se ha olvidado que hasta hace unas cuantas generaciones en muchos poblados ingleses el punto culminante del festejo del Día de Guy Fawkes era la quema de la efigie del Papa.
Jaime I no se llevaba bien con la Cámara de los Comunes ni con el creciente número de puritanos que había en ella pero sí se dejó persuadir de que los británicos como individuos se beneficiarían con el estudio de La Biblia. Autorizó que un grupo de eruditos la tradujera al inglés y la versión del rey Jaime de La Biblia se volvió un inmediato éxito de librerías. Hasta hoy sigue siendo el libro más vendido de los que se han publicado. Por desgracia desde su punto de vista fomentaba la causa del protestantismo. Los hombres podían leer, valorar, discutir y unirse con otros que hubieran llegado a conclusiones bíblicas similares, conclusiones que en la época de Jaime I provocaron a veces persecuciones como la que inició el viaje del Mayflower durante su reinado.
Al morir en 1625, Jaime I dejó un reino británico unido que había experimentado un nuevo odio y temor al catolicismo romano. La Iglesia anglicana era la religión oficial del Estado, pero los nuevos movimientos protestantes estaban ejercitando sus músculos en los condados y sobre todo en la Cámara de los Comunes.
Su sucesor el rey Carlos I había sido descrito como “un joven piadoso de veinticuatro años”. Es posible que lo haya sido pero toda su vida vivió como si el mundo real estuviera envuelto en una niebla que nunca pudo atravesar. Se casó con la muy católica princesa Enriqueta María de Francia y en apariencia no logró entender por qué sus barones y parlamentarios anglicanos expresaban su preocupación por la afluencia de católicos extranjeros en la Corte Inglesa. En conflicto con la Cámara de los Comunes, la cual podía fijar impuestos por su cuenta, Carlos obtuvo fondos para la corona mediante sus propios esquemas ingeniosos, por ejemplo la imposición de cuotas elevadas para el otorgamiento del título de caballero y luego la de fuertes castigos para los señores ricos que declinaban ese caro honor. Su principal consejero en asuntos de religión fue el arzobispo Loud, quien se esforzó por restaurar los ritos complicados y las vestimentas elaboradas en la Iglesia inglesa, contrarios al punto de vista de los parlamentarios puritanos. Loud impuso sus ideas rituales en la Iglesia de Escocia y el resultado fue una rebelión armada. Carlos I rechazó las pretensiones del Parlamento de opinar respecto de la estructura o conducción de la Iglesia anglicana y de tener algún control sobre lo militar. En

su opinión la Iglesia y el ejército le incumbían sólo al rey. La disidencia creció hasta el día de enero de 1642 en que el rey entró en la Cámara de los Comunes con una guardia armada con la intención de arrestar personalmente a cinco parlamentarios. Ninguno de ellos estaba presente y lo único que Carlos obtuvo a cambio de su irrupción dramática en la sesión fue un regaño de parte del presidente (desde ese día hasta la fecha ningún soberano inglés ha cruzado el dintel de la Cámara de los Comunes). Hacia agosto de ese año, la situación había degenerado en guerra civil con Carlos I de un lado, respaldado por la Iglesia, la Universidad de Oxford y la nobleza rural del norte y del oeste; del otro lado la puritana Cámara de los Comunes podía recurrir a la riqueza de las ciudades comerciales del sur, incluyendo Londres. Carlos tenía el respaldo de las ideas, los Comunes tenían el dinero. Con ese dinero crearon un nuevo ejército modelo, comandado por un parlamentario, Oliverio Cromwell, quien derrotó por fin a las fuerzas del rey en 1646. Para consolidar esa victoria se decidió someter a juicio al rey. Hay que reconocer que Carlos I se defendió con lógica y dignidad de rey pero sin captar el hecho de que no se le había puesto en exhibición pública para que lo enjuiciaran sino para encontrarlo culpable. En la actualidad se muestra a los turistas la ventana por la cual se llevó al rey desde la sala de banquetes de su nuevo palacio de Whitehall hasta el patíbulo, donde lo decapitaron a la vista de la muchedumbre que llenaba la calle el 30 de enero de 1649. Unos días después los Comunes votaron por abolir la monarquía como “innecesaria, opresiva y peligrosa para la libertad, seguridad e intereses públicos del pueblo”. El heredero del rey, quien llegaría a ser Carlos II estaba viviendo exiliado en la Francia católica. El país que un día gobernaría era ahora firmemente puritano, incluso rigurosamente puritano.

Cromwell gobernó como un virtual dictador, no daba cabida ni en su corazón ni en su mente a la tolerancia y se propuso demostrar nada más que tan lúgubre puede ser una religión. Se promulgaron numerosas leyes en contra de prácticas como el trabajo en el día del Señor y se impusieron rígidos castigos por los actos profanos, lo que creó una atmósfera que deprimió al pueblo y provocó el descontento del ejército. Cromwell tenías la fuerza de voluntad y la devoción por la disciplina necesarias para mantener unida una sociedad, pero la tarea superó a su hijo quien asumió el gobierno a la muerte de su padre en septiembre de 1658. Luego intervino el ejército, depuso al ineficiente joven Protector e invitó a Carlos II a que regresara por su corona. Éste llegó a Londres el día que cumplía trece años, el 29 de mayo de 1660.

Carlos II era católico en secreto pero tuvo suficiente inteligencia para darse cuenta que su mejor recurso para conservar la corona era proveerse de una gran fuerza para la moderación y la tolerancia y oponerse a propuestas como excluir del servicio gubernamental a todos los que no fueran católicos anglicanos. Seguían los rumores de que Carlos II había firmado un tratado secreto con el rey de Francia en el cual se comprometía a trabajar para que Inglaterra volviera a la sujeción de la Iglesia romana a cambio de una fuerte suma. Esos rumores cobraron solidez recientemente, en 1988, cuando Lord Clifford de Chudleigh declaró que iba a subastar algunos documentos antiguos de los archivos de su familia. Éstos incluían un ejemplar firmado del convenio por el cual Carlos trabajaría para que Inglaterra regresara a la Iglesia romana a cambio de un pago de 1.2 millones de libras de oro (no hay ningún registro de que se haya pagado jamás esa suma).

El acontecimiento más dramático del reinado de Carlos II fue el gran incendio de Londres en 1666. De nuevo el ánimo de la gente se inflamó en contra de la Iglesia católica cuando se difundieron y se creyeron los rumores de que agentes del Papa habían iniciado el fuego. Nell Gwynn, una de las amantes del rey, se salvó al declarar a una muchedumbre furiosa que le cerraba el paso: "Buena gente, soy la ramera protestante!" Los verdaderos sentimientos del rey se evidenciaron durante las últimas horas de su vida, en febrero de 1685, cuando a petición suya se le trajo a un sacerdote católico por las escaleras de servicio para que le administrara los últimos sacramentos.

Durante los años finales de su reinado, una y otra vez se le había pedido a Carlos II que excluyera a su hermano menor, Jaime, de la línea sucesoria porque era un devoto católico romano. Los cortesanos querían al hijo ilegítimo del rey, el duque de Monmouth, un protestante igual de devoto. Carlos se negó una y otra vez de tal manera que a su muerte la corona pasó a un monarca decididamente católico, Jaime II. De hecho Monmouth hizo un intento de llegar al trono, desembarcó en la región occidental donde trató de fomentar una rebelión. Rápido se derrotó a sus fuerzas pero el pueblo quedó conmocionado con la brutalidad de los castigos impuestos por el juez George Jeffreys. Se ejecutó a algunos hombres y a otros se les marcó y vendió como esclavos a los plantadores de caña del Caribe. A un aldeano lo ejecutaron por vender pescado a los rebeldes, algo en lo cual el pobre hombre no tuvo ninguna otra opción. Esa brutalidad se extendió dentro del gobierno donde se puso en marcha una nueva oleada de persecuciones protestantes. Jaime II sustituyó a varios funcionarios gubernamentales incluyendo almirantes y generales, con católicos designados por él. También procesó a siete obispos anglicanos.

Está bien documentada la existencia de la francmasonería durante el reinado de Carlos II y en el siguiente reinado de Jaime II ésta sólo pudo haber crecido con el rey mismo como catalizador maestro del reclutamiento. Mediante su campaña incesante por devolver la supremacía a la Iglesia romana en Gran Bretaña valiéndose de lo que dispusiera, Jaime hizo que todas las sectas anti-romanas se unificaran por primera vez en una causa común. Hubo conjuras, esquemas y reuniones secretas y podemos estar seguros de que por ser la sociedad secreta mejor establecida, la francmasonería desempeñó un papel importante.

Sin embargo el pueblo aguardaba su oportunidad porque no había heredero. La corona católica moriría con Jaime II. Luego, en junio de 1688, la reina dio a luz un hijo y el rey declaró que la educación y crianza del niño estaría a cargo de los jesuitas. Los protestantes iniciaron el rumor de que la sucesión era una conjura jesuita, que no había tal príncipe de la corona y que habían pasado de contrabando al niño a la recámara real dentro de un calentador de cama.

Por último un grupo de disidentes protestantes decidió actuar (entre ellos estaba el obispo de Londres). Recurrieron a María, la propia hija de Jaime, quien se había casado con Guillermo de Orange, sobrino de Carlos II. Ambos eran los principales pretendientes al trono después del hijo recién nacido de Jaime II. Lo más importante era que Guillermo era el dirigente de los protestantes holandeses que se oponían al rey Luis XVI de Francia. Con la premisa de que el bebé no era de veras hijo de Jaime II, se invitó a Guillermo y María para que compartieran el trono inglés. Cuando llegó Guillermo el Día de Guy Fawkes, el 5 de noviembre de 1685, cayó el apoyo de Jaime II. Fue

apenas treinta y dos años antes de que la masonería se diera a conocer en Londres en 1717.
Dieciséis años después, en 1701, se promulgó una ley que excluía del trono a todos los que no fueran miembros de la Iglesia de Inglaterra y se llegó a un convenio religioso que garantizaba una limitada libertad de culto a los protestantes no anglicanos (los “no conformistas”). Significativamente esto fue el final del derecho divino de los reyes en Gran Bretaña. Era evidente ahora que el Parlamento decidiría quién ocuparía el trono.
Aunque Guillermo aparentó adoptar la tolerancia religiosa, una mancha en su historial manifiesta lo contrario. Exigió que todos los dirigentes de los clanes católicos de Escocia firmaran documentos de sumisión. El dirigente de un pequeño grupo del clan MacDonald del valle de Glencoe se pasó unos cuantos días de la fecha límite pues tuvo que atravesar una tormenta de nieve para firmar a nombre de su gente. El precio que pagó se recuerda como la matanza de Glencoe, un baño de sangre en las tierras altas que no respetó edades ni sexos, como castigo por la tardanza de su jefe. Los sentimientos religiosos se mantuvieron fuertes y la muerte de Guillermo se conmemoró durante años después de ocurrida. Murió a consecuencia de las heridas que se hizo cuando su caballo tropezó con una topera en Hampton Court y los partidarios de Jacobo recordaban agradecidos al topo con el discreto brindis de: “Por el caballerito con traje de terciopelo negro”.
Así en 1701 la corona pasó a Ana, hija protestante de Jaime II cuyo cuerpo de treinta y siete años había sido golpeado por diecisiete embarazos, ninguno de los cuales había producido un heredero vivo del trono.
La reina Ana, última de los Estuardo, fue una soberana poco brillante aunque durante su reinado ocurrieron varios acontecimientos espectaculares. La oleada de victorias en el continente al mando del duque de Marlborough estableció un nuevo respeto por las hazañas militares británicas. La Real Sociedad floreció con hombres de letras y ciencia tales como John Locke e Isaac Newton y el francmasón Sir Christopher Wren quien continuó expresando su genio en la restauración de la Catedral de San Pablo. En 1707 el Acta de Unión entre Inglaterra y Escocia fusionó irrevocablemente a esas coronas y formó la Gran Bretaña.
En cuanto a la religión, Ana era firme partidaria de la Iglesia de Inglaterra e incluso cedió fondos reales para incrementar los ingresos del clero inferior, regalo que los beneficiarios llamaron “la merced de la Reina Ana”. En Roma, la Santa Sede seguía recordando la lealtad de los Estuardo y de buena gana acogió al hombre que habría sido Jaime III. En Gran Bretaña seguía habiendo conjuras de partidarios de Jacobo para reinstalar a los pretendientes católicos del trono pero necesitaría ser por la fuerza ya que estaba expresamente prohibida por la ley. En 1689 a Jaime II y a su hijo se les había negado la sucesión mediante una ley del Parlamento que afirmaba categóricamente que ningún católico romano o cónyuge de un católico romano podía ocupar el trono inglés. Luego en 1701 el Parlamento había sido más específico. En la Ley de Sucesión decretaron que después de Ana la corona pasaría al pariente protestante más cercano de la casa de Estuardo. Así la sucesión recaía en Sofía, nieta de Jaime I casada con el elector de Hannover.
De esa manera a la muerte de Ana en 1714 el hijo de Sofía fundó la dinastía hannoveriana de Gran Bretaña como Jorge I. Nunca se molestó en aprender inglés y pasaba más tiempo en su lugar de origen, Alemania, que en su corte

de Londres pero eso ya no importaba. El país estaba regido por el Parlamento ya que la nueva monarquía tomaba forma y Robert Walpole se convertía en el primer Ministro de Inglaterra.
Al año siguiente se puso en marcha la rebelión jacobita, largo tiempo esperada, y fue un miserable fracaso de corta duración. Se le combatió con tanta rapidez que había concluido antes de que Jaime pudiera llegar a Inglaterra a unírsele. La causa jacobita, la lucha por hacer que Inglaterra volviera a la Iglesia romana, fue destruida eficazmente justo dos años antes de que cuatro logias masónicas de Londres decidieran revelarse ante el mundo. De hecho ya los francmasones no tenían ninguna necesidad de secreto, ninguna razón para ocultarse. La francmasonería se había vuelto lo establecido.

CAPITULO 24
LOS MISTERIOS FABRICADOS

Este libro se ha ocupado de los principales misterios de la Antigua Orden de los Masones Libres y Aceptados. La mayor parte lo han sido para los masones mismos y ha proporcionado soluciones razonables para casi todos con el apoyo de la conclusión principal de esta investigación: que los orígenes de la masonería se encuentran entre los miembros y simpatizantes de la orden de los Caballeros Templarios que escapaban del arresto y la tortura a manos del rey y del papa. Sin embargo estamos conscientes de que muchos considerarán incompleto este libro porque no se ocupa de los misterios y problemas masónicos sobre los cuales han leído u oído hablar. Qué pasa con el culto masónico al diablo? Qué hay sobre la responsabilidad masónica de corromper al Vaticano con el mayor fraude financiero de nuestro tiempo? Qué hay sobre la infiltración secreta de la policía y el gobierno? Y el vínculo con la KGB?

Nuestra primera idea fue pasarlos por alto porque son misterios que no provienen del ritual, de la historia ni de las leyendas de la francmasonería. Por el contrario, han sido afirmados, fomentados e incluso promovidos por algunos escritores antimasónicos. En años recientes creció cada vez más una opción antimasónica principalmente en Gran Bretaña, la cual parecía basarse en un libro con el título de *The Brotherhood* (La Hermandad) del periodista británico Stephen King. En 1976 éste atrajo la atención mundial con su libro *Jack the Ripper, The Final Solution* (Jack el Destripador, La solución Final), en el cual aparentaba resolver los asesinatos cometidos por Jack el Destripador en Londres, demostrando que habían sido perpetrados y luego encubiertos por francmasones prominentes y que las mutilaciones sangrientas de las víctimas concordaban con los castigos de los juramentos masónicos. El libro generó encabezados periodísticos y se ocuparon de él la radio y la televisión. Una versión novelada de la historia se filmó con el título de *Murder by decree* (Asesinato por decreto) donde Sherlock Holmes resuelve el misterio y enfrenta a los masones culpables.

Como secuela de ese éxito editorial el señor Knight escribió *The Brotherhood*. En la edición de lujo llevaba el subtítulo de *The Secret World of the Freemasons* (El mundo secreto de los Francmasones). La edición en rústica llevaba el subtítulo más sensacionalista de The Explosive Exposé of the Secret World of the Freemasons (La explosiva revelación del mundo secreto de los Francmasones). Publicado por primera vez en 1984 el libro causó sensación en Gran Bretaña y en todas partes. Se elevó a Knight a la posición de principal experto en la maldad y en los males potenciales de la masonería y debe considerarse como el antimasón más influyente del siglo. Por ello fue inevitable que estudiáramos su libro para ver si su investigación aportaba alguna información significativa que pudiera solucionar los misterios masónicos o arrojar nueva luz sobre los orígenes de la Orden. Aunque su libro no sirvió de ayuda en ninguno de esos campos resultó fascinante porque constituye un estudio condensado de cómo puede teñirse y deformarse la información, cómo pueden cambiarse los hechos al presentarlos de manera incompleta o fuera de contexto y hasta qué punto puede llegar alguien para hacer que los datos se ajusten a la fuerza a una conclusión preconcebida. En ese libro se critica a los historiadores masónicos por intentar encajar a chaleco todo lo referente a la orden en la idea preconcebida de tener sus orígenes entre los canteros

medievales, así que en justicia debería criticarse la misma técnica cuando son sus detractores quienes la utilizan.
El señor Knight nunca dice a sus lectores cuál es su posición, por lo que antes de examinar algunos de los misterios masónicos que ha sugerido a sus lectores, permítaseme decir que nunca he sido francmasón y no soy y nunca he sido católico romano. Con toda libertad invito al escrutinio y a la crítica cuidadosa de ambos grupos en relación con lo que he encontrado al analizar The Brotherhood.
Primero permítaseme que me ocupe de la más desacreditante de sus conclusiones sobre la masonería, la del capítulo titulado "The Devil in Disguise?" (El diablo disfrazado?). Allí el Sr. Knight cita la encíclica papal Humanum Genus, un documento extraordinario publicado en 1884 por el papa León XIII. El señor Knight dice: "León XIII clasificó a la francmasonería como un agrupamiento de sociedades en el reino de Satanás". Lo que el Papa dijo de veras fue que el Ejército de Salvación, la Iglesia Bautista, los budistas y los mormones, de hecho cualquier miembro de la raza humana que no fuera católico romano formaban parte del "reino de Satanás". Sin embargo como podría tratarse de mi interpretación, dejemos que León XIII lo diga en sus propias palabras:
"La raza humana después de que, por la maldad del demonio, se había apartado de Dios, Creador y Donador de dones celestiales, se dividió en dos facciones diferentes y opuestas, una de las cuales combate incesantemente a favor de la verdad y la virtud, la otra por las cosas contrarias a la verdad y la virtud. Una constituye el Reino de Dios sobre la Tierra, es decir la Iglesia (católica) de Jesucristo, quienes desean adherirse a ella con toda la fuerza de su alma y alcanzar la salvación deben servir a Dios y Su Unico Hijo Engendrado con toda su mente y con toda su voluntad. La otra constituye el reino de Satanás, bajo cuyo dominio y poder están todos los que han seguido su triste ejemplo y el de nuestros primeros padres."

Cómo dijo el Papa que la francmasonería encaja en este gran reino no católico de Satanás?
"En nuestros días sin embargo, quienes siguen al maligno parecen conspirar y luchar todos juntos bajo la guía y con la ayuda de esa sociedad de hombres difundida por todas partes y sólidamente establecida a la cual denominan francmasonería."

El señor Knight afirma también que el Papa León XIII "calificó a la masonería como subversiva para la Iglesia y el Estado". De lo que el Papa se quejó fue de la separación de la Iglesia y el Estado, pero dejemos que de nuevo el Papas lo diga con sus propias palabras (sin olvidar que cuando utiliza la palabra "Iglesia" se refiere únicamente a la Iglesia católica romana):
"De hecho (los masones) trabajan obstinadamente con el fin de que ni las enseñanzas ni la autoridad de la Iglesia puedan tener ninguna influencia y en consecuencia predican y sostienen la separación absoluta entre la Iglesia y el Estado. Así se arranca la ley y el gobierno de la saludable y divina virtud de la Iglesia

Católica y por consiguiente desean por todos los medios dirigir los Estados independientemente de las instituciones y doctrinas de la Iglesia."

Como *Humanum Genus* no pasa de quince páginas, suponemos que el señor Knight la leyó completa y se da cuenta de que su tema principal es una argumentación en contra de la idea de democracia y en contra de la teoría de la separación de la Iglesia Católica de la autoridad temporal sobre los Estados. El Papa estaba horrorizado con la idea de que la gente hiciera leyes para gobernarse en vez de obedecer a los gobernantes que recibieron autorización divina cuando la Iglesia los ungió. Exageración?. León XIII lo dice así (las cursivas son nuestras): "Reconocer como lo hace la Iglesia el *derecho divino de autoridad*, otorga una gran dignidad al poder civil y contribuye a propiciar el respeto y el amor de sus súbditos." En 1884 la Santa Sede todavía favorecía a los monarcas autocráticos ungidos por la Iglesia y que reconocían la autoridad temporal de la Iglesia. A ese respecto, *Humanum Genus* era igualmente una condena de la Constitución de los Estrados Unidos al igual que de la francmasonería, como puede verse en el catálogo de pecados de que se acusa a la masonería:

"La secta de los masones se propone unánime y firmemente la posesión de la educación de los niños también. Comprenden que la edad tierna es fácil de influir y que no hay forma más útil de preparar para el Estado el tipo de ciudadanos que desean. Por lo tanto en la instrucción y educación de los niños no permiten que los ministros de la Iglesia (católica) tomen parte ni en la dirección ni en el cuidado de ellos. En muchos lugares han ido tan lejos que la educación de los niños está por completo en manos de los laicos y de la enseñanza moral se prohibe cualquier idea de los grandes deberes sagrados que vinculan al hombre con Dios."

Las acusaciones se intensifican a medida que se equipara a los masones con los "naturalistas":

"Siguen los principios de las ciencias sociales. Aquí los naturalistas enseñan que todos los hombres poseen los mismos derechos y son de una condición perfectamente igual, que cada hombre es independiente por naturaleza, que nadie tiene el derecho de mandar a otros, que es tiranía mantener a los hombres sujetos a cualquier autoridad que no sea la que emana de sí mismos. Por consiguiente el pueblo es soberano, quienes gobiernan no tienen ninguna autoridad sino por medio de la comisión y concesión del pueblo, de tal manera que pueden ser depuestos, quiéranlo o no, según los deseos del pueblo. El origen de todos los derechos y deberes civiles radica en el pueblo o en el Estado, el cual se gobierna según los nuevos principios de libertad. El estado debe ser ateo, no hay razón para que se prefiera una religión y no otra, todas deben considerarse con el mismo valor.

Ahora es bien sabido que los francmasones aprueban estas máximas y que desean ver que los gobiernos sigan este patrón y modelo, no se necesita demostración."

Esto era lo que el "reino de Satanás" estaba haciendo en *Humanum Genus*, estaba privando a la Iglesia de autoridad y privilegios y a veces también de

propiedades al sustituir a los soberanos aprobados por la Iglesia por un gobierno democrático. Hay que recordar la fecha de esta encíclica, el 20 de abril de 1884. La Santa Sede acababa de perder los Estados Papales que se integraron al nuevo reino de Italia, de tal manera que León XIII era el primer papa en siglos que sólo era sacerdote y no rey también. México estaba bajo el control de una facción liberal al mando de Benito Juárez, cuyo nuevo gobierno se había apropiado de las tierras de la Iglesia cerrando los conventos y monasterios y prohibiendo el envío de fondos eclesiásticos a Roma, todo esto sin dejar de ser firmemente católico pero diciéndole al Papa que su misión en la Tierra era espiritual y pastoral, no económica y política. La Iglesia había perdido grandes riquezas en América del Sur a consecuencia de las revoluciones comandadas por Simón Bolívar y José de San Martín. *Humanum Genus* culpaba a los naturalistas, hombres que deseaban sustituir con el razonamiento las enseñanzas de la Iglesia y que enseñaban que había que hacer las leyes "sólo con el consentimiento de los gobernados". Es cierto que el papa acusó a los francmasones de "indiferencia religiosa" como dice el señor Knight, pero no dice que de hecho la Iglesia condenara la aceptación masónica de los hombres de todas las creencias religiosas en consideración del hecho de que se había declarado falsas a todas las religiones excepto el catolicismo romano. *"Al abrir sus puertas a personas de todos los credos promueven, de hecho, el gran error moderno de la indiferencia religiosa y de la igualdad de todos los cultos, la mejor manera de aniquilar cualquier religión, en especial la católica, la cual al ser la única verdadera no puede unirse a otras sin que se le haga una enorme injusticia."*

No había nada nefasto ni subversivo de parte del Papa. León XIII era un hombre preocupado. Sentía mucho las grandes pérdidas relacionadas con el poder, los privilegios y las riquezas de la Iglesia producidas por las revoluciones democráticas y desarrolló una desconfianza tan profunda que mantenía todo el oro del Vaticano en una caja debajo de su propia cama. Creía con firmeza que la democracia era algo malo, parte del "reino de Satanás" y que la Iglesia católica tenía el derecho y el deber de dirigir a todos los gobiernos seculares. Y tampoco murió con él esa actitud. En fecha tan reciente como abril de 1948, la publicación jesuita oficial "*Civilitá C*attolica" puso en claro que cuando los católicos de cualquier país sean la minoría la Iglesia pedirá libertad religiosa para todos, sin embargo cuando la mayoría sea católica se negará existencia legal a los demás credos. León XIII hubiera estado de acuerdo con la afirmación jesuita:

"La Iglesia Católica romana, convencida por medio de sus prerrogativas divinas de ser la única Iglesia verdadera, debe exigir el derecho de libertad para ella sola porque sólo puede poseer tal derecho la verdad, nunca el error. En cuanto a las otras religiones, ciertamente la Iglesia nunca sacará la espada pero sí pedirá por todos los medios legítimos que no se les permita propagar falsas doctrinas. Por consiguiente en un Estado donde la mayoría de la gente sea católica la Iglesia pedirá que se niegue la existencia legal del error y que si existen minorías religiosas tenga sólo una existencia de facto sin oportunidad de difundir sus creencias. En algunos países los católicos se verán obligados a pedir una completa libertad religiosa para todos, resignados a cohabitar donde, en justicia, sólo a ellos debería permitírseles vivir. Sin

embargo al hacer esto la Iglesia no renuncia a su tesis que sigue siendo la más imperativa de sus leyes sino que nada más se adapta a unas condiciones de facto que deben tomarse en cuenta en las cuestiones prácticas."

Y allí tenemos la diferencia aparentemente irreconciliable entre la masonería y la Iglesia católica romana. Una característica central de la masonería es la aceptación de hombres de todos los credos religiosos, inclusive el catolicismo, en tanto que la Iglesia romana considera que sólo su religión es correcta y que cuando puede hacerlo tiene el derecho divino de suprimir a todas las demás. Ambas organizaciones creen con firmeza en su propia posición y parecía imposible llegar a un acuerdo hasta que el papa Juan XXIII en su Segundo Concilio Ecuménico instó a ampliar el diálogo con otros credos. Por supuesto que eso ocurrió mucho después de la serie de condenas papales a la masonería citadas por el señor Knight. Esas condenas son casi por completo políticas y económicas. En nada contribuyen a la tesis del señor Knight de que el culto diabólico tiene un lugar en la francmasonería. Claro que en The Brotherhood sí habla de "una situación más siniestra en Roma, donde tengo evidencia de que en el Vaticano se han infiltrado los francmasones." Por qué no nos dio esa emocionante información? No tuvo espacio en el libro? No tuvo espacio en su libro para explicar que la celebrada condena papal de la francmasonería llamada *Humanum Genus* era culpable de un craso error? Condena las enseñanzas masónicas de la separación de la Iglesia y el Estado, el gobierno por el pueblo, el matrimonio civil y la educación de los niños por los laicos en vez de los sacerdotes pero la francmasonería no ha adoptado ninguna de estas cosas específicamente y deja las decisiones al respecto en manos de cada miembro. El Papa simplemente confundió a los francmasones con todos los no católicos. En todo caso, *Humanum Genus* no aporta nada de evidencia en el sentido de un culto diabólico masónico.

De hecho el señor Knight encontró toda la evidencia de un culto diabólico masónico que necesitaba de la revelación del "nombre inefable de Dios" cuando se descubre en los ritos de iniciación del grado del Arco Real. Knight decidió y declaró que este nombre que en apariencia es una sigla que quiere simbolizar la aceptación masónica de los hombres de todas las religiones, es una prueba incontrovertible de la existencia de un dios de la masonería propio y fácilmente identificable. Si bien en el ritual masónico no se menciona nada aparte del nombre mismo, el señor Knight ha deducido la "verdadera naturaleza" del dios masónico creado por él. El "nombre inefable" es Jahbulon, del cual se ha dicho que es un nombre formado por tres sílabas que representan a Jehová, Baal y On u Osiris. Algunos masones que trataron de descifrar la clave del nombre llegaron a esta conclusión aunque de ninguna manera es la interpretación universalmente aceptada por los historiadores masónicos. El señor Knight aceptó feliz esa interpretación porque le era útil para su propósito de intentar comprobar que Satanás jugaba un papel en la francmasonería. Respecto del nombre Jahbulon, el señor Knight dice que "no es un término genérico que un francmasón individual haya escogido sino una designación precisa que describe a un ser sobrenatural específico". Al establecer la naturaleza de ese dios masónico específico se refiere a una sola sílaba y dice que bul viene de Baal. Luego señala que un demonólogo del siglo

XVI describió a Baal como un diablo con cuerpo de araña y cabezas de hombre, sapo y gato. Eso sí que suena a una divinidad específica.
El problema es que Baal no es un nombre, es un título y su uso no identifica a una deidad específica. No sabemos si el Baal cuyo altar destruyó Gedeón era el mismo Baal a quien Elías retó a un duelo con Jehová o que ambos fueran la misma deidad adorada en Líbano en el Templo del Sol en Baal-Bek.
Ba´al es una palabra hebrea que significa "señor" o "amo". En el Medio Oriente numerosas deidades recibían ese título pero sus nombres no llegaron a nosotros. Se habría provocado una gran confusión si los traductores ingleses del Antiguo Testamento hubieran traducido *ba´al* en el término "señor" del inglés, así que dejaron la palabra en hebreo. Para el lector de la traducción inglesa parece que es un nombre en vez del título honorífico que es, un título que todavía se usa en la religión judía. Por ejemplo quien puede hacer milagros en nombre de Dios se conoce como *Ba´al shem*, el señor (o amo) del Nombre. Tal vez el más famoso de estos fue el *Ba´al shem tov*, el rabino ucraniano que fundó el movimiento jasídico en Polonia, así que si uno encuentra a un joven robusto con una levita negra y sin corbata, con barba cerrada y caireles bajo un sombrero negro, no debe correr el riesgo de decirle que *Ba´al* significa diablo.
Lo que ocurrió por supuesto no fue muy diferente a la afirmación del papa León XIII de que cualquier rival de la Iglesia Católica romana era miembro del reino de Satanás, sólo que en el caso de "Baal" se trataba de cualquier rival de Jehová. En una ocasión varios israelitas estaban adorando a un "señor" innombrado en vez de adorar a Jehová y para poner a prueba el asunto Elías ordenó que cada facción matara un buey y lo pusiera sobre una pila de leña y luego pidiera a su dios que encendiera el fuego. Cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Ba´al oraron con ahínco todo el día, incluso se cortaron y se azotaron como sacrificio personal para hacer que su dios actuara, pero no pasó nada. Luego Elías que hizo rociar su leña como buena medida, invocó a Jehová el cual respondió con rayos que incendiaron su fogata. En un gran estallido de fervor religioso y gratitud, Elías hizo que sus seguidores asesinaran de inmediato a los 450 sacerdotes rivales.
Aparte del hecho de que si hay un milagro que Satanás podría hacer sería iniciar un fuego pequeño, los judíos no acusaron al rival de Jehová de ser el diablo sino que lo denigraron llamándole el señor de nada, el señor de las moscas o en hebreo Ba´al-zbub. Más de mil años después algunos cristianos apasionados decidieron que cualquier rival de Jehová tenía que ser el diablo y al señor de las moscas hebreo le llamaron en inglés Beelzebub (Belcebú) y declararon que era un nombre de Satanás. Todo esto es inventado debido a la malignidad que a menudo se manifiesta en los desacuerdos religiosos. Sin embargo no aporta la mínima evidencia de que haya siquiera un indicio de culto diabólico en la francmasonería, sobre todo porque la suposición de que Jahbulon significa Jehová, Baal y Osiris no pasa de ser una conjetura. Nadie sabe de cierto lo que significa, ni siquiera cómo se pronunciaba en los orígenes ese nombre antes de que sufriera cambios después de siglos de comunicación estrictamente oral. He visto por ejemplo, que la última sílaba se escribe *on*, *om* y *un*. Podría haber culminado como *am* (soy) en inglés? Si así fue es posible que alguien haya tomado la última sílaba de un nombre que Dios reveló a los israelitas: I am (Yo soy). Si el nombre original fue Jahbaalam, como Ba´al es señor en hebreo entonces no sería un nombre formado por tres nombres diferentes de Jehová. No estoy afirmando contar con nueva evidencia, nada

más estoy señalando las posibilidades y las dudas razonables. En *The Brotherhood*, Stephen Knight no tuvo ninguna duda cuando escribió: “Si Jesucristo era una figura aceptable de la francmasonería incluso para un no cristiano, por qué no también el diablo? Aunque pudiera ser inaceptable para la mayoría de los iniciados, el diablo tiene su sitio”.

De esta manera comenzamos a ver una fuente típica de los “misterios fabricados” de la francmasonería (y de muchas otras instituciones) que se fabrican no para el análisis sino para la destrucción y *The Brotherhood* de ninguna manera se detiene en el culto diabólico masónico. En otro capítulo titulado “The Italian Crisis” (La crisis italiana) el señor Knight escribe sobre la participación de la banca del Vaticano en el mayor fraude financiero de este siglo, un catastrófico escándalo papal que aún no concluye. Sin embargo en el libro del señor Knight el asunto evade toda mención de un escándalo de la Iglesia pues se describe como una “conspiración masónica”.

Caracterizó la conspiración como “masónica” debido a la logia conocida como *Propaganda Due*, formada originalmente por el Gran Oriente Italiano como logia de investigación. En 1975 se nombró a un fascista italiano llamado Licio Gelli como Venerable Maestro de Propaganda Due y al año siguiente el Gran Oriente Italiano desautorizó y suspendió a esa logia, por lo que fuera lo que fuera, Propaganda Due dejó de ser una organización masónica oficial. Gelli utilizó a la célula de Propaganda Due para su propio beneficio y el de sus asociados y más adelante la usó para crear una red de células secretas de políticos, banqueros y editores poderosos por toda Italia. Todo se hizo en el más absoluto secreto y sin ninguna conexión masónica autorizada.

Poco después de la expulsión de Propaganda Due de la Masonería italiana oficial, Gelli hizo que entrara Michele Sindona, el principal consejero financiero del Vaticano. Luego en 1977, Sindona llamó a Roberto Calvi, director del Banco Ambrosiano de Milán, estrechamente asociado con el banco papal, uno de sus principales accionistas. Hasta la caída del gobierno de Mussolini había sido necesario que cualquier solicitante de crédito o incluso cualquier depositante demostrara que era católico romano antes de poder hacer negocios con el Banco Ambrosiano. Calvi trajo a la mesa su contacto más valioso, el *Istituto per le Opere di Religione* (IOR), el Instituto para Obras Religiosas, una institución financiera a la que a menudo se conoce erróneamente como el “Banco Vaticano”. El IOR no pertenece a la ciudad-estado del Vaticano sino sólo al Papa. Como su nombre lo indica la función del Instituto consiste en recibir depósitos de personas y organizaciones católicas, luego presta dinero a tasas nominales y plazos favorables para financiar la construcción de escuelas, iglesias y orfanatos católicos en todo el mundo. En la época de los escándalos y hasta 1989 dirigió el IOR el arzobispo Paul Marcinkus, originario de Cicero, Illinois y desde tiempo atrás amigo y ex-guardaespaldas del papa Juan Pablo II. Después de que Calvi estuvo con Gelli y Sindona, el Banco Ambrosiano ayudó a establecer compañías falsas en el extranjero, incluyendo diez en Panamá, que estaban bajo el control del banco papal. Luego el Banco Ambrosiano hizo préstamos a esas compañías de membrete hasta por un total de mil trescientos millones de dólares. El banco papal puso también de sus propios fondos pero en Roma nadie tenía no la menor idea del monto o del propósito de esas cuantiosas inversiones secretas. Lo único que se sabe es que una parte del dinero se empleó para comprar y afianzar el valor de las acciones del Banco Ambrosiano.

Cuando los funcionarios bancarios italianos comenzaron a sospechar, Calvi y el arzobispo intercambiaron cartas. Marcinkus envió al banquero “cartas de consuelo” en las que afirmaba que las compañías de membrete del extranjero en verdad estaban bajo el control directo o indirecto del banco papal y Calvi respondió con cartas que afirmaban que el IOR no debía tal suma millonaria en dólares. Ambos hombres sabían que los préstamos eran incobrables y que el intercambio de cartas era de escaso valor. Cuando el gobierno se decidió a intervenir, la solución final de Calvi fue colgarse del puente Blackfriars de Londres con los bolsillos llenos de dinero en efectivo y diamantes aunque sigue habiendo sospechas de asesinato. La muerte de Calvi dio pie a una investigación exhaustiva y el Banco Ambrosiano quebró. Se dice que el banco papal perdió más de 450 millones de dólares en la debacle.

A pesar de las enormes pérdidas, de su interés en el control de las compañías extranjeras y de estar completamente involucrado en el mayor fraude financiero de este siglo y tal vez de cualquier siglo, la Santa Sede no estuvo dispuesta a responder ninguna pregunta ni a proporcionar ninguna documentación referente a la participación del banco papal o de funcionarios vaticanos. A principios de 1987 el gobierno italiano acusó de bancarrota fraudulenta al arzobispo Marcinkus. La Santa Sede no presentó a Marcinkus para que respondiera a los cargos y no se le pudo extraditar por una razón muy interesante.

Allá en 1929, el año en que Licio Gelli había ingresado a la organización de las Camisas Negras de Mussolini, el dictador italiano firmó los tratados Lateranos con la Santa Sede, un convenio conocido como el Concordato italiano. A cambio del apoyo del Vaticano, Mussolini convino en que Italia no tendría ninguna ley que no fuera de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, razón por la cual la ley italiana no permite el divorcio y por la cual el Vaticano puede ejercer censura sobre todos los libros, revistas y periódicos de Italia. Mussolini cedió a la exigencia del Vaticano de que los cardenales de la Iglesia tuvieran toda la categoría, el respeto y los privilegios de los príncipes de sangre real. Fundó la fortuna del Vaticano al aceptar pagar 92 millones de dólares como compensación por la pérdida de los Estados Pontificios, de tal manera que la Iglesia dispuso de una buena cantidad de efectivo con la cual comprar cuando el resto del mundo se vio presionado a vender al principio mismo de la Gran Depresión. El Duce convino también en que se reconociera al Vaticano como un Estado Soberano, completamente independiente de Italia o de cualquier otro país y dejó a Italia sin derecho de extradición. Eso fue útil para muchos durante la Segunda Guerra Mundial, ya que Hitler también reconoció el Concordato entre su aliado Mussolini y el Vaticano de tal manera que muchos aristócratas y otras personas que contaban con las conexiones adecuadas pudieron obtener asilo en el Vaticano para escapar de los nazis aunque tuvieron que permanecer durante toda la guerra dentro de los límites del Estado Vaticano de 108 acres de superficie.

Eso es exactamente lo que hizo el arzobispo Marcinkus cuando se enteró de que había sido acusado por el gobierno italiano. No se permitió la entrada de los funcionarios y policías italianos y el arzobispo no puso un pie fuera del Vaticano durante los cinco meses en que se estuvo discutiendo el tema de la autoridad respecto de él ante la Corte Suprema de Italia. Por fin en julio de 1987 esa corte decidió que el gobierno italiano no tenía autoridad para presentar una acusación referente a actos realizados en el interior de otro

Estado soberano, una conclusión que todos esperaban (el diario *The Observer* de Londres presentó la noticia con el comentario humorístico de "Sorpresa, sorpresa")
La verdadera conmoción fue que el banco papal aceptara pagar y pagara al Banco Ambrosiano la increíble suma de 244 millones de dólares al tiempo que negaba toda culpa e incluso cualquier participación material en el gran fraude. Junto con la pérdida estimada de 450 millones de dólares esto significa que los negocios entre el banco papal y el Banco Ambrosiano le costaron a la Iglesia católica casi 700 millones de dólares, más de diez veces el monto de la pérdida por operación de 1987 que se pidió a católicos de todo el mundo que compensaran con donativos adicionales y sin dar explicaciones a los fieles del grave error de manejo de los fondos que habían donado o depositado en el pasado. La Santa Sede ha cerrado vigorosamente los candados del secreto absoluto sobre cualquier aspecto del escándalo lo que deja poca duda respecto a la "sociedad secreta" involucrada en esta deshonra.
Eso fue lo que ocurrió aunque según lo describe el señor Knight en The Brotherhood no se trata para nada de un escándalo vaticano sino de un escándalo masónico. Su alegato se basa nada más en el hecho de que por el lado secular del asunto estaba un grupo clandestino que se decía logia masónica pero no era tal. Su capítulo "The Italian Crisis" comienza así: "Una conspiración masónica de proporciones gigantescas cimbró a Italia hasta sus cimientos en el verano de 1981". Informa que Gelli sacó secretos gubernamentales y personales de los miembros para usarlos como chantaje y llama a la obtención de esos secretos "derechos masónicos". Se refiere a "los corruptos francmasones de las fuerzas armadas italianas".
En cuanto al hecho de que Calvi se hubiera colgado del puente Blackfriars de Londres, el señor Knight dijo que se había encontrado que la muerte había sido suicidio pero añadió un rumor que había oído: que Calvi "había sido asesinado ritualmente por francmasones con una sirga masónica alrededor del cuello y los bolsillos llenos, simbólicamente, con objetos de la masonería" y "que se había escogido el lugar del asesinato por su nombre dado que en Italia el logotipo de la fraternidad es la figura de un domínico" (blackfriar en inglés). Me inclino a pensar que se trata de un rumor maquillado (si es que ese rumor existe) porque no he podido encontrar que la figura de un domínico sea el logotipo de la masonería italiana, si bien de acuerdo con la costumbre de las logias masónicas de ponerse nombres hay una logia en Italia que lleva por nombre el plural de ese nombre, Frati Neri (Hermanos Negros). Otro aspecto de todo esto que no pareció incomodar al señor Knight fue lo referente al motivo. Por qué habrían de molestarse los masones en correr el riesgo de asesinar al banquero italiano? Es posible que otros hayan tenido motivos: algunos funcionarios del Banco Ambrosiano, los involucrados en las compañías controladas por el Vaticano que obtuvieron los préstamos, cualquiera con una gran necesidad de quedar encubierto; sin embargo ninguno de los posibles motivos apunta a una participación francmasona. En cuanto al Vaticano mismo, el señor Knight no sólo percibió el asunto como un escándalo masónico en vez de escándalo vaticano sino que además consideró que el Vaticano era una posible víctima de más fechorías masónicas al citar "una penetración de la francmasonería no sólo en la Iglesia católica romana sino en el Vaticano mismo". Sin embargo sus conclusiones no estaban acompañadas de un solo elemento probatorio.

Pero aguarden que todavía no concluye. Envuelto en todo esto el señor Knight ve también “la penetración de la KGB en la masonería”. En The Brotherhood afirma categórico: “La máquina soviética de espionaje ha dado prioridad a la infiltración de cualquier tipo de organización en todos los países del mundo. Su blanco principal en todos los países donde existía fue inevitablemente la francmasonería”. Su blanco principal!
Uno de los países donde existe la francmasonería es Suiza. “Por medio de un intermediario” escribió el señor Knight “le pregunté sobre la francmasonería a Ilya Griegevich Dzhirkvelov, un ex espía de la KGB que desertó a favor de Occidente en 1980”. Aparentemente Dzhirkvelov no sabía nada de la francmasonería, así que el señor Knight cubrió su disgusto señalando que Dzhirkvelov pasó en Suiza la mayor parte de sus treinta y cinco años como agente de la KGB (allí donde sólo hay cincuenta y dos logias masónicas). Hay que recordar que el señor Knight dijo que el cualquier país donde existiera, la francmasonería era el blanco principal de la KGB, sin embargo aquí está en contacto con un agente de la KGB que ha operado durante la mayor parte de su vida en un país pequeño con cincuenta y dos logias masónicas y el hombre no tiene nada que decir sobre la francmasonería. Acaso no abarcaron su blanco principal en el entrenamiento de Dzhirkvelov? Sin embargo el intrépido señor Knight no cejaba e hizo que el ex espía comentara sobre lo que el señor Knight tenía que decir sobre la francmasonería y a tal grado le pareció un triunfo la réplica que le otorgó dos líneas cursivas: “Dzhirkvelov... dijo que si la francmasonería era una parte tan importante del “stablishment” como yo dije, no cabría la menor duda de que la KGB la estaba aprovechando incluso al grado de instruir a sus reclutas británicos para que se hicieran masones” Así como la KGB podría instruir a sus reclutas para que se hicieran instructores de niños exploradores, que participaran activamente en las obras de caridad de la localidad, que ingresaran a un elegante club campestre o a los Leones o al club Rotario o que realizaran cualquier cosa que pudiera hacerlos aparecer como miembros valiosos y respetados de la comunidad.
Quedaba por presentar todavía más “evidencia” firme.
El señor Knight conoció a un oficial de inteligencia recientemente jubilado de una manera en verdad adecuada para el Servicio Secreto cerca de un estanque para peces en el primer piso de un banco. En las palabras de *The Brotherhood*: “Había aceptado reunirse conmigo sólo en el entendido de que no hablaríamos de asuntos incluidos en la Ley de Secretos Oficiales. No era francmasón. Dijo no haberse dado cuenta de que la francmasonería pudiera ser una ventaja en el servicio gubernamental ni haber sentido la necesidad de ser masón para impulsar su carrera. Añadió: *Pero tal vez se debe a que nunca pensé en ello* Me dijo que nunca había sabido de un caso en que la KGB utilizara la francmasonería en Inglaterra y agregó*: pero claro que eso no significa que no haya ocurrido*”.
Qué tal eso como evidencia para verificar la acusación de que la francmasonería es el blanco principal de la KGB?
Sólo un ejemplo más para dejar en paz el “misterio” masónico de que está involucrado con el sistema de espionaje soviético. En el Servicio de Inteligencia Británico el departamento de asuntos exteriores es el M16, en tanto que la sección de seguridad nacional es el M15. En *The Brotherhood* el señor Knight dice: “Como supe de parte de un ex Secretario del Interior... está prohibido que cualquier miembro de cualquiera de los servicios de inteligencia sea

francmasón". Sin embargo más adelante dice también: "De acuerdo con la evidencia ahora disponible, el aspecto indudable de lograr "empleos para los hermanos" de la francmasonería británica ha sido usado ampliamente por la KGB para penetrar en los ámbitos más sensibles de la autoridad, ilustrado de la manera más espectacular a partir de 1945 al colocar espías en los niveles más altos tanto del M15 como del M16". Desdichadamente el señor Knight no puso una cerca de la otra estas dos piezas de información como aquí se presentan por lo que la mayoría de sus lectores no se percata de que la KGB ha usado con éxito a la francmasonería para colocar espías en los niveles superiores de dos departamentos donde no se admiten francmasones. Tratar de entender esta lógica podría causarnos un fuerte dolor de cabeza.

En resumen las conclusiones definitivas del señor Knight sobre la conexión de la KGB con la masonería se basan en su convicción de que los francmasones disfrutan de una preferencia y una promoción indebidas y que en consecuencia cualquier organización de espionaje desearía sacar ventaja de esa situación. Sin embargo no fue capaz de dar un ejemplo bien definido en las treinta y cuatro páginas de la sección de su libro intitulada *The KGB Connection*. Es otro misterio masónico fabricado por el señor Knight o quizá nos han engañado los dos desertores de la KGB cuyos libros aparecieron en la primavera de 1988: *Secret Servant: My Life with the KGB and the Soviet Elite* de Ilya Dzhirkvelov (el mismo ex espía a quien el señor Knight conoció por medio de un intermediario) y *On the Wrong Side: My Life in the KGB* de Stanislav Levchenko. Ninguno de los dos autores menciona a la francmasonería como el blanco principal de la KGB. De hecho ninguno de ellos menciona para nada a la francmasonería.

En realidad las afirmaciones del señor Knight acerca de una conexión de la KGB con la francmasonería son simplemente una extensión de la tesis principal de *The Brotherhood* la cual consiste en el favoritismo y la preferencia en el empleo entre los masones en detrimento del resto de la sociedad. Ve preferencia masónica por todas partes pero en su libro se le dificulta mucho demostrarlo. La razón es que aunque de hecho la preferencia existe en todas las facetas de la vida en todos los países del mundo, gran parte de ella se da en la mente de quienes sienten que han sido pasados por alto y perjudicados, una reacción natural de todos a excepción de los que más se denigran a sí mismos, ya que instintivamente recurrimos a lo externo en busca de explicaciones de nuestros defectos. Si un jefe católico asciende a un empleado católico, un rival protestante para el puesto podría justificarse ante su esposa con una condena del favoritismo por motivos religiosos. Si un vendedor católico trata de realizar una gran venta a una empresa judía y se la gana un proveedor judío rival, bien podría decirle a su propio superior: "Ya sabe usted cómo son esos judíos, se ayudan unos a otros". Aunque por lo general los negros han estado en una situación de desventaja en la industria estadounidense, el ascenso de un blanco mejor calificado frecuentemente provocará acusaciones de racismo laboral sea o no cierto.

Exceptuando las quejas injustificadas de los perdedores, hay todavía un favoritismo real en el lugar de trabajo o en el gobierno? Por supuesto, aunque no puede culparse a un solo segmento de la sociedad, aunque como grupo, los políticos tendrían que cargar con la mayor parte de la culpa por el mal uso del poder que se las ha conferido. En Estados Unidos hasta hace muy poco tiempo, después de la elección se nombra automáticamente Director General

de Correos al jefe del partido político ganador como si su consumada habilidad como político se equiparara con la capacidad requerida para administrar un servicio público que maneja miles de millones de dólares. Incluso el presidente Kennedy entró al juego cuando declaró que después de la debida deliberación, había decidido que su hermano menor era el hombre mejor calificado de Estados Unidos para el puesto de presidente de la Suprema Corte. En muchos casos como ocurrió con el presidente Kennedy, el deseo de rodearse con gente con quien uno puede relacionarse con facilidad es lo que inspira estas decisiones. Hace unos años, en el negocio de la publicidad se conoció la historia de un fabricante de pastas muy importante que entrevistó a varias agencias de publicidad. El dueño y presidente, nacido en Italia, presenció todas las presentaciones en que jóvenes brillantes mostraban los resultados de su investigación de mercado y sus análisis de consumidores, seguidos de hermosos esquemas y videos promocionales. La última presentación impactó a todos los que estaban allí porque de principio a fin fue totalmente en italiano, idioma que sólo entendía un hombre del grupo. Cuando concluyó el ejecutivo de cuenta que hablaba italiano el presidente anunció que su agencia obtendría la cuenta. “Pero señor –se quejó uno de sus ejecutivos- el simple hecho de que hablen italiano no significa que entiendan nuestros problemas de mercadeo”. “Tal vez no –repuso el feliz dueño- pero significa que me entienden a mí”. Un caso evidente de preferencia lingüística.

Otro señalamiento que hay que hacer sobre la preferencia laboral es que es algo que buscan afanosamente quienes esperan beneficiarse de los atajos en ascensos que proporciona. En mi juventud estuve trabajando en una compañía propiedad de una familia judía y la mayoría de empleados de más alto rango era de esa religión. Un día nos presentaron a un joven que acababa de salir de la universidad y que había sido contratado por el propio presidente de la compañía y no por el administrador de Personal. Luego de unos cuantos días el joven nos confió al resto de nosotros que no debíamos ofendernos si dentro de unas cuantas semanas lo nombraban jefe del departamento. Nos explicó que había sido presidente de la fraternidad judía de su universidad en la cual el presidente de nuestra compañía era funcionario y que ambos asistían a la misma sinagoga. Lo habían traído para impulsarlo rápido hacia arriba. Aparentemente pensó que esa conexión lo eximía de cualquier necesidad de trabajar y al término de noventa días se fue, casi conmocionado. No se había dado cuenta de que lo que tenía no era una garantía son un contacto, lo cual significaba que se le había dado una oportunidad, no un futuro asegurado. Eso es lo que las asociaciones significan para muchos: los contactos que uno puede hacer en la Iglesia, en los grupos teatrales de aficionados, en una sociedad fraternal o en un club de negocios.

De hecho muchas organizaciones a diferencia del punto de vista masónico manifiesto, dan abiertamente información sobre los contactos de negocios que uno hará, como una razón para ser miembro y muchos esperan que esos contactos le reditúen. Hace un tiempo mi secretaria vino a decirme que en la recepción había un hombre que no quería decir su nombre pero dijo que me informara que era un antiguo miembro de mi fraternidad universitaria. De inmediato dejé de hacer lo que estaba haciendo para darme tiempo de rememorar con un antiguo amigo. Aunque no pude reconocer su cara seguimos hablando. Al final dije: “Me da mucha vergüenza pero no te recuerdo, en qué fecha estuviste en la Universidad de Miami?”. “Oh –respondió- no

estuve en la de Miami, estuve en la estatal de Arizona (apenas unos tres mil kilómetros de diferencia). Me explicó que como parte de un nuevo programa de ventas de la compañía de seguros de vida para la cual trabajaba, cada vendedor había presentado el nombre de su fraternidad universitaria y la compañía les había dado una lista con los demás miembros de ésta dentro de su territorio de ventas. “Pensamos que le agradaría adquirir un seguro con un hermano de la fraternidad”. Estaba equivocado.

Y tampoco este enfoque se limita a los individuos. Un fraccionador católico de una ciudad cercana a donde vivo tuvo una idea: como en esa zona la población era preponderantemente católica, construiría un pequeño centro comercial que alquilaría sólo a comerciantes católicos y luego la población católica de la localidad daría su preferencia a esas tiendas. De hecho lo denominó el Centro Madonna. Toda la idea fue un completo fracaso cuando la hermandad espiritual perdió ante la calidad, el precio y la selección.

El caso es que existen las preferencias en el empleo y en los negocios pero no al grado de que los beneficiarios querrían creer. Es un campo de la actividad humana sobre el cual puede decirse con toda propiedad de que después de que se ha dicho y hecho todo, es más lo que se dice que lo que se hace. Hasta el final de los tiempos los hombres tendrán esperanzas de usar los contactos que establecen en la Antigua Orden de los Hibernianos, en la Sociedad de Caledonia, los Hijos de Italia, los Caballeros de Colón, el Club de Leones y la francmasonería. Sin embargo no he visto ni oído ninguna evidencia, incluyendo las páginas de *The Brotherhood*, de que la preferencia masónica sea mejor o peor que la de cualquiera de las otras organizaciones fraternales. La gente seguirá inclinándose a favor de las personas que conoce; los miembros de cualquier grupo nacionalista, ético o religioso seguirán encontrando la manera de hacer negocios y dar empleo a gente que le agrada y en quien confía al igual que dejarán de hacerlos con quienes no les agradan o en quienes no confían. Y lo más seguro es que ningún administrador pondría en juego su propia carrera ni volvería más difícil su propio empleo contratando a un hombre incompetente sólo porque se sienta en la siguiente banca en la iglesia, porque es miembro del mismo club o comparte el mismo saludo de mano secreto.

Ahora supongamos dado todo eso, que deseo acusar a un grupo de una preferencia insidiosa que equivale a corrupción como el señor Knight parece desear con tanta desesperación en *The Brotherhood*. Podría ir a Boston, identificar a los funcionarios de la policía católicos de alto rango y averiguar cuántos católicos estaban actualmente en la policía para demostrar la preferencia en el empleo. Luego podría indagar para saber cuántos oficiales policiales habían sido sorprendidos aceptando sobornos o involucrados en otras actividades ilegales, identificar cuál de ellos era católico y presentar los hallazgos como una conspiración católica para apoderarse y corromper el departamento de policía. Podría hacer lo mismo para establecer una corrupción bautista en Birmingham, Alabama y una corrupción mormona en Utah.

De ninguna manera puede acusarse al señor Knight de fabricar el “misterio” de una preferencia masónica en el trabajo y el encubrimiento de los actos corruptos de un hermano masón. Esas afirmaciones tienen mucho tiempo de haber surgido. Sin embargo el señor Knight sí se encargó de actualizarlas y presentarlas en forma de libro, con conclusiones basadas en algunos de los escritos más engañosos que haya visto. Después de leer por primera vez *The Brotherhood,* me sentí confuso con las acusaciones y conclusiones

asombrosas hechas con base en datos superficiales o incompletos. La segunda vez que lo leí me sentí avergonzado por lo que se me pasó la primera vez en medio del fluir uniforme del lenguaje. Por ejemplo en el prólogo, el señor Knight informa que dos hermanos del ramo editorial, que ya le habían hecho un pago sustancial, le anunciaron que tendría que devolverles el adelanto porque habían decidido no publicar su libro. Los editores le informaron que "aunque ninguno de los hermanos era francmasón, su padre... era un miembro decano de la hermandad y por deferencia no lo publicarían". Muy claro. Los dos hermanos no eran francmasones. En la página siguiente el señor Knight resume esta situación diciendo: "Si el incidente no demuestra el poder directo de la francmasonería sobre el Cuarto Poder, sí ofrece un vívido ejemplo de la devoción que con tanta frecuencia inspira la francmasonería en sus iniciados, una devoción que es nada menos que religiosa". Qué iniciados? Según el libro esos hombres no eran para nada iniciados masónicos devotos, ya que claramente habían declarado que no eran francmasones. El incidente no es un "vívido ejemplo" de nada excepto de que dos hermanos decidieron no hacer dinero a expensas de los sentimientos de su padre. Sin embargo de lo que sí es un ejemplo es de algo muy diferente.

Después de ilustrar un estilo muy singular de lógica echemos un vistazo final al profundo conocimiento en que se basa esa crítica. Sólo citaré un párrafo de *The Brotherhood* que condena las operaciones internas de la francmasonería. El párrafo está completo, las cursivas que aparecen entre paréntesis son mías:

"Gran parte del ritual masónico se centra en el asesinato (*Falso: en los tres complejos rituales del arte de la masonería sólo hay un asesinato simbólico en uno de los grados*). En el tercer grado la víctima es Hiram Abiff, arquitecto mítico encargado de la construcción del templo de Salomón. La ceremonia incluye la representación del asesinato de Hiram por tres aprendices masones (*Falso: son tres compañeros masones*) y su subsecuente resurrección (*Falso: Hiram no resucitó de entre los muertos, simplemente lo exhumaron para sepultarlo en una tumba diferente*) Los tres aprendices (*falso de nuevo*) se llaman Jubelas, Jubelos y Jubelum conocidos en conjunto como los Juwes. En la leyenda masónica se persigue a los Juwes y se les ejecuta (*Falso: se les persigue y se les aprehende, luego se les lleva ante el rey Salomón para que los juzgue*) abriéndoles el pecho y sacándoles el corazón y los órganos vitales y arrojándoselos por encima del hombro izquierdo (*Falso: sólo uno de los tres Juwes fue sentenciado por Salomón a ese castigo*) lo cual tiene un cercano parecido con los detalles del modus operandi de Jack el Destripador".

Respecto de esta última afirmación, el primer libro antimasón del señor Knight, *Jack the Ripper: The Final Solution*, se dedicó a demostrar que los asesinatos del Destripador fueron motivados y encubiertos por los masones, principalmente por Sir Charles Warren, comisionado de la policía Metropolitana. El señor Knight estaba tan encariñado con su más espectacular pieza de evidencia condenatoria que la repitió en *The Brotherhood*. Su afirmación es que se había encontrado un mensaje escrito con gis en una pared cercana al sitio donde tuvo lugar el cuarto asesinato de Jack el Destripador. Decía: "Los Juwes son los hombres que no tienen la culpa de nada". Informa que cuando Sir Charles Warren se enteró de este mensaje se dirigió con premura al lugar y lo borró. Nos dice: "Warren... sabía perfectamente bien que lo que estaba escrito en la pared le estaba diciendo al mundo *que los francmasones son los hombres que no tienen la culpa de nada*". Eso otorga al señor Knight la

distinción de ser el primer escritor sobre masonería de los últimos 270 años en decir que la palabra Juwes es sinónimo de francmasonería. Todo aquel que tenga algún conocimiento sobre la masonería, lo cual incluye a todos los que han leído este libro, sabe que la palabra Juwes es sinónimo de los enemigos de la francmasonería, los asesinos del Gran Maestro Hiram Abiff.
No podía creer que fuera un libro que había cimbrado a un gobierno. A mí me había cimbrado pero por una razón completamente diferente. Me sorprendió que el señor Knight pudiera reunir en algún gran depósito de desfachatez las agallas suficientes para identificarse en The Brotherhood como un "observador imparcial". Después de todo si un "observador imparcial" hace acusaciones de promoción injusta en las empresas y el gobierno, corrupción en la policía y el sistema judicial, una conexión con la KGB, una infiltración del Vaticano en una conspiración para cometer el mayor fraude financiero de nuestro tiempo, responsabilidad en los asesinatos de Jack el Destripador y el indudable culto al demonio, qué le queda por afirmar a un enemigo?

CAPITULO 25
EL TEMPLO DE SALOMON INCONCLUSO

El 11 de febrero de 1988 un grupo de altos dignatarios masónicos se reunió en el salón Oval de la Casa Blanca. Se habían reunido para honrar y recibir honores de su hermano masón, el presidente Ronald Reagan. Primero el señor Reagan recibió un diploma de honor de la Gran Logia de Washington D.C., luego se le hizo Masón Honorario del Rito Escocés. El tercer honor fue el mayor cuando el señor Boris King, potentado imperial de la Antigua Orden Arábiga de los Nobles del Relicario Místico, nombró al presidente de los Estados Unidos miembro honorario del Consejo Imperial del Relicario.
El Relicario, la manifestación más visible de la francmasonería en Estados Unidos, ha recorrido un largo camino. Hace apenas una generación las convenciones de la Orden habían causado alarma y preocupación, se escribieron editoriales en contra de adultos que en apariencia consideraban divertido arrojar una bolsa con agua desde la ventana de un hotel sobre la cabeza de un peatón que no se la esperaba allá abajo. Las reuniones eran parrandas.
Luego algunos hombres prudentes encontraron la forma de poner una rienda a esa energía exuberante y reorientarla con gran éxito. El foco fue la niñez y el resultado fue una red de veintidós Hospitales del Relicario para Niños Lisiados, incluyendo diecinueve hospitales ortopédicos y tres centros para atender quemaduras. La investigación desempeña un papel importante también: hace veinte años un niño con el treinta por ciento del cuerpo cubierto de quemaduras de primer grado tenía casi un 100% de probabilidades de morir, en tanto que ahora un niño con el doble de quemaduras sobrevivirá gracias a la investigación patrocinada con fondos del Relicario. Tal vez lo que más sobresale en la administración de estos hospitales es que no tienen ningún departamento de cobros a los pacientes. Ningún niño aguarda el tratamiento mientras sus padres comprueban su capacidad de pago o presentan los documentos de la cobertura de su seguro porque no se cobra. Nunca. Y cuando el Circo del Relicario llega al pueblo para reunir dinero destinado a esos hospitales, se apartan lugares para los niños de los orfanatos de la localidad o de hogares destrozados y el regalo no acaba allí. Algunos

miembros de la Orden recogen a los niños y los regresan después de la función. En el circo recurren a sus propios bolsillos para asegurarse que sus asombrados protegidos tengan todo el algodón de azúcar, palomitas y limonada que puedan sostener en sus manos. Y el payaso que ayuda a que la visita sea memorable tal vez sea el banquero del barrio. En su conjunto, el cambio en la dirección y propósito de la Orden hacia el logro de buenas obras es un ejemplo destacado de la eficiencia del liderazgo y de la disposición desinteresada de algunos hombres de esforzarse física y económicamente a favor de una causa en la que pueden creer.

Por ser ése el caso uno podría preguntar por qué no se ha dedicado más atención a los bien conocidos grados secundarios de la masonería, como la del Rito Escocés y el Rito de York. La respuesta es simplemente que el origen y la organización de esos sistemas masónicos se conocen bien y no contienen ningún misterio olvidado. Los verdaderos misterios están en el corazón del "Arte" original de la masonería o "Logia Azul" de la masonería con sus grados de aprendiz admitido, compañero masón y Maestro Masón, la verdadera sociedad secreta cuyos orígenes y propósitos parecían haberse perdido para siempre con el paso del tiempo y los caprichos de la transmisión oral.

Esa atmósfera de misterio se extiende a la opinión pública ya que cualquier "sociedad secreta" provoca la curiosidad, enemistad y envidia de quienes no están en ella y más todavía si ni siquiera son elegibles. Un precio que esas sociedades pagan es que, por desconocimiento de sus actividades, la sociedad en su conjunto debe cargar con el estigma de los actos de algunos de sus miembros. Por ejemplo los Molly Maguires que aterrorizaron la región carbonífera de Pennsylvania quemando las casas y cortando orejas y narices de los superintendentes de las minas que habían corrido a sus hermanos ebrios, eran todos miembros de la Antigua Orden de los Hibernianos y a ésta le tomó tiempo convencer al mundo de que las mutilaciones no habían sido sancionadas oficialmente. De manera similar la masonería ha tambaleado con los ataques en contra de la Orden originados por los actos de algunos de sus miembros, por ejemplo el supuesto asesinato del capitán William Morgan. Otro acontecimiento de ese tipo involucró a lo que entonces era toda la población mormona del país.

No lejos del hogar de Morgan en Batavia, Nueva York, estaba el pueblo de Manchester, lugar de origen de un joven llamado Joseph Smith, fundador de la Iglesia Mormona. Smith basó su nueva iglesia en las instrucciones y las dos tablas de oro que dijo que le había dado el ángel Moroni poco más de un año después de la desaparición de Morgan. Comenzó en Palmyra, Nueva York, pero fue expulsado y trasladó su congregación a Ohio, de donde lo volvieron a expulsar y por fin se asentó en Nauvoo, Illinois. El pueblo creció como hongo y la francmasonería creció junto con él, muchos mormones engrosaban las filas masónicas. Alphonse Cerza, un historiador masónico, informó que hacia 1843 había cinco logias mormonas masónicas en Nauvoo que fueron suspendidas por la Gran Logia debido a irregularidades en su operación. Las logias mormonas pasaron por alto las suspensiones lo que contribuyó a la tensión ya creciente entre los mormones y los cristianos de la localidad incluyendo a los francmasones no mormones sobre la cuestión de la poligamia.

No está muy claro lo que ocurrió después. La población local antimormona una noche tuvo un estallido de ira que se manifestó con grupos que disparaban, golpeaban e incendiaban las casas y los graneros de los mormones. Esto

desencadenó una serie de acontecimientos que llevaron al asesinato de Joseph Smith. Su sucesor, Brigham Young, condenó por el ataque a los francmasones locales y los llamó agentes de Satanás. Decretó que cualquier mormón que se negara a abandonar la masonería o que decidiera convertirse en masón estaba sujeto a la excomunión por parte de la Iglesia Mormona. Por su parte los masones sostuvieron que los francmasones de Nauvoo no tenían nada que ver con los ataques salvajes. Por otro lado los mormones decidieron abandonar Estados Unidos y se dirigieron al oeste hasta que llegaron al territorio mexicano de Utah. Por último los masones decidieron que la religión mormona era incompatible con los principios de la francmasonería y en la actualidad ningún mormón puede hacerse masón dentro de la jurisdicción de la Gran Logia de Utah. Y cualquier mormón que entra en una logia masónica sigue estando sujeto a la excomunión.

Algunos años después, durante la Guerra Civil, algunos oficiales y soldados masónicos se tuvieron que enfrentar a sus hermanos masones de la facción contraria. Hay muchas leyendas surgidas durante la Guerra Civil en la que se habla de la ayuda prestada en respuesta a llamados masónicos de aflicción pero el acontecimiento más importante ocurrió precisamente después de terminar la guerra. Un grupo de sureños molesto por el deterioro de las condiciones de vida y por el creciente poder político de los hombres que habían sido sus esclavos, decidió luchar mediante una sociedad secreta. Muchos de ellos eran francmasones y recurrieron a su conocimiento de los ritos para desarrollar una infraestructura ritual para la sociedad que iba a salvar al Sur manteniendo la supremacía blanca. Adoptaron el círculo de la logia para la disposición de los miembros en sus reuniones formales, denominaron a su sociedad con base en eso y demostraron su nivel educativo utilizando en vocablo griego “círculo”, kuklos. Muy pronto la pronunciación y la escritura de esa palabra se convirtió en Ku Klux y se dieron el título de Caballeros del Ku Klux Klan al introducir en el ritual los términos de la caballería. “El ojo que todo lo ve” de la masonería se convirtió en el “Gran Cíclope”. Hubo señas con la mano, contraseñas secretas, saludos de mano secretos y señas de reconocimiento, incluso un juramento sagrado, todo lo cual se adaptó de la experiencia masónica. Algunos miembros del Klan incluso alardeaban de que había vínculos oficiales entre el Klan y la francmasonería.

Una sociedad que había comenzado como el único recurso de los sureños en contra de la invasión posterior a la guerra de su territorio, rápidamente degeneró en algo muy distinto. La violencia se apoderó de ella mediante golpizas, linchamientos e incluso tortura, por lo que la dirigencia decidió que se disolviera el Klan. En 1869 el Gran Maestro y ex general de caballería confederado Nathan Bedford Forrest promulgó su única Orden General que consistía en la disolución y dispersión de todos los Klanes. Era demasiado tarde. Se desconoció la orden del General, muchos seguían irritados por la humillación de la derrota en la guerra y lo que consideraban una humillación aún mayor: su secuela. La violencia creció y el odio del Klan se hizo extensivo de los negros a los judíos, los católicos y todas las personas de origen extranjero, pero siguió hablándose del vínculo masónico. Al final las grandes logias masónicas estatales tanto del Norte como del Sur se vieron obligadas a declarar en público su rechazo total a la filosofía, motivos y acciones del Ku Klux Klan.

Sin embargo habían echado una sombra sobre la francmasonería en las mentes de muchos y no ayudaba a despejarla la actitud de algunos masones hacia la comunidad negra. Es cierto que hay muy pocos negros en la masonería, el número es apenas una fracción de una fracción de uno por ciento de la membresía total. Un masón me explicó que esto se debía a que los Antiguos Cargos de la masonería señalan que ningún hombre puede llegar a ser masón si no es "un hombre libre nacido de una madre libre" y todos los negros estadounidenses descendían de los esclavos. No tuvo respuesta para mi objeción de que los Antiguos Cargos no dicen que un masón debe ser un hombre libre descendiente de una tatarabuela libre.

Una sombra más antigua sobre las actitudes raciales masónicas es la red influyente pero casi desconocida de logias masónicas que, en gran medida, es parte del "stablishment" negro en Estados Unidos pero que no tiene el reconocimiento de los masones blancos. Se conoce con el nombre de Masonería Prince Hall por su fundador, un negro libre que parece que sirvió como soldado en la Guerra Revolucionaria. Antes de ese conflicto él y otros catorce negros fueron hechos francmasones por una logia militar itinerante, la número 441 del 38° regimiento de infantería británica residente en Boston. Cuando el regimiento se retiró de la zona, la logia les dejó a los hermanos negros que seguían allí una autorización que les permitía celebrar reuniones pero no admitir iniciados ni otorgar grados.

La guerra garantizó que la logia militar británica no regresara a Boston por lo que más adelante Prince Hall presentó una solicitud a la Gran Logia de Inglaterra, la cual otorgó una autorización el 29 de septiembre de 1784 para la fundación de la Logia Africana número 459. Aunque en gran medida era una logia masónica oficial, la número 459 no fue reconocida por la masonería blanca de Estados Unidos. Por último respondió a la exclusión comenzando a autorizar logias en otras comunidades negras e incluso autorizó a las logias militares itinerantes que existían en las unidades militares de negros en la Guerra Civil y posteriormente en las dos guerras mundiales. La Masonería Prince Hall se expandió poco a poco por el país y se amplió en grados secundarios, algo muy similar a lo que ocurrió con la masonería blanca. Con el tiempo llegó a ser uno de los pilares más influyentes aunque menos conocidos de la comunidad negra, principalmente en el Sur, con más de un cuarto de millón de miembros.

De tiempo en tiempo surgen discusiones en las conferencias masónicas sobre un otorgamiento de un reconocimiento total a las logias Prince Hall pero quienes están a favor nunca han podido reunir una mayoría que dé su voto afirmativo. Los masones declaran que no son racistas pero es difícil aceptar la idea de una hermandad universal limitada.

Otra barrera para el establecimiento de una hermandad "universal" ha sido la relación entre los masones y las sociedades católicas y la Iglesia católica, aunque esto ha cambiado mucho en años recientes, principalmente a partir del Segundo Concilio Vaticano. Los clérigos ya no ponen en práctica con tanta fuerza las instrucciones del papa León XIII en *Humanum Genus* de "insistir en que los padres y directores espirituales al enseñar el catecismo no dejen nunca de advertir adecuadamente a los hijos y pupilos sobre la naturaleza maligna de esas sectas" (los francmasones) y así se les enseñaba a los niños. Un abogado católico me contó que en la escuela primaria parroquial a la que asistió en la década de los cincuenta, las monjas hablaban en contra de la francmasonería

dentro del aula. En su caso había un templo masónico a sólo dos cuadras de distancia y a los alumnos que tenían que pasar por allí se les decía que desviaran la vista al pasar para que no vieran la casa del Anticristo. En justicia esta actitud no era sólo de los católicos. Veinte años antes mi madre presbiteriana me había contado a mí, un niño de siete u ocho años, que las iglesias y monasterios católicos solían construirse sobre colinas porque los terrenos iban a usarse como posiciones de artillería cuando los católicos intentaran apoderarse del país.

León XIII recomendó también que se formaran sociedades para dar al "trabajador" una alternativa frente a la francmasonería. Instó para que se les "invitara a las sociedades buenas para que no fueran arrastradas a las malas" y expresó su aprobación respecto de que ya se estuvieran formando esas sociedades. Tal vez tuviera en mente el hecho de que apenas dos años antes en Hartford, Connecticut, el padre Michael J. McGiveny había formado una sociedad de católicos de ascendencia irlandesa que tomó el nombre de Caballeros de Colón. La sociedad, una organización fraternal con reuniones secretas, contraseñas y grados, se fundó para satisfacer las necesidades de los católicos de origen irlandés que se encontraban casi reducidos a ghetos étnicos rodeados por un mar de protestantes anticatólicos y, según afirmaron abiertamente, con el fin de contar con una alternativa católica frente a la francmasonería. La idea prendió y hoy se calcula que hay más de 1.3 millones de Caballeros de Colón en Estados Unidos, con miembros adicionales en México, Canadá y Filipinas.

Las dos sociedades fraternales crecieron durante los primeros años de este siglo. Los masones y los Caballeros de Colón nunca llegaron a los golpes pero se atacaban constantemente en diversas formas. El conflicto entre ambos adquirió un matiz más relevante en México en lo que los Caballeros de Colón llaman su "Campaña Mexicana" en contra de los "comunistas" como llamaban a los miembros del partido gobernante contrario a la Iglesia en el país. Las victorias revolucionarias en México habían privado a la Iglesia católica de extensas propiedades y de la mayor parte de los privilegios eclesiásticos tradicionales. Se declararon ilegales las órdenes religiosas y se prohibió a los clérigos y religiosos la enseñanza en la escuela primaria. Hubo una separación completa entre la Iglesia y el Estado y los sacerdotes no tenían derecho al voto al considerarles ciudadanos de un Estado extranjero y cuya lealtad principal era para el Vaticano.

Hacia 1925 había en México miles de Caballeros de Colón determinados a combatir las leyes anticatólicas y a "devolverle" México a Roma. Incluso trataron de dirigir escuelas religiosas pero se las suprimieron. En fin, muchos de los Caballeros se unieron con otros laicos católicos para formar la Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa. La Liga a su vez formó el núcleo de una rebelión armada en contra del gobierno. Los rebeldes se declararon fieles a Cristo Rey por lo cual se les conoció como cristeros. Los francmasones mexicanos lucharon en las filas del gobierno en tanto que muchos Caballeros de Colón mexicanos fueron al campo de batalla como cristeros. En Estados Unidos tanto los masones como los Caballeros de Colón reunían fondos y apoyo para ambos bandos. La rebelión duró desde 1926 hasta 1929 y el tratamiento brutal que recibieron los cristeros se debió a que habían empleado el asesinato como arma para la victoria que pretendían. En 1927 dos miembros de la Liga Nacional uno de los cuales era sacerdote

jesuita, fueron ejecutados sumariamente por el intento de asesinato del presidente Alvaro Obregón quien no se escapó de las balas de los asesinos cuando se llevó a cabo otro atentado el año siguiente. Al acabar la rebelión se fusiló a los prisioneros cristeros.

El principio de la Gran Depresión en Estados Unidos vio un resurgimiento del Ku Klux Klan al cual muchos de los Caballeros de Colón vinculaban con la francmasonería. El antagonismo mutuo amenazaba con provocar más violencia pero ya estaban comenzando a aparecer grietas en el gran muro religioso que separaba a los Caballeros de Colón y a los masones con base en su fundamento común de nacionalismo estadounidense. Los Caballeros de Colón habían establecido organizaciones de servicio en Europa durante la Primer Guerra Mundial. Para entonces ya habían instituido un cuarto grado basado en el patriotismo. Después de la guerra decidieron donar una estatua ecuestre de Lafayette a la ciudad de Metz en Francia, como símbolo de gratitud y hermandad e inmediatamente los atacaron algunos de sus compañeros católicos. Los críticos declararon que Lafayette había sido francmasón y por lo tanto no debía recibir honores de ningún católico leal. La condena más fuerte y ruidosa del proyecto provino de las sociedades de católicos germano-estadounidenses algunos de los cuales acusaron a la orden de tratar de crear en "Santo francmasón". Los Caballeros de Colón tuvieron que tomar una decisión. Su conclusión fue que si bien eran católicos leales también eran estadounidenses leales. No podían adoptar una política que rechazara las contribuciones de los francmasones en la historia estadounidense ya que esto significaría eliminar a Jorge Washington, Benjamín Franklin, John Hancock y docenas más. Se prosiguió con la donación y el 6 de agosto de 1920 se dedicó la estatua de bronce a la memoria del aristócrata masón francés. Después de la ceremonia una delegación de Caballeros de Colón fue a Roma para tener una audiencia con el papa Benedicto XV quien puso en paz el conflicto con el comentario de que la total devoción al propio país no es incompatible con los ideales católicos.

Sería tonto afirmar que ya no hay animosidad entre los francmasones y las sociedades fraternales católicas como la Orden Católica de Silvicultores, la Antigua Orden de los Hibernianos y los Caballeros de Colón, aunque es evidente que ha habido una marcada mejoría en años recientes. En 1967 algunos altos dignatarios tanto del Arte de la Masonería como de la Masonería del Rito Escocés se sentaron a la mesa con los principales dirigentes de los Caballeros de Colón para discutir sus metas comunes de moralidad, patriotismo, ley y orden. En realidad tenían más en común que eso. Ambas órdenes habían sido duramente criticadas por las "novatadas" juveniles que a menudo ocurren en las ceremonias de iniciación y ambas habían sido acusadas de preferencia en el trabajo y de influencia política. Después de leer las condenas de Stephen Knight en contra de las preferencias de la masonería, me interesó ver que Christopher J.Kauffman en su obra *Faith and Fraternalism: The History of the Knights of Columbus* escribió: "También había por supuesto hombres que ingresaban en la Orden principalmente por razones económicas y políticas. Sin embargo dado que esas razones son motivos comunes para la membresía en cualquier organización fraternal, no son rasgos característicos de los Caballeros de Colón".

A medida que las sociedades fraternales aprenden a convivir unas con otras, también tienen que vivir con el hecho de una membresía decreciente. La

francmasonería es todavía la mayor orden fraternal de Estados Unidos y del mundo pero el reclutamiento ha caído en los últimos años y muchos miembros se han salido. Es inevitable que a medida que cambian los tiempos cambien también las necesidades de los hombres. Durante los grandes períodos de expansión, cuando la gente de habla inglesa se desplazaba por todo el mundo, la francmasonería había prestado importantes servicios sociales. Fuera que lo hubieran transferido a Hong Kong, que buscara empleo en una mina sudafricana o que desembarcara en San Francisco durante la gran fiebre del oro, un francmasón solitario no tenía que permanecer perdido y solitario durante más de un día o dos que le costaba establecer contacto con los hermanos masones de la localidad, quienes lo guiaban, lo ayudaban si estaba en dificultades y lo recomendaban en los lugares adecuados. Además su membresía masónica también le garantizaba su categoría social.

Lo importante que eso podía ser se manifestó espectacularmente en los primeros tiempos de Australia. Es bien sabido que miles de convictos se encargaron de su primera colonización aunque no es tan bien conocido que las unidades del ejército enviadas allá para vigilar a los convictos llevaron consigo su masonería en las logias militares itinerantes. Técnicamente en convicto que había cumplido su sentencia podía disponer de todas las oportunidades que brinda una nueva tierra, pero aún si creara su propia empresa o se dedicara a la agricultura, él y su familia quizá durante varias generaciones tenían que vivir con el estigma de haber estado en la cárcel, lo que los fijaba en un nivel más bajo de la escala social. Lo único que se necesitaba para cambiar esa condición era que el ex convicto fuera aceptado en una logia masónica, lo cual lo ponía de inmediato en la posición de hermandad juramentada con los oficiales de la guarnición, algunos ciudadanos destacados y algunos miembros del gobierno. Esta ventaja no estaba disponible para los muchos ex convictos irlandeses cuyo catolicismo romano los excluía de la escalera masónica hacia la aceptación social. Australia se apegó a la francmasonería y en la actualidad hay allí más de tres mil logias.

La condición social de la francmasonería en Gran Bretaña se ha garantizado en tiempos pasados con el patronazgo de la Familia Real aunque es posible que eso también esté cambiando. El príncipe Carlos es el primer heredero del trono en casi doscientos años que rechazó la masonería. La explicación dada con más frecuencia aunque sin confirmar, es que a Carlos lo puso en contra de la masonería su padre, el príncipe Felipe, quien resintió amargamente la presión ejercida en él por su suegro, el rey Jorge VI, para que se hiciera francmasón. Felipe sí ingresó pero se mantuvo totalmente inactivo, por lo que el actual Gran Maestro es el primo de la reina, el Duque de Kent.

Sin embargo no debe pensarse que los votos de hermandad creaban un crisol en el cual desaparecían las diferencias de clase. Cuando el duque de Sussex se convirtió en el Gran Maestro de la Gran Logia Unida, propuso que se reuniera una logia formada por completo de pares del reino para que así pudiera tener una logia “digna” a la cual servir como Venerable Maestro. Sin embargo el patronazgo real hizo más fácil el tener logias masónicas en las unidades navales y militares y salas de logia en instituciones tan venerables como Scotland Yard y el Banco de Inglaterra.

Además del rechazo real de parte del príncipe de Gales, la masonería británica sigue sufriendo las secuelas de los ataques de Stephen Knight u otros en contra de la Orden como lo atestigua una ley propuesta (sin éxito) en la cámara

de los Comunes en junio de 1988 con el propósito de reducir el número de francmasones admitidos en la Policía Metropolitana.
Es demasiado pronto para evaluar el éxito de sus esfuerzos pero la Gran Logia Unida de Inglaterra ha hecho algunos intentos por contrarrestar la mala imagen de la prensa. Uno de ellos iniciado en 1986 fue un programa de recorridos públicos gratuitos por la Sala de los Francmasones mas por desgracia parte de la cobertura periodística de esos recorridos fue insultante y burlona (y por lo menos parcialmente ficticia). Por ejemplo un artículo en Ilustrated London News de noviembre de 1987 intitulado Temple of Horrors (Templo de los Horrores) llevaba una ilustración donde se veían miles de murciélagos que salían volando de la Sala de los Francmasones. Ostensiblemente se hacía el reportaje del recorrido desde el punto de vista de una mujer. Después de describir sus observaciones sobre los olores de la Sala (halitosis, brillantina y cera para muebles) la autora sólo presenta a dos de los visitantes que iban con ella, ambos estadounidenses. A una la describe como “francmasona” –la primera de que haya oído hablar- y que por supuesto usa tacones de aguja que resuenan en el piso de mármol y a la cual en cierto momento ve acariciar las estatuas de Jonathan y David. El otro estadounidense es un tejano que mastica chicle incesantemente y responde a los comentarios del guía con “guau” y “fiu” (he conocido a muchos tejanos quienes sin duda han dominado algunos de los epítetos más ingeniosos y de las imprecaciones más mordaces del mundo de habla inglesa, pero nunca he oído a ninguno que diga “guau” o “fiu”). Cuando el grupo se detiene para examinar una estrella que hay en el piso, la reportera hace la observación de que no le sorprendería “ver que el propio Príncipe de las Tinieblas aparezca a través de la estrella de lapislázuli echando humo rojo por los cuernos llameantes”. Al pasar ante una puerta cerrada especula sobre la posibilidad de que del otro lado se estén decapitando gallinas. Es difícil imaginar lo que hace este tipo de reportaje a los lectores de la publicación aunque tal vez haya causado oleadas de risa entre el círculo de amigos de la autora, lo cual con frecuencia constituye el objetivo principal de esa forma de periodismo. Artículos como éste deberían tranquilizar a la mente que tienen la certeza de que la francmasonería no controla la libertad de prensa en Gran Bretaña.
En los primeros tiempos, la francmasonería fue una fuerza poderosa a favor de la libertad religiosa. El país recientemente formado de Estados Unidos estaba integrado por colonias en las cuales el fanatismo y la intolerancia religiosa formaban parte del estilo de vida. Las colonias tenían sus propias religiones de estado y el estado de Connecticut se mantuvo oficialmente congregacionalista hasta 1818. Roger William salió huyendo de la intolerancia religiosa en Massachusetts para fundar Rhode Island e incluso los Calverts católicos sólo obtuvieron su cédula para Maryland conviniendo en que la religión del Estado sería el catolicismo anglicano. Virginia era partidaria militante de la iglesia de Inglaterra con leyes que imponían azotes públicos para los ministros bautistas o metodistas que osaban predicar sermones a sus seguidores. Presionadas por esta persecución, varias de esas congregaciones salieron de Virginia en dirección de las tierras boscosas y salvajes del sureste donde todavía predominan. Tampoco podría condenarse de ninguna manera a los católicos romanos de este fanatismo en la Tierra de la Libertad, porque representaban menos del uno por ciento de la población en 1776. A las diferentes sectas protestantes les tocó arreglar sus cosas y de ninguna manera todas estuvieron

a favor de que la libertad religiosa propuesta estuviera garantizada en la Constitución. La afiliación masónica de muchos de los hombres que lucharon por esos derechos indica que tomaron en serio sus votos de sostener el principio de que la forma en que un hombre decide adorar a Dios era sólo de su incumbencia.

No importa qué tan útil haya podido ser la francmasonería para sus miembros en el pasado, ahora la cuestión principal de la orden es hacia dónde ir desde aquí. La concentración en la moral individual y en la caridad grupal no ha puesto fin a la erosión del reclutamiento a medida que algunos jóvenes con más frecuencia declinan seguir a sus padres y abuelos e ingresar en el arte de la Masonería. Un problema podría ser que en una sociedad cada vez más permisiva y buscadora de lo material, los conceptos de moralidad, orgullo y honor personal tal vez parezcan anticuados. Si es así es necesario poner en marcha un programa para actualizarlos no sólo como conceptos sino como formas reales de comportamiento. Si la francmasonería pudiera ayudar a lograr eso nos haría a todos un gran favor, atrapados como estamos en una sociedad en la cual una ganancia monetaria sustancial parece modificar el estigma social y moral del crimen. El hombre que roba un automóvil que vale cinco mil dólares es un ladrón, un malhechor y un forajido, pero al hombre que roba veinte millones no le faltan invitaciones a fiestas. Un amigo pagó treinta dólares para llevarme a una cena a oír a un ex convicto de mucho éxito predecir el futuro de la economía mundial y después de la conferencia se le hicieron preguntas de parte del público –integrado en su mayor parte por banqueros, corredores de bolsa y hombres de negocios- en una atmósfera de respeto atento. No es tan deprimente la prisión para el hombre que comete sus crímenes en Wall Street o en la avenida Pennsylvania porque puede ocupar sus horas en escribir un libro con un adelanto sustancial de parte de su editor e intercambiar correspondencia con su agente respecto de futuras conferencias pagadas y apariciones en programas de entrevistas en la televisión. En un ambiente así cualquier fuerza a favor de que vuelva a surgir la moralidad recibiría la mejor de las acogidas.

Mucho más propio de la francmasonería y de beneficio potencial para todos es su antigua tradición en contra de los litigios. Cada año Estados Unidos ve el nacimiento de 3.8 millones de bebés y 8 millones de demandas legales. Se ha informado que de todos los hombres y mujeres que practican la abogacía sobre la faz de la Tierra, más del 60 por ciento están en Estados Unidos. Recientemente en el condado de Kentucky donde vivo un conductor ebrio al volante de una camioneta de carga chocó de frente contra un autobús escolar, el cual estalló en llamas y mató a veintisiete personas. En las semanas siguientes oí hablar tanto sobre el potencial de demanda legal del accidente como sobre las impactantes muertes de los jóvenes inocentes.

En respuesta a la proliferación de los litigios, los costos rápidamente crecientes del seguro de responsabilidad civil han afectado el costo e incluso la disponibilidad de bienes y servicios vitales. En una comunidad de Georgia, los doctores dedicados a la obstetricia y a la ginecología anunciaron que ya no aceptarían a ninguna paciente que fuera abogada, esposa de abogado o empleada de un bufete legal, todo esto debido al creciente temor por las demandas por negligencia profesional. Las desafortunadas mujeres en espera se vieron obligadas a trasladarse más de cien kilómetros hasta Savannah para conseguir cuidados prenatales y atención en el parto. Hasta las leyes benignas

de hospitalidad sufren y uno se aterroriza de dejar que los vecinos o los invitados usen una alberca o monten a caballo o de permitir que sus hijos trepen a un árbol.
Los francmasones podrían proporcionar un gran servicio si trajeran a la luz y a la discusión pública sus antiguas actitudes sobre los litigios. Sus antiguas reglas dicen que las demandas legales son la conciliación de último recurso y que –incluso en ese caso- la demanda sólo debe ser por restitución y no por daños económicos. Aunque es evidente que las actitudes masónicas se destinaban a las relaciones entre los miembros de la fraternidad y de ninguna manera anticipaban los tipos de litigios que vemos hoy, el antiguo cargo es muy claro en lo que se refiere a que los hombres deben intentar todas las demás soluciones antes que recurrir a los tribunales. Si tres millones de hombres afirmaran públicamente ese punto de vista y se lo plantearan a sus legisladores, podrían ejercer una influencia poderosa. Es necesario un poco de fuerza antes de que una situación que ya se está propagando desmesuradamente degenere al grado de que una sociedad cada vez más agresiva motivada sobre todo por el logro de éxito material, emprenda más y más ataques monetarios que recurren a una confusa complejidad de leyes que ningún hombre podría tener la esperanza de memorizar, mucho menos de comprender.
De más importancia todavía para todo el mundo sería que la francmasonería promulgara y defendiera públicamente sus Antiguos Cargos referentes a los vínculos de hermandad existentes entre los hombres de todos los credos religiosos y exhortar a sus miembros para que cada uno dedique tiempo y apoyo activo a su propia fe religiosa. Al estar escribiendo este libro, la religión, el amor a Dios sigue siendo el problema principal de muchos países. Es la base de disturbios políticos, terrorismo y de una guerra evidente y lleva consigo el potencial para más de lo mismo en el futuro. Los sijs de la India, que quieren un estado independiente en el Punjab, dieron a conocer la intensidad de sus sentimientos con el asesinato de la Primera Ministra Indira Gandhi y resistieron el castigo del fuego de ametralladoras contra su Sagrado Templo Dorado de Amristar. El ejército indio envió tropas a Sri Lanka para ayudar a acabar con un levantamiento de tamiles budistas. Jomeini demostró que la religión podía ser una fuerza más poderosa que los programas de bienestar social y los armamentos de tecnologías más avanzada cuando derrocó a un gobierno y luego envió a cientos de miles de sus seguidores chiítas en contra de los sunitas militantes de Irak. Ambas facciones estaban dispuestas a morir por lo que había comenzado como una diferencia de opinión respecto de cuál de los parientes de Mahoma tenía el derecho de heredar su liderazgo del Islam. La situación se volvió todavía más conflictiva en Beirut cuando en mayo de 1988 los chiítas pro iraníes combatieron a los chiítas pro sirios con tanques y ametralladoras hasta que cientos de correligionarios yacían muertos y mutilados en las calles.
Los rusos pensaron que habían alejado eficazmente a la gente joven de Asia Central de la religión islámica de sus padres al reducir el número de *meddresseh* o seminarios musulmanes de más de cuatrocientos a sólo dos. Se daban conferencias anti religiosas en las escuelas y como medida preventiva se colocaron carteles anti religiosos en los santuarios musulmanes (en uno de los cuales se lee: “Rezar a Dios es como pedir que dos más dos por favor no sean cuatro”). Sin embargo en las primeras etapas de la guerra en Afganistán,

a donde habían enviado tropas uzbecas –descendientes musulmanes de los mongoles- los rusos se sorprendieron cuando los uzbecos y los guerrilleros afganos se gritaban unos a otros desde detrás de sus rocas: “Hermano, ambos somos creyentes e hijos del Profeta. Por qué intentamos matarnos por estos rusos?”. Hubo que retirar del combate a los uzbecos y los rusos han de haber considerado cómo era posible que estos jóvenes de veintitantos años se consideraran musulmanes cuando toda la maquinaria gubernamental, las escuelas y los medios de comunicación controlados por el gobierno habían estado machacándoles sin cesar que no hay Dios.

En Gran Bretaña el número de feligreses ha caído drásticamente y los obispos de la Iglesia de Inglaterra han puesto en tela de juicio los milagros del Nuevo Testamento. En el norte de Europa es más la gente que no va a la Iglesia que la que asiste. En Japón está cobrando fuerza una oleada de anti semitismo con libros, artículos e incluso carteles en el tren subterráneo de Tokio. En Grecia se ha propuesto que la mayor parte de la riqueza de la Iglesia ortodoxa se ponga bajo control gubernamental.

El 1988 en Suiza, el arzobispo Lefebvre aceptó contento la excomunión de la Iglesia Católica para él y para miles de sus seguidores en todo el mundo cuando consagró a cuatro obispos en contra de las órdenes expresas de la Santa Sede. Declaró su determinación de que la Iglesia volviera a la condición en que estaba antes de lo que él calificaba como cambios “heréticos” del Segundo Concilio Vaticano (1962 – 1965). En Estados Unidos el número de sacerdotes también se ha reducido de modo notorio y la membresía de las órdenes religiosas ha bajado de más de cien mil a un poco más de seis mil en 1988. Se han cerrado escuelas católicas y también algunas iglesias por falta de sacerdotes que se encarguen de ellas. Tampoco se permite que las mujeres cubran esas vacantes en la Iglesia Católica porque se ha determinado que nunca se ordenarán como sacerdotes aunque se les pueda asignar papeles más importantes en la Iglesia (no están solas en esto; en octubre de 1987 las iglesias bautistas sureñas expulsaron a toda una congregación que había elegido a una mujer como pastor y para ello citaron un pasaje de las Escrituras donde dice que las mujeres no pueden tener autoridad sobre los hombres).

El papa Juan Pablo II no ha dudado en castigar a los disidentes de la Iglesia, pero la disidencia sigue firme sobre todo en lo que se refiere al matrimonio de los sacerdotes, al papel de las mujeres, al aborto, al uso de condones para prevenir el SIDA, el control de la natalidad y la homosexualidad. El Papa tampoco ha resuelto los problemas de los sacerdotes comunistas de la política latinoamericana aunque ha prohibido sus actividades.

En Estados Unidos el Ku Klux Klan en apariencia sigue funcionando bien, es militantemente anti negro y anti católico. La imagen de los evangelistas televisivos se ha empañado tal vez sin remedio por la conducta personal de algunos de ellos. En 1987 la Suprema Corte de Estados Unidos revocó la decisión de un juez federal de Louisiana que violaba el precepto constitucional de separación de la Iglesia y el Estado. En marzo de ese año el juez federal del Tribunal de Distrito W. Brevard Hand había fallado en contra de lo que denominó “humanismo secular”: intento de enseñar moral a partir de una base secular en vez de religiosa. Ordenó que cuarenta y cuatro libros de texto se quitaran de las escuelas, incluyendo dos textos de economía doméstica para futuras amas de casa. Ya no podría usarse la historia de Jorge Washington y el cerezo para enseñar una lección de moral. “Si este Tribunal está obligado a

excluir del aula 'Dios es grande, Dios es bueno, le damos gracia por nuestra comida cotidiana' –dijo el juez- entonces este Tribunal debe excluir del aula también las cosas que sirven para enseñar que la salvación se alcanza por uno mismo en vez de mediante una deidad". También en 1987 la Suprema Corte de Estados Unidos rechazó como institucional una ley estatal que exigía que las escuelas estatales enseñaran "creacionismo" –el relato literal de la creación tomado del Génesis- junto con la teoría de la evolución. La decisión de la Suprema Corte molestó mucho a los fundamentalistas protestantes quienes también habían expresado su objeción al requisito triple que exigía la Suprema Corte a los programas escolares: el programa debe tener un propósito puramente secular, no puede tener el efecto de promover la causa de ninguna religión y debe evitar involucrar al gobierno en asuntos de religión. Entre tanto hay otra apelación en espera de fallo, se trata del caso de un Juez Federal de Tennessee que decidió que debería excusarse a los niños fundamentalistas de tener que leer en clase libros que violan sus creencias religiosas y citó partes de El Diario de Ana Frank, La Cenicienta y El Mago de Oz.

Hemos hablado aquí de musulmanes fundamentalistas, de católicos fundamentalistas y de protestantes fundamentalistas y habría que citar a otro grupo. Con la guerra entre Irán e Irak en una tregua incierta y los soviéticos retirados de Afganistán la situación potencialmente más explosiva que queda en el mundo puede atribuirse a los fundamentalistas de Israel, los cuales pueden complicar una de dos cuestiones vitales o ambas. En primer lugar está la cuestión de los levantamientos en los territorios ocupados (donde incluso un primer ministro describió a los residentes –de los cuales algunas familias tal vez han estado allí desde hace diez generaciones- como "extranjeros"). Es importante para Israel que lo reconozcan como democracia, sobre todo en lo que respecta a su relación con Estados Unidos e incluso con muchos judíos estadounidenses. Para preservar esta impresión debe encontrar la forma de tratar con la numerosa población no judía que ha adquirido con sus victorias militares. Para lograr su ambición dominante de mantener un Estado puramente judío, Israel no puede conceder a los no judíos derechos equitativos de voto porque eso le permitiría contar con una voz considerable en el Knesset (Parlamento Judío). Para muchos israelíes la solución radica en ceder parte de los territorios conquistados como la menor de dos catástrofes. Otros se ponen furiosos con la sola mención de esa medida, e incluso algunos dicen que Israel aún no tiene todo el territorio que Dios concedió originalmente a su pueblo prometido. Los fundamentalistas de extrema derecha proponen soluciones más duras, por ejemplo expulsar a la población musulmana y sustituirla con colonos judíos, una medida que se expone a la condena del resto del mundo y quizá también a la guerra.

El otro problema de Israel nos remite directo a la francmasonería porque se centra firmemente en el sitio original del Templo de Salomón en el monte Moriah, el monte del Templo de Jerusalén, el lugar de nacimiento de los Caballeros Templarios. Tal vez no hay un lugar en la Tierra que pregone la hermandad de los hombres de diferentes religiones más que el sitio del Templo de Salomón original, en una situación tan tensa que algunos escritores han especulado que muy bien podría detonar la Tercera Guerra Mundial. Y por primera vez en este libro no estamos hablando de alegorías basadas en el templo, sino el templo verdadero, el Templo de Jerusalén.

Es de vital importancia para tres grandes religiones: el judaísmo, el islamismo y el cristianismo. El rey David tuvo la visión de construir una gran casa de Dios y compró el campo de trilla de Ornán, en el monte Moriah, para el edificio. Le tocó a su hijo Salomón la construcción del Templo, que duró siete años en concluir, en el siglo X a.C. En el año 587 a.C., Jerusalén cayó en poder de los babilonios durante el reinado de Nabucodonosor, se despojó al templo de todos los ornamentos y luego se arrasó.

Unos cincuenta años después Babilonia fue tomaba por los persas quienes permitieron que los judíos regresaran del exilio y volvieran a practicar su religión. Los persas nombraron a un tal Zerubabel como gobernador, quien alentado por el sumo sacerdote Joshua decidió construir un segundo templo en el mismo sitio. Era una estructura de buen tamaño pero sin la magnificencia de la ofrenda de Salomón. Se concluyó hacia el año 515 a.C. y sirvió durante siglos aunque no sin problemas y conflictos y cambio de propietario.

En el año 168 a.C. Antíoco Epifanes, rey de Siria, fracasó en su intento de someter a Egipto pero arrasó el territorio judío que le quedaba a medio camino, lo cual dio al templo sus días más terribles de profanación. Se declaró ilegal la circuncisión, castigable con la pena de muerte, al igual que cualquier celebración del sábado judío. Para humillar deliberadamente a los judíos, cuya religión prohíbe comer cerdos, Antíoco hizo que se construyera en el monte del Templo un altar para el sacrificio de cerdos.

Todo esto fue tomado en cuenta por una banda guerrillera de judíos militantes que operaba en las colinas conducida por un hombre llamado Matatías. Integraban la banda los macabeos o “martilladores”. A la muerte de Matatías el mando pasó a manos de su hijo Judas (o Judah). El enemigo subestimó a tal grado a este genio militar que antes de una batalla muy importante el general contrario hizo arreglos para vender el ejército judío a unos tratantes de esclavos, sólo para que su propio ejército fuera derrotado por los macabeos a quienes superaban considerablemente en número. Una victoria siguió a otra hasta que los macabeos tomaron Jerusalén. Al ir al templo a ofrecer sus oraciones de agradecimiento y para volver a encender la *Menorah* sagrada descubrieron un poquito de aceite consagrado. Les tomaría ocho días cumplir con todo el ritual requerido para consagrar más, en tanto que la cantidad disponible duraría menos de un día. De todos modos prosiguieron con la ceremonia y presenciaron un milagro cuando la pequeña cantidad de aceite ardió durante ocho días con sus noches hasta que estuvo listo el nuevo aceite, un milagro que se rememora todavía en la celebración del *Hanukkah*, la Fiesta de las Luces.

Sin embargo los romanos llegaron y su conquista de Jerusalén mantuvo a la ciudad santa lejos del control judío durante más de dos mil años, hasta la Guerra de los Seis Días en 1967. El rey Herodes, designado por los romanos, fue quien se encargó de ampliar y embellecer el segundo templo. Sería mayor que el Templo de Salomón y para dar cabida a sus cimientos ampliados se construyó un enorme muro de contención en el lado sudoccidental del Monte del Templo. En el patio rodeado de columnas de este Templo ampliado fue donde Jesucristo caminó y predicó a sus discípulos. Este más reciente templo fue el que menos duró ya que fue destruido completamente por los romanos durante la revuelta popular del año 70 d.C. Lo único que queda de la elaborada estructura es una parte del muro de contención ahora llamado el Muro Occidental o Muro de los Lamentos.

Aunque Israel se apoderó de Jerusalén en 1967 los israelíes se han mostrado reacios a tomar posesión del Monte del Templo. Todavía está bajo vigilancia policial musulmana porque en lugar de una sinagoga judía el monte está coronado por dos mezquitas construidas en los días del dominio islámico, una de ellas es el famoso Domo de la Roca, recubierto de mosaicos y con la cúpula de oro. Esta situación es un tema de disidencia y desacuerdo entre los israelíes. La mayoría está dispuesta a dejar las cosas en paz por el momento pero en el otro extremo de la gama están los fundamentalistas, tales como los *Gush Emunim*, "los creyentes", a quienes les parece que esa actitud es tan intolerable como la idea de que los musulmanes celebren sus ritos religiosos en el sitio mismo del Templo de Dios, en tanto que los judíos están restringidos a los cimientos de abajo. Meir Kahane, el rabino estadounidense que encabeza a los fundamentalistas Kach de extrema derecha, no tiene problemas con los musulmanes, sólo dice que debe expulsarse a todos de Israel después de lo cual puede resolverse fácilmente el problema del Monte del Templo.

Estos y otros grupos quieren un templo judío en el Monte del Templo, de preferencia en el lugar mismo del Templo de Salomón. Por qué otra razón habría un programa para la enseñanza del antiguo ritual del Templo en el seminario ortodoxo Yeshivah Ateret Hacohanim?. La cuestión principal para el mundo es si cualquiera de esos grupos prevalecerá hasta el grado de que de veras consideren derribar la mezquita del Domo de la Roca para dar paso a un nuevo Templo. Sin lugar a dudas esto provocaría la ira de todos los musulmanes del mundo quienes consideran ese santuario como el lugar donde Mahoma subió por la escalera hasta el propio tronó de Alá. No hay forma de predecir la violencia que puede ir desde un terrorismo esporádico hasta una verdadera guerra. Cualquier gobernante musulmán que declinara participar estaría en riesgo de ser derrocado.

Sin embargo para los judíos esta colina baja de Jerusalén, este Monte del Templo, es el lugar más sagrado de la Tierra. El Templo de Salomón antecede mil años a la cristiandad y al Islam muchos más. Y también para la cristiandad el lugar donde Jesucristo discutió y predicó y de donde expulsó a los mercaderes, constituye un territorio sagrado. La Iglesia católica ha propuesto que Jerusalén se convierta en una ciudad internacional, una idea que tiene mérito tal vez pero que no soluciona el problema. No es toda la ciudad sino unos cuantos acres sagrados del monte Moriah lo que está en el centro de la controversia. Pueden los seguidores de tres grandes religiones, tres grandes maneras de adorar a Dios, encontrar la forma de convivir en paz y hermandad en este pequeño espacio? Este es el lugar donde más que en cualquier parte, la actitud religiosa central de la francmasonería podría aplicarse con el efecto más benéfico para el resto del mundo, donde los hombres que reconocen su creencia en un ser supremo podrían reunirse en hermandad y mantener un respeto absoluto por la forma de adoración de los demás hombres.

Alcanzar esta meta en el Monte del Templo sería una tarea monumental. Debería haber un templo tripartito para todos? Conviene dejar el Domo de la Roca así como está pero construir una sinagoga judía y un santuario cristiano en el monte todos interconectados con un atrio o plaza común? Es necesario elaborar un plan razonable y luego proponerlo a Israel porque controla el territorio y desea un templo, a los musulmanes porque les preocuparía cualquier profanación del Domo de la Roca y a los cristianos que abarcan a

varias denominaciones porque podría necesitarse un grupo plural para administrar la porción cristiana.
El simple hecho de implantar una medida en ese sentido podría ayudar a frustrar los planes de quienes estarían dispuestos a ir a la guerra en un juego maniático de llegar a ser dueños absolutos de la colina, a imponer su Dios sobre los demás dioses, cualquiera de los tres que fuera. No importa quién gane habría muertos y ya es tiempo de que los hombres dejen de matar y morir por lo misericordioso, compasivo y amoroso que es su Dios. Las iglesias han dicho y siguen diciendo que sus seguidores no pueden ser francmasones porque la aceptación de todas las religiones es denigrar a la “verdadera religión” porque se le equipara con todas las demás religiones falsas, en consecuencia no estoy proponiendo que todos los hombres se hagan francmasones. Lo que estoy proponiendo es que los aproximadamente cinco millones de francmasones del mundo los cuales sí aceptan la hermandad con todos los hombres de todos los credos, encabecen ese espíritu de solución del problema del Monte del Templo combinando sus actitudes religiosas con su veneración del Templo de Salomón en beneficio de todo el mundo. Sería un viaje largo y costoso del Oeste al Este pero daría un nuevo significado al hecho de que cada hombre se transformara en el sillar perfecto listo para ocupar su lugar en el Templo de Dios. Sería una forma maravillosa de completar el Templo de Salomón inconcluso y para completar todo el círculo de deambulación y retomar el propósito primordial de sus predecesores, los Caballeros del Temple: el paso seguro de todos los peregrinos a ese lugar santo.

APÉNDICE

(Se presenta a continuación la versión en español de la encíclica *Humanum Genus*, la condena papal más fuerte y más amplia de la francmasonería. Se promulgó en 1884)

LA SECTA MASÓNICA
PAPA LEON XIII

A todos los venerables patriarcas, primados, arzobispos y obispos del mundo católico que están en gracia y comunión con la Santa Sede:

Venerables hermanos:

Salud y la bendición apostólica!

La raza humana, después de que por la maldad del demonio se había apartado de Dios, el Creador y Donador de bienes celestiales, se dividió en dos facciones diferentes y opuestas, una de las cuales combate incesantemente a favor de la verdad y la virtud, la otra por las cosas que se ponen a la verdad y la virtud. Una constituye el reino de Dios sobre la Tierra, es decir la Iglesia de Jesucristo; quienes desean adherirse a ella con toda la fuerza de su alma y alcanzar la salvación deben servir a Dios y a Su Único Hijo engendrado con toda su mente y toda su voluntad. La otra constituye el reino de Satanás, bajo cuyo poder están todos los que han seguido su triste ejemplo y el de nuestros primeros padres. Se niegan a obedecer la ley divina y eterna y se afanan por muchas cosas en detrimento de Dios y por muchas en contra de Dios. Este doble reino como dos Estados con leyes opuestas que funcionan en direcciones opuestas, Agustín lo vio claramente y lo describió y captó la causa eficiente de ambos con una sutil brevedad en estos términos: "Dos amores han hecho los dos estados: el amor a sí mismo en desprecio de Dios ha hecho el terrenal, pero el amor a Dios en desprecio de sí mismo ha hecho el celestial" (*La Ciudad de Dios*, libro XIV, cap. 17)

Uno combate al otro con diferentes tipos de armas y lucha todo el tiempo aunque no siempre con el mismo ardor y la misma furia. Sin embargo en nuestros días quienes siguen al maligno parecen conspirar y luchar todos juntos con la guía y la ayuda de esa sociedad de hombres difundida por todas partes y sólidamente establecida a la que llaman francmasonería. Sin disimular sus intenciones, compiten por atacar el poder de Dios; abierta y ostensiblemente se esfuerzan por dañar a la Iglesia con el propósito de privar completamente, de ser posible, al pueblo cristiano de los beneficios aportados por Jesucristo el Salvador.

Al ver estos males la caridad de nuestra alma nos obliga a decir a Dios a menudo: "Porque mira cómo tus enemigos se alborotan y alzan, los que te odian, la cabeza. Planes urdiendo están contra tu pueblo, contra tus protegidos se coaligan. Venid, dicen, venid a exterminarlos, que no sea ya pueblo". (Salmos, LXXXII, 3-5)

En esta crisis tan inminente, en esta guerra tan grande y obstinada contra la cristiandad, es nuestro deber señalar el peligro, poner en evidencia a los adversarios, resistir lo más que podamos sus estratagemas y tretas para que aquellos cuya salvación está en nuestras manos no perezcan eternamente y para que el reino de Jesucristo, que se nos ha confiado, no sólo pueda estar y mantenerse intacto sino que pueda seguir creciendo en todo el mundo mediante nuevas adiciones.

Los pontífices romanos, nuestros predecesores, que vigilaban constantemente la seguridad del pueblo cristiano, identificaron rápidamente a este enemigo capital que acechaba desde la oscuridad de la conspiración secreta y, como anticipaban el futuro en su mente, dieron las alarmas a los príncipes y al pueblo para que no cayeran en imposturas y fraudes.

Clemente XII fue el primero en señalar el peligro en 1738 y Benedicto XIV renovó y continuó su Constitución. Pío VII siguió a ambos y León XII mediante la Constitución Apostólica –*quo graviora*- que recapitulaba las leyes y decretos de dichos pontífices sobre el tema, los validó y confirmó para siempre. En el mismo sentido habló Pío VIII, Gregorio XVI y con mucha frecuencia Pío IX.

Una vez que se descubrió el propósito y objetivo de la secta masónica a partir de la evidencia plena, a partir del conocimiento de las causas, una vez que sus leyes, ritos y comentarios han salido a la luz y se han dado a conocer mediante las declaraciones adicionales de los miembros asociados, esta Sede Apostólica denunció y declaró abiertamente que la secta de los masones está establecida en contra de la ley y de la honestidad y es al mismo tiempo un peligro para la cristiandad y también para la sociedad; además con la amenaza de los duros castigos que la Iglesia usa contra los culpables, prohibió esa sociedad y ordenó que nadie se afiliara a ella. En consecuencia los furiosos masones, pensando que podían evadir la sentencia o destruirla parcialmente si la menospreciaban o calumniaban, acusaron al Papa que elaboró esos decretos de no haber hecho un decreto correcto o de haber traspasado la moderación. Trataron así de evadir la autoridad y la importancia de las Constituciones Apostólicas de Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII y Pío IX. Sin embargo en esa misma sociedad hubo algunos que, incluso en contra de su propia

voluntad, reconocieron que los pontífices romanos habían actuado sabia y legítimamente de acuerdo con la doctrina católica. En esto muchos príncipes y gobernantes de Estados estuvieron de acuerdo con los papas y, o bien denunciaron la masonería a la Sede Apostólica o bien mediante leyes adecuadas la condenaron como algo malo en Holanda, Austria, Suiza, España, Baviera, Saboya y otras partes de Italia. Sin embargo, el hecho justificó la prudencia de nuestros predecesores y esto es lo más importante. Aún más, su preocupación paternal no siempre ni en todas partes tuvo éxito, fuera por la simulación y astucia de los masones mismos o por la desconsiderada falta de seriedad de otros cuyo deber exigía una estricta atención de su parte. Por consiguiente en un siglo y medio la secta de los masones creció más de lo que se esperaba y, deslizándose audaz y engañosamente entre las diversas clases del pueblo, llegó a ser tan poderosa que ahora parece el único poder dominante en los Estados. De este crecimiento rápido y peligroso se han introducido en la Iglesia y en el Estado los males que nuestros predecesores ya habían previsto. De hecho se ha llegado a esto, a que tenemos un grave temor, no por la Iglesia pues tiene una base demasiado firme para que los hombres la perturben, sino por los Estados donde esa sociedad es muy poderosa y otras sociedades de tipo similar y que demuestran ser sirvientas y compañeras de la masonería. Por estas razones, desde el primer momento en que asumimos el gobierno de la Iglesia, vimos y sentimos muy claramente la necesidad de enfrentar un mal tan grande con todo el peso de nuestra autoridad. En todas las ocasiones favorables hemos atacado las principales doctrinas donde aparecía la perversidad masónica. Con nuestra Encíclica *Quod Apostoloci Muneris* atacamos los errores de los socialistas y comunistas; con la Encíclica *Arcanum* tratamos de explicar y defender el concepto genuino de la sociedad doméstica cuya fuente y origen está en el matrimonio; finalmente, con la Encíclica *Diuturnum* propusimos una forma de poder civil en consonancia con los principios de la sabiduría cristiana y que respondiera a la naturaleza misma y al bienestar del pueblo y de los príncipes. Ahora siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores, intentamos dirigir nuestra atención a la sociedad masónica, a toda su doctrina, a sus intenciones, actos y sentimientos, con el fin de ilustrar cada vez más esta fuerza maligna y detener la propagación de esta enfermedad contagiosa.

Hay varias sectas de hombres que, aunque difieren en nombre, costumbres, formas y origen, son idénticas a la masonería en objetivos y modo de pensar. Ésta es el centro universal de donde surgen todas y hacia donde todas regresan. Aunque en nuestros días parece que estas sectas ya no se preocupan por ocultarse en la oscuridad, sino que celebran sus reuniones a plena luz del día y ante los ojos de sus semejantes y publican abiertamente sus diarios, sin embargo preservan deliberadamente los hábitos y costumbres de las sociedades secretas. Además hay en ellas muchos secretos que, por ley, se ocultan cuidadosamente no sólo de los profanos, sino también de muchos de sus asociados, a saber, las intenciones finales profundas, los jefes ocultos y desconocidos, las reuniones ocultas y secretas, las resoluciones y los métodos y medios por los cuales se pondrán en ejecución. De ahí la diferencia en derechos y deberes entre los miembros; de ahí la distinción y órdenes y grados y la severa disciplina con la cual se rigen. El iniciado debe prometer, jurar más bien, que nunca, de ninguna manera y en ningún momento, descubrirá a los otros miembros ni los emblemas con los cuales se conocen, ni revelará sus doctrinas. Así, mediante una apariencia falsa pero con el mismo tipo de simulación, los masones, como antes hicieron los maniqueos, se esfuerzan principalmente por ocultarse y por no aceptar más testimonios que los suyos. Buscan hábilmente escondites, asumen la apariencia de hombres de letras o filósofos, asociados con el propósito de la erudición; siempre están listos para hablar con un discurso de urbanidad culta y proclaman su caridad hacia los pobres, buscan el mejoramiento de las masas, extender los beneficios del bienestar social al mayor número de hombres posible. Aunque es posible que estos propósitos sean reales, no son los únicos. Además quienes son escogidos para ingresar en esa sociedad deben prometer y jurar que obedecerán a sus dirigentes y maestros con gran respeto y lealtad, que estarán listos a hacer cualquier cosa que se les diga y que aceptarán la muerte y el castigo más horrible si desobedecen. De hecho, a algunos que han traicionado los secretos o desobedecido una orden se les ha castigado con la muerte de una manera tan hábil y audaz que el asesino evadió las pesquisas de la policía. Por consiguiente la razón y la verdad demuestran que la sociedad de la que hablamos es contraria a la honestidad y a la justicia natural.

Hay otros argumentos claros que demuestran que esta sociedad no va de acuerdo con la honestidad. No importa qué tan grande sea la habilidad con la cual los hombres lo oculten, es imposible que la causa no se manifieste en sus efectos. “Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos” (Mateo, VII, 18). La masonería da frutos malos mezclados con un gran rencor. A partir de la evidencia antes mencionada descubrimos su objetivo, el deseo de acabar con todos los órdenes religioso y social instaurados por la cristiandad para construir uno nuevo de acuerdo con su gusto, un orden basado en los principios y las leyes del naturalismo.

Lo que hemos dicho o diremos debe entenderse en referencia a la masonería en general y a todas las sociedades similares, no en referencia a los miembros individuales de las mismas. Es posible que entre ellos haya no pocos que, aunque se equivocan al afiliarse a estas sociedades, no son culpables de sus crímenes ni están concientes de la meta final que se esfuerzan por lograr. También entre las asociaciones,

quizá, algunas no aprueben las conclusiones extremas que, en la medida en que emanan de los principios comunes, sería necesario aceptar si su deformidad y vileza no fuera demasiado repulsiva. Algunas de ellas se ven igualmente forzadas por el lugar y el momento a no ir tan lejos como podrían hacerlo o como otras hacen, y sin embargo no por ello deben considerarse menos masónicas, porque la alianza masónica debe considerarse no sólo a partir de acciones y hechos sino a partir de principios generales.

Ahora bien, el principio de los naturalistas, como el mismo nombre lo indica, es que la naturaleza humana y la inteligencia humana deben ser, en todo, nuestras maestras y guías. Una vez que han declarado esto, ya no se ocupan de los deberes hacia Dios o los pervierten con opiniones y errores falsos. Niegan que haya algo que haya sido revelado por Dios, no aceptan ningún dogma o verdad religiosos sino los que la inteligencia humana puede comprender, no permiten que se crea en ningún maestro por su autoridad oficial. Ahora bien, como el deber especial de la Iglesia católica, su único deber, es guardar las doctrinas recibidas de Dios y la autoridad de la enseñanza con todos los medios celestiales necesarios para la salvación y preservarlos íntegramente incorruptos, por ello los ataques y la furia de los enemigos se vuelcan contra la Iglesia.

Ahora bien, si uno observa las prácticas de los masones, principalmente con respecto a la religión donde tienen más libertad de hacer lo que les plazca, se verá que ponen en ejecución fielmente los principios de los naturalistas. De hecho trabajan obstinadamente con el fin de que ni las enseñanzas ni la autoridad de la Iglesia puedan tener ninguna influencia y en consecuencia predican y sostienen la separación absoluta entre la Iglesia y el Estado. Así se arranca la ley y el gobierno de la saludable y divina virtud de la Iglesia católica y por consiguiente desean por todos los medios dirigir los Estados independientemente de las instituciones y doctrinas de la Iglesia.

No les basta con dejar afuera a la Iglesia como guía segura, agregan persecuciones e insultos. Se da autorización total para atacar con impunidad los fundamentos mismos de la Iglesia católica, tanto con discursos y escritos como por medio de la enseñanza; se violan los derechos de la Iglesia, no se respetan sus privilegios divinos. Se le restringe su acción lo más posible y eso en virtud de leyes aparentemente no demasiado violentas pero hechas en esencia con el propósito de vigilar su libertad. Se aprueban leyes odiosamente parciales en contra del clero en el sentido de reducir su número y sus medios. De mil maneras se restringen los ingresos eclesiásticos y se suprimen y dispersan las asociaciones religiosas.

Sin embargo, la guerra ataca con más ardor a la Sede Apostólica y al pontífice Romano. Con un falso pretexto, se le privó del poder temporal, la fortaleza de sus derechos y de su libertad; a continuación se le redujo a una condición inicua, insoportable por sus innumerables cargas, hasta llegar a esto que los sectarios digan abiertamente lo que ya habían planeado en secreto desde hace mucho tiempo, a saber, que había que quitarle al Papa el poder espiritual mismo y que la institución divina del Pontificado romano debía desaparecer de la faz del mundo. Si se necesitaran otros argumentos para esto, quedaría suficientemente demostrado con el testimonio de muchos que declaraban a menudo, en tiempos pasados e incluso últimamente, que el verdadero objetivo supremo de los francmasones era perseguir, con un odio indomado, a la cristiandad, y que no descansarían hasta ver caer por tierra todas las instituciones religiosas establecidas por el Papa.

Aunque la secta no exige abiertamente que sus miembros descarten la religión católica, lejos de dañar las estratagemas masónicas, esta tolerancia les es útil. Porque constituye, en primer lugar, una manera fácil de engañar a los simples y los necios y ayuda al proselitismo. Al abrir sus puertas a personas de cualquier religión, en realidad promueven el gran error moderno de la indiferencia religiosa y de la igualdad de cultos, la mejor forma de aniquilar cualquier religión, principalmente la católica que, por ser la única verdadera, no puede unirse con otras sin que se le haga una gran injusticia.

Por otra parte los naturalistas van más allá. Después de haber tomado respecto de las cosas de la mayor importancia, un camino completamente falso, llegan a errores extremos debidos a la debilidad de la naturaleza humana o por el juicio de Dios que castiga el orgullo. Así, las verdades mismas que se conocen con la luz natural de la razón, tales como la existencia de Dios, la espiritualidad y la inmortalidad del alma, para ellos ya no tienen consistencia ni certidumbre.

La masonería cae en el mismo error de manera similar. Es cierto que los francmasones por lo general aceptan la existencia de Dios, aunque en su interior admiten que esa creencia no es para ellos algo firme, seguro. No disimulan que en la familia masónica la cuestión de Dios es un principio de gran desacuerdo; se sabe incluso que últimamente tuvieron serias disputas al respecto. Es un hecho que la secta concede a los miembros la libertad absoluta de pensar lo que se les antoje sobre Dios, afirmar o negar su existencia. Se admite a quienes temerariamente niegan Su existencia al igual que a quienes, como los panteístas, creen en Dios pero destruyen Su concepto pues sostienen una caricatura absurda de la naturaleza divina y destruyen su realidad. Ahora bien, una vez que se derriba y daña este fundamento supremo, necesariamente se vienen abajo muchas verdades naturales como las creaciones libres de este mundo, el gobierno universal de la Providencia, la inmortalidad del alma, la permanencia y la vida eterna.

Una vez disipados estos principios naturales, importantes en lo práctico y en lo teórico, es fácil ver qué ocurrirá con la moralidad pública y privada. No hablaremos de las virtudes sobrenaturales que, sin el favor especial y la gracia de Dios, nadie puede practicar ni obtener y de las cuales es imposible encontrar un vestigio en quienes no toman en cuenta por orgullo la redención de la humanidad, la gracia celestial, los sacramentos y la felicidad eterna. Hablamos de deberes que proceden de la honestidad natural. Porque el principio y la fuente de la justicia y la moralidad es un Dios, creador y soberano prudente del mundo, la ley eterna que exige respeto y prohíbe la violación del orden natural; el fin supremo del hombre colocado muy por encima de las cosas creadas fuera de esta mundo. Una vez quitados estos principios por los francmasones y también por los naturalistas, inmediatamente la ética natural ya no tiene dónde levantarse ni en qué apoyarse. La única moral que aceptan los francmasones y con la cual les gustaría educar a la juventud es la que ellos llaman civil e independiente, o la que no toma en cuenta ninguna idea religiosa. Sin embargo lo pobre, incierto y variable de cada soplo de pasión de esta moralidad se demuestra con los frutos lamentables que ya aparecen parcialmente. Además, donde ha estado dominando sin trabas después de haber prohibido la educación cristiana, decae la integridad y la probidad de los modales, surgen opiniones horribles y monstruosas y los crímenes aumentan con temible audacia. Todos se lamentan de esto y también quienes se ven obligados por la evidencia y sin embargo no les agradaría reconocerlo.

Además, como la naturaleza humana está contaminada por el pecado original y se inclina más al vicio que a la virtud, no es posible llevar una vida honesta sin mortificar las pasiones y someter los apetitos a la razón. En esta lucha a menudo es necesario despreciar los bienes creados y someterse a los mayores dolores y sacrificios con el fin de que la razón vencedora conserve su propio imperio. Sin embargo, los naturalistas y los masones al rechazar la revelación divina, niegan el pecado original y no reconocen que nuestro libre albedrío es débil y se inclina al mal. Por el contrario, al exagerar la fuerza y la excelencia de la naturaleza y atribuirle los principios y el papel único de la justicia, ni siquiera pueden imaginar que para contrarrestar sus movimientos y moderar sus apetitos se necesitan esfuerzos continuos y la mayor constancia. Por esta razón vemos que se ofrecen tantas tentaciones a las pasiones, diarios y revistas desvergonzados, obras teatrales totalmente deshonestas; las artes liberales se cultivan de acuerdo con los principios de un realismo impúdico, los inventos más refinados promueven una vida afeminada y muelle; en una palabra, todas las tentaciones capaces de seducir o debilitar la virtud se practican cuidadosamente: cosas muy censurables, pero que se convierten en las teorías de quienes despojan al hombre de los bienes celestiales y ponen toda la felicidad en las cosas efímeras y la atan a la Tierra.

Lo que hemos dicho puede confirmarse con cosas de las cuales no es fácil hablar y en las cuales no es fácil pensar. Como estos hombres astutos y malignos sólo encuentran servilismo y docilidad en las almas ya destrozadas y sometidas a la tiranía de las pasiones, ha habido en la secta masónica algunos que hablaron abiertamente para proponer que por todos los medios y artilugios había que incitar a las multitudes al libertinaje para que después pudieran convertirse en un instrumento fácil para la empresa más atrevida.

La doctrina de casi todos los naturalistas para la sociedad doméstica consiste en que el matrimonio es sólo un contrato civil que puede romperse legalmente por voluntad de las partes; el Estado tiene poder sobre el vínculo matrimonial. En la educación de los niños no debe aplicarse ninguna religión y cada quien, cuando crezca, escogerá la que le agrade.

Ahora bien, los francmasones aceptan estos principios sin restricción y no sólo los aceptan sino que se esfuerzan por actuar de tal manera que los lleven a la moral y la vida práctica. En muchos países que profesan la religión católica, los matrimonios que no se celebren por el civil se consideran nulos; en otras partes las leyes permiten el divorcio. En otros lados se hace todo para que se permita. De esa manera la naturaleza del matrimonio pronto se cambiará y se reducirá a una unión temporal que se puede hacer y deshacer a placer.

La secta de los masones se propone unánime y firmemente la posesión de la educación de los niños también. Comprenden que la edad tierna es fácil de influir y que no hay forma más útil de preparar para el Estado el tipo de ciudadanos que desean. Por lo tanto en la instrucción y educación de los niños no permiten que los ministros de la Iglesia tomen parte ni en la dirección ni en el cuidado de ellos. En muchos lugares han ido tan lejos que la educación de los niños está totalmente en manos de los laicos; y de la enseñanza moral se prohibir cualquier idea de los grandes deberes sagrados que vinculan al hombre con Dios.

Siguen los principios de las ciencias sociales. Aquí los naturalistas enseñan que todos los hombres poseen los mismos derechos y son de una condición perfectamente igual; que cada hombre es independiente por naturaleza; que nadie tiene el derecho de mandar a otros; que es tiranía mantener a los hombres sujetos a cualquier autoridad que no sea la que emana de sí mismos. Por consiguiente el pueblo es soberano; quienes gobiernan no tienen ninguna autoridad sino por medio de la comisión y concesión del pueblo; de tal manera que pueden ser depuestos, quiéranlo o no, según los deseos del pueblo. El origen de todos los derechos y deberes civiles radica en el pueblo o en el Estado, el cual se gobierna según los nuevos

principios de libertad. El Estado debe ser ateo; no hay razón para que se prefiera una religión y no otra; todas deben considerarse con el mismo valor.
Ahora es bien sabido que los francmasones aprueban estas máximas y que desean ver que los gobiernos sigan este patrón y modelo no necesita demostración. En realidad hace mucho tiempo que han estado trabajando con todas sus fuerzas y poder abiertamente a favor de eso, con lo que han facilitado el camino a quienes, y no son pocos, son más audaces y atrevidos en el mal, que meditan en la comunión y la igualdad de todos los bienes después de haber barrido del mundo todas las diferencias en los bienes y condiciones sociales.
Con estos cuantos indicios es fácil comprender qué es la secta masónica y qué desea. Sus principios contradicen de manera tan evidente la razón humana que nada puede ser más pervertido. El deseo de destruir la religión y la Iglesia establecidas por Dios, con la promesa de la vida inmortal, para tratar de revivir, después de dieciocho siglos, las costumbres e instituciones del paganismo, es una gran tontería y una irreverencia imprudente. No menos horrible o insoportable es repudiar los dones concedidos mediante sus adversarios. En este intento imprudente y feroz se reconoce el odio y el ansia de venganza contra Jesucristo que arde en el corazón de Satanás.
El otro intento por el cual se esfuerzan mucho los masones, a saber, destruir los cimientos de la moralidad y cooperar con quienes, al igual que los brutos, pretenden que se vuelva legal lo que les agrada, consiste nada menos en empujar a la humanidad a la degradación más abyecta e ignominiosa.
Ese mal se agrava con los peligros que amenazan a la sociedad doméstica y civil. Como en otras ocasiones hemos explicado, en el matrimonio, por medio del consenso unánime de las naciones y de las épocas, hay un carácter sagrado y religioso y por ley la unión conyugal es indisoluble. Ahora bien, si se disuelve esta unión, si se permite jurídicamente el divorcio, inevitablemente entrará la confusión y la discordia en el santuario doméstico, la mujer perderá su dignidad y los hijos toda la seguridad de su propio bienestar.
Que el Estado debe profesar la indiferencia religiosa y no tomar en cuenta a Dios en el gobierno de la sociedad, como si Dios no existiera, es una tontería desconocida para los paganos mismos, quienes tenían tan profundamente arraigada en su mente y en su corazón no solo la idea de Dios sino también la necesidad del culto público, que suponían que era más fácil encontrar una ciudad sin ningún cimiento que sin ningún Dios. Y la sociedad realmente humana, a partir de la cual la naturaleza nos ha hecho, fue instituida por Dios, el autor de la naturaleza misma y de Él emana, como de su fuente y principio, toda esta abundancia eterna de bienes innumerables. Así entonces la voz de la naturaleza nos dice que adoremos a Dios con piedad religiosa, porque de Él hemos recibido la vida y los bienes que acompañan a la vida, por las mismas razones los pueblos y los Estados deben hacer lo mismo. Por consiguiente, quienes desean liberar a la sociedad de cualquier deber religioso no sólo son injustos sino necios y absurdos.
Una vez que se admite que los hombres nacen para la sociedad civil por la voluntad de Dios y que el poder soberano es tan estrictamente necesario para la sociedad que cuando falla la sociedad necesariamente se derrumba, se desprende que el derecho de mando emana del mismo principio del que emana la propia sociedad; ésa es la razón por la cual el ministro de Dios está investido de tal autoridad. En consecuencia, en la medida en que los fines y la naturaleza de la sociedad humana lo exige, uno debe obedecer la autoridad legítima como obedeceríamos la autoridad de Dios, soberano supremo del universo, y es un error capital concederle al pueblo el poder absoluto de sacudirse el yugo de la obediencia por su propia voluntad.
Si consideramos su origen y naturaleza comunes, el fin supremo propuesto a cada uno y los derechos y deberes que de ello emanan, no cabe duda de que todos los hombres son iguales. Sin embargo, como es imposible encontrar en ellos la misma capacidad y como difieren entre sí por la fuerza corporal o intelectual, y es tan grande la variedad de costumbres, inclinaciones y cualidades personales, es absurdo pretender mezclar y unificar todo esto e imponer una igualdad rigurosa y absoluta en el orden de la vida civil. Así como la perfecta constitución del cuerpo humano es resultado de la unión y armonía de las diferentes partes, las cuales difieren en formas y en usos pero unidas y cada una en su lugar forman un organismo hermoso, fuerte, útil y necesario para la vida, así también hay en el Estado una variedad infinita de individuos que lo integran. Si todos fueran iguales y fueran a vivir cada quien de acuerdo con su antojo, el resultado sería una ciudad monstruosa y horrible, en tanto que si, diferentes en armonía, oficios, inclinaciones, artes, cooperan juntos por el bien común, ofrecerán la imagen de una ciudad bien armonizada y amoldada a la naturaleza.
Los errores turbulentos que hemos mencionado deben inspirar temor a los gobiernos; de hecho, si se menospreciara el temor a Dios en la vida y el respeto por las leyes divinas, se destruiría la autoridad de los gobernantes legítimos, la rebelión quedaría liberada a las pasiones populares y necesariamente aparecerían la revolución y la subversión universales. Esta revolución subversiva constituye el objetivo deliberado y el propósito franco de las numerosas asociaciones comunistas y socialistas. La secta

masónica no tiene razón de decirse ajena a los propósitos de ellas, porque los masones favorecen sus designios y tienen principios capitales en común con ellas. Si las consecuencias extremas no se alcanzan en todas partes de hecho, no es por mérito de la secta ni se debe a la voluntad de sus miembros, sino a esa divina religión que no puede extinguirse y a la parte más selecta de la sociedad que, negándose a obedecer a las sociedades secretas, se opone vigorosamente a sus esfuerzos inmoderados.

Quiera el Cielo que universalmente podamos juzgar la raíz por los frutos y podamos conocer la mala semilla a partir del mal inminente y los peligros amenazantes! Tenemos que combatir a un enemigo astuto que, engatusando a los pueblos y a los reyes, los engaña a todos con falsas promesas y lindos halagos.

Al insinuarse en los corazones de los príncipes fingiendo amistad, los francmasones pretenden lograr su poderosa ayuda y su complicidad para vencer a la cristiandad y con el fin de incitarlos de una manera más activa, calumnian a la Iglesia como enemiga de los privilegios y el poder reales. Así, después de haber adquirido confianza y seguridad, adquieren una gran influencia en el gobierno de los Estados, pero determinan debilitar los cimientos de los tronos y persiguen, calumnian o destierran a los soberanos que se niegan a gobernar conforme a sus deseos.

Al halagar al pueblo con estas artimañas, lo engañan. Al proclamar todo el tiempo la prosperidad y la libertad públicas, al hacer creer a las multitudes que la Iglesia es la causa de la servidumbre y miseria inicuas que padecen, engañan al pueblo e incitan en las masas el ansia de cosas nuevas en contra de ambos poderes. Es cierto, sin embargo, que la expectativa de ventajas esperadas es mayor que la realidad y la gente pobre, cada vez más oprimida, ve desvanecerse en su miseria las comodidades que podrían haber encontrado fácil y abundantemente en una sociedad cristiana organizada. Sin embargo, el castigo de los orgullosos que se rebelan en contra del orden establecido por la providencia de Dios consiste en que encuentran la opresión y la miseria precisamente allí donde esperaban la prosperidad según su deseo.

Ahora bien, si la Iglesia nos manda que obedezcamos ante todo a Dios, el Señor de todas las cosas, sería una calumnia injuriosa considerarla una enemiga del poder de los príncipes y una usurpadora de sus derechos. Por el contrario, desea que lo que corresponde al poder civil pueda dársele escrupulosamente. Reconocer, como lo hace, el derecho divino de autoridad, otorga una gran dignidad al poder civil y contribuye a propiciar el respeto y el amor de sus súbditos. Amiga de la paz y madre de la concordia, abraza a todos con amor maternal, con la sola intención de beneficiar al hombre. Enseña que la justicia debe estar unida con la clemencia, la equidad con el mando, la ley con la moderación y que respetar todos los derechos, mantener el orden y la tranquilidad pública, alivia lo más posible las miserias públicas y privadas. En palabras de San Agustín: “Sin embargo creen, o quieren hacer creer, que la doctrina del Evangelio no es útil para la sociedad, porque desean que el Estado no se finque en el sólido cimiento de la virtud, sino en la impunidad del vicio”.

Por lo tanto estaría más acorde con la sabiduría civil y sería más necesario para el bienestar universal que los príncipes y los pueblos, en vez de unirse a los francmasones en contra de la Iglesia, se unieran con la Iglesia para resistir los ataques de los francmasones.

En todo caso, en presencia de un mal tan grande, demasiado difundido ya, es nuestro deber, venerables hermanos, encontrar un remedio. Y como sabemos que en la virtud de la religión divina, la más odiada y también la más temida por los masones, radica el mejor y más sólido de los remedios eficaces, consideramos que hay que recurrir a esta fuerza saludable en contra del enemigo común.

Con nuestra autoridad ratificamos y confirmamos todas las cosas que nuestros predecesores, los pontífices romanos, han ordenado para contrarrestar los propósitos y detener los esfuerzos de la secta masónica y todo lo que establecieron para alejar o apartar de tales sociedades a los fieles. Confiados grandemente en la buena voluntad de los fieles, les pedimos y rogamos a todos que, puesto que aman su propia salvación, consideren un deber de conciencia el no alejarse de lo que la Sede Apostólica ha prescrito al respecto.

Os pedimos y rogamos, venerables hermanos, que cooperéis con nosotros para acabar de raíz con este veneno que está muy difundido entre las naciones. Es vuestro deber defender la gloria de Dios y la salvación de las almas. Si mantenéis ante vuestros ojos esos dos objetivos, no os faltará ni valor ni fortaleza. Toca a vuestra prudencia decidir cuál puede ser el medio más eficaz para superar las dificultades y los obstáculos. Sin embargo, como nos place para nuestro ministerio señalar algunos de los medios más útiles, lo primero que debe hacerse es desenmascarar a la secta masónica y mostrarla tal cual es e instruir con sermones y cartas pastorales al pueblo sobre los engaños que usan estas sociedades para halagar e incitar la perversidad de sus doctrinas y la deshonestidad de sus obras. Como muchas veces declararon nuestros predecesores, quienes aman la fe católica y su propia salvación deben estar seguros de que no pueden afiliarse por ningún motivo a la secta masónica sin caer en pecado. Que nadie crea en una honestidad simulada. Tal vez a algunos les parezca que los masones nunca imponen nada que esté abiertamente en contra de la fe o de la moral, pero como el campo de acción y la naturaleza son esencialmente malos en estas sectas, no se permite afiliarse a ellas ni ayudarlas en ninguna forma.

Es necesario también despertar en la gente el amor y el celo por la instrucción religiosa mediante sermones y exhortaciones asiduos. Por lo tanto recomendamos que, mediante declaraciones apropiadas, verbales y por escrito, puedan explicarse los principios fundamentales de las verdades en las que radica la sabiduría cristiana. Únicamente así pueden curarse las mentes con la instrucción y prevenirse en contra de las diversas formas del error y del vicio y de las diversas tentaciones principalmente en esta gran libertad de prensa y el gran deseo de aprender.

Es realmente un trabajo laborioso en el cual estaréis asociados y acompañados por vuestro clero, si lo entrenáis adecuadamente y le enseñáis con vuestro celo. Sin embargo una causa bella e importante como esta exige la cooperación de los laicos que unen su fe y su probidad con el amor a la religión y a su país. Con la fuerza conjunta de estos dos órdenes tratad, queridos hermanos, de que los hombres puedan conocer y amar a la Iglesia, porque entre más crezca su amor y conocimiento de la Iglesia, más abominarán y se alejarán de las sociedades secretas.

Por consiguiente, valiéndonos de esta ocasión presente, os recordamos la necesidad de promover y proteger a la Tercera Orden de San Francisco, cuyas reglas mitigamos hace poco con indulgencia prudente. De acuerdo con el espíritu de su institución, trata de hacer que los hombres imiten a Jesucristo, amen a la Iglesia y practiquen todas las virtudes cristianas y en consecuencia será útil para acabar con el contagio de las sectas.

Es nuestro deseo que crezca cada vez más esta Santa Congregación de la cual, entre otras cosas, puede esperarse también el fruto preciado de hacer que las mentes retornen a la libertad, fraternidad e igualdad; no las que constituyen el sueño de la secta masónica, sino las que Jesucristo aportó al mundo y Francisco revivificó. Nos referimos a la libertad de los hijos de Dios que libera de la servidumbre de Satanás y de las pasiones, los peores tiranos; la fraternidad que emana de Dios, Padre y Creador de todo; la igualdad fincada en la justicia y la caridad, que no destruye todas las diferencias entre los hombres sino que, a partir de la diversidad de formas de vida, ocupaciones e inclinaciones, crea esa concordia y armonía que exige la naturaleza para la utilidad y dignidad de la sociedad civil.

En tercer lugar, hay una institución creada sabiamente por nuestros antepasados y abandonada con el transcurso del tiempo, que puede usarse en nuestros días como modelo y molde para algo similar. Nos referimos a los colegios o corporaciones de artes y oficios asociados bajo la guía de la religión para defender sus intereses y costumbres; estos colegios, muy útiles y experimentados, fueron muy provechosos para nuestros padres y serán cada vez más útiles en nuestra época porque son adecuados para romper el poder de las sectas. Pobres de los trabajadores porque además de su condición que merece la caridad y el alivio, están especialmente expuestos a las seducciones de simuladores e impostores. Por lo tanto, hay que ayudarlos con la mayor generosidad e invitarlos a las buenas sociedades para que no puedan arrastrarlos las malas. Por esta razón, nos agradaría mucho ver surgir estas asociaciones adaptadas a los nuevos tiempos, bajo los auspicios y el patronazgo de los obispos, en beneficio de la gente. Nos da un gran placer ver que ya se han establecido en muchos lugares, junto con el patrocinio católico, dos instituciones que buscan ayudar a la clase honesta de los trabajadores y ayudar y proteger a sus familias, sus hijos y mantener en ellos, con la integridad de las costumbres, el amor a la devoción y el conocimiento de la religión.

Aquí no podemos guardar silencio en lo que respecta a la sociedad de San Vicente de Paul, reconocida por la imagen y el ejemplo que ofrece y que tanto merecen los pobres. Las obras e intenciones de esa sociedad son bien conocidas. Se dedica íntegramente a socorrer y ayudar a los pobres y a los que sufren y los alienta con maravillosa discreción y con esa modestia que, entre menos ostentosa, más apta es para el ejercicio de la caridad cristiana y el alivio de las miserias humanas.

En cuarto lugar, con el fin de alcanzar la meta con más facilidad, encomendamos a vuestra fe y vigilancia a los jóvenes, la esperanza de la sociedad civil. Dedicad una gran parte de vuestro cuidado a la buena educación de éstos. Nunca consideréis que hayáis vigilado o hecho lo suficiente para alejar a los jóvenes de esos amos de los cuales hay que temer el aliento contagioso de la secta. Insistid en que los padres y los directores espirituales al enseñar el catecismo no dejen nunca de advertir a los hijos y pupilos sobre la naturaleza maligna de estas sectas, que puedan también aprender a tiempo las diversas estratagemas engañosas que emplean sus propagandistas para engatusar. Quienes preparan a los niños para la Primera Comunión harán bien si los persuaden a que prometan que no se afiliarán a ninguna sociedad sin pedir consejo a sus padres, o a su Pastor o a su confesor.

Sin embargo, comprendemos que nuestra labor común no será suficiente para arrancar de raíz esta peligrosa semilla del campo del Señor si el Dueño Celestial de la viña no nos concede Su generosa ayuda al respecto. Por lo tanto, debemos implorar Su ayuda poderosa con un intenso fervor equivalente a la gravedad del peligro y al tamaño de la necesidad. Embriagada por su buen éxito, la masonería se muestra insolente y parece que no tiene más límites a su porfía. Vinculados por una alianza inicua y un propósito secreto en común, sus sectarios siguen juntos y se alientan entre sí para arriesgarse cada vez más a favor del mal. Un asalto tan fuerte exige una defensa fuerte. Nos referimos a que todos los buenos deben unirse

en una gran sociedad de acción y oraciones. Por consiguiente, les pedimos dos cosas: por un lado, que unánimemente y cerrando filas resistan impasibles el creciente ímpetu de las sectas; por el otro, que levanten las manos con muchos suspiros a Dios y le imploren que la cristiandad pueda crecer vigorosa, que la Iglesia pueda recuperar su necesaria libertad, que los descarriados puedan regresar a la salvación, que los errores dejen el campo a la verdad y el vicio a la virtud.

Invoquemos para este propósito a la intermediación de la Virgen María, Madre de Dios, que contra las sectas impías en las cuales se ve claramente la reanimación del orgullo contumaz, la perfidia indomada y la astucia engañosa de Satanás, demuestre su poder Ella que lo venció desde la primera concepción.

Roguemos también a San Miguel, el príncipe del ejército angelical, vencedor del enemigo infernal; a San José, esposo de la Santísima Virgen, patrón celestial de la Iglesia católica; a los grandes Apóstoles Pedro y Pablo, propagadores y defensores de la fe cristiana. Mediante su patrocinio y la perseverancia de las oraciones en común, esperemos que Dios condescienda en ayudar piadosamente a la sociedad humana amenazada por tantos peligros.

Como garantía de las gracias celestiales y de nuestra benevolencia, impartimos la bendición apostólica con gran afecto a vosotros, venerables hermanos, al clero y al pueblo confiado a vuestro cuidado.

Fechado en Roma, cerca de San Pedro, el 20 de abril de 1884, séptimo año de nuestro pontificado.

PAPA LEÓN XIII